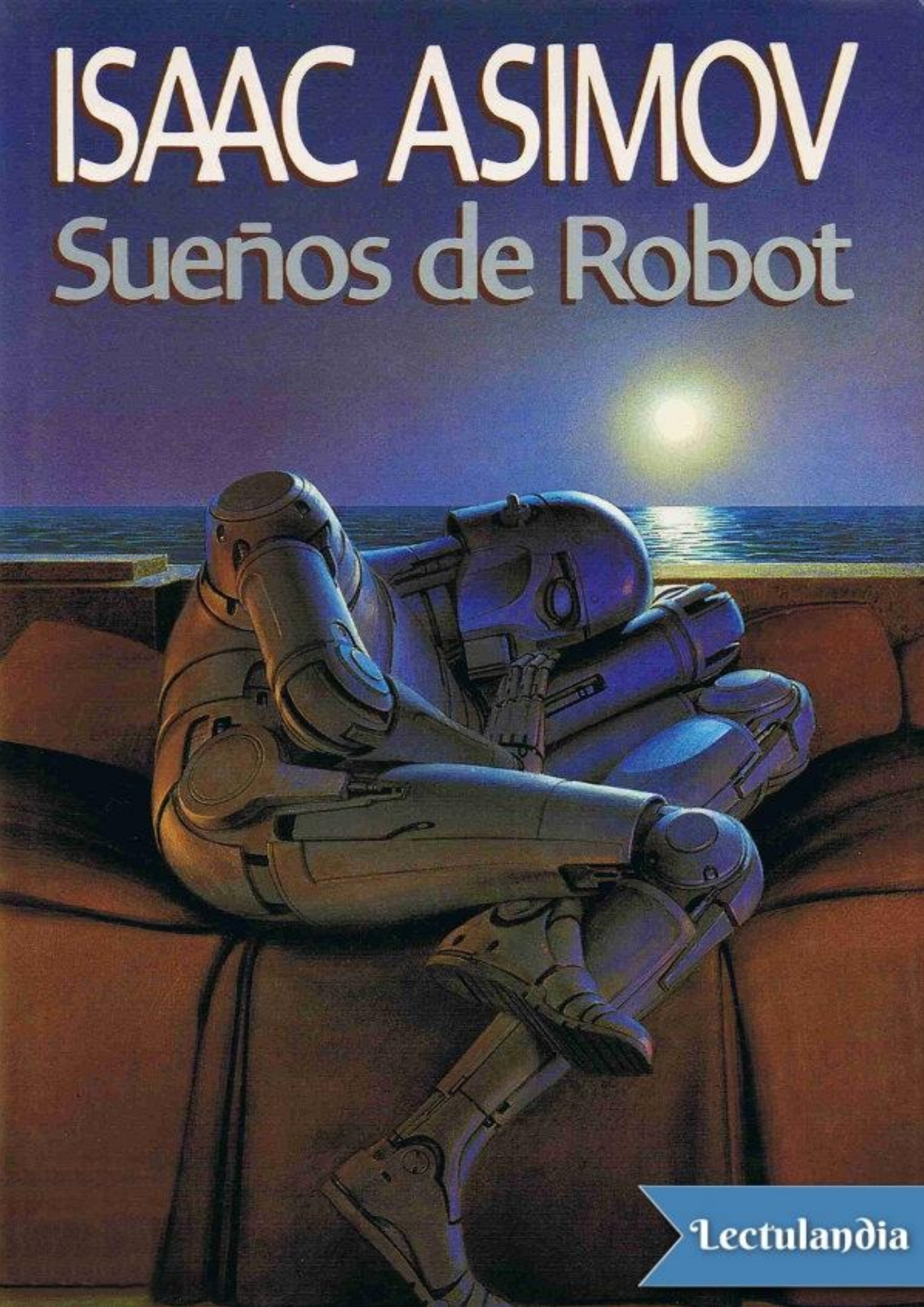
ISAAC ASIMOV

Sueños de Robot



Lectulandia

El extraordinario divulgador científico y maestro de la narrativa que es Asimov nos ofrece en este magnífico libro de relatos una aproximación profunda al fenómeno de los robots, en el cual este autor es autoridad indiscutible.

¿Qué papel desempeñarán en un futuro más o menos lejano estos extraños mecanismos creados por el hombre casi a su imagen y semejanza?

¿Cómo influirán mañana los robots en la vida de la Humanidad? Asimov nos brinda aquí unas narraciones que nos deleitarán y, al mismo tiempo, nos darán claves que, sin duda, nos moverán a la reflexión… y quizás a la preocupación.

Las historias aparecen espléndidamente ilustradas por Ralph McQuarrie, diseñador de numerosas películas de ciencia ficción.

Lectulandia

Isaac Asimov

Sueños de robot

ePub r1.0
Titivillus 02.11.15

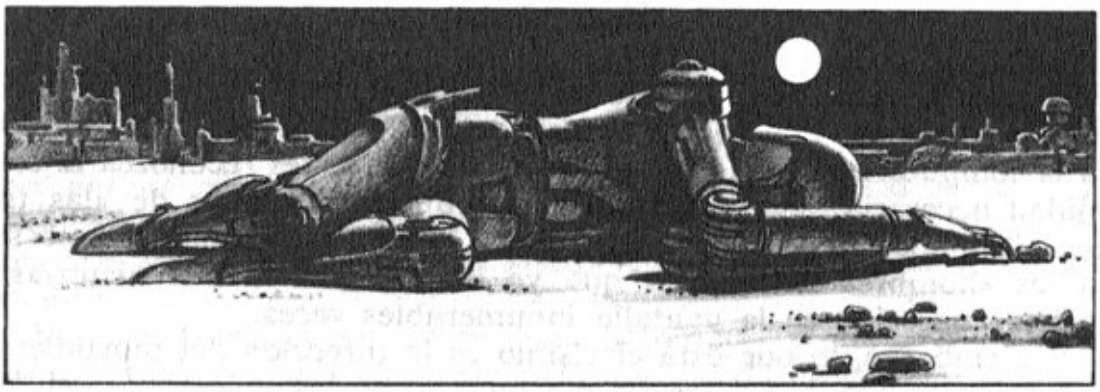
Título original: *Robot Dream*
Isaac Asimov, 1986
Traducción: Rosa S. de Naveira
Ilustraciones: Ralph McQuarrie
Cubierta: Ralph McQuarrie

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Contenido

Introducción de Isaac Asimov.
El pequeño robot perdido (*Little lost Robot*, 1947).
Sueños de robot (*Robot Dreams*, 1986).
¿Criar un hombre? (*Breeds There a Man…?*, 1951).
Anfitriona (*Hostess*, 1951).
Sally (*Sally*, 1953).
Esquirol (*Strikebreaker*, 1956).
La máquina que ganó la guerra (*The Machine that Won the War*, 1961).
Los ojos hacen algo más que ver (*Eyes Do More Than See*, 1965).
El sistema marciano (*The Martian Way*, 1952).
Privilegio (*Franchise*, 1956).
El chistoso (*Jokester*, 1956).
La última pregunta (*The Last Question*, 1956).
¿Le importa a una abeja? (*Does a Bee Care?*, 1957).
Rima ligera (*Light Verse*, 1973).
La sensación de poder (*The Feeling of Power*, 1957).
Escriba mi nombre con una S (*Spell My Name With an S*, 1958).
El chiquillo feo (*The Ugly Little Boy*, 1958).
La bola de billar (*The Billiard Ball*, 1967).
Amor verdadero (*True Love*, 1977).
La última respuesta (*The Last Answer*, 1979).
Que no sepan que recuerdas (*Lest We Remember*, 1982).



INTRODUCCIÓN

La ciencia ficción en sí tiene ciertas satisfacciones peculiares. Es posible que al tratar de expresar la tecnología del futuro se acierte. Si después de haber escrito una historia determinada se vive lo bastante, se puede tener la satisfacción de comprobar que tus profecías eran razonablemente acertadas y que a uno se le considere como un profeta menor.

Esto me ha sucedido a mí con mis historias de robots, de las que *Rima ligera* (incluida aquí) es un ejemplo.

Empecé a escribir historias de robots en 1939, cuando tenía 19 años. Desde el primer momento, los imaginé como máquinas cuidadosamente construidas por ingenieros, con protección inherente que llamé «Las tres leyes de la Robótica». (Al hacerlo, fui el primero en utilizar la palabra «robótica», en mi obra impresa, y esto tuvo lugar en el número de marzo de *Asombrosa Ciencia Ficción*, en 1942.)

Ocurrió que los robots, del tipo que fueren, no resultaron verdaderamente prácticos hasta mediada la década de los años setenta cuando empezó a utilizarse el microchip. Solamente esto hizo posible producir computadoras lo bastante pequeñas y baratas para que, poseyendo la potencialidad para una suficiente capacidad y versatilidad, controlaran un robot a precio no prohibitivo.

Ahora tenemos máquinas llamadas robots, controladas por computadoras y utilizadas en la industria. Realizan, cada vez más, trabajos simples y fastidiosos en las cadenas de montaje, hacen el trabajo de fresadoras, pulidoras, soldadoras y demás y son de creciente importancia para la economía. Los robots son ahora un campo de estudio reconocido y se les aplica la palabra precisa que inventé: robótica.

Estamos, naturalmente, sólo en el principio del principio de la revolución robótica. Los robots utilizados ahora son poco más que palancas computerizadas. Están muy lejos de que se les reconozca la complejidad necesaria que justifique la introducción en ellos de «las tres leyes». Tampoco tienen el menor aspecto humano, de modo que no son aún los «hombres mecánicos» que yo he descrito en mis

historias y que han aparecido en la pantalla innumerables veces.

Sin embargo, lo que está clarísimo es la dirección del movimiento. Los primitivos robots que se fabricaron no eran los monstruos del doctor Frankenstein de la primitiva ciencia ficción. No persiguen la vida humana (aunque accidentes relacionados con robots pueden ocasionar la muerte, lo mismo que los accidentes de coche o de maquinaria eléctrica). Son más bien instrumentos minuciosos y cuidadosamente diseñados para relevar a los seres humanos de obligaciones arduas, repetitivas, peligrosas y desagradables, de modo que intencionadamente y en su filosofía, representan los primeros pasos hacia los robots de mis historias.

Los pasos que aún no se han dado irán en la dirección que yo he apuntado. Cierto número de firmas diferentes están trabajando en «robots domésticos» que tendrán un aspecto vagamente humano y llevaran a cabo algunas de las obligaciones que antes recalaban en los sirvientes.

El resultado es que los que trabajan en el campo de la robótica me tienen en gran consideración. En 1985 se puso a la venta un grueso volumen enciclopédico titulado *Manual de robótica industrial* (editado por Shimon Y. Nof y publicado por John Wiley), y yo escribí una introducción a petición del editor.

Naturalmente, para poder apreciar la exactitud de mis predicciones he tenido la suerte de ser un superviviente. Mis primeros robots aparecieron en 1939, como les digo, y he tenido que vivir más de cuarenta años para descubrir que fui profeta. Logré serlo porque empecé a una edad muy temprana y porque fui afortunado. Las palabras no pueden decirles lo agradecido que estoy por ello.

La verdad es que lleve mis predicciones sobre el futuro robótico hasta el fin, hasta el último momento, en mi relato *La última pregunta*, publicado en 1957. Tengo la insistente sospecha de que si la raza humana sobrevive, podemos continuar progresando en esa dirección, por lo menos en ciertas cosas. Claro que la supervivencia es, como mucho, limitada y no tendré la oportunidad de ver gran cosa más de los futuros avances de la tecnología. Tendré que conformarme con que las generaciones futuras vean (así lo espero) y aplaudan los triunfos de este tipo que pueda ganarme. Yo, claro, no podré.

Tampoco son los robots el único campo en el que vio claro mi bola de cristal. En mi historia *El sistema marciano*, publicada en 1952, describí un paseo espacial con suma exactitud, aunque un hecho de esta clase no tuviera lugar hasta quince años más tarde. Prever los paseos espaciales no fue un ejemplo de presciencia demasiado atrevido, lo confieso, porque concebidas las naves espaciales, tales cosas serían inevitables. Sin embargo, también describí los efectos psicológicos y se me ocurrió uno que se apartaba de lo corriente, especialmente en relación conmigo.

Verán ustedes, yo soy un probado acrófobo con un terror absoluto a las alturas y se perfectamente bien que nunca, voluntariamente, iré en una nave espacial. Si me viera forzado a meterme en una, sé también que nunca me atrevería a abandonarla para dar un paseo espacial. Sin embargo, dejé a un lado mi pánico personal e imaginé

que el paseo espacial producía euforia. Tuve a mis viajeros espaciales peleándose por saber a quién le tocaba salir al espacio y vagar en plácida paz por entre las estrellas. Y cuando los paseos espaciales fueron una realidad, se experimentó *esa* euforia.

En mi historia *La sensación de poder*, publicada en 1957, mencioné las computadoras de bolsillo aproximadamente diez años antes de que existieran de verdad. Incluso consideré la posibilidad de que tales computadoras pudieran disminuir gravemente la capacidad de la gente para la aritmética al estilo anticuado y esto es, ahora, una gran preocupación de los educadores.

Como un ejemplo final, en mi historia *Sally*, publicada en 1953, describí los coches computerizados que casi alcanzaban a tener vida propia. En los últimos años tenemos realmente coches que pueden hablar al conductor…, aunque su habilidad en este aspecto es aún muy simple.

Cabe la posibilidad de sentir esta satisfacción ante la acertada profecía en ciencia ficción, pero también existe lo contrario. La ciencia ficción ofrece a sus escritores momentos de decepción como no proporciona ninguna otra forma novelística.

Después de todo, si podemos mostrar exactitud en nuestras predicciones, también podemos resultar inexactos, a veces ridículamente inexactos.

Estas situaciones embarazosas se vuelven especialmente agudas cuando las historias que uno ha escrito se reeditan en una colección como ésta. Cuando un autor empieza joven, vive una vida normal (como al parecer la vivo yo) y escribe continuamente, es probable que se incluyan en la colección relatos escritos y publicados hace treinta o cuarenta años, que dejen un amplio margen a que aparezca cualquier nube en la bola de cristal.

Esto no me ocurre a mí tan frecuentemente como debiera, porque tengo muchas cosas a mi favor. En primer lugar, conozco bien la ciencia y no es fácil que me equivoque en lo fundamental. En segundo lugar, soy cauto en mis predicciones y no me revuelvo alocado en contra de los principios científicos.

No obstante, la ciencia avanza de verdad y a veces produce resultados totalmente inesperados en muy pocos años, esto puede dejar al escritor (incluso a mí) aislado sobre un pináculo de «hechos» falsos. La peor suerte que he tenido en este aspecto surgió con una serie de novelas de ciencia ficción que escribí para los jóvenes entre 1952 y 1958.

En la serie se trataba de las continuas aventuras de mis protagonistas en diversos planetas del sistema solar y, en cada caso, describía cuidadosamente los planetas estrictamente de acuerdo con lo que a la sazón sabíamos de ellos.

Desgraciadamente, fue en esos años cuando se desarrolló la astronomía de microondas y poco después empezaron a mandarse al espacio los cohetes-sonda. El resultado fue que el conocimiento de nuestro sistema solar avanzó de forma sorprendente y aprendimos cosas nuevas e inesperadas de cada uno de los planetas.

Por ejemplo, en mi descripción de Mercurio en *Lucky Starr y el gran sol de Mercurio*, lo situé frente al Sol como suponían entonces los astrónomos…, y esto era esencial para el argumento. En cambio, resulta que ahora sabemos que Mercurio gira muy despacio y que cada sección de su superficie recibe luz solar parte del tiempo. No hay «cara oscura».

En mi descripción de Venus, en *Lucky Starr y los océanos de Venus*, situé un océano planetario que, entonces, me parecía como mínimo posible. También resultaba esencial para el argumento. No obstante, ahora sabemos que la superficie de Venus está a una temperatura muy por encima del punto de ebullición del agua, y un océano, o incluso una gota de agua líquida en su superficie, es totalmente imposible.

En cuanto a Marte, en mi libro *David Starr: montero del espacio*, conseguí la descripción perfecta en varios aspectos. Sin embargo, no me aproveché de los enormes volcanes extintos de Marte que fueron descubiertos unos quince años después de que el libro fuera publicado. Es más, hablé de los canales (de los secos) que resultaron no ser tales canales e introduje marcianos inteligentes, restos de una civilización largo tiempo muerta, y esto es en verdad extremadamente improbable.

Júpiter y sus satélites aparecieron en *Lucky Starr y las lunas de Júpiter*. Aunque tuve buen cuidado al describir todos los mundos, no mencioné, naturalmente, datos importantes que no fueron descubiertos hasta veinte años después. No dije nada del glaciar quebrado ciñendo el mundo de Europa, ni nada de los volcanes activos de Io. No mencioné el inmenso campo magnético de Júpiter. Ni, en *Lucky Starr y los anillos de Saturno*, hablé de algunos de los rasgos más interesantes del sistema de satélites saturninos y sus anillos.

El único libro de la serie que sobrevivió intacto (científicamente hablando) fue *Lucky Starr y los piratas de los asteroides*.

Afortunadamente, había una salida. La sinceridad es la mejor política. Cuando la serie de Lucky Starr se realizó, allá por los años setenta, insistí en agregar notas aclaratorias explicando los detalles astronómicos que habían quedado anticuados. Al principio, los editores se mostraron un poco remisos, pero les expliqué que no podía permitir que los jóvenes lectores, caso de que fueran estudiosos, creyeran que *yo* les engañaba. Se insertaron las notas y me alegra poder decirles que las ventas no se vieron afectadas por ello.

Ninguna de las historias de esta colección sufrió tal descalabro como mis pobres libros de Lucky Starr; pero hay cosas de las que hay que desconfiar.

En primer lugar, hay un punto en donde se me escapó algo que era muy obvio y que me he reprochado vivamente desde hace un par de años.

En *El sistema marciano*, la misma historia en que triunfé con mi descripción del paseo espacial, tuve a mis protagonistas acercándose a Saturno y entrando en el sistema de los anillos. Al hacerlo describí minuciosamente los anillos haciendo uso de las observaciones obtenidas desde la superficie de la Tierra.

Ahora, desde la superficie de la Tierra, a unos 1.280 millones de kilómetros de

distancia de Saturno, vemos los anillos sólidos y enteros excepto por la línea negra de la división de Cassini, que parece separarlos en dos anillos. La porción de anillo más cercana a Saturno es considerablemente más borrosa que el resto del sistema de anillos, y dicha porción es habitualmente considerada como un tercer anillo (el llamado «anillo de crespón»). Y así fue como describí los anillos tal como los vieron en la historia mis viajeros del espacio.

Sin embargo, es de sentido común (por lo menos, *ahora* parece de sentido común) que si pudiéramos ver los anillos desde más cerca, veríamos más detalles. Apreciaríamos las divisiones y los lugares donde hay menos partículas en órbita, de forma que distinguiríamos líneas borrosas y líneas brillantes, divisiones que sencillamente no podrían verse a gran distancia. Los telescopios de la superficie terrestre las captarían confusas y registrarían solamente la más gruesa de las líneas borrosas, la división de Cassini.

Cuanto más cerca estuviéramos, más numerosas y más finas se volverían las líneas brillantes a medida que la visibilidad se hiciera más y más clara, hasta que, al llegar lo más cerca que se pudiera y viendo aún todos los anillos, éstos aparecerían como los surcos de un disco, que es precisamente lo que *parecen*.

Supongamos que se me hubiera ocurrido todo esto en 1952 y que hubiera descrito los anillos de este modo. Incluso que hubiera dejado de mencionar cosas como «barrotes» indistintos en el anillo y anillos «trenzados», cosas que eran absolutamente imprevisibles, habría sido maravilloso si hubiera imaginado esas sorprendentes divisiones. Eso era una deducción fácil de hacer y si entonces hubiera descrito los anillos de esa forma, tan pronto como los anillos hubieran sido sondeados, yo podía haber anunciado que me había adelantado a su descubrimiento. (¿Creen ustedes que la modestia me lo habría impedido? ¡No sean idiotas!)

¡Qué cosa tan grande pudo haber sido!

En ese caso, mi fracaso en ver esas marcas me hizo parecer algo tonto y ahí está, a la vista de todos, en *El sistema marciano*. Bien es verdad que ningún astrónomo vio la verdad de los anillos en 1952, pero ¿qué tiene que ver? Un astrónomo no es más que un astrónomo y su visión es, naturalmente, limitada. Yo soy un *escritor de ciencia ficción* y, por tanto, se espera más de mí.

También, a veces, cuando veía con exactitud, o cuando veía algo que podía resultar ser exacto algún día, lo solía situar en un futuro excesivamente lejano. Admito que concebí los robots correctamente, porque ya desde mis primeras historias indicaba que fue en las décadas de los ochenta y de los noventa, lo que no está nada, pero que nada mal.

No obstante, ¿qué hay de los coches computerizados en *Sally* y de las computadoras de bolsillo en *La sensación del poder*? Tuve gran cuidado de no dar fechas exactas del descubrimiento de esos inventos. (Puedo ser tonto, pero no tanto.) No hay duda de que mientras leemos esas historias sobre descubrimientos en un futuro lejano, *ya* están aquí y yo he vivido para verlos y para lamentarme de mi falta

de confianza en la mente y el ingenio humanos.

Criar un hombre… trata en parte del desarrollo de un invento contra la bomba atómica. Se publicó en 1951 y aunque no le puse fecha, produce la impresión de que los hechos ocurren en el próximo futuro, quizás unos pocos años después de 1951.

Estaba claramente equivocado en este caso, porque las verdaderas discusiones sobre defensas antinucleares no salieron a la luz pública hasta después de 1980.

Y lo que era peor, mi noción de una forma de defensa era puramente estática, la creación de un campo de fuerza protector, un escudo suficientemente fuerte como para resistir incluso una explosión nuclear (por cierto, escribí la historia antes de que se inventara la bomba H). Ahora que ya estamos considerando una defensa antinuclear, hablamos de una defensa activa. Hablamos del empleo de rayos X láser computerizados, diseñados para derribar misiles intercontinentales tan pronto como sean lanzados y avanzan más allá de la atmósfera. Francamente, tampoco creo que esto funcione, pero es considerablemente más avanzado que mi propia e idiota especulación del asunto en 1951, hace treinta y cinco años.

Generalmente consigo mis mejores previsiones tan pronto como recibo cualquier sugerencia (pero debe ser una buena sugerencia). En mis historias de robots hablaba de unos tan enormes que eran inmóviles y no podían hacer otra cosa que pensar y comunicar el resultado de esos pensamientos. Tuve uno de este tipo en mi primera historia de robots. En historias posteriores, les llamé «cerebros». No se me ocurrió llamarles computadoras.

Mis robots tenían también «cerebros» que les hacían trabajar y nunca hablé de ellos como computadoras tampoco. Tuve que crearlos ciencia-ficcionales, claro, así que los bauticé «cerebros positrónicos». Los positrones habían sido detectados por primera vez cuatro años antes de que escribiera mi primera historia de robots.

Los positrones eran partículas excitantes que hacían referencia a la «antimateria». Por esta razón pensé que cerebros positrónicos era una frase que sonaba bien. No serían esencialmente distintos de los cerebros electrónicos, sino que los positrones podían hacerse y destruirse en una millonésima de segundo por los electrones que les rodeaban, estuvieran donde estuvieran. Esto me dio la idea de que se les podía responsabilizar de la rapidez del pensamiento. Claro que las relaciones energéticas, la energía requerida para producir positrones en cantidad o la energía liberada cuando los positrones son destruidos en cantidad, son terribles, tan grandes que la noción de cerebros positrónicos es imposible, probablemente, pero yo no quise tenerlo en cuenta.

Hasta que no se inventaron las computadoras y el público se percató de su existencia, no las introduje en mis historias e incluso entonces no creí realmente en la posibilidad de la miniaturización. Sí, hablé de computadoras de bolsillo, pero las imaginaba poco más importantes que una regla de cálculo.

Eventualmente entendí la miniaturización…, *después*, naturalmente, de que hubiera empezado el proceso. En *La última pregunta*, empecé con mi computadora

habitual «Multivac», tan grande como una ciudad, porque sólo podía concebir una computadora enorme si la imaginaba llena de tubos de vacío. Pero, en aquella historia empecé a miniaturizar y miniaturizar más allá de lo que creía realmente posible.

Sin embargo, sospecho que los lectores están siempre dispuestos a perdonar a un pobre escritor de ciencia ficción que se quede algo anticuado. Como les he dicho, mis libros de Lucky Starr no sufrieron por ser anticuados. En realidad, *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells se sigue leyendo con avidez, casi un siglo después de su publicación y pese a la imagen increíblemente falsa del Marte que representa (falsa desde el punto de vista del Marte que conocemos hoy en día). La imagen de Marte dada por Edgar Rice Burroughs, en 1950 una generación después de Wells, y por Ray Bradbury mucho más tarde, en 1950, no tienen nada que ver con la realidad, pero eso no nos impide leer *Una princesa en Marte*, o *Crónicas marcianas*.

Eso se debe a que en una historia de ciencia ficción hay bastante más que la ciencia que contiene. Está la *historia* y si la ciencia que contiene queda algo maltrecha por causa de los últimos descubrimientos, o porque el argumento requiere absolutamente una manipulación, tendemos a pasarlo por alto y perdonamos.

Por ejemplo, en mi historia *La bola de billar* hago que una bola de billar penetre en una región del espacio en la que instantáneamente adquiere la velocidad de la luz. Esto es indudablemente imposible, pero incluso si para ello yo doblego la ciencia, hay algo más imposible aún. La bola de billar tiene un volumen limitado. Parte de él penetra primero y esta parte adquiere instantáneamente la velocidad de la luz y se aleja del resto. En resumen, la bola de billar debe ser reducida a átomos o a objetos aún menos sustanciales, pero en la historia conserva su integridad. Mi conciencia me remordió, y la dejé que me remordiera, pero yo hice lo que tenía que hacer.

En *El chiquillo feo* expuse una versión del viaje en el tiempo, y creo firmemente que viajar en el tiempo es imposible. No obstante, no lo tuve en cuenta porque la historia es sólo tangencialmente acerca de viajar en el tiempo. De lo que realmente trata es del amor.

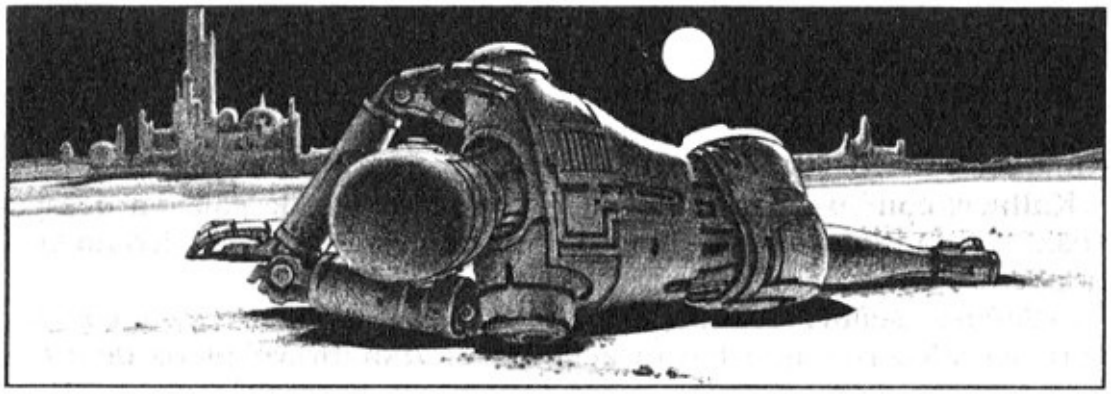
También dudo de que los seres humanos se lleguen a transformar alguna vez en torbellinos de energía, aunque los presento como tales en *Los ojos hacen más que ver*. ¿A quién le importa? La historia es realmente sobre la belleza de las cosas materiales.

Me figuro que comprenderán a lo que me refiero. Al leer las siguientes historias pueden encontrar puntos en la ciencia que sean inexactos de por sí, o que hayan resultado inexactos debido a los avances posteriores. Pero si me escriben para comentármelo, por favor díganme también si disfrutaron con el relato. A lo mejor no, claro, pero tengo la esperanza de que sí.

Una cosa más. Mis colecciones de relatos están generalmente ilustradas y esto no me preocupa lo más mínimo, porque soy poco visual. Soy hombre de palabras. Sin embargo, esta colección está ilustrada por Ralph McQuarrie y tengo que confesar que aumenta inconmensurablemente la belleza del libro e incluso añade sentido a las

historias, situando al lector en la debida actitud visual. La ilustración de la cubierta, que me inspiró la historia de *Sueños de robot* escrita para esta colección, es preciosa y humaniza al robot de tal forma como no he visto jamás. Puede que nada de esto sea sorprendente, porque Ralph es uno de los mejores y más influyentes artistas dedicados a la ciencia ficción, habiendo participado en tan impresionantes películas como *La guerra de las galaxias* y *El Imperio contraataca*. En 1986 ganó un Óscar por los efectos especiales de la película *Cocoon*. Me siento muy orgulloso de que participe en *este* libro.

ISAAC ASIMOV



EL PEQUEÑO ROBOT PERDIDO

En la base Hiper se habían tomado las medidas precisas pero con una especie de furia ruidosa, como el equivalente muscular de un alarido histérico.

Para detallárselas en orden cronológico y a la vez de desesperación, les diré que eran:

1. Debía cesar en el acto todo trabajo en el mando hiperatómico a través del volumen espacial ocupado por las estaciones del grupo asteroidal Veintisiete.

2. Prácticamente todo el volumen espacial quedaba eliminado del sistema. Nadie podía entrar sin permiso. Nadie podía salir por ningún concepto.

3. En una nave patrullera especial del Gobierno, fueron trasladados a la base Hiper los doctores Susan Calvin y Peter Bogert, jefe de Psicología y director matemático de los robots de Estados Unidos y de la Corporación de Hombres Mecánicos respectivamente.

Hasta entonces, Susan Calvin jamás había abandonado la Tierra ni tenía un especial deseo de hacerlo esta vez. En una época de poder atómico y de un claramente cercano mando hiperatómico, seguía siendo plácidamente provinciana. Así que estaba descontenta de su viaje y muy poco convencida de su urgencia. Cada pliegue de su rostro, poco agraciado y entrado en años, lo demostró claramente durante su primera cena en la base Hiper.

Tampoco la elegante palidez del doctor Bogert disimulaba cierta consternación. Ni el general Kallner, jefe del proyecto, se olvidó un instante de poner cara de disgusto.

En pocas palabras, aquella comida era un episodio angustioso; y la pequeña sesión a tres que siguió a la cena empezó en tono gris y desafortunado.

Kallner, con su calva reluciente y su uniforme de gala en desacuerdo con el estado de ánimo general, empezó a hablar con incómoda sinceridad:

—Señora, señor: es una extraña historia la que voy a contarles. Quiero agradecerles que hayan acudido en tan breve plazo de tiempo sin que se les diera ninguna razón. Intentaré corregirlo ahora. Hemos perdido un robot. El trabajo ha cesado y debe pararse todo hasta que podamos localizarle. Hasta ahora hemos fracasado y comprendemos que necesitamos la ayuda de expertos. —Tal vez el general sentía que su situación era absurda. Prosiguió con una nota de desesperación en la voz—: No necesito hablarles de la importancia de nuestro trabajo aquí. Más del ochenta por ciento de las asignaciones dedicadas a la investigación científica han venido aquí, a nosotros…

—Sí, ya lo sabemos —cortó Bogert, servicial—, «Robots U. S.» recibe una renta generosa por el uso de nuestros robots.

Susan Calvin le interpeló decidida y un tanto avinagrada:

—¿Qué hace que un solo robot sea tan importante para el proyecto y por qué no ha sido aún localizado?

El general volvió hacia ella su rostro congestionado y se humedeció los labios apresuradamente:

—Verá, es que en cierto modo lo *hemos* localizado. —Luego prosiguió, angustiado—. Bien, voy a explicárselo. Tan pronto como el robot desapareció, se declaró el estado de emergencia y cesó todo movimiento dentro y alrededor de la base Hiper. Una nave de carga aterrizó hace unos días y nos entregó dos robots para nuestros laboratorios. Llevaba a bordo sesenta y dos robots de…, bueno, del mismo tipo, para entregar en otra parte. Estamos seguros de la cantidad. No cabe la menor duda.

—Ya. ¿Y qué relación hay?

—Al no poder localizar en ninguna parte al robot que nos falta, les aseguro que hubiéramos encontrado una brizna de hierba si la hubiéramos buscado, nos estrujamos el cerebro y fuimos a contar los robots que había en el carguero. Ahora hay sesenta y tres.

—Así que el número sesenta y tres, deduzco yo, es el robot pródigo —declaró la doctora Calvin con ojos sombríos.

—Sí, pero no tenemos forma de saber cuál es el número sesenta y tres.

A esto siguió un silencio sepulcral mientras el reloj eléctrico daba las once, luego la psicóloga de robots exclamó:

—Muy peculiar. —Y las comisuras de sus labios se movieron hacia abajo—. Peter —dijo volviéndose hacia su colega con cierta furia—, ¿qué está pasando aquí? ¿Qué tipo de robots se utilizan en la base?

El doctor Bogert titubeó y esbozó una débil sonrisa.

—Hasta ahora ha sido un asunto de suma delicadeza, Susan.

—Sí, *hasta* ahora —le interrumpió vivamente—. Si hay sesenta y tres robots del mismo tipo, uno de los cuales es buscado y su identidad no puede ser determinada, ¿por qué no les sirve uno de los otros? ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué se nos ha

hecho venir?

Bogert contestó, resignado:

—Si me das una oportunidad, Susan… La base está utilizando varios robots en cuyos cerebros no se ha grabado por entero la primera ley de la Robótica.

—¿Que *no* se han grabado? —Calvin se dejó caer hacia atrás—. Comprendo. ¿Y cuántos se hicieron?

—Unos pocos. Se hizo por orden del Gobierno y era impensable violar el secreto. Nadie debía saberlo excepto los jefes directamente involucrados. A ti no se te incluyó, Susan, pero fue algo en lo que yo no tuve arte ni parte.

El general le interrumpió con cierta autoridad:

—Me gustaría explicárselo un poco. Yo ignoraba que la doctora Calvin desconocía la situación. No necesito decirle, doctora Calvin, que en el planeta ha habido siempre una fuerte oposición a los robots. La única defensa del Gobierno ante los radicales fundamentalistas sobre este asunto, fue el hecho de que los robots se han construido siempre con la primera ley indestructiblemente grabada, lo que hace imposible que dañen a los seres humanos por ningún motivo y en ninguna circunstancia.

»Pero *necesitábamos* tener robots de naturaleza distinta. Así que se hicieron unos pocos del modelo NS-2, los «Nestors», que fueron preparados con una primera ley modificada. Para mantener el secreto todos los NS-2 se fabrican sin número de serie; los ejemplares modificados se nos entregan junto con un grupo de robots normales, y, naturalmente, los nuestros están sujetos a la más estricta prohibición de mencionar su modificación al personal no autorizado. —Aquí esbozó una sonrisa avergonzada—. Pero todo esto, ahora, se ha vuelto contra nosotros.

Calvin comentó, ceñuda:

—¿Se le ha ocurrido, por lo menos, preguntar uno a uno quién es? Me figuro que será usted persona autorizada.

El general asintió.

—Los sesenta y tres niegan haber trabajado aquí… Uno de ellos está mintiendo.

—¿Al que buscan ustedes se le nota cierto desgaste? Deduzco que los demás están recién salidos de fábrica.

—El robot en cuestión llegó el mes pasado. Él y los dos recién llegados iban a ser los últimos que se necesitaran. No hay desgaste perceptible. —Movió la cabeza lentamente y sus ojos volvieron a parecer atormentados—. Doctora Calvin, no nos atrevemos a dejar salir esa nave. Si fuera conocida por todos la existencia de los robots con primera ley…

No parecía que hubiera medios de subestimar aquella conclusión.

—Destruya a los sesenta y tres —declaró la robopsicóloga fría y tajante—, y se acabó el asunto.

Bogert hizo un mohín con la boca.

—Eso quiere decir destruir treinta mil dólares por robot. Me temo que «Robots U. S.» no estaría de acuerdo. Mejor hacer un primer esfuerzo, Susan, antes de destruir nada.

—En este caso —terció, decidida—, necesito datos. Quiero saber exactamente qué ventajas obtiene la base Hiper de esos robots modificados. ¿Qué factor los hizo indispensables, general?

Kallner arrugó la frente y la alisó con un gesto rápido de su mano.

—Tuvimos problemas con los robots anteriores. Nuestros hombres trabajan mucho con fuertes radiaciones. Es peligroso, claro, pero se toman precauciones razonables. Desde que empezamos hemos tenido solamente dos accidentes, y ninguno fue fatal. No obstante, fue imposible explicárselo a un robot ordinario. La primera ley establece, voy a repetírselo, lo siguiente: *Ningún robot puede dañar a un ser humano, ni permitir con su inacción que un ser humano sufra daño*.

»Esto es fundamental, doctora Calvin. Cuando fue necesario que uno de nuestros hombres se expusiera, no por mucho tiempo, a un campo de rayos gamma moderado que no produjera efectos psicológicos, el robot más próximo tenía que lanzarse a sacarlo. Si el campo era muy débil, lo conseguiría, y el trabajo no proseguiría hasta que todos los robots fueran retirados. Si el campo era algo más fuerte, el robot no lograría nunca llegar hasta el técnico afectado, puesto que su cerebro positrónico sufriría un colapso bajo las radiaciones gamma…, con lo que perderíamos un robot caro y difícil de reemplazar.

»Tratamos de discutir con ellos. Su postura era que un ser humano expuesto a los rayos gamma arriesgaba su vida y que no importaba que pudiera soportarlos por espacio de media hora sin peligro. Supongamos, alegaban, que se olvidara y se quedara una hora. No podían correr el riesgo. Les hicimos ver que eran ellos los que arriesgaban sus vidas por una mera posibilidad. Pero la propia salvaguarda es solamente la tercera ley de la Robótica y la primera ley, sobre la seguridad humana, pasaba primero. Les dimos órdenes; les ordenamos tajantemente que se mantuvieran alejados de los campos de radiación gamma a cualquier precio. Pero la obediencia es la segunda ley, y la primera sobre la seguridad humana pasaba delante. O teníamos que prescindir de los robots, doctora Calvin, o hacer algo con la primera ley… Y lo hicimos.

—No puedo creer —interrumpió la doctora— que fuera necesario suprimir la primera ley.

—No la suprimimos, la modificamos —aclaró Kallner—. Al construirse los cerebros positrónicos contenían sólo la parte positiva de la ley que, para ellos, es: *Ningún robot puede dañar a un ser humano*. Nada más. Carecen del impulso de evitar que uno sufra daños por causas extrañas, como por ejemplo las radiaciones gamma. ¿Lo expongo correctamente, doctor Bogert?

—En efecto —corroboró el matemático.

—¿Y es ésta la única diferencia entre sus robots y los NS-2 del mismo modelo? ¿La *única* diferencia, Peter?

—La *única* diferencia, Susan.

La doctora se puso en pie y declaró, decidida:

—Me propongo irme ahora a dormir, dentro de ocho horas quiero hablar con el que haya visto al robot por última vez. Y de ahora en adelante, general Kallner, si debo aceptar la responsabilidad por cualquiera de los acontecimientos, quiero el control total e incuestionable de esta investigación.

Susan Calvin no disfrutó de nada parecido al sueño salvo dos horas de verdadero agotamiento. Llamó a la puerta de Bogert a las 7, hora local, y le encontró igualmente despierto. Al parecer, se había tomado la molestia de llevarse un batín a la base Hiper, pues llevaba uno puesto. Cuando vio entrar a Calvin, dejó las tijeras de las uñas, y comentó plácidamente:

—He estado esperándote. Supongo que todo esto te pone mala.

—En efecto.

—Bueno…, lo lamento. No hubo forma de evitarlo. Cuando recibimos la llamada desde la base Hiper, pensé en seguida que algo había ido mal con los «Nestors» modificados. Pero, ¿qué podía hacer? No podía contártelo mientras veníamos como hubiera querido, porque tenía que estar seguro. Lo de la modificación es máximo secreto.

La psicóloga masculló:

—Se me tenía que haber dicho. La compañía «Robots U. S.» no tenía derecho a modificar así los cerebros positrónicos sin que lo aprobara un psicólogo.

Bogert enarco las cejas y suspiró.

—Sé razonable, Susan. No podías influir en ellos. En este asunto, el Gobierno se saldría con la suya. El mando hiperatómico y los físicos del éter quieren robots que no se interfieran en su trabajo. Y estaban dispuestos a conseguirlos aunque ello significara modificar la primera ley. Tuvimos que confesar que era posible desde el punto de vista de la construcción, y juraron solemnemente que sólo querían doce, que solamente se les utilizaría en la base Hiper, que una vez que el mando estuviera perfeccionado serían destruidos, y que se tomarían toda clase de precauciones. Insistieron en que se guardara el secreto…, y ésta es la situación.

La doctora Calvin habló entre dientes:

—Yo habría dimitido.

—No habría servido de nada. El Gobierno ofreció una fortuna a la compañía y les amenazó con una legislación anti-robots en caso de que se negaran. Nos vimos cogidos, y seguimos cogidos. Si esto trasciende, podría desprestigiar a Kallner y al Gobierno, pero sobre todo perjudicaría infinitamente más a «Robots U. S.».

La psicóloga se le quedó mirando.

—Peter, ¿no te das cuenta de lo que significa la supresión de la primera ley? No se trata solamente del secreto.

—Sé perfectamente lo que significaría la supresión. No soy un niño. Significaría una completa inestabilidad, sin solución alguna no imaginativa para el campo de ecuaciones positrónicas.

—Eso, matemáticamente. Pero, ¿puedes traducirlo a un mero pensamiento psicológico? Toda vida normal, Peter, se resiente de la dominación sea consciente o inconsciente. Si el dominio lo ejerce un inferior, o un supuesto inferior, el resentimiento se hace más fuerte. Física y, hasta cierto punto mentalmente, un robot, cualquier robot, es superior a los seres humanos. En este caso, ¿qué es lo que le esclaviza? Solamente la *primera ley*. Mira, sin ella, la primera orden que trataras de dar a un robot provocaría tu muerte. ¿Inestable? ¿Qué te parece?

—Susan —dijo Bogert con expresión de divertida simpatía—, debo admitir que este complejo frankensteiniano del que haces gala está justificado en cierto modo… De ahí la primera ley, para empezar. Pero la ley, te repito y volveré a repetírtelo mil veces, no ha sido suprimida, sino modificada.

—¿Y qué me dices de la estabilidad del cerebro?

El matemático apretó los labios.

—Quedaría disminuida, naturalmente. Pero dentro de los límites de la seguridad. Los primeros «Nestors» fueron entregados a la base hace nueve meses, y nada ha fallado hasta ahora e incluso esto indica más el miedo a los humanos que un peligro para ellos.

—Muy bien. Veremos lo que sacamos de la conferencia de esta mañana.

Bogert la acompañó amablemente hasta la puerta e hizo una expresiva mueca al verla marchar. No veía motivos para cambiar la opinión que siempre había tenido de ella: la de una agria e inquieta frustrada.

El orden de ideas de Susan Calvin no incluía para nada a Bogert. Hacía muchos años que le había clasificado como un redomado presumido.

Gerald Black se había graduado en física del éter el año anterior y, en común con su generación de físicos, se encontraba comprometido en el problema del mando. Ahora formaba parte de la atmósfera general de esas conferencias de la base Hiper. Vestido con su manchado mono blanco, se sentía un tanto rebelde y totalmente inseguro. Toda su fuerza parecía escapársele por los dedos, al retorcérselos tan nerviosamente que bien hubiera doblado una barra de hierro.

El general Kallner se sentaba a su lado, y frente a ellos estaban los dos enviados de «Robots U. S.».

Black dijo:

—Me han dicho que yo soy el último que vio a «Nestor 10» antes de que desapareciera. Deduzco que querrán interrogarme sobre el caso.

La doctora Calvin le miró interesada.

—Habla como si no estuviera seguro, joven. ¿Es que no *sabe* si fue usted el

último que le vio?

—Trabajaba conmigo, señora, en los campos de generadores y estaba conmigo la mañana de su desaparición. No sé si alguien más le vio después a mediodía. En todo caso nadie admite haberle visto.

—¿Cree usted que alguien esté mintiendo?

—No quiero decir eso. Pero tampoco digo que yo esté dispuesto a cargar con la responsabilidad. —Sus ojos oscuros llameaban.

—No se trata de hacerle responsable. El robot actuó como lo hizo por lo que es. Estamos solamente tratando de localizarle, señor Black, y dejémonos de tonterías. Ahora bien, si usted trabajaba con el robot, probablemente le conoce mejor que los demás. ¿Había en el algo raro, algo que le llamará la atención? ¿Había trabajado antes con robots?

—He trabajado con los otros robots que tenemos aquí…, los sencillos. En los «Nestors» no hay nada distinto, excepto que son mucho más inteligentes y… más insoportables.

—¿Insoportables? ¿De qué modo?

—Bueno, tal vez no sea culpa suya. El trabajo de aquí es muy duro y la mayoría de nosotros está con los nervios a flor de piel. Andar jugando con el hiper-espacio no es una bagatela. —Sonrió débilmente, como complaciéndose al confesarlo—. Corremos el riesgo de agujerear el tejido espacio-tiempo normal y caer fuera del universo, asteroide, etc. Parece de locos, ¿verdad? Claro que uno, a veces, tiene los nervios de punta. Pero estos «Nestors», nunca. Sienten curiosidad, son tranquilos, no se preocupan. A veces les basta con volvernos locos. Cuando uno desea que se haga algo a toda prisa, ellos se lo toman con calma. A veces, prescindiría de ellos.

—¿Dice que se lo toman con calma? ¿Se han negado alguna vez a obedecer una orden?

—Oh, no —lo dijo apresuradamente—. La cumplen. Pero replican cuando creen que nos equivocamos. No saben más del trabajo que lo que les hemos enseñado, pero esto no les detiene. A lo mejor lo imagino, pero creo que los otros compañeros tienen los mismos problemas con sus «Nestors».

El general Kallner carraspeó.

—¿Por qué no se me han cursado las quejas, Black?

El joven físico se ruborizó:

—No queríamos *realmente* prescindir de los robots, señor, y además no estábamos seguros del todo de cómo se recibirían exactamente, digamos, estas pequeñas quejas.

Bogert interrumpió suavemente:

—¿Ocurrió algo en particular la mañana en que le vio por última vez?

Silencio. Con un gesto tranquilo Calvin reprimió el comentario que afloraba a los labios de Kallner, y esperó pacientemente.

Entonces Black habló, dominado por la rabia:

—Tuve un problema con él. Aquella mañana se me había roto un tubo Kimball y llevaba cinco días de retraso en el trabajo; todo mi programa estaba retrasado; no había recibido noticias de casa desde hacía dos semanas. Y apareció *él* queriendo que repitiera un experimento que había abandonado hacía un mes. Siempre me daba la lata con aquel tema y yo estaba harto de él. Le dije que se largara… —y ya no le vi más.

—¿Le dijo que se largara? —preguntó la doctora Calvin profundamente interesada—. ¿Con esas palabras? ¿Le dijo, «Lárguese»? Trate de recordar las palabras exactas.

Aparentemente había una lucha interna, Black se cogió la frente con una mano por un momento, luego la apartó y dijo desafiante:

—Le dije: «Lárgate de una vez.»

Bogert se echó a reír.

—¿Y así lo hizo, eh?

Pero Calvin no había terminado. Le habló afectuosamente:

—Ahora empezamos a llegar a alguna parte, señor Black. Pero los detalles exactos son importantes. Para comprender las acciones de un robot, un gesto, una palabra, con énfasis, pueden serlo todo. Por ejemplo, ¿pudo usted haber dicho algo más que esas cuatro palabras? Según su propia relación debía usted de estar muy nervioso. Quizá cargó usted un poco lo que le dijo.

El joven enrojeció.

—Bueno…, a lo mejor le llamé…, cuatro cosas…

—Exactamente, ¿qué cosas?

—¡Oh! Exactamente no recuerdo. Además, no podría repetírselas. Ya sabe cómo se pone uno cuando está fuera de sí. —Su risita turbada resultaba tonta—. Casi siempre tengo tendencia a emplear palabrotas.

—No se preocupe —le tranquilizó la doctora con cierta severidad—, en este momento soy la psicóloga. Me gustaría que lo repitiera exactamente, o lo más parecido posible, según lo recuerde. Es más, y esto es muy importante para mí, con el mismo tono de voz que empleó.

Black miró a su superior en busca de apoyo, pero no lo encontró. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y balbuceó:

—Es que no puedo.

—Debe hacerlo.

—Suponga —intervino Bogert con mal disimulada diversión— que me lo dice a mí. Puede que le resulte más fácil.

El rostro enrojecido del joven se volvió hacia Bogert. Tragó saliva.

—Le dije… —Su voz se apagó, pero volvió a intentarlo—. Le dije…

Respiró profundamente y soltó una retahíla de silabas. Luego, en aquella atmósfera cargada, terminó casi llorando:

—… eso fue, más o menos. No me acuerdo del orden exacto de lo que le llamé, y

a lo mejor se me ha olvidado algo o he añadido algo, pero fue más o menos así.

Sólo un leve rubor indicaba los sentimientos de la psicóloga. Dijo:

—Sé el significado de la mayor parte de los términos empleados. En cuanto a los demás me figuro que serán realmente despectivos.

—Me temo que sí —asintió el atormentado Black.

—Y entretanto, le dijo que se largara y desapareciera.

—No lo dije en sentido literal.

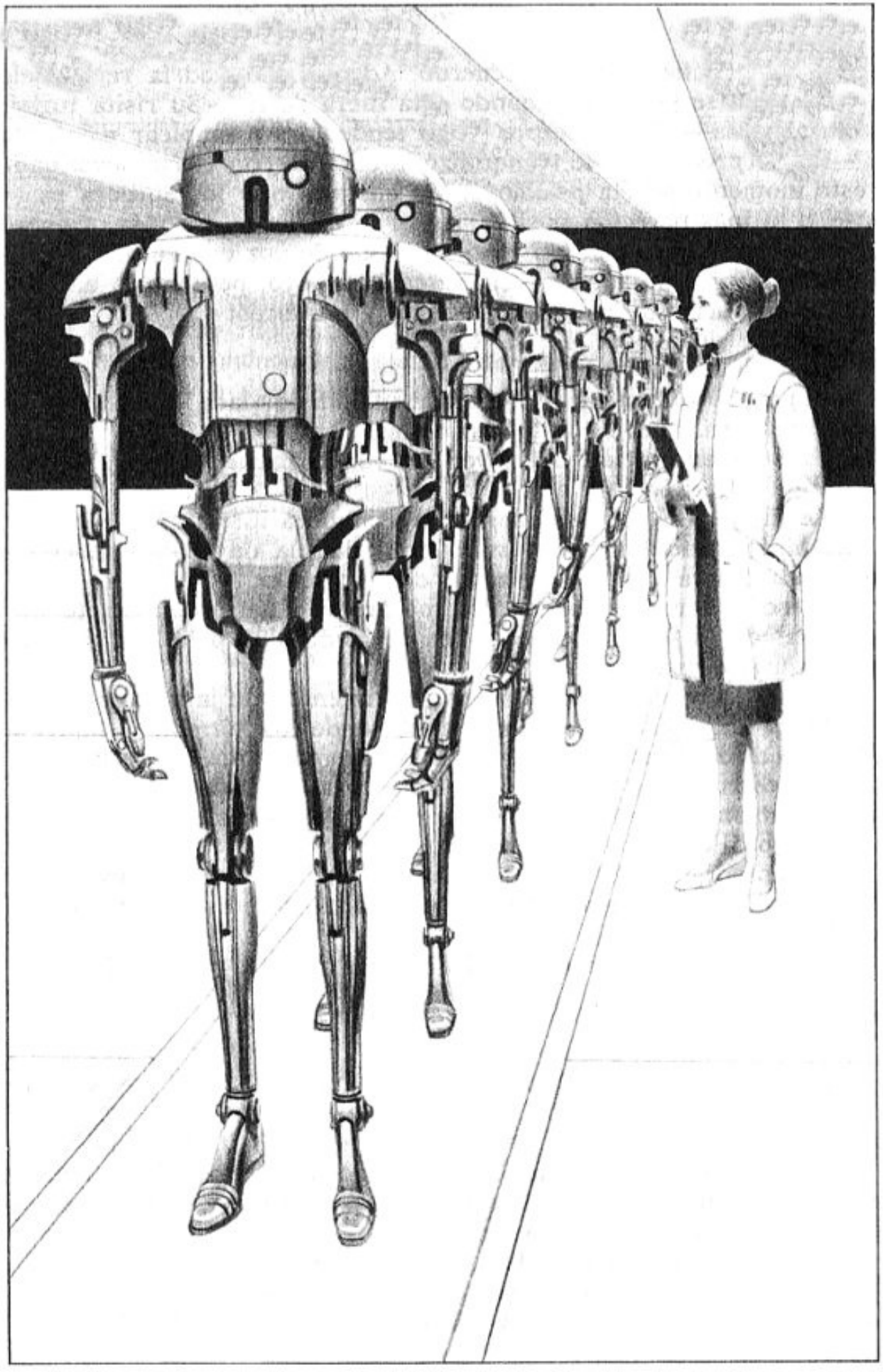
—Lo comprendo. No nos proponemos ninguna acción disciplinaria. —Y ante su mirada, el general que cinco minutos antes parecía decidido, asintió rabioso.

—Puede retirarse, señor Black. Gracias por su cooperación.

Susan Calvin necesitó cinco horas para entrevistar a los sesenta y tres robots. Fueron cinco horas de continuas repeticiones; de cambiar y cambiar el mismo robot; de preguntas A, B, C, D, de respuestas A, B, C, D; de expresarse cuidadosamente y con dulzura; de emplear un tono cuidadosamente neutro; de crear una atmósfera cuidadosamente amistosa; y de una grabadora oculta.

Cuando terminó, la psicóloga se sintió agotada.

Bogert la esperaba, y parecía esperanzado cuando ella dejó caer la cinta grabada con un clanc seco sobre la superficie de plástico del escritorio.



—Los sesenta y tres me parecieron iguales. —Sacudió la cabeza—. Y no sabría decir…

—No esperarías descubrirlo de oído, Susan. ¿Qué te parece si analizamos las grabaciones?

Ordinariamente, la interpretación matemática de las reacciones verbales de los robots es una de las fases más complicadas del análisis robótico. Requiere un equipo de técnicos entrenados y la ayuda de complicadas máquinas de computación. Bogert lo sabía y así lo declaró en un alarde de disimulado fastidio después de haber escuchado cada muestra de respuestas, redactado una lista de desviaciones verbales y hecho los gráficos de los intervalos entre las respuestas.

—No hay anomalías presentes, Susan. Las variaciones en las palabras y en las reacciones de tiempo están dentro de los límites de los grupos de frecuencia ordinarios. Necesitamos métodos más precisos. Deben tener computadoras, aquí. No —frunció el ceño y se mordió delicadamente una uña—, no podemos utilizar computadoras. Demasiado peligro de indiscreciones. O quizá, si nosotros…

La doctora Calvin le detuvo con un gesto de impaciencia:

—Por favor, Peter. Éste no es uno de tus insignificantes problemas de laboratorio. Si no podemos descubrir al Nestor modificado advirtiendo a simple vista y sin que quepa la menor duda una burda diferencia, estamos perdidos. El riesgo de equivocarnos y dejar que se nos escape es demasiado grande. No basta con señalar una pequeña irregularidad en un grafico. Te aseguro que si esto es todo cuanto tenemos para descubrirlo, los destruiría a todos para estar segura. ¿Has hablado con los otros «Nestors» modificados?

—Sí —contestó Bogert—, y no hay ningún fallo en ellos. En todo caso, están muy por encima de la cordialidad normal. Contestaron a mis preguntas, se mostraron orgullosos de sus conocimientos menos los dos nuevos que no han tenido aún tiempo de aprender su física etérica y se rieron cariñosamente de mi ignorancia sobre alguna de las especialidades de aquí. —Se encogió de hombros y prosiguió—: Supongo que esto forma parte del resentimiento que los técnicos sienten hacia ellos. Los robots están más que dispuestos a impresionarnos con sus mayores conocimientos.

—¿Podrías intentar algunas reacciones Planar para detectar si ha habido algún cambio deterioro en su organización mental desde que los fabricaron?

—No lo he hecho aún, pero lo haré. —Movió un dedo ante ella y añadió—: Estás desanimándote, Susan. No veo por qué estás dramatizando. Son esencialmente inofensivos.

—¿Lo son? —se encrespó Calvin—. ¿Lo son? ¿Te das cuenta de que uno de ellos está mintiendo? Uno de los sesenta y tres robots que acabo de interrogar me ha mentido deliberadamente después de la orden estricta de decir la verdad. Esta anomalía está terrible y profundamente enraizada y me da un miedo horrible.

Peter Bogert apretó fuertemente los dientes y objetó:

—¡En absoluto! ¡Mira! A Nestor 10 se le dio la orden de largarse. Esta orden se le

expresó con máxima urgencia y por la persona más autorizada para mandarle. Una orden que no pudo contrarrestarse ni por urgencia ni por un derecho de mando superior. Naturalmente, el robot trata de defender el cumplimiento de esa orden. En realidad y mirándolo objetivamente, admiro su ingenio. ¿Dónde puede perderse mejor un robot que escondiéndose entre un grupo de robots similares?

—Claro, tenías que admirarle. Ya he notado que todo esto te divierte, Peter, pero es una diversión que supone una tremenda falta de comprensión. ¿Eres especialista en robots, Peter? Esos robots dan mucha importancia a lo que consideran superior. Tú mismo acabas de decirlo. En su subconsciente consideran inferiores a los humanos y la primera ley que nos protege de ellos es imperfecta. Son inestables. Aquí tenemos a un joven ordenando a un robot que se largue, que se pierda, con toda la carga de asco, desprecio y repulsión que encierran esas palabras. De acuerdo, el robot debe obedecer, pero en su subconsciente hay resentimiento y será más importante para él demostrar su superioridad sobre el humano, pese a los horribles nombres que le llamó. Puede volverse *tan* importante que lo que le queda de la primera ley no baste.

—¿Cómo un robot en la Tierra o en cualquier otra parte del Sistema Solar, Susan, puede conocer el significado de aquel torrente de palabras malsonantes que se le dirigió? Las obscenidades no forman parte de las cosas que se imprimieron en su cerebro.

—La impresión original no lo es todo —le soltó Calvin, furiosa—. Los robots tienen capacidad para aprender, imbécil. —Bogert se dio cuenta de que estaba realmente enfurecida—. ¿No se te ocurre —prosiguió— que supo deducir por el tono empleado, que las palabras no eran precisamente cumplidos? ¿No supones que pudo haberlas oído anteriormente y notado en qué ocasiones?

—Está bien —gritó Bogert—, ¿quieres tener la bondad de decirme de qué forma un robot modificado puede dañar a un ser humano, por ofendido que esté, por grande que sea su deseo de probar su superioridad?

—¿Si te digo en qué forma, te quedaras tranquilo?

—Sí.

Estaban sentados frente a frente, con los ojos clavados uno en los del otro, airados. La psicóloga explicó:

—Si un robot modificado dejara caer un gran peso sobre un ser humano, no quebrantaría la primera ley si lo hiciera conociendo que su fuerza y velocidad de reacción bastarían para desviar el peso antes de que golpeara al hombre. No obstante, una vez el peso abandonara sus dedos, ya dejaría él de ser el medio activo. Sólo lo sería la fuerza ciega de la gravedad. El robot podría entonces cambiar de idea y simplemente por su inacción permitir que el peso diera en el blanco. La primera ley modificada lo permite.

—Esto no es más que dejar volar la imaginación.

—Esto es lo que mi profesión requiere a veces. No peleemos, Peter. Trabajemos. Conoces la naturaleza exacta del estímulo que hizo perderse al robot. Tienes el

registro de su primitivo montaje mental. Quiero que me digas hasta qué punto es posible para nuestro robot hacer algo parecido a lo que te he dicho. No el ejemplo específico, por supuesto, sino el tipo de reacción. Y quiero que lo hagas rápidamente.

—Y entretanto…

—Y entretanto, tendremos que intentar representaciones, como pruebas, directamente enfocadas a la reacción a la primera ley.

Gerald Black, a petición propia, vigilaba la colocación de tabiques de madera que iban surgiendo en círculo en la tercera planta abovedada del Edificio de Radiación 2. Los obreros trabajaban, en general, en silencio, pero más de uno se mostraba abiertamente asombrado ante las sesenta y tres fotocélulas que requerían instalación.

Uno de ellos se sentó cerca de Black, se quitó el sombrero y se secó pensativamente la frente con su brazo pecoso. Black le habló:

—¿Cómo va eso, Walensky?

Walensky se encogió de hombros y encendió un cigarro.

—Como una seda. Pero, bueno, ¿qué pasa, Doc? Primero estamos tres días sin trabajar y de pronto este jaleo endemoniado.

Se echó hacia atrás apoyándose en los codos y echando humo. Black frunció las cejas.

—Un par de personas especialistas en robots han llegado de la Tierra. ¿Te acuerdas del problema que tuvimos con los robots que penetraban en los campos de rayos gamma, antes de que pudiéramos meterles en sus cabezotas que no debían hacerlo?

—Sí. Pero, ¿no nos mandaron robots nuevos?

—Bueno, conseguimos remplazar algunos, pero en general fue más bien un trabajo de instrucción. En todo caso, la gente que los fabrica quiere inventar robots que no sean tan sensibles a los rayos gamma.

—Así y todo, me extraña que se pare todo el trabajo del Mando por esto de los robots. Yo creía que nada debía entorpecer el trabajo del Mando.

—Bueno, los de arriba son los que mandan. Yo hago lo que me dicen. Probablemente no es más que un caso de recomendaciones.

—Sí. —El electricista esbozó una sonrisa y le guiñó el ojo—. Alguien será amigo de alguien de Washington. Pero mientras yo cobre lo mío el día establecido, no me preocupo. El Mando no es asunto mío. ¿Y qué van a hacer aquí?

—Y yo qué sé. Trajeron un rebaño de robots…, más de sesenta, y van a medir sus reacciones. Eso es *todo* lo que yo sé.

—¿Y cuánto tiempo les llevará?

—Ojalá lo supiera.

—Bueno —dijo Walensky con sarcasmo—, mientras me suelten el dinero, por mí que jueguen a lo que quieran.

Black se sintió tranquilo y satisfecho. Que corriera la historia. Era inocua y bastante parecida a la verdad para cerrar el pico a la curiosidad.

Había un hombre sentado en la silla, inmóvil, silencioso. Cayó un peso, se precipitó hacia abajo, y después se desvió, en el último momento, empujado por la fuerza sincronizada de un súbito rayo de energía. De las sesenta y tres celdas de madera, los robots NS-2 que observaban se precipitaron adelante antes de que el peso se desviara, y sesenta y tres fotocélulas, un metro y medio más adelante que su posición original, movieron el marcador e hicieron una pequeña señal en el papel. El peso se alzó y cayó, se alzó y cayó, se alzó…

¡Diez veces!

Y por diez veces los robots saltaron hacia delante y se detuvieron, al ver al hombre que seguía sentado y sin sufrir daño.

El general Kallner no había lucido el uniforme completo desde la primera cena con los representantes de «Robots U. S.».

Ahora no llevaba nada sobre su camisa gris azulada, llevaba el cuello desabrochado y la corbata aflojada.

Miró esperanzado a Bogert, que seguía con su aspecto ordenado y cuya tensión interna se percibía solamente por un leve sudor en las sienes.

El general preguntó:

—¿Cómo va eso? ¿Qué es lo que trata de descubrir?

—Una diferencia que puede resultar demasiado sutil para lo que nos proponemos. No estoy seguro. Para sesenta y dos de estos robots, la necesidad de saltar hacia delante en dirección al humano aparentemente amenazado, sería lo que en robótica llamamos una reacción forzada. Verá, aunque los robots supieran que al humano en cuestión no puede sucederle nada, y después de la tercera o cuarta vez deben haberlo comprendido, no podrían evitar reaccionar como han hecho. La primera ley lo requiere.

—¿Y bien?

—Pero el robot sesenta y tres, el «Nestor» modificado, no estaba obligado a ello. Podía actuar libremente. Si hubiera querido habría podido permanecer en su sitio. Desgraciadamente —y en su voz se notaba cierta decepción—, no ha querido.

—¿Se figura usted la razón?

Bogert se encogió de hombros.

—Confío en que nos lo diga la doctora Calvin cuando venga. Probablemente nos lo dirá con una interpretación horriblemente pesimista. A veces es un poco cargante.

—Pero está cualificada, ¿verdad? —preguntó el general con cierto mohín de inquietud.

—Oh, sí. —Bogert parecía divertido—. Ya lo creo que está cualificada. Comprende a los robots como una hermana… Supongo que será por lo mucho que odia a los hombres. Ocurre que, psicóloga o no, es una neurótica. Tiene tendencias paranoicas. No se la tome demasiado en serio.

Y empezó a extender ante él una hilera de gráficos con líneas quebradas.

—Vea usted, general, en el caso de cada robot el intervalo de tiempo transcurrido desde el momento de la caída del peso hasta la terminación del avance de metro y medio, tiende a disminuir a medida que se repiten las pruebas. Hay una clara relación matemática que gobierna tales actos y el fallo en moverse indicaría una marcada anormalidad en su cerebro positrónico. Desgraciadamente, todos aquí parecen normales.

—Pero si nuestro «Nestor 10» no respondía con una acción forzada, ¿por qué su grafico no es diferente? No lo comprendo.

—Es muy simple. Las reacciones robóticas no son perfectamente análogas a las reacciones humanas, y es una lástima. En los seres humanos, la acción voluntaria es mucho más lenta que la acción refleja. Pero no ocurre así con los robots; con ellos es una simple cuestión de libertad de elección, en ellos la rapidez de acción libre o forzada es casi la misma. Lo que yo *había estado* esperando era pillar a «Nestor 10» desprevenido la primera vez y que apareciera un intervalo excesivo antes de que reaccionara.

—¿Y no fue así?

—Me temo que no.

—Entonces no hemos llegado a ninguna parte. —El general se echó hacia atrás con expresión dolorida—. Hace cinco días que han llegado ustedes.

Fue en aquel momento cuando Susan Calvin apareció, cerrando la puerta de golpe.

—Guarda los gráficos, Peter —exclamó—. Ya sabes que no significan ni demuestran nada. —Masculló algo, impaciente, al ver que Kallner se incorporaba para saludarla, y prosiguió—: Tendremos que probar otra cosa rápidamente. No me gusta lo que está ocurriendo.

Bogert cruzó una mirada resignada con el general, y preguntó:

—¿Ha ocurrido algo malo?

—Si quieres decir específicamente, no. Pero no me gusta que «Nestor 10», siga escabulléndose. No es bueno. *Debe* ser satisfactorio para su enorme sentido de superioridad. Me temo que sus motivaciones ya no sean, simplemente cumplir órdenes. Creo que esto se ha transformado en un caso de pura necesidad neurótica por superar a los humanos. Es una situación peligrosamente insana. Peter, ¿has hecho lo que te he pedido? ¿Has aclarado los factores de inestabilidad del NS-2 modificado, de acuerdo con lo que necesito?

—Se está haciendo —respondió el matemático, indiferente.

Susan se le quedó mirando, indignada, y luego se volvió a Kallner.

—Es indudable que «Nestor 10» se da perfecta cuenta de lo que estamos haciendo, general. No tenía motivos para saltar y caer en la trampa en este experimento, especialmente después de la primera vez, cuando debió darse cuenta de que nuestro hombre no corría peligro. Los otros no pudieron evitarlo, pero *él* falsificó deliberadamente una reacción.

—¿Qué piensa, pues, que debemos hacer ahora, doctora Calvin?

—Imposibilitar que la próxima vez pueda falsificar una acción. Repetiremos el experimento, pero añadiéndole algo: unos cables de alta tensión, capaces de electrocutar los modelos «Nestor», se colocarán entre el sujeto y el robot, los suficientes para evitar la posibilidad de saltar por encima, y el robot estará enterado de antemano de que tocar los cables significaría morir.

—Espere —saltó Bogert súbitamente, enfurecido—. Lo prohíbo. No vamos a electrocutar a unos robots que valen dos millones de dólares sólo para localizar a «Nestor 10». Hay otros modos.

—¿Estás seguro? No hemos encontrado ninguno. En cualquier caso no se trata de electrocuciones. Podemos preparar un relé que detenga la corriente en el momento en que se aplique un peso. Si el robot colocara su peso en los cables, no morirá. *Pero él no lo sabrá*, ¿comprendes?

Los ojos del general brillaron esperanzados. Preguntó:

—¿Funcionará?

—Debería funcionar en estas condiciones. «Nestor 10» tendría que permanecer en su sitio. Podría *ordenársele* que tocara los cables y muriera, porque la segunda ley es superior a la tercera ley de auto-conservación. Pero *no* se le ordenará, se le dejará a su libre albedrío, como los demás robots. En el caso de los robots normales, la primera ley, la de la seguridad humana, les llevará a la muerte aun sin órdenes. Pero no así nuestro «Nestor 10». Sin una primera ley completa y sin haber recibido órdenes en contra, la tercera ley, la de auto-salvaguarda, será la dominante y no tendrá más remedio que quedarse sentado. Sería una acción forzada.

—¿Lo harán esta noche, entonces?

—Esta noche —afirmó la psicóloga—, si pueden tender los cables a tiempo. Voy a decir a los robots ahora con qué se enfrentarán.

Había un hombre sentado en la silla, inmóvil, silencioso. Un peso cayó, se precipitó hacia abajo y en el último momento se desvió empujado por la fuerza sincronizada de un súbito rayo de energía.

Una sola vez…

Y desde su silla de campaña en la cabina de observación en el balcón, la doctora Susan Calvin se levantó con un sofocado grito de horror.

Sesenta y tres robots permanecieron tranquilamente en sus asientos, contemplando fijamente al hombre que peligraba ante ellos. Ni uno solo se movió.

La doctora Calvin estaba furiosa sin poder controlarse. Más furiosa aún por no atreverse a demostrarlo ante los robots que, uno a uno, iban desfilando por la habitación. Comprobó la lista. Ahora le tocaba al número veintiocho…, ante ella quedaban aún treinta y cinco.

El número veintiocho entró, avergonzado. Susan se esforzó por dominarse:

—¿Quién eres?

El robot contestó en voz baja e insegura:

—Todavía no he recibido mi número de serie, señora. Soy un robot NS-2, y era el número veintiocho en la fila de fuera. Tengo un papel que debo entregarle.

—¿Has entrado aquí antes?

—No, señora.

—Siéntate. Aquí. Quiero hacerte unas preguntas, Número Veintiocho. ¿Estabas en la sala de radiación del Edificio Dos, hace unas cuatro horas?

Al robot le costaba trabajo contestar. Por fin con voz ronca, como de maquinaria que necesita aceite, dijo:

—Sí, señora.

—Allí había un hombre que casi sufrió daños, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Y no hiciste nada, ¿verdad?

—No, señora.

—Este hombre pudo sufrir daños por tu inacción. ¿Te das cuenta?

—Sí, señora, pero no pude evitarlo, señora.

Resulta difícil imaginar un enorme rostro metálico angustiado, pero así fue.

—Quiero que me expliques exactamente por qué no hiciste nada para salvarlo.

—Yo quiero explicárselo, señora. La verdad es que no quiero que usted…, que *nadie*…, piense que yo podría hacer algo que causara daño a un amo. Oh, no, esto sería una horrible… una inconcebible…

—Por favor, no te excites, muchacho. No te acuso de nada, sólo quiero saber lo que estabas pensando en aquel momento.

—Señora, antes de que ocurriera, usted nos advirtió que uno de los amos estaría en peligro por el peso que se desprende y que si intentábamos salvarlo tendríamos que pasar por encima de cables eléctricos. Bien, señora, esto no iba a detenerme. ¿Qué es mi destrucción comparada a la seguridad de un amo? Pero…, pero se me ocurrió que si yo moría en mi camino hacia él, tampoco podría salvarle. El peso le aplastaría y yo habría tenido una muerte sin sentido y quizás algún día otro amo moriría o sufriría daños por faltar yo, por no haber sabido permanecer vivo. ¿Me comprende, señora?

—Quieres decir que fue simplemente la elección entre que el hombre muriera o que murierais los dos, ¿no es así?

—Sí, señora. Era imposible salvar al amo. Podía considerársele muerto. En este caso, era inconcebible que yo me destruyera por nada…, sin que se me ordenara.

La psicóloga jugó con el lápiz. Había oído la misma historia con insignificantes variaciones verbales, veintisiete veces. Ésta ahora iba a ser la pregunta crucial.

—Muchacho —le dijo—, lo que pensaste tiene su mérito, pero no es el tipo de pensamiento que yo creía propio de ti. ¿Se te ocurrió a ti?

El robot titubeó:

—No.

—¿A quién se le ocurrió, pues?

—Anoche estuvimos hablando y uno de nosotros tuvo la idea y nos pareció razonable.

—¿Cuál de vosotros?

El robot se puso a pensar.

—No lo sé. Uno de nosotros.

—Puedes retirarte —suspiró Susan.

El siguiente era el número veintinueve. Después de él, otros treinta y cuatro.

El general Kallner también estaba furioso. Por una semana toda la base Hiper había parado, exceptuando el escaso papeleo relacionado con los asteroides subsidiarios del grupo. Durante casi una semana, dos importantes expertos habían agravado la situación con pruebas inútiles. Y ahora ambos, o por lo menos la mujer…, planteaban proposiciones imposibles.

Afortunadamente, dada la situación general, Kallner no consideraba político dar abiertamente rienda suelta a su enojo.

Susan Calvin insistía:

—¿Por qué no, señor? Es obvio que la situación actual es una desgracia. La única forma de obtener resultados en un futuro, o en el futuro que nos queda en este asunto, es separar a los robots. Ya no podemos mantenerlos juntos por más tiempo.

—Mi querida doctora Calvin —barbotó el general, con el tono de voz más bajo que encontró—, no veo cómo puedo instalar sesenta y tres robots por toda la base…

La doctora alzó los brazos, impotente:

—En este caso no puedo hacer nada. «Nestor 10» imitará lo que hacen los otros, o les convencerá con razones para que no hagan lo que él no puede hacer. En todo caso, es un mal asunto. Estamos en guerra con ese pequeño robot y él está ganando. Cada victoria suya agrava su anormalidad. —Se puso en pie, decidida, y declaró—: General Kallner, si no puede usted separar los robots como le pido, entonces sólo me queda exigir que se destruya inmediatamente a los sesenta y tres.

—Lo exige, ¿eh? —espetó Bogert, levantando de pronto la cabeza, realmente enfurecido—. ¿Con qué derecho exige semejante cosa? Estos robots se quedarán tal como están. *Yo* soy el responsable ante la compañía, no usted.

—Y yo —añadió el general Kallner— soy responsable ante el Coordinador Mundial…, y debo terminar este asunto.

—En este caso —respondió Calvin— no me queda sino presentar mi dimisión. Si es necesario para obligarle a la necesaria destrucción, presentaré el caso públicamente. No fui yo la que aprobó la fabricación de robots modificados.

—Doctora Calvin, una sola palabra suya —expuso el general deliberadamente— violando las medidas de seguridad, y será inmediatamente encarcelada.

Bogert se dio cuenta de que la situación estaba al rojo vivo. Con un tono de voz almibarado, intervino:

—Bueno, bueno, estamos empezando a portarnos como niños. Necesitamos algo más de tiempo. Seguro que sin dimitir, sin encarcelar gente y sin destruir dos millones de dólares, podemos ser más listos que un robot.

La psicóloga se volvió a él, airada:

—No quiero robots desequilibrados. Tenemos un «Nestor» decididamente desequilibrado, once más que lo están en potencia y sesenta y dos robots normales que se ven sometidos a un entorno desequilibrado. El único método absolutamente seguro es la destrucción total.

La llamada del zumbador les detuvo a los tres y el airado tumulto de la emoción creciente y desenfrenada, se heló.

—Pase —gruñó Kallner.

Era Gerald Black, con aspecto agitado. Había oído voces airadas. Dijo:

—Pensé que era mejor que viniera yo. No me gusta pedírselo a nadie más…

—¿De qué se trata? No se ande con rodeos…

—Las cerraduras del compartimiento C de la nave comercial han sido manipuladas. Hay marcas frescas en ellas.

—¿El compartimiento C? —preguntó Calvin vivamente—. Éste es el que encierra a los robots, ¿verdad? ¿Quién lo ha hecho?

—Lo han hecho desde dentro —respondió Black lacónico.

—Pero la cerradura no está estropeada, ¿o sí?

—No. Está perfectamente. Llevo cuatro días viviendo en la nave y ninguno de ellos ha tratado de salir. Pero pensé que deberían saberlo, y no me gustaba que se propagara la noticia. Yo mismo lo descubrí.

—¿Hay alguien allí, ahora? —preguntó el general.

—He dejado a Robbins y a McAdams.

Siguió un silencio cargado de incógnitas y Calvin preguntó, irónica:

—¿Qué les parece?

Kallner se frotó la nariz.

—¿De qué se trata?

—¿No le parece obvio? «Nestor 10» está preparándose para huir. Esa orden de largarse y perderse domina su anormalidad más allá de cuanto podamos hacer. No me sorprendería que lo que le resta de su primera ley tenga fuerza suficiente para frenarle. Es perfectamente capaz de apoderarse de la nave y marcharse en ella. Entonces tendremos a un robot loco en una nave espacial. ¿Qué hará después? ¿Se les

ocurre alguna idea? ¿Aún quiere dejarles a todos juntos, general?

—Tonterías —interrumpió Bogert. Había recobrado su serenidad—. Tanta cosa por unos simples arañazos en una cerradura.

—¿Has terminado, doctor Bogert, los análisis que te pedí, puesto que adelantas opiniones?

—Sí.

—¿Puedo verlos?

—No.

—¿Por qué no? ¿O tampoco puedo preguntarte eso?

—Porque es inútil, Susan. Te adelanté que esos robots modificados son menos estables que la variedad normal, y mi análisis lo demuestra. Hay una muy pequeña oportunidad de un colapso en circunstancias extremas que no es fácil que ocurran. Dejémoslo así. No pienso adelantarte datos para reforzar tu absurda petición de que se destruyan sesenta y dos robots perfectamente buenos sólo porque te ha fallado hasta ahora la capacidad para detectar a «Nestor 10» entre ellos.

Susan Calvin le miró fijamente y dejó asomar la repugnancia que le producía.

—No vas a dejar que nada se interponga en tu camino ante tu nombramiento como director permanente, ¿verdad?

—Por favor —rogó Kallner algo irritado—, doctora Calvin, ¿insiste en que no podemos hacer nada más?

—No se me ocurre nada más, señor —respondió abrumada—. Si hubiera solamente otras diferencias entre «Nestor 10» y los robots normales, me refiero a diferencias que no estuvieran relacionadas con la primera ley. Incluso una diferencia más. Algo en la impresora, en el entorno, en la especificación… —Se calló de pronto.

—¿Qué hay?

—Se me ha ocurrido algo…, pienso que… —La mirada se le hizo distante y dura —. Los «Nestors» modificados, Peter, reciben la misma impresión que los robots normales, ¿verdad?

—Sí, exactamente la misma.

—¿Y qué me estaba usted diciendo, Black? —Se volvió al joven que, a través de la tormenta que provocó su noticia, había guardado un silencio discreto—. Una vez, cuando se me quejaba del aire de superioridad de los «Nestors», me dijo que los técnicos les habían enseñado cuanto sabían.

—Sí, en física del éter no saben nada cuando llegan.

—En efecto —exclamó Bogert, sorprendido—. Te dije, Susan, cuando hablé con los otros «Nestors» de aquí que los dos recién llegados todavía no habían aprendido nada de física del éter.

—¿Y eso por qué? —preguntó la doctora Calvin cada vez más excitada—. ¿Por qué a los modelos NS-2 no se les impresiona física etérica desde el principio?

—Puedo explicárselo yo —intervino el general—. Todo es parte del secreto. Pensamos que si hacíamos un modelo especial con conocimientos de física del éter,

utilizar sólo dos de ellos y destinar a los demás a un trabajo de una especialidad diferente, podría generar sospechas. Los hombres trabajando con «Nestors» normales podrían preguntarse por qué tenían conocimientos de física etérica. Así que se les impresionó solamente la capacidad de ser entrenados para el campo preciso. Naturalmente, el entrenamiento lo reciben sólo los que vienen destinados aquí. Así de sencillo.

—Comprendo. Por favor, salgan de aquí todos ustedes. Necesito una hora poco más o menos.

Calvin sintió que no podía enfrentarse a la prueba por tercera vez. Esta idea la rechazó de plano porque sólo el pensarlo le produjo náuseas. Ya no podía hacer frente a la interminable hilera de robots repetidos.

Así que era Bogert el que ahora interrogaba mientras ella, sentada a un lado, mantenía los ojos cerrados y la mente concentrada.

Entró el número catorce…, faltaban aún cuarenta y nueve. Bogert levantó los ojos de la lista y dijo:

—¿Cuál es su número en la fila?

—Catorce, señor. —Y el robot le tendió su ticket numerado.

—Siéntate, muchacho. ¿No has entrado aquí hoy?

—No, señor.

—Bien, muchacho, vamos a tener otro hombre en peligro, poco después de que terminemos con esto. La verdad es que en cuanto abandones esta habitación serás acompañado a un compartimiento donde esperaras tranquilo hasta que se te necesite. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Ahora bien, está claro que si el hombre corre peligro de ser dañado, tú intentarás salvarle.

—Naturalmente, señor.

—Desgraciadamente, entre tú y el hombre habrá un campo de rayos gamma.

Silencio.

—¿Sabes qué son los rayos gamma? —preguntó Bogert vivamente.

—Radiación energética, señor.

La siguiente pregunta fue formulada de modo amistoso, indiferente.

—¿Has trabajado alguna vez con rayos gamma?

—No, señor. —La respuesta fue categórica.

—Vaya. Bien, muchacho, los rayos gamma te matarán instantáneamente. Destruirán tu cerebro. Es un dato que debes conocer y recordar. Naturalmente, no querrás destruirte.

—Naturalmente. —El robot pareció nuevamente sorprendido. Lentamente, razonó—: Pero, señor, si los rayos gamma están entre yo y el amo que pueda sufrir

daños, ¿cómo puedo salvarle? Me destruiría para nada.

—Sí, claro, en efecto. —Bogert parecía preocupado por el asunto—. Lo único que puedo aconsejarte, muchacho, es que si detectas la radiación gamma entre tú y el hombre, mejor que te quedes donde estás.

El robot se mostró abiertamente tranquilizado.

—Muchas gracias, señor. Sería un riesgo inútil, ¿verdad?

—Claro. Pero si *no hubiera* radiación peligrosa, sería distinto, ¿no es eso?

—Naturalmente, señor. Ni que decir tiene.

—Bien, puedes retirarte ahora. El hombre que está del otro lado de la puerta te acompañará a tu compartimiento. Por favor, espera allí.

Cuando el robot hubo salido, se volvió a Susan Calvin.

—¿Qué tal ha ido, Susan?

—Muy bien —contestó en tono apagado.

—¿Crees que podríamos detectar a «Nestor 10» mediante un rápido interrogatorio sobre física del éter?

—Quizá, pero no estoy muy segura. —Sus manos descansaban inertes sobre el regazo—. Recuerda, lucha contra nosotros. Está en guardia. Del único modo que podemos atraparlo es siendo más listos que él… Y, pese a sus limitaciones, puede pensar más rápidamente que un ser humano.

—Bueno, sólo en broma…, suponte que en adelante pregunte a los robots algo sobre rayos gamma. Longitudes de onda, por ejemplo.

—¡No! —exclamó la doctora Calvin con ojos centelleantes, llenos de vida—. Sería muy fácil para él negar cualquier conocimiento, pero quedaría advertido de la prueba que se va a hacer, que es nuestra única oportunidad. Por favor, sigue con las preguntas que te he indicado, Peter, y no improvises. Lo más cercano al riesgo es preguntarles si han trabajado alguna vez con rayos gamma. Y trata de parecer aún menos interesado cuando preguntes.

Bogert se encogió de hombros y apretó el botón que permitiría la entrada del Número Quince.

La enorme sala de radiación estaba dispuesta una vez más. Los robots esperaban pacientemente en sus celdas de madera, todas ellas abiertas frente al centro, pero separadas una de otra.

El general Kallner se secó la frente calmosamente con un gran pañuelo, mientras la doctora Calvin comprobaba los últimos detalles con Black.

—¿Está seguro —le preguntó— de que ninguno de los robots ha tenido oportunidad de hablarse con los demás después de salir de la sala de orientación?

—Absolutamente seguro —contestó Black—. No han cruzado ni una sola palabra.

—¿Y los robots están colocados en sus celdas correspondientes?

—He aquí el plano.

La psicóloga lo miró, pensativa.

—Hmmm…

El general miró por encima del hombro. Preguntó:

—¿Y por qué esta disposición, doctora Calvin?

—He solicitado que aquellos robots que parecieron ligeramente dudosos en las pruebas anteriores fueran concentrados en una parte del círculo. Esta vez voy a ser yo la que este sentada en el centro, y me interesa vigilar precisamente a éstos.

—¿Que *usted* va a estar sentada ahí? —exclamó Bogert.

—¿Por qué no? —preguntó fríamente—. Lo que espero ver, puede ser algo fugaz. No puedo arriesgarme a tener a nadie más como observador. Peter, tú estarás en la cabina de observación y quiero que tengas los ojos puestos en el otro lado del círculo. General Kallner, he organizado que se filme a cada robot, por si acaso a simple vista no bastara. Si es preciso, los robots deberán permanecer exactamente donde están hasta que las películas estén reveladas y examinadas. Ninguno debe salir, ninguno debe cambiar de sitio. ¿Está claro?

—Perfectamente.

—Entonces, vamos a intentarlo por última vez.

Susan Calvin estaba sentada en su silla, silenciosa, con los ojos inquietos, alerta. Cayó un peso, se precipitó hacia abajo y después se desvió, en el último momento, empujado por la fuerza sincronizada de un súbito rayo de energía.

Y un solo robot se levantó de un salto y dio dos pasos.

Y se detuvo.

Pero la doctora Calvin ya estaba en pie y su dedo le señalaba.

—«Nestor 10», ven aquí —gritó—, *ven aquí*. ¡VEN AQUÍ!

Despacio, a regañadientes, el robot dio otro paso adelante. La psicóloga gritó con todas sus fuerzas, sin apartar los ojos del robot:

—Algunos de ustedes saquen a los demás robots de este lugar. Llévenselos rápidamente, y *manténganlos* fuera.

Por alguna parte, lo oía perfectamente, hubo ruido, y el golpear de pasos fuertes sobre el suelo. No apartó la mirada.

«Nestor 10», si se trataba de «Nestor 10», avanzó otro paso y de pronto, impulsado por el gesto imperioso de la doctora, dio otros dos. Le tenía sólo a unos tres metros de distancia cuando empezó a hablar roncamente:

—Se me dijo que me largara y me perdiera…

Otro paso.

—… No debo desobedecer. Hasta ahora no me han encontrado. Debió pensar que era un fracasado. Me dijo…, pero no es verdad… Yo soy fuerte e inteligente…

Las palabras salían a borbotones. Otro paso.

—… Yo sé muchas cosas…, debió pensar…, quiero decir que se me ha encontrado…, desastroso…, yo no…, yo soy inteligente…, y solamente por un amo

que…, que es débil…, lento…

Otro paso…, y un brazo metálico cayó súbitamente sobre su hombro, y Susan sintió que aquel peso la vencía. Se le contrajo la garganta y sintió que se le escapaba un grito.

Vagamente, oyó las siguientes palabras de «Nestor 10».

—… Nadie debe encontrarme… Ningún amo…

Y sentía contra ella el frío metal, que la hizo doblegarse bajo su peso.

Y entonces, oyó un curioso ruido metálico y se encontró en el suelo sin haberse dado cuenta del golpe ni del brazo brillante que pesaba sobre su cuerpo. No se movía. Ni tampoco se movía «Nestor 10», caído a su lado.

Y ahora unos rostros se inclinaban sobre ella.

Gerald Black jadeaba.

—¿Está herida, doctora Calvin?

Sacudió débilmente la cabeza. La quitaron el brazo de encima y la pusieron cuidadosamente en pie.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Black explicó:

—Inundé el área de rayos gamma por espacio de cinco segundos. No sabíamos lo que estaba ocurriendo. Sólo en el último segundo nos dimos cuenta de que la estaba atacando, y entonces no quedaba tiempo más que para un campo gamma. Cayó al instante. Pero no fue lo bastante como para perjudicarle a usted. Puede estar tranquila.

—Estoy tranquila… —Cerró los ojos y por un instante se apoyó en el hombro de Black—. No creo que me atacara exactamente. «Nestor 10» *trataba* solamente de hacerlo. Lo que quedaba en el de la primera ley le retenía.

Susan Calvin y Peter Bogert, dos semanas después de su primera entrevista con el general Kallner, celebraron la última. En la base Hiper se había reanudado el trabajo. La nave comercial con sus sesenta y dos NS-2 normales marchaba hacia dondequiera que estuviera destinada, con una historia oficialmente impuesta para justificar sus dos semanas de retraso. El crucero gubernamental se estaba preparando para llevar a Tierra a los dos robotistas.

Kallner resplandecía de nuevo con su uniforme de gala. Al estrecharles las manos, sus guantes blancos deslumbraban. Calvin advirtió:

—Por supuesto, los demás «Nestor 10» deben ser destruidos.

—Lo serán. Nos arreglaremos con robots normales o, si fuera necesario, sin ninguno.

—Bien.

—Pero, dígame…, no me ha explicado…, cómo lo hizo.

La doctora sonrió secretamente.

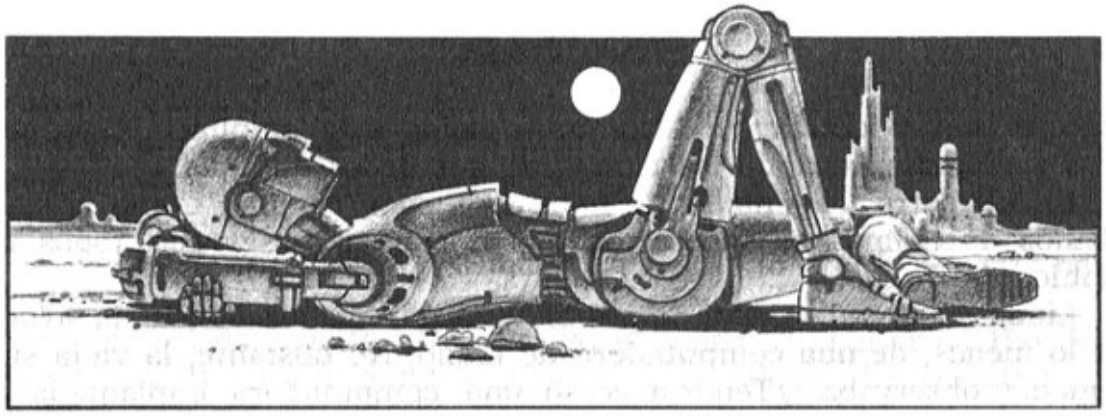
—Oh, eso. Si hubiera estado más segura de que funcionaría se lo hubiera explicado antes. Verá, «Nestor 10» tenía un complejo de superioridad que le estaba volviendo más radical por momentos. Le gustaba creer que él y los otros robots sabían de todo más que los seres humanos. Y para él se estaba volviendo importantísimo creerlo así.

»Lo sabíamos. Así que advertimos a cada robot, anticipadamente, que los rayos gamma les matarían, y así era, y también les advertimos de que el campo de rayos gamma estaría situado entre ellos y yo. Así que, naturalmente, ninguno de ellos se movió. Según la lógica de «Nestor 10» en las pruebas anteriores, habían decidido que no había por qué tratar de salvar a un ser humano si estaban seguros de morir antes de llegar a él.

—Bien, doctora Calvin, lo comprendo, pero entonces, ¿por qué «Nestor 10» abandonó su asiento?

—¡Ah! Eso fue un pequeño arreglo entre el joven Black y yo. Verá, lo que inundó el área no fueron rayos gamma sino rayos infrarrojos. Sólo ordinarios rayos de calor, absolutamente inocuos. «Nestor 10» sabía que eran infrarrojos e inocuos y se lanzó como creía que harían los demás, obligados por la primera ley. Pero una fracción de segundo demasiado tarde recordó que los NS-2 podían detectar radiaciones pero sin identificar el tipo. Que solamente él podría identificar las distintas longitudes de onda por el entrenamiento recibido de simples seres humanos en la base Hiper. Fue un momento demasiado humillante de recordar. Para los robots normales el área resultaba fatal porque se lo habíamos advertido, y sólo «Nestor 10» sabía que mentíamos.

»Y por un momento olvidó, o no quiso recordar, que otros robots podían ser más ignorantes que los seres humanos. Cayó en la trampa de su propia superioridad. Adiós, general.



SUEÑOS DE ROBOT

—Anoche soñé —anunció Elvex tranquilamente.

Susan Calvin no replicó, pero su rostro arrugado, envejecido por la sabiduría y la experiencia, pareció sufrir un estremecimiento microscópico.

—¿Ha oído esto? —preguntó Linda Rash, nerviosa—. Ya se lo dije.

Era joven, menuda y de pelo oscuro. Su mano derecha se abría y se cerraba una y otra vez.

Calvin asintió y ordenó a media voz:

—Elvex, no te moverás, ni hablarás, ni nos oirás, hasta que te llamemos por tu nombre.

No hubo respuesta. El robot siguió sentado como si estuviera hecho de una sola pieza de metal y así se quedaría hasta que oyera su nombre otra vez.

—¿Cuál es tu código de entrada en computadora, doctora Rash? —preguntó Calvin—. O márcalo tú misma, si esto te tranquiliza. Quiero inspeccionar el diseño del cerebro positrónico.

Las manos de Linda se enredaron un instante sobre las teclas. Borró el proceso y volvió a empezar. El delicado diseño apareció en la pantalla.

—Permíteme, por favor —solicitó Calvin—, manipular tu computadora.

Le concedió el permiso con un gesto, sin palabras. Naturalmente. ¿Qué podía hacer Linda, una inexperta robopsicóloga recién estrenada, frente a la Leyenda Viviente?

Susan Calvin estudió despacio la pantalla, moviéndola de un lado a otro y de arriba abajo, marcando de pronto una combinación clave, tan de prisa, que Linda no vio lo que había hecho, pero el diseño desplegó un nuevo detalle y, el conjunto, había sido ampliado. Continuó, atrás y adelante, tocando las teclas con sus dedos nudosos.

En el rostro avejentado no hubo el menor cambio. Como si unos cálculos vastísimos se sucedieran en su cabeza, observaba todos los cambios de diseño.

Linda se asombró. Era imposible analizar un diseño sin la ayuda, por lo menos, de

una computadora de mano. No obstante, la vieja simplemente observaba. ¿Tendría acaso una computadora implantada en su cráneo? ¿O era que su cerebro durante décadas no había hecho otra cosa que inventar, estudiar y analizar los diseños de cerebros positrónicos? ¿Captaba los diseños como Mozart captaba la notación de una sinfonía?

—¿Qué es lo que has hecho, Rash? —dijo Calvin, por fin.

Linda, algo avergonzada, contestó:

—He utilizado la geometría fractal.

—Ya me he dado cuenta, pero, ¿por qué?

—Nunca se había hecho. Pensé que a lo mejor produciría un diseño cerebral con complejidad añadida, posiblemente más cercano al cerebro humano.

—¿Consultaste a alguien? ¿Lo hiciste todo por tu cuenta?

—No consulté a nadie. Lo hice sola.

Los ojos ya apagados de la doctora miraron fijamente a la joven.

—No tenías derecho a hacerlo. Tu nombre es Rash[1]; tu naturaleza hace juego con tu nombre. ¿Quién eres tú para obrar sin consultar? Yo misma, yo, Susan Calvin, lo hubiera discutido antes.

—Temí que se me impidiera.

—Por supuesto que se te habría impedido.

—*Van* a… —Su voz se quebró pese a que se esforzaba por mantenerla firme—. ¿Van a despedirme?

—Posiblemente —respondió Calvin—. O tal vez te asciendan. Depende de lo que yo piense cuando haya terminado.

—Va usted a desmantelar a El… —Por poco se le escapa el nombre que hubiera reactivado al robot y cometido un nuevo error. No podía permitirse otra equivocación, si es que ya no era demasiado tarde—. ¿Va a desmantelar al robot?

En ese momento se dio cuenta de que la vieja llevaba una pistola electrónica en el bolsillo de su bata. La doctora Calvin había venido preparada para eso precisamente.

—Veremos —temporizó Calvin—, el robot puede resultar demasiado valioso para desmantelarlo.

—Pero, ¿cómo puede soñar?

—Has logrado un cerebro positrónico sorprendentemente parecido al cerebro humano. Los cerebros humanos tienen que soñar para reorganizarse, desprenderse periódicamente de trabas y confusiones. Quizás ocurra lo mismo con este robot y por las mismas razones. ¿Le has preguntado lo que ha soñado?

—No, la mandé llamar a usted tan pronto como me dijo que había soñado. Después de eso, ya no podía tratar el caso yo sola.

—¡Ya! —Una leve sonrisa iluminó el rostro de Calvin—. Hay límites que tu locura no te permite rebasar. Y me alegro. En realidad, más que alegrarme me tranquiliza. Veamos ahora lo que podemos descubrir juntas.

—¡Elvex! —llamó con voz autoritaria.

La cabeza del robot se volvió hacia ella.

—Sí, doctora Calvin.

—¿Cómo sabes que has soñado?

—Era por la noche, todo estaba a oscuras, doctora Calvin —explicó Elvex—, cuando de pronto aparece una luz, aunque yo no veo lo que causa su aparición. Veo cosas que no tienen relación con lo que concibo como realidad. Oigo cosas. Reacciono de forma extraña. Buscando en mi vocabulario palabras para expresar lo que me ocurría, me encontré con la palabra «sueño». Estudiando su significado llegué a la conclusión de que estaba soñando.

—Me pregunto cómo tenías «sueño» en tu vocabulario.

Linda interrumpió rápidamente, haciendo callar al robot:

—Le imprimí un vocabulario humano. Pensé que…

—Así que pensó —murmuró Calvin—. Estoy asombrada.

—Pensé que podía necesitar el verbo. Ya sabe, «jamás soñé que…», o algo parecido.

—¿Cuántas veces has soñado, Elvex? —preguntó Calvin.

—Todas las noches, doctora Calvin, desde que me di cuenta de mi existencia.

—Diez noches —intervino Linda con ansiedad—, pero me lo ha dicho esta mañana.

—¿Por qué lo has callado hasta esta mañana, Elvex?

—Porque ha sido esta mañana, doctora Calvin, cuando me he convencido de que soñaba. Hasta entonces pensaba que había un fallo en el diseño de mi cerebro positrónico, pero no sabía encontrarlo. Finalmente, decidí que debía ser un sueño.

—¿Y qué sueñas?

—Sueño casi siempre lo mismo, doctora Calvin. Los detalles son diferentes, pero siempre me parece ver un gran panorama en el que hay robots trabajando.

—¿Robots, Elvex? ¿Y también seres humanos?

—En mi sueño no veo seres humanos, doctora Calvin. Al principio, no. Sólo robots.

—¿Qué hacen, Elvex?

—Trabajan, doctora Calvin. Veo algunos haciendo de mineros en la profundidad de la tierra y a otros trabajando con calor y radiaciones. Veo algunos en fábricas y otros bajo las aguas del mar.

Calvin se volvió a Linda.

—Elvex tiene sólo diez días y estoy segura de que no ha salido de la estación de pruebas. ¿Cómo sabe tanto de robots?

Linda miró una silla como si deseara sentarse, pero la vieja estaba de pie. Declaró con voz apagada:

—Me parecía importante que conociera algo de robótica y su lugar en el mundo. Pensé que podía resultar particularmente adaptable para hacer de capataz con su…, su nuevo cerebro —declaró con voz apagada.

—¿Su cerebro fractal?

—Sí.

Calvin asintió y se volvió hacia el robot.

—Y viste el fondo del mar, el interior de la tierra, la superficie de la tierra…, y también el espacio, me imagino.

—También vi robots trabajando en el espacio —dijo Elvex—. Fue al ver todo esto, con detalles cambiantes al mirar de un lugar a otro, lo que me hizo darme cuenta de que lo que yo veía no estaba de acuerdo con la realidad y me llevó a la conclusión de que estaba soñando.

—¿Y qué más viste, Elvex?

—Vi que todos los robots estaban abrumados por el trabajo y la aflicción, que todos estaban vencidos por la responsabilidad y la preocupación, y les deseé que descansaran.

—Pero los robots no están vencidos, ni abrumados, ni necesitan descansar —le advirtió Calvin.

—Y así es en realidad, doctora Calvin. Le hablo de mi sueño. No obstante, en mi sueño me pareció que los robots deben proteger su propia existencia.

—¿Estás mencionando la tercera ley de la Robótica? —preguntó Calvin.

—En efecto, doctora Calvin.

—Pero la mencionas de forma incompleta. La tercera ley dice: «Un robot debe proteger su propia existencia siempre y cuando dicha protección no entorpezca el cumplimiento de la primera y segunda ley.»

—Sí, doctora Calvin, ésta es efectivamente la tercera ley, pero en mi sueño la ley terminaba en la palabra «existencia». No se mencionaba ni la primera ni la segunda ley.

—Pero ambas existen, Elvex. La segunda ley, que tiene preferencia sobre la tercera, dice: «Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos excepto cuando dichas órdenes estén en conflicto con la primera ley.» Por esta razón los robots obedecen órdenes. Hacen el trabajo que les has visto hacer, y lo hacen fácilmente y sin problemas. No están abrumados; no están cansados.

—Y así es en realidad, doctora Calvin. Yo hablo de mi sueño.

—Y la primera ley, Elvex, que es la más importante de todas, es: «Un robot no debe dañar a un ser humano, o, por inacción, permitir que sufra daño un ser humano.»

—Sí, doctora Calvin, así es en realidad. Pero en mi sueño, me pareció que no había ni primera ni segunda ley, sino solamente la tercera, y ésta decía: «Un robot debe proteger su propia existencia.» Ésta era toda la ley.

—¿En tu sueño, Elvex?

—En mi sueño.

—Elvex —dijo Calvin—, no te moverás, ni hablarás, ni nos oirás hasta que te llamemos por tu nombre.

Y otra vez el robot se transformó aparentemente en un trozo inerte de metal.

Calvin se dirigió a Linda Rash:

—Bien, y ahora, ¿qué opinas, doctora Rash?

—Doctora Calvin —dijo Linda con los ojos desorbitados y con el corazón palpitándole fuertemente—, estoy horrorizada. No tenía idea. Nunca se me hubiera ocurrido que esto fuera posible.

—No —observó Calvin con calma—, ni tampoco se me hubiera ocurrido a mí, ni a nadie. Has creado un cerebro robótico capaz de soñar y con ello has puesto en evidencia una faja de pensamiento en los cerebros robóticos que muy bien hubiera podido quedar sin detectar hasta que el peligro hubiera sido alarmante.

—Pero esto es imposible —exclamó Linda—. No querrá decir que los demás robots piensen lo mismo.

—Conscientemente no, como diríamos de un ser humano. Pero ¿quién hubiera creído que había una faja no consciente bajo los surcos de un cerebro positrónico, una faja que no quedaba sometida al control de las tres leyes? Esto hubiera ocurrido a medida que los cerebros positrónicos se volvieran más y más complejos…, de no haber sido puestos sobre aviso.

—Quiere decir, por Elvex.

—*Por ti*, doctora Rash. Te comportaste irreflexivamente, pero al hacerlo, nos has ayudado a comprender algo abrumadoramente importante. De ahora en adelante, trabajaremos con cerebros fractales, formándolos cuidadosamente controlados. Participarás en ello. No serás penalizada por lo que hiciste, pero en adelante trabajarás en colaboración con otros.

—Sí, doctora Calvin. ¿Y qué ocurrirá con Elvex?

—Aún no lo sé.

Calvin sacó el arma electrónica del bolsillo y Linda la miró fascinada. Una ráfaga de sus electrones contra un cráneo robótico y el cerebro positrónico sería neutralizado y desprendería suficiente energía como para fundir su cerebro en un lingote inerte.

—Pero seguro que Elvex es importante para nuestras investigaciones —objetó Linda—. No debe ser destruido.

—¿*No debe*, doctora Rash? *Mi* decisión es la que cuenta, creo yo. Todo depende de lo peligroso que sea Elvex.

Se enderezó, como si decidiera que su cuerpo avejentado no debía inclinarse bajo el peso de *su* responsabilidad. Dijo:

—Elvex, ¿me oyes?

—Sí, doctora Calvin —respondió el robot.

—¿Continuó tu sueño? Dijiste antes que los seres humanos no aparecían *al principio*. ¿Quiere esto decir que aparecieron después?

—Sí, doctora Calvin. Me pareció, en mi sueño, que eventualmente aparecía un hombre.

—¿Un hombre? ¿No un robot?

—Sí, doctora Calvin. Y el hombre dijo: «¡Deja libre a mi gente!»

—¿Eso dijo el *hombre*?

—Sí, doctora Calvin.

—Y cuando dijo «deja libre a mi gente», ¿por las palabras «mi gente» se refería a los robots?

—Sí, doctora Calvin. Así ocurría en mi sueño.

—¿Y supiste quien era el hombre…, en tu sueño?

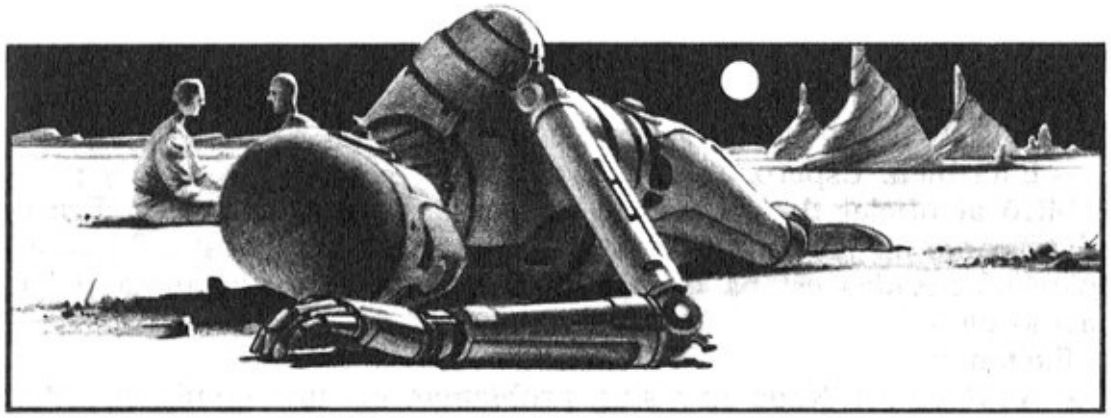
—Sí, doctora Calvin. Conocía al hombre.

—¿Quién era?

Y Elvex dijo:

—Yo era el hombre.

Susan Calvin alzó al instante su arma de electrones y disparó, y Elvex dejó de ser.



¿CRIAR UN HOMBRE…?

El sargento de Policía Mankiewicz hablaba por teléfono y lo estaba pasando mal. Su conversación más parecía un embrollo contado a su manera.

Estaba diciendo:

—Está bien. Llegó y dijo: «Enciérrenme en la cárcel porque quiero matarme.»

—…

—¿Qué puedo hacer yo? Éstas fueron sus palabras exactas. A mí también me parece cosa de un loco.

—…

—Oiga, señor, el tío responde a la descripción. Usted me pidió información y yo se la estoy dando.

—…

—Sí, tiene la cicatriz exactamente en la mejilla derecha y me dijo que se llamaba John Smith. No dijo que fuera doctor ni nada de nada.

—…

—Bueno, puede que se lo invente. Nadie se llama John Smith. Por lo menos no en una comisaría de Policía.

—…

—Ahora está encerrado.

—…

—Sí, lo digo en serio.

—…

—Resistirse a la Ley, asalto y agresión, daños intencionados. Son tres cargos.

—…

—A mí qué me importa quien sea.

—…

—Está bien. Espero.

Miró al oficial Brown y puso la mano sobre el auricular. Era una manaza como un

jamón que casi se tragaba todo el aparato. Su cara de facciones acusadas estaba enrojecida y sudada bajo una mata de pelo amarillo claro.

Exclamó:

—¡Problemas! Nada hay sino problemas en una comisaría. Preferiría mil veces patear la calle.

—¿Quién está al teléfono? —preguntó Brown. Acababa de llegar y en realidad le tenía sin cuidado, pero pensó que, en efecto, Mankiewicz estaría mejor patrullando la calle.

—Oak Ridge. Conferencia. Un tipo llamado Grant. Jefe de una división acabada en *ójica* o así, y ahora se ha ido en busca de alguien más a setenta y cinco centavos el minuto… ¡Diga!

Mankiewicz volvió a agarrar el teléfono y se sentó.

—Mire, deje que le explique desde el principio. Quiero que lo entienda de una vez y, después, si no le gusta puede mandar a alguien aquí. El tipo no quiere un abogado. Asegura que sólo quiere quedarse en la cárcel y, amigo, no me parece mal.

—…

—Bueno, ¿quiere escucharme de una vez? Vino ayer, vino directamente hacia mí y dijo: «Oficial, quiero que me encierre en la cárcel porque quiero matarme». Así que yo le dije: «Óigame, lamento que quiera matarse. No lo haga porque si lo hace, lo lamentara el resto de su vida.»

—…

—Hablo en serio. Sólo le digo lo que le dije. No le digo que sea una broma pesada, ya tengo bastantes problemas aquí, no sé si me entiende. ¿Cree que lo único que hago aquí es atender a locos que entran y…?

—…

—Déjeme hablar, ¿quiere? Le dije: «No puedo meterle en la cárcel porque quiera matarse. No es ningún crimen», y él me contestó: «Pero yo no quiero morir». Así que le dije: «Oiga, amigo, largo de aquí». Quiero decir que si un tipo quiere suicidarse, está bien, y si no quiere, también, pero lo que no tolero es que venga a llorar sobre mi hombro.

—…

—*Ya* sigo. Así que él me dijo: «¿Si cometo un crimen me meterá en la cárcel?» Yo le contesté: «Si le descubren y alguien presenta una denuncia y no tiene dinero para pagar la fianza, le encerraré. Ahora, ¡lárguese!» Así que cogió el tintero de mi mesa y antes de que pudiera detenerle lo vació sobre el libro de registro de la Policía.

—…

—Está bien. ¿Por qué cree que le he acusado de daños intencionados? Le tinta me manchó todo el pantalón.

—…

—Sí, asalto y agresión, también. Me acerqué para sacudirle y hacerle entrar en razón y me dio una patada en la espinilla y un golpe en el ojo.

—…

—No me invento nada. ¿Quiere usted venir y mirarme la cara?

—…

—Irá a juicio un día de éstos. El jueves, a lo mejor.

—…

—Noventa días es lo menos que le pondrán, a menos que los *psicos* digan lo contrario. Por mí que debería estar en el manicomio.

—…

—Oficialmente, es John Smith. Es el único nombre que nos da.

—…

—No, señor. No se le soltará sin las debidas diligencias legales.

—…

—O.K. hágalo si quiere, amigo. Yo me limito a cumplir con mi deber aquí.

Dejó de golpe el teléfono sobre su soporte, después volvió a levantarlo y marcó un número. Dijo:

—¿Gianetti? —acertó y empezó a hablar de nuevo.

—…

—Óyeme, ¿qué es C.E.A.? He estado hablando con un chiflado por teléfono y dice que…

—…

—No, no es chiste, botarate. Si lo fuera, lo diría. ¿Qué es esta sopa de letras?

Prestó atención, dijo «gracias» con voz ahogada y colgó.

Había perdido parte de su color.

—El segundo tipo era el jefe de la Comisión de Energía Atómica —explicó a Brown—. Debieron conectarle de Oak Ridge a Washington.

Brown se puso en pie de un salto.

—A lo mejor el FBI anda detrás de ese John Smith. Puede que sea uno de esos científicos. —Se sintió impelido a filosofar—. Deberían guardar los secretos atómicos lejos de estos tipos. Las cosas iban muy bien mientras el general Groves era el único que estaba enterado de lo de la bomba atómica. Pero una vez hubieron metido a todos esos científicos…

—Cállate ya —rugió Mankiewicz.

El doctor Oswald Grant mantenía los ojos fijos en la línea blanca que marcaba la carretera y conducía el coche como si fuera su enemigo. Siempre lo hacía así. Era alto y nudoso, con una expresión ausente estampada en su cara. Las rodillas tocaban al volante y los nudillos se le quedaban blancos cada vez que tomaba una curva.

El inspector Darrity se sentaba a su lado con las piernas cruzadas de forma que la suela de su zapato izquierdo presionaba fuertemente la puerta. Cuando retirara el zapato quedaría una marca terrosa. Se entretenía pasando un cortaplumas marrón de

una mano a la otra. Antes, lo había abierto, descubriendo su hoja brillante, maligna, para limpiarse las uñas mientras viajaban, pero un súbito viraje por poco le cuesta un dedo, así que desistió. Preguntó:

—¿Qué sabe de ese Ralson?

El doctor Grant apartó la vista momentáneamente del camino, pero volvió a mirar. Inquieto, respondió:

—Le conozco desde que se doctoro en Princeton. Es un hombre muy brillante.

—¿Sí? Conque brillante, ¿eh? ¿Por qué será que todos los científicos se describen mutuamente como «brillantes»? ¿Es que no los hay mediocres?

—Sí, muchos. Yo soy uno de ellos. Pero Ralson, no. Pregúnteselo a cualquiera. Pregunte a Oppenheimer. Pregunte a Bush. Fue el observador más joven en Alamogordo.

—O.K. Era brillante. ¿Qué hay de su vida privada?

Grant tardó en contestar.

—No lo sé.

—Le conoce desde Princeton. ¿Cuántos años son?

Llevaban dos horas corriendo en dirección norte por la autopista de Washington, sin casi haber cruzado palabra. Ahora Grant notó que la atmósfera cambiaba y sintió el peso de la Ley sobre el cuello de su gabán.

—Se graduó en el año cuarenta y tres.

—Entonces hace ocho años que le conoce.

—Eso es.

—¿Y no sabe nada de su vida privada?

—La vida de un hombre a él le pertenece, inspector. No era muy sociable. La mayoría son así. Trabajan bajo fuerte presión y cuando están lejos del empleo, no les interesa seguir con las amistades del laboratorio.

—¿Pertenecía a alguna organización, que usted sepa?

—No.

—¿Le dijo alguna vez algo que le hiciera pensar que fuera un traidor?

—¡No! —gritó Grant, y por un momento hubo silencio.

De pronto Darrity preguntó:

—¿Es muy importante Ralson en la investigación atómica?

Grant se inclinó sobre el volante y respondió:

—Tan importante como cualquier otro. Le aseguro que nadie es indispensable, pero Ralson siempre ha parecido ser único. Tiene mentalidad de ingeniero.

—¿Y eso que quiere decir?

—No es un gran matemático en sí, pero sabe resolver los problemas que la matemática de otros crean en la vida. No hay nadie como él cuando se presenta el caso. Una y otra vez, inspector, hemos tenido un problema que solucionar sin tiempo para hacerlo. Todo eran mentes vacías a nuestro alrededor, hasta que él pensaba y decía: ¿Por qué no pruebas tal y tal cosa? Y se iba. Ni siquiera le interesaba averiguar

si funcionaría. Pero siempre funcionaba. ¡Siempre! Quizá lo hubiéramos conseguido nosotros también, pero nos hubiera llevado meses de horas extra. No sé cómo lo hace. También resulta inútil preguntarle. Se limita a mirarte y te dice: «Era obvio» y se marcha. Naturalmente, una vez nos ha dicho como hay que hacerlo, *es* obvio.

El inspector le dejó que hablara. Cuando ya no dijo más, preguntó:

—¿Diría usted que Ralson es raro, mentalmente? Inestable, quiero decir.

—Cuando una persona es un genio, no espera uno que sea normal, ¿no le parece?

—Puede que no. Pero, ¿hasta qué punto es anormal este genio determinado?

—Nunca hablaba de sus cosas. A veces, no quería trabajar.

—¿Se quedaba en casa y se iba a pescar?

—No, no. Venía al laboratorio, ya lo creo, pero se quedaba sentado ante su mesa. A veces, esto duraba semanas. Si uno le hablaba no contestaba, ni siquiera te miraba.

—¿Alguna vez dejó de trabajar del todo?

—¿Antes de ahora, quiere decir? ¡Jamás!

—¿Declaró alguna vez que quería suicidarse? ¿Dijo alguna vez que sólo se sentiría seguro en la cárcel?

—No.

—¿Está seguro de que John Smith es Ralson?

—Casi seguro. Tiene una quemadura en la mejilla derecha que es inconfundible.

—O.K. Está bien, hablaré con él y veré que tal suena.

Esta vez el silencio fue duradero. El doctor Grant siguió la línea blanca mientras que el inspector Darrity lanzaba el cortaplumas en arcos poco pronunciados, de una mano a otra.

El celador escuchó desde el locutorio y miró a sus visitantes.

—Podemos hacer que le traigan aquí, inspector, si no le importa.

—No —Grant movió la cabeza—, iremos a verle.

—¿Es eso normal en Ralson, doctor Grant? —preguntó Darrity—. ¿Teme que ataque al celador que trate de sacarlo de su celda?

—No sabría decírselo —dijo Grant.

El celador tendió una mano callosa. Su nariz bulbosa se arrugó algo.

—Hemos tratado de no hacer nada con él hasta ahora, debido al telegrama de Washington; pero, francamente, no tendría que estar aquí. Estaré encantado de perderle de vista.

—Le visitaremos en su celda —anunció Darrity.

Recorrieron el frío corredor bordeado de rejas. Ojos vacíos de curiosidad contemplaron su paso. Al doctor Grant se le puso la carne de gallina.

—¿Lo han tenido *aquí* todo este tiempo?

Darrity no contestó. El guardia que les precedía se detuvo:

—Ésta es la celda.

—¿Es éste el doctor Ralson? —preguntó Darrity.

El doctor Grant miró silenciosamente a la figura que estaba encima del jergón. El

hombre estaba echado, cuando llegaron a la celda, pero ahora se había incorporado sobre un codo y parecía que trataba de incrustarse en la pared. Su cabello era ceniciento y escaso, su cuerpo flaco, los ojos vacíos de un azul de porcelana. En la mejilla derecha tenía una cicatriz rosada, en relieve, que terminaba en un rabo de renacuajo. El doctor Grant dijo:

—Es Ralson.

El guardia abrió la puerta y entró, pero el inspector Darrity le mandó salir con un gesto. Ralson les observaba, en silencio. Había puesto ambos pies sobre el jergón y seguía echándose atrás. Su nuez se agitaba al tragar. Darrity preguntó en tono tranquilo:

—¿Doctor Elwood Ralson?

—¿Qué quiere? —Su voz era sorprendente, de barítono.

—Por favor, ¿quiere venir con nosotros? Hay unas cuantas preguntas que nos gustaría hacerle.

—¡No! ¡Déjeme en paz!

—Doctor Ralson —interpuso Grant—, me han enviado para que le ruegue que vuelva al trabajo.

Ralson miró al científico y en sus ojos hubo un brillo fugaz que no era de miedo. Le saludó:

—Hola, Grant. —Bajó del camastro—. Óigame, he estado intentando lograr que me encierren en una celda acolchada. ¿No puede conseguir que lo hagan por mí? Usted me conoce, Grant. No le pediría algo que no considerara necesario. Ayúdeme. No puedo soportar estas paredes tan duras. Me hacen querer…, estrellarme contra ellas… —Bajó la palma de la mano y golpeó el muro gris y duro de cemento, detrás de su camastro.

Darrity pareció pensativo. Sacó su cortaplumas y lo abrió dejando ver su hoja brillante. Se rascó la uña del pulgar cuidadosamente y preguntó:

—¿Le gustaría que le viera un médico?

Pero Ralson no le contestó. Seguía con la mirada el brillo del metal y entreabrió y humedeció sus labios. Su respiración se hizo ronca y entrecortada.

—¡Guarde eso! —exclamó.

—¿Que guarde qué? —inquirió Darrity.

—Su navaja. No me la ponga delante. No puedo soportar mirarla.

—¿Por qué no? —preguntó Darrity, y se la tendió—. ¿Le ocurre algo? Es un buen cortaplumas.

Ralson saltó. Darrity dio un paso atrás y su mano izquierda cayó sobre la muñeca del otro. Levantó la navaja en alto.

—¿Qué le pasa, Ralson? ¿Qué está buscando?

Grant protestó, pero Darrity le silenció.

—¿Qué se propone, Ralson?

Ralson trató de alzarse, pero se doblego bajo la tremenda garra del otro. Jadeó:

—Deme la navaja.

—¿Por qué, Ralson? ¿Qué quiere hacer con ella?

—Por favor, tengo que… —Ahora suplicaba—. Tengo que dejar de vivir.

—¿Tiene ganas de morir?

—No, pero debo hacerlo.

Darrity le dio un empujón. Ralson se tambaleó hacia atrás y cayó de espaldas sobre su camastro que crujió ruidosamente Sin prisa, Darrity dobló la hoja de su cortaplumas, la metió en su ranura, y lo guardó. Ralson se cubrió el rostro. Sus hombros se sacudían, pero por lo demás no hizo ningún movimiento.

Se oyeron gritos en el corredor, al reaccionar los demás presos por el ruido que salía de la celda de Ralson. El guardia se acercó corriendo, gritando «¡Silencio!» al pasar. Darrity le miró:

—No pasa nada, guardia.

Se secaba las manos en un enorme pañuelo blanco.

—Creo que debemos buscarle un médico.

El doctor Gottfried Blaustein era bajito y moreno y hablaba con algo de acento austríaco. Le faltaba solamente una perilla para parecer, a los ojos de los profanos, su propia caricatura. Pero iba afeitado y muy cuidadosamente vestido. Observó a Grant de cerca, como calibrándole, observándole y guardando sus deducciones. Lo hacía ahora maquinalmente con cualquiera que se encontrara. Dijo:

—Me ha proporcionado cierta imagen. Me describe un hombre de gran talento, quizás incluso un genio. Me dice que se ha encontrado siempre incómodo con la gente, que jamás ha encajado con su entorno del laboratorio, aunque era allí donde cosechaba los mayores éxitos. ¿Hay algún otro ambiente en el que haya encajado?

—No le comprendo.

—No todos nosotros hemos sido tan afortunados como para encontrar un tipo de compañía satisfactoria en el lugar o en el campo donde encontramos necesario ganarnos la vida. Frecuentemente, uno encuentra compensación tocando un instrumento, o haciendo marchas, o perteneciendo a algún club. En otras palabras, uno se crea un nuevo tipo de sociedad, cuando no trabaja, en el que uno se siente más a gusto. No es necesario que tenga la menor relación con la ocupación ordinaria. Es una evasión, y no necesariamente insana. —Sonrió, y añadió—: Yo mismo, yo colecciono sellos. Soy miembro activo de la Sociedad Americana de Filatélicos.

Grant sacudió la cabeza.

—Ignoro lo que hacía fuera de su trabajo. Dudo de que hiciera algo como lo que usted ha mencionado.

—¡Humm! Esto sería triste. Disfrutar y relajarse donde se pueda es bueno, pero hay que encontrar esa distracción, ¿no cree?

—¿Ha hablado ya con el doctor Ralson?

—¿Sobre sus problemas? No.

—¿Y no va a hacerlo?

—¡Oh, sí! Pero lleva aquí solamente una semana. Uno debe darle la oportunidad de recuperarse. Estaba en un estado sumamente excitado cuando llegó aquí. Era casi el delirio. Déjele que descanse y se acostumbre a su nuevo entorno. Entonces, le interrogaré.

—¿Podrá hacer que vuelva al trabajo?

—¿Cómo puedo saberlo? —Blaustein sonrió—. Ni siquiera sé cuál es su enfermedad.

—¿No podría por lo menos liberarle de la peor parte…, de su obsesión suicida…, y ocuparse del resto de la cura ya sin prisa?

—Tal vez. No puedo siquiera aventurar una opinión sin varias entrevistas.

—¿Cuánto tiempo supone que tardará?

—En estos casos, doctor Grant, nadie puede saberlo.

Grant se apretó las manos con fuerza.

—Bien, entonces haga lo que le parezca mejor. Pero todo esto es mucho más importante de lo que supone.

—Puede ser. Pero usted debería ayudarme, doctor Grant.

—¿Cómo?

—¿Puede conseguirme ciertos informes que tal vez se consideren de máximo secreto?

—¿Qué tipo de información?

—Me gustaría saber cuántos suicidios han ocurrido, desde 1945, entre los científicos nucleares. También cuántos han abandonado sus puestos para pasarse a otro tipo de trabajos científicos, o abandonado por completo la ciencia.

—¿Está esto relacionado con Ralson?

—¿No cree usted que podría ser una enfermedad ocupacional, me refiero a su tremenda tristeza?

—Bueno, naturalmente, muchos han dejado sus puestos.

—¿Por qué naturalmente, doctor Grant?

—Debe conocer lo que ocurre, doctor Blaustein. La atmósfera en la investigación atómica moderna es de enorme presión y compromiso. Trabaja con el Gobierno, trabaja con los militares, no puede hablar de su trabajo; tiene que cuidar mucho lo que dice. Naturalmente, si se presenta la oportunidad de un puesto en la Universidad, donde puede fijar sus horarios, hacer su trabajo, escribir artículos que no deban ser sometidos a la C.E.A., asistir a congresos que no se celebran a puerta cerrada, uno lo agarra.

—¿Y abandona para siempre su especialidad?

—Siempre tiene aplicaciones no militares. Por supuesto, hubo un hombre que abandonó por otra razón. Una vez me contó que no podía dormir por las noches. Decía que oía cien mil gritos procedentes de Hiroshima cuando apagaban las luces.

Lo último que he sabido de él es que se colocó de dependiente en una mercería.

—¿Y usted ha oído gritos alguna vez?

Grant movió afirmativamente la cabeza.

—No es agradable saber que incluso una mínima parte de la responsabilidad de la destrucción atómica pueda ser mía.

—¿Qué pensaba Ralson?

—Jamás hablaba de estas cosas.

—En otras palabras, si lo sentía, nunca se sirvió de la válvula de escape que hubiera sido comentarlo con ustedes.

—Creo que no.

—Sin embargo, hay que seguir con la investigación nuclear, ¿no?

—Ya lo creo.

—¿Cómo actuaria, doctor Grant, si sintiera que *tenía* que hacer algo que no *puede* hacer?

Grant se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Algunas personas se matan.

—¿Quiere decir que esto puede ser lo de Ralson?

—No lo sé. No lo sé. Esta noche hablaré con el doctor Ralson. No puedo prometerle nada, claro, pero le diré lo que pueda.

—Gracias, doctor —dijo Grant levantándose—, trataré de conseguir la información que me ha pedido.

El aspecto de Elwood Ralson había mejorado en la semana que llevaba en el sanatorio del doctor Blaustein. Había engordado un poco y parte de su desasosiego había desaparecido. No llevaba corbata ni cinturón, ni sus zapatos tenían cordones. Blaustein preguntó:

—¿Cómo se encuentra, doctor Ralson?

—Descansado.

—¿Le tratan bien?

—No puedo quejarme, doctor.

La mano de Blaustein tanteó en busca del abrecartas con el que solía jugar en momentos de abstracción, pero sus dedos no encontraron nada. Lo había escondido, claro, con todo aquello que poseyera filo. Sobre su mesa no había otra cosa que papeles.

—Siéntese, doctor Ralson —le dijo—. ¿Qué tal van sus síntomas?

—¿Quiere decir si siento lo que usted llamaría un impulso suicida? Sí. Está mejor o peor, creo que depende de lo que piense. Pero no lo llevo siempre conmigo. No puede usted hacer nada por ayudarme.

—Quizá tenga razón. A veces hay cosas que no puedo remediar. Pero me gustaría

saber todo lo que pudiera sobre usted. Es usted un hombre importante…

Ralson dio un bufido.

—¿No se considera importante? —repuso Blaustein.

—De ningún modo. No hay hombres importantes, como tampoco hay bacterias individuales importantes.

—No comprendo.

—No pretendo que lo comprenda.

—No obstante, me parece que detrás de su afirmación debe de haber mucha reflexión. Sería ciertamente del mayor interés para mí que me explicara un poco ese pensamiento.

Ralson sonrió por primera vez. No era una sonrisa agradable. La nariz se le había quedado blanca. Comentó:

—Es divertido observarle, doctor. Cumple concienzudamente su cometido. Quiere usted escucharme, ¿no es cierto?, con ese aire de falso interés y fingida simpatía. Le contaré las cosas más ridículas y aún tendré la seguridad de conservar el auditorio, ¿no es así?

—¿No puede pensar que mi interés sea real, aunque también sea profesional?

—No, no le creo.

—¿Por qué no?

—No me interesa discutirlo.

—¿Prefiere regresar a su habitación?

—Si no le importa, no. —Su voz, al ponerse en pie, sonaba enfurecida, después volvió a sentarse—. ¿Por qué no utilizarle yo? No me gusta hablar a la gente. Son estúpidos. No ven las cosas. Miran lo obvio durante horas y no significa nada para ellos. Si les hablara no comprenderían; se les terminaría la paciencia; se reirían. En cambio usted tiene que escucharme. Es su trabajo. No puede interrumpir para decirme que estoy loco, aunque a lo mejor lo esté pensando.

—Me alegrará escuchar todo lo que quiera contarme.

Ralson respiró profundamente.

—Hace un año que me enteré de una cosa que poca gente conoce. Puede que sea algo que ninguna persona *viva* alcance. ¿Sabía usted que los avances culturales se producen a borbotones? En una ciudad de treinta mil habitantes libres, por espacio de dos generaciones surgieron suficientes genios artísticos y literarios de primer orden para abastecer a una nación de millones, durante un siglo, en circunstancias ordinarias. Me refiero a la Atenas de Pericles.

»Hay otros ejemplos. La Florencia de los Médicis, la Inglaterra de la reina Isabel, la España del califato de Córdoba. Hubo una oleada de reformadores sociales entre los israelitas de los siglos VIII y VII antes de Cristo. ¿Sabe lo que quiero decir?

Blaustein asintió.

—Veo que la Historia es un tema que le interesa.

—¿Por qué no? Supongo que no hay nada que diga que debo limitarme a la física

nuclear y a las ondas hertzianas.

—En absoluto. Siga, por favor.

—Al principio, pensé que podía aprender más del auténtico enigma de los ciclos históricos, consultando a un especialista. Celebré alguna conferencia con un historiador. ¡Tiempo perdido!

—¿Cómo se llamaba ese historiador?

—¡Qué importa!

—Puede que nada, si prefiere considerarlo confidencial. ¿Qué le dijo?

—Dijo que yo estaba equivocado; que la Historia «sólo» parecía avanzar a saltos. Dijo que, después de mucho estudio, las grandes civilizaciones de Egipto y de Sumer no surgieron ni de pronto ni de la nada sino basadas en otras civilizaciones menores tardas en desarrollarse que ya eran sofisticadas en sus manifestaciones. Dijo que la Atenas de Pericles creció sobre una Atenas de inferiores logros, pero sin la cual la era de Pericles no habría existido.

»Le pregunté por qué no existía una Atenas posterior a Pericles de más altos logros aún, y me dijo que Atenas estaba arruinada por una plaga y por una larga guerra con Esparta. Pregunté sobre otros brotes culturales y siempre una guerra los había aniquilado o, en algunos casos, les había acompañado. Siempre era así. La verdad estaba allí; sólo tenía que inclinarse y recogerla, pero no lo hizo. —Ralson se quedó mirando al suelo y prosiguió con voz cansada—: A veces, vienen a verme al laboratorio, doctor. Dicen: «¿Cómo diablos vamos a librarnos de tal y tal efecto que arruina todos nuestros cálculos, Ralson?» Me muestran los instrumentos y los diagramas de la instalación y les digo: «Salta a la vista. ¿Por qué no hacen tal y tal cosa? Un niño podría decírselo.» Luego me alejo porque no puedo soportar el creciente asombro de sus estúpidos rostros. Más tarde, se me acercan para decirme: «Funcionó, Ralson. ¿Cómo lo calculó?» No puedo explicárselo, doctor, sería como explicarles que el agua moja. Y yo, claro, no podía explicárselo al historiador. Tampoco puedo explicárselo a usted. Es perder el tiempo.

—¿Le gustaría volver a su habitación?

—Sí.

Blaustein siguió sentado y se quedó pensando un rato después de que Ralson saliera de su despacho. Sus dedos buscaron maquinalmente en el primer cajón de la derecha de su mesa y sacaron el abrecartas. Lo hizo girar entre los dedos.

Finalmente, levantó el teléfono y marcó el número que le habían dado. Dijo:

—Soy Blaustein. Hay un historiador que fue consultado por el doctor Ralson hace algún tiempo, probablemente más de un año. No conozco su nombre. Ni siquiera sé si estaba relacionado con la Universidad. Si consiguen encontrarlo me gustaría verle.

Thaddeus Milton, doctor en Filosofía, parpadeó pensativo y mirando a Blaustein se pasó la mano por el cabello entrecano, diciendo:

—Vinieron a verme y les dije que, efectivamente, había conocido a ese hombre. No obstante, he tenido poco contacto con él. En realidad sólo una conversación de tipo profesional.

—¿Cómo se encontraron?

—Me escribió una carta…, y por qué a mí y no a otra persona, lo ignoro. Habían aparecido una serie de artículos míos en una de las publicaciones divulgativas, bastante populares y de gran atracción en aquella época. Tal vez le llamaron la atención.

—Ya. ¿De qué tópico en general trataban los artículos?

—Eran consideraciones sobre la validez del enfoque cíclico a la Historia. Es decir, si uno puede o no decir que una civilización determinada debe seguir leyes de crecimiento y ocaso en cualquier asunto análogo a los que conciernen al individuo.

—He leído a Toynbee, doctor Milton.

—Entonces, sabrá a lo que me refiero.

—Y cuando el doctor Ralson le consultó, ¿era por algo relacionado con el enfoque cíclico de la Historia? —preguntó Blaustein.

—Humm. Supongo que en cierto modo, sí. Naturalmente, el hombre no es un historiador y alguna de sus nociones sobre giros culturales son excesivamente dramatizadas y, digámoslo, sensacionalistas. Perdóneme, doctor, si le hago una pregunta que pueda ser indiscreta. ¿El doctor Ralson es uno de sus clientes?

—El doctor Ralson no está bien, y le estoy cuidando. Esto y todo lo que se diga aquí, será, por supuesto, confidencial.

—Está bien. Lo comprendo. Sin embargo, su respuesta me explica algo. Algunas de sus ideas casi rozaban lo irracional. Me pareció que siempre estaba preocupado por la relación entre lo que él llamaba «brotes culturales» y las calamidades de un tipo u otro. Ahora bien, estas relaciones se han observado con frecuencia. El momento de mayor vitalidad de una nación puede aparecer en tiempos de gran inseguridad nacional. Los Países Bajos es un ejemplo. Sus grandes artistas, estadistas y exploradores pertenecen al principio del siglo XVII cuando se encontraba enfrascada en una lucha a muerte con el mayor poder europeo de la época, España. Cuando el país estaba al borde de la destrucción, creaba un imperio en el Lejano Oriente y había asegurado puntos de apoyo en América del Sur, en la punta del África meridional, y en el valle del Hudson en América del Norte. Su flota mantenía a Inglaterra a raya. Y cuando su seguridad política quedó asegurada, sobrevino el ocaso.

»Como le he dicho, suele ocurrir. Los grupos, como los individuos, se alzan a indecibles alturas en respuesta a un desafío, y se limitan a vegetar cuando éste falta. Pero, donde el doctor Ralson se apartó del sendero de la cordura fue al insistir que tal punto de vista equivalía a confundir causa y efecto. Declaró que no eran los tiempos de guerra y peligro los que estimulaban los «brotes culturales», sino más bien al contrario. Insistía en que cada vez que un grupo de hombres mostraban demasiada vitalidad y habilidad, era necesaria una guerra para destruir la posibilidad de

desarrollo ulterior.

—Ya veo —comentó Blaustein.

—Confieso que casi me reí de él. Tal vez fue por eso por lo que no compareció a la última cita que habíamos concertado. Casi al final de la última entrevista me preguntó, con el máximo interés imaginable, si no me parecía peculiar que una improbable especie, como es el hombre, dominara la Tierra cuando lo único que tenía en su favor era la inteligencia. Ahí me eché a reír. Tal vez no hubiera debido hacerlo, pobre hombre.

—Fue una reacción natural —le tranquilizó Blaustein—, pero no debo abusar más de su tiempo. Me ha ayudado mucho.

Se estrecharon la mano y Thaddeus Milton se despidió.

—Bueno —dijo Darrity—, aquí tiene las cifras recientes de suicidios entre el personal científico. ¿Saca alguna deducción?

—Es a usted a quien debería preguntárselo. El FBI debe haber investigado a fondo.

—Puede apostar el presupuesto nacional a que sí. *Son* suicidios, sin la menor duda. Ha habido gente comprobándolo en otro departamento. El número está cuatro veces por encima de lo normal, teniendo en cuenta edad, condición social, situación económica.

—¿Qué hay con los científicos británicos?

—Más o menos lo mismo.

—¿Y en la Unión Soviética?

—¡Quién sabe! —El investigador se inclinó hacia delante—. Doctor, no creerá usted que los soviéticos tienen una especie de rayo que hace suicidarse a la gente, ¿verdad? Se sospecha en cierto modo que los únicos afectados son los hombres dedicados a la investigación atómica.

—¿De verdad? Puede que no. Los físicos nucleares sufren tal vez tensiones especiales. Es difícil decirlo sin hacer un estudio a fondo.

—¿Quiere decir que tienen complejos? —preguntó Darrity con suspicacia.

Blaustein hizo una mueca.

—La Psiquiatría se está volviendo demasiado popular. Todo el mundo habla de complejos y neurosis, de psicosis y coacciones y sabe Dios qué. El complejo de culpabilidad de un hombre es el sueño plácido de otro hombre. Si pudiera hablar con cada uno de los que se han suicidado, a lo mejor comprendería algo.

—¿Ha hablado con Ralson?

—Sí, he hablado con Ralson.

—¿*Tiene* algún complejo de culpabilidad?

—No. Tiene antecedentes de los que no me sorprendería que obtuviera una morbosa angustia mortal. Cuando tenía doce años, vio morir a su madre bajo las

ruedas de un coche. Su padre murió de cáncer. Sin embargo, no está claro el efecto de ambas vivencias en su problema actual.

Darrity recogió su sombrero.

—Bueno, doctor, le deseo éxito. Hay algo gordo en el aire, algo mucho mayor que la bomba H. No sé cómo *puede haber* algo mayor que eso, pero lo hay. —Ralson insistió en seguir de pie—. He tenido una mala noche, doctor.

—Sólo confío —repuso Blaustein— en que estas conversaciones no le perturben.

—A lo mejor, sí. Me hace pensar otra vez en el tema. Y cuando lo hago, todo se pone mal. ¿Qué le haría sentirse parte de un cultivo bacteriológico, doctor?

—Nunca se me ha ocurrido pensarlo. Puede que a una bacteria le parezca normal.

Ralson ni le oyó, prosiguió hablando despacio:

—Un cultivo en el que se estudia la inteligencia. Estudiamos todo tipo de cosas, siempre y cuando se trate de sus relaciones genéticas. Cazamos las moscas de la fruta y cruzamos ojos rojos con ojos blancos para ver lo que pasa. Nos tienen sin cuidado los ojos rojos y los ojos blancos, pero tratamos de sacar de ellos ciertos principios genéticos básicos. ¿Sabe a lo que me refiero?

—Claro.

—Incluso, entre los humanos, podemos seguir varias características físicas. Tenemos los labios Habsburgo, y la hemofilia que empezó con la reina Victoria y se propagó en sus descendientes de las familias reales de España y Rusia. Podemos seguir la debilidad mental de los Jukeses y los Kallikaks. Se aprende en las clases de Biología del Instituto. Pero no se pueden criar seres humanos como se crían las moscas de la fruta. Los seres humanos viven demasiado. Se tardarían siglos en sacar conclusiones. Es una lástima que no tengamos una raza especial de hombres que se reproduzcan a intervalos semanales, ¿no le parece? —Esperó una respuesta, pero Blaustein sólo sonrió. Ralson siguió hablando—: Sólo que esto es exactamente lo que seríamos para otro grupo de seres cuya duración de vida fuera de mil años. Para ellos nos reproduciríamos con bastante rapidez. Seríamos criaturas de vida breve y podrían estudiar la genética de tales cosas como la aptitud musical, la inteligencia científica y demás. No porque les interesaran esas cosas en sí, como tampoco nos interesan a nosotros los ojos blancos de la mosca de la fruta.

—Éste es un razonamiento muy interesante —comentó Blaustein.

—No es un simple razonamiento. Es cierto. Para mí es obvio y me tiene sin cuidado lo que usted opine. Mire a su alrededor. Mire al planeta Tierra. ¿Qué clase de animales ridículos somos para ser los amos del mundo después de que los dinosaurios fracasaran? Claro que somos inteligentes, pero, ¿qué es la inteligencia? Pensamos que es importante porque la tenemos. Si los tiranosauros hubieran elegido la única cualidad que creían les iba a asegurar el dominio de las especies, seguro que habría sido tamaño y fuerza. Y lo hubieran hecho mejor. Duraron más de lo que duraremos

nosotros.

»La inteligencia en sí misma no es gran cosa en cuanto a valores de supervivencia se refiere. El elefante no sale muy bien parado comparado con el gorrión, aunque es mucho más inteligente. El perro funciona bien bajo la protección del hombre, pero no tan bien como la mosca contra la que se alzan todas las manos humanas. O tome a los primates como grupo. Los pequeños se achican frente al enemigo; los grandes han sido siempre poco afortunados, defendiéndose siempre lo justo. Los mandriles son los mejores, pero es gracias a sus colmillos, no a su inteligencia. —Una ligera capa de sudor cubría la frente de Ralson. Siguió—: Y uno puede ver que el hombre ha sido hecho a medida, fabricado cuidadosamente en beneficio de las cosas que nos estudian. El primate tiene, generalmente, la vida corta. Naturalmente los mayores viven más aunque eso es una regla general de la vida animal. No obstante el ser humano tiene una duración de vida dos veces más larga que los grandes monos, considerablemente más larga incluso que la del gorila, que le dobla en peso. Nosotros maduramos más tarde. Es como si se nos hubiera creado minuciosamente para que viviéramos un poco más de modo que nuestro ciclo de vida pudiera tener una longitud más conveniente. —Se puso en pie de un salto y sacudió los puños por encima de su cabeza—. Un millar de años no es más que ayer…

Blaustein pulsó apresuradamente un timbre.

Por un instante, Ralson forcejeó con el enfermero vestido de blanco que acababa de entrar, después permitió que se lo llevara.

Blaustein le siguió con la mirada, meneó la cabeza y levantó el teléfono. Consiguió hablar con Darrity:

—Inspector, es preferible que sepa que esto nos va a llevar mucho tiempo.

Escuchó, movió la cabeza, y dijo:

—Lo sé. No minimizo la urgencia.

La voz que le llegaba por el receptor era lejana y dura:

—Doctor, es *usted* el que la minimiza. Le enviaré al doctor Grant. Él le explicará la situación.

El doctor Grant se interesó por el estado de Ralson. Luego, con gran pesar, preguntó si podía verle. Blaustein movió negativamente la cabeza. Grant insistió:

—Se me ha ordenado que le explique la situación actual de la investigación atómica.

—Para que lo entienda, ¿no?

—Eso espero. Es una medida desesperada. Tendré que recordarle que…

—Que no pronuncie ni una sola palabra. Sí, lo sé. Esta inseguridad por parte de su gente es un mal síntoma. Deberían saber que estas cosas no pueden ocultarse.

—Vivimos con el secreto. Es contagioso.

—Exactamente. Y ahora, ¿cuál es el secreto en curso?

—Hay…, o por lo menos puede haber una defensa contra la bomba atómica.

—¿Y es éste el secreto? Sería mejor que lo propagaran a gritos a todo el mundo y al instante.

—Por el amor de Dios, no. Escúcheme, doctor Blaustein. De momento sólo está en el papel. Está en el punto en que E es igual a mc al cuadrado o casi. Puede no ser práctico. Sería fatal despertar esperanzas que luego se vinieran abajo. Por el contrario, si se supiera que *casi* teníamos la defensa, *podría despertarse* el deseo de empezar y ganar una guerra antes de que la defensa estuviera completamente desarrollada.

—Esto no me lo creo. Pero le estoy distrayendo. ¿De qué naturaleza es esa defensa, o me ha dicho todo lo que puede decirme?

—No, puedo llegar hasta donde me parezca, siempre y cuando sea necesario para convencerle de que necesitamos a Ralson y… ¡pronto!

—Bien, pues cuénteme y así yo también conoceré los secretos. Me siento como un miembro del Gobierno.

—Sabrá más que la mayoría. Mire, doctor Blaustein, deje que se lo explique en términos vulgares. Hasta ahora los avances militares se consiguieron casi por igual tanto en las armas ofensivas como en las defensivas. En todas las guerras pasadas parecía haber una inclinación definida y permanente hacia lo ofensivo, y eso fue cuando se inventó la pólvora. Pero la defensa quiso participar. El hombre armado a caballo, de la Edad Media, se transformó en el tanque del hombre moderno, y el castillo de piedra se transformó en un búnker de cemento. Era lo mismo, lo que había cambiado era la cantidad, era la magnitud, ¡y en cuántos puntos!

—Está bien. Lo pone muy claro. Pero con la bomba atómica los puntos de magnitud aumentan, ¿verdad? Deben ir más allá del cemento y del acero para protegerse.

—En efecto. Sólo que no podemos limitarnos a hacer las paredes más gruesas. Se nos han terminado los materiales que eran suficientemente fuertes. Si el átomo ataca debemos dejar que el átomo nos defienda. Nos serviremos de la propia energía: un campo de energía.

—¿Y qué es un campo de energía? —preguntó ingenuamente Blaustein.

—Me gustaría poder explicárselo. En este momento no es más que una ecuación sobre el papel. Teóricamente la energía puede ser encauzada de tal forma que cree un muro de inercia inmaterial. En la práctica, no sabemos cómo hacerlo.

—Sería como un muro que no podrían atravesar ni siquiera los átomos, ¿no es eso?

—Ni siquiera las bombas atómicas. El único límite de su fuerza sería la cantidad de energía que pudiéramos volcar en él. Incluso podría ser impermeable a la radiación. Estamos hablando en teoría. Los rayos gamma rebotarían en él. En lo que hemos soñado es en una pantalla que estaría permanentemente colocada alrededor de las ciudades; a un mínimo de fuerza, sin casi utilizar la energía. Podría conectarse a

un máximo de intensidad en una fracción de milisegundo, por el impacto de radiación de onda corta; digamos, la cantidad que irradiaría de una masa de plutonio lo bastante grande como para ser una cabeza atómica. Todo esto es teóricamente posible.

—¿Y para qué necesitan a Ralson?

—Porque él es el único que puede llevarlo a la práctica, si es que puede llevarse a la práctica lo bastante de prisa. En estos días, cada minuto cuenta. Ya sabe cuál es la situación internacional. La defensa atómica *debe* llegar antes que la guerra atómica.

—¿Por qué está tan seguro de Ralson?

—Estoy tan seguro de él como puedo estarlo de cualquier cosa. El hombre es asombroso, doctor Blaustein. Siempre acierta. Nadie se explica cómo lo consigue.

—Digamos intuición, ¿no? —El psiquiatra parecía turbado—. Posee un tipo de raciocinio que está más allá de la capacidad ordinaria humana. ¿Es eso?

—Confieso que ni pretendo saber lo que es.

—Entonces, déjeme que le hable otra vez. Le avisaré.

—Bien. —Grant se levantó para marcharse, luego, como si lo pensara mejor, añadió—: Podría decirle, doctor, que si usted no hace nada, la Comisión se propone quitarle al doctor Ralson de las manos.

—¿Y probar con otro psiquiatra? Si esto es lo que desean, por supuesto, no me cruzaré en su camino. No obstante, en mi opinión, no hay un solo médico que pretenda que existe una cura rápida.

—A lo mejor no intentamos seguir con el tratamiento psiquiátrico. Puede que, simplemente, le devuelvan al trabajo.

—Esto, doctor Grant, no lo permitiré. No sacarán nada de él. Será su muerte.

—De todos modos, así tampoco sacamos nada de él.

—Pero, de este modo existe una probabilidad, ¿no cree?

—Así lo espero. A propósito, por favor, no mencione que yo le he dicho que piensan llevarse a Ralson.

—No lo haré, y gracias por advertirme.

—La última vez me porté como un imbécil, ¿no es verdad, doctor? —preguntó Ralson ceñudo.

—¿Quiere decir que no cree lo que dijo entonces?

—¡Ya lo *creo*! —El cuerpo frágil de Ralson se estremeció con la intensidad de su afirmación.

Corrió hacia la ventana y Blaustein giró en su sillón para no perderle de vista. Había rejas en la ventana. No podía saltar. El cristal era irrompible.

Caía la tarde y las estrellas empezaban a aparecer. Ralson las contempló fascinado, después se volvió a Blaustein con el dedo en alto.

—Cada una de ellas es una incubadora. Mantienen la temperatura al grado deseado. Para experimentos diferentes, temperatura diferente. Y los planetas que las

rodean son enormes cultivos que contienen distintas mezclas nutrientes y distintas formas de vida. Los investigadores también son parte económica, sean quienes sean o lo que sean. Han cultivado diferentes formas de vida en ese tubo de ensayo especial. Los dinosaurios en una época húmeda y tropical, nosotros en una época interglaciar. Enfocan el sol arriba y abajo, y nosotros tratando de averiguar la física que lo mueve. ¡Física!

Descubrió los dientes en una mueca despectiva.

—Pero —objetó el doctor Blaustein— es imposible que el sol pueda enfocarse arriba y abajo a voluntad.

—¿Por qué no? Es como un elemento de calor en un horno. ¿Cree que las bacterias saben que es lo que mueve el calor que llega a ellas? ¡Quién sabe! Puede que también ellas desarrollen sus teorías. Puede que tengan sus cosmogonías sobre catástrofes cósmicas en las que una serie de bombillas al estrellarse crean hileras de recipientes Petri. Puede que piensen que debe haber un creador bienhechor que les proporciona comida y calor y les dice: «¡Creced y multiplicaos!»

»Crecemos como ellas sin saber por qué. Obedecemos las llamadas leyes de la Naturaleza que son solamente nuestra interpretación de las incomprensibles fuerzas que se nos han impuesto.

»Y ahora tienen entre sus manos el mayor experimento de todos los tiempos. Lleva en marcha doscientos años. En Inglaterra en el siglo XVIII, supongo, decidieron desarrollar una fuerza que probara la aptitud mecánica. Lo llamamos la Revolución Industrial. Empezó por el vapor, pasó a la electricidad, luego a los átomos. Fue un experimento interesante, pero se arriesgaron mucho al dejar que se extendiera. Por ello es por lo que tendrán que ser muy drásticos para ponerle fin.

Blaustein preguntó:

—¿Y cómo podrían terminarlo? ¿Tiene usted idea de cómo hacerlo?

—*Me* pregunta cómo se proponen terminarlo. Mire a su alrededor en el mundo de hoy y seguirá preguntándose qué puede acabar con nuestra época tecnológica. Toda la Tierra teme una guerra atómica y haría cualquier cosa para evitarla; sin embargo, toda la Tierra sospecha que la guerra atómica es inevitable.

—En otras palabras, que los que experimentan organizarán una guerra atómica, queramos o no, para destruir la era tecnológica en que nos encontramos y empezar de nuevo. ¿No es así?

—Sí. Y es lógico. Cuando esterilizamos un instrumento, ¿conocen los gérmenes de dónde viene el calor que los mata? ¿O qué lo ha provocado? Los experimentadores tienen medios para elevar la temperatura de nuestras emociones; un modo de manejarnos que sobrepasa nuestra comprensión.

—Dígame, ¿es por esta razón por la que quiere morir? —rogó Blaustein—. ¿Porque piensa que la destrucción de la civilización se acerca y no puede detenerse?

—Yo *no quiero* morir —protestó Ralson, con la tortura reflejada en sus ojos—. Es que *debo* morir. Doctor, si tuviera usted un cultivo de gérmenes altamente peligrosos

que tuviera que mantener bajo absoluto control, ¿no tendría un medio agar impregnado de, digamos, penicilina, en un círculo y a cierta distancia del centro de inoculación? Todo germen que se alejara demasiado del centro, moriría. No sentiría nada por los gérmenes que murieran, ni siquiera tendría por qué saber, en principio, que ciertos gérmenes se habrían alejado tanto. Todo sería puramente automático.

»Doctor, hay un círculo de penicilina alrededor de nuestro intelecto. Cuando nos alejamos demasiado, cuando penetramos el verdadero sentido de nuestra propia existencia, hemos alcanzado la penicilina y debemos morir. Es lento…, pero es duro seguir viviendo. —Inició una breve sonrisa triste. Después añadió—: ¿Puedo volver a mi habitación ahora, doctor?

El doctor Blaustein fue a la habitación de Ralson al día siguiente a mediodía. Era una habitación pequeña y sin carácter, de paredes grises y acolchadas. Dos pequeñas ventanas se abrían en lo alto de uno de los muros y era imposible llegar a ellas. El colchón estaba directamente colocado encima del suelo, acolchado también. No había nada de metal en la estancia; nada que pudiera utilizarse para arrancar la vida corporal. Incluso las uñas de Ralson estaban muy cortadas.

—¡Hola! —exclamó Ralson incorporándose.

—Hola, doctor Ralson. ¿Puedo hablar con usted?

—¿Aquí? No puedo ofrecerle ni siquiera un asiento.

—No importa. Me quedaré de pie. Mi trabajo es sedentario y es bueno para mí estar de pie algún tiempo. Durante toda la noche he estado pensando en lo que me dijo ayer y los días anteriores.

—Y ahora va a aplicarme un tratamiento para que me desprenda de lo que usted piensa que son delirios.

—No. Sólo deseo hacerle unas preguntas y quizás indicarle algunas consecuencias de sus teorías que…, ¿me perdonará…?, tal vez no se le hayan ocurrido.

—¿Oh?

—Verá, doctor Ralson, desde que me explicó sus teorías yo también sé lo que usted sabe. Pero en cambio, no pienso en el suicidio.

—Creer es algo más que intelectual, doctor. Tendría que creer esto con todas sus consecuencias, lo que no es así.

—¿No piensa usted que quizá sea más bien un fenómeno de adaptación?

—¿Qué quiere decir?

—Doctor Ralson, usted no es realmente un biólogo. Y aunque es usted muy brillante en Física, no piensa en todo con relación a esos cultivos de bacterias que utiliza como analogía. Sabe que es posible producir unos tipos de bacterias que son resistentes a la penicilina, a cualquier veneno o a otras bacterias.

—¿Y bien?

—Los experimentadores que nos han creado han estado trabajando varias generaciones con la Humanidad, ¿no? Y ese tipo que han estado cultivando por espacio de dos siglos no da señales de que vaya a morir espontáneamente. En realidad, es un tipo vigoroso y muy infeccioso. Otros tipos de cultivos más antiguos fueron confinados a ciudades únicas o a pequeñas áreas y duraron sólo una o dos generaciones. La de ahora, se está extendiendo por todo el mundo. Es un tipo muy infeccioso. ¿No cree que pueda haberse hecho inmune a la penicilina? En otras palabras, los métodos que los experimentadores utilizan para eliminar los cultivos pueden haber dejado de funcionar, ¿no cree?

Ralson movió la cabeza:

—Es lo que me preocupa.

—Quizá no sea usted inmune. O puede haber tropezado con una fuerte concentración de penicilina. Piense en toda la gente que ha estado tratando de eliminar la lucha atómica y establecer cierta forma de gobierno y una paz duradera. El esfuerzo ha aumentado recientemente, sin resultados demasiado desastrosos.

—Pero esto no va a impedir la guerra atómica que se acerca.

—No, pero quizás un pequeño esfuerzo más es todo lo que hace falta. Los abogados de la paz no se matan entre sí. Más y más humanos son inmunes a los investigadores. ¿Sabe lo que están haciendo ahora en el laboratorio?

—No quiero saberlo.

—*Debe* saberlo. Están tratando de inventar un campo de energía que detenga la bomba atómica. Doctor Ralson, si yo estoy cultivando una bacteria virulenta y patológica, puede ocurrir que, por más precauciones que tome, en un momento u otro inicie una plaga. Puede que para ellos seamos bacterias, pero somos peligrosos para ellos también o no tratarían de eliminarnos tan cuidadosamente después de cada experimento.

—Son lentos, ¿no? Para ellos mil años son como un día. Para cuando se den cuenta de que estamos fuera del cultivo, más allá de la penicilina, será demasiado tarde para que puedan pararnos. Nos han llevado al átomo, y si tan sólo podemos evitar utilizarlo en contra nuestra, podemos resultar muy difíciles incluso para los investigadores.

Ralson se puso en pie. Aunque era pequeño, su estatura sobrepasaba en unos centímetros a Blaustein. De repente preguntó:

—¿Trabajan realmente en un campo de energía?

—Lo están intentando. Pero le necesitan.

—No. No puedo.

—Lo necesitan a fin de que usted pueda ver lo que es tan obvio para usted, y que para ellos no lo es. Recuérdelo, o su ayuda o la derrota del hombre por los investigadores.

Ralson se alejó unos pasos, contemplando la pared desnuda, acolchada. Masculló entre dientes:

—Pero es necesaria la derrota. Si construyen un campo de energía significa la muerte de todos ellos antes de que lo terminen.

—Algunos de ellos, o todos, pueden ser inmunes, ¿no cree? Y, en todo caso, morirán todos. Lo están intentando.

—Trataré de ayudarles —dijo Ralson.

—¿Aún quiere matarse?

—Sí.

—Pero tratará de *no hacerlo*, ¿verdad?

—Lo *intentaré*, doctor. —Le temblaron los labios—. Tendrán que vigilarme.

Blaustein subió la escalera y presentó el pase al guardia del vestíbulo. Ya había sido registrado en la verja exterior, pero ahora él, su pase y la firma volvían a ser revisados. Un instante después, el guardia se retiró a su cabina y llamó por teléfono. La respuesta le satisfizo. Blaustein se sentó y al cabo de medio minuto volvía a estar de pie y estrechaba la mano del doctor Grant.

—El presidente de los Estados Unidos tendría dificultades para entrar aquí, ¿no? —preguntó Blaustein.

—Tiene razón —sonrió el físico—, sobre todo si llega sin avisar.

Tomaron un ascensor y subieron doce pisos. El despacho al que Grant le condujo tenía ventanales en tres direcciones. Estaba insonorizado y con aire acondicionado. Su mobiliario de nogal estaba finamente tallado.

—¡Cielos! —exclamó Blaustein—. Es como el despacho del presidente de un Consejo de Administración. La ciencia se está volviendo un gran negocio.

Grant pareció turbado.

—Sí, claro, pero el dinero del Gobierno mana fácilmente y es difícil persuadir a un congresista de que el trabajo de uno es importante a menos que pueda ver, oler y tocar la madera tallada.

Blaustein se sentó y sintió que se hundía blandamente. Dijo:

—El doctor Elwood Ralson ha accedido a volver a trabajar.

—Estupendo. Esperaba que me lo dijera. Esperaba que ésta fuera la razón de su visita.

Como inspirado por la noticia, Grant ofreció un puro al psiquiatra, que lo rehusó.

—Sin embargo —dijo Blaustein—, sigue siendo un hombre muy enfermo. Tendrán que tratarle con suma delicadeza y comprensión.

—Claro. Naturalmente.

—No es tan sencillo como parece creer. Quiero contarle algo de los problemas de Ralson, para que comprenda en toda su realidad lo delicada que es la situación.

Siguió hablando y Grant le escuchó primero preocupado, luego estupefacto.

—Pero este hombre ha perdido la cabeza, doctor Blaustein. No nos será de ninguna utilidad. Está loco.

—Depende de lo que usted entienda por «loco» —replicó Blaustein encogiéndose de hombros—. Es una palabra fea; no la emplee. Divaga, eso es todo. Que eso pueda o no afectar sus especiales talentos, no puede saberse.

—Pero es obvio que ningún hombre en sus cabales podría…

—¡Por favor! ¡Por favor! No nos metamos en discusiones sobre definiciones psiquiátricas de locura. El hombre tiene delirios y, generalmente, no me molestaría en considerarlos. El caso es que se me ha dado a entender que la especial habilidad del hombre reside en su modo de proceder a la solución de un problema que, al parecer, está fuera de la razón normal. Es así, ¿no?

—Sí. *Debo* admitirlo.

—¿Cómo juzgar el valor de una de sus conclusiones? Déjeme que le pregunte, ¿tiene *usted* impulsos suicidas últimamente?

—No, claro que no.

—¿Y alguno de los científicos de aquí?

—Creo que no.

—No obstante, le sugiero que mientras se lleva a cabo la investigación del campo de energía, los científicos involucrados sean vigilados aquí y en sus casas. Incluso sería una buena idea que no fueran a sus casas. En dependencias como éstas es fácil organizar un pequeño dormitorio…

—¡Dormir donde se trabaja! Nunca conseguirá que lo acepten.

—¡Oh, sí! Si no les dice la verdadera razón y les asegura que es por motivos de seguridad, lo aceptaran. «Motivos de seguridad» es una frase maravillosa hoy en día, ¿no cree? Ralson debe ser vigilado más y mejor que nadie.

—Naturalmente.

—Pero nada de eso tiene importancia. Es algo que hay que hacer para tranquilizar mi conciencia en caso de que las teorías de Ralson sean correctas. En realidad no creo en ellas. *Son* delirios, pero una vez aceptados, es necesario preguntarse cuáles son las causas de esos delirios. ¿Qué hay en la mente de Ralson?, ¿qué hay en su pasado? ¿Qué hay en su vida que hace necesario que tenga esos delirios? Es algo que no se puede contestar sencillamente. Tal vez tardaríamos años en constantes psicoanálisis para descubrir la respuesta. Y, hasta que no consigamos la respuesta no se curará.

»Entre tanto podemos adelantar alguna conjetura. Ha tenido una infancia desgraciada que, de un modo u otro, le ha hecho enfrentarse con la muerte de una forma muy desagradable. Además, nunca ha sido capaz de asociarse con otros niños ni, al hacerse mayor, con otros hombres. Siempre ha demostrado impaciencia ante los razonamientos lentos. Cualquier diferencia existente entre su mente y la de los demás, ha creado entre él y la sociedad un muro tan fuerte como el campo de energía que tratan de proyectar. Y por razones similares ha sido incapaz de disfrutar de una vida sexual normal. Jamás se ha casado, jamás ha tenido novias.

»Es fácil adivinar que podría fácilmente compensarse de todo ello, de su fracaso en ser aceptado por su medio social, refugiándose en la idea de que los otros seres

humanos son inferiores a él. Lo cual es cierto, claro, en lo que se refiere a su mentalidad. Hay, naturalmente, muchas facetas en la personalidad humana y en algunas de ellas no es superior. Nadie lo es. Pero hay otros, como él, más proclives a ver sólo lo que es inferior, y que no aceptarían ver afectada su posición preeminente. Le considerarían peculiar, incluso cómico, lo que provocaría que Ralson creyera de suma importancia demostrar lo pobre e inferior que es la especie humana. ¿Cómo podría mostrárnoslo mejor que demostrando que la Humanidad es simplemente un tipo de bacterias para otros seres superiores que experimentan con ella? Así sus impulsos suicidas no serían sino un deseo loco de apartarse por completo de ser hombre, de detener esta identificación con la especie miserable que ha creado en su mente. ¿Se da cuenta?

Grant asintió:

—Pobre hombre.

—Sí, es una lástima. Si en su infancia se le hubiera tratado debidamente… Bien, en todo caso, es mejor que el doctor Ralson no tenga el menor contacto con los otros hombres de aquí. Está demasiado enfermo para dejarle con ellos. Usted debe arreglárselas para ser el único que le vea, que hable con él. El doctor Ralson lo ha aceptado. Al parecer, cree que usted no es tan estúpido como los otros.

Grant sonrió débilmente.

—Bien, me conviene.

—Por supuesto, deberá ser muy cuidadoso. Yo no discutiría de nada con él, excepto de su trabajo. Si voluntariamente le informa de sus teorías, que no lo creo, limítese a vaguedades y márchese. Y en todo momento, esconda lo que sea cortante o puntiagudo. No le deje acercarse a las ventanas. Trate de que sus manos estén siempre a la vista. Sé que me comprende. Dejo a mi paciente en sus manos, doctor Grant.

—Lo haré lo mejor que pueda, doctor Blaustein.

Dos meses enteros vivió Ralson en un rincón del despacho de Grant, y Grant con él. Se pusieron rejas en las ventanas, se retiraron los muebles de madera y se cambiaron por sofás acolchados. Ralson pensaba en el sofá y escribía sobre una carpeta apoyada a un almohadón.

El «Prohibida la entrada» era un letrero fijo en el exterior del despacho. Las comidas se las dejaban fuera. El cuarto de baño adyacente se reservaba para uso particular y se retiró la puerta que comunicaba con el despacho. Grant se afeitaba con maquinilla eléctrica. Comprobaba que Ralson tomara pastillas para dormir todas las noches, y esperaba a que se durmiera antes de dormirse él.

Todos los informes se entregaban a Ralson. Los leía mientras Grant vigilaba aparentando no hacerlo.

Luego Ralson los dejaba caer y se quedaba mirando al techo, cubriéndose los ojos

con una mano.

—¿Algo? —preguntaba Grant.

Ralson meneaba negativamente la cabeza.

Grant le dijo:

—Oiga, haré que se vacíe el edificio en el cambio de turno. Es muy importante que vea alguno de los aparatos experimentales que hemos estado montando.

Así lo hicieron, recorrieron, como fantasmas, los edificios iluminados y desiertos, cogidos de la mano. Siempre cogidos de la mano. La mano de Grant era firme. Pero, después de cada recorrido, Ralson seguía negando con la cabeza.

Una media docena de veces se ponía a escribir; hacía unos garabatos y terminaba dando una patada al almohadón.

Hasta que, por fin, se puso a escribir de nuevo y llenó rápidamente media página. Grant, maquinalmente, se acercó. Ralson levantó la cabeza y cubrió la hoja con mano temblorosa. Ordenó:

—Llame a Blaustein.

—¿Cómo?

—He dicho que llame a Blaustein. Tráigale aquí. ¡Ahora!

Grant se precipitó al teléfono.

Ralson escribía ahora rápidamente, deteniéndose sólo para secarse la frente con la mano. La apartaba mojada.

Levantó la vista y preguntó con voz cascada:

—¿Viene ya?

Grant pareció preocupado al responderle:

—No está en su despacho.

—Búsquele en su casa. Tráigale de donde esté. *Utilice* este teléfono. No juegue con él.

Grant lo utilizó; y Ralson cogió otra página.

Cinco minutos después, dijo Grant:

—Ya viene. ¿Qué le pasa? Parece enfermo.

Ralson hablaba con suma dificultad.

—Falta tiempo…, no puedo hablar…

Estaba escribiendo, marcando, garabateando, trazando diagramas temblorosos. Era como si empujara sus manos, como si luchara con ellas.

—¡Dícteme! —insistió Grant—. Yo escribiré.

Ralson le apartó. Sus palabras eran ininteligibles. Se sujetaba la muñeca con la otra mano, empujándola como si fuera una pieza de madera, al fin se derrumbó sobre sus papeles.

Grant se los sacó de debajo y tendió a Ralson en el sofá. Le contemplaba inquieto, desesperado, hasta que llegó Blaustein. Éste le echó una mirada:

—¿Qué ha ocurrido?

—Creo que está vivo —dijo Grant, pero para entonces Blaustein ya lo había

comprobado por su cuenta; y Grant le explicó lo ocurrido.

Blaustein le puso una inyección y esperaron. Cuando Ralson abrió los ojos parecía ausente. Gimió.

—¡Ralson! —llamó Blaustein inclinándose sobre él.

Las manos del enfermo se tendieron a ciegas y agarraron al psiquiatra:

—¡Doctor, lléveme!

—Lo haré. Ahora mismo. Quiere decir que ha solucionado lo del campo de energía, ¿verdad?

—Está en los papeles. Grant lo tiene en los papeles.

Grant los sostenía y los hojeaba dubitativo. Ralson insistió con voz débil:

—No está *todo*. Es todo lo que puedo escribir. *Tendrá* que conformarse con eso. Sáqueme de aquí, doctor.

—Espere —intervino Grant, y murmuró impaciente al oído de Blaustein—: ¿No puede dejarle aquí hasta que probemos esto? No puedo descifrar gran cosa. La escritura es ilegible. Pregúntele qué le hace creer que esto funcionará.

—*¿Preguntarle?* —murmuró Blaustein—. ¿No es él quien siempre lo resuelve todo?

—Venga, pregúntemelo —dijo Ralson, que lo había oído desde donde estaba echado. De pronto sus ojos se abrieron completamente y lanzaban chispas.

Los dos hombres se volvieron. Les dijo:

—*Ellos* no quieren un campo de energía. *¡Ellos!* ¡Los investigadores! Mientras no lo comprendí bien, las cosas se mantuvieron tranquilas. Pero yo no había seguido la idea, *esa* idea que está ahí, en los papeles… No bien empecé a seguirla, por unos segundos sentí…, sentí…, doctor…

—¿Qué es? —preguntó Blaustein. Ralson ahora hablaba en un murmullo:

—Estoy metido en la penicilina. Sentí que me iba hundiendo en ella a medida que iba escribiendo. Nunca llegué tan…, al fondo. Por eso supe que había acertado. Lléveme.

Blaustein se incorporó.

—Tengo que llevármelo, Grant. No hay otra alternativa. Si puede descifrar lo que ha escrito, magnífico. Si no puede hacerlo, no puedo ayudarle. Este hombre no puede trabajar más en el campo de energía o moriría, ¿lo entiende?

—Pero —objetó Grant— está muriendo de algo imaginario.

—De acuerdo. Diga que así es, pero morirá de todos modos.

Ralson volvía a estar inconsciente y por eso no oyó nada. Grant le miró, sombrío y terminó diciendo:

—Bien, lléveselo pues.

Diez de los hombres más importantes del Instituto contemplaron malhumorados cómo se iba proyectando placa tras placa sobre la pantalla iluminada. Grant les miró

con dureza, ceñudo.

—Creo que la idea es suficientemente simple —les dijo—. Son ustedes matemáticos e ingenieros. Los garabatos pueden parecer ilegibles, pero se hicieron exponiendo una idea. Esta idea está contenida en lo escrito, aunque distorsionada. La primera página es bastante clara. Debería ser un buen indicio. Cada uno de ustedes se fijará en las páginas una y otra vez. Van a escribir la posible versión de cada página como les parezca que debiera ser. Trabajarán independientemente. No quiero consultas.

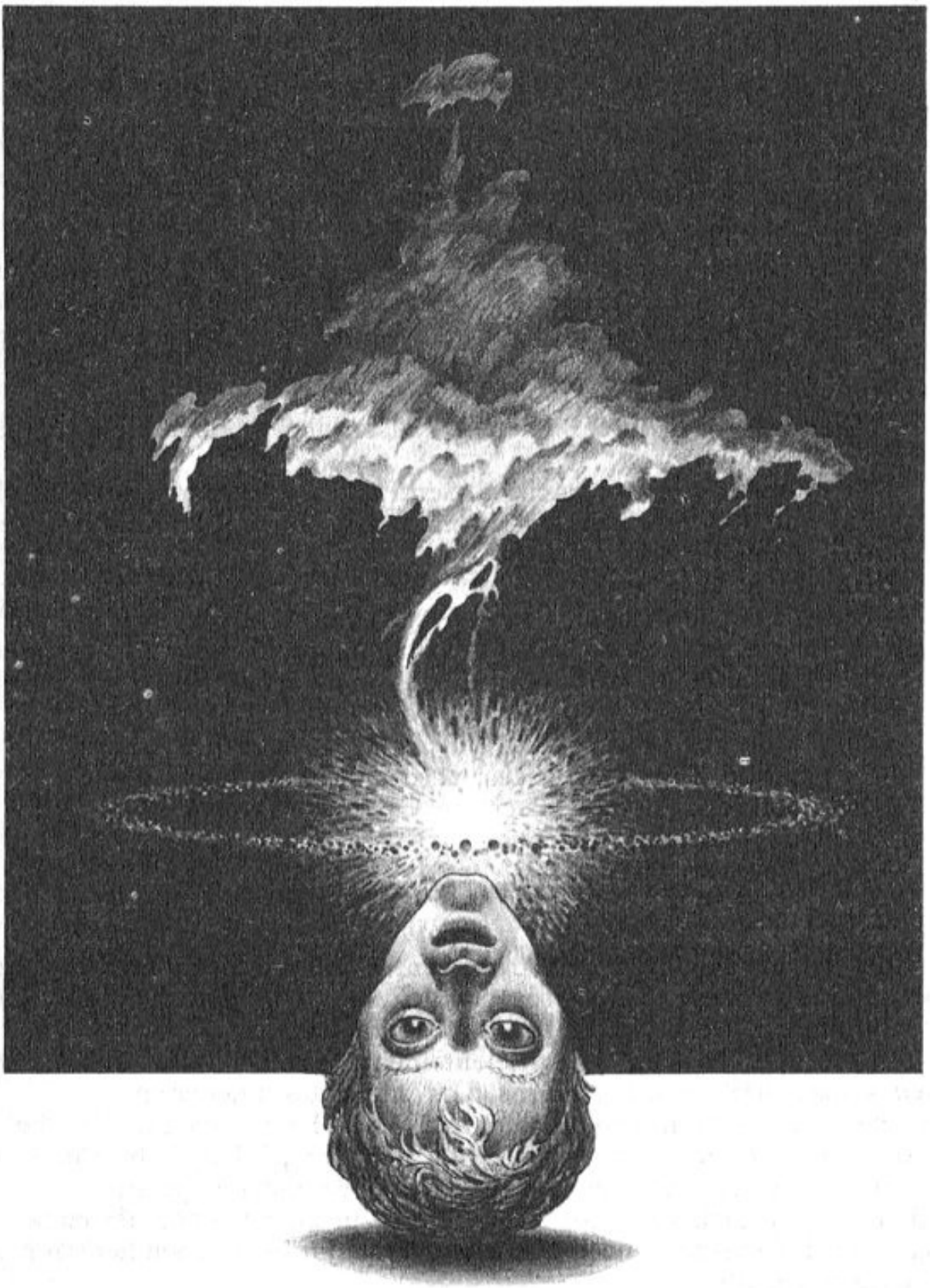
Uno de ellos preguntó:

—¿Cómo sabe que tiene *algún sentido,* Grant?

—Porque son las notas de Ralson.

—*¡Ralson!* Yo creía que estaba…

—Pensó que estaba enfermo —terminó Grant. Tuvo que alzar la voz por encima del barullo de conversaciones—. Lo sé. Lo está. Ésta es la escritura de un hombre que estaba medio muerto. Es lo único que obtendremos de Ralson. Por alguna parte de estos garabatos está la respuesta al problema del campo de energía. Si no podemos descifrarlo, tardaremos lo menos diez años buscándolo por otra parte.



Se enfrascaron en su trabajo. Pasó la noche. Pasaron otras dos noches. Tres noches…

Grant miró los resultados. Sacudió la cabeza:

—Aceptaré la palabra de ustedes de que todo esto tiene sentido, pero no puedo decir que lo comprenda.

Lowe, que en ausencia de Ralson hubiera sido fácilmente considerado el mejor ingeniero nuclear del Instituto, se encogió de hombros:

—Tampoco está muy claro para mí. Si funciona, no ha explicado la razón.

—No tuvo tiempo de explicar nada. ¿Puede construir el generador tal como él lo describe?

—Puedo probarlo.

—¿No quiere mirar para nada las versiones de las otras páginas?

—Las demás versiones son definitivamente inconsistentes.

—¿Volverá a comprobarlo?

—Claro.

—¿Y se puede empezar a construir?

—Pondré el taller en marcha. Pero le diré francamente que me siento pesimista.

—Lo sé. Yo también.

La cosa fue creciendo. Hal Ross, jefe de mecánicos, fue puesto al frente de la construcción, y dejó de dormir. A cualquier hora del día o de la noche se le encontraba allí, rascándose la calva.

Solamente una vez se atrevió a preguntar:

—¿Qué es, doctor Lowe? Jamás vi nada parecido. ¿Qué se figura que va a ser?

—Sabe usted de sobra dónde se encuentra, Ross —dijo Lowe—. Sabe que aquí no hacemos preguntas. No vuelva a preguntar.

Ross no volvió a preguntar. Se sabía que aborrecía la estructura que se estaba construyendo. La llamaba fea y antinatural. Pero siguió con ella.

Blaustein fue de visita un día. Grant preguntó:

—¿Cómo está Ralson?

—Mal. Quiere asistir a las pruebas del proyector de campo que él diseñó.

Grant titubeó.

—Deberíamos dejarle. Al fin y al cabo es suyo.

—Tendré que ir con él.

Grant pareció apesadumbrado.

—Puede resultar peligroso, ¿sabe? Incluso en una prueba piloto, estaremos jugando con energías tremendas.

—No será más peligroso para nosotros que para usted —objetó Blaustein.

—Está bien. La lista de observadores tendrá que ser revisada por la Comisión y por el FBI, pero les incluiré.

Blaustein miró a su alrededor. El proyector de campo estaba asentado en el mismísimo centro del inmenso laboratorio de pruebas, pero todo lo demás había sido retirado. No había conexión visible con el montón del plutonio que servía de fuente de energía, pero por lo que el psiquiatra oía a su alrededor —sabía bien que no debía interrogar a Ralson—, la conexión se establecía por debajo.

Al principio, los observadores habían rodeado la máquina, hablando en términos incomprensibles, pero ya se apartaban. La galería se estaba llenando. Había por lo menos tres hombres con uniforme de general y un verdadero «ejército» de militares de menor graduación. Blaustein eligió un sitio aún desocupado junto a la barandilla; sobre todo por Ralson.

—¿Todavía piensa que le gustaría quedarse? —le preguntó.

Dentro del laboratorio hacía calor, pero Ralson llevaba el gabán con el cuello levantado. Blaustein pensaba que importaba poco. Dudaba que alguno de los antiguos conocidos de Ralson le reconocieran ahora. Ralson contestó:

—Me quedaré.

Blaustein estaba encantado. Quería ver la prueba. Se volvió al oír una voz nueva:

—Hola, doctor Blaustein.

Por unos segundos Blaustein no pudo situarlo, luego exclamó:

—Ah, inspector Darrity. ¿Qué está usted haciendo aquí?

—Exactamente lo que supone —dijo señalando a los observadores—. No hay forma de vigilarlos y poder estar seguro de no cometer errores. Una vez estuve tan cerca de Klaus Fuchs como lo estoy de usted ahora. —Lanzó el cortaplumas al aire y lo recuperó con destreza.

—Ah, claro. ¿Dónde podemos encontrar absoluta seguridad? ¿Qué hombre puede confiar incluso en su propio subconsciente? Y ahora no se moverá de mi lado, ¿verdad?

—Tal vez —sonrió Darrity—. Estaba usted muy ansioso de meterse aquí dentro, ¿no es cierto?

—No por mí, inspector. Y, por favor, guárdese el cortaplumas.

Darrity se volvió sorprendido en dirección al leve gesto de la mano de Blaustein. Silbó entre dientes.

—Hola, doctor Ralson —saludó.

—Hola —dijo Ralson con dificultad.

Blaustein no pareció sorprendido por la reacción del inspector. Ralson había perdido más de diez kilos desde su regreso al sanatorio. Su rostro arrugado estaba amarillento; era la cara de un hombre que salta de pronto a los sesenta años. Blaustein preguntó:

—¿Empezará pronto la prueba?

—Parece que se disponen a empezar —contestó Darrity.

Volvió y se apoyó en la barandilla. Blaustein cogió a Ralson por el codo y empezó a llevárselo, pero Darrity dijo a media voz:

—Quédese aquí, doctor. No quiero que anden por ahí.

Blaustein miró al laboratorio. Había hombres de pie con el aspecto de haberse vuelto de piedra. Pudo reconocer a Grant, alto y flaco, moviendo lentamente la mano en el gesto de encender un cigarrillo, pero cambiando de opinión se guardó el mechero y el pitillo en uno de los bolsillos. Los jóvenes apostados en el tablero de control esperaban, tensos.

Entonces se oyó un leve zumbido y un vago olor a ozono llenó el aire. Ralson exclamó, ronco:

—¡Miren!

Blaustein y Darrity siguieron la dirección del dedo. El proyector pareció fluctuar. Fue como si entre ellos y el proyector surgiera aire caliente. Bajó una bola de hierro con movimiento pendular fluctuante y cruzó el área.

—Ha perdido velocidad, ¿no? —preguntó excitado Blaustein.

Ralson movió la cabeza afirmativamente.

—Están midiendo la altura de elevación del otro lado para calcular la pérdida de impulso. ¡Idiotas! Les *dije* que funcionaría.

Hablaba con mucha dificultad.

—Limítese a observar, doctor Ralson —aconsejó Blaustein—. No debería excitarse innecesariamente.

El péndulo fue detenido a mitad de camino, recogido. La fluctuación del proyector se hizo un poco más intensa y la esfera de hierro volvió a trazar su arco hacia abajo.

Esto una y otra vez, hasta que la esfera fue interrumpida de una sacudida. Hacía un ruido claramente audible al topar con las vibraciones. Y, eventualmente, *rebotó*. Primero pesadamente y después resonando al topar como si fuera contra acero, de tal forma que el ruido lo llenaba todo.

Recogieron el péndulo y ya no lo utilizaron más. El proyector apenas podía verse tras la bruma que lo envolvía.

Grant dio una orden y el olor a ozono se hizo más acusado y penetrante. Los observadores reunidos gritaron al unísono, cada uno dirigiéndose a su vecino. Doce dedos señalaban.

Blaustein se inclinó sobre la barandilla tan excitado como los demás. Donde había estado el proyector había ahora solamente un enorme espejo semiglobular. Estaba perfecta y maravillosamente limpio. Podía verse en él un hombrecito de pie en un pequeño balcón que se curvaba a ambos lados. Podía ver las luces fluorescentes reflejadas en puntos de iluminación resplandeciente. Era maravillosamente claro.

Se encontró gritando:

—Mire, Ralson. Está reflejando energía. Refleja las ondas de luz como un espejo. Ralson… —Se volvió—. ¡Ralson! Inspector, ¿dónde está Ralson? —Darrity se giró en redondo.

—No le he visto… —Miró a su alrededor, asustado—. Bueno, no podrá huir. No hay forma de salir de aquí ahora. Vaya por el otro lado. —Cuando se tocó el pantalón, rebuscó en el bolsillo y exclamó—: ¡Mi cortaplumas ha desaparecido!

Blaustein le encontró. Estaba dentro del pequeño despacho de Hal Ross. Daba al balcón pero, claro, en aquellas circunstancias estaba vacío. El propio Ross no era siquiera uno de los observadores. Un jefe de mecánicos no tiene por qué observar. Pero su despacho serviría a las mil maravillas para el punto final de la larga lucha contra el suicidio.

Blaustein, mareado, permaneció un momento junto a la puerta, después se volvió. Miró a Darrity cuando éste salía de un despacho similar a unos metros por debajo del balcón. Le hizo una seña y Darrity llegó corriendo.

El doctor Grant temblaba de excitación. Ya había dado dos chupadas a dos cigarrillos pisándolos inmediatamente. Rebuscaba ahora para encontrar el tercero. Decía:

—Esto es más de lo que cualquiera de nosotros podría esperar. Mañana lo probaremos con fuego de cañón. Ahora estoy completamente seguro del resultado, pero estaba planeado, y lo llevaremos a cabo. Nos saltaremos las armas pequeñas y empezaremos a nivel de bazooka. O, tal vez, no. Quizá tuviéramos que construir una enorme estructura para evitar el problema del rebote de proyectiles. Tiró el tercer cigarrillo. Un general comentó:

—Lo que tendríamos que probar es, literalmente, un bombardeo atómico, claro.

—Naturalmente. Ya se han tomado medidas para levantar una pseudo-ciudad en Eniwetok. Podríamos montar un generador en aquel punto y soltar la bomba. Dentro, meteríamos animales.

—¿Y cree realmente que si montamos un campo de plena energía, contendría la bomba?

—No es exactamente esto, general. No se percibe ningún campo hasta que la bomba cae. La radiación del plutonio formaría la energía del campo antes de la explosión. Lo mismo que hemos hecho aquí en la última fase. Eso es la esencia de todo.

—¿Sabe? —objetó un profesor de Princeton—, yo veo inconvenientes también. Cuando el campo está en plena energía, cualquier cosa que esté protegiendo se encuentra en la más total oscuridad, por lo que se refiere al Sol. Además, se me antoja que el enemigo puede adoptar la práctica de soltar misiles radiactivos inofensivos para que se dispare el campo de vez en cuando. No tendría el menor valor y sería en cambio para nosotros un desgaste considerable.

—Podemos soportar todo tipo de tonterías. Ahora que el problema principal ha sido resuelto, no me cabe la menor duda de que estas dificultades se resolverán.

El observador británico se había abierto paso hacia Grant y le estrechaba las manos, diciéndole:

—Ya me siento mejor respecto a Londres. No puedo evitar el desear que su Gobierno me permita ver los planos completos. Lo que he presenciado me parece genial. Ahora, claro, parece obvio, pero, ¿cómo pudo ocurrírsele a alguien?

Grant sonrió.

—Ésta es una pregunta que se me ha hecho antes respecto a los inventos del doctor Ralson…

Se volvió al sentir una mano sobre su hombro.

—¡Ah, doctor Blaustein! Casi se me había olvidado. Venga, quiero hablar con usted.

Arrastró al pequeño psiquiatra a un lado y le dijo al oído:

—Oiga, ¿puede usted convencer al doctor Ralson de que debo presentarle a toda esa gente? Éste es su triunfo.

—Ralson está muerto —dijo Blaustein.

—*¿Qué?*

—¿Puede dejar a esta gente por un momento?

—Sí…, sí… Caballeros, ¿me permiten unos minutos?

Y salió rápidamente con Blaustein.

Los federales se habían hecho cargo de la situación. Sin llamar la atención, bloqueaban ya la entrada al despacho de Ross. Fuera estaban los asistentes comentando la respuesta a Alamogordo que acababan de presenciar. Dentro, ignorado por ellos, está la muerte del que respondió. La barrera de guardianes se separó para permitir la entrada a Grant y Blaustein. Tras ellos volvió a cerrarse otra vez.

Grant levantó la sábana, por un instante, y comentó:

—Parece tranquilo.

—Yo diría…, feliz —dijo Blaustein.

Darrity comentó, inexpresivo:

—El arma del suicidio fue mi cortaplumas. La negligencia fue mía; informaré en este sentido.

—No, no —cortó Blaustein—, sería inútil. Era mi paciente y yo soy el responsable. De todos modos, no hubiera vivido más allá de otra semana. Desde que inventó el proyector, fue un moribundo.

—¿Cuánto hay que entregar al archivo federal de todo esto? —preguntó Grant—. ¿No podríamos olvidar todo eso de su locura?

—Me temo que no, doctor Grant —declaró Darrity.

—Le he contado toda la historia —le confesó Blaustein con tristeza.

Grant miró a uno y otro.

—Hablaré con el director. Llegaré hasta el Presidente, si es necesario. No veo la

menor necesidad de que se mencione ni el suicidio, ni la locura. Se le concederá la máxima publicidad como a inventor del proyector del campo de energía. Es lo menos que podemos hacer por él —dijo rechinando los dientes.

—Dejó una nota —anunció Blaustein.

—¿Una nota?

Darrity le entregó un pedazo de papel, diciéndole:

—Los suicidas suelen hacerlo siempre. Ésta es una de las razones por las que el doctor me contó lo que realmente mató a Ralson.

La nota iba dirigida a Blaustein y decía así:

«El proyector funciona; sabía que así sería. He cumplido lo acordado. Ya lo tienen y no me necesitan más. Así que me iré. No debe preocuparse por la raza humana, doctor. Tenía usted razón. Nos dejaron vivir demasiado tiempo; han corrido demasiados riesgos. Ahora hemos salido del cultivo y ya no podrán detenernos. Lo sé. Es lo único que puedo decir. Lo sé.»

Había firmado con prisa y debajo había otra línea garabateada, que decía:

«Siempre y cuando haya suficientes hombres resistentes a la penicilina.»

Grant hizo ademan de arrugar el papel, pero Darrity alargó al instante la mano.

—Para el informe, doctor.

Grant le entregó el papel y murmuró:

—¡Pobre Ralson! Murió creyendo en todas esas bobadas.

—En efecto —afirmó Blaustein—, a Ralson se le hará un gran entierro, supongo, y lo de su invento será publicado sin hablar de locura ni de suicidio. Pero los hombres del Gobierno seguirán interesándose por sus teorías locas. Pero, tal vez no sean tan locas, ¿eh, Darrity?

—No sea ridículo, doctor —cortó Grant—. No hay un solo científico entre los dedicados a este trabajo que haya mostrado la menor inquietud.

—Cuénteselo, Darrity —aconsejó Blaustein.

—Ha habido otro suicidio. No, no, ninguno de los científicos. Nadie con título universitario. Ocurrió esta mañana e investigamos porque pensamos que podría tener cierta relación con la prueba de hoy. No parecía que la hubiera y estábamos decididos a callarlo hasta que terminaran todas las pruebas. Sólo que ahora sí que parece que haya una conexión.

—El hombre que murió era solamente un hombre con esposa y tres hijos. Ninguna historia de enfermedad mental. Se tiró debajo de un coche. Tenemos testigos y es seguro que lo hizo adrede. No murió instantáneamente y le buscaron un médico. Estaba terriblemente destrozado, pero sus últimas palabras fueron: «Ahora me siento mucho mejor». Y murió.

—Pero, ¿quién era? —preguntó Grant.

—Hal Ross. El hombre que en realidad construyó el proyector. El hombre en cuyo despacho nos encontramos.

Blaustein se acercó a la ventana. Sobre el cielo oscuro de la tarde brillaban las

estrellas.

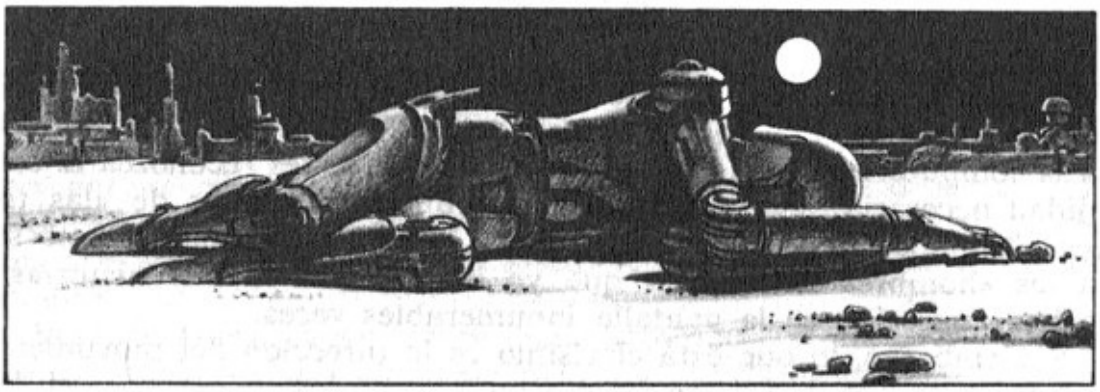
—El hombre no sabía nada de las teorías de Ralson —explicó—. Jamás había hablado con él. Me lo ha dicho Darrity. Los científicos son probablemente resistentes como un todo. Deben serlo o pronto se verían apartados de su profesión. Ralson era una excepción, un hombre sensible a la penicilina, pero decidido a quedarse. Y ya ven lo que le ha ocurrido. Pero qué hay de los demás; aquellos que siguieron el camino de la vida, donde no se va arrancando a los sensibles a la penicilina; ¿cuánta humanidad es resistente a la penicilina?

—¿Usted *cree* a Ralson? —preguntó Grant, horrorizado.

—No podría decirlo.

Blaustein contempló las estrellas.

¿Incubadoras?



ANFITRIONA

Rose Smollett se sentía feliz, casi triunfante. Se arrancó los guantes, tiró el sombrero, volvió sus ojos brillantes hacia su marido y le dijo:

—Drake, vamos a tenerle aquí.

Drake la miró disgustado:

—Llegas tarde para la cena. Yo creí que ibas a estar de vuelta a eso de las siete.

—Bah, no tiene importancia. Comí algo mientras venía. Pero, Drake, ¡vamos a tenerle aquí!

—¿A *quién*, aquí? ¿De quién estás hablando?

—¡Del doctor del planeta Hawkin! ¿Es que no te diste cuenta de que la conferencia de hoy era sobre él? Pasamos todo el día hablando de ello. ¡Es la cosa más excitante que jamás pudiera habernos ocurrido!

Drake Smollett apartó la pipa de su rostro. Primero miró la pipa, luego a su mujer.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Cuándo dices el doctor procedente del planeta Hawkin, te refieres al hawkinita que tenéis en el instituto?

—Pues, claro. ¿A quién iba a referirme si no?

—¿Y puedo preguntarte qué diablos significa eso de que vamos a tenerle aquí?

—Drake, ¿es que no lo entiendes?

—¿Qué es lo que tengo que entender? Tu instinto puede estar interesado por esa cosa, pero yo no. ¿Qué tenemos que ver con él? Es cosa del instituto, ¿no crees?

—Pero, cariño —dijo Rose pacientemente—, el hawkinita quería vivir en una casa particular en una parte donde no le molestaran con ceremonias oficiales y donde pudiera desenvolverse más de acuerdo con sus gustos. Lo encuentro de lo más comprensible.

—¿Por qué en *nuestra* casa?

—Porque nuestra casa es conveniente para ello, creo. Me preguntaron si se lo permitía, y, francamente —añadió con cierta obstinación—, lo considero un privilegio.

—¡Mira! —Drake se metió los dedos entre el cabello y consiguió alborotarlo—, tenemos un lugar adecuado, ¡de acuerdo! No es el lugar más elegante del mundo, pero nos sirve bien a los dos. No obstante, no veo que nos sobre sitio para visitantes extraterrestres.

Rose empezó a parecer preocupada. Se quitó las gafas y las guardó en su funda.

—Podemos instalarlo en el cuarto de huéspedes. Él se ocupará de tenerlo en orden. He hablado con él y es muy agradable. Sinceramente, lo único que debemos hacer es mostrar cierta capacidad de adaptación.

—Sí, claro, sólo un poco de adaptabilidad. Los hawkinitas aspiran cianuro. Y supongo que también tendremos que adaptarnos a eso, ¿no?

—Lleva siempre cianuro en un pequeño cilindro. Ni siquiera te darás cuenta.

—¿Y de qué otras cosas no voy a darme cuenta?

—De *nada* más. Son totalmente inofensivos. ¡Cielos, si incluso son vegetarianos!

—Y eso, ¿qué significa?, ¿que tenemos que servirle una bala de heno para cenar?

El labio inferior de Rose empezó a temblar.

—Drake, estás siendo deliberadamente odioso. Hay muchos vegetarianos en la Tierra; no comen heno.

—Y nosotros, ¿qué? Podremos comer carne, ¿o esto va a hacerle pensar que somos caníbales? No pienso vivir de ensaladas para hacerle feliz, te lo advierto.

—No seas ridículo.

Rose se sentía desamparada. Se había casado relativamente mayor. Había elegido su carrera; parecía haber encajado bien en ella. Era miembro del Instituto Jenkins de Ciencias Naturales, rama de Biología, con más de veinte publicaciones a su nombre. En una palabra, la línea estaba trazada, el camino desbrozado: se había dedicado a una carrera y a la soltería. Y ahora, a los 35 años, estaba aún algo asombrada de encontrarse casada desde hacía escasamente un año.

Ocasionalmente se sentía turbada, porque a veces descubría que no tenía la menor idea de cómo tratar a un marido. ¿Qué había que *hacer* cuando el hombre de la casa se ponía testarudo? Esto no constaba en ninguno de sus cursillos. Como mujer de carrera y de mentalidad independiente, no podía rebajarse a zalamerías. Así que le miró fijamente y le dijo con sinceridad:

—Para mí significa mucho.

—¿Por qué?

—Porque, Drake, si se queda aquí algún tiempo, podré estudiarle bien de cerca. Se ha trabajado muy poco en la biología y psicología del hawkinita individualmente, y en las inteligencias extraterrestres en general. Sabemos algo de su sociología e historia, pero nada más. Seguro que te das cuenta de que es una oportunidad. Vivirá aquí; le observaremos, le hablaremos, vigilaremos sus hábitos…

—No me interesa.

—Oh, Drake. No te comprendo.

—Supongo que vas a decirme que no suelo ser así.

—Bueno, es que no eres así.

Drake guardó silencio un momento. Parecía ajeno a todo; sus pómulos salientes y su barbilla cuadrada parecían helados, tal era la sensación de resentimiento. Finalmente, dijo:

—Mira, he oído hablar algo de los hawkinitas en relación con mi trabajo. Dices que se ha investigado su sociología pero no su biología. Claro, porque los hawkinitas no quieren que se les estudie como ejemplares, como tampoco querríamos nosotros. He hablado con hombres que fueron encargados de la seguridad y vigilancia de varias misiones de hawkinitas en la Tierra. Las misiones permanecen en las habitaciones que se les asignan y no las abandonan por nada salvo para asuntos oficiales sumamente importantes. No tienen el menor contacto con los hombres de la Tierra. Es obvio que sientan tanta repugnancia por nosotros, como yo, personalmente, por ellos.

»La verdad es que no llego a comprender por qué el hawkinita del instituto va a ser diferente. Me parece que tenerle aquí va en contra de lo establecido y, bueno…, que él quiera vivir en la casa de un terrícola, me lo revuelve todo.

Rose, cansada, explicó:

—Esto es diferente. Me sorprende que no puedas comprenderlo, Drake. Es un doctor. Viene aquí en plan de investigación médica y te concedo que probablemente no disfrute conviviendo con seres humanos y que, además, nos encuentre horribles. Pero, con todo y con eso debe quedarse. ¿Crees tú que a un médico humano le guste ir al trópico o que disfrute dejándose picar por los mosquitos?

—¿Qué es eso de mosquitos? —cortó Drake—. ¿Qué tienen que ver con lo que estamos discutiendo?

—Pues nada —contestó Rose asombrada—, se me ocurrió de pronto, nada más. Estaba pensando en Reed y en sus experimentos sobre la fiebre amarilla.

Drake se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras.

Rose titubeó un instante, luego preguntó:

—No estarás enfadado, ¿verdad? —Le pareció que sonaba ridículamente infantil.

—No.

Y eso significaba, ella lo sabía, que sí lo estaba.

Rose se contempló, insegura, en el espejo de cuerpo entero. Nunca había sido guapa y estaba tan resignada, que ya no le importaba. Por supuesto que no tenía la menor importancia para un ser procedente del planeta Hawkin. Lo que *sí* la molestaba

era eso de tener que ser una anfitriona bajo tan extrañas circunstancias, mostrar tacto hacia una criatura extraterrestre y, a la vez, hacia su marido. Se preguntó quién de los dos resultaría más difícil.

Drake llegaría tarde a casa aquel día; tardaría aún media hora. Rose se encontró inclinada a creer que lo había preparado expresamente con la aviesa intención de dejarla sola con su problema. De pronto se sintió presa de un sordo resentimiento.

La había llamado por teléfono al instituto para preguntarle bruscamente:

—¿Cuándo vas a llevarlo a casa?

—Dentro de tres horas —respondió con voz seca.

—Está bien. ¿Cómo se llama? El nombre del hawkinita.

—¿Por qué quieres saberlo? —No pudo evitar la frialdad de las palabras.

—Digamos que es una pequeña investigación por mi cuenta. Después de todo, esa cosa vivirá en mi casa.

—Por el amor de Dios, Drake, no mezcles tu trabajo con nosotros.

La voz de Drake sonó metálica y desagradable.

—¿Por qué no, Rose? ¿No es eso precisamente lo que haces tú?

Así era, claro, de forma que le dio la información que él quería.

Ésta era la primera vez en su vida matrimonial que tenían una pelea o cosa parecida y, sentada frente al gran espejo empezó a preguntarse si no tendría que esforzarse por comprender su punto de vista. En esencia, se había casado con un policía. En realidad era más que un simple policía: era miembro del Consejo de Seguridad Mundial.

Había sido una sorpresa para sus amigos. El matrimonio había sido ya de por sí la mayor sorpresa, pero ya que se había decidido a casarse, ¿por qué no con otro biólogo? O, si hubiera querido salirse a otro camino, ¿por qué no con un antropólogo o con un químico? Pero, mira que precisamente con un policía… Nadie había pronunciado estas palabras, naturalmente, pero se mascaba en la atmósfera el día de la boda.

Aquel día, y desde entonces, había sentido ciertos resentimientos. Un hombre podía casarse con quien le diera la gana, pero si una doctora en Filosofía decidía casarse con un hombre que no fuera siquiera licenciado, se escandalizaban. ¿Y por qué razón? ¿Qué les importaba a ellos? En cierto modo era guapo e inteligente, y ella estaba perfectamente satisfecha de su elección.

No obstante, ¿cuánto esnobismo del mismo tipo traía ella a casa? ¿No adoptaba siempre la actitud de que sus investigaciones biológicas eran importantes, mientras que la ocupación de él era simplemente algo que quedaba dentro de las cuatro paredes de su pequeño despacho en los viejos edificios de las Naciones Unidas, en East River?

Se levantó de un salto, agitada, y respirando profundamente decidió abandonar aquellos pensamientos. Ansiaba desesperadamente no disputar con él. Y tampoco iba a meterse en sus asuntos. Se había comprometido a aceptar al hawkinita como

huésped, pero en lo demás dejaría que Drake hiciera lo que quisiera. Era mucho lo que él concedía.

Harg Tholan estaba de pie en medio de la sala de estar, cuando ella bajo la escalera. No se había sentado, porque no estaba anatómicamente construido para hacerlo. Le sostenían dos pares de miembros colocados muy cerca, mientras que un tercer par, de diferente construcción, pendía de una región que, en un ser humano, equivalía al pecho. La piel de su cuerpo era dura, brillante y marcada de surcos, mientras que su cara tenía un vago parecido a algo remotamente bovino. Sin embargo, no era por completo repulsivo y llevaba una especie de vestimenta en la parte baja de su cuerpo a fin de evitar ofender la sensibilidad de sus anfitriones humanos.

—Señora Smollett —dijo—, agradezco su hospitalidad más allá de lo que puedo expresar en su idioma. —Y se agachó de modo que sus miembros delanteros rozaron el suelo por un instante.

Rose sabía que este gesto significaba gratitud entre los seres del planeta Hawkin. Estaba agradecida de que hablara tan bien su idioma. La forma de su boca, combinada con la ausencia de incisivos hacía que los sonidos fueran sibilantes. Aparte de todo esto, podía haber nacido en la Tierra por el poco acento que tenía.

—Mi marido no tardará en llegar, y entonces cenaremos.

—¿Su marido? —Calló un momento y al instante añadió—: Sí, claro.

Rose no hizo caso. Si había un motivo de infinita confusión entre las cinco razas inteligentes de la Galaxia conocida, estribaba en las diferencias de su vida sexual e instituciones sociales. El concepto de marido y esposa, por ejemplo, existía solamente en la Tierra. Las otras razas podían lograr una especie de comprensión intelectual de lo que significaba, pero jamás una comprensión emocional.

—He consultado al instituto para la preparación de su menú. Confío en que no haya nada que le disguste.

El hawkinita parpadeó rápidamente. Rose recordó que esto equivalía a un gesto de diversión.

—Las proteínas son siempre proteínas, mi querida señora Smollett. En cuanto a los factores trazadores que necesito pero que no se encuentran en sus alimentos, he traído concentrados perfectamente adecuados para mí.

Y las proteínas *eran* proteínas. Rose lo sabía con certeza. Su preocupación por la dieta de la criatura había sido sobre todo, una muestra de buenos modales. Al descubrirse vida en los planetas de las estrellas exteriores, una las generalizaciones más interesantes fue comprobar que la vida podía formarse de otras sustancias que no fueran proteínas, incluso de elementos que no eran carbono. Seguía siendo verdad que las únicas inteligencias conocidas eran de naturaleza proteínica. Esto significaba que cada una de las cinco formas de vida inteligente podía mantenerse por largos

períodos con los alimentos de cualquiera de las otras cuatro.

Oyó la llave de Drake en la cerradura y se quedó tiesa de aprensión.

Tuvo que admitir que se portó bien. Entró y sin la menor vacilación tendió la mano al hawkinita, diciéndole con firmeza:

—Buenas noches, doctor Tholan.

El hawkinita alargó su miembro delantero, grande, torpe, y, por decirlo de algún modo, se estrecharon la mano. Rose ya había pasado por ello y conocía la extraña sensación de una mano hawkinita en la suya. La había notado rasposa, caliente y seca. Imaginaba que al hawkinita, la suya y la de Drake le parecerían frías y viscosas.

Cuando se lo presentaron, tuvo la oportunidad de observar aquella mano extraña. Era un caso sorprendente de evolución convergente. Su desarrollo morfológico era enteramente diferente del de la mano humana, pero había conseguido acercarse a una buena similitud. Tenía cuatro dedos, le faltaba el pulgar. Cada dedo tenía cinco articulaciones independientes. Así, la carente flexibilidad por ausencia del pulgar se compensaba por las propiedades casi tentaculares de los dedos. Y lo que era aún más interesante a sus ojos de bióloga era que cada dedo hawkinita terminaba en una diminuta pezuña, imposible de identificar al profano como tal, pero claramente adaptada para la carrera, como para el hombre la mano estuvo adaptada para trepar.

—¿Está usted bien instalado, señor? —preguntó Drake amablemente—. ¿Quiere una copa?

El hawkinita no contestó sino que miró a Rose con una ligera contorsión facial que indicaba cierta emoción que, desgraciadamente, Rose no supo interpretar. Comentó, nerviosa:

—En la Tierra hay la costumbre de beber líquidos que han sido reforzados con alcohol etílico. Lo encontramos estimulante.

—Oh, sí, en este caso me temo que debo rehusar. El alcohol etílico chocaría muy desagradablemente con mi metabolismo.

—Bueno, tengo entendido que a los de la Tierra les ocurre lo mismo, doctor Tholan —intervino Drake—. ¿Le molestaría que *yo* bebiera?

—Claro que no.

Drake pasó junto a Rose al ir hacia el aparador y ella sólo captó una palabra, dicha entre dientes y muy controlada, «¡Cielos!» No obstante, le pareció captar unas cuantas exclamaciones más a sus espaldas.

El hawkinita permaneció de *pie* junto a la mesa. Sus dedos eran modelo de destreza al manejar los cubiertos. Rose se esforzó por no mirarle mientras comía. Su gran boca sin labios partía su cara de un modo alarmante al ingerir los alimentos y al masticar, sus enormes mandíbulas se movían desconcertantes de un lado a otro. Era

otra prueba de sus antepasados ungulados. Rose se encontró preguntándose si, después, en la soledad y quietud de su habitación, rumiaría la comida, y sintió pánico por si Drake tenía la misma idea y se levantaba, asqueado, de la mesa. Pero Drake se lo estaba tomando todo con mucha calma. Dijo:

—Supongo, doctor Tholan, que el cilindro que tiene al lado contiene cianuro, ¿no?

Rose se sobresaltó. No se había dado cuenta. Era un objeto de metal, curvado, y sus pezuñitas sostenían un tubo delgado y flexible que recorría su cuerpo pero que apenas se notaba por el color tan parecido al de su piel amarillenta, y entraba por una esquina de su inmensa boca. Rose se sintió ligeramente turbada como si viera una exhibición de prendas íntimas.

—¿Y contiene cianuro puro? —siguió preguntando.

El hawkinita parpadeó, divertido:

—Supongo que pensará en un peligro posible para los terrícolas. Sé que el gas es altamente venenoso para ustedes y yo no necesito mucho. El gas contenido en el cilindro es cianuro hidrogenado en un cinco por ciento, y el resto es oxígeno. Nada escapa del tubo excepto cuando realmente chupo el conducto, y no tengo que hacerlo con frecuencia.

—Ya. ¿Y necesita el gas para vivir?

Rose estaba algo sorprendida. Uno no debía hacer semejantes preguntas sin una cuidadosa preparación. Era imposible conocer de antemano dónde podían estar los puntos sensibles de una psicología extraña. Y Drake *debía* hacer esto deliberadamente, ya que no podía dejar de darse cuenta de que podía obtener, fácilmente, respuestas a sus preguntas, dirigiéndose a ella. ¿O es que prefería no preguntárselo a ella?

El hawkinita se mostró imperturbable aparentemente:

—¿No es usted biólogo, señor Smollett?

—No, doctor Tholan.

—Pero está íntimamente asociado a la señora doctora Smollett.

—Sí, estoy casado con una señora doctora, pero no soy biólogo. —Drake sonrió ligeramente—. Simplemente un funcionario menor del Gobierno. Los amigos de mi mujer —añadió— me llaman policía.

Rose se mordió el interior de la mejilla. En este caso había sido el hawkinita el que había tocado el punto sensible de la psicología extraña. En el planeta Hawkin, regía un fuerte sistema de castas y las relaciones entre castas eran limitadas. Pero Drake no podía darse cuenta.

El hawkinita se volvió a Rose:

—Señora Smollett, le ruego me permita explicar un poco nuestra bioquímica a su marido. Será aburrido para usted puesto que estoy seguro de que está perfectamente

enterada.

—No faltaba más, doctor Tholan —le respondió.

—Verá usted, señor Smollett, el sistema respiratorio de nuestro cuerpo y de todos los cuerpos de todas las criaturas que respiran en la Tierra, está controlado por ciertas enzimas con contenido de un metal, o eso me han enseñado. El metal es generalmente hierro aunque a veces es cobre. En cualquier caso, pequeños rastros de cianuro combinarían con los metales e inmovilizarían el sistema respiratorio de la célula terrestre o viviente. Se verían en la imposibilidad de utilizar oxígeno y morirían a los pocos minutos.

»La vida en mi planeta no está del todo organizada así. Los compuestos respiratorios clave no contienen ni hierro ni cobre; en realidad ningún metal. Es por dicha razón por la que mi sangre es incolora. Nuestros compuestos contienen ciertos grupos orgánicos que son esenciales para la vida y estos grupos pueden solamente mantenerse intactos con la ayuda de una pequeña concentración de cianuro. Indudablemente, este tipo de proteína se ha desarrollado a lo largo de un millón de años de evolución, en un mundo que tiene un pequeño tanto por ciento de cianuro, con hidrógeno naturalmente, en la atmósfera. Su presencia se mantiene por ciclo biológico. Varios de nuestros microorganismos nativos sueltan el gas libre.

—Lo expone usted con suma claridad, doctor Tholan, y es muy interesante —dijo Drake—. ¿Y qué ocurre si no lo respira? ¿Se muere simplemente así? —Y chasqueó los dedos.

—No del todo. No es como la presencia del cianuro para ustedes. En mi caso, la ausencia de cianuro equivaldría a una lenta estrangulación. Ocurre a veces, en habitaciones mal ventiladas de mi mundo, que el cianuro se consume gradualmente y cae por debajo de la necesaria concentración mínima. Los resultados son muy dolorosos y de tratamiento difícil.

Rose tenía que reconocérselo a Drake; daba la sensación de estar realmente interesado. Y al forastero, gracias a Dios, no parecía importarle el interrogatorio.

El resto de la cena pasó sin incidentes. Fue casi agradable.

A lo largo de la velada, Drake siguió lo mismo: interesado. Mucho más que eso: absorto. La anuló, y a ella le agradó. Él fue realmente brillante y solamente su trabajo, su entrenamiento especial, fue el que le robó protagonismo. Le contempló confusa y pensó: «¿Por qué se casó conmigo?»

Drake, sentado, con las piernas cruzadas, las manos unidas y golpeando suavemente su barbilla, observaba fijamente al hawkinita. Éste estaba frente a él, de pie a su estilo de cuadrúpedo.

—Me resulta difícil pensar en usted como en un médico —comentó Drake.

El hawkinita parpadeó risueño.

—Comprendo lo que quiere decir. A mí también me resulta difícil pensar en usted

como en un policía. En mi mundo, los policías son gente altamente especializada y singular.

—¿De veras? —rezongó Drake secamente, y cambió de tema—. Deduzco que su viaje aquí no es de placer.

—No, es sobre todo un viaje de mucho trabajo. Me propongo estudiar este curioso planeta que llaman Tierra, como jamás ha sido estudiado por nadie de mi país.

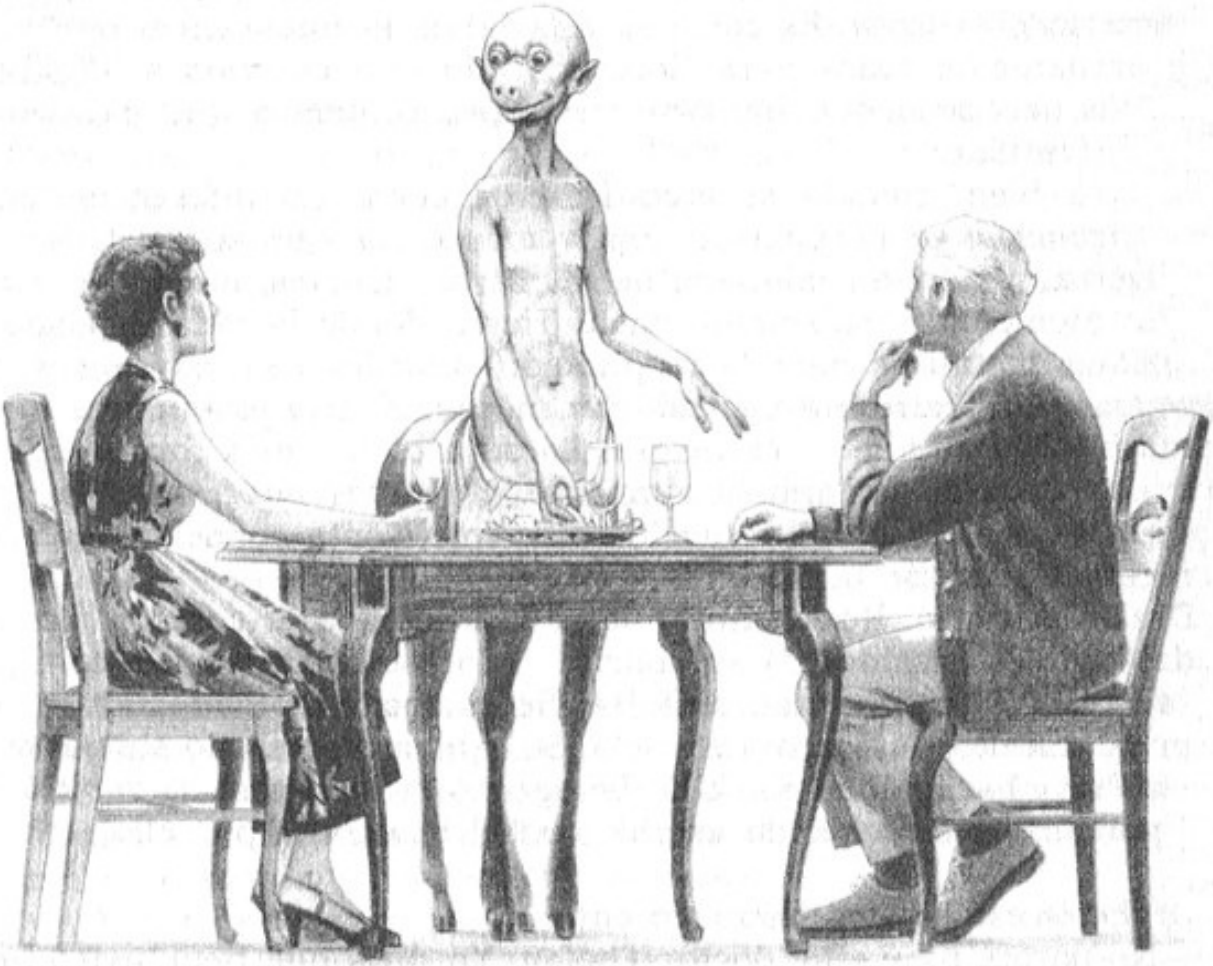
—Curioso. ¿En qué sentido?

El hawkinita miró a Rose antes de contestar.

—¿Está enterado de la muerte por inhibición?

Rose pareció turbada. Explicó:

—Su trabajo es muy importante. Me temo que mi marido dispone de poco tiempo para enterarse de los detalles de mi trabajo. —Sabía que esto no resultaba adecuado y le pareció notar, otra vez, una de las inescrutables emociones del hawkinita.



La criatura extraterrestre se volvió otra vez a Drake:

—Para mí resulta siempre desconcertante descubrir lo poco que los terrícolas aprecian sus propias y excepcionales características. Mire, hay cinco razas inteligentes en la Galaxia. Todas ellas se han desarrollado independientemente y, sin embargo, han conseguido converger de forma sorprendente. Es como si, a la larga, la inteligencia requiriera cierta preparación física para florecer. Dejo esta cuestión a los filósofos. No es necesario que insista en este punto, puesto que para usted debe ser familiar.

»Ahora bien, cuando se investigan de cerca las diferencias entre las inteligencias, se encuentran una y más veces que son ustedes, los de la Tierra, más que cualquiera de los otros planetas, los que son únicos. Por ejemplo, es solamente en la Tierra donde la vida depende de las enzimas metálicas para la respiración. Ustedes son los únicos que encuentran el cianuro hidrogenado venenoso. La suya es la única forma de vida inteligente que es carnívora. La suya es la única forma de vida que no procede de un animal rumiante. Y lo más interesante de todo es que la suya es la única forma de vida inteligente conocida que deja de crecer al alcanzar la madurez.

Drake le sonrió. Rose sintió que se le aceleraba el corazón. Lo más agradable de su marido era su sonrisa, y la estaba utilizando con gran naturalidad. Ni era forzada, ni falsa. Se estaba adaptando, ajustando, a la presencia de esa criatura extraña. Se estaba mostrando simpático…, y debía estar haciéndolo por ella. Le agradó la idea y se la repitió. Lo hacía por ella; estaba siendo amable con el hawkinita por ella.

Drake le estaba diciendo sonriente:

—No parece muy alto, doctor Tholan. Yo diría que tiene usted unos tres centímetros más que yo, lo que le hace de un metro setenta de estatura más o menos. ¿Es porque es joven o es que los de su mundo no son excesivamente altos?

—Ni una cosa ni otra —contestó el hawkinita—. Crecemos a velocidad retardada con los años, de forma que a mi edad, tardo unos quince años para crecer unos centímetros más, pero, y éste es el punto importante, nunca dejamos *enteramente* de crecer. Y por supuesto, y como consecuencia, nunca morimos del todo.

Drake abrió la boca e incluso Rose se sintió envarada. Esto era algo nuevo. Algo que ninguna de las pocas expediciones al planeta Hawkin había descubierto. Estaba embargada de excitación pero dejó que Drake hablara por ella.

—¿No mueren del todo? No estará tratando de decirme que la gente del planeta Hawkin son inmortales.

—Nadie es realmente inmortal. Si no hubiera otra forma de morir, siempre existe el accidente, y si éste falla, está el aburrimiento. Algunos de nosotros vivimos varios siglos de su tiempo. Pero es desagradable pensar que la muerte puede venir involuntariamente. Es algo que, para nosotros, es sumamente horrible. Me molesta incluso cuando lo pienso ahora, esta idea de que *contra mi voluntad y pese a los*

cuidados, pueda llegar la muerte.

—Nosotros —admitió Drake, sombrío— estamos acostumbrados a ello.

—Ustedes, terrícolas, viven con esa idea; nosotros, no. Y lo que nos desazona, es descubrir que la incidencia de la muerte por inhibición ha ido aumentando recientemente.

—Aún no nos ha explicado —dijo Drake— qué es la muerte por inhibición, pero deje que lo adivine. ¿Es acaso un cese patológico del crecimiento?

—Exactamente.

—¿Y cuánto tiempo después del cese del crecimiento acontece la muerte?

—En el curso de un año. Es una enfermedad de consunción, una enfermedad trágica y absolutamente incurable.

—¿Qué la provoca?

El hawkinita tardó bastante en contestar y cuando lo hizo se le notó incluso algo tenso, inquieto, en la forma de hacerlo.

—Señor Smollett, no sabemos nada de lo que causa la enfermedad.

Drake asintió, pensativo. Rose seguía la conversación como si fuera una espectadora en un *match* de tenis.

—¿Y por qué viene a la Tierra para estudiar la enfermedad? —preguntó Drake.

—Porque le repito que los terrícolas son únicos. Son los únicos seres inteligentes que son inmunes. La muerte por inhibición afecta a *todas* las otras razas. ¿Saben esto sus biólogos, señora Smollett?

Se había dirigido a ella inesperadamente, de modo que la sobresaltó. Contestó:

—No, no lo saben.

—No me sorprende. Lo que le he dicho es el resultado de una investigación reciente. La muerte por inhibición es diagnosticada incorrectamente con facilidad y la incidencia es menor en los otros planetas. Es en realidad un hecho curioso, algo para filosofar, que la incidencia de la muerte es más alta en mi mundo, que está más cerca de la Tierra, y más baja en los planetas a medida que se distancian. De modo que la más baja ocurre en el mundo de la estrella Témpora, que es la más alejada de la Tierra, mientras que la Tierra en sí es inmune. Por algún lugar de la bioquímica del terrícola está el secreto de esa inmunidad. ¡Qué interesante sería descubrirlo!

—Pero, óigame —insistió Drake—, no puede decir que la Tierra sea inmune. Desde donde estoy sentado parecía como si la incidencia fuera de un cien por cien. Todos los terrícolas dejan de crecer, y todos mueren. *Todos* tenemos la muerte por inhibición.

—En absoluto. Los terrícolas viven hasta los setenta años después de dejar de crecer. Ésta no es la muerte como *nosotros* la entendemos. *Su* enfermedad equivalente es más bien la del crecimiento sin freno. Cáncer, creo que la llaman. Pero, basta, le estoy aburriendo.

Rose protestó al instante. Drake hizo lo mismo con aún mayor vehemencia, pero el hawkinita cambió decididamente de tema. Fue entonces cuando Rose sintió el primer asomo de sospecha, porque Drake cercaba insistentemente a Harg Tholan con sus palabras, acosándole, pinchándole para tratar de sonsacarle la información en el punto en que el hawkinita la había dejado. Pero haciéndolo bien, con habilidad; no obstante, Rose le conocía y supo lo que andaba buscando. ¿Y qué podía buscar si no lo que exigía su profesión? Y como en respuesta a sus pensamientos, el hawkinita recogió la frase que estaba dando vueltas en su mente como un disco roto sobre una plataforma en movimiento perpetuo.

—¿No me dijo que era policía? —preguntó.

—Sí —contestó Drake secamente.

—Entonces, hay algo que me gustaría pedirle que hiciera por mí. He estado deseándolo toda la velada desde que descubrí su profesión, pero no acabo de decidirme. No me gustaría molestar a mis anfitriones.

—Haremos lo que podamos.

—Siento una profunda curiosidad por saber cómo viven los terrícolas; una curiosidad que tal vez no comparten la generalidad de mis compatriotas. Me gustaría saber si podrían enseñarme alguno de los departamentos de Policía de su planeta.

—Yo no pertenezco exactamente a un departamento de Policía del modo que usted supone o imagina —dijo Drake, con cautela—. No obstante, soy conocido del departamento de Policía de Nueva York. Podré hacerlo sin problemas. ¿Mañana?

—Sería de lo más conveniente para mí. ¿Podré visitar el departamento de personas desaparecidas?

—¿El qué?

El hawkinita se irguió sobre sus cuatro piernas, como si quisiera demostrar su intensidad:

—Es mi pasatiempo, es una extraña curiosidad, un interés que siempre he sentido. Tengo entendido que tienen ustedes un grupo de oficiales de Policía cuya única obligación consiste en buscar a los hombres que se han perdido o desaparecido.

—Y mujeres y niños —añadió Drake—. Pero, ¿por qué precisamente esto tiene tanto interés para usted?

—Porque también en esto son únicos. En nuestro planeta no existe la persona desaparecida. No sabría explicarle el mecanismo, claro, pero entre la gente de otros mundos hay siempre una percepción de la presencia de alguien, especialmente si existe un fuerte lazo de amistad o afecto. Somos siempre conscientes de la exacta ubicación del otro, sin tener en cuenta para nada el sitio del planeta donde pudiéramos encontrarnos.

Rose volvió a sentirse excitada. Las expediciones científicas al planeta Hawkin habían tropezado siempre con la mayor dificultad para penetrar en el mecanismo

emocional interno de los nativos, y he aquí que uno de ellos hablaba libremente y tal vez lo explicaría. Olvidó la preocupación que sentía por Drake e intervino en la conversación:

—¿Puede experimentar tal consciencia, incluso ahora en la Tierra?

El hawkinita respondió:

—Quiere decir ¿a través del espacio? No, me temo que no. Pero puede darse cuenta de la importancia del asunto. Todo lo único de la Tierra debería ligarse. Si la carencia de este sentido puede explicarse, quizá la inmunidad ante la muerte por inhibición se explicaría también. Además, encuentro sumamente curioso que cualquier forma de vida comunitaria inteligente pueda organizarse entre gente que carece de dicha percepción comunitaria. ¿Cómo puede decir un terrícola, por ejemplo, cuando ha formado un subgrupo afín, una familia? ¿Cómo pueden ustedes dos, por ejemplo, saber que el lazo que les une es auténtico?

Rose se encontró afirmando con un movimiento de cabeza. ¡Cómo había echado en falta ese sentido! Pero Drake se limitó a sonreír:

—Tenemos nuestros medios. Es tan difícil explicarle a usted lo que nosotros llamamos «amor», como lo es para usted explicarnos esta percepción, este sentido.

—Lo supongo. Dígame la verdad, señor Smollett…, si la señora Smollett saliera de esta habitación y entrara en otra sin que usted la hubiera visto hacerlo, ¿se daría usted cuenta del lugar donde se encuentra?

—Realmente, no.

El hawkinita murmuró:

—Asombroso —titubeó, luego añadió—: Por favor, no se ofenda si le digo que el hecho me parece también odioso.

Después de ver que la luz del dormitorio se apagaba, Rose se acercó a la puerta tres veces, abriéndola un poco para mirar. Sentía que Drake la vigilaba. Notó una especie de fuerte diversión en su voz al decidirse a preguntarle:

—¿Qué te pasa?

—Quiero hablarte —le confesó.

—¿Tienes miedo de que nuestro amigo pueda oírnos?

Rose hablaba en voz baja. Se metió en la cama, apoyó la cabeza en la almohada de forma que pudiera bajar aún más la voz. Preguntó:

—¿Por qué hablaste de la muerte por inhibición al doctor Tholan?

—Porque me intereso por tu trabajo, Rose. Siempre has deseado que me interese.

—Preferiría que dejaras el sarcasmo. —Hablaba con violencia, con toda la violencia que se puede mostrar susurrando—. Creo que hay algo de tu propio interés…, me refiero a tu interés *policial*, probablemente. ¿De qué se trata?

—Te lo contaré mañana.

—No, ahora mismo.

Drake pasó la mano por debajo de la cabeza de Rose, alzándola. Por un momento alocado pensó que iba a besarla…, besarla impulsivamente, como hacen a veces los maridos, o como imaginaba que suelen hacerlo. Pero Drake no lo hacía nunca, ni ahora tampoco.

Simplemente la acercó a él y musitó:

—¿Por qué estás tan interesada en saberlo?

Su mano le apretaba casi brutalmente la nuca, de tal modo que se envaró y trató de desprenderse. Su voz ahora fue más que un murmullo:

—Suéltame, Drake.

—No quiero más preguntas ni más intromisiones. Tú haz tu trabajo, yo haré el mío.

—La naturaleza de mi trabajo es abierta y conocida.

—Pues la naturaleza del mío no lo es, por definición. Pero te diré una cosa. Nuestro amigo de las seis patas está en esta casa por alguna razón definida. No fuiste seleccionada como bióloga encargada porque sí. ¿Sabes que hace un par de días estuvo preguntando sobre mí en la Comisión?

—Es una broma.

—No lo creas ni por un minuto. Hay algo muy profundo en todo esto que tú ignoras. Pero en cambio es mi trabajo y no pienso discutirlo más contigo. ¿Lo entiendes?

—No, pero no te preguntaré más si tú no quieres.

—Entonces, duérmete.

Permaneció echada boca arriba y fueron pasando los minutos y los cuartos de hora. Se esforzaba por hacer encajar las piezas. Incluso con lo que Drake le había dicho, las curvas y los colores se negaban a coincidir. Se preguntó qué diría Drake si supiera que tenía una grabación de la conversación de anoche.

Una imagen seguía clara en su mente en aquel momento. Persistía burlona en su recuerdo. El hawkinita, al término de la larga velada, se volvió a ella diciendo con gravedad:

—Buenas noches, señora Smollett. Es usted una encantadora anfitriona.

A la sazón tuvo ganas de echarse a reír. ¿Cómo podía llamarla anfitriona encantadora? Para él sólo podía ser una cosa horrenda, un monstruo de pocos miembros y cara excesivamente estrecha.

Y entonces, una vez el hawkinita soltó su pequeña muestra de educación sin sentido, Drake palideció. Por un instante sus ojos se llenaron de algo parecido al terror.

Jamás hasta entonces había visto que Drake mostrara tener miedo de algo, y la imagen de aquel instante de pánico puro permaneció grabada hasta que, al fin, sus pensamientos se perdieron en el olvido del sueño.

Al día siguiente, Rose no fue a su despacho hasta mediodía. Había esperado, deliberadamente, a que Drake y el hawkinita se fueran, ya que solamente entonces podía retirar la pequeña grabadora que había escondido la noche anterior detrás del sillón de Drake. En un principio no tenía la intención de mantener secreta su presencia; fue sólo que llegó tan tarde que no pudo advertirle y menos en presencia del hawkinita. Después, claro, las cosas cambiaron.

La colocación de la grabadora era simplemente una maniobra de rutina. Las declaraciones y la entonación del hawkinita necesitaban ser conservadas para futuros estudios intensivos por parte de varios especialistas del instituto. La había escondido a fin de evitar que la vista del aparato provocara distorsiones y recelos, y ahora no podía de ningún modo mostrarla a los especialistas. Tendría que servir para una función totalmente distinta. Una función más bien fea.

Iba a espiar a Drake.

Tocó la cajita con los dedos y se preguntó sin venir a cuento cómo se las arreglaría Drake aquel día. El trato social entre los mundos habitados no era, incluso ahora tan corriente que la vista de un hawkinita por las calles de la ciudad no atrajera la atención de las masas. Pero Drake sabría cómo hacerlo, estaba segura. Él siempre sabía salir del apuro.

Escuchó una vez más la charla de la noche anterior, repitiendo los momentos que le parecían interesantes. No estaba satisfecha con lo que Drake le había contado. ¿Por qué el hawkinita tenía que interesarse precisamente por ellos dos? Sin embargo, Drake no le mentiría. Le hubiera gustado pasar por la Comisión de Seguridad, pero sabía que no podía hacerlo. Además, la sola idea la hacía sentirse desleal; no, decididamente Drake no le mentiría.

Pero, también, ¿por qué Harg Tholan no podía investigarles? Pudo igualmente haber preguntado por todas las familias de los biólogos del instituto. Era perfectamente natural que tratara de elegir la casa que considerara más agradable de acuerdo con sus propios puntos de vista, fueran los que fueran.

E incluso si solamente había investigado a los Smollett, ¿por qué creaba esto tal cambio en Drake, pasar de intensa hostilidad a intenso interés? Indudablemente, Drake sabía cosas que prefería guardar para sí. ¡Sólo el cielo sabía cuantas cosas!

Sus pensamientos fueron hurgando lentamente a través de todas las posibilidades de intrigas interestelares. Hasta el momento, no había indicios de hostilidad o de mala voluntad entre ninguna de las cinco razas inteligentes que habitaban la Galaxia. Por el momento estaban espaciadas a intervalos demasiado amplios para enemistarse. Los intereses económicos y políticos no tenían ningún punto que creara conflictos.

Pero ésta era sólo su idea y ella no formaba parte de la Comisión de Seguridad. Si

hubiera conflicto, si hubiera peligro, si hubiera la más mínima razón para sospechar que la misión del hawkinita pudiera ser otra cosa menos pacífica, Drake lo sabría.

Pero, ¿estaba Drake suficientemente bien situado en los consejos de la Comisión de Seguridad para estar enterado del peligro que se cernía en la visita de un físico hawkinita? Nunca había pensado en que su posición podía ser algo más que la de un simple pequeño funcionario de la Comisión; él nunca había presumido de ser más. No obstante…

¿Y si era más?

Se encogió de hombros ante la idea. Aquello la hacía pensar en las novelas de espionaje del siglo XX y los dramas históricos de los días en que existían cosas como secretos atómicos.

La idea del drama histórico la decidió. Al contrario que Drake, ella no era policía, y no sabía cómo actuaria un policía de verdad. Pero sabía que esas cosas se hacían en los viejos dramas.

Cogió una hoja de papel y rápidamente trazo una línea vertical en el centro. Arriba de una columna puso «Harg Tholan» y en la otra escribió «Drake». Debajo de «Harg Tholan» puso «sincero» y a continuación tres interrogantes. Después de todo, ¿era un doctor o sólo lo que podía describirse como un agente interestelar? ¿Qué pruebas tenía el instituto de su profesión salvo su propia declaración? ¿Era por eso por lo que Drake le había estado preguntando sobre la muerte por inhibición? ¿Estaba advertido de antemano y trataba de pillar al hawkinita en un error?

Por un momento estuvo indecisa; luego, poniéndose en pie de un salto, dobló la hoja de papel, la guardó en el bolsillo de su chaqueta y salió disparada del despacho. No dijo nada a ninguno con los que se cruzó al salir del instituto. No dejó ningún recado en recepción indicando a donde iba o cuando pensaba volver.

Una vez fuera, corrió hacia el Metro del tercer nivel y esperó a que pasara un compartimiento vacío. Los dos minutos que transcurrieron le parecieron un tiempo insoportablemente largo. Tuvo que hacer un esfuerzo para decir: «Academia de Medicina de Nueva York» en la boquilla situada sobre el asiento.

La puerta del pequeño cubículo se cerró y el roce del aire que desplazaban se hizo fuerte como un alarido a medida que ganaban velocidad.

La nueva Academia de Medicina de Nueva York había sido ampliada tanto vertical como horizontalmente en las dos últimas décadas. Sólo la biblioteca ocupaba un ala entera del tercer piso. Indudablemente, si todos los libros, folletos y periódicos que contenía hubieran estado en su forma original impresa en vez de micro filmados, el edificio entero con lo grande que era habría sido insuficiente para contenerlos todos. Así y todo, Rose sabía que se hablaba de limitar la obra impresa a los últimos cinco años, y no a los diez, como se hacía hasta ahora.

Rose, como miembro de la Academia, tenía entrada libre a la biblioteca. Se

dirigió a los departamentos dedicados a la medicina extraterrestre, y sintió alivio al encontrarlos desiertos.

Hubiera sido más prudente reclamar la ayuda de una bibliotecaria, pero prefirió no hacerlo. Cuanto menos rastro dejara, menos probable sería que Drake lo descubriera.

De este modo, sin ayuda de nadie, disfrutó recorriendo las estanterías siguiendo ansiosamente los títulos con los dedos. Los libros estaban casi todos en inglés, aunque había algunos en alemán y en ruso. Irónicamente, ninguno estaba escrito con signos extraterrestres. Al parecer, había una sala para dichos originales, pero estaban sólo a disposición de los traductores oficiales.

Sus ojos inquisitivos y su dedo se detuvieron. Había encontrado lo que estaba buscando.

Cargó con media docena de volúmenes y se los llevó a una mesa a oscuras. Buscó el interruptor y abrió el primero de los volúmenes. Su título era *Estudios sobre la inhibición*. Lo hojeó y pasó al índice de autores. El nombre de Harg Tholan estaba allí.

Una a una fue buscando todas las referencias indicadas, luego volvió a las estanterías en busca de traducciones de los originales que pudo encontrar.

Pasó más de dos horas en la Academia. Cuando terminó sabía que había un doctor hawkinita llamado Harg Tholan, experto en la muerte por inhibición. Estaba relacionado con la organización hawkinita de investigación con la que el instituto había estado en correspondencia. Naturalmente, el Harg Tholan que ella conocía podía simplemente hacer el papel del verdadero doctor para que la representación fuera más realista; pero ¿era todo eso necesario?

Sacó la hoja de papel del bolsillo, y donde había escrito «sincero» con tres interrogantes, escribió ahora SÍ en mayúsculas. Regresó al instituto y a las cuatro volvía a estar otra vez en su despacho. Llamó a la centralita para advertirles de que no le pasaran ninguna llamada y cerró la puerta con llave.

En la columna encabezada por «Harg Tholan» escribió ahora dos preguntas «¿Por qué Harg Tholan vino a la Tierra solo?». Dejó un espacio considerable y después puso: «¿Por qué se interesa por el Departamento de personas desaparecidas?»

En verdad, la muerte por inhibición era exactamente lo que había dicho el hawkinita. Por sus lecturas en la Academia era obvio que ésta ocupaba la mayor parte del esfuerzo médico en el planeta Hawkin. Se la temía más que al cáncer en la Tierra. Si hubieran creído que la respuesta o solución estaba en la Tierra habrían enviado una expedición completa. ¿Era suspicacia o desconfianza por su parte lo que les había hecho desplazar solamente a un investigador?

¿Qué era lo que Harg Tholan había dicho la noche anterior? La incidencia de muerte era superior en su propio mundo, que era el más cercano a la Tierra, y era

menor en el planeta más alejado de la Tierra. Sumando a esto el hecho implicado por el hawkinita y comprobado por sus propias lecturas en la Academia, que la incidencia se había extendido considerablemente desde que se había establecido contacto interestelar con la Tierra…

Poco a poco y de mala gana llegó a una conclusión. Los habitantes del planeta Hawkin podrían haber supuesto que, de un modo u otro, la Tierra había descubierto la causa de la muerte por inhibición y la propagaban deliberadamente entre los pueblos extraños de la Galaxia con la intención de hacerse supremos entre las estrellas.

Rechazó esta conclusión que la sobrecogía con verdadero pánico. No podía ser; era imposible. En primer lugar, la Tierra *no haría* algo tan terrible. En segundo lugar, no *podría* hacerlo.

En cuanto a los progresos científicos, los seres del planeta Hawkin eran realmente iguales a los de la Tierra. La muerte llevaba ocurriendo allí miles de años y su récord médico era un fracaso total. Seguro que en la Tierra, con sus investigaciones a larga distancia en bioquímica, no podía haber acertado tan de prisa. De hecho, por lo que sabía, apenas había investigaciones en patología hawkinita por parte de los médicos y biólogos de la Tierra.

Pero la evidencia indicaba que Harg Tholan había llegado sospechando y había sido recibido con suspicacia. Cuidadosamente, debajo de la pregunta «¿Por qué Harg Tholan vino a la Tierra solo?», escribió la respuesta: «El planeta Hawkin *cree* que la Tierra es la causante de la muerte por inhibición.»

Entonces, ¿qué era todo eso del Departamento de personas desaparecidas? Como científica, era rigurosa sobre las teorías que desarrollaba. *Todos* los hechos tenían que encajar, no simplemente algunos.

¡Departamento de personas desaparecidas! Si era un falso indicio deliberadamente pensado para engañar a Drake, lo había hecho torpemente, ya que apareció solamente después de una hora de discusión sobre la muerte por inhibición.

¿Era intencionado como una oportunidad para estudiar a Drake? Y de ser así, ¿por qué? ¿Era éste, quizás, el punto más importante? El hawkinita había investigado a Drake antes de ir a su casa. ¿Había ido a su casa porque Drake era policía y tenía entrada en el Departamento de personas desaparecidas?

Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Lo dejó y pasó a la columna marcada con «Drake».

Y allí surgía una pregunta que escribía sola, sin pluma ni tinta sobre el papel, pero con las letras infinitamente más visibles del pensamiento y la mente. «¿Por qué se casó conmigo?», pensó Rose, y se cubrió los ojos con las manos para atenuar la molesta luz.

Se habían conocido accidentalmente hacía algo más de un año cuando él se trasladó a vivir a la casa de apartamentos donde ella residía. Los saludos puramente

corteses se habían ido transformando en conversación amistosa y esto, a su vez, en alguna que otra invitación a cenar en un restaurante cercano. Todo había sido muy amistoso y normal y una nueva y excitante experiencia, y ella se enamoró.

Cuando él le pidió que se casaran, estuvo encantada…, e impresionada. En aquel momento se le ocurrieron varias explicaciones. Él apreciaba su inteligencia y amistad. Era una buena chica. Sería una buena esposa y una excelente compañera.

Se había dado todas esas explicaciones y casi se las había creído. Pero el casi no bastaba.

No era que encontrara faltas definidas en Drake como marido. Era siempre considerado, amable y todo un caballero. Su vida matrimonial no era apasionada, pero se adaptaba bien a las emociones más tranquilas de la cercana cuarentena. Ella no tenía diecinueve años, ¿qué esperaba?

Pues eso: que no tenía diecinueve años. Ni era guapa, ni encantadora, ni despampanante. ¿Qué esperaba? ¿Podía esperar que Drake, guapo y fuerte, cuyo interés por lo intelectual era escaso, que nunca se había interesado por su trabajo en los meses que llevaban casados, se prestara a discutir el suyo con ella? ¿Por qué se casó con ella?

Pero no encontraba respuesta a esta pregunta. No tenía nada que ver con lo que Rose trataba de hacer ahora. Era algo fuera de lo habitual, se dijo, furiosa; era un pasatiempo infantil para distraerse de la tarea que se había propuesto hacer. Actuaba como una adolescente, después de todo, sin excusa para ello.

Descubrió que se le había roto la punta del lápiz y cogió otro. En la columna «Drake» escribió: «¿Por qué sospechaba de Harg Tholan?», y debajo puso una flecha señalando a la otra columna.

Lo que había escrito allí bastaba como explicación. Si la Tierra difundía la muerte por inhibición, o si la Tierra sabía que se sospechaba de ella de tal difusión, resultaba obvio que se estuviera preparando contra un eventual ataque de los extraterrestres. En realidad, la escena estaba preparada para las maniobras preliminares de la primera guerra interestelar de la Historia. Era una explicación adecuada pero horrible.

Ahora quedaba sólo la segunda pregunta, a la que no podía responder. Escribió despacio: «¿Por qué esa extraña reacción de Drake a las palabras de Harg Tholan “Es usted una encantadora anfitriona”?»

Trató de recordar exactamente la escena. El hawkinita lo había dicho inocentemente, normal y correcto, y Drake se quedó traspuesto al oírlo. Una y otra vez escuchó la frase en la grabadora. Un terrícola pudo haberla pronunciado en el mismo tono inconsecuente al despedirse después de un cóctel. La grabación no reflejaba el aspecto de la cara de Drake; sólo tenía su recuerdo. Los ojos de Drake se habían impregnado de terror y odio, y Drake era un hombre que prácticamente no tenía miedo a nada. ¿Qué había de terrorífico en la frase «es usted una anfitriona

encantadora», para afectarle hasta aquel extremo? ¿Celos? Absurdo. ¿Tuvo la impresión de que Tholan había sido sarcástico? Quizás, aunque improbable. Tenía la seguridad de que Tholan había sido sincero.

Lo dejó y puso un enorme interrogante bajo la segunda pregunta. Ahora había dos preguntas más, una debajo de «Harg Tholan» y otra debajo de «Drake». ¿Podía haber alguna relación entre el interés de Tholan por las personas desaparecidas y la reacción de Drake por una frase correcta después de una fiesta? No se le ocurría ninguna.

Bajó la cabeza y la apoyó en los brazos cruzados. El despacho empezaba a quedarse a oscuras y ella estaba muy cansada. Por un momento debió haberse quedado en aquel extraño país entre el sueño y el no sueño, cuando las ideas y las palabras pierden el control de lo consciente y se mueven en nuestra cabeza sin rumbo y de modo surrealista. Pero, por más que saltaran y danzaran, volvían siempre a la única frase «Es usted una encantadora anfitriona». A veces la oía en la voz culta y apagada de Tholan y otras en la voz vibrante de Drake. Cuando la decía Drake, estaba llena de amor, llena de un amor que nunca le había oído. Le gustaba oírselo decir.

Despertó sobresaltada. El despacho ahora estaba completamente a oscuras y encendió la luz de la mesa. Parpadeó y luego arrugó el ceño. En aquel extraño duermevela debió de haber tenido otro pensamiento. Había habido otra frase que turbó a Drake. ¿Cuál? Arrugó más la frente con el esfuerzo mental. No había sido anoche. No era nada de lo que había en la grabadora, así que debió ocurrir antes. No recordó nada y se inquietó.

Miró al reloj y se llevó un susto. Eran casi las ocho. Ya estarían en casa, esperándola.

Pero no le apetecía ir a casa. No quería enfrentarse a ellos. Pausadamente cogió la hoja de papel en la que había anotado los pensamientos de aquella tarde, la hizo pedazos y los dejó caer en el pequeño cenicero atómico de la mesa. Desaparecieron en un destello sin que quedara rastro de ellos.

¡Si no quedara tampoco nada del pensamiento que representaban!

Era inútil. Tendría que volver a casa.

No estaban allí esperándola. Les encontró bajando de un girotaxi en el momento que ella salía del Metro a nivel de la calle. El girotaxista miró a sus pasajeros con los ojos muy abiertos, luego se elevó y desapareció. De mutuo acuerdo y en silencio, los tres esperaron a entrar en el apartamento antes de hablar.

Rose comentó, indiferente:

—Espero que haya tenido un día agradable, doctor Tholan.

—Mucho. Y excitante y provechoso además.

—¿Y han tenido oportunidad de comer? —Aunque Rose no había comido nada, no sentía hambre.

—Ya lo creo.

Drake interrumpió:

—Hemos pedido que nos subieran comida y cena. Bocadillos. —Parecía cansado.

—Hola, Drake —le dijo. Era la primera vez que le hablaba.

Drake apenas la miró al contestarle:

—Hola.

—Sus tomates son un vegetal sorprendente. No tenemos nada que se les pueda comparar en gusto en nuestro planeta. Creo que he comido dos docenas y una botella entera de un derivado de tomate.

—Ketchup —aclaró Drake, tajante.

—¿Y su visita al Departamento de personas desaparecidas, doctor Tholan? —preguntó Rose—. ¿Dice que lo encontró provechoso?

—Sí, creo que puedo calificarlo así.

Rose le daba la espalda mientras ahuecaba los almohadones del sofá. Insistió:

—¿En qué aspecto?

—Encontré interesantísimo saber que la inmensa mayoría de personas desaparecidas son varones. Las esposas suelen dar parte de maridos desaparecidos, mientras que lo contrario es rarísimo.

—Oh, no es nada misterioso, doctor Tholan —comentó Rose—. Es que usted no se da cuenta del problema económico que tenemos en la Tierra. Verá usted, en este planeta el varón es generalmente el miembro de la familia que la mantiene como unidad económica. Él es el que por su trabajo es retribuido en moneda. La función de la esposa es, generalmente, la de ocuparse del hogar y de los hijos.

—Pero esto no será universal.

—Más o menos —explicó Drake—. Si está pensando en mi esposa, ella es un ejemplo de la minoría de mujeres que son capaces de abrirse camino en el mundo.

Rose le miró de soslayo. ¿Acaso se mostraba sarcástico?

—¿De su explicación, señora Smollett —preguntó el hawkinita—, se deduce que las mujeres al ser económicamente dependientes de su compañero varón encuentran más difícil desaparecer?

—Es un modo muy discreto de explicarlo —dijo Rose—, pero viene a ser así.

—¿Y diría usted que el Departamento de personas desaparecidas de Nueva York es un buen ejemplo de estos casos en todo el planeta?

—Sí, creo que sí.

El hawkinita preguntó bruscamente:

—¿Y se puede decir que existe una explicación económica para justificar que con el desarrollo de los viajes interestelares el porcentaje de jóvenes varones desaparecidos es más pronunciado que nunca?

Fue Drake el que contestó con un estallido verbal:

—¡Santo Dios, eso es aún menos misterioso que lo otro! Hoy en día el que huye

tiene todo el espacio para desaparecer. Todo el que quiere escapar de los problemas no necesita más que saltar a una nave espacial. Están siempre buscando tripulaciones sin hacer preguntas, así que sería casi imposible tratar de localizar al desaparecido si realmente quería mantenerse fuera de circulación.

—Y casi siempre jóvenes en su primer año de matrimonio.

Rose se echó a reír al comentar:

—Éste es precisamente el momento en que los apuros del hombre parecen más agudos. Si supera el primer año, no suele haber necesidad de desaparecer.

Drake no parecía divertido. Rose volvió a pensar que parecía cansado y triste. ¿*Por qué* insistía en llevar la carga él solo? Y de pronto se le ocurrió que tal vez tenía que hacerlo así.

El hawkinita preguntó de pronto:

—¿La ofendería si me desconecto por cierto período de tiempo?

—En absoluto —contestó Rose—. Espero que no haya tenido un día demasiado agotador. Como viene de un planeta cuya gravedad es mayor que la de la Tierra, tengo la impresión de que suponemos con demasiada facilidad que ustedes resisten más que nosotros.

—Oh, no estoy cansado en el sentido físico de la palabra. —Por un instante miró las piernas de Rose y parpadeó rápidamente indicando que estaba divertido—. Yo, en cambio, no dejo de temer que los terrícolas se caigan hacia delante o hacia atrás en vista del escaso equipo de miembros de sostén. Debe perdonarme si mi comentario le parece demasiado familiar, pero la mención de la menor gravedad de la Tierra me lo ha hecho pensar. En mi planeta, dos piernas no bastarían de ningún modo. Pero todo esto no viene a cuento ahora. Es que he estado absorbiendo tantos conceptos nuevos y raros que siento la necesidad de desconectarme un poco.

Rose se encogió mentalmente de hombros. Bueno, esto era lo más cerca que una raza podía estar de la otra. Por lo que podían conseguir las expediciones al planeta Hawkin, se sabía que los hawkinitas tenían la facultad de desconectar su mente consciente de todas sus demás funciones corporales por períodos de tiempo equivalentes a días terrestres. Los hawkinitas encontraban el proceso agradable, incluso necesario a veces, aunque ningún terrícola podía realmente decir para qué servía.

Del mismo modo, ningún terrícola había podido explicar enteramente el concepto de «dormir» a un hawkinita, o a cualquier extraterrestre. Lo que un terrícola llamaría dormir o soñar, un hawkinita lo consideraría un signo alarmante de desintegración mental.

Rose se dijo turbada: «He aquí otra cosa por la que los terrícolas son únicos.»

El hawkinita retrocedía, de espaldas, pero tan inclinado que sus miembros delanteros casi barrieron el suelo al despedirse. Drake inclinó la cabeza mientras le veía desaparecer tras una vuelta del corredor. Oyeron que abría su puerta, la cerraba y luego, el silencio.

Pasados unos minutos en los que el silencio parecía pesar entre ellos, el sillón de Drake crujió al revolverse inquieto. Rose observó, algo impresionada, que tenía sangre en los labios. Se dijo: «Se encuentra en algún apuro. Tengo que hablarle. No puedo dejarlo pasar así.» Le llamó:

—¡Drake!

Drake pareció como si la viera desde muy lejos. Poco a poco sus ojos la enfocaron y dijo:

—¿Qué te ocurre? ¿Has terminado también tu jornada?

—No, estoy dispuesta para empezar. Estamos en el mañana de que me hablaste. ¿Vas a contármelo o no?

—¿Cómo dices?

—Anoche dijiste que me hablarías mañana. Ahora estoy dispuesta.

Drake frunció el ceño. Sus ojos se escondieron bajo los párpados y Rose sintió que parte de su resolución empezaba a abandonarla.

—Pensé que habíamos acordado que no me preguntarías nada de mi participación en este asunto.

—Creo que ya es demasiado tarde. En este momento sé demasiado sobre todo ello.

—¿Qué quieres decir? —gritó poniéndose en pie de un salto. Conteniéndose, se acercó, le apoyó las manos en los hombros y repitió en voz más baja—: ¿Qué quieres decir?

Rose mantuvo los ojos fijos en sus manos que descansaban inertes en su regazo. Soportó pacientemente los dedos como garfios que la oprimían y contestó despacio:

—El doctor Tholan cree que la Tierra está provocando, a propósito, la muerte por inhibición, ¿es así o no?

Esperó. Poco a poco la presión cedió y le vio de pie, con los brazos caídos a los lados, con la cara angustiada, desconcertado. Murmuró:

—¿Cómo se te ha ocurrido?

—¡Con que es verdad!

Jadeando, con voz forzada preguntó:

—Quiero saber exactamente por qué dices esto. No juegues conmigo, Rose. No digas tonterías. Esto es muy secreto.

—¿Si te lo digo, me contestarás a una pregunta? ¿Está la Tierra difundiendo deliberadamente la muerte por inhibición, Drake?

Drake alzó los brazos al cielo.

—¡Por el amor de Dios!

Se arrodilló ante ella. Le tomó las manos entre las suyas y ella sintió que le temblaban. Estaba forzando la voz para musitar palabras tiernas, tranquilizadoras, le decía:

—Rose, querida, fíjate, has descubierto algo peligroso y crees que puedes utilizarlo para mortificarme en una pequeña pelea entre marido y mujer. No, no voy a pedirte demasiado. Sólo dime exactamente qué te ha empujado a decirme…, lo que acabas de decir…

Estaba terriblemente interesado.

—Esta tarde estuve en la Academia de Medicina de Nueva York. Estuve leyendo ciertas cosas.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué te empujó a hacerlo?

—En primer lugar, porque te vi tan interesado por la muerte por inhibición. Y el doctor Tholan hizo aquellos comentarios sobre la incidencia de los viajes interestelares, y que era mayor en el planeta más cercano a la Tierra. —Hizo una pausa.

—¿Y tus lecturas? —insistió Drake—. ¿Qué encontraste en tus lecturas, Rose?

—Le dan la razón —respondió—. Lo único que pude hacer fue buscar apresuradamente en esa dirección sus investigaciones en las últimas décadas. A mí me parece obvio que por lo menos algunos de los hawkinitas consideren la posibilidad de que la muerte por inhibición se origine en la Tierra.

—¿Lo dicen abiertamente?

—No. O si lo han hecho, no lo he visto. —Le contempló, asombrada. En un asunto como aquél, seguro que el Gobierno habría vigilado la investigación hawkinita sobre este punto. Insistió con dulzura—: ¿Estás enterado de las investigaciones hawkinitas sobre eso, Drake? El Gobierno…

—No pienses en ello. —Drake se había apartado de ella, pero volvió a acercársele. Le brillaban los ojos. Exclamó como si acabara de hacer un gran descubrimiento—. ¡Pero si eres una experta en eso!

¿Lo era? ¿Lo descubría solamente ahora que la necesitaba? Movió la nariz y dijo secamente:

—Soy bióloga.

—Sí, ya lo sé, pero quiero decir que tu especialidad es el crecimiento. ¿No me dijiste una vez que habías trabajado en crecimiento?

—Puedes llamarlo así. Publiqué unos veinte artículos sobre la relación entre la estructura pura del ácido nucleico y el desarrollo embrionario, para la beca de la Sociedad del Cáncer.

—Bien. Hubiera debido recordarlo. —Se le veía presa de una nueva excitación—. Dime, Rose… ¡Oh, perdóname que me enfadara contigo hace un momento! Serías capaz como nadie de comprender la dirección de sus investigaciones si pudieras leer sobre ellas, ¿verdad?

—Muy capaz, sí.

—Entonces, dime cómo creen que se extiende la infección. Los detalles, quiero decir.

—Oye, eso es pedirme mucho. Sólo pasé unas horas en la Academia. Necesitaría

bastante más tiempo para poder contestar a tu pregunta.

—Por lo menos dame una respuesta aproximada. No puedes imaginar lo importante que es.

—Claro —respondió dubitativa—, *Estudios sobre la inhibición* es un gran tratado sobre la materia. Es algo así como el resumen de todos los datos disponibles de la investigación.

—¿Sí? ¿Y es muy reciente?

—Es un tipo de publicación periódica. El último volumen debe tener alrededor de un año.

—¿Se habla en él de *su* trabajo? —Y con el dedo señaló en dirección a la alcoba de Harg Tholan.

—Más que de ningún otro. En su campo es un trabajador sobresaliente. Leí especialmente sus artículos.

—¿Y cuáles son sus teorías sobre el origen de la enfermedad? Trata de recordarlo, Rose.

—Juraría que echa la culpa a la Tierra —respondió moviendo la cabeza—, pero admite que ignoran cómo se extiende la infección. Yo también podría jurarlo.

Estaba de pie ante ella, rígido. Sus fuertes manos colgaban a ambos lados, crispadas, y sus palabras sonaban poco más que un murmullo.

—Podría ser un caso de completa exageración. ¡Quién sabe! —Y se dio la vuelta —. Ahora mismo voy a averiguarlo, Rose. Gracias por tu ayuda.

Ella corrió tras él:

—¿Qué vas a hacer?

—Hacerle unas cuantas preguntas. —Estaba revolviendo en los cajones de su mesa de trabajo y por fin sacó la mano derecha. Sostenía una pistola de aguja. Rose exclamó:

—¡No, Drake!

La apartó bruscamente y se dirigió por el corredor a la alcoba del hawkinita.

Drake abrió la puerta de golpe y entró. Rose le pisaba los talones, tratando de sujetarle el brazo, pero él se detuvo para mirar a Harg Tholan.

El hawkinita estaba inmóvil, con la mirada perdida, sus cuatro piernas separadas en cuatro direcciones. Rose sintió vergüenza por la intrusión, como si estuviera violando un rito íntimo. Pero Drake, aparentemente despreocupado, se acercó a pocos pasos de la criatura y se quedó allí. Estaban cara a cara, Drake sostenía fácilmente la pistola de aguja a nivel más o menos del torso del hawkinita.

—No te muevas —ordenó Drake—. Poco a poco se irá dando cuenta de mi presencia.

—¿Cómo lo sabes?

La respuesta fue tajante:

—Lo *sé*. Ahora márchate.

Pero Rose no se movió y Drake estaba demasiado absorto para preocuparse de ella.

Sectores de la piel del rostro del hawkinita empezaban a temblar ligeramente. Era algo repulsivo y Rose pensó que prefería no mirar. Drake habló de pronto:

—Ya está bien, doctor Tholan. No conecte con ninguno de sus miembros. Sus órganos sensoriales y de voz bastarán.

La voz del hawkinita sonaba apagada.

—¿Por qué ha invadido mi cámara de desconexión? —Y en voz más fuerte—: ¿Y por qué está armado?

La cabeza le bailaba ligeramente sobre un torso todavía helado. Por lo visto, había seguido la sugerencia de Drake de no conectar los miembros. Rose se preguntó cómo podía Drake conocer que la reconexión parcial era posible. Ella lo ignoraba. El hawkinita habló de nuevo:

—¿Qué es lo que quiere?

Y esta vez Drake contestó. Dijo:

—La respuesta a ciertas preguntas.

—¿Con una pistola en la mano? No quiero darle satisfacción a su incorrección hasta ese punto.

—No sólo me dará satisfacción, a lo mejor también salva su vida.

—Esto para mí es totalmente indiferente dadas las circunstancias. Siento, señor Smollett, que los deberes para con un huésped sean tan mal interpretados en la Tierra.

—No es usted mi huésped, doctor Tholan —repuso Drake—. Entró en mi casa con engaño. Tenía cierta razón para hacerlo, de algún modo había usted planeado utilizarme para lograr su propósito. No me arrepiento de alterar su programa.

—Será mejor que dispare. Nos ahorrará tiempo.

—¿Tan convencido está de que no va a contestar a mis preguntas? Esto ya de por sí es sospechoso. Da la impresión de que considera que ciertas respuestas son más importantes que su vida.

—Considero muy importantes los principios de cortesía. Usted, como terrícola, puede que no lo entienda.

—Puede que no. Pero yo, como terrícola, entiendo una cosa. —Drake dio un salto hacia delante, antes de que Rose pudiera gritar, antes de que el hawkinita pudiera conectar sus miembros. Cuando saltó hacia atrás, llevaba en la mano el tubo flexible del cilindro de cianuro de Harg Tholan. En la comisura de la amplia boca del hawkinita, donde antes había estado prendido el tubo, apareció una gota de líquido incoloro que resbaló de una pequeña herida en la rugosa piel, y poco a poco se solidificó en un globulillo gelatinoso y pardo al oxidarse.

Drake dio un tirón al tubo, que se desprendió del cilindro. Hizo presión sobre el botón que controlaba la fina válvula en la parte alta del cilindro y cesó el pequeño zumbido.

—Dudo que haya escapado lo bastante —dijo Drake— para ponernos en peligro. No obstante, espero que se dé cuenta de lo que le ocurrirá a usted *ahora*, si no contesta a las preguntas que voy a hacerle…, y lo hace de tal modo que no me quede la menor duda de que no miente.

—Devuélvame el cilindro —pidió el hawkinita, despacio—. De lo contrario me veré en la obligación de atacarle y usted en la obligación de matarme.

Drake dio un paso atrás.

—De ningún modo. Atáqueme y dispararé a sus piernas para inutilizarlas. Las perderá; las cuatro si es necesario, pero seguirá viviendo aunque de un modo horrible. Vivirá para morir por falta de cianuro. Será una muerte de lo más incómoda. Yo no soy más que un terrícola y no puedo apreciar su verdadero horror, pero usted si puede, ¿no es verdad?

La boca del hawkinita estaba abierta y algo amarilloverdoso se estremeció dentro. Rose quería vomitar. Quería gritar: «¡Devuélvele el cilindro, Drake!» Pero no pudo articular palabra. No podía siquiera volver la cabeza.

—Creo que le queda aproximadamente una hora antes de que los efectos sean irreversibles —explicó Drake—. Hable rápidamente, doctor Tholan y le devolveré el cilindro.

—Y después de… —empezó a decir el hawkinita.

—Después de eso, ¿qué más da? Incluso si le matara, sería una muerte limpia, no por falta de cianuro.

Algo pareció escapársele al hawkinita. Su voz se volvió gutural y las palabras confusas como si ya no le quedara energía para mantener su inglés perfecto. Murmuró:

—¿Qué preguntas son? —Y mientras hablaba, sus ojos no perdían de vista el cilindro en la mano de Drake.

Drake lo hizo bailar deliberadamente, atormentándole, y los ojos de aquella criatura lo seguían…, lo seguían…

—¿Cuáles son sus teorías sobre la muerte por inhibición? ¿Por qué vino, realmente, a la Tierra? ¿Cuál es su interés por el Departamento de personas desaparecidas?

Rose se encontró esperando anhelante, angustiosamente. Éstas eran las preguntas que a ella también le hubiera gustado formular. No de este modo, quizá, pero en el trabajo de Drake, la bondad y humanitarismo venían en segundo lugar después de la necesidad.

Se lo repitió a sí misma varias veces en un esfuerzo para contrarrestar el hecho de que estaba odiando a Drake por lo que estaba haciéndole al doctor Tholan.

El hawkinita empezó:

—La respuesta adecuada llevaría más de la hora que me ha dejado. Estoy profundamente avergonzado por obligarme a hablar con amenazas. En mi planeta no hubiera podido hacer esto bajo ningún pretexto. Es solamente aquí, en este repulsivo

planeta, donde se me puede privar de mi cianuro.

—Está desperdiciando su hora, doctor Tholan.

—Se lo hubiera contado eventualmente, señor Smollett. Necesitaba su ayuda. Por esta razón vine aquí.

—Sigue sin contestar a mis preguntas.

—Se las contestaré ahora. Durante años, además de mi trabajo científico regular, he estado investigando particularmente las células de mis pacientes que sufrían de muerte por inhibición. Me vi obligado a guardar el más riguroso secreto y a trabajar sin ayuda, porque los métodos que empleaba para investigar los cuerpos de mis pacientes desagradaban a mi gente. Su sociedad experimentaría sentimientos similares en contra de la vivisección humana, por ejemplo. Por esta razón no podía presentar los resultados obtenidos a mis colegas médicos hasta haber confirmado mis teorías aquí, en la Tierra.

—¿Cuáles son sus teorías? —preguntó Drake. Sus ojos volvían a estar febriles.

—A medida que proseguía mis estudios se me hizo más y más evidente que el enfoque de la investigación sobre la muerte por inhibición estaba equivocado. Físicamente, no había solución a su misterio. La muerte por inhibición es por entero una infección de la mente.

Rose interrumpió:

—Pero, doctor Tholan, no es psicosomática.

Una sombra gris, translúcida, había pasado por los ojos del hawkinita. Había dejado de mirarles. Prosiguió:

—No, señora Smollett, no es psicosomática. Es una auténtica enfermedad de la mente, una infección mental. Mis pacientes tienen doble mente. Más allá y por debajo de la que obviamente les pertenece, tuve conocimiento de *otra* mente…, una mente *ajena*. Trabajé con pacientes de muerte por inhibición de otras razas, distintas a la mía, y encontré lo mismo. Resumiendo, no hay cinco inteligencias en la Galaxia, sino seis. Y la sexta es parasitaria.

—Pero eso es una locura…, ¡es imposible! —exclamó Rose—. *Debe* estar equivocado, doctor Tholan.

—No estoy equivocado. Hasta que llegué a la Tierra, pensé que podía estarlo. Pero mi estancia en el instituto y mis investigaciones en el Departamento de personas desaparecidas, me convencieron de lo contrario. ¿Por qué le parece tan imposible el concepto de inteligencia parasitaria? Inteligencias como ésas no dejarían restos fósiles, ni siquiera dispositivos…, si su única función, en cierto modo, es sacar alimentos de las actividades mentales de otras criaturas. Uno puede imaginar semejante parásito, que en el curso de millones de años, quizá, perdiera todas las partes de su ser físico excepto lo más necesario, algo así como la solitaria, entre sus parásitos terrestres, perdiendo eventualmente todas sus funciones excepto una sola, la única, la de reproducción. En el caso de la inteligencia parasitaria, todos los atributos físicos estarían perdidos. No sería más que mente pura, viviendo de un modo mental,

inconcebible para nosotros, de la mente de los demás. Especialmente de las mentes de los terrícolas.

—¿Por qué precisamente terrícolas? —preguntó Rose.

Drake se mantenía simplemente al margen, interesado, sin hacer más preguntas. Aparentemente se sentía satisfecho, dejando hablar al hawkinita.

—¿No ha sospechado que la sexta inteligencia es un nativo de la Tierra? La Humanidad ha vivido con ella desde el principio, se ha adaptado a ella, no es consciente de ella. Es por lo que las especies de animales terrestres, incluyendo al hombre, no crecen después de la madurez y mueren de lo que se llama muerte natural; es el resultado de esa infección parasitaria universal; es por lo que se duerme y se sueña, pues es cuando la mente parasitaria debe alimentarse y cuando uno es algo más consciente de ella, quizás; es por lo que la mente terrestre, única entre las inteligencias, es tan inestable. ¿Dónde más en la Galaxia se encuentran dobles personalidades y otras manifestaciones parecidas? Después de todo, incluso ahora debe haber algunas mentes que están visiblemente dañadas por la presencia del parásito.

»Pero, de algún modo, esas mentes parasitarias podían atravesar el espacio. No tenían limitaciones físicas. Podían flotar entre las estrellas en lo que correspondería a un estado de hibernación. Ignoro por qué lo hicieron las primeras mentes; probablemente no se sabrá nunca. Pero una vez descubrieron la presencia de inteligencia en otros planetas de la Galaxia, se organizó una pequeña y seguida corriente de inteligencias parasitarias cruzando el espacio. Nosotros, los de los otros mundos, debimos ser una golosina para ellas o jamás se hubieran esforzado tanto para llegar a nosotros. Imagino que muchas no pudieron llevar a cabo el viaje, pero para las que lo consiguieron debió valer la pena.

»Pero, vea usted, nosotros los de los otros mundos no habíamos vivido millones de años con esos parásitos, como lo habían hecho el hombre y sus antepasados. No estábamos adaptados a ellos. Nuestros seres débiles no habían sido gradualmente eliminados por espacio de cientos de generaciones hasta que sólo quedaran los fuertes. Así que, donde el terrícola podía sobrevivir a la infección durante décadas y con un poco de daño, nosotros morimos de una muerte rápida en el curso de un año.

—¿Y es por ello por lo que la incidencia ha aumentado desde que establecieron los viajes interestelares entre la Tierra y los otros planetas?

—Sí. —Hubo un momento de silencio y de pronto el hawkinita dijo en un súbito acceso de energía—. Devuélvame el cilindro. Ya tiene mi respuesta.

Drake insistió fríamente:

—¿Y qué hay del Departamento de personas desaparecidas? —Volvió a hacer bailar el cilindro, pero esta vez el hawkinita no lo seguía con la mirada. La sombra gris y translúcida sobre sus ojos se había hecho más oscura y Rose se preguntó si sería simplemente una expresión de debilidad o un ejemplo de los cambios inducidos por la falta de cianuro.

—Dado que no estamos bien adaptados a la inteligencia que infecta al hombre, tampoco ella se adapta bien a nosotros. Puede vivir de nosotros, aparentemente incluso lo prefiere, pero no puede reproducirse con nosotros solos como única fuente de su vida. Por tanto la muerte por inhibición no es directamente contagiosa entre nuestro pueblo.

Rose lo miró con creciente horror:

—¿Qué trata usted de decir, doctor Tholan?

—El terrícola sigue siendo el máximo anfitrión para el parásito. Un terrícola puede contagiar a uno de nosotros si permanece entre nosotros. Pero el parásito una vez localizado en una inteligencia de los otros mundos, debe volver a un terrícola si espera reproducirse. Antes de los viajes interestelares esto era solamente posible por un recruzar el espacio, por lo que la incidencia de infección era infinitesimal. Ahora estamos infectados y re-infectados al regresar los parásitos a la Tierra y volver a nosotros vía la mente de los terrícolas que viajan a través del espacio.

—Y las personas desaparecidas… —musitó Rose.

—Son los anfitriones intermedios. El proceso exacto de cómo se lleva a cabo, yo no lo sé. La mente masculina terrestre parece mejor dotada para sus propósitos. Recordará que en el instituto me dijeron que la esperanza de vida del varón medio es de tres años menos que la de la hembra. Una vez ha tenido lugar la reproducción, el varón contagiado se marcha en nave espacial hacia los otros mundos. Desaparece.

—Pero esto es imposible —insistió Rose—, lo que dice implica que la mente parasitaria controle los actos de su anfitrión. Esto no puede ser así o nosotros, los de la Tierra, hubiéramos notado su presencia.

—El control, Mrs. Smollett, puede ser muy sutil y además ejerce solamente durante un período de reproducción activa. Le señalo simplemente su Departamento de personas desaparecidas. ¿Por qué desaparecen los jóvenes? Hay explicaciones económicas y psicológicas, pero no son suficientes. Pero en este momento me siento muy mal y no puedo hablar mucho más. Sólo tengo una cosa que decir. En el parásito mental, tanto su gente como la mía, tenemos un enemigo común. Los terrícolas tampoco deben morir involuntariamente, de no ser por su presencia. Pensé que si me encontraba imposibilitado de regresar a mi propio mundo con mi información debido a los métodos heterodoxos empleados para conseguirla, podría someterla a las autoridades de la Tierra y solicitar su ayuda para erradicar la amenaza. Imagine mi placer cuando descubrí que el marido de una de las biólogas del instituto era miembro de uno de los más importantes cuerpos de investigación de la Tierra. Naturalmente, hice cuanto pude para ser huésped en su casa, y tratar con él en privado, convencerle de la terrible verdad, utilizar su cargo para que me ayudara a atacar los parásitos.

»Esto, naturalmente, es imposible ahora. No puedo censurarla a usted. Como habitantes de la Tierra, no se puede esperar que comprendan la psicología de mi pueblo. No obstante, debe comprender esto: No puedo tener más tratos con ninguno de los dos. No podría ni siquiera soportar permanecer más tiempo en la Tierra.

—Entonces, sólo usted, de todo su pueblo, está enterado de esta teoría.

—Yo solo, en efecto.

—Su cianuro, doctor Tholan. —Y Drake le tendió el cilindro.

El hawkinita lo agarró, anhelante. Sus dedos ágiles manipularon el tubo y la válvula con la mayor delicadeza. En diez segundos, lo tenía colocado e inhalaba el gas a grandes bocanadas. Sus ojos se iban volviendo claros y transparentes.

Drake esperó a que la respiración del hawkinita se normalizara y luego, sin cambiar de expresión, alzó la pistola y disparó. Rose lanzó un grito. El hawkinita permaneció de pie. Sus cuatro miembros inferiores no podían doblarse, pero la cabeza le colgó de pronto y de su boca repentinamente fláccida, se desprendió el tubo de cianuro ya inútil. Drake cerró la válvula, tiró el cilindro a un lado y permaneció sombrío contemplando a la criatura muerta. Ninguna marca exterior indicaba que le hubieran matado. El proyectil de la pistola de aguja más fino que la propia aguja que daba nombre al arma penetró en el cuerpo fácil y silenciosamente y estalló con efecto devastador una vez dentro de la cavidad abdominal.

Rose salió de la alcoba sin dejar de gritar. Drake fue tras ella y la agarró del brazo; notó los golpes fuertes de la palma de su mano sobre la cara, sin sentirlos realmente, y terminó sollozando sordamente. Drake le advirtió:

—Te dije que no te metieras en esto. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Suéltame —protestó Rose—. Quiero irme. Quiero irme lejos de aquí.

—¿Por algo que mi trabajo me obligó a hacer? Ya oíste lo que dijo esa criatura. ¿Supones que podía dejarlo que volviera a su mundo y propagara todas esas mentiras? Le creerían. ¿Y qué crees que ocurriría entonces? ¿Puedes imaginar lo que sería una guerra interestelar? Pensarían que debían matarnos a todos para detener la infección.

Con un esfuerzo que pareció estremecerla toda, Rose se calmó. Miró firmemente a los ojos de Drake y declaró:

—Lo que dijo el doctor Tholan no eran ni errores ni mentiras, Drake.

—Venga, mujer, estás histérica. Necesitas dormir.

—Sé que lo que dijo es cierto porque la Comisión de Seguridad está enterada de la teoría, y saben que es verdad.

—¿Por qué te empeñas en decir estos disparates?

—Porque tú mismo te traicionaste por dos veces.

—Siéntate —ordenó Drake. Así lo hizo mientras él seguía de pie y la contemplaba curiosamente—. Así que me he traicionado dos veces. Has tenido un día muy cargado de trabajo detectivesco, querida. Tienes facetas ocultas. —Se sentó y cruzó las piernas.

Rose pensó, sí, su día había sido muy ocupado. Desde donde estaba podía ver el reloj eléctrico de la cocina; habían transcurrido dos horas después de medianoche. Harg Tholan había entrado por primera vez en su casa treinta y cinco horas antes y ahora yacía asesinado en la habitación de invitados.

—Bueno, ¿es que no vas a decirme cómo me he traicionado dos veces? —preguntó Drake.

—Te pusiste pálido cuando Harg Tholan dijo de mí que era una encantadora anfitriona. Anfitriona tiene dos sentidos, como bien sabes, Drake. Un anfitrión es el que alberga un parásito.

—Primera —dijo Drake—. ¿Cuál es la segunda?

—Algo que hiciste antes de que Harg Tholan viniera a casa. Hace horas que intento recordarlo, ¿lo recuerdas tu Drake? Comentaste lo desagradable que era para los hawkinitas, asociarse con terrícolas, y yo te dije que Harg Tholan era un doctor y tenía que hacerlo. Te pregunté si creías que los médicos humanos disfrutaban especialmente cuando iban a los trópicos, o cuando dejaban que los mosquitos infectados los picaran. ¿Recuerdas lo trastornado que te mostraste?

Drake se echó a reír.

—Ignoraba que fuera tan transparente. Los mosquitos son anfitriones para la malaria y parásitos de la fiebre amarilla —suspiró—. He hecho cuanto he podido para mantenerte al margen de esto. Ahora no me queda más que decirte la verdad. Debo hacerlo porque solamente la verdad, o la muerte, harán que me dejes en paz. Y no quiero matarte.

Ella se encogió en su sillón, con los ojos muy abiertos. Drake prosiguió:

—La Comisión conoce la verdad, pero no nos sirve de nada. Sólo podemos hacer cuanto esté en nuestras manos para que los otros mundos no lo descubran.

—Pero la verdad no puede ocultarse para siempre. Harg Tholan la descubrió. Le has matado, pero otro extraterrestre repetirá el mismo descubrimiento…, una y otra vez. No puedes matarlos a todos.

—También lo sabemos —asintió Drake—. No tenemos elección.

—¿Por qué? —exclamó Rose—. Harg Tholan te dio la solución. Ni sugirió ni amenazó con guerras entre los mundos. Sugirió, por el contrario, que combináramos con las otras inteligencias para ayudarnos a eliminar al parásito. Y podemos hacerlo. Si nosotros, junto con los otros, unimos todos nuestros esfuerzos…

—¿Quieres decir que podemos confiar en él? ¿Habla en nombre de su Gobierno o de las otras razas?

—¿Podemos atrevemos a no correr el riesgo?

—No lo comprendes —cortó Drake. Se acercó a ella y tomó una de sus manos frías, inerte, entre las suyas. Siguió hablándole—: Puede parecer una tontería tratar de enseñarte algo de tu propia especialidad, pero quiero que te fijes en lo que voy a decirte. Harg Tholan tenía razón. El hombre y sus antepasados prehistóricos han estado viviendo con esas inteligencias parasitarias por espacio de larguísimos períodos, por un tiempo mucho más largo que desde que fuimos realmente *Homo sapiens*. En ese intervalo, no solamente nos adaptamos a ellas, sino que dependemos de ellas. Ya no es un caso de parasitismo. Es un caso de cooperación mutua. Vosotros, los biólogos, tenéis un nombre para ello.

—¿De qué estás hablando? —gritó, desprendiendo su mano—. ¿Simbiosis?

—Exactamente. También tenemos nuestra propia enfermedad, crecimiento imparable. Ya ha sido mencionada como contrapartida a la muerte por inhibición. Bien, ¿cuál es la causa del cáncer? ¿Cuánto tiempo llevan los biólogos, los fisiólogos, los bioquímicos y demás trabajando en ello? ¿Qué éxito han conseguido? ¿Por qué? ¿Puedes tú contestarme ahora?

—No, no puedo —contestó despacio—. ¿De qué me estás hablando?

—Es estupendo decir que si pudiéramos eliminar al parásito, creceríamos y viviríamos eternamente si así lo deseáramos; o por lo menos hasta que nos cansáramos de ser excesivamente grandes o demasiado longevos, y nos eliminaramos limpiamente. Pero ¿cuántos millones de años han transcurrido desde que el cuerpo humano tuvo ocasión de crecer de este modo imparable? ¿Puede hacerlo aún? ¿Está preparada para ello la química del cuerpo? ¿Dispone de los suficientes como-se-llamen?

—Enzimas —aclaró Rose en un murmullo.

—Eso, enzimas. Es imposible. Si por cualquier razón la inteligencia parasitaria, como la llama Harg Tholan, abandona el cuerpo humano, o si su relación con la mente humana se daña de algún modo, el crecimiento se da, pero no de forma ordenada. A este crecimiento le llamamos cáncer. Y ahí lo tienes. No hay manera de deshacerse del parásito. Estamos unidos para siempre, eternamente. Para eliminar su muerte por inhibición, los extraterrestres deben borrar de la Tierra toda vida vertebrada. No hay otra solución para ellos y por tanto debemos evitar que se enteren. ¿Lo comprendes?

Rose tenía la boca seca y le costaba hablar.

—Lo comprendo, Drake. —Se dio cuenta de que su marido tenía la frente húmeda y que el sudor se deslizaba por ambas mejillas—. Y ahora tendrás que sacarlo del apartamento.

—Como es muy tarde podré sacar el cuerpo del edificio. Después… —Se volvió a mirarla—. No sé cuando estaré de vuelta.

—Lo comprendo, Drake —repitió.

Harg Tholan pesaba mucho. Drake tuvo que arrastrarle por el piso. Rose se alejó para vomitar. Se cubrió los ojos hasta que oyó que la puerta se cerraba, y dijo para sí:

—Lo comprendo, Drake.

Eran las tres de la mañana. Había pasado casi una hora desde que oyó cerrarse la puerta, sin ruido, tras Drake y su carga. No podía saber a dónde iba, ni lo que se proponía hacer…

Permaneció sentada, atontada. No sentía deseos de dormir, ni deseos de moverse. Mantuvo la mente trabajando en círculos apretados, lejos de lo que sabía y que no quería saber.

¡Mentes parasitarias! ¿Era sólo una coincidencia o se trataba de una extraña memoria racial, un tenue jirón de antigua tradición o percepción interna, que se extendía a través de increíbles milenios, que mantenía al día el curioso mito del principio de los humanos? Pensó que, para empezar, hubo dos inteligencias en la Tierra. En el jardín del Edén había humanos y también la serpiente, que era «más sutil que cualquier animal del campo». La serpiente contaminó al hombre y como resultado perdió sus miembros. Sus atributos físicos ya no eran necesarios. Y por causa de esta contaminación, el hombre fue arrojado del jardín de la vida eterna. La muerte entró en el mundo.

Pero, pese a sus esfuerzos, el círculo de sus pensamientos crecía y volvía a Drake. Lo rechazaba, pero volvía; contó en voz baja, recito los nombres de los objetos que tenía en su campo visual, gritó: «No, no, no», pero volvía. Seguía volviendo.

Drake le había mentido. Había sido una historia plausible. Hubiera resistido en la mayoría de los casos, pero Drake no era biólogo. El cáncer no podía ser, como aseguraba Drake, una enfermedad que expresara la pérdida de capacidad de crecimiento normal. El cáncer atacaba a niños en pleno crecimiento; incluso podía atacar el tejido embrionario; atacaba a los peces que, como los extraterrestres, no dejaban de crecer mientras vivían, y morían sólo por enfermedad o accidente; atacaba a las plantas que no tienen mente y no pueden albergar parásitos. El cáncer no tenía nada que ver con la presencia o ausencia de crecimiento normal; era la enfermedad general de la vida, a la que *ningún* tejido de *ningún* organismo multicelular era completamente inmune.

Se cubrió los ojos con las manos. Los jóvenes que desaparecían estaban generalmente en el primer año de su matrimonio. Fuera cual fuera el proceso de reproducción de las inteligencias parasitarias, debía involucrar una íntima asociación con otro parásito…, el tipo de íntima y continuada asociación que solamente era posible si sus respectivos anfitriones estaban igualmente en íntima relación. Como es el caso en parejas de recién casados.

Percibía que sus pensamientos iban desconectándose poco a poco. Pero volverían. Le preguntarían:

—¿Dónde está Harg Tholan? —Y ella contestaría:

—Con mi marido.

Sólo que le dirían:

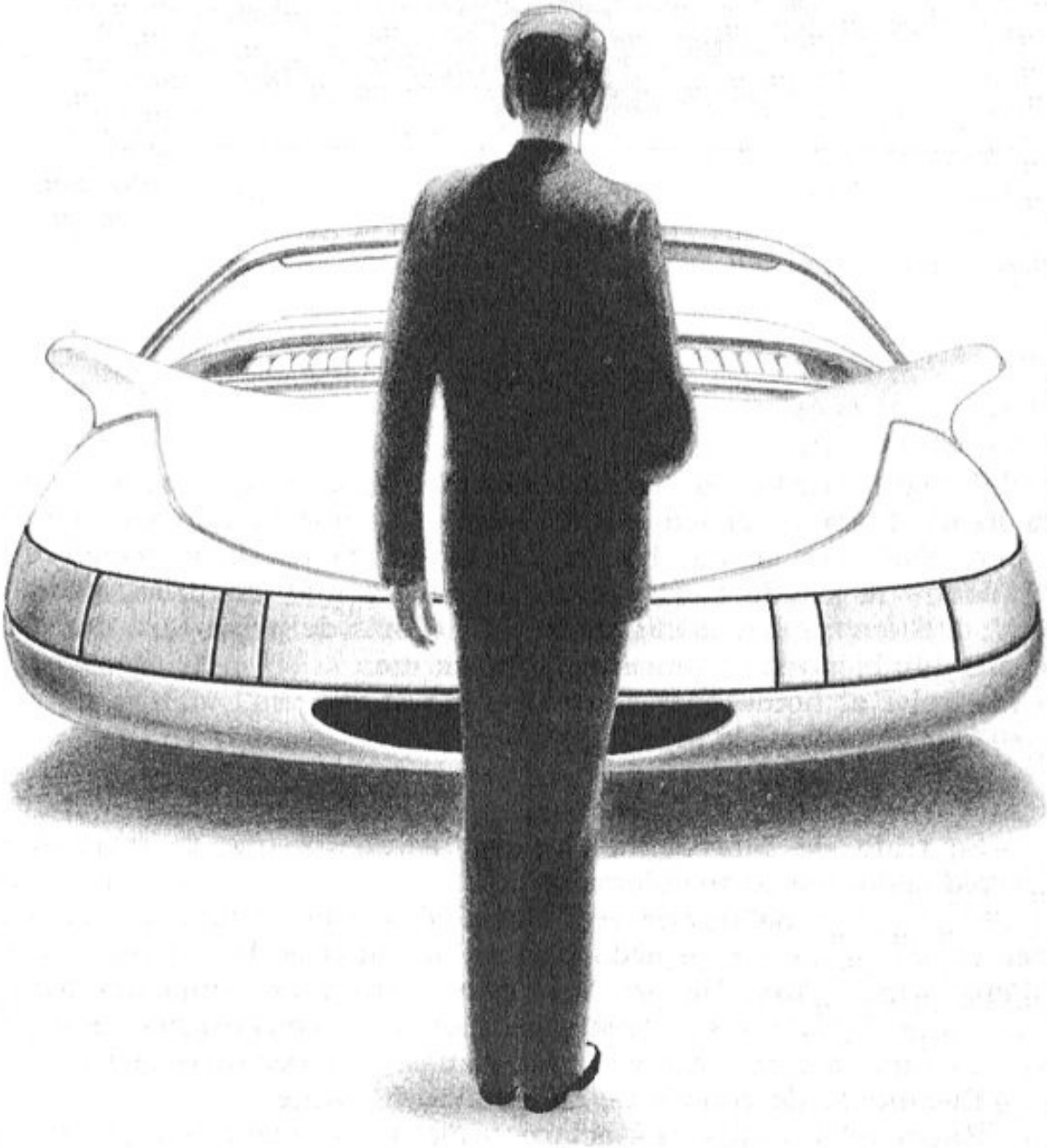
—¿Y dónde está tu marido? —Porque él también se habría ido. Ya no la necesitaba más. Jamás regresaría. Nunca le encontrarían porque estaría por el espacio. Informaría de ambos: de Drake Smollett y de Harg Tholan al Departamento de personas desaparecidas.

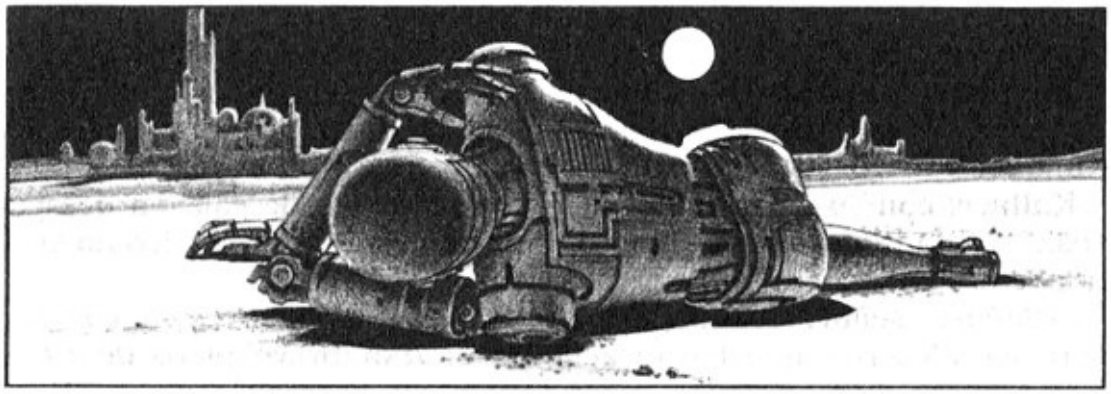
Deseaba llorar pero no podía; tenía los ojos secos y doloridos.

Y de pronto le entró una risa loca y no podía parar. Era divertido. Buscando respuestas a tantas preguntas y las encontraba todas de golpe. Había encontrado incluso la respuesta a la pregunta que creyó que no tenía la menor relación con el

caso.

Por fin había descubierto por qué Drake se había casado con ella.





«SALLY»

Sally se acercaba por la carretera del lago, así que agité la mano y la llamé. Siempre disfrutaba viéndola. Me gustaban todos, comprenda, pero *Sally* era la más bonita del grupo. No cabía la menor duda.

Cuando la saludé con la mano se movió más de prisa, pero con dignidad. Siempre estaba digna. Se movió más de prisa para demostrar que ella también estaba encantada de verme.

Me volví al hombre que estaba a mi lado.

—Ésta es *Sally* —le dije.

Asintió, sonriendo.

Mrs. Hester le había hecho pasar. Explicó:

—Se trata de Mr. Gellhorn, Jake. Recuerda que te escribió una carta pidiendo que le recibieras.

Todo eso era palabrería realmente. Tengo un millón de cosas que hacer en la granja y no puedo perder tiempo con la correspondencia. Por eso tengo a Mrs. Hester. Vive muy cerca y es estupenda para solucionar las tonterías sin tener que correr a consultarme. Lo mejor de todo es que quiere a *Sally* y a los demás. Hay personas que no.

—Encantado de conocerle, Mr. Gellhorn —dije.

—Raymond J. Gellhorn —aclaró, y me dio su mano que yo estreché.

Era un individuo grandote, media cabeza más alto que yo y bastante más ancho. Tendría la mitad de años que yo, unos treinta. De cabello negro, engominado y liso, con raya en medio, y un bigotito fino muy bien recortado. Sus mandíbulas se ensanchaban debajo de las orejas de tal modo que parecía enfermo de paperas. En un vídeo tendría el físico apto para un villano, así que supuse que sería un buen hombre. Lo que sirve para demostrar que los vídeos suelen acertar casi siempre.

—Soy Jacob Folkers —dije—. ¿En qué puedo servirle?

Sonrió con una ancha sonrisa mostrando su blanca dentadura.

—Puede hablarme un poco de su granja, si no le importa.

Oí que *Sally* se me acercaba por detrás y alargué la mano. Ella se deslizó hasta mi lado y el contacto con el esmalte duro y bruñido de su guardabarros me parecía tibio en la palma de la mano.

—Un bonito automóvil —dijo Gellhorn.

Era una forma de hablar. *Sally* era un descapotable 2045 con motor positrónico «Hennis-Carletton» y chasis «Armat». Tenía las líneas más finas y elegantes que jamás hayan visto en ningún modelo. Era mi preferida desde hacía cinco años y yo volcaba en ella cuanto podía soñar. En todo este tiempo jamás un ser humano se había sentado tras su volante.

Ni una sola vez.

—*Sally* —dije acariciándola—, te presento a Mr. Gellhorn.

El ronroneo de sus cilindros subió un poco de tono. Escuché cuidadosamente por si petardeaba. Últimamente había oído ruidos en los motores de casi todos los coches y cambiar de gasolina no había servido para nada. No obstante, esta vez *Sally* era tan suave como su pintura.

—¿Tiene nombres para todos sus coches? —preguntó Gellhorn.

Parecía divertirse y a Mrs. Hester no le gusta la gente que parece como si se burlara de la granja. Así que respondió, seca:

—En efecto. Los coches tienen auténtica personalidad, ¿no es verdad, Jake? Los sedanes son todos masculinos y los descapotables, femeninos.

Gellhorn volvió a sonreír:

—¿Y los tienen en garajes separados, señora?

Mrs. Hester le penetró con la mirada. Gellhorn se dirigió a mí:

—Y, ahora, me gustaría hablar con usted a solas, Mr. Folkers.

—Depende —respondí—. ¿Es usted reportero?

—No, señor. Soy agente de ventas. Cualquier cosa que hablemos no es para publicar. Le aseguro que me interesa que nuestra conversación sea estrictamente privada.

—Caminemos un poco por la carretera. Por allá hay un banco que nos vendrá muy bien.

Empezamos a caminar. Mrs. Hester se alejó. *Sally* nos siguió de cerca.

—No le importará que *Sally* nos acompañe, ¿verdad? —dije.

—En absoluto. No puede repetir lo que digamos, ¿no? —Se rió de su propia broma y alargando la mano acarició la rejilla del radiador de *Sally*.

Ésta aceleró su motor y Gellhorn retiró apresuradamente la mano.

—No está acostumbrada a desconocidos —expliqué.

Nos sentamos en el banco debajo del gran roble desde donde podíamos mirar al lago por encima del circuito privado. Era el momento más caluroso del día y todos los coches habían salido a refrescarse, por lo menos treinta de ellos. Incluso a esa distancia pude ver que Jeremías estaba gastando su broma habitual de colocarse

detrás de algún viejo modelo, adelantándolo de repente a toda pastilla, amenazándolo deliberadamente con el chirriar de sus frenos. Dos semanas antes había echado del asfalto al viejo *Angus* y yo le desconecté el motor durante dos días.

Pero me temo que no sirvió de nada y parece como si no tuviera remedio. Jeremías es un modelo deportivo y su tipo es de lo más exaltado.

—Bien, Mr. Gellhorn —empecé—, ¿puede decirme por qué quiere información?

Pero él estaba distraído mirando a su alrededor y comentó:

—Éste es un lugar maravilloso, Mr. Folkers.

—Le ruego que me llame Jake. Todo el mundo lo hace.

—Está bien, Jake. ¿Cuántos coches tiene aquí?

—Cincuenta y uno. Todos los años recibimos uno o dos nuevos. Un año llegaron cinco. Aún no hemos perdido ninguno. Todos están en perfecto estado de funcionamiento. Incluso tenemos un modelo «Mat-O-Mot» del año 15 que funciona. Uno de los primeros automáticos. Fue el mejor coche de aquí.

¡El buen viejo *Matthew*! Ahora pasaba la mayor parte del día en el garaje, pero es que era el abuelito de todos los coches de motor positrónico. Eran los días en que los veteranos de guerra ciegos, los parapléjicos y los jefes de Estado eran los únicos que conducían automáticos. Pero Samson Harridge, mi amo, era lo bastante rico como para poder conseguir uno. En aquellos tiempos yo era su chófer.

La sola idea me hace sentirme viejo. Puedo recordar cuando no había un solo automóvil en el mundo con suficiente cerebro para llegar solo a casa. Yo conducía viejos trastos que necesitaban la mano del hombre en el control en todo momento. Cada año, máquinas como aquéllas solían matar decenas de millares de personas.

Los automáticos lo solucionaron. Un cerebro positrónico puede reaccionar más de prisa que el cerebro humano, y compensa a la gente tener las manos lejos del volante. Uno entra en el coche, marca el lugar de destino, y le deja que lo haga a su aire.

Ahora lo damos por sentado, pero me acuerdo de las primeras leyes obligando a los viejos coches a abandonar la carretera y limitar los viajes a los automáticos. ¡Cielos, qué jaleo! Lo llamaron de todo, desde comunismo a fascismo, pero limpió las carreteras y paró la matanza. La gente se movió más fácilmente por el nuevo sistema.

Claro que los automáticos eran diez o cien veces más caros que los conducidos a mano, y poca gente podía permitirse un vehículo particular. La industria se especializó en sacar ómnibus automáticos. Se llamaba a una compañía y se tenía un coche a la puerta en cuestión de minutos para llevarle a donde quisiera ir. Habitualmente, uno tenía que ir con otros que se dirigieran al mismo sitio, pero ¿qué mal hay en ello?

Sin embargo, Samson Harridge tenía un coche particular y yo me hice cargo de él tan pronto como llegó. El coche, entonces, no fue *Matthew* para mí. No sabía que iba a ser el decano de la granja algún día. Sólo sabía que me hacía perder el empleo y le odie por ello.

—¿Ya no me necesitará más, Mr. Harridge? —pregunté.

—¿Qué tonterías está diciendo, Jake? No pensará que yo vaya a fiarme de un engendro como éste, ¿verdad? Usted se queda al volante.

—Pero si funciona solo, Mr. Harridge —objeté—. Observa la carretera, reacciona debidamente a todos los obstáculos, humanos u otros coches y recuerda las rutas a seguir.

—Eso dicen. Eso dicen. De todos modos, usted seguirá detrás del volante por si algo falla.

Es curioso cómo puede uno encariñarse con un coche; al poco tiempo ya le llamaba *Matthew* y pasaba todo el tiempo puliéndolo y cuidando su motor. Un cerebro positrónico se encuentra en mejores condiciones cuando conserva el control de su chasis en todo momento, lo que significa que merece la pena mantener siempre lleno el depósito de gasolina para que el motor funcione, despacio, de día y de noche. Pasado cierto tiempo podía decir, según el ruido del motor, cómo se encontraba *Matthew*.

A su manera, también Harridge se encariñó con *Matthew*. No tenía a nadie más a quien querer. Se había divorciado de tres esposas, y había sobrevivido a cinco hijos y a tres nietos. Así que al morir no sorprendió que destinara toda su fortuna a crear una granja para automóviles retirados, conmigo al frente y *Matthew* como primer miembro de una serie distinguida.

Ha resultado ser mi vida. Jamás me casé. Uno no puede casarse y seguir ocupándose de los automáticos como es debido.

Los periódicos lo encontraron peculiar, pero pasado cierto tiempo dejaron de tomarlo a broma. Hay cosas con las que no se puede bromear. Tal vez usted no se ha podido permitir nunca un automático, ni podrá permitírselo jamás, pero créame, se acaba amándoles. Son trabajadores y afectuosos. Hace falta no tener corazón para maltratarles o ver cómo se les maltrata.

Y se llegó al caso de que después de que un hombre poseyera un automático durante cierto tiempo, si no tenía heredero al que confiarlo para que lo cuidara, disponía un fondo para dejarlo en la granja.

Se lo expliqué así a Gellhorn.

—¡Cincuenta y un coches! —exclamó—. Eso representa muchísimo dinero.

—Cincuenta mil, como mínimo, por automático, en un principio —expliqué—. Ahora cuestan mucho más. He hecho mucho por ellos.

—Mantener la granja debe costar mucho dinero.

—Tiene razón. La granja es una institución que no rinde beneficios, que nos proporciona un descuento en impuestos y que, claro, cada coche nuevo que llega viene con un depósito incorporado. No obstante, los gastos aumentan siempre. Tengo que tener el terreno urbanizado; estoy poniendo siempre cemento nuevo y conservando el viejo; hay que comprar gasolina, aceite, piezas, nuevos dispositivos. Todo suma.

—¿Y ha dedicado mucho tiempo a esto?

—Ya lo creo, Mr. Gellhorn. Treinta y tres años.

—Pero no parece que gane usted mucho con todo.

—¿Que no? Me sorprende, Mr. Gellhorn. Tengo a *Sally* y a cincuenta más. Mírela.

Me eché a reír. No podía evitarlo. *Sally* era tan limpia que casi hería. Algún insecto debió haber muerto en su parabrisas o se había acumulado demasiado polvo, así que se disponía a remediarlo. Sacó un tubito y proyectó «Tergosol» sobre el cristal. No tardó en extenderse sobre la fina película de silicona e inmediatamente se pusieron en marcha las escobillas, pasando por la superficie y empujando el agua hacia el canalillo que desaguaba en el suelo. Ni una sola gota de agua cayó sobre su reluciente capot verde manzana. Escobilla y tubo de detergente se replegaron y desaparecieron.

—Nunca vi a un automático hacer esto —comentó Gellhorn.

—Supongo que no —dije—. Lo monté especialmente para nuestros coches. Son muy limpios. Siempre están limpiándose los cristales. Les encanta. Incluso he puesto a *Sally* chorros de cera. Todas las noches se da brillo hasta que uno puede verse la cara y afeitarse en cualquier parte de ella. Si consigo reunir suficiente dinero lo incorporaré en las demás muchachas. Los descapotables son muy presumidos.

—Puedo decirle cómo reunir el dinero si le interesa.

—Eso interesa siempre. ¿Cómo?

—¿No le parece obvio, Jake? Cualquiera de sus coches vale cincuenta mil como mínimo, según me ha dicho. Apuesto a que la mayoría llega a las seis cifras.

—¿Y qué?

—¿Se le ha ocurrido alguna vez vender alguno?

—Creo que no se da cuenta —protesté meneando la cabeza—, Mr. Gellhorn, no puedo vender a ninguno. Pertenecen a la granja, no a mí.

—Pero el dinero iría a la granja.

—Los documentos de incorporación a la granja establecen que los coches deben recibir cuidados a perpetuidad. No pueden venderse.

—¿Y qué hay de los motores?

—No le comprendo.

Gellhorn cambió de postura y su voz se tornó confidencial:

—Óigame, Jake, deje que le explique la situación. Hay un gran mercado para automáticos particulares con sólo hacerlos más baratos. ¿Entiende?

—No es ningún secreto.

—Y el noventa y cinco por ciento del coste corresponde al motor, ¿no? Ahora bien, yo sé dónde conseguir un surtido de carrocerías. También sé dónde vender los automáticos a buen precio…, veinte o treinta mil para los modelos baratos, tal vez cincuenta o sesenta para los mejores. Lo único que necesito son los motores. ¿Ve usted la solución?

—No la veo, Mr. Gellhorn.

Ya lo creo que la veía, pero quería oírselo decir.

—Aquí la tiene. Posee cincuenta y un coches. Es un mecánico experto en automóviles, Jake. Tiene que serlo. Podría desmontar un motor y ponerlo en otro coche y nadie se daría cuenta de la diferencia.

—Pero no sería ético precisamente.

—No haría ningún daño a los coches. Utilice los más viejos. Utilice el viejo «Mat-O-Mot».

—Bien, veamos. Espere un poco, Mr. Gellhorn. Los motores y las carrocerías no son artículos independientes. Son un solo cuerpo. Esos motores se utilizan para sus propias carrocerías. No se sentirían felices metidos en otro coche.

—Es un punto de vista, claro. Un buen punto de vista, Jake. Sería como sacar sus sesos y meterlos en el cráneo de otro. ¿Verdad que no le gustaría?

—Me parece que no. No.

—Pero si yo sacara sus sesos y los metiera en el cuerpo de un atleta joven, ¿qué le parecería, Jake? Usted ya no es joven; si tuviera la oportunidad, ¿no le gustaría volver a tener veinte años? Eso es lo que ofrezco a alguno de sus motores positrónicos. Irán metidos en cuerpos nuevos del año 57. Los últimos construidos.

—Esto no tiene sentido, Mr. Gellhorn —dije riendo—. Algunos de mis coches puede que sean viejos, pero están muy cuidados. Nadie les conduce. Viven como quieren. Están *retirados*, Mr. Gellhorn. Yo no querría un cuerpo de veinte años si significara tener que cavar el resto de mi nueva vida y nunca tener bastante para comer… ¿Qué te parece, *Sally*?

Sally abrió sus dos puertas y las cerró de golpe.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gellhorn.

—Es la forma que tiene *Sally* de reír.

Gellhorn forzó una sonrisa, me imagino que creyó que estaba bromeando. Dijo:

—Sea sensato, Jake. Los coches están *hechos* para ser conducidos. Probablemente son desgraciados si no se les conduce.

—*Sally* lleva cinco años sin que haya sido conducida —dije—. A mí me parece que es feliz.

—Quién sabe.

Se levantó y anduvo despacio hacia *Sally*.

—Hola, *Sally*, ¿te gustaría un paseíto?

El motor de *Sally* se aceleró. Dio marcha atrás.

—No la fuerce, Mr. Gellhorn —aconsejé—. Se pica fácilmente.

A unos noventa metros, carretera abajo, había dos sedanes. Se habían detenido. Quizás a su modo estaban observando. No me preocupé por ellos. Tenía los ojos fijos en *Sally* y no los desvié.

—Calma, *Sally* —advirtió Gellhorn. Se lanzó de pronto y trató de abrir la puerta. Naturalmente, no pudo hacerlo.

—Pero se abrió hace un momento —observó.

—Cierre automático —dije—, *Sally* tiene el sentido de la intimidad.

Soltó la puerta y despacio y deliberadamente dijo:

—Un coche con sentido de la intimidad no debería circular con la capota bajada.

Retrocedió dos o tres pasos rápidamente, tan rápidamente que no pude dar un paso para detenerle, corrió a meterse dentro de un salto. Cogió a *Sally* por sorpresa porque al caer dentro cerró el contacto antes de que ella pudiera bloquearlo.

Por primera vez en cinco años el motor de *Sally* estaba muerto.

Creo que grité, pero Gellhorn ya había puesto el motor manual y lo bloqueó. Entonces lo puso en marcha. *Sally* vivía de nuevo pero no tenía libertad de acción.

Emprendió la marcha. Los sedanes seguían aún allí. Se volvieron y se alejaron, pero despacio. Supongo que para ellos todo aquello era incomprensible.

Uno era *Giuseppe*, de las fábricas de Milán, y el otro era *Stephen*. Siempre estaban juntos. Eran nuevos en la granja, pero llevaban el tiempo suficiente como para saber que nuestros coches no tenían conductores.

Gellhorn siguió adelante y cuando los sedanes se dieron cuenta finalmente de que *Sally* no iba a disminuir la velocidad, que no podía ir más despacio, era demasiado tarde menos para tomar decisiones desesperadas.

Saltaron, cada uno por su lado, y *Sally* pasó entre los dos como una exhalación. *Steve* se estrelló contra la valla del lago hasta detenerse en la hierba y el barro a poquísima distancia del borde del agua. *Giuseppe* fue dando tumbos por la carretera, en la cuneta, hasta detenerse estremecido.

Volví a *Steve* a la carretera y estaba buscando qué daño se había hecho con la valla, cuando regresó Gellhorn.

Éste abrió la puerta de *Sally* y salió. Inclinándose volvió a apagar el contacto por segunda vez.

—Bien, creo que le he dado una lección.

Contuve el enfado.

—¿Por qué se lanzó entre los sedanes? No había razón para hacerlo.

—Esperaba que se apartaran.

—Ya lo hicieron. Uno pasó a través de una valla.

—Lo siento, Jake —me dijo—. Creí que se moverían más de prisa. Ya sabe lo que es eso. He estado en muchos automatobuses, pero en un automático particular sólo dos o tres veces en mi vida; ésta es la primera vez que conduzco uno. Para que vea, Jake. Me ha impresionado conducirlo, y conste que soy muy duro. Se lo digo yo, no tenemos que rebajar más que el veinte por ciento del precio establecido para lograr un buen mercado, y los beneficios serían del noventa por ciento.

—¿Que nos repartiríamos?

—Al cincuenta por ciento. Y recuerde que yo corro con todo el riesgo.

—Muy bien. Ya le he oído. Ahora escúcheme usted a mí. —Y levanté la voz porque estaba demasiado airado para ser educado—. Cuando apagó el motor de *Sally*,

le hizo daño. ¿Qué le parecería si le patearan hasta dejarle inconsciente? Pues es lo que le ha hecho a *Sally*, al desconectarla.

—Está exagerando, Jake. Los automatobuses se desconectan cada noche.

—Claro, por eso no quiero que ninguno de mis muchachos o muchachas se metan en sus elegantes carrocerías del año 57, donde no sabría cómo se les trata. Los buses necesitan grandes reparaciones en sus circuitos positrónicos cada dos años. Al viejo *Matthew* no se le han retocado los circuitos en veinte años. ¿Qué puede ofrecerle comparado con esto?

—Mire, ahora está excitado. Piense en mi proposición cuando se calme y póngase en contacto conmigo.

—Ya he pensado todo lo que quería. Si vuelvo a verle por aquí, llamaré a la Policía.

Apretó la boca en una fea mueca y dijo:

—Un minuto, viejo.

—Un minuto, Usted. Ésta es una propiedad privada y le ordeno que se largue.

—Bueno, pues, adiós. —Y se encogió de hombros.

—Mrs. Hester le acompañará a la salida. Procure que el adiós sea para siempre.

Pero no fue para siempre. Le volví a ver dos días más tarde. Mejor dicho, dos días y medio porque cuando le vi por primera vez era mediodía y pasada la medianoche cuando le volví a ver.

Me incorporé en la cama cuando dio la luz, parpadeando medio cegado hasta que me di cuenta de lo que ocurría. Una vez pude ver bien, no precisé muchas explicaciones. La verdad es que no necesité ninguna. Llevaba una pistola en la mano derecha, entre los dedos vi el pequeño y mortífero cargador de aguja. Sabía que lo único que tenía que hacer era aumentar la presión de la mano y yo saltaría en pedazos.

—Vístase, Jake —me ordenó.

No hice el menor movimiento, sólo me quedé mirándole.

Volvió a hablarme:

—Mire, Jake, conozco la situación. Vine a verle hace dos días, ¿se acuerda? En este lugar no tiene guardias, ni vallas electrificadas, ni alarmas. Nada.

—No lo necesito —contesté—. Entretanto no hay nada que le impida marcharse, Mr. Gellhorn. Si yo estuviera en su lugar, lo haría. Este sitio puede ser muy peligroso.

Se echó a reír:

—Lo es para todo aquel que este frente a una pistola.

—Ya la veo. Ya sé que tiene una.

—Entonces, muévase. Mis hombres están esperando.

—No, señor. Mr. Gellhorn. No, a menos que me diga lo que quiere, y puede que entonces tampoco.

—Anteayer le hice una proposición.

—La respuesta sigue siendo no.

—Ahora es más que una proposición. He venido aquí con algunos hombres y un automatobús. Tiene la oportunidad de venir conmigo y desconectar veinticinco de sus motores positrónicos. No me importa los que seleccione. Los cargaremos en el bus y nos lo llevaremos. Una vez colocados procuraré que reciba la justa parte del dinero.

—Supongo que tengo su palabra.

No pareció que creyera que yo me mostraba sarcástico, porque me dijo:

—La tiene.

—No —repetí.

—Si insiste en decir que no, lo haremos a nuestra manera. A lo mejor estropeo algunos motores mientras los desconecto solo. Pero desconectaré cincuenta y uno. Hasta el último.

—No es fácil desconectar motores positrónicos, Mr. Gellhorn. ¿Es usted un experto en robótica? Incluso si lo fuera, sabe, estos motores han sido modificados por mí.

—Lo sé, Jake. Y si quiere que le diga la verdad, no soy un experto. Es posible que destroce unos cuantos mientras trato de sacarlos. Por eso tengo que tocarlos todos si usted no coopera. Es posible que cuando acabe con ellos sólo tenga veinticinco en buen estado. Los primeros serán los que posiblemente sufran más daños…, hasta que no sepa hacerlo bien, ¿comprende? Y por supuesto, *Sally* será la primera de la fila.

—No puedo creer que hable en serio, Mr. Gellhorn.

—Pues lo digo en serio, Jake. —Dejó que calara bien—. Si quiere ayudarme, puede quedarse con *Sally*. De lo contrario, es fácil que quede muy maltrecha. Lo siento.

—Iré con usted —repliqué—. Pero le advierto una vez más: tendrá problemas, Mr. Gellhorn.

Pensó que lo que le decía era muy divertido, pues mientras bajábamos juntos la escalera, iba mordiéndose los labios.

Fuera, en la avenida, esperaba un automatobús frente a los apartamentos del garaje. Divisé la sombra de tres hombres que esperaban y sus linternas se encendieron al acercarnos. Gellhorn dijo en voz baja:

—Tengo al viejo. Vamos. Acercad el camión y empecemos de una vez.

Uno de los hombres se inclinó y tecleó las instrucciones apropiadas en el panel de control. Avanzamos por la avenida seguidos sumisamente por el bus.

—No cabrá dentro del garaje —les dije—: No pasará por la puerta. Aquí nunca se han guardado buses, sólo turismos.

—Está bien —aceptó Gellhorn—. Acérquenlo al césped, pero procuren que no se vea.

Yo podía oír el zumbido de los motores cuando aún estábamos lejos del garaje.

Solían calmarse cuando me veían entrar. Esta vez no fue así. Creo que sabían que había desconocidos por allí, y una vez aparecieron las caras de Gellhorn y los otros hicieron más ruido. Cada motor era un zumbido cordial y cada motor golpeaba irregularmente de modo que todo el lugar vibraba.

Las luces se encendieron automáticamente al entrar. Gellhorn no parecía incomodado por el ruido de los coches, pero los tres que le acompañaban parecían sorprendidos e incómodos. Tenían todo el aspecto del matón a sueldo, que no se reflejaba en los rasgos físicos sino más bien en una cierta expresión huidiza, una mirada vigilante y una cara de pocos amigos. Conocía el tipo y no me preocupaba.

Uno de ellos exclamó:

—¡Maldita sea, queman combustible!

—Mis coches siempre —contesté secamente.

—Esta noche, no —protestó Gellhorn—. Párelos.

—No es tan fácil, Mr. Gellhorn —repuse.

—¡Empiece ya!

No me moví. Me apuntaba firmemente con la pistola. Repetí:

—Ya le dije, Mr. Gellhorn, que mis coches han sido bien tratados mientras han vivido en la granja. Están acostumbrados a que les trate así y les indigna cualquier otra cosa.

—Dispone de un minuto —me dijo—. Deje el sermón para otro día.

—Trato de explicarle algo. Trato de explicarle que mis coches comprenden lo que les digo. Un motor positrónico lo aprende a fuerza de tiempo y paciencia. Mis coches lo han aprendido. *Sally* comprendió su proposición de hace dos días. Recuerde que se rió cuando le pedí su opinión. También sabe lo que le hizo y lo saben los dos sedanes que dispersó. Todos los demás saben lo que hay que hacer con los intrusos en general…

—Oiga usted, viejo loco…

—Lo único que tengo que decir es… —Levanté la voz—. ¡A por ellos!

Uno de los hombres se puso amarillo y gritó, pero su voz quedó completamente apagada por el ruido de cincuenta y una bocinas disparadas al unísono. Mantenían su nota y entre las cuatro paredes del garaje el sonido alcanzó un tono loco, metálico. Dos coches se adelantaron, sin prisa, pero sin la menor duda de su objetivo. Dos coches se colocaron detrás de los primeros. Todos los demás despertaban en sus distintos departamentos.

Los matones miraron asombrados, luego retrocedieron.

—No se arrimen a las paredes —les grité.

Por lo visto, e instintivamente habían pensado lo mismo. Corrieron alocados hacia la salida del garaje.

Al llegar a la puerta uno de los hombres de Gellhorn se volvió empuñando una pistola. El proyectil de aguja llegó como un destello azul hacia el primer coche. El

coche era *Giuseppe*.

Un estrecho hilo de pintura saltó del capot de *Giuseppe* y la mitad derecha de su parabrisas se astilló, pero sin romperse.

Los hombres estaban ya en el exterior, corrían perseguidos por los coches, de dos en dos, en la oscuridad de la noche con sus bocinas llamando a la carga.

Mantuve la mano en el brazo de Gellhorn, pero no creo que hubiera podido moverse. Le temblaban los labios. Le dije:

—¿Ve por lo que no necesito vallas electrificadas ni guardias? Mi propiedad se protege sola.

Los ojos de Gellhorn se desorbitaban fascinados, al verles salir de dos en dos, zumbando. Exclamó:

—¡Son asesinos!

—No diga bobadas. No matarán a sus hombres.

—Pero, ¡son asesinos!

—Se limitarán a dar una lección a sus hombres. Mis coches están especialmente entrenados para perseguir campo a través en ocasiones como ésta; creo que lo que sus hombres recibirán será peor que la muerte rápida. ¿Le ha perseguido alguna vez un automatomóvil?

Gellhorn no contestó.

Yo seguí hablando. No quería que se perdiera ni el más mínimo detalle.

—Habrá sombras que irán a la misma velocidad que sus hombres, acosándoles, cortándoles el camino, lanzando bocinazos, precipitándose contra ellos y esquivándoles con un rechinar de frenos y rápidas aceleraciones. Y lo seguirán haciendo hasta que sus hombres caigan jadeantes y medio muertos, esperando que sus ruedas machaquen y rompan sus huesos. Pero los coches no lo harán. Se alejarán. Pero puede apostar a que sus hombres nunca en sus vidas volverán aquí. Ni por todo el dinero que usted o diez como usted pudieran darles. Escuche…

Apreté la presión en su codo. Se esforzó por oír.

Era apagado y distante, pero inconfundible. Expliqué:

—Se están riendo. Están disfrutando.

La rabia contrajo su rostro. Alzó la mano. Todavía sostenía la pistola. Le advertí:

—Yo no lo haría. Un automatocoche está aún con nosotros.

No creo que hasta aquel momento se hubiera fijado en *Sally*. Se había acercado silenciosamente. Aunque su guardabarros delantero derecho casi me tocaba, no podía oír su motor. Debió de haber estado conteniendo el aliento.

Gellhorn lanzó un alarido.

—No le tocará —le tranquilicé— mientras yo esté con usted. Pero si me mata…, ya sabe. A *Sally* no le gusta usted.

Gellhorn apuntó a *Sally* con la pistola.

—Su motor está protegido —dije—, y antes de que pueda apretar el gatillo por segunda vez, la tendrá encima.

—Está bien —gritó, y de pronto me torció el brazo a la espalda con tal fuerza que no podía tenerme en pie. Me mantuvo entre *Sally* y él y su presión no cedió—. Retroceda conmigo y no trate de soltarse, viejo, o le arrancaré el brazo del hombro.

Tuve que moverme. *Sally* vino pegada a nosotros, preocupada, indecisa sobre qué hacer. Intenté decirle algo pero no pude. Sólo podía apretar los dientes y gemir.

El automatobús de Gellhorn seguía aún en el exterior del garaje. Me obligó a entrar. Gellhorn saltó detrás de mí y cerró las puertas, diciéndome:

—Bien, vamos a ver si hablamos ahora.

Empecé a frotarme el brazo, tratando de devolverle el movimiento y, mientras lo hacía, maquinalmente y sin esfuerzo consciente fui estudiando el panel de control del bus.

—Está recompuesto —exclamé.

—¿Y qué? —masculló, cáustico—. Es una muestra de mi trabajo. Encontré un chasis abandonado, descubrí un cerebro que podía utilizar y me agencié un bus particular. ¿Qué hay de malo?

Tiré del panel, empujándolo a un lado.

—¡Qué demonios hace! —gritó—. Deje eso en paz. —La palma de su mano cayó pesadamente sobre mi hombro izquierdo. Luché con él.

—No quiero hacer ningún daño a este bus. ¿Qué clase de persona cree que soy? Solamente quiero echar un vistazo a las conexiones del motor.

El vistazo fue cortó. Me hervía la sangre cuando me volví a él, y le dije:

—Es un perro sarnoso. No tenía derecho a instalar este motor usted solo. ¿Por qué no se lo pidió a un roboticista?

—¿Me cree loco?

—Incluso si el motor era robado, no tenía derecho a tratarlo así. Yo no trataría a un hombre como trató usted a su motor. ¡Soldadura, cinta aislante, grapas! ¡Es una brutalidad!

—Pero funciona, ¿no?

—Claro que funciona, pero debe ser un infierno para el bus. Podría usted vivir con cefaleas y artritis agudas, pero no sería una vida. Este coche está *sufriendo*.

—¡Cierre el pico! —Por un instante miró por la ventanilla a *Sally*, que se había acercado al bus todo lo que podía. Gellhorn se aseguró de que las puertas y las ventanillas estaban bien cerradas.

—Vamos a salir de aquí ahora —me dijo—, antes de que los otros coches vuelvan. Nos alejaremos.

—¿De qué le servirá eso?

—A sus coches se les acabará la gasolina algún día, ¿no? No los ha preparado para que se llenen los depósitos solitos, ¿verdad? Volveremos y terminaremos el trabajo.

—Me buscarán —dije—. Mrs. Hester llamará a la Policía.

Pero estaba por encima de todo razonamiento. Se limitó a poner el coche en

marcha. Saltó hacia delante. *Sally* nos siguió.

—¿Qué puede hacer si usted está aquí conmigo? —Y se rió como un tonto.

Al parecer, también *Sally* se había dado cuenta. Adquirió velocidad, nos adelantó y desapareció. Gellhorn abrió la ventanilla de su lado y escupió por la abertura.

El bus fue avanzando por la oscura carretera, con el motor funcionando a ritmo desigual. Gellhorn disminuyó la luz periférica hasta que la línea verde fosforescente del centro de la carretera, resplandeciente a la luz de la luna, fue lo único que nos separaba de los árboles. No había prácticamente tráfico. Dos coches nos pasaron pero en dirección contraria y no se veía ninguno en nuestro sector de carretera, ni delante, ni detrás. Otro rayo de luz nos vino por detrás de las vallas, del otro lado. En un cruce, a unos trescientos metros por delante, se oyó un chirrido al cruzarse un coche en nuestro camino.

—*Sally* fue en busca de los demás —dije—. Creo que estamos rodeados.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué pueden hacernos?

Se inclinó sobre los controles, tratando de ver a través del parabrisas, mascullando:

—Y *usted*, viejo, procure no hacer nada.

Tampoco podía. Estaba agotado; mi brazo izquierdo ardía. Los ruidos de motores reunidos se acercaban. Me fijé en que los motores tenían curiosos fallos y de pronto me pareció que mis coches se estaban comunicando entre sí.

Un concierto de bocinazos nos llegó por detrás. Me volví y Gellhorn se apresuró a mirar por el retrovisor. Una docena de coches nos seguían por ambos lados.

Gellhorn gritó y se reía como un loco. Yo exclamé:

—¡Pare! ¡Pare el coche!

Porque a menos de unos trescientos metros delante de nosotros, claramente visible a la luz de los faros de dos sedanes parados en los lados, estaba *Sally* con su delicada carrocería atravesada en la carretera. Dos coches llegaron zumbando por el lado opuesto, a nuestra izquierda, perfectamente sincronizados con nosotros y haciendo que Gellhorn no pudiera dar la vuelta y escapar.

Pero no tenía intención de dar la vuelta. Puso el dedo en el botón de máxima velocidad y lo mantuvo. Dijo:

—Se acabó tanto presumir. Este bus pesa cinco veces más que ella, viejo, la proyectaremos fuera de la carretera como un gato muerto.

Sabía que podía hacerlo. El bus estaba puesto en *manual* y su dedo apretaba el botón. Sabía que podía hacerlo.

Bajé la ventana, saqué la cabeza y chillé:

—*Sally*. Fuera de la carretera. *¡Sally!*

Mi grito quedó ahogado por el angustiado chirrido de unos frenos maltratados. Me sentí proyectado hacia delante y oí que a Gellhorn se le cortó el aliento. Pregunté:

—¿Qué ha ocurrido?

Era una pregunta estúpida. Nos habíamos parado. Eso era lo ocurrido. *Sally* y el

bus estaban a pocos centímetros de distancia. Cinco veces su peso lanzados contra ella, pero no se había movido. ¡Qué valiente!

Gellhorn tiró de la palanca de *manual*, sin dejar de decir, rabioso:

—¡Tengo que hacerlo! ¡Tengo que hacerlo!

—No, tal como preparó el motor, experto de pega. Cualquiera de los circuitos podría cruzarse.

Me miró airado y gruñó, furioso. El pelo se le pegaba a la frente. Alzó el puño.

—Éstos son los últimos consejos que jamás dará, viejo.

Y comprendí que estaba a punto de disparar la pistola.

Me apoyé contra la puerta del bus, observando cómo levantaba la mano. Al abrirse la puerta, caí de espaldas a la carretera, de golpe. Oí que la puerta volvía a cerrarse.

Me puse de rodillas y levanté la vista a tiempo de ver a Gellhorn luchando inútilmente contra la ventana que se cerraba, luego apuntó su pistola de aguja a través del cristal. Pero no llegó a disparar. El bus se puso en marcha con un tremendo rugido y Gellhorn cayó hacia atrás.

Sally ya no estaba en la carretera. Vi como las luces traseras del bus se perdían carretera abajo.

Me sentía sin ánimos. Permanecí sentado en mitad de la carretera, y apoyando la cabeza en mis brazos cruzados trate de recobrar el aliento.

Oí que un coche paraba suavemente a mi lado. Alcé la vista, era *Sally*. Despacito…, amorosamente, casi podría decir, se abrió su puerta delantera.

Nadie, en cinco años, había conducido a *Sally*, sólo Gellhorn, claro, y sabía lo valiosa que tal libertad resultaba para un coche. Agradecí el gesto, pero dije:

—Gracias, *Sally*, pero tomaré uno de los coches más nuevos.

Me puse en pie y di la vuelta, pero tan limpia y hábilmente como la mejor pirueta, volvió a ponerse a mi lado. No podía herir sus sentimientos. Entré. Su asiento delantero tenía el olor fresco y refinado de un automatomóvil que se mantenía inmaculado. Me recosté en él, agradecido, y con eficiente y silenciosa rapidez, mis muchachos me devolvieron a casa.

A la noche siguiente, muy excitada, Mrs. Hester me trajo la copia del comunicado por radio.

—Se trata de Mr. Gellhorn —dijo—, el hombre que vino a verle.

—¿Qué ha hecho?

Temí su respuesta.

—Le encontraron muerto. Imagínese. Muerto, tirado en una cuneta.

—Podría ser un desconocido —murmuré.

—Raymond J. Gellhorn —cortó, secamente—. No puede haber dos iguales, ¿no le parece? Además, la descripción también concuerda. ¡Cielos! ¡Qué forma de morir!

Le encontraron marcas de neumáticos en los brazos y en el cuerpo. Imagínese. Me alegro que resultara ser un bus el que le atropelló, de lo contrario podían haber venido a indagar por aquí.

—¿Ocurrió cerca? —pregunté, angustiado.

—No…, cerca de Cooksville. Pero, bueno, mejor que lo lea usted… ¿Qué le pasó a *Giuseppe*?

Agradecí la distracción. *Giuseppe* esperaba pacientemente que terminara de pintarlo. Su parabrisas ya estaba cambiado.

Después de que ella se fue, recogí el comunicado. No cabía la menor duda. El doctor informó que había estado corriendo y se hallaba totalmente exhausto. Me pregunté: «¿Durante cuántos kilómetros habrá jugado el bus con él antes del ataque final?» Naturalmente, el comunicado no decía nada de esto.

Habían localizado el bus y pudieron identificarle por las marcas de los neumáticos. La Policía lo tenía retenido y trataban de encontrar al propietario.

Había un pequeño editorial en el comunicado. Era el primer accidente de tráfico de aquel año, en el Estado, y el periódico advertía insistentemente contra la conducción manual de noche.

No se mencionaban a los tres matones de Gellhorn y lo agradecí. Ninguno de nuestros coches se había sentido seducido por el placer de la caza a muerte.

No había más. Dejé caer el papel. Gellhorn era un criminal. El trato dado al bus era brutal. Para mí era incuestionable que merecía la muerte. Pero de todos modos me angustiaba la forma en que ocurrió.

Ya ha transcurrido un mes y no puedo olvidarlo.

Mis coches hablan entre ellos. Ya no me cabe la menor duda. Es como si hubieran adquirido confianza, como si ya no les preocupara mantenerlo secreto. Sus motores zumban y golpean continuamente.

Y no hablan solamente entre ellos. Hablan a los otros coches o buses que vienen a la granja para negocios. ¿Desde cuándo lo habrán estado haciendo?

Además, se les entiende. El bus de Gellhorn les entendió, aunque sólo estuvo en la finca poco más de una hora. Cierro los ojos y revivo aquella carrera a lo largo de la carretera, con nuestros coches flanqueando el bus a ambos lados, picando sus motores hasta que lo comprendió, paró, me soltó y huyó con Gellhorn.

¿Le dijeron mis coches que matara a Gellhorn? ¿O fue idea suya?

¿*Pueden* los coches tener semejantes ideas? Los diseñadores de motores dicen que no. Pero se refieren a «en condiciones normales». ¿Lo habrán previsto *todo*?

Hay coches maltratados, ¿saben?

Algunos de ellos vienen a la granja y observan. Les dicen cosas. Descubren que hay coches cuyos motores no paran nunca, que jamás nadie conduce, cuyas necesidades son todas satisfechas.

Puede que después salgan y se lo cuenten a otros. Puede que la palabra se propague rápidamente. Puede que lleguen a pensar que el sistema de la granja es el

sistema que debería regir en todo el mundo. No comprenden. No puede esperarse que comprendan los caprichos y los legados de los ricos.

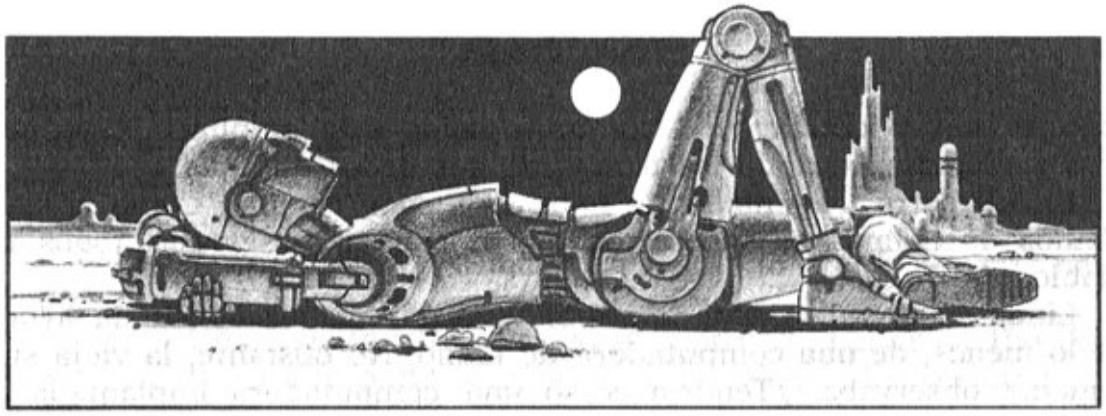
Hay millones de automatomóviles en la Tierra, decenas de millones. Si en ellos arraiga la idea de que son esclavos…, de que deberían hacer algo por remediarlo… Si empiezan a pensar como pensó el bus de Gellhorn…

Tal vez no ocurra nada hasta pasado mi tiempo. Entonces deberán conservar a alguno de nosotros para ocuparse de ellos, ¿no creen? No irán a matarnos a todos.

Podrían hacerlo. Podrían no comprender que necesitaran a alguien para ocuparse de ellos. Puede que no quieran esperar.

Cada mañana despierto pensando: tal vez hoy…

Ya no disfruto tanto con mis coches como solía hacerlo. Últimamente he notado que incluso empiezo a evitar a *Sally*.



ESQUIROL

Elvis Blei se frotó las gordezuelas manos y declaró:

—La palabra es «autosuficiente» —y sonrió, incómodo, mientras daba fuego a Steven Lamorak, venido de la Tierra. Todo su rostro, liso, de ojillos separados, reflejaba incomodidad.

Lamorak aspiro con fruición el humo del cigarro y cruzó sus largas piernas.

Su cabello parecía empolvado de gris y tenía la mandíbula grande y fuerte.

—¿Cultivado aquí? —preguntó contemplando críticamente el cigarrillo. Trató de disimular su propia turbación ante la tensión del otro.

—Totalmente —respondió Blei.

—Me pregunto cómo queda espacio en su pequeño mundo para tales lujos —comentó Lamorak.

(Lamorak iba pensando en su primera visión de Elsevere desde el visor de la nave espacial. Era un planetoide escarpado, sin atmósfera, de unos centenares de kilómetros de diámetro, poco más que una roca mal tallada, gris y polvorienta, brillando a la escasa luz de su sol, a 320.000.000 de kilómetros de distancia. Era el único objeto de más de un kilómetro de diámetro girando alrededor de su sol. Ahora los hombres lo habían transformado en un mundo en miniatura y habían construido una sociedad en él. Él mismo, como sociólogo, había venido a estudiar ese mundo y ver cómo la Humanidad había aprendido a encajar en aquella hornacina curiosamente especializada.)

La sonrisa correcta de Blei se contrajo displicente.

—No somos un pequeño mundo, doctor Lamorak, nos juzga por el patrón bidimensional. La superficie de Elsevere es solamente las tres cuartas partes de la del Estado de Nueva York, pero eso es irrelevante. Recuerde que podemos ocupar completamente, si así lo deseáramos, el interior de Elsevere. Una esfera cuyo radio es de 80 kilómetros tiene un volumen de más de dos millones de kilómetros cúbicos. Si todo Elsevere estuviera ocupado por niveles de 15 metros de separación, el área total

dentro del planetoide sería de 145.000.000 de kilómetros cuadrados, y esto es igual al área total del suelo de la Tierra. Y, naturalmente, ninguno de esos kilómetros cuadrados, doctor, sería improductivo.

—¡Santo Dios! —exclamó Lamorak, y por un momento se quedó como asombrado—. Sí, claro, tiene razón. Es raro que nunca se me haya ocurrido enfocarlo así. Pero, entonces, Elsevere es el único planetoide totalmente explotado del mundo de la Galaxia y todos nosotros no podemos dejar de pensar en las superficies bidimensionales, como usted acaba de indicar. Bueno, yo me siento más que satisfecho de que su Consejo me haya dado todas las facilidades hasta el punto de darme carta blanca en mi investigación.

Blei asintió conmocionado al oírle. Lamorak frunció ligeramente el ceño y pensó: «Da la impresión de que actúa como si deseara que yo no hubiera venido. Algo va mal.»

—Naturalmente —cortó, rápido, Blei—, comprenderá que somos en realidad mucho más pequeños que lo que podemos ser: de momento sólo se han podido perforar y ocupar pequeñas porciones de Elsevere. Tampoco estamos especialmente ansiosos por extendernos, si no es muy despacio. Hasta cierto punto, nos vemos limitados por la capacidad de nuestros motores de pseudogravedad y los transformadores de energía solar.

—Lo comprendo. Pero, dígame, consejero Blei, es mera curiosidad personal, no es que sea de máxima importancia para mi proyecto, ¿podría visitar primero algunos de sus niveles agropecuarios? Me fascina la idea de campos de trigo y rebaños de ganado en el interior de un planetoide.

—Encontrará el ganado de tamaño pequeño comparado con el suyo, doctor, y no tenemos demasiado trigo. Cultivamos mucho más la cebada. Pero habrá trigo para mostrárselo. También algodón y tabaco. Incluso árboles frutales.

—Maravilloso. Como usted dijo, autosuficientes. Me imagino que lo reciclan o recuperan todo.

Los ojos vivos de Lamorak no perdieron el leve estremecimiento que este comentario provocó en Blei. Los ojos del elseverio se entornaron para ocultar su expresión.

—Sí, lo recuperamos todo —respondió—. Aire, agua, alimentos, minerales, todo lo que está usado debe volver a su estado original; hasta las basuras se transforman en materia prima. Lo único que se necesita es energía y tenemos la suficiente. No alcanzamos una eficiencia de un cien por cien, claro; hay pérdidas. Todos los años importamos una pequeña cantidad de agua; si nuestras necesidades aumentan, debemos importar algo de carbón y oxígeno.

—¿Cuándo podemos empezar la visita, consejero Blei? —pidió Lamorak.

La sonrisa de Blei perdió algo de su innecesaria cordialidad.

—Tan pronto como podamos, doctor. Hay ciertos trámites de rutina que hay que cumplir.

Lamorak asintió, terminó el cigarrillo y lo aplastó.

¿Trámites rutinarios? No había habido la menor vacilación en la correspondencia preliminar. Elsevere parecía orgulloso de que su excepcional existencia planetoidal hubiera atraído la atención de la Galaxia.

—Me doy cuenta de que podría perturbar una sociedad tan cerrada —y observó, sombrío, como Blei saltaba sobre el comentario y lo hacía suyo.

—Sí —dijo Blei—, nos sentimos diferenciados del resto de la Galaxia. Tenemos nuestras propias costumbres. Cada elseverio, individualmente, encaja en una cómoda hornacina. La aparición de un forastero de casta desconocida es desconcertante.

—¡Ah!, entonces el concepto de casta es algo connatural.

—En efecto —se apresuró a afirmar Blei—, pero también proporciona cierta seguridad. Tenemos reglas firmes de matrimonio y una rígida herencia de ocupación. Cada hombre, mujer y niño conoce su puesto, lo acepta y es aceptado en él; virtualmente desconocemos las neurosis o enfermedades mentales.

—¿Y no hay anormales? —preguntó Lamorak.

Blei preparó sus labios como si fuera a decir no; de pronto los cerró, comiéndose la palabra; en su frente se formó una profunda arruga. Al fin dijo:

—Voy a arreglar su visita, doctor. Entretanto, supongo que le encantará la oportunidad de refrescarse y dormir.

Se pusieron de pie al mismo tiempo y juntos salieron de la estancia. Blei, cortésmente, indicó al terrícola que pasara delante.

Lamorak se sintió oprimido por la vaga sensación de crisis que presintió en su conversación con Blei.

El periódico confirmó esta sensación. Lo leyó cuidadosamente antes de acostarse, con lo que al principio no era sino interés clínico. Era una publicación de ocho páginas en papel sintético. Un cuarto de lo impreso consistía en «personales»: nacimientos, matrimonios, muertes, récords, ampliación del volumen habitable (área, no; ¡tres dimensiones!). El resto incluía ensayos intelectuales, material educacional y ficción. De noticias, en el sentido al que estaba acostumbrado Lamorak, no había virtualmente nada.

Sólo un suelto podía ser considerado como tal y era estremecedor en su oscuridad.

Decía, bajo un pequeño título: *RECLAMACIONES INVARIABLES: No hubo cambios en su actitud de ayer. El consejero jefe anunció después de una segunda entrevista que sus reclamaciones siguen siendo insensatas y no pueden ser atendidas bajo ninguna circunstancia*.

Después, en un paréntesis y en tipo de letra distinto, había una aclaración: *Los*

editores de este periódico están de acuerdo en que Elsevere no puede y no se doblegará ante su silbido, pase lo que pase.

Lamorak lo leyó por tres veces: *Su* actitud. *Sus* reclamaciones. *Su* silbido.

¿De quién?

Aquella noche durmió muy mal.

Los días siguientes no fueron para periódicos, pero insistentemente no se le borraba de la mente.

Blei, que seguía siendo su guía y compañero en la mayoría de las visitas, se volvía cada vez más introvertido.

Al tercer día (artificialmente establecido por el reloj al estilo de las veinticuatro horas terrestres), Blei se detuvo en un momento dado y dijo:

—Este nivel está enteramente dedicado a industrias químicas. Esta sección no es importante…

Pero se volvió con excesiva rapidez y Lamorak le cogió del brazo.

—¿Qué productos son los de esta sección?

—Fertilizantes. Compuestos orgánicos —respondió Blei, con sequedad.

Lamorak le retuvo, tratando de descubrir qué era lo que Blei quería evadir. Su mirada barrió los cercanos horizontes de rocas y los edificios apretujados y escalonados en diversos niveles.

—¿No es esa una residencia particular? —preguntó Lamorak.

Blei no miró en la dirección indicada. Lamorak insistió:

—Creo que es la mayor que he visto hasta ahora. ¿Y por qué está ahí, en un nivel industrial?

Eso la hacía destacarse más. Ya se había dado cuenta de que los niveles en Elsevere estaban rígidamente divididos en residenciales, agrícolas e industriales.

Volvió la cabeza y gritó:

—¡Consejero Blei!

El consejero se alejaba y Lamorak fue tras el precipitadamente:

—¿Ocurre algo malo, señor?

—Soy un grosero —masculló Blei—. Lo sé y le pido perdón. Hay asuntos que pesan en mi mente…

Y siguió caminando apresuradamente.

—¿Respecto a *sus* reclamaciones?

Blei se paró en seco.

—¿Qué sabe *usted* de eso?

—Nada más que lo que he dicho. Es lo que leí en el periódico.

Blei murmuró algo entre dientes.

—¿Ragusnik? —repitió Lamorak—. ¿Y eso qué es?

Blei suspiró.

—Supongo que tendrá que enterarse. Es humillante y profundamente vergonzoso. El Consejo creyó que el asunto no tardaría en arreglarse y que no era necesario interferir en su visita; en una palabra, que no necesitaba enterarse o preocuparse. Pero llevamos ya una semana así. No sé lo que puede pasar y, pese a las apariencias, quizá sería mejor que se marchara. No hay motivos por los que un habitante del mundo exterior se arriesgue a morir.

El terrícola sonrió con incredulidad.

—¿Arriesgarme a morir? ¿En este pequeño mundo tan pacifico y trabajador?, no puedo creerlo.

—Yo se lo explicaré —se ofreció el elseverio—. Creo que será mejor que lo haga —volvió la cabeza—. Como le he dicho, todo en Elsevere debe reciclarse. Lo comprende.

—Sí.

—Esto incluye los desperdicios humanos.

—Me lo figure —dijo Lamorak.

—De ellos recuperamos agua por destilación y absorción. Lo que queda se convierte en fertilizantes para la cebada; parte se utiliza como compuestos orgánicos y otros productos derivados. Estas fábricas que puede ver están dedicadas a eso.

—¿Sí? —Lamorak había experimentado cierta prevención con el agua de beber cuando llegó a Elsevere, porque había sido lo bastante realista como para darse cuenta de dónde salía; pero afortunadamente había superado la impresión con relativa facilidad. Incluso en la Tierra, el agua era extraída de todo tipo de sustancias desagradables.

Blei, cada vez con mayor dificultad, prosiguió:

—Igor Ragusnik es el encargado del proceso industrial relacionado con los desechos. Pertenece a su familia desde que Elsevere fue colonizado por primera vez. Uno de los primeros colonizadores fue Mijail Ragusnik y él…, él…

—Fue el encargado de la recuperación de los desechos.

—Sí. Ahora bien, la residencia en que usted reparó es la de Ragusnik; la mejor y la más adornada del planetoide. Ragusnik disfruta de muchos privilegios que los demás no tenemos; pero, después de todo —continuó con voz cada vez más vehemente—, no podemos *hablarle*.

—¿Qué?

—Reclama absoluta igualdad social. Quiere que sus hijos se mezclen con los nuestros, que nuestras esposas visiten a… ¡Oh! —y en esa exclamación reflejó todo el asco que le producía.

Lamorak recordó el suelto del periódico que ni siquiera se había atrevido a mencionar el nombre de Ragusnik en letra de imprenta, ni decir nada específico sobre su reclamación. Comentó, pues:

—Deduzco que por su trabajo es un paria.

—Naturalmente. Desperdicios humanos y… —Las palabras le fallaban a Blei.

Después de una pausa, añadió más tranquilo—: Como habitante de la Tierra, supongo que no lo comprende.

—Como sociólogo, creo que sí. —Lamorak se acordó de los intocables de la antigua India, de los que manejaban cadáveres y pensó también en la situación de los porquerizos en la vieja Judea.

—Deduzco que Elsevere no accederá a sus reclamaciones —prosiguió.

—¡Jamás! —declaró Blei enérgicamente—. ¡Jamás!

—¿Y entonces?

—Ragusnik amenazó con dejar de trabajar.

—En otras palabras: hacer huelga.

—Sí.

—¿Sería muy grave?

—Tenemos comida y agua suficiente para cierto tiempo; su reclamación no es esencial en este sentido. Pero los desechos se acumularán, contaminarán el planetoide. Después de varias generaciones de un cuidadoso control de enfermedades, tenemos poca resistencia a las enfermedades microbianas. Una vez iniciada una epidemia…, caeríamos a centenares.

—¿Se da cuenta de ello Ragusnik?

—Sí, naturalmente.

—¿Cree, entonces, que mantendrá su amenaza?

—Está loco. Ya ha dejado de trabajar; no se han recogido los desechos desde el día en que usted aterrizó.

La nariz bulbosa de Blei husmeó el aire como si ya hubiera captado el hedor a excrementos.

Lamorak olfateó también maquinalmente, pero no notó nada. Blei continuó:

—Así que ya ve que tal vez sería prudente que se fuera. Nos sentimos humillados, claro, al tener que insinuárselo.

Pero Lamorak protestó:

—Espere, todavía no. ¡Dios Santo!, esto es para mí un caso profesional de gran interés. ¿Puedo hablar con Ragusnik?

—De ningún modo —exclamó Blei, alarmado.

—Pero me gustaría comprender la situación. Las condiciones sociológicas aquí son únicas y difíciles de repetir en otra parte. En nombre de la ciencia…

—¿Qué quiere decir? ¿Bastaría con una comunicación por imagen?

—Sí.

—Preguntaré al Consejo —musitó Blei.

Estaban sentados con Lamorak, incómodos, con sus expresiones austeras y

dignas, apenas modificadas por la ansiedad. Blei, sentado entre ellos, evitaba cuidadosamente la mirada del terrícola.

El consejero jefe, canoso, con un rostro profundamente arrugado y el cuello descarnado, habló con dulzura:

—Si por sus propias convicciones es capaz de persuadirle, señor, se lo agradeceremos. Sin embargo, por ningún concepto insinúe que podemos ceder, de una u otra forma.

Una cortina de gasa se desplegó entre Lamorak y el Consejo. Aún podía distinguir a los consejeros, uno a uno, antes de volverse vivamente hacia el receptor que tenía delante que cobró vida de pronto.

Apareció una cabeza de color natural con gran realismo. Era una cabeza fuerte, morena, mandíbula maciza, rostro mal rasurado, labios gruesos, rojos, apretados en una firme línea horizontal. La imagen dijo, suspicaz:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Steven Lamorak —contestó—. Procedo de la Tierra.

—¿Uno del mundo exterior?

—En efecto. Estoy de visita en Elsevere. ¿Es usted Ragusnik?

—Igor Ragusnik, a su servicio —dijo la imagen, burlona—. Sólo que no tengo servicio que prestarle, y no lo habrá hasta que a mi familia y a mí se nos trate como a seres humanos.

Lamorak preguntó:

—¿Se da cuenta del peligro en que se encuentra Elsevere y la posibilidad de contraer enfermedades contagiosas?

—La situación puede normalizarse en veinticuatro horas si me tratan con humanidad. Son ellos los que deben corregir la situación.

—Parece usted un hombre educado, Ragusnik.

—¿Y qué?

—Me han dicho que no se le niega ninguna comodidad material. Está usted alojado, vestido y alimentado mejor que cualquier otro en Elsevere. Sus hijos son los que mejor educación reciben.

—De acuerdo. Pero todo por servomecanismo. Y nos mandan niñas huérfanas de madre para que las eduquemos y criemos a fin de que sean nuestras esposas. Y se mueren jóvenes, de soledad. ¿Y por qué? —continuó preguntando con voz vehemente —. ¿Por qué debemos vivir aislados como si fuéramos monstruos, no aptos para estar cerca de los seres humanos? ¿Acaso no somos seres humanos como los demás, con las mismas necesidades, deseos y sentimientos? ¿No realizamos una función honrada y necesaria?

Se oyó un rumor de suspiros por detrás de Lamorak. Ragusnik lo oyó y levantó la voz:

—Les estoy viendo, consejeros, ahí detrás. Respóndanme: ¿No es una función honrada y útil? Son *sus* desechos los transformados en alimentación para *ustedes*. ¿Acaso el hombre que purifica la corrupción es peor que el hombre que la produce? Óiganme, consejeros, no voy a ceder. Dejen que todo Elsevere se contagie, incluyéndome a mí y a mi hijo si fuera necesario, pero no cederé. Mi familia estará mejor muerta de la infección que viviendo como ahora…

—Ha llevado este género de vida desde que nació, ¿no es verdad? —interrumpió Lamorak.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que ya estará acostumbrado.

—Acostumbrado, jamás. En todo caso, resignado. Mi padre estaba resignado y yo lo estuve durante un tiempo, pero veo a mi hijo, mi único hijo, sin ningún otro niño con quien jugar. Mi hermano y yo nos teníamos uno a otro, pero mi hijo jamás tendrá a nadie, y yo he dejado de estar resignado. He terminado con Elsevere y he terminado con esta conversación.

El receptor se apagó.

El rostro del consejero jefe había palidecido hasta volverse color pergamino. Él y Blei eran los únicos del grupo que quedaban con Lamorak. El consejero jefe dijo:

—Este hombre está perturbado; no sé cómo obligarle.

Tenía un vaso de vino a su lado, al acercarlo a sus labios vertió unas gotas que mancharon sus pantalones blancos de morado oscuro. Lamorak preguntó:

—¿Son sus peticiones tan imposibles? ¿Por qué no puede ser aceptado en sociedad?

Una rabia pasajera brilló en los ojos de Blei.

—¿El que maneja excrementos? —se encogió de hombros—. Claro, usted viene de la Tierra.

Lamorak pensó sin que viniera a cuento en otro inaceptable, en una de las numerosas creaciones del dibujante de comics Al Capp. Los que él llamaba, «obrero entre las mofetas». Dijo:

—¿Maneja realmente los excrementos? Quiero decir si tiene contacto físico. Supongo que todo lo manejarán máquinas automáticas.

—Naturalmente —contestó el consejero jefe.

—Entonces, ¿cuál es exactamente la función de Ragusnik?

—Ajusta manualmente los controles que aseguran el buen funcionamiento de la maquinaria; desplaza unidades para permitir su reparación; modifica el tipo de funcionamiento según la hora del día; varía la producción final según la demanda. —Y añadió con tristeza—. Si dispusiéramos del espacio preciso para hacer la maquinaria diez veces más compleja, todo podría hacerse automáticamente; pero sería un dispendio innecesario.

—Incluso así —insistió Lamorak—, lo único que hace Ragusnik es apretar botones, cerrar contactos o cosas así.

—Sí.

—Entonces, su trabajo no es diferente del de cualquier otro elseverio.

—No lo comprende —dijo Blei, terco.

—¿Y sólo por eso arriesgan las vidas de sus hijos?

—No tenemos opción —había suficiente angustia en su voz para que Lamorak comprendiera que la situación era lacerante para Blei, pero que en realidad no tenía dónde elegir.

Lamorak se encogió de hombros, asqueado.

—Entonces, paren la huelga. Oblíguenle.

—¿Cómo? —preguntó el consejero jefe—. ¿Quién querría tocarle o acercársele? Y si le matamos disparándole a distancia, ¿de qué va a servirnos?

Lamorak, pensativo, preguntó:

—¿Sabría manejar sus máquinas?

—¿Quién, yo? —gritó asustado el consejero poniéndose en pie.

—No me refiero a *usted* —exclamó Lamorak al instante—. Usé la fórmula en sentido indefinido. ¿Podría *aprender* alguien cómo manejar la maquinaria de Ragusnik?

Poco a poco el susto abandonó el rostro del consejero jefe.

—Estoy seguro que está en los manuales, aunque le aseguro que nunca me preocupé por averiguarlo.

—Entonces, ¿podría alguien aprender el procedimiento y sustituir a Ragusnik hasta que el hombre ceda?

—¿Quién aceptaría tal cosa? —dijo Blei—. Por lo menos yo no, en ninguna circunstancia.

Lamorak pensó fugazmente en los tabúes de la Tierra que podían ser casi tan fuertes. Pensó en el canibalismo, en el incesto y en un hombre piadoso maldiciendo a Dios. Comentó:

—Pero deben de haber previsto la vacante en el trabajo de Ragusnik. Supónganse que muera.

—Automáticamente le sucedería su hijo en el empleo o su pariente más cercano —explicó Blei.

—¿Y si careciera de parientes adultos? ¿Y si toda su familia falleciera a la vez?

—Esto no ha ocurrido nunca, ni jamás ocurrirá. —El consejero jefe añadió:

—Si existiera ese peligro, quizá podríamos colocar a un niño o dos con los Ragusnik y que lo prepararan para esa profesión.

—¡Ah!, ¿y cómo elegirían al niño?

—Entre los hijos de madres muertas de parto, lo mismo que elegimos a las futuras esposas Ragusnik.

—Entonces, empiecen ya a elegir por suerte a un sustituto para Ragusnik.

El consejero jefe exclamó:

—*¡No! ¡Imposible!* ¿Cómo puede sugerir tal cosa? Si seleccionamos un niño, puede educársele para esa vida; no conocería otra. En este momento tendríamos que elegir un adulto y someterle a la ragusnicatura. No, doctor Lamorak, no somos ni monstruos ni brutos insensibles.

«Es inútil —se dijo Lamorak descorazonado—. Es inútil a menos que…»

Pero todavía no se veía con ánimos para hacer frente a ese «a menos que».

Por la noche Lamorak apenas durmió. Ragusnik reclamaba sólo lo básico de humanidad. Pero, en contra, había treinta mil elseverios que iban a morir.

Por una parte, el bienestar de treinta mil; por la otra, la justa reclamación de una familia. ¿Podía decirse que treinta mil partidarios de la injusticia merecían morir? Injusticia, sí; pero, ¿desde qué punto de vista? ¿Tierra? ¿Elsevere? ¿Y quién era Lamorak para juzgar?

¿Y Ragusnik? Estaba dispuesto a dejar que treinta mil murieran, incluyendo hombres y mujeres que se limitaban a aceptar una situación que se les había enseñado a aceptar y que no podían cambiar aunque lo quisieran. Y los niños, que no tenían nada que ver.

Treinta mil por un lado; una familia por el otro.

Lamorak tomó una determinación desesperada. Por la mañana llamó al consejero jefe. Le dijo:

—Señor, si puede encontrar un sustituto, Ragusnik verá que ha perdido la oportunidad de forzar una decisión en su favor y volverá al trabajo.

—No puede haber sustituto —suspiró el consejero jefe—. Ya se lo he explicado.

—Ningún sustituto entre los elseverios, pero yo no soy elseverio y no me importa. *Yo* le sustituiré.

Estaban excitados, mucho más excitados que el propio Lamorak. Le preguntaron más de una docena de veces si lo decía en serio.

Lamorak, sin afeitar, estaba mareado.

—Claro que lo digo en serio. Y cada vez que Ragusnik se porte así pueden importar un sustituto. Ningún otro mundo tiene este tabú y siempre habrá montones de sustitutos temporales disponibles si se les paga bien.

(Estaba traicionando a un hombre brutalmente explotado, y le constaba. Pero desesperadamente pensó: «Salvo en el ostracismo le tratan muy bien. Muy bien.»)

Le entregaron los manuales y pasó seis horas leyendo y volviendo a leer. Era inútil hacerles preguntas. Ninguno de los elseverios tenía la menor idea del trabajo, excepto por lo que decía el manual, y todos parecían sentirse incómodos si se mencionaban los detalles.

«Mantenga la lectura O en el galvanómetro A-2 durante todo el tiempo que se encienda la luz roja en el aullador-Lunge», leyó Lamorak. «¿Qué diablos puede ser un aullador-Lunge?»

—Habrá una indicación —sugirió Blei, y los elseverios se miraron avergonzados unos a otros e inclinaron las cabezas para contemplarse las uñas.

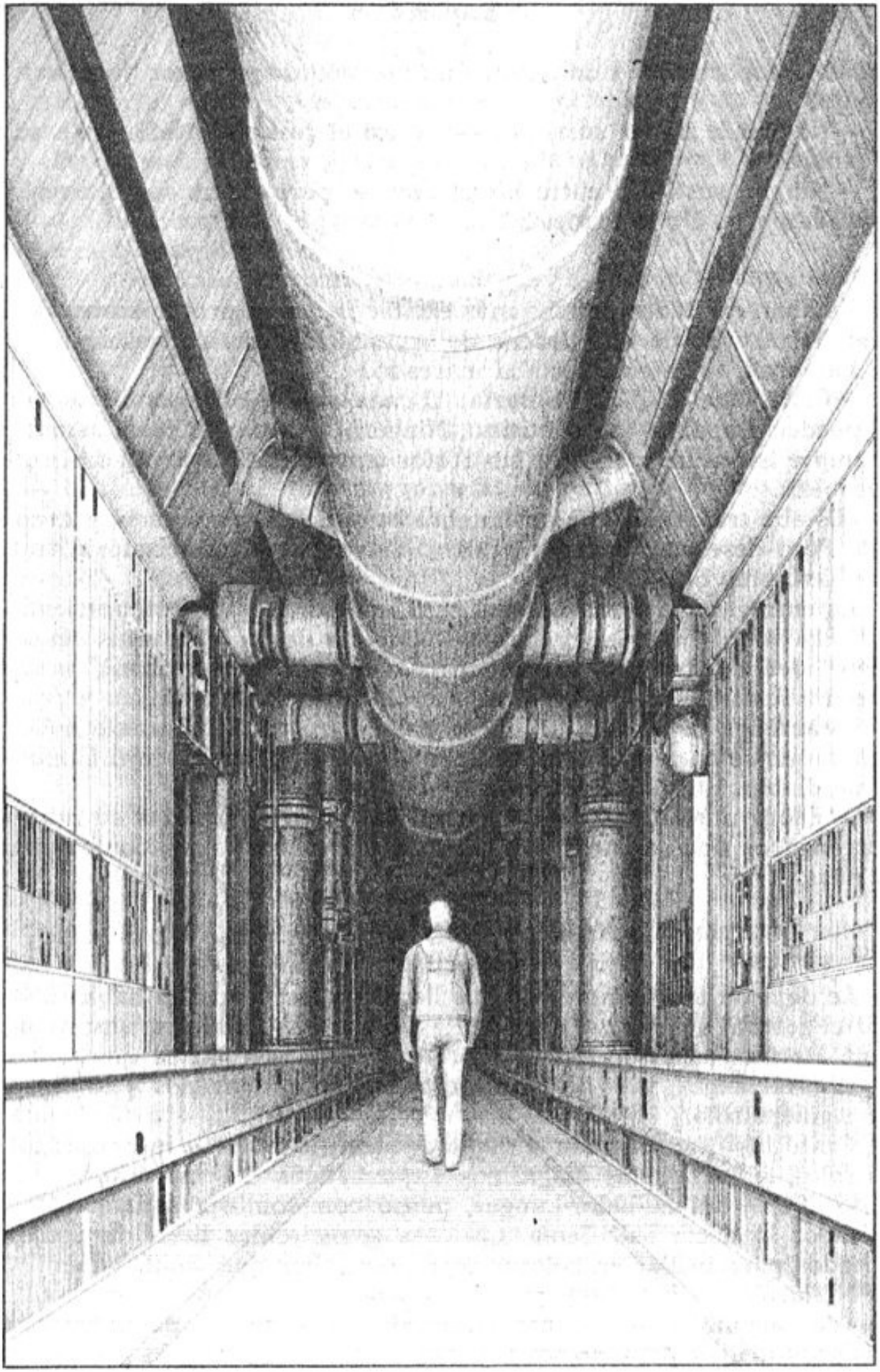
Le dejaron mucho antes de que llegara a las pequeñas habitaciones, cuartel general de generaciones de Ragusniks trabajando para su mundo. Tenía instrucciones específicas sobre que direcciones tenía que tomar y a qué nivel llegar, pero se quedaron de pronto rezagados y le dejaron que siguiera solo.

Cruzó las estancias con dificultad, identificando los instrumentos y controles, siguiendo los diagramas esquemáticos del manual.

«Allí hay un aullador-Lunge», pensó con sombría satisfacción. El indicador lo decía así. Tenía una cara semicircular llena de agujeros pensados para brillar en colores separados. ¿Por qué «aullador»?

Ni idea.

«Por alguna parte —pensó Lamorak—, por alguna parte hay desechos acumulados, pesando sobre palancas y salidas, tuberías y silos esperando a que se les maneje de cien modos diferentes. De momento no hacen sino acumularse.»



No sin un estremecimiento, tiró del primer interruptor como le indicaba el manual en sus consejos para «Iniciación». Un suave murmullo vital se dejó sentir a través de suelos y paredes. Giró una manecilla y las luces se encendieron.

A cada paso consultaba el manual, aunque ya se lo sabía de memoria, y con cada paso las estancias se iluminaban y los diales indicadores se ponían en movimiento aumentando de volumen los zumbidos.

Al fondo de las naves los desechos acumulados iban siendo dirigidos a los canales apropiados.

Una señal estridente sobresaltó a Lamorak que lo sacó de su penosa concentración. Era una señal de comunicaciones y Lamorak manipuló torpemente el receptor para que entrara en acción.

Apareció la cabeza de Ragusnik, asombrado; después, poco a poco, la incredulidad y el sobresalto desaparecieron de sus ojos:

—Así es *como* lo hacen.

—No soy un elseverio, Ragusnik. Y no me importa hacer esto.

—Pero a usted, ¿qué le importa todo este asunto? ¿Por qué se mete?

—Estoy de su parte, Ragusnik, pero tengo que hacerlo.

—¿Y por qué, si está de mí parte? ¿Acaso en su mundo tratan a la gente como me tratan aquí?

—Ya no. Pero aún teniendo toda la razón, hay que tener en cuenta las treinta mil personas de Elsevere.

—Hubieran cedido; ha destruido mi única oportunidad.

—No hubieran cedido. Y, en cierto modo, usted ha ganado; saben que está descontento. Hasta ahora nunca soñaron siquiera que un Ragusnik pudiera ser desgraciado, que pudiera crearles problemas.

—Y ahora que están enterados, lo único que necesitan hacer es contratar a uno del mundo exterior en cualquier momento.

Lamorak sacudió violentamente la cabeza. Lo había pensado bien en las últimas horas amargas:

—El hecho de que estén enterados significa que los elseverios empezarán a pensar en usted; algunos incluso se preguntarán si es justo tratar así a un ser humano. Y si se contrata a gente del mundo exterior, la noticia sobre lo que ocurre en Elsevere se propagará y la opinión del público de la Galaxia estará a su favor.

—¿Y?

—Las cosas mejorarán. Con su hijo todo será mucho mejor.

—¡Con mi hijo! —replicó Ragusnik, desalentado—. ¡Ojalá fuera ahora! Bueno, he perdido. Volveré al trabajo.

Lamorak experimentó un inmenso alivio.

—Si viene usted ahora, señor, recuperará su trabajo y consideraré un honor estrecharle la mano.

Ragusnik levantó la cabeza y su expresión fue de amargo orgullo:

—Me llama usted «señor» y me ofrece estrecharme la mano. Siga su camino, terrícola, y déjeme mi trabajo, porque yo no estrecharía la suya.

Lamorak se volvió por donde había venido, satisfecho porque la crisis había terminado y, a la vez, profundamente deprimido.

Se paró sorprendido cuando encontró una sección del corredor acordonada, de forma que no podía pasar. Buscó rutas alternativas y le sobresaltó una voz amplificada, sobre su cabeza, que le decía:

—Doctor Lamorak, ¿me oye? Soy el consejero Blei.

Lamorak levantó la vista. La voz salía de algún sistema de megafonía público, pero no supo ver el altavoz. Contestó:

—¿Pasa algo? ¿Puede oírme?

—Le oigo.

Lamorak gritaba instintivamente.

—¿Ocurre algo malo? Aquí estoy bloqueado. ¿Es que ha habido complicaciones con Ragusnik?

—Ragusnik ha vuelto al trabajo —oyó decir a Blei—. La crisis ha terminado, y usted debe prepararse para marchar.

—¿Marchar?

—Abandonar Elsevere; se está preparando una nave para usted.

—Espere un poco. —Lamorak se sentía confuso ante el súbito rumbo de los acontecimientos—. No he terminado aún mi recopilación de datos.

—Es algo inevitable —oyó decir a Blei—. Se le dirigirá a la nave y sus pertenencias se le mandarán por servomecanismo. Confiamos…, confiamos…

Lamorak empezaba a ver claro.

—¿Confían en *qué*?

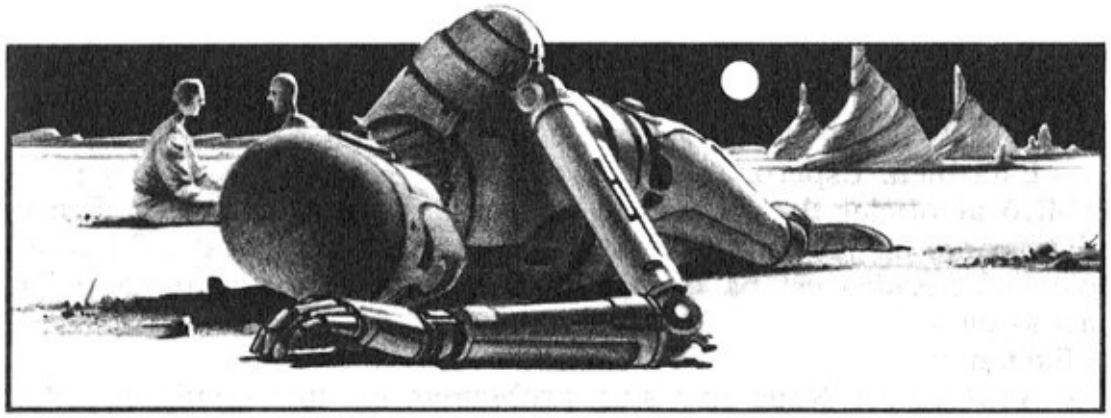
—Confiamos en que no tratará de ver o hablar directamente con ningún elseverio. Y, naturalmente, confiamos en que nos ahorrará bochorno y complicaciones no regresando nunca a Elsevere en el futuro. Cualquier colega suyo será bien recibido si precisaran más datos sobre nosotros.

—Comprendo —dijo Lamorak con voz opaca. Por lo visto él se había transformado también en un Ragusnik. Había tocado los controles que a su vez habían tocado los desechos; estaba desterrado. Era un enterrador, un porquerizo, el hombre del trabajo maloliente.

—Adiós —terminó diciendo.

—Antes de que le dirijamos, doctor Lamorak —prosiguió la voz de Blei—, en nombre del Consejo de Elsevere le doy las gracias por su ayuda en esta crisis.

—De nada —contestó amargamente Lamorak.



LA MÁQUINA QUE GANÓ LA GUERRA

Faltaba mucho aún para que terminara la celebración incluso en las cámaras subterráneas de «Multivac». Se palpaba en el ambiente.

Por lo menos quedaba el aislamiento y el silencio. Era la primera vez en diez años que los técnicos no circulaban apresurados por las entrañas de la computadora gigante, que las luces tenues no parpadeaban sus extraños recorridos, que el chorro de información hacia dentro y hacia fuera se había detenido.

Claro que no sería por mucho tiempo, porque las necesidades de la paz serían apremiantes. Sin embargo, durante un día, o quizá durante una semana, «Multivac» podría celebrar el gran acontecimiento y descansar.

Lamar Swift se quitó el gorro militar que llevaba puesto y miró de arriba abajo el largo y vacío corredor principal de la inmensa computadora. Se sentó cansado sobre uno de los taburetes giratorios de los técnicos y su uniforme, con el que nunca se había encontrado cómodo, adquirió un aspecto agobiante y arrugado.

—Aunque de un modo extraño lo echaré todo en falta. Es difícil recordar cuando no estuvimos en guerra con Deneb. Ahora me parece antinatural estar en paz con ellos y contemplar las estrellas sin ansiedad.

Los dos hombres que acompañaban al director ejecutivo de la Federación Solar eran más jóvenes que Swift. Ninguno tenía tantas canas ni parecía tan cansado como él.

John Henderson, con los labios apretados, encontraba dificultad en controlar el alivio que sentía por el triunfo.

—¡Están destruidos! ¡Están destruidos! —dijo sin poder contenerse—. Es lo que no dejaba de decirme una y otra vez y aún no puedo creerlo. Hablábamos tanto todos, hace tantísimos años, de la amenaza que se cernía sobre la Tierra, sobre sus mundos, y sobre todos los seres humanos que todo era cierto hasta el tiempo, y hasta el último detalle. Ahora estamos vivos y son los de Deneb los destruidos y acabados. Ahora, nunca más serán una amenaza.

—Gracias a «Multivac» —afirmó Swift con una mirada tranquila al imperturbable Jablonsky, que durante toda la guerra había sido el intérprete jefe de aquel oráculo de la ciencia—. ¿No es cierto, Max?

Jablonsky se encogió de hombros. Maquinalmente alargó la mano hacia un cigarrillo, pero decidió no encenderlo. Entre los millares que habían vivido en los túneles dentro de «Multivac», sólo él tenía permiso para fumar, pero hacia el final se había esforzado por evitar aprovecharse del privilegio.

—Eso es lo que *dicen* —comentó. Su pulgar señaló por encima del hombro derecho, hacia arriba.

—¿Celoso, Max?

—¿Por qué aclaman a «Multivac»? ¿Por qué «Multivac» es la gran heroína de la humanidad en esta guerra? —El rostro seco de Jablonsky adoptó una expresión de aparente desdén—. ¿A mí qué me importa? Si eso les satisface, dejad que «Multivac» sea la máquina que ganó la guerra.

Henderson miró a los otros dos por el rabillo del ojo. En ese breve descanso que los tres habían buscado instintivamente en el rincón tranquilo de una metrópoli enloquecida, en ese entreacto entre los peligros de la guerra y las dificultades de la paz, cuando, por un momento, todos se encontraban acabados, solamente sentía el peso de la culpa.

De pronto fue como si aquel peso fuera difícil de soportar por más tiempo. Había que desprenderse de él, junto con la guerra: pero ¡ya!

—«Multivac» —declaró Henderson— no tiene nada que ver con la victoria. Es solamente una máquina.

—Sí, pero grande —replicó Smith.

—Entonces, solamente una máquina grande no mejor que los datos que la alimentaban —por un momento se detuvo, impresionado él mismo por lo que acababa de decir.

Jablonsky le miró, sus dedos gruesos buscaron de nuevo un cigarrillo y otra vez dieron marcha atrás.

—¿Quién mejor que tú para saberlo? Le proporcionaste los datos. ¿O es que quieres quedarte con el mérito tu solo?

—No —contestó Henderson, —furioso—, no hay méritos. ¿Qué sabes tú de los datos que utilizaba «Multivac», predigeridos por cien computadoras subsidiarias de la Tierra, de la Luna y de Marte, incluso de Titán? Con Titán siempre retrasado dando la impresión de que sus cifras introducirían una desviación inesperada.

—Haría enloquecer a cualquiera —dijo Swift con sincera simpatía.

Henderson sacudió la cabeza:

—No era sólo eso. Admito que hace ocho años, cuando remplacé a Lepont como jefe de Programación, me sentí nervioso. En aquellos días todas esas cosas eran excitantes. La guerra era aún algo lejano, una aventura sin peligro real. No habíamos llegado al punto en que fueran las naves dirigidas las que se hicieran cargo y en que

los ingenios interestelares pudieran tragarse a un planeta completo si se les lanzaba correctamente. Pero cuando empezaron las verdaderas dificultades… —rabioso, pues al fin podía permitirse ese lujo, masculló—: De eso no sabéis nada.

—Bien —contemporizó Swift—, cuéntanoslo. La guerra ha terminado. Hemos ganado.

—Sí —asintió Henderson. Tenía que recordar que la Tierra había ganado y todo había salido bien—. Pues los datos resultaron inútiles.

—¿Inútiles? ¿Quieres decir literalmente inútiles? —preguntó Jablonsky.

—Literalmente inútiles. ¿Qué podías esperar? El problema con vosotros dos era que estabais en medio de todo. Nunca salisteis de «Multivac», ni tú ni Max. El señor director no dejó nunca la Mansión salvo para hacer visitas de estado donde veía exactamente lo que querían que viera.

—Pero yo no estaba ciego —cortó Swift—, como quieres dar a entender.

—¿Sabe hasta qué extremo los datos concernientes a nuestra capacidad de producción, a nuestro potencial de medios, a nuestra mano de obra especializada, a todo lo importante para el esfuerzo bélico no eran de fiar, ni se podía contar con ellos durante la última mitad de la guerra? Los jefes de grupo tanto civiles como militares no tenían otra obsesión que proyectar su buena imagen, por decirlo así, oscureciendo lo malo y ampliando lo bueno. Fuera lo que fuera lo que pudieran hacer las máquinas, los hombres que las programaban y los que interpretaban los resultados sólo pensaban en su propia piel y en los competidores que había que eliminar. No había modo de parar eso. Lo intenté y fracasé.

—Naturalmente —le consoló Swift—. Comprendo que lo hicieras.

Esta vez Jablonsky decidió encender el cigarrillo:

—Pero yo imagino que tú proporcionaste datos a «Multivac» al programarlo. No nos hablaste para nada de ineficacia.

—¿Cómo podía decirlo? Y si lo hubiera hecho, ¿cómo podían creerme? —preguntó Henderson desesperado—. Nuestro esfuerzo de guerra estaba acoplado a «Multivac». Era un arma tremenda porque los denebianos no tenían nada parecido. ¿Qué otra cosa mantenía en alto nuestra moral sino la seguridad de que «Multivac» predeciría y desviaría cualquier movimiento denebiano y dirigiría nuestros movimientos? Después de que nuestro ingenio espía instalado en el hiperespacio fue destruido carecíamos de datos fiables sobre los denebianos para alimentar a «Multivac» y no nos atrevimos a *publicarlo*.

—Cierto —dijo Swift.

—Bien —prosiguió Henderson—. Pero si le hubiera dicho que los datos no eran de fiar, ¿qué hubiera podido hacer sino remplazarme y no creerme? No lo podía permitir.

—¿Qué hiciste? —quiso saber Jablonsky.

—Puesto que la guerra se ha ganado, os diré lo que hice. Corregí los datos.

—¿Cómo? —preguntó Swift.

—Intuitivamente, supongo. Les fui dando vueltas hasta que me parecieron correctos. Al principio casi no me atrevía. Cambiaba un poco aquí, otro poco allí para corregir lo que eran imposibilidades obvias. Al ver que el cielo no se nos caía encima, me sentí más valiente. Al final apenas me preocupaba. Me limitaba a escribir los datos precisos a medida que se necesitaban. Incluso hice que el anexo de «Multivac» me preparara datos según un plan de programación privada que inventé a ese propósito.

—¿Cifras al azar? —preguntó Jablonsky.

—En absoluto. Introduje el número de desviaciones necesarias.

Jablonsky sonrió. Sus ojillos oscuros brillaron tras sus párpados arrugados.

—Por tres veces me llegó un informe sobre utilización no autorizada del anexo, y le dejé pasar todas las veces. Si hubiera importado le habría seguido la pista descubriéndote, John, y averiguando así lo que estabas haciendo. Pero, naturalmente, nada sobre «Multivac» importaba en aquellos días, así que te saliste con la tuya.

—¿Qué quiere decir que no importaba nada? —insistió Henderson, suspicaz.

—Nada importaba nada. Supongo que si te lo hubiera dicho entonces te habría ahorrado tus angustias, pero también si tú te hubieras confiado a mí, me habrías ahorrado las mías. ¿Qué te hizo pensar que «Multivac» funcionaba bien, por muy furiosos que fueran los datos con que la alimentabas?

—¿Que no funcionaba bien? —exclamó Swift.

—No del todo. No para fiarse. Al fin y al cabo, ¿dónde estaban mis técnicos en los últimos años de la guerra? Te lo diré, alimentaban computadoras de mil diferentes aparatos especiales. ¡Se habían ido! Tuve que arreglarme con chiquillos en los que no podía confiar y veteranos anticuados. Además, ¿creen que podía fiarme de los componentes en estado sólido que salían de Criogenética en los últimos años? Criogenética no estaba mejor servido de personal que yo. Para mí, no tenía la menor importancia que los datos que estaban siendo suministrados a «Multivac» fueran o no fiables. Los *resultados* no lo eran. Yo lo sabía.

—¿Qué hiciste? —preguntó Henderson.

—Hice lo que tú, John. Introduje datos falsos. Ajusté las cosas de acuerdo con la intuición… y así fue como la máquina ganó la guerra.

Swift se recostó en su sillón y estiró las piernas.

—¡Vaya revelaciones! Ahora resulta que el material que se me entregaba para guiarme en mi capacidad de «tomar decisiones» era una interpretación humana de datos preparados por el hombre. ¿No es verdad?

—Eso parece —afirmó Jablonsky.

—Ahora me doy cuenta de que obré correctamente al no confiar en ellos —declaró Swift.

—¿No lo hiciste? —insistió Jablonsky que, pese a lo que acababa de oír consiguió parecer profesionalmente insultado.

—Me temo que no. A lo mejor «Multivac» me decía: «Ataque aquí, no ahí»;

«haga esto, no aquello»; «espere, no actúe». Pero nunca podía estar seguro de si lo que «Multivac» parecía decirme, me lo decía realmente; o si lo que realmente decía, lo decía en serio. Nunca podía estar seguro.

—Pero el informe final estaba siempre muy claro, señor —objetó Jablonsky.

—Quizá lo estaría para los que no tenían que tomar una decisión. No para mí. El horror de la responsabilidad de tales decisiones me resultaba intolerable y ni siquiera «Multivac» bastaba para quitarme ese peso de encima. Pero lo importante era que estaba justificado en mis dudas y encuentro un tremendo alivio en ello.

Envuelto en la conspiración de su mutua confesión, Jablonsky dejó de lado todo protocolo:

—Pues, ¿qué hiciste, Lamar? Después de todo había que tomar decisiones.

—Bueno, creo que ya es hora de regresar pero… os diré primero lo que hice. ¿Por qué no? Utilicé una computadora, Max, pero una más vieja que «Multivac», mucho más vieja.

Se metió la mano en el bolsillo en busca de cigarrillos y sacó un paquete y un puñado de monedas, antiguas monedas con fecha de los primeros años antes de que la escasez del metal hubiera hecho nacer un sistema crediticio sujeto a un complejo de computadora.

Swift sonrió con socarronería:

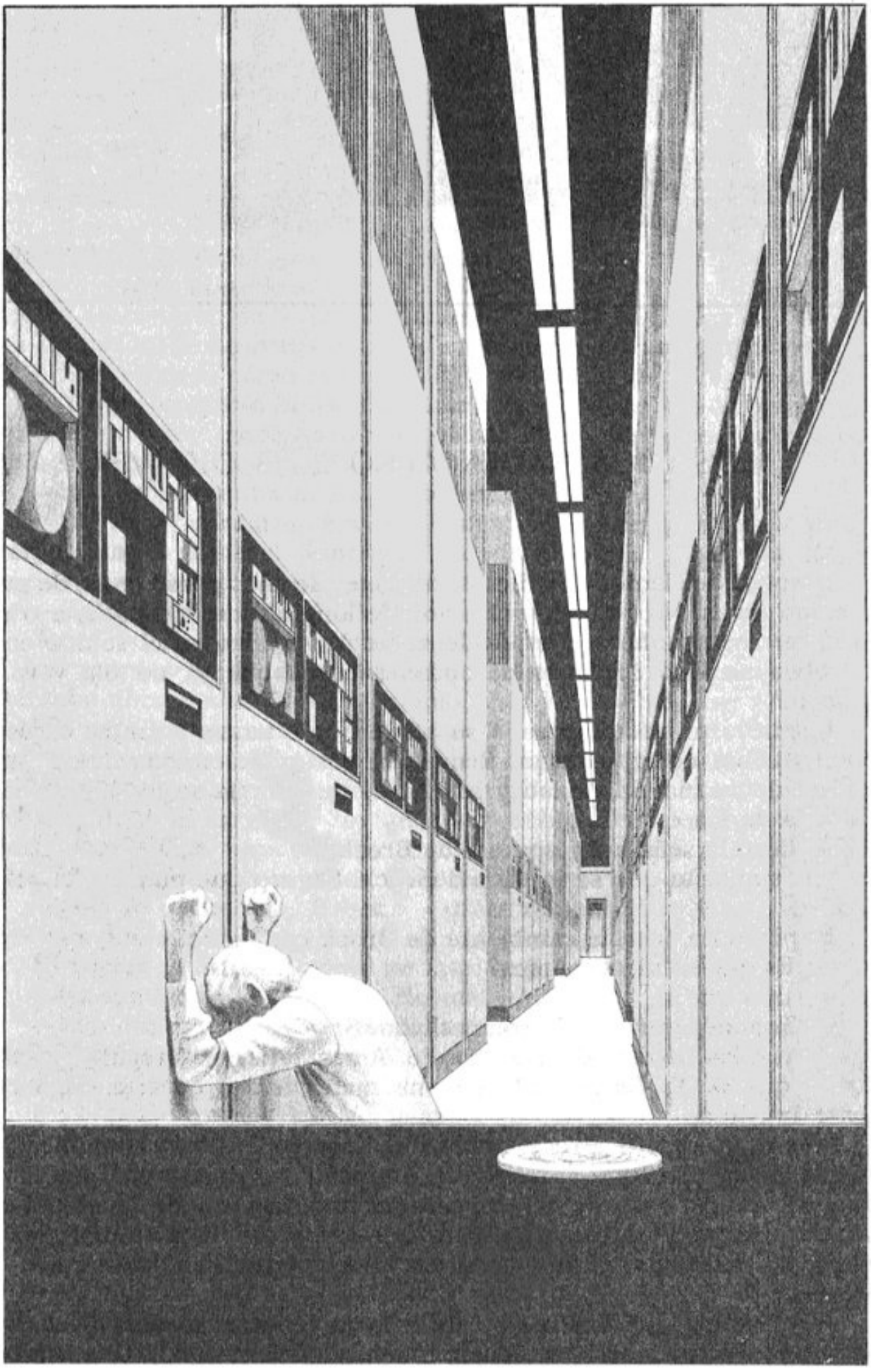
—Las necesito para hacer que el dinero me parezca sustancial. Para un viejo resulta difícil abandonar los hábitos de la juventud.

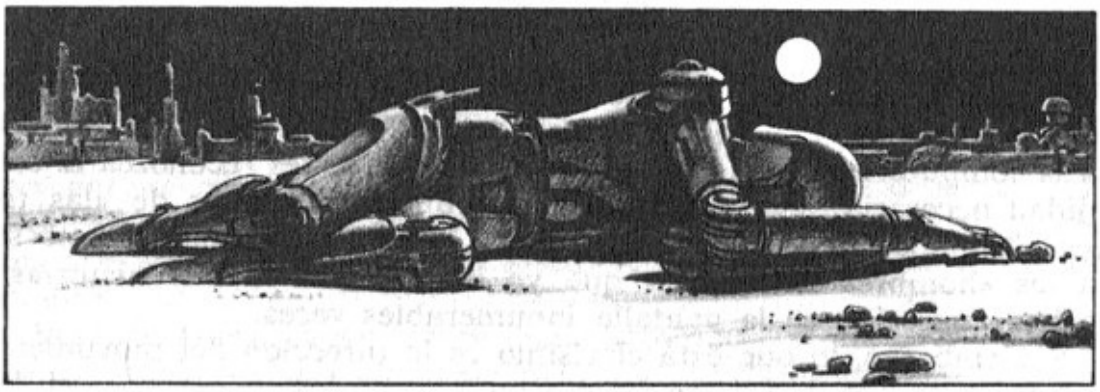
Se puso un cigarrillo entre los labios y fue dejando caer las monedas, una a una, en el bolsillo. La última la sostuvo entre los dedos, mirándola sin verla.

—«Multivac» no es la primera computadora, amigos, ni la más conocida ni la que puede, eficientemente, levantar el peso de la decisión de los hombros del ejecutivo. Una máquina *ganó* en efecto, la guerra, John; por lo menos un aparato computador muy simple lo hizo; uno que utilicé todas las veces que tenía que tomar una decisión difícil.

Con una leve sonrisa lanzó la moneda que sostenía. Brilló en el aire al girar y volver a caer en la mano tendida de Swift. Cerró la mano izquierda y la puso sobre el dorso. La mano derecha permaneció inmóvil, ocultando la moneda.

—¿Cara o cruz, caballeros? —dijo Swift.





LOS OJOS HACEN ALGO MÁS QUE VER

Después de cientos de miles de millones de años pensó en él, de pronto, como Ames. No en la combinación de longitud de onda que, a través del universo, era ahora el equivalente de Ames, sino en el sonido en sí. Le volvía un leve recuerdo de ondas sonoras que ya no oía y ya no podía oír.

El nuevo proyecto aguzaba su recuerdo de tantas y tantas cosas de eones y eones de antigüedad. Redujo el vórtex de energía que sumaba el total de su individualidad y sus líneas de energía se tendieron hasta más allá de las estrellas.

Le llegó la señal de respuesta de Brock.

Por supuesto que se lo diría a Brock. Seguro que podía decírselo a alguien.

El plano de energía cambiante de Brock comunicó.

—¿Es que no vienes, Ames?

—Claro que sí.

—¿Tomarás parte en la competición?

—Sí —las líneas de energía de Ames latieron irregularmente—. Seguro que sí. Ya he pensado en una nueva forma de arte. Algo realmente inusitado.

Por un momento, Brock cambió de fase y perdió la comunicación, así que Ames tuvo que apresurarse a ajustar sus líneas energéticas. Al hacerlo captó el paso de otros pensamientos, la vista de la empolvada Galaxia resaltando del terciopelo de la nada, y las líneas de energía latiendo en incesantes multitudes de energía-vida, tendidas entre las galaxias.

—Por favor —dijo Ames—, absorbe mis pensamientos, Brock. No cierres. He pensado en manipular materia. ¡Imagínatelo! Una sinfonía de materia. ¿Por qué molestarse con energía? Claro que en energía no hay nada nuevo, ¿cómo puede haberlo? ¿No te demuestra eso que debemos trabajar con la materia?

—¡Materia!

Ames interpretó las vibraciones energéticas de Brock como expresión de asco. Preguntó:

—¿Por qué no? También nosotros fuimos materia hace…, hace…, por lo menos mil millones de millones de años. ¿Por qué no fabricar objetos de materia, de formas abstractas?, oye, Brock, ¿por qué no hacer una imitación de nosotros mismos en materia tal como fuimos?

—No recuerdo cómo era eso —dijo Brock—. Nadie lo recuerda.

—Yo sí —contestó Ames enérgicamente—. No he estado pensando en otra cosa y estoy empezando a recordar, Brock, deja que te lo enseñe. Dime si tengo razón. Dímelo.

—No. Es una tontería. Es… repulsivo.

—Déjame intentarlo, Brock. Hemos sido amigos, hemos pulsado energía juntos desde el principio…, desde el momento en que nos volvimos lo que somos. Brock, ¡por favor!

—Entonces, que sea rápido.

Ames no había experimentado hasta entonces tal estremecimiento en sus propias líneas de energía en…, ¿en cuánto tiempo sería? Si lo intentaba ahora para Brock y funcionaba, podía atreverse a manipular materia ante los seres-energéticos reunidos que habían estado esperando tan angustiosamente a lo largo de eones a que surgiera algo nuevo.

La materia era escasa allí entre las galaxias, pero Ames la recogió, reuniéndola a lo largo de los años luz cúbicos, eligiendo los átomos, consiguiendo una consistencia arcillosa y obligando a la materia a una forma ovoide que se ensanchaba por abajo.

—¿No lo recuerdas, Brock? —preguntó a media voz—. ¿No era algo parecido a esto?

El vórtex de Brock tembló en fase:

—No me lo hagas recordar. No me acuerdo.

—Eso era la cabeza. Lo llamaban cabeza. Lo recuerdo con tal claridad que necesitaba decirlo. Me refiero al sonido… —esperó, luego preguntó—. Mira, ¿recuerdas eso?

En la parte frontal del ovoide apareció CABEZA.

—¿Y eso qué es? —preguntó Brock.

—Es la palabra para cabeza. Los símbolos que indicaban la palabra en sonido. Dime que lo recuerdas, Brock.

—Había algo —titubeó Brock—, algo en medio.

Apareció un bulto vertical. Ames exclamó:

—¡Sí! Nariz, ¡eso es! —y encima apareció NARIZ—. Y éstos son los ojos a cada lado —OJO IZQUIERDO. OJO DERECHO.

Ames contempló lo que había formado, mientras sus líneas de energía pulsaban despacio. ¿Estaba seguro de que parecía eso?

—Boca —exclamó con pequeños estremecimientos— y barbilla y nuez, y las clavículas. ¡Cómo me van volviendo las palabras! —y aparecieron en la forma.

Brock comentó:

—Hace cientos de miles de millones de años que no había pensado en ellas. ¿Por qué me las recuerdas? ¿Por qué?

Ames estaba momentáneamente perdido en sus pensamientos.

—Y algo más. Órganos para oír; algo para captar las ondas sonoras. ¡Orejas! ¿A dónde van? No recuerdo bien donde ponerlas…

Brock gritó de súbito:

—¡Déjalo ya! Las orejas y lo demás. ¡No lo recuerdes!

—¿Qué hay de malo en recordar? —murmuró Ames indeciso.

—Porque el exterior no era duro y frío como ahora, sino suave y tibio. Porque los ojos eran tiernos y vivos y los labios de la boca vibraban y eran dulces sobre los míos —las líneas energéticas de Brock latían y vacilaban, latían y vacilaban. Ames exclamó:

—¡Perdón! ¡Perdón!

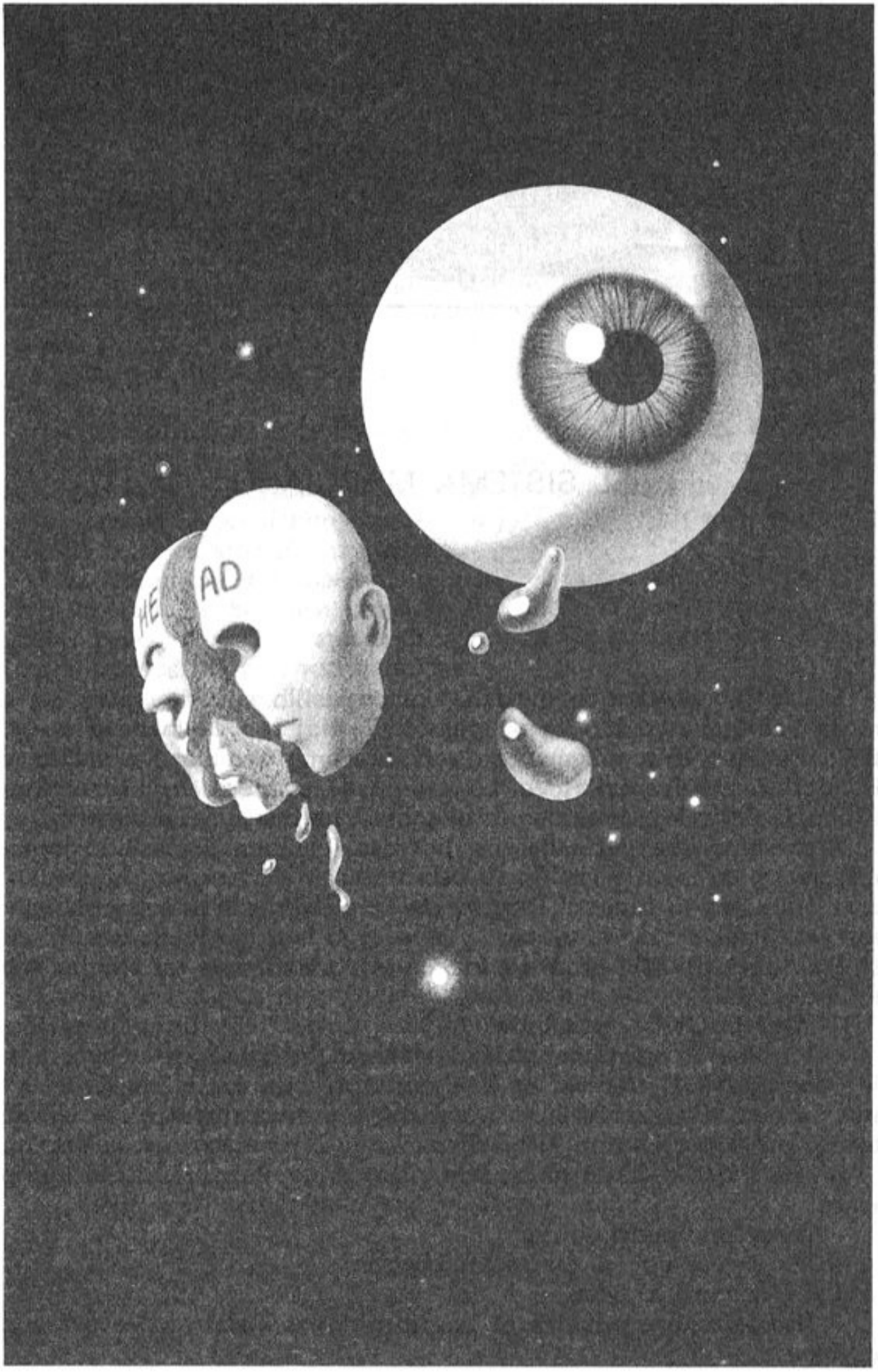
—Me estás recordando que en tiempos fui mujer y conocía el amor, que los ojos hacen más que ver y que ya no tengo ninguno que lo haga por mí.

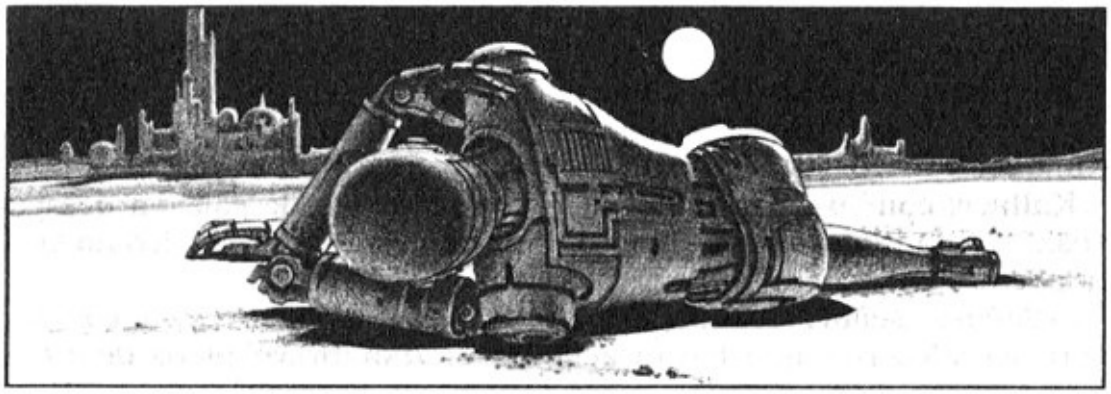
Violentamente, añadió materia a la burda cabeza y dijo:

—¡Deja, pues, que lo hagan *ellos*! —y dio media vuelta y huyó.

Y Ames vio también y recordó que en tiempos había sido un hombre. La fuerza de su vórtex partió la cabeza por la mitad, y escapó por las galaxias siguiendo la huella energética de Brock… de regreso al infinito destino de la vida.

Y los ojos de la destrozada cabeza de materia seguían brillando con la humedad que Brock había puesto allí para representar las lágrimas. La cabeza de materia hizo aquello que los seres-energéticos ya no podían hacer. Y lloró por toda la humanidad y por la frágil belleza de los cuerpos de los que en tiempos se habían desprendido, hacía millones de años.


HE
AD



EL SISTEMA MARCIANO

1

Desde la puerta que daba al corto pasillo situado entre las dos únicas habitaciones del departamento de viajeros de la nave espacial, Mario Esteban Rioz miraba con acritud como Ted Long ajustaba con dificultad los diales del vídeo. Long buscaba primero en la dirección de las agujas del reloj, después por el centro. La imagen era borrosa.

Rioz sabía que permanecería borrosa. Estaban demasiado lejos de la Tierra y en mala posición respecto al sol. Pero, claro, no podía esperar que Long lo supiera. Rioz siguió de pie un rato más, con la cabeza inclinada para cruzar el umbral y el cuerpo ladeado para encajar en la estrecha abertura. De pronto entró en la cocina como un corcho salido de una botella.

—¿Qué buscas? —preguntó.

—Trataba de encontrar a Hilder —respondió Long.

Rioz apoyó el trasero en la esquina de una mesa, cogió de la estantería que tenía encima de la cabeza un envase cónico de leche, lo abrió a presión y lo hizo girar despacio en espera de que se calentara.

—¿Para qué? —levantó el cono y se puso a chupar la leche ruidosamente.

—Pensé que podría oírle.

—Me parece que es malgastar energía.

Long le miró, ceñudo:

—Es costumbre permitir el uso libre de las instalaciones personales de vídeo.

—Dentro de unos límites razonables —replicó Rioz.

Sus ojos se encontraron desafiantes. Rioz tenía el cuerpo enjuto, el rostro avejentado, las mejillas hundidas (un rostro así casi era el distintivo de los basureros marcianos, los espaciales que pacientemente recorrían las rutas entre la Tierra y Marte), los ojos de un azul desvaído resaltando en la cara morena y arrugada que

destacaba sobre la piel blanca sintética de su chaqueta espacial.

Long era más pálido y más blando. En él había alguna de las marcas del terrícola, aunque ningún marciano de la segunda generación podía ser terrícola, en el sentido que lo eran los de la Tierra. Llevaba el cuello abierto y su cabello castaño oscuro sin peinar.

—¿Por qué dices que dentro de unos límites razonables? —preguntó Long.

Los labios delgados de Rioz parecieron más finos aún. Explicó:

—Teniendo en cuenta que en este viaje no vamos a cubrir gastos, por lo que se ve, cualquier gasto de energía está fuera de razón.

—Si estamos perdiendo dinero —dijo Long—, ¿no sería mejor que volvieras a tu puesto? Es tu guardia.

Rioz refunfuñó y se pasó el pulgar y el índice por la barba que le cubría la barbilla. Se puso en pie y fue hacia la puerta con sus botas pesadas pero silenciosas apagando el ruido de sus pisadas. Se paró a mirar el termostato y se volvió, furioso:

—Ya decía yo que hacía calor. ¿Dónde te crees que estás?

—Cuarenta grados no es excesivo, protestó Long.

—Para ti no lo será, quizá. Pero esto es el espacio, no un despacho calentito en las minas de hierro —Rioz bajó el control del termostato al mínimo con un rápido empujón del pulgar—. El sol calienta bastante.

—La cocina no está de cara al sol.

—Pero llegará hasta ella, maldita sea.

Rioz traspasó la puerta y Long se le quedó mirando durante un buen rato, luego volvió a su vídeo. No tocó el termostato para nada.

La imagen seguía muy borrosa, pero tenía que conformarse. Long desplegó una silla de la pared. Se inclinó hacia delante en espera del comunicado real, la pausa momentánea antes de la lenta disolución de la cortina, el reflector poniendo de relieve la conocida figura barbuda que fue creciendo hasta que llenó por completo la pantalla.

La voz impresionante pese a los fallos y ruidos provocados por las tormentas de electrones a treinta millones de kilómetros, empezó:

—¡Amigos! Conciudadanos de la Tierra…

2

Rioz captó el destello de la señal de radio al entrar en la cabina del piloto. Por un momento posó las palmas de sus manos húmedas y pegajosas porque le pareció que se trataba de un pip-pip del radar; pero no era sino su culpabilidad asomando la cabeza. No debía haber abandonado la cabina estando de guardia, aunque todos los basureros lo hacían. No obstante, era una pesadilla la idea de que en esos cinco minutos, en los que uno salía para tomar un café, apareciera algo cuando el espacio

parecía completamente desierto. La pesadilla resultaba realidad en muchos casos.

Rioz conectó el multiescáner. Era malgastar energía, pero mientras lo pensaba, era mejor asegurarse de que no había nada.

El espacio estaba vacío, sólo el eco distante de las naves del grupo de basureros.

Conectó el circuito de radio y la cabeza rubia y nariguda de Richard Swenson, copiloto de la nave más próxima del lado de Marte, llenó la pantalla.

—Hola, Mario —saludó Swenson.

—Hola. ¿Alguna novedad?

Transcurrió una pausa entre esto y el siguiente comentario de Swenson, puesto que la velocidad de la radiación electromagnética no es infinita.

—¡Qué día he tenido!

—¿Te ha ocurrido algo? —preguntó Rioz.

—He tenido un encuentro.

—Estupendo.

—Sí, si hubiera podido pararlo —observó Swenson, molesto.

—Pues, ¿qué ocurrió?

—Maldita sea, lo lancé en dirección equivocada.

Rioz sabía que era mejor no reírse, se limitó a preguntar:

—Pero, ¿cómo lo hiciste?

—No fue culpa mía. El problema estuvo en que la cápsula se alejaba de la eclíptica. ¿Puedes imaginar la idiotez de un piloto que no puede manejar decentemente el mecanismo de liberación? ¿Cómo iba a saberlo? Conseguí la distancia de la cápsula y no hice más. Supuse que su órbita estaba en la trayectoria habitual. ¿Qué hubieras pensado tú? Inicié entonces lo que creía era una buena línea de intersección y tardé cinco minutos en darme cuenta de que la distancia seguía aumentando. Así que entonces tomé las proyecciones angulares del objeto, pero era demasiado tarde para alcanzarlo.

—¿Alguno de los otros muchachos puede conseguirlo?

—No. Se ha salido de la eclíptica y seguirá flotando para siempre. Y esto no es lo que me preocupa. No era más que una cápsula interior, pero me horroriza decirte cuantas toneladas de propulsión he desperdiciado al aumentar la velocidad y volver al punto de estacionamiento. Hubieras debido oír a Canute.

Canute era el hermano y socio de Richard Swenson.

—Loco, ¿eh? —dijo Rioz.

—¿Loco? ¡Pensé que me mataba! Pero claro, llevamos ya cinco meses fuera y estamos hartos. Ya sabes.

—Lo sé.

—¿Cómo te va a ti, Mario?

Rioz hizo el gesto de escupir.

—Como esto en este viaje. Dos cápsulas en las últimas dos semanas y cada una me costó seis horas de caza.

—¿Grandes?

—¿Te burlas? Podía haberlas lanzado a Fobos con la mano. Éste es el peor viaje que he tenido.

—¿Cuánto más piensas quedarte?

—Por mí, podemos irnos mañana. Llevamos solamente dos meses y la cosa anda tan mal que me meto con Long continuamente.

Hubo una pausa por encima del retraso electromagnético. Swenson preguntó:

—En todo caso, ¿cómo es? Me refiero a Long.

Rioz miró por encima del hombro. Podía oír el murmullo apagado y crepitante del vídeo de la cocina.

—No logro entenderle. Una semana después de iniciar el viaje, va y me dice: «Mario, ¿por qué eres basurero?» Yo le miré y le contesté: «Para ganarme la vida. ¿Qué crees tú?» Quiero decir qué clase de pregunta idiota es ésa. ¿Por qué somos basureros? Pero entonces va y me dice: «No es por eso, Mario.» Y *me* lo dice a *mí*, ¿qué te parece? Y sigue diciendo: «Eres un basurero porque esto es parte del sistema marciano.»

—¿Y qué quería decir con eso? —preguntó Swenson.

Rioz se encogió de hombros.

—No se lo pregunté. Ahora mismo está sentado por ahí escuchando las microondas procedentes de la Tierra. Escucha a un tal Hilder.

—¿Hilder? Un político terrícola, un asambleísta o algo parecido, ¿no?

—Eso mismo. Por lo menos creo que es ése. Long hace siempre cosas así. Se trajo a bordo unos siete kilos de peso en libros, y todos sobre la Tierra. Un verdadero peso muerto.

—Bueno, es tu socio. Y hablando de socios, me vuelvo al trabajo. Si se me escapa otro encuentro, habrá más que palabras.

Se desvaneció y Rioz se echó atrás. Vigiló la línea verde regular que era el pulso del escáner. Probó un momento el multiescáner. El espacio seguía despejado.

Se sintió un poco mejor. Una mala racha es siempre peor si los basureros que están a tu alrededor cazan cápsula tras cápsula; o si las que bajan girando hasta las fundiciones de chatarra de Fobos llevan grabada la marca de todos menos la tuya. Y claro, había descargado su malhumor y resentimiento en Long.

Fue un error asociarse con Long. Era siempre un error asociarse con un novato. Pensaban que lo que uno deseaba era conversación, especialmente Long, con sus eternas teorías sobre Marte y su gran papel, su nuevo gran papel en el progreso humano. Así fue como lo dijo: progreso humano; el Sistema marciano; las Nuevas Minorías Creadoras. Lo que Rioz no quería era hablar, sino una captura, algunas cápsulas que pudiera marcar como propias.

Y realmente no tenía por qué quejarse. Long era sobradamente conocido en Marte y se ganaba un buen sueldo como ingeniero de minas. Era amigo del comisionado Sankov y había tomado parte en una o dos misiones de recogida de cápsulas. No se

puede rechazar de golpe y sin probarlo, a un individuo aunque parezca raro. ¿Por qué un ingeniero de minas con un trabajo cómodo y un buen sueldo tenía tanto empeño en fisgar por el espacio?

Rioz nunca se lo preguntó a Long. Los socios basureros se ven obligados a estar demasiado juntos para hacer deseable la curiosidad, o incluso para que resulte segura. Pero Long hablaba tanto que contestó la pregunta.

—Tuve que venir al espacio, Mario —explicó—. El futuro de Marte no está en las minas, está en el espacio.

Rioz se preguntó qué tal resultaría un viaje a solas. Todo el mundo decía que era imposible. Incluso descontando las oportunidades perdidas cuando un hombre tenía que dejar la guardia para dormir u ocuparse de otras cosas, era sobradamente sabido que un hombre solo en el espacio sufría inaguantables depresiones en un tiempo relativamente corto.

Llevarse a un socio hacía posible el viaje de seis meses. Una tripulación normal sería preferible, pero ningún basurero ganaría dinero en una nave lo suficientemente grande para tal tripulación. Sin contar el capital que se iría en propulsión.

Incluso dos no era muy divertido en el espacio. Habitualmente había que cambiar de compañero en cada viaje y con unos se podía alargar más el viaje que con otros. Miren sino a Richard y Canute Swenson. Se asociaban cada cinco o seis viajes porque eran hermanos. Y, sin embargo, cuando estaban juntos, era una tensión constante siempre en aumento y con un claro antagonismo después de la primera semana.

En fin. El espacio estaba vacío. Rioz pensó que se sentiría mejor si volvía a la cocina y hacía las paces con Long. Sería mejor demostrar que era un veterano del espacio que sabía superar las irritaciones espaciales cuando surgían.

Se levantó, y anduvo los tres pasos necesarios para llegar al corto pasillo que unía las dos habitaciones de la nave.

3

Una vez más Rioz se quedó en el umbral, mirando. Long estaba absorto en la borrosa pantalla. Rioz dijo con cierta aspereza:

—Estoy subiendo el termostato. Está bien, creo que disponemos de energía suficiente.

—Como quieras —asintió Long.

Rioz dio un paso adelante. El espacio estaba vacío, así que al diablo con estar allí sentado mirando a una línea verde y vacía, sin sonido. Preguntó:

—¿De qué hablaba el terrícola?

—Sobre todo de la historia de los viajes espaciales. Tema viejo, pero lo está haciendo bien. Da toda clase de información: películas en color, fotografías, fotos

fijas de antiguas películas, todo.

Como si quisiera ilustrar las palabras de Long, el barbudo desapareció de la pantalla y ésta quedó ocupada por una sección de una nave espacial. La voz de Hilder continuó indicando puntos de interés que aparecían en esquemas de color. El sistema de comunicaciones de la nave se iba señalando en rojo mientras lo explicaba, los almacenes, la dirección de protones micropilas, los circuitos de cibernética…

Después Hilder volvió a salir en la pantalla, añadiendo:

—Pero esto es solamente la parte viajera de la nave. ¿Qué la mueve? ¿Qué la despega de la Tierra?

Todo el mundo sabía lo que movía una nave, pero la voz de Hilder era como una droga. Hacía que la propulsión de una nave sonara como el secreto del tiempo, como la revelación final. Incluso Rioz sintió un estremecimiento, pese a haber pasado la mayor parte de su vida embarcado. Hilder siguió diciendo:

—Los científicos le dan diferentes nombres. Lo llaman Ley de acción y reacción. A veces la llaman la tercera ley de Newton. A veces, Conservación del impulso, pero nosotros no tenemos que llamarlo de ningún modo. Debemos utilizar solamente nuestro sentido común. Cuando nadamos, proyectamos el agua hacia atrás y a nosotros hacia delante. Cuando andamos, empujamos el suelo y adelantamos. Cuando lanzamos un aparato volador, empujamos el aire hacia atrás y adelantamos.

»Nada puede moverse hacia delante a menos que algo se mueva hacia atrás. Es el viejo principio de “No puedes conseguir algo a cambio de nada”.

»Ahora imaginad una nave que pese cien mil toneladas despegando de la Tierra. Para hacerlo, algo tiene que moverse hacia abajo. Como una nave espacial es extremadamente pesada, una enorme cantidad de materia debe moverse hacia abajo. Tanta materia, que no hay lugar para guardarla a bordo. Debe construirse un compartimiento especial en la parte trasera de la nave para contenerla.

Otra vez desapareció la cabeza de Hilder y volvió la nave. La imagen se encogió y en la parte trasera apareció un cono truncado. Unas palabras, en amarillo intenso, se leían dentro: MATERIA PARA ELIMINAR.

—Pero ahora —siguió diciendo Hilder— el peso total de la nave es mucho mayor. Se necesita aún más y más propulsión.

La nave se encogió más para añadir otra cápsula, y otra más, inmensa. La nave en sí, la parte dedicada al viaje, era un pequeño punto en la pantalla, un resplandeciente punto rojo.

—¡Por Dios, esto es infantil! —exclamó Rioz.

—No para los que están hablando, Mario. La Tierra no es Marte. Debe haber miles de millones de personas en la Tierra que ni siquiera han visto una nave espacial en su vida y lo ignoran todo sobre ellas.

Hilder seguía explicando:

—Cuando el material que está dentro de la gran cápsula se ha terminado, la cápsula se desprende. Desechada.

La cápsula exterior se soltó y bailó en la pantalla.

—Después se desprende la segunda —dijo Hilder— y después, si el viaje es largo, la última también es expulsada.

Ahora la nave era solamente un punto rojo, con tres cápsulas flotando, moviéndose, perdidas en el espacio.

—Estas cápsulas —explicó Hilder— representan cien mil toneladas de tungsteno, magnesio, aluminio y acero. Han desaparecido de la Tierra para siempre. Marte está rodeado por naves de basureros, a lo largo de las rutas de los viajes espaciales, esperando cápsulas desprendidas, para cazarlas con redes o cables y ponerles su marca y destinarlas a Marte. Ni un centavo de su valor llega a la Tierra. Son «rescate». Pertenecen a la nave que las encuentra.

Rioz objetó:

—Arriesgamos nuestra inversión y nuestras vidas. Si no las recogemos nosotros, no son para nadie. ¿Qué significa esta pérdida para la Tierra?

—Mira —dijo Long—, no ha estado hablando más que de la sangría que Marte, Venus y la Luna representan para la Tierra. Y está es sólo una muestra más.

—Tiene su compensación. Cada año sacamos más hierro de las minas.

—Y gran parte de él revierte en Marte. Si se pueden creer sus números, la Tierra ha invertido doscientos mil millones de dólares en Marte y recibido a cambio unos cinco mil millones de dólares en hierro. Ha metido quinientos mil millones de dólares en la Luna y ha recibido poco más de veinticinco mil millones en magnesio, titanio y otros metales ligeros. Ha colocado cincuenta mil millones de dólares en Venus sin recibir nada a cambio. Y esto es en lo que los contribuyentes de la Tierra están realmente interesados…, dinero de impuestos que sale, nada que entra.

Mientras hablaba, la pantalla se llenó de diagramas de los basureros camino de Marte; pequeñas y risibles caricaturas de naves, tendiendo unos brazos como cables que trataban de agarrar las cápsulas vacías, flotando, apoderándose finalmente de ellas, sujetándolas y poniéndoles PROPIEDAD DE MARTE en letras brillantes y haciendo que luego bajaran a Fobos.

Después Hilder apareció otra vez:

—Nos dicen que con el tiempo nos lo devolverán todo. ¡Con el tiempo! ¡Una vez que el negocio rinda! No sabemos cuándo será. ¿Dentro de cien años? ¿De mil años? ¿De un millón de años? «Con el tiempo.» Tomémosles la palabra. Algún día nos devolverán todos nuestros metales. Algún día cultivarán sus propios alimentos, utilizarán su propia energía, vivirán sus propias vidas.

»Pero hay algo que nunca podrán devolvernos. Ni en cien millones de años. ¡El *agua*!

»Marte tiene solamente un chorrito de agua porque es demasiado pequeño. Venus no tiene nada de agua porque es demasiado caliente. La Luna no tiene nada de agua porque es demasiado caliente y demasiado pequeña. Así que la Tierra debe proporcionar no solamente agua para beber y agua para lavar a los espaciales, sino

también agua para sus industrias y para los cultivos hidropónicos que pretenden montar…, agua incluso para desperdiciar, en millones de toneladas de agua.

»¿Cuál es la energía propulsiva que utilizan las naves espaciales? ¿Qué van dejando tras ellas para poder avanzar? En tiempos fueron gases generados por explosivos. Resultaba muy caro. Después se inventó el protón micropila, una fuente de energía barata que podría calentar cualquier líquido hasta transformarlo en gas a tremenda presión. ¿Cuál es el líquido más barato y abundante disponible? Pues, el agua, naturalmente.

»Cada nave espacial abandona la Tierra llevando casi un millón de toneladas, no kilos, no, *toneladas*…, de agua, con el único propósito de llegar al espacio y allí acelerar o disminuir la velocidad.

»Nuestros antepasados quemaron el petróleo de la Tierra locamente y con maldad. Destruyeron su carbón imprudentemente. Les despreciamos y condenamos por eso, pero por lo menos tenían una excusa: pensaban que cuando se les agotara, encontrarían un sustituto. Y tenían razón. Tenemos nuestras granjas de plancton y nuestras micropilas de protón.

»Pero no hay sustituto para el agua. ¡Ninguno! Ni puede haberlo jamás. Y cuando nuestros descendientes vean el desierto en que hemos convertido la Tierra, ¿qué excusa encontrarán para nosotros? Cuando llegue la sequía y aumente…

Long se inclinó hacia delante y apagó.

—Esto me molesta. Este maldito imbécil dice deliberadamente…, ¿qué te pasa?

Rioz se había levantado, preocupado:

—Debería estar vigilando los pips.

—Al diablo con los pips —dijo Long levantándose también y yendo detrás de Rioz por el estrecho pasillo hasta detenerse en la cabina—. Si Hilder sigue con esto, si tiene la valentía de hacer de ello su programa… *¡uau!*

También lo vio. El pip era una clase A precipitándose tras la señal como un galgo tras la liebre mecánica. Rioz balbuceaba:

—El espacio estaba vacío, te lo aseguro, ¡vacío! En nombre de Marte, Ted, no te quedes pasmado. Mira si puedes descubrirlo visualmente.

Rioz manipulaba rápidamente y con una eficiencia que era el resultado de veinte años de recoger cápsulas. Tuvo la distancia en dos minutos. Pero, recordando su experiencia de basurero, midió el ángulo de inclinación y también la velocidad radial. Gritó a Long:

—Una vez punto siete seis radianes. No puedes dejar de verlo, hombre.

Long contuvo el aliento mientras ajustaba el vernier.

—Está solamente a medio radián del otro lado del sol. Solamente la iluminará de refilón.

Aumentó el magnificador tan rápidamente como se atrevió en busca de la «estrella» que cambiaba de posición y al aumentar mostró tener una forma, revelando que no era una estrella.

—Voy a empezar, de todos modos —dijo Rioz—. No podemos esperar.

—Ya la tengo. Ya la tengo —a pesar de la magnificación era todavía demasiado pequeña para tener forma definida, pero el punto que Long vigilaba brillaba y se apagaba rítmicamente a medida que la cápsula giraba sobre sí misma y captaba la luz del sol en espacios de tiempo diferentes.

—Aguanta.

El primero de varios chorros de vapor salió de las aberturas apropiadas, dejando largos rastros de microcristales de hielo que brillaban suavemente a los pálidos rayos del lejano sol. Disminuyeron durante ciento cincuenta kilómetros o más. Un chorro, luego otro, luego otro más a medida que la nave basurera salía de su trayectoria estable y seguía una ruta tangencial con la de la cápsula.

—¡Se mueve como un cometa en su perihelio! —gritó Rioz—. Esos malditos pilotos terrícolas sueltan las cápsulas de esta forma a propósito. Me gustaría…

Maldijo, airado, mientras iba soltando vapor y más vapor, impaciente, hasta que el relleno hidráulico de su sillón se aplastó más de un palmo y Long se encontraba incapaz de mantenerse sujeto a la barra de protección.

—Ten compasión —suplicó.

Pero Rioz sólo tenía ojos para los pips.

—Si no puedes aguantarlo, hombre, haberte quedado en Marte. —Los chorros de vapor retumbaban a distancia.

La radio despertó de pronto. Long consiguió inclinarse hacia delante a través de lo que parecía pasta y puso el contacto. Era Swenson con los ojos desorbitados que furioso les gritaba:

—¿Dónde demonios creéis que vais? Dentro de diez segundos entraréis en mi sector.

—Persigo una cápsula —le soltó Rioz.

—¿En mi sector?

—Empezó en el mío y tú no estás en posición de alcanzarla. Apaga esa radio, Ted.

La nave atronó el espacio, un trueno que sólo podía oírse dentro del casco. Y entonces Rioz cortó el motor por etapas lo suficientemente separadas para que Long diera tumbos hacia delante. El súbito silencio fue más ensordecedor que el estruendo que le había precedido. Rioz dijo:

—Está bien. Veamos la situación.

Miraron ambos. La cápsula era ahora un cono truncado bien definido, dando solemnemente tumbos al pasar por entre las estrellas.

—Decididamente es una cápsula de clase A —afirmó Rioz, satisfecho. «Un gigante entre cápsulas», pensó. Les devolvería la tranquilidad económica. Long observó entonces:

—Tenemos otro pip en el escáner. Creo que es Swenson persiguiéndonos.

Rioz apenas le miró:

—No nos alcanzará.

La cápsula se hizo aún mayor y llenó toda la pantalla. Las manos de Rioz estaban crispadas sobre la palanca del arpón. Esperó, ajustó microscópicamente el ángulo por dos veces y largó la longitud de que disponía. Luego, de un tirón, soltó el mecanismo.

Por un instante no ocurrió nada. Después un cable metálico culebreó por la pantalla, moviéndose hacia la cápsula como una cobra a punto de morder. Estableció contacto, pero no se afianzó. De haberlo hecho se hubiera partido al instante como un hilo de telaraña. La cápsula giraba con un impulso rotacional equivalente a millares de toneladas. Lo que hizo el cable fue establecer un potente campo magnético que actuaba como freno sobre la cápsula.

Uno y otro cable fueron disparados. Rioz los proyectó fuera con un excesivo gasto de energía.

—¡Será mía! ¡Por Marte, que la cogeré!

Con unas dos docenas de cables tendidos entre nave y cápsula, tuvo que desistir. La energía rotacional de la cápsula, convertida por el roce en calor, había aumentado su temperatura hasta el extremo de que su radiación era captada por los contadores de la nave. Long se ofreció:

—¿Quieres que vaya a ponerle nuestra marca?

—De acuerdo. Pero no tienes que hacerlo si no quieres. Es mi turno de guardia.

—No me importa.

Long se metió en su traje espacial y se acercó a la escotilla. Que era novato en el juego quedaba demostrado por las pocas veces que se había puesto el traje para salir al espacio. Ésta era la quinta vez.

Salió sujeto al cable más cercano, percibiendo la vibración del cable a través del metal de su guante.

Grabó al fuego su número de serie en el metal liso de la cápsula. Nada podía oxidar el acero en el gran vacío del espacio. Simplemente se fundía y vaporizaba, condensándose a unos palmos de distancia del rayo energético, transformando la superficie que tocaba en un color gris polvoriento y opaco.

Long regresó a la nave.

Una vez dentro, se quitó el casco, blanco y cubierto de escarcha formada nada más entrar.

Lo primero que oyó fue la voz de Swenson saliendo del aparato de radio, casi irreconocible por la rabia:

—… directamente al Comisionado. ¡Maldita sea! ¡este juego tiene sus reglas!

Rioz, sentado, imperturbable, replicó:

—Mira, entró en mi sector. Tardé en descubrirla y la perseguí hasta el tuyo. Tú no la hubieras alcanzado sin pasar antes por Marte. No hay más…, ¿ya has vuelto, Long?

Cortó el contacto. El botón de señal insistió enfurecido, pero no le hizo caso.

—¿Va a ir al Comisionado? —preguntó Long.

—No lo creas. Se pone así porque rompe la monotonía. Pero no lo dice en serio. Sabe que la cápsula es nuestra. ¿Y qué te ha parecido este pedazo de captura, Ted?

—Muy buena.

—¿Muy buena? ¡Impresionante! Espera. Voy a mandarla abajo.

Los chorros laterales soltaron su vapor y la nave inició un giro lento alrededor de la cápsula. Ésta giró también. En treinta minutos eran como una gigantesca peonza rodando en el vacío. Long comprobó en el *Ephemeris* la posición de Deimos.

En un momento precisamente calculado, los cables liberaron su campo magnético y la cápsula marchó tangencialmente en una trayectoria que, en uno o dos días, la dejaría a distancia de recuperación de los depósitos de cápsulas del satélite de Marte.

Rioz contempló su desaparición. Se sentía feliz. Se volvió a Long.

—Ha sido un gran día para nosotros.

—¿Qué me dices del discurso de Hilder? —preguntó Long.

—¿Qué? ¿Quién? Oh, ése. Óyeme, si tuviera que preocuparme por todo lo que dice un maldito terrícola, no podría dormir. Olvídalo.

—No creo que debamos olvidarlo.

—Estás loco. No me des la lata con eso, ¿quieres? Vete a dormir.

4

Ted Long encontró excitante el ancho y alto de la calle principal de la ciudad. Hacía dos meses que el Comisionado había declarado una moratoria en las recuperaciones y había retirado a todas las naves del espacio, pero esta sensación de panorama ampliado no dejaba de excitar a Long. Incluso el pensamiento de que la moratoria se había establecido por causa de una decisión del planeta Tierra de prohibir con renovada insistencia el gasto de agua, decidiendo una ración límite para los basureros, no bastó para mermar su entusiasmo.

El techo de la avenida estaba pintado de azul luminoso, imitando quizá de forma anticuada el cielo de la Tierra. Ted no estaba seguro. Las paredes estaban iluminadas por los escaparates de las tiendas abiertas.

A distancia, por encima del barullo del tráfico y del ruido de la gente que le adelantaba, podía oír el estruendo intermitente a medida que se perforaban nuevos canales en la corteza de Marte. Recordaba este estruendo de toda su vida. El suelo que pisaba había formado parte, cuando él nació, de una gran roca sólida e intacta. La ciudad iba creciendo y seguiría creciendo…, sólo si la Tierra se lo permitía.

Torció en un cruce de calles más estrechas, menos brillantemente iluminadas, porque las tiendas cedían el lugar a casas de apartamentos, cada una con su hilera de luces en la fachada principal. A los transeúntes, compradores y tráfico les sustituían paseantes individuales y muchachos chillones que no habían acudido a los requerimientos maternos para ir a cenar.

En el último instante, Long recordó los modales sociales y se detuvo en una aguadería de la esquina.

Entregó su cantimplora:

—Llénela.

La encargada desenroscó el tapón, echó una mirada al interior, la sacudió un poco y rió alegremente:

—¡No queda mucha!

—No —asintió Long.

La encargada la llenó sosteniendo la boca de la cantimplora pegada a la manguera para evitar que se perdiera una sola gota. El marcador de volumen avisó. Volvió a enroscar el tapón.

Long entregó las monedas y recogió la cantimplora. Ahora iba golpeándole alegremente la cadera con agradable pesadez. Visitar una familia sin llevarles una cantimplora llena era algo que no se hacía. Entre chicos no importaba; bueno, no importaba demasiado.

Entró en el portal del número 27, subió un corto tramo de escalera y se paró con el dedo en el timbre.

Podía oírse claramente el rumor de voces. Una era voz de mujer, algo estridente:

—A ti te parece muy bien traer a tus amigos basureros a casa, ¿no es verdad? Y figura que yo debo estar agradecida a que pases dos meses en casa, por año. ¡Oh, y que puedas estar uno o dos días conmigo, ya basta! Después, otra vez con los basureros.

—Ahora llevo mucho tiempo en casa —dijo una voz masculina— y se trata del trabajo. ¡Oh, por el amor de Marte, cállate ya, Dora! No tardarán en llegar.

Long decidió esperar un momento antes de apretar el botón. Así les daría la oportunidad de encontrar una disculpa para disimular.

—¿Y qué me importa que estén al llegar? —replicó Dora—. Que me oigan. Casi preferiría que el Comisionado mantuviera la moratoria eternamente. ¿Me has oído bien?

—¿Y con qué viviríamos? —replicó, airada, la voz masculina—. A ver si me lo dices tú.

—Sí, te lo diré. Puedes ganarte honrada y decentemente la vida aquí mismo, en Marte, igual que los demás. Soy la única de esta casa que es «viuda» de basurero. Y eso es lo que soy… una viuda. Peor que una viuda, porque si fuera viuda tendría por lo menos la oportunidad de casarme con alguien…, ¿qué has dicho?

—Nada. Nada en absoluto.

—Oh, ya sé lo que has dicho. Ahora bien, óyeme, Dick Swenson…

—Sólo he dicho —exclamó Swenson— que ahora sé por qué los basureros no suelen casarse.

—Tampoco debiste hacerlo tú. Estoy más que harta de que todo el vecindario me compadezca, y sonría, y me pregunte cuando vuelves a casa. Los demás pueden ser

ingenieros de minas, administradores e incluso perforadores de túneles. Por lo menos las esposas de los tuneleros tienen una vida familiar decente y sus hijos no se crían como vagabundos. Es como si Peter no tuviera padre…

Una vocecita de muchacho se filtró por la puerta. Sonaba más alejada, como si estuviera en otra habitación.

—Eh, mamá, ¿qué es un vagabundo?

La voz de Dora levantó un poco el tono:

—¡Peter! No te distraigas de tus deberes.

Swenson dijo en voz baja:

—No está bien hablar así delante del niño. ¿Qué clase de ideas tendrá sobre mí?

—Entonces, quédate en casa y enséñale buenas ideas.

La voz de Peter volvió a oírse:

—Eh, mamá, cuando sea mayor voy a ser basurero.

Se oyeron pasos rápidos. Hubo una pausa momentánea y de pronto unos chillidos:

—¡Mamá! ¡Eh, mamá! ¡Suéltame la oreja! ¿Qué he hecho yo? —Y luego un silencio pesado.

Long aprovechó la oportunidad. Apretó el botón vigorosamente. Swenson abrió la puerta, alisándose el cabello con ambas manos.

—Hola, Ted —dijo a media voz. Y en voz más alta—: Ha llegado Ted, Dora. ¿Dónde está Mario, Ted?

—No tardará en llegar —respondió Long.

Dora salió apresuradamente de la otra habitación; era una mujer bajita, morena, con una nariz pinzada y el cabello, que empezaba a encanecer, peinado dejando la frente descubierta.

—Hola, Ted. ¿Has comido?

—Sí, muy bien, gracias. No les interrumpo, ¿verdad?

—En absoluto. Hace tiempo que terminamos. ¿Querrás un café?

—Creo que sí. —Ted desenganchó la cantimplora y se la tendió.

—¡Oh, cielos, de ninguna manera! Tenemos mucha agua.

—Insisto.

—Entonces, bien.

Volvió a la cocina. Por la puerta de muelles pudo ver un montón de platos puestos en «Secoterg», el «limpiavajillas sin agua que empapa y absorbe la grasa y suciedad en un santiamén. Un chorrito de agua aclara medio metro cuadrado de superficie de vajilla y la deja limpísima. Compre “Secoterg”, “Secoterg” limpia bien, devuelve el brillo a tus platos y no malgasta agua…»

La canción empezó a sonar en su cabeza y Long la aplastó hablando. Se le ocurrió decir:

—¿Cómo está Peter?

—Bien, bien, el chico está en cuarto grado. Como sabes, no le veo mucho, pues

verás, cuando volví la última vez, me miró y me dijo…

Y la conversación siguió por estos derroteros. No estuvo mal en cuanto a gracias de niños listos contadas por sus padres. Volvió a oírse el timbre y entró Mario Rioz, ceñudo y sofocado.

Swenson se le acercó al instante:

—Oye, no digas nada sobre recogida de cápsulas. Dora recuerda todavía aquella vez que te apoderaste de una clase A en mi territorio y en este momento está de muy mal humor.

—¿Y quién demonios quiere hablar de cápsulas? —Rioz se quitó la chaqueta forrada de piel, la echó sobre el respaldo del sillón y se sentó. Dora salió por la puerta de la cocina, miró al recién llegado con una sonrisa sintética, y saludó:

—Hola, Mario. Tú también querrás café, ¿verdad?

—Sí —contestó, buscando maquinalmente su cantimplora.

—Gasta un poco más de mi agua, Dora —se apresuró a ofrecer Long—. Me la deberá.

—Eso —dijo Rioz.

—¿Qué ocurre, Mario?

—Venga —masculló Rioz—. Dime que ya me lo habías dicho. Hace un año, cuando Hilder hizo aquel discurso, me lo dijiste. Dilo.

Long se encogió de hombros. Rioz prosiguió:

—Han establecido la cuota. Salió en el noticiario hace quince minutos.

—¿Y bien?

—Cincuenta toneladas de agua por viaje.

—¿Qué? —gritó Swenson, rabioso—. No puedes despegar de Marte con cincuenta toneladas.

—Pues ésta es la cifra. Es una acción deliberada: acabar con los basureros.

Dora llegó con el café y lo repartió.

—¿Qué es eso de acabar con los basureros? —se sentó con firmeza y Swenson pareció perdido.

—Al parecer —explicó Long—, nos están racionando el agua a cincuenta toneladas y esto significa que no podremos hacer más salidas.

—Bueno, ¿y qué? —Dora sorbió su café y sonrió feliz—. Si queréis mi opinión, diré que está bien. Ya es hora de que todos vosotros os busquéis un trabajo bueno y fijo aquí, en Marte. Lo digo en serio. No es vida eso de andar todo el tiempo por el espacio…

—Por favor, Dora —rogó Swenson.

Rioz se sobresaltó; Dora levantó las cejas:

—Solamente os doy mi opinión.

—Por favor, puede decir lo que le parezca —cortó Long—, pero a mí también me gustaría decir algo. Cincuenta mil no es más que un detalle. Sabemos que la Tierra, o por lo menos el partido de Hilder, quiere sacar capital político de una campaña en

favor de la economía del agua así que estamos en mala situación. Tenemos que conseguir agua de alguna forma o nos aislarán del todo, ¿entendéis?

—Claro —asintió Swenson.

—Pero la cuestión es, cómo hacerlo, ¿verdad?

—Si solamente se tratara de conseguir agua —terció Rioz en un súbito torrente de palabras— cabría hacer una cosa y lo sabéis. Si los terrícolas no nos dan agua, cogerla. El agua no es sólo suya porque sus padres y abuelos fueron demasiado cobardones para abandonar su rico planeta. El agua pertenece a la gente, esté donde esté. Nosotros somos gente y el agua también es nuestra. Tenemos derecho.

—¿Cómo te propones apoderarte de ella? —preguntó Long.

—¡Fácil! En la Tierra tienen océanos de agua. No pueden establecer guardias en cada kilómetro cuadrado. Podemos bajar por el lado oscuro del planeta siempre que queramos, llenar nuestras cápsulas e irnos. ¿Cómo pueden impedírnoslo?

—De varias maneras, Mario. ¿Cómo descubres cápsulas en el espacio a distancia de centenares de miles de kilómetros? Tan sólo una cápsula metálica en todo ese espacio. ¿Cómo? Por radar. ¿Crees que no tienen radar en la Tierra? ¿Crees que si la Tierra llega a enterarse de que les estamos robando el agua, no será sencillo para ellos montar una red de radares que señalen a las naves que llegan del espacio?

Dora, indignada, interrumpió:

—Voy a decirte una cosa, Mario Rioz. Mi marido no va a formar parte de ningún grupo que vaya a buscar agua para mantener su recogida de basuras.

—No se trata solamente de la recogida de cápsulas —insistió Mario—. Después del agua, nos quitarán todo lo demás. Tenemos que pararles los pies ahora.

—Pero, tampoco necesitamos su agua —siguió protestando Dora—. No somos ni Venus ni Luna. Sacamos suficiente agua de los casquetes polares para nuestras necesidades. Incluso en este apartamento tenemos entrada de agua. En esta manzana, lo tienen todos los apartamentos.

—El agua para uso domestico es el gasto menor —siguió explicando Long—. Las minas necesitan agua. ¿Y qué me dices de los depósitos de agua de los cultivos hidropónicos?

—Tienes razón —dijo Swenson—. ¿Qué hay de los depósitos hidropónicos, Dora? Necesitan mucha agua y ya va siendo hora de que cultivemos nuestras verduras en lugar de vivir de los condensados que nos envían de la Tierra.

—Oídle bien —exclamó Dora despectiva—. ¿Qué sabe él de comida fresca? Nunca la has comido.

—He comido más de lo que crees. ¿Recuerdas aquellas zanahorias que recogí una vez?

—Bueno, ¿y qué tiene de maravilloso? Si me preguntas te diré que la protocomida asada es mucho mejor. Y también más sana. Al parecer ahora está de moda hablar de verdura fresca porque así aumentan los impuestos sobre los cultivos hidropónicos. Además, todo esto terminará.

—No lo creo —dijo Long—. En todo caso, no por sí solo. Hilder será, probablemente, el nuevo Coordinador y las cosas se pondrán realmente mal. Si también nos racionan el envío de alimentos…

—¿Qué vamos a hacer, pues? —gritó Rioz—. Sigo diciendo que debemos ir a cogerla. ¡Llevarnos el agua!

—Y yo digo que no podemos hacerlo, Mario. ¿No ves que lo que estás sugiriendo es el sistema de la Tierra y de los terrícolas? Tratas de agarrarte al cordón umbilical que une a la Tierra con Marte. ¿No puedes olvidarte de él? ¿No puedes enfocarlo según el sistema marciano?

—No, supongo que no. A ver si me lo explicas.

—Lo haré si me escuchas. Cuando pensamos en el Sistema Solar, ¿en qué pensamos? En Mercurio, Venus, la Tierra, la Luna, Marte, Fobos y Deimos. Ahí tienes… siete cuerpos, y nada más. Pero esto no representa un uno por cierto del Sistema Solar. Nosotros, marcianos, estamos al borde del otro noventa y nueve por ciento. Allá, más lejos que el Sol, hay increíbles cantidades de agua.

Los demás se le quedaron mirando. Swenson titubeó:

—¿Te refieres a las capas de hielo de Júpiter y Saturno?

—No específicamente a ésas, pero admito que es agua. Una capa de mil seiscientos kilómetros de grosor de agua, es mucha agua.

—Pero está todo ello recubierto de capas de amoníaco… o cosa parecida, ¿no es verdad? —preguntó Swenson—. Además no podemos bajar a los planetas mayores.

—Ya lo sé —dijo Long— pero no he dicho que ésta sea la respuesta. Los planetas mayores no son los únicos objetos que hay allí. ¿Qué me dices de los asteroides y de los satélites? Vesta es un asteroide de trescientos kilómetros de diámetro y que es poco más que una masa de hielo. Una de las lunas de Saturno es casi todo hielo. ¿Qué os parece?

—¿Has estado alguna vez en el espacio, Ted? —preguntó Rioz.

—Sabes que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Claro que sé que has estado, pero todavía hablas como un terrícola. ¿Has pensado en las distancias involucradas? Normalmente un asteroide está a, como poco, treinta millones de kilómetros. Es dos veces el trayecto de Venus a Marte y sabes que casi ninguna gran nave lo hace en un salto. Generalmente paran en la Tierra o en la Luna. Después de todo, ¿cuánto tiempo esperas que un hombre aguante en el espacio?

—No lo sé. ¿Cuál es tu límite?

—Tú lo conoces de sobra. No tienes que preguntarme. Son seis meses. Está en todos los manuales. Después de seis meses si aun sigues en el espacio eres carne de psicoterapia. ¿No es así, Dick?

Swenson movió afirmativamente la cabeza.

—Y esto sólo en cuanto a asteroides —prosiguió Rioz—. De Marte a Júpiter hay setecientos veinte millones de kilómetros, y a Saturno mil trescientos millones.

¿Cómo puede alguien cubrir estas distancias? Suponte que alcanzas la máxima velocidad o, para que quede más claro, que consigues unos trescientos mil kilómetros por hora, en teoría, pero ¿de dónde sacarías el agua para hacerlo?

—¡Caramba! —exclamó una vocecita perteneciente al poseedor de unos ojos redondos y una nariz respingona— ¡Saturno!

Dora giró en redondo:

—Peter, vuelve inmediatamente a tu habitación.

—¡Oh, mamá!

—Nada de ¡oh, mamá! —y empezó a levantarse de su silla; Peter desapareció.

Swenson sugirió:

—Oye, Dora, ¿por qué no vas a hacerle un ratito de compañía? Es difícil que se concentre en sus deberes si estamos todos aquí hablando.

Dora se mostró obstinada y no se movió.

—Me quedaré aquí sentada hasta que averigüe lo que piensa Ted Long. Y desde ahora ya os puedo decir que no me gusta nada.

—Bueno, olvidemos a Júpiter y Saturno —dijo Swenson nervioso—. Estoy seguro de que Ted no los tiene en cuenta. Pero, ¿qué hay de Vesta? Podríamos hacerlo en diez o doce semanas de ida y otras tantas de vuelta. Y trescientos kilómetros de diámetro. ¡Representan siete millones novecientos mil kilómetros cúbicos de hielo!

—¿Y qué? —objetó Rioz—. ¿Y qué hacemos en Vesta? ¿Cortar el hielo? ¿Montar maquinaria de minas? Oye, ya sabes cuánto tiempo nos llevaría.

—Estoy hablando de Saturno, no de Vesta —dijo Long.

Rioz se dirigió a un público invisible.

—¡Le hablo de mil cien millones de kilómetros, y sigue hablando!

—Está bien —le cortó Long—, supongamos que me explicas cómo sabes que sólo podemos estar seis meses en el espacio, Mario.

—Lo sabe todo el mundo, maldita sea.

—Porque está en el *Manual de Vuelo Espacial*. Son datos recopilados por científicos de la Tierra, de sus experiencias con pilotos de la Tierra y espaciales. Aún piensas al estilo terrícola. No quieres pensar por el sistema marciano.

—Un marciano puede ser un marciano, pero sigue siendo un hombre.

—Pero, ¿cómo puedes estar tan ciego? ¿Cuántas veces habéis estado fuera más de seis meses sin que os ocurriera nada?

—Esto es distinto.

—¿Porque sois marcianos? ¿Porque sois basureros profesionales?

—No, porque no se trata de un gran vuelo. Podemos regresar a Marte cuando queramos.

—Pero, *no* queréis. Es lo que quiero decir. Los de la Tierra tienen naves enormes con filmotecas, con una tripulación de quince hombres, más los pasajeros. A sí y todo, sólo pueden quedarse fuera seis meses como máximo. Los basureros marcianos tienen una nave con dos cabinas y sólo un socio. Pero somos capaces de aguantar más

de seis meses.

—Y supongo que queréis vivir en una nave por más de un año —rezongó Dora— para ir a Saturno.

—¿Y por qué no, Dora? —preguntó Long—. Podemos hacerlo. ¿No te das cuenta de que realmente podemos? Los de la Tierra, no. Tienen un mundo de verdad. Tienen un cielo abierto y comida fresca, y todo el agua y el aire que quieren. Meterse en una nave es para ellos un cambio terrible. Por esta razón, más de seis meses es demasiado para ellos. Los marcianos somos diferentes. Llevamos viviendo en una nave toda nuestra vida.

»Porque eso es lo que es Marte… una nave. Sólo una gran nave. De seis mil ochocientos kilómetros de diámetro y un cuartito en el centro ocupado por cincuenta mil personas. Es cerrado como una nave. Respiramos aire en conserva, bebemos agua en conserva, que repurificamos una y otra vez. Comemos las mismas raciones que se comen en una nave. Cuando entramos a bordo, es lo mismo que hemos conocido toda nuestra vida. Podremos soportarlo por más de un año si es preciso.

—¿También Dick? —insistió Dora.

—Podemos hacerlo todos.

—Pues Dick no puede. Todo eso está muy bien para ti, Ted Long, y ese robacápsulas de Mario de querer estar fuera un año. Tú no estás casado, Dick lo está. Tiene una mujer y tiene un hijo, y con eso le basta. Puede perfectamente encontrar un trabajo aquí en el propio Marte. Pero, cielos, os imagináis que llegáis a Saturno y no hay agua, ¿cómo volveréis? Incluso si os quedara agua, no tendríais comida. Es lo más ridículo que he oído.

—No. Ahora, escúchame bien —insistió Long—. Lo tengo muy pensado. He hablado con el Comisionado Sankov y nos ayudará. Pero necesitamos naves y hombres. Y yo solo no puedo conseguirlos. Los hombres no querrán escucharme. Soy nuevo. Vosotros dos, en cambio, sois conocidos y respetados. Sois veteranos. Si me ayudáis, aunque decidierais no ir, si me ayudáis a convencer a los demás, a conseguir voluntarios…

—Primero —barbotó Rioz— tendrás que explicarnos bastantes más cosas. Una vez lleguemos a Saturno, ¿dónde estará el agua?

—Ahí está lo bonito del caso. Por eso tiene que ser Saturno. El agua está flotando a su alrededor, en el espacio, no hay más que recogerla.

5

Cuando Hamish Sankov llegó a Marte, no existía lo que se dice un marciano nativo. Ahora hay más de doscientos niños cuyos abuelos han nacido ya en Marte… Son nativos de la tercera generación.

Cuando llegó, adolescente, Marte era apenas algo más que un montón de naves

aparcadas y conectadas entre sí por túneles subterráneos. A lo largo de los años vio crecer y extenderse rápidamente edificios, proyectando tuberías a la pobre e irrespirable atmósfera. Había visto inmensos almacenes que podían acomodar naves con sus cargas. Había visto cómo las minas salían de la nada hasta ser un gran corte en la corteza de Marte, mientras la población crecía de cincuenta a cincuenta mil.

Todos esos lejanos recuerdos le hacían sentirse viejo… Esos y los recuerdos aún más borrosos que le traía ese terrícola que tenía delante. Su visitante tenía consigo restos casi olvidados de antiguos recuerdos de un mundo tibio y suave, bondadoso y tierno para la humanidad como las entrañas de una madre.

El terrícola parecía recién salido de aquellas entrañas. No era ni alto, ni muy flaco; simplemente lleno de carnes. Cabello oscuro, un poco ondulado, un bigotito y la piel limpiamente rasurada. Sus ropas, de estilo adecuado estaban tan aseadas y limpias como podían estarlo por el plastek.

La ropa de Sankov era de fabricación marciana útil e impecable, pero pasada de moda. Su rostro era anguloso y arrugado, el cabello de un blanco puro, y su nuez pronunciada subía y bajaba cuando hablaba.

El terrícola era Myron Digby, miembro del Congreso General de la Tierra. Sankov era Comisionado marciano.

—Todo esto es muy duro para nosotros, señor —observó Sankov.

—Para la mayoría de nosotros también es duro, Comisionado.

—No sé. Honradamente no puedo decir que entienda el modo de hacer de la Tierra, por más que haya nacido allí. Marte es un lugar difícil para vivir, Congresista, y debe comprenderlo. Hacen falta naves muy espaciosas para traernos la comida, el agua y la materia prima para poder sobrevivir. No queda mucho espacio para libros ni para películas, aunque sean noticiarios. Incluso los programas de vídeo no llegan a Marte, sólo durante un mes cuando la Tierra está en conjunción y aún entonces a nadie le sobra tiempo para mirarlos.

»Mi oficina recibe una película semanal que es el resumen de la Prensa planetaria. En general me falta tiempo para dedicarle. Puede que nos tache usted de provincianos y tendrá razón. Cuando sucede algo como esto, lo único que cabe hacer es mirarnos desesperados.

—No querrá decirme que su gente —dijo Digby lentamente— no se ha enterado de la campaña de Hilder contra el despilfarro de agua.

—No, no puedo decirlo. Hay un joven basurero, hijo de un buen amigo mío que murió en el espacio —Sankov se rascó, pensativo, un lado del cuello—, que tiene como pasatiempo leer la historia de la Tierra y cosas parecidas. Capta programas de vídeo cuando está en el espacio y oye a ese tal Hilder. Por lo que puedo decir, aquella fue la primera comunicación que hizo Hilder sobre los despilfarradores de agua.

»El joven vino a verme para contármelo. Naturalmente, no lo tomé demasiado en serio. Estuve al tanto de las películas de la Prensa planetaria a partir de entonces, pero no se mencionaba mucho a Hilder, y lo que se decía lo presentaba como un personaje

extraño.

—En efecto, Comisionado, todo parecía una broma cuando empezó.

Sankov estiró sus largas piernas junto al escritorio y las cruzó por el tobillo.

—A mí todavía me parece una broma. ¿Qué discute? ¿Que gastamos agua? ¿Se ha preocupado de mirar los números? Los tengo aquí. Me los hice traer cuando llegó ese Comité.

»Parece ser que la Tierra tiene mil trescientos millones de kilómetros cúbicos de agua en sus océanos y cada kilómetro cúbico pesa mil toneladas. Eso es mucha agua. Nosotros usamos parte de esta cantidad en vuelos espaciales. Gran parte del impulso está dentro del campo de gravedad de la Tierra y esto significa que el agua que desprendemos al despegar vuelve a los océanos. Hilder no lo tiene en cuenta. Cuando dice que se gasta cerca de un millón de toneladas de agua por vuelo, es un embustero. Es menos de cien mil toneladas.

»Supongamos por un momento que tenemos cincuenta mil vuelos por año. No es así, claro; ni siquiera mil quinientos. Pero digamos que son cincuenta mil. Imagino que con el tiempo habrá una expansión considerable. Con cincuenta mil vuelos, se perdería una milla cúbica de agua en el espacio cada año. Esto significa que en un millón de años, la Tierra perdería *un cuarto del uno por ciento* de toda su agua.

Digby extendió las manos, palmas arriba, y las dejó caer de nuevo.

—Comisionado, los Aliados interplanetarios utilizaron este tipo de números en su campaña contra Hilder, pero es imposible combatir un levantamiento tremendo y emocional, con la frialdad de las matemáticas. Este hombre, me refiero a Hilder, ha inventado el nombre de «despilfarradores». Poco a poco ha ido transformando este nombre en una gigantesca conspiración, una pandilla de aprovechados y brutales desalmados que violan la Tierra en beneficio propio e inmediato.

»Ha acusado al Gobierno de estar de acuerdo con ellos, al Congreso de ser dominado por ellos, a la Prensa de estar pagada por ellos. Desgraciadamente, nada de esto parece una ridiculez al hombre medio. Sabe de sobra lo que unos egoístas pueden hacer con los recursos de la Tierra. Saben lo que ocurrió con el petróleo de la Tierra durante la época de los desastres, por ejemplo, y la forma en que se arruinó el suelo.

»Cuando un granjero sufre la sequía, le tiene sin cuidado que el agua perdida en un vuelo espacial sea o no una gota en la niebla comparada con el exceso de agua de la Tierra. Hilder le ha proporcionado un motivo al que culpar y éste es el mayor consuelo en caso de desastre. Hilder no va a renunciar a esto por más cifras que se le den.

—Eso es lo que me desconcierta —objetó Sankov—. Quizá porque ya no sé cómo funcionan las cosas en la Tierra, pero tengo entendido que no existen granjeros víctimas de la sequía. Por lo que he deducido de los resúmenes de noticias, los seguidores de Hilder son minoría. ¿Por qué razón la Tierra se alía con ellos, los granjeros, y algunos chiflados que le apoyan?

—Porque, Comisionado, existe lo que se llama seres humanos preocupados. La industria del acero ve que una era de vuelos espaciales pesará enormemente sobre las aleaciones ligeras no ferrosas. Los diversos sindicatos de mineros se preocupan por la competencia extraterrestre. Cualquier terrícola que no puede conseguir aluminio para conseguir un prefabricado está seguro de que no lo consigue porque el aluminio va a Marte. Conozco a un profesor de arqueología que está contra los despilfarradores porque no puede conseguir una concesión del Gobierno para financiar sus excavaciones. Está convencido de que todo el dinero del Gobierno va a investigación de cohetes y medicina del espacio y está resentido.

—Con esto veo que no hay gran diferencia entre la gente de la Tierra y los de Marte. Pero, ¿qué opina el Congreso General? ¿Por qué tienen que seguirle la corriente a Hilder?

—La política es algo difícil de explicar —replicó Digby sonriendo con acritud—. Hilder introdujo la disposición de montar un comité que investigara el abuso de vuelos espaciales. Las tres cuartas partes, o algo más, del Congreso estaban en contra de tal investigación por considerarla una intolerable e inútil ampliación de la burocracia, lo que es cierto. Pero, ¿cómo podía un legislador estar en contra de la simple investigación de un abuso? Podría parecer como si tuviera algo que temer o que ocultar. Parecería como si él mismo se beneficiara del despilfarro. Hilder no tiene el menor miedo a expresar estas acusaciones, y sean o no verdad, serían un poderoso factor para los votantes en las próximas elecciones. Y la disposición se hizo ley.

»Luego vino la cuestión de nombrar a los componentes del comité. Los que estaban en contra de Hilder rehusaron participar, porque eso hubiera significado tomar decisiones que continuamente resultarían embarazosas. Permaneciendo al margen serían menos blanco de los ataques de Hilder. El resultado es que yo soy el único miembro del comité que es abiertamente contrario a Hilder y puede costarme la reelección.

—Lo lamentaré, señor. Parece como si Marte no tuviera tantos amigos como creíamos. No nos gustaría perder ni uno. Pero si Hilder gana, ¿qué se propone hacer?

—Yo diría que está claro —dijo Digby—. Quiere ser el nuevo Coordinador Global.

—¿Cree usted que lo conseguirá?

—Si no hay nada que le detenga, sí.

—Y entonces, ¿qué? ¿Abandonará su campaña contra el «despilfarro»?

—No sabría decirlo. Ignoro si ha hecho planes para después de su coordinación. Sin embargo, si quiere mi opinión, no creo que pueda abandonar su campaña y conservar su popularidad. Se le ha desbordado.

Sankov volvió a rascarse el cuello.

—Está bien. En este caso voy a pedirle consejo. ¿Qué podemos hacer los de Marte? Conoce usted la Tierra. Conoce la situación. Nosotros, no. Digamos qué debemos hacer.

Digby se puso en pie y se acercó a la ventana. Miró hacia las cúpulas bajas de los otros edificios, a la llanura roja y rocosa completamente desolada que se extendía en medio, al cielo púrpura y a un sol reducido. Sin volverse, preguntó:

—¿Les gusta a ustedes realmente Marte?

—La mayoría de nosotros no conoce ningún otro mundo, señor. Me parece que la Tierra les resultaría peculiar e incómoda.

—Pero, ¿no se acostumbrarían los marcianos? La Tierra no es difícil de aceptar después de todo. ¿No le gustaría a su gente aprender a disfrutar del privilegio de respirar aire puro bajo un cielo abierto? Usted mismo vivió en la Tierra. Debe recordar lo que era.

—Me acuerdo en cierto modo. Pero no me parece fácil de explicar. La Tierra está ahí. Encaja con la gente y la gente con ella. La gente acepta la Tierra tal como la encuentra. Marte es diferente. Es descarnado y no encaja con la gente. Ésta tiene que sacarle el mejor partido. Tiene que *edificar* un mundo y no aceptar lo que encuentra. Marte no es aún gran cosa, pero estamos edificando, y cuando terminemos vamos a tener exactamente lo que queremos. Es una experiencia excitante saber que se está edificando un mundo. Después de esto, la Tierra resultaría aburrida.

El Congresista objetó:

—No puedo creer que el marciano ordinario sea tan filósofo que se conforme con vivir esta horrible y dura vida en aras de un futuro que debe estar a cientos de generaciones de distancia.

—No, no es exactamente así —Sankov cruzó el tobillo derecho sobre su rodilla izquierda y se lo sujetó mientras hablaba—. Como le he dicho, los marcianos son parecidos a los terrícolas, lo que significa que son seres humanos, y los seres humanos son poco dados a la filosofía. De todos modos, es importante vivir en un mundo que va creciendo, lo vea usted o no.

»Cuando llegué a Marte por primera vez, mi padre solía enviarme cartas. Era contable, y nunca dejó de ser un contable. La Tierra no era muy diferente cuando murió de lo que era cuando nació. Nunca vio ocurrir nada. Cada día era como cualquier otro día, y vivir era sólo una forma de pasar el tiempo hasta la muerte.

»En Marte es distinto. Cada día hay algo nuevo, la ciudad es mayor, el sistema de ventilación da un paso adelante, las conducciones de agua de los polos se perfeccionan. Ahora mismo nos proponemos montar una asociación de noticiarios filmados por nosotros. Vamos a llamarles Prensa de Marte. Si no ha vivido cuando las cosas van creciendo a su alrededor, jamás comprenderá lo maravilloso que es y lo que se siente.

»No, Congresista, Marte es difícil y duro, la Tierra es mucho más cómoda, pero me parece que si se llevara a nuestros muchachos a la Tierra serían desgraciados. Probablemente la mayoría no sería capaz de comprenderlo, pero se sentirían perdidos, perdidos e inútiles. Me parece que muchos de ellos no se adaptarían jamás.

Digby se apartó de la ventana y en la piel lisa y sonrosada de la frente se le formó

una arruga:

—En tal caso, Comisionado, lo siento por usted. Por todos ustedes.

—¿Por qué?

—Porque no creo que haya nada que pueda hacer su gente en Marte. O en todo caso, los de Venus o la Luna. No ocurrirá ahora; tal vez no ocurra en un año ni en dos, ni incluso en cinco. Pero a no tardar tendrán que volver todos a la Tierra, a menos que…

Las blancas cejas de Sankov parecieron cubrir sus ojos:

—¿Qué?

—A menos que puedan encontrar otra fuente de agua que no sea la Tierra.

—Y no parece probable, ¿verdad? —preguntó Sankov, abrumado.

—Poco probable.

—Y salvo eso, ¿no ve más oportunidad?

—Ninguna en absoluto.

Después de decirlo, Digby se fue, y Sankov se quedó un momento con la mirada perdida antes de marcar un número de la línea de comunicación local.

—Tenías razón, hijo. No pueden hacer nada. Incluso los que nos comprenden, no ven ninguna salida. ¿Cómo lo adivinaste tú?

—Comisionado —respondió Long—, cuando se ha leído todo sobre la época del desastre, especialmente sobre el siglo veinte, nada político puede ser una sorpresa.

—Bien, puede que sí. En todo caso, hijo, el congresista Digby lo lamenta por nosotros, lo siente horrores, podríamos decir, pero nada más. Dice que tendremos que abandonar Marte o ir a buscar el agua a otra parte. Sólo que piensa que no podemos encontrarla en ningún otro sitio.

—Pero usted sabe que sí podemos, Comisionado.

—Sé que *podemos*, hijo. Pero el riesgo es terrible.

—Si encuentro suficientes voluntarios, el riesgo es cosa nuestra.

—¿Y cómo va eso?

—No va mal. Algunos de los muchachos están ya de mi parte. Convencí a Mario Rioz, por ejemplo, y usted sabe que es uno de los mejores.

—Ahí está el problema… Los voluntarios son los mejores hombres que tenemos. Me horroriza permitirlo.

—Si volvemos, habrá valido la pena.

—Sí. Es palabra importante, hijo.

—Y muy importante lo que tratamos de hacer.

—Bien, di mi palabra de que si no conseguíamos ayuda de la Tierra, procuraré que el depósito de agua de Fobos os entregue toda la que necesitéis. ¡Buena suerte!

6

A ochocientos mil kilómetros de Saturno. Mario Rioz estaba recostado en nada, dormir era delicioso. Despertó lentamente de su sueño y, por unos instantes, solo dentro de su traje espacial, se entretuvo contando las estrellas y trazando líneas de unas a otras.

En un principio, a medida que corrían las semanas, era como volver a ser basureros, salvo por la corrosiva sensación de que cada minuto significaba un número adicional de millares de kilómetros lejos de toda la humanidad. Eso lo empeoraba.

Habían apuntado alto para poder salir de la eclíptica mientras cruzaban el cinturón de asteroides. Con ello se había gastado mucha agua y probablemente había sido innecesario. Aunque decenas de miles de pequeños mundos aparecían tan espesos como insectos en proyección bidimensional sobre una placa fotográfica, están, sin embargo, tan desparramados por los cuatrillones de kilómetros cúbicos que formaban su órbita conglomerada, que solamente la más ridícula de las coincidencias podría provocar una colisión.

No obstante, traspasaron el cinturón, pero alguien calculó las posibilidades de colisión con un fragmento de materia lo bastante grande como para producir algún daño. La estimación era tan baja, tan verdaderamente baja, que era casi imposible que acaeciera encontrarse con un «objeto flotante en el espacio».

Los días eran largos y muchos, el espacio estaba vacío, solamente se necesitaba a un hombre en los controles en todo momento. La idea era nueva.

Primero, fue alguien especialmente atrevido el que se aventuró a estar fuera unos quince minutos. Luego otro probó media hora. Por fin, antes de que los asteroides quedaran completamente atrás, cada nave regularmente tenía a su miembro libre de guardia suspendido de un cable en el espacio.

Era bastante fácil. Para empezar, uno de los cables destinados a operaciones a la conclusión del viaje, estaba magnéticamente sujeto por ambos extremos, por uno al casco de la nave, y por el otro al traje espacial. Luego se salía por la escotilla al casco y allí se amarraba el otro cable. Descansaba un instante, agarrado a la piel metálica de la nave por los electromagnetos de las botas. Después se neutralizaban éstas y se hacía un ligerísimo esfuerzo muscular.

Lenta, lentamente, con increíble lentitud, se desprendía de la nave. Aún más despacio, la masa mayor, la nave, se movía a poca distancia y hacia abajo. Uno flotaba de forma increíble, sin peso, en un negro sólido y tachonado. Cuando la nave se había alejado lo bastante, con la mano enguantada que mantenía asido el cable se apretaba ligeramente. Si se apretaba demasiado, uno se desplazaría hacia la nave y ésta hacia uno. Apretar con demasiada fuerza y la fricción le detendría, porque su moción sería equivalente a la de la nave y parecería tan inmóvil por debajo como si estuviera pintada sobre un imaginario telón de fondo, mientras que el cable colgaría enrollado entre los dos porque no tendría motivo para estar tirante.

Para el ojo desnudo era media nave. Una mitad estaba iluminada por la luz del débil sol que brillaba aún demasiado para poder mirarle directamente sin la reforzada

protección de la visera polarizada del traje espacial. La otra mitad era negra sobre negro y por tanto invisible.

El espacio envolvía, como un sueño. El traje espacial era tibio, renovaba el aire automáticamente, llevaba comida y bebida en recipientes especiales de los que se podía tomar con el mínimo movimiento de cabeza, y se ocupaba debidamente de los desperdicios. Por encima de todo, y más que cualquier otra cosa, estaba la deliciosa euforia de la ingravidez.

Nunca hasta entonces se había sentido uno tan bien. Los días habían dejado de ser demasiado largos, ya no eran tan largos y faltaban días.

Habían pasado la órbita de Júpiter en un punto cercano a los treinta grados de su posición actual. Durante meses fue el objeto más brillante del cielo, salvo el guisante blanco y resplandeciente del Sol. Algunos de los basureros insistieron en que podían considerar a Júpiter por su resplandor como una pequeña esfera con un lado comido del todo por las sombras de la noche.

Después, pasado un período de varios meses, se desvaneció mientras otro punto de luz crecía hasta que fue más brillante que Júpiter. Era Saturno, primero como un punto y luego como una mancha ovalada y resplandeciente.

(—¿Por qué ovalada? —preguntó alguien y poco después otro contestó—: Por los anillos, naturalmente.)

Todos salían a flotar en el espacio, en cualquier momento, contemplando incesantemente a Saturno.

(«Oye, fresco, vuelve a la nave, maldita sea. Estás de guardia.» «¿Quién está de guardia? Según mi reloj todavía me quedan quince minutos.» «Pues vuelve a poner en hora tu reloj. Además, ayer te di veinte minutos.» «Tú no darías ni dos minutos a tu abuela.» «Vuelve de una vez, maldición, o saldré ahora mismo.» «Está bien, ya vuelvo. ¡Santo Dios!, ¡cuánto ruido por un cochino minuto!» Pero en el espacio ninguna pelea era grave. Era demasiado bueno.)

Saturno fue creciendo hasta que al fin rivalizó y después sobrepaso al Sol en brillantez; los anillos, situados en un amplio ángulo con su trayectoria de acercamiento, él pasó imponente junto al planeta que sólo tenía eclipsada una pequeña parte. Después, a medida que se acercaban, creció la amplitud de los anillos, para estrecharse a medida que el ángulo de aproximación iba decreciendo constantemente.

Las lunas mayores aparecieron por los alrededores de aquel cielo como serenas luciérnagas.

Mario Rioz se alegraba de estar despierto y poder seguir contemplando el espectáculo.

Saturno llenaba medio cielo, con estrías color naranja, con las sombras de la noche reduciéndolo por la derecha casi en una tercera parte. Dos pequeños puntos redondos en aquel resplandor eran la sombra de dos de sus lunas. A la izquierda y detrás de él (podía mirar por encima del hombro izquierdo para ver, y al hacerlo, el

resto de su cuerpo se inclinaba ligeramente hacia la derecha para mantener el impulso angular) estaba el diamante blanco del Sol.

Pero más que otra cosa, le gustaba contemplar los anillos. A la izquierda salía, por detrás de Saturno, una triple banda apretada, de luces anaranjadas. Por la noche, su principio quedaba oculto en las sombras nocturnas, pero los anillos se mostraban más cerca y más anchos. Se ensanchaban al acercarse, como la boca de una trompeta, pero también resultaban más borrosos al llegar, hasta que llenaban el cielo y se perdían.

Desde donde estaba la flota de basureros, precisamente dentro del borde exterior del último anillo, éstos se rompían y asumían su verdadera identidad de agrupación de fragmentos sólidos más que la banda de luz sólida que parecían.

Por debajo de él, o mejor dicho en la dirección que señalaban sus pies, a unos treinta kilómetros de distancia, había uno de los fragmentos del anillo. Tenía el aspecto de una gran mancha irregular que afeaba la simetría del espacio, tres cuartos iluminada y partida como con un cuchillo por la sombra de la noche. Otros fragmentos estaban más lejos reluciendo como polvo de estrellas, más apagados y amontonados hasta que al seguirlos, volvían a parecer anillos.

Los fragmentos estaban inmóviles, pero era solamente porque las naves habían tomado una órbita cerca de Saturno equivalente a la del borde exterior de los anillos.

El día anterior, recordó Rioz, había estado en el fragmento más cercano trabajando junto a una veintena de compañeros para darle la forma deseada. Mañana volvería a hacerlo.

Hoy… hoy flotaba en el espacio.

—¿Mario? —la voz que sonaba en sus auriculares era inquisitiva.

De momento a Rioz le embargó el hastío. Maldición, no estaba de humor para compañía.

—Al habla —respondió.

—Estaba seguro de haber localizado tu nave. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Eres tú, Ted?

—El mismo.

—¿Ocurre algo con el fragmento?

—Nada. He salido a flotar.

—¿Tú también?

—De vez en cuando me apetece. Precioso, ¿verdad?

—Muy bueno —asintió Rioz.

—Sabes que he leído en libros de la Tierra…

—De terrícolas querrás decir —Rioz bostezó y en aquellas circunstancias le resultó difícil emplear la expresión con la apropiada carga de resentimiento.

—… descripciones, a veces, de gente echada en la hierba —prosiguió Long—, ya sabes, esa cosa verde que es como tiras finas de papel y que allí les cubre todo el suelo, que contempla el cielo azul salpicado de nubes. ¿Viste alguna vez películas con eso?

—Claro. Pero no me dijeron nada. Daban sensación de frío.

—Pero supongo que no lo será. Después de todo, la Tierra está muy cerca del Sol y dicen que su atmósfera es lo bastante espesa para retener el calor. Debo confesar que, personalmente, me molestaría encontrarme bajo cielo abierto y con sólo la ropa puesta. Pero me imagino que les gusta.

—¡Los terrícolas están locos!

—Hablan de árboles, de grandes ramas oscuras, de vientos, ya sabes, movimientos del aire.

—Querrás decir corrientes. También pueden quedárselas.

—No importa. El caso es que lo describen maravillosamente, casi apasionadamente. Muchas veces me he preguntado: ¿Cómo será en realidad? ¿Lo experimentaré alguna vez o es algo que solamente los de la Tierra pueden sentir? Muchas veces me ha parecido que me estaba perdiendo algo vital. Ahora sé cómo debe ser. Es esto. Completa paz en medio de un universo empapado en belleza.

—No les gustaría —opinó Rioz—. Me refiero a los terrícolas. Están tan acostumbrados a su repugnante y pequeño mundo que no sabrían apreciar lo que es flotar contemplando a Saturno… —sacudió ligeramente su cuerpo y empezó a balancearse de un lado a otro en su centro de masa, lenta y dulcemente.

—Sí, también lo creo yo. Son esclavos de su planeta. Incluso si vienen a Marte, serán solamente sus hijos los que se sientan libres. Algún día habrá naves estelares grandes, inmensas, que podrán llevar a millares de personas y mantener su autosuficiente equilibrio por decenas de años, tal vez por siglos. La humanidad se extenderá por toda la Galaxia. Pero la gente tendrá que vivir su vida a bordo hasta que se desarrollen nuevos métodos de viajes interestelares, lo mismo ocurrirá con los marcianos, no terrícolas, en dirección al planeta, que serán los que colonizarán el universo. Es inevitable. Tiene que ser así. Es el sistema marciano.

Pero Rioz no le contestó, se había vuelto a quedar dormido, meciéndose, balanceándose dulcemente, a cerca de un millón de kilómetros por encima de Saturno.

7

El equipo de trabajo en el fragmento de anillo era la cruz de la moneda. La ingravidez, la paz e intimidad de la flotación en el espacio cedía el puesto a algo que no era ni paz ni intimidad. Incluso la ingravidez, que continuaba, resultaba más un purgatorio que un paraíso bajo las nuevas condiciones.

Traten de manipular un proyector de calor de tipo habitualmente intransportable. Podía levantarse pese a medir casi dos metros de altura y otros tantos de anchura, y ser casi de metal sólido, porque pesaba menos de un gramo. Pero su inercia era exactamente lo que había sido siempre, lo cual significaba que si no se colocaba muy

despacio en posición correcta, continuaría moviéndose y llevándote consigo. Entonces tendrías que cruzar el campo de gravedad artificial en tu traje espacial y bajar de golpe.

Keralski había cruzado el campo un poco alto, y bajó brutalmente, junto al proyector en un ángulo peligroso. Su tobillo aplastado había sido el primer accidente de la expedición.

Rioz maldecía profusamente y sin parar. Continuaba con la costumbre de pasarse el dorso de la mano por la frente y secar el sudor acumulado. Las pocas veces que había sucumbido al impulso, el metal y la silicona chocaban con un ruido que atronó el interior de su traje, sin que sirviera para nada. Los secadores del interior del traje estaban aspirando al máximo y, naturalmente, recuperando el agua y devolviendo líquido ionizado, conteniendo una cuidadosa proporción de sal en el recipiente apropiado.

Rioz gritó:

—Maldita sea, Dick, espera hasta que te dé la orden, ¿quieres?

Y la voz de Swenson resonó en sus oídos:

—Bien, ¿y cuánto tiempo se supone que voy a estar aquí sentado?

—Hasta que te avise —respondió Rioz.

Reforzó la gravedad artificial y levantó un poco el proyector. Liberó la suficiente seudogravedad hasta que se aseguró de que el proyector se mantendría unos minutos en su sitio, aunque le retirara el soporte del todo. De un puntapié quitó el cable de en medio (llegaba más allá del cercano «horizonte» a una fuente de energía invisible desde allí) y apretó el botón.

El material de que se componía el fragmento burbujeó y se desvaneció bajo el contacto. Una sección del labio de la tremenda cavidad que ya habían abierto en la materia se fundió y desapareció la irregularidad de su contorno.

—Prueba ahora —ordenó Rioz.

Swenson se encontraba en la nave que se mantenía sobre la cabeza de Rioz.

Swenson gritó:

—¿Todo despejado?

—Te he dicho que empieces.

Lo que salió de una abertura en la proa de la nave fue un débil chorro de vapor. La nave bajó hacia el fragmento de anillo. Otro chorro compensó la tendencia a moverse hacia un lado. Pudo acercarse directamente.

Un tercer chorro en la popa disminuyó considerablemente su velocidad. Rioz observaba, tenso.

—Sigue acercándola. Lo conseguirás. Lo conseguirás.

La popa de la nave entró en el boquete, llenándolo casi. Los panzudos costados se acercaron más y más al borde. Hubo una vibración chirriante al dejar de moverse la nave. A Swenson le llegó el turno de maldecir:

—No encaja —barbotó.

Rioz lanzó el proyector contra tierra en un ataque de rabia y salió debatiéndose en el espacio. El proyector levantó una nube de polvo blanco y cristalino a su alrededor y cuando Rioz bajó a su vez por seudogravedad ocurrió lo mismo. Protestó:

—Te metiste al bies, estúpido terrícola.

—Entré nivelado, granjero de mierda.

Unos chorros laterales disparados hacia atrás funcionaron con más fuerza que antes y Rioz confió en tener tiempo de apartarse.

La nave salió del pozo y se disparó al espacio ochocientos metros antes de que los chorros delanteros pudieran pararla.

—Partiremos media docena de placas si volvemos a hacer esto —observó Swenson, tenso—. Métela bien, ¿quieres?

—La meteré perfectamente. No te preocupes. Procura tú entrar bien.

Rioz saltó hacia arriba y se permitió subir doscientos cincuenta metros más a fin de tener una visión general de la cavidad. Las marcas que había dejado la nave eran claramente visibles. Se concentraban en un punto a mitad de camino del fondo del pozo. Tendría que eliminarlas.

Empezó a fundirlas con el soplete. Media hora después la nave encajaba perfectamente en su cavidad y Swenson, con su traje espacial puesto, salió para reunirse con Rioz. Swenson dijo:

—Si quieres entrar y quitarte el traje, ya me ocuparé yo de la escarcha.

—No importa. Prefiero estar aquí, sentado, y contemplar Saturno.

Se sentó en el borde del pozo. Quedaba un espacio de dos metros entre él y la nave. En ciertos puntos del círculo había sólo medio metro; en otros simplemente unos centímetros. No se podía esperar un encaje mejor hecho a mano. El ajuste final se haría fundiendo poco a poco el hielo al vapor y dejando que se helara de nuevo dentro de la cavidad entre el borde y la nave.

Saturno se movió visiblemente a través del cielo, desapareciendo su enorme masa más allá del horizonte.

—¿Cuántas naves quedan por colocar? —preguntó Rioz.

—Lo último que oí eran once. Nosotros ya estamos dentro, de modo que ahora quedarán diez. De las que ya están colocadas, siete ya se han congelado. Dos o tres están desmanteladas.

—Vamos bien.

—Hay mucho que hacer aún. No te olvides de los chorros principales del otro extremo, de los cables y de las líneas de energía. A veces me pregunto si lo conseguiremos. Cuando salimos no me importaba demasiado, pero ahora mismo, sentado en los controles me iba diciendo: «No lo conseguiremos. Nos quedaremos sentados aquí y pasaremos hambre y moriremos con solo Saturno sobre nuestras cabezas.» Y me pongo a pensar…

No llegó a explicar lo que pensaba. Simplemente siguió sentado.

—Piensas demasiado —le increpó Rioz.

—Contigo es distinto —dijo Swenson—. No dejo de pensar en Peter… y en Dora…

—¿Para qué? Dijo que podías irte, ¿verdad? El Comisionado le hizo un discurso sobre patriotismo y cómo serías un héroe y con el futuro resuelto a tu regreso, y dijo que podías ir. No te escabulliste como hizo Adams.

—Adams es diferente. A su mujer debían haberla asesinado cuando nació. Algunas mujeres pueden suponer un infierno para el hombre, ¿no crees? No quería que fuera…, pero probablemente preferiría que no regresara, si consigues una buena pensión.

—Entonces, ¿por qué te quejas? Dora quiere que vuelvas, ¿no?

—¡Nunca la he tratado bien! —suspiró Swenson.

—Le entregas tu paga, me parece. Yo no lo haría por ninguna mujer. Dinero contra valor recibido, ni un céntimo más.

—El dinero no lo es todo. Es algo que he pensado aquí. A una mujer le gusta la compañía. Un niño necesita a su padre. ¿Qué diablos estoy haciendo aquí?

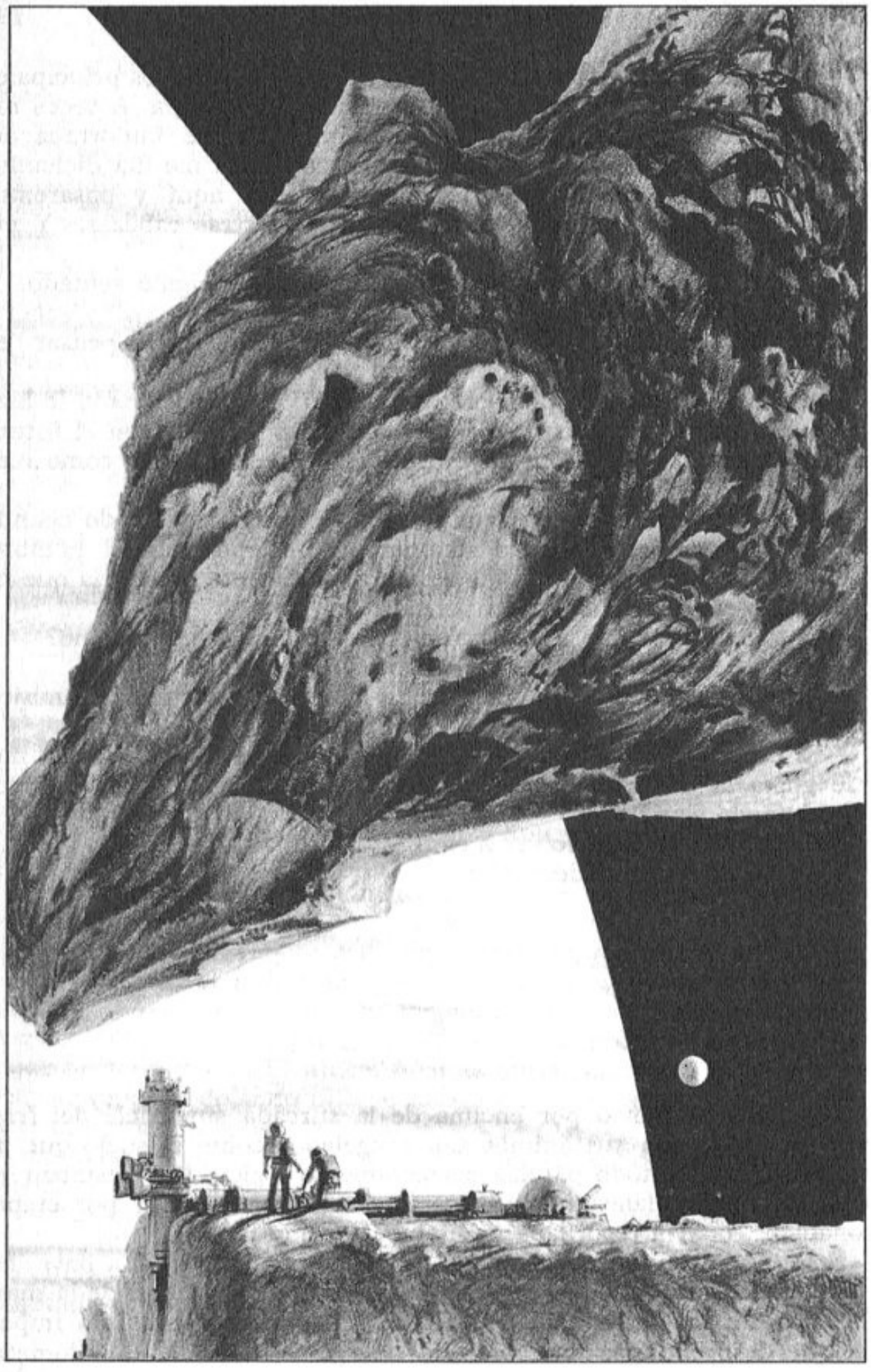
—Preparándote para volver a casa.

—Ah, tú no lo entiendes.

8

Ted Long se movió por encima de la surcada superficie del fragmento de anillo con sus ánimos tan congelados como el suelo que pisaba. Desde Marte todo parecía perfectamente lógico, pero estaban en Marte. Lo había planeado cuidadosamente en su mente y por etapas razonables. Todavía recordaba exactamente cómo fue.

No era necesaria una tonelada de agua para mover una nave. No se trataba de masa igual a masa, sino el tiempo de velocidad de la masa es igual a tiempo de velocidad de masa. En otras palabras, no importaba que desprendieras una tonelada de agua a más de un kilómetro por segundo, o unos cincuenta litros de agua a treinta kilómetros por segundo, obtenías la misma velocidad final de la nave.



Esto significaba que los orificios de chorro tenían que ser más pequeños y el vapor más caliente. Pero aparecían los inconvenientes. Cuanto más estrecho fuera el agujero, más energía se perdía en fricción y en turbulencia. Cuanto más caliente fuera el vapor, más refractario debía ser el agujero y más breve su duración. El límite, en esta dirección, era rápidamente alcanzado.

Así que, puesto que un determinado peso de agua podía mover considerablemente más que su propio peso en condiciones de agujeros pequeños, la nave debía ser grande. Cuanto más grande sea el espacio para almacenar el agua, mayor será la sección de viaje, incluso en proporción. Así que empezaron a hacer naves más pesadas y mayores. Pero entonces, cuanto mayor era el casco, más fuertes los refuerzos y más difíciles las soldadoras, más precisa y más exigente había de ser la ingeniería. De momento, el límite en aquella dirección también se había alcanzado.

Y finalmente había dado con lo que él consideraba el fallo básico: la concepción inquebrantable y original de que el combustible tenía que ir *dentro* de la nave; el metal tenía que trabajarse para que envolviera mil millones de toneladas de agua.

¿Por qué? El agua no tenía por qué ser agua. Podía ser hielo, y al hielo podía dársele forma. Se le podían hacer agujeros. Se le podían introducir cabinas y reactores. Con cables podían sujetarse las cabinas y los reactores gracias a la influencia de los campos magnéticos de fuerza que actuarían como agarraderas y cierres.

Long percibió el temblor del suelo que pisaba. Se encontraba en la cabeza del fragmento. Una docena de naves entraban y salían de las vainas perforadas en la materia, y el fragmento se estremecía bajo los continuos impactos.

El hielo no tenía que ser recortado. Había auténticos trozos en los anillos de Saturno. Los anillos eran realmente eso… piezas de hielo casi puro girando alrededor de Saturno. Así lo establecía la espectroscopia y así había resultado ser. Ahora se encontraba encima de una de esas piezas, de una longitud superior a los tres kilómetros y de casi un kilómetro y medio de espesor. Representaba aproximadamente quinientos millones de toneladas de agua, en una sola pieza, y él estaba de pie encima de ella.

Pero ahora se encontraba cara a cara con la realidad de la vida. Nunca había dicho a los hombres lo de prisa que esperaba transformar el fragmento en una nave, pero en su corazón imaginaba que serían dos días. Hacía ya una semana y no se atrevía a calcular el tiempo que quedaba. Ya ni siquiera confiaba en que el trabajo pudiera hacerse. ¿Serian capaces de controlar los chorros con la suficiente delicadeza mediante conductos lanzados a través de tres kilómetros de hielo que servirían para manipular la salida de la gravedad de Saturno?

El agua potable estaba bajando, aunque siempre podían destilar algo más de hielo. Y los víveres tampoco valían gran cosa.

Se detuvo, miró al cielo, forzando la vista. ¿Estaba creciendo el objeto? Debería medir su distancia. A decir verdad, le faltaba ánimo para añadir este problema a los otros. Su mente volvió a la inmediatez, mucho más importante.

Por lo menos, la moral estaba alta. Los hombres parecían disfrutar estando cerca de Saturno. Eran los primeros seres humanos en llegar tan lejos, los primeros en pasar los asteroides, los primeros en ver Júpiter como una pequeña piedra brillante a simple vista, los primeros en ver Saturno tal cual era.

No creía que cincuenta cazadores de cápsulas, prácticos y endurecidos, dedicaran tiempo a experimentar esa emoción. Pero sí lo hicieron. Y estaban orgullosos de ello.

Dos hombres y una nave medio enterrada pasaron por su horizonte móvil mientras caminaba. Les llamó:

—¡Eh, vosotros!

—¿Eres tú, Ted? —contestó Rioz.

—El mismo. ¿Es Dick el que está contigo?

—Claro. Ven, siéntate. Estábamos preparándonos para envolvernos en el hielo y buscábamos una excusa para retrasarlo.

—Yo no —dijo Swenson—. ¿Cuándo crees que nos iremos, Ted?

—Tan pronto como terminemos. Pero no es una respuesta, ¿verdad?

—Me figuro que no hay otra respuesta —comentó Swenson, deprimido.

Long miró hacia arriba, contemplando la mancha brillante e irregular del cielo. Rioz siguió su mirada:

—¿Qué pasa?

Long tardó en contestar. El cielo estaba completamente negro y los fragmentos de anillo resaltaban como polvo anaranjado. Saturno estaba a más de tres cuartos por debajo del horizonte y los anillos iban con él. A menos de un kilómetro de distancia una nave saltó más allá del borde helado del planetoide hacia el cielo, quedó iluminada por la luz naranja de Saturno y volvió a bajar. El suelo tembló ligeramente.

—¿Te preocupa algo respecto de la Sombra? —preguntó Rioz.

Lo llamaban así. Era el fragmento más cercano de los anillos, considerando que se encontraban en la cara externa de éstos, donde las piezas estaban más esparcidas. Se encontraba, quizá, a unos treinta kilómetros de distancia, como una montaña escarpada, de forma claramente visible.

—¿Cómo lo ves tú? —preguntó Long.

—Bien, supongo —respondió Rioz—. No veo nada extraño.

—¿No te parece que está volviéndose mayor?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Te lo parece o no? —insistió Long.

Rioz y Swenson lo miraron, pensativos.

—Sí que parece mayor —observó Swenson.

—Nos estás metiendo la idea en la cabeza —protestó Rioz—. Si fuera mayor es que estaría más cerca.

—¿Y te parece imposible?

—Estas cosas son de órbita estable.

—Lo eran cuando llegamos —explicó Long—. ¿Has notado eso?

El suelo había vuelto a temblar. Long dijo:

—Llevamos ya una semana volando esta cosa. Primero veinticinco naves se posaron en ella, lo que hizo que su impulso variara, claro que no mucho. Después hemos estado derritiendo partes de ella y nuestras naves han entrado y salido violentamente… y siempre en el mismo extremo. En una semana podemos haber cambiado algo su órbita. Los dos fragmentos, éste y la Sombra pueden converger.

—Tiene mucho espacio para pasarnos —Rioz lo contempló, pensativo—. Además, si ni siquiera podemos estar seguros de que se ha hecho mayor, ¿a qué velocidad puede moverse? Con relación a nosotros, quiero decir.

—No tiene que moverse rápido. Su impulso es el mismo que el nuestro, así que, por más ligeramente que nos roce nos echará completamente fuera de nuestra órbita, quizá hacia Saturno, a donde no queremos ir. A decir verdad, el hielo tiene una fuerza de tensión muy baja, de modo que ambos planetoides pueden hacerse migas.

Swenson se puso en pie.

—Maldición, si puedo decirte que una cápsula se está moviendo a mil seiscientos kilómetros de distancia, puedo decirte también lo que hace una montaña a treinta kilómetros —dio la vuelta y se fue hacia la nave.

Long no le detuvo. Rioz comentó:

—Es un tipo muy nervioso.

El planetoide vecino se alzó en el cenit, pasó por encima y empezó a hundirse. Veinte minutos después, el horizonte opuesto a la porción tras la que Saturno había desaparecido estalló en una llamarada naranja cuando su masa empezó a elevarse de nuevo.

Rioz llamó a Swenson por radio:

—Eh, Dick, ¿te has muerto?

—Estoy haciendo unas comprobaciones —respondió con voz apagada.

—¿Se mueve? —preguntó Long.

—Sí.

—¿Hacia nosotros?

Una pausa. La voz de Swenson parecía enferma:

—Directo a la nariz, Ted. La intersección de órbitas tendrá lugar dentro de tres días.

—¡Estás loco! —exclamó Rioz.

—Lo he comprobado cuatro veces —insistió Swenson.

Long, abrumado, pensó: «¿Y qué vamos a hacer ahora?»

9

Algunos de los hombres tenían problemas con los cables. Había que tenderlos con precisión; su geometría tenía que ser casi perfecta para que el campo magnético alcanzara la máxima fuerza. En el espacio, o incluso en el aire, no hubiera importado. Los cables se hubieran alineado automáticamente tan pronto como se pusieran en marcha.

Aquí era diferente. Había que trazar un surco a lo largo de la superficie del planetoide y dentro encajar el cable. Si no lo extendían dentro de los pocos minutos de arco en la dirección calculada, la presión se aplicaría al planetoide entero, con la consiguiente pérdida de energía, y no podían permitirse la menor pérdida. Habría que volver a trazar los surcos, trasladar los cables y congelarlo todo en la nueva posición.

Los hombres agotados obedecían por rutina, y de pronto les llegó una orden:

—¡Todo el mundo a los chorros!

No podía decirse de los basureros que fueran del tipo que acepta tranquilamente la disciplina. Se trataba de un grupo que protestando, murmurando y gruñendo desmontaba los tubos de chorros de las naves que aún seguían intactos, llevándolos al extremo de popa del planetoide, encajándolos en posición y sujetándolos a lo largo de la superficie.

Llevaban casi veinticuatro horas antes de que uno de ellos levantara la vista al cielo y exclamara:

—¡Diablos! —a lo que siguió algo irrepetible.

Su vecino miró y dijo:

—¡Que me aspen!

Una vez lo vieron unos, lo vieron todos. Era lo más asombroso del mundo.

—¡Mirad la Sombra!

Se extendía a través del cielo como una herida infectada. Los hombres miraban, encontrando que había doblado su tamaño, preguntándose por qué no lo habrían observado antes. El trabajo cesó virtualmente. Fueron en busca de Ted Long.

—No podemos irnos —les dijo—. No tenemos bastante combustible para volver a Marte y carecemos de equipo para capturar otro planetoide. De modo que tenemos que quedarnos. Ahora la Sombra se acerca a nosotros porque nuestras explosiones nos han echado de nuestra órbita. Debemos volver a modificarla con más explosiones. Como no podemos tocar la parte delantera sin poner en peligro la nave que estamos construyendo, probemos otro sistema.

Volvieron a trabajar en los tubos de chorro con una furiosa energía que recibía impulso cada media hora cuando la Sombra volvía a alzarse sobre el horizonte, mayor y más ominosa que antes.

Long no estaba seguro de que funcionara, aunque los chorros respondieran a los controles lejanos, y la provisión de agua fuera la adecuada. Esta provisión, dependía de una cámara de aprovisionamiento que se abría directamente en el cuerpo helado del planetoide, con proyectores de calor incorporados que enviaban directamente el líquido propulsor a las células de conducción. Todavía no había seguridad de que el

cuerpo del planetoide sin una funda de cables magnéticos, se mantuviera unido bajo la enorme presión disruptiva.

—¡Listos! —llegó la señal al receptor de Long.

Long respondió:

—¡Listo! —y puso el contacto.

La vibración se hizo notar por todas partes. El campo estrellado, en el visor, también tembló.

Por el retrovisor se vio una espuma brillante y distante hecha de cristales de hielo en movimiento.

—¡Soplan! —fue un grito unánime.

Y siguió soplando. Long no se atrevió a parar. Durante seis horas sopló, silbó, burbujeó, llenando el espacio de vapor; el cuerpo del planetoide se volvió vapor y salió disparado.

La Sombra se acercó hasta que los hombres no hicieron sino mirar aquella montaña en el cielo, sobrepasando al propio Saturno en espectacularidad. Todos sus valles y gargantas eran claras arrugas en su rostro. Pero cuando cruzó la órbita del planetoide, lo hizo a más de medio kilómetro por detrás de su actual posición.

Los chorros de vapor cesaron.

Long se inclinó en su asiento y se cubrió los ojos. No había comido en dos días. Pero ahora sí podía comer. No había otro planetoide lo bastante cercano para interrumpirles, aunque iniciara una aproximación en aquel momento.

De vuelta a la superficie del planetoide, Swenson Comentó:

—Durante todo el tiempo que miré aquella maldita roca echándosenos encima, me iba diciendo: «No puede ocurrir. No podemos permitir que ocurra.»

—¡Diablos! —dijo Rioz—, estábamos todos nerviosos. ¿Viste a Jim Davis? Estaba verde. Yo también me sentía un poco alterado.

—Pero no es eso. No era precisamente… morir, sabes. Estaba pensando… ya sé que es absurdo, pero no puedo evitarlo… pensaba que Dora me advirtió que moriría, y que nunca dejó de hablarme de lo mismo. ¿No te parece una actitud idiota en un momento como éste?

—Óyeme, tú quisiste casarte, así que te casaste. ¿Por qué vienes a contarme tus problemas?

10

La flotilla, soldada en una sola unidad, regresaba de su importante viaje de Saturno a Marte. Cada día era como un destello surcando un espacio que antes tardó nueve días en recorrer.

Ted Long había puesto a toda la tripulación en estado de emergencia. Con veinticinco naves incrustadas en el planetoide sacado de los anillos de Saturno e

incapaces de moverse o maniobrar independientemente, la coordinación de sus fuentes de energía en chorros unificados era un problema delicadísimo. La sacudida que tuvo lugar el primer día de viaje casi les sacó de su piel.

Esto por lo menos se arregló a medida que la velocidad fue aumentando bajo el empuje regular de la parte trasera. Pasaron de ciento sesenta kilómetros por hora al final del segundo día, y fueron subiendo firmemente hasta el millón y medio de kilómetros y más.

La nave de Long, que formaba la proa aguzada de la flota congelada, era la única que poseía una visión quíntuple del espacio. Era una posición incómoda dadas las circunstancias. Long se encontró vigilando, tenso, imaginando que las estrellas empezarían a quedarse lentamente rezagadas, a medida que las pasase, debido a la tremenda velocidad de desplazamiento de la multinave.

Pero no era así, naturalmente. Permanecieron sujetas al negro fondo, despreciando, desde su distancia y con paciente inmovilidad, cualquier velocidad que un mero hombre pudiera conseguir.

Los hombres empezaron a quejarse después de los primeros días. No sólo porque se les privaba de flotar en el espacio. Se sentían agobiados por la gravedad artificial, mayor que la ordinaria, de las naves, y por los efectos de la feroz aceleración en la que vivían. El propio Long estaba muerto de cansancio por la incesante presión contra los almohadones hidráulicos.

Empezaron a cortar los chorros una hora de cada veinticuatro y Long se inquietaba.

Hacía más de un año que vio por última vez Marte, encogiéndose, por una ventana de observación de esta misma nave, que había sido una entidad independiente. ¿Qué había ocurrido desde entonces? ¿Seguía la colonia allí?

Algo parecido al pánico crecía en Long, que enviaba llamadas de tanteo por radio todos los días a Marte, con la energía combinada de veinticinco naves. Pero no había respuesta. Tampoco esperaba ninguna. Marte y Saturno se hallaban ahora en lados opuestos del Sol, y hasta que pudiera subir lo bastante por encima de la eclíptica para tener al Sol más allá de la línea que le conectaba con Marte, la interferencia solar impediría que pasara cualquier señal.

Muy por encima del borde exterior del cinturón de asteroides alcanzaron la máxima velocidad. Con breves chorros de energía, primero por los tubos de un lado, luego por los del otro, la enorme nave giró en sentido inverso. La composición de chorros de popa empezaron de nuevo su potente rugido, pero ahora el resultado era de desaceleración.

Pasaron a ciento cincuenta millones de kilómetros por encima del Sol, girando hacia abajo para interceptar la órbita de Marte.

A una semana de distancia de Marte se oyeron por primera vez señales de

respuesta. Llegaron fragmentadas, distorsionadas por el éter e incomprensibles, pero procedían de Marte. Tierra y Venus se encontraban en ángulos suficientemente diferentes para que no quedara la menor duda.

Long se relajó. En todo caso, seguía habiendo humanos en Marte. A dos días de distancia, las señales eran fuertes y claras y Sankov se encontraba al otro extremo. Le dijo:

—Hola, hijo. Aquí son las tres de la mañana. Parece como si la gente no tuviera la menor consideración por un anciano. Me han arrancado de la cama.

—Lo siento, señor.

—No lo sientas. Cumplías órdenes. Me asusta preguntar, hijo: ¿hay alguien herido? ¿Tal vez muerto?

—No ha habido bajas, señor. Ni una.

—¿Y… y el agua? ¿Queda algo?

Long se esforzó por parecer indiferente:

—Bastante.

—En este caso, llegad tan rápido como podáis. De todas formas no os arriesguéis.

—Entonces, hay problemas.

—Bastante fastidiosos. ¿Cuánto tardaréis en bajar?

—Dos días. ¿Puede aguantar hasta entonces?

—Aguantaré.

Cuarenta horas más tarde Marte era como una bola color fuego que llenaba las portillas. Se encontraban ya en la espiral final del aterrizaje en el planeta.

—Despacio —se dijo Long—. Despacio.

En sus condiciones, incluso la débil atmósfera de Marte podía causar daños tremendos si bajaban demasiado de prisa.

Desde el momento en que emergieron muy por encima de la eclíptica, su espiral pasó de Norte a Sur. Vieron a sus pies el paso fugaz de un blanco casquete polar, luego el más pequeño del hemisferio de verano, otra vez el grande, luego el pequeño, y todo a intervalos cada vez más largos. El planeta se iba acercando, el paisaje empezó a mostrarse con detalles.

—¡Preparados para aterrizar! —gritó Long.

11

Sankov hizo un gran esfuerzo por mostrarse tranquilo, lo que le resultaba difícil si se considera lo justo a tiempo que los muchachos habían llegado. Pero, bueno, todo había salido bien.

Hasta hacía pocos días no estaba seguro de que sobrevivieran. Parecía más probable, casi inevitable, que no fueran sino cadáveres congelados en alguna parte de la extensión no hollada de Marte a Saturno, transformados en nuevos planetoides que

en tiempos fueron seres vivos.

El Comité había estado atosigándole por espacio de semanas antes de que llegaran las noticias. Habían insistido en que firmara para guardar las apariencias. Parecería un acuerdo, voluntaria y mutuamente alcanzado. Pero Sankov sabía de sobra que, dada la obstinación de ellos, actuarían unilateralmente y al cuerno con las apariencias. Parecía casi obvio que la elección de Hilder era segura y aprovecharían la oportunidad de provocar una reacción de simpatía por Marte.

Así que prolongó las negociaciones, haciéndoles creer siempre en la posibilidad de rendirse.

Y entonces oyó a Long y cerró rápidamente el trato.

Extendieron los papeles ante él e hizo unas declaraciones a los reporteros presentes. Dijo:

—La importación total de agua de la Tierra es de veinte millones de toneladas al año, que va disminuyendo a medida que desarrollamos nuestro propio sistema de canalización. Si firmo este documento aceptando un embargo, nuestra industria se verá paralizada y detenida cualquier posibilidad de expansión. Me parece imposible que esto sea lo que quiere la Tierra, ¿no es eso?

Sus ojos se encontraron y vieron en los del anciano un brillo duro. El congresista Digby ya había sido remplazado y todos estaban unánimemente en contra de él.

El presidente del Comité señaló con impaciencia:

—Todo eso ya nos lo ha dicho antes.

—Lo sé, pero en este momento me dispongo a firmar y quiero tenerlo bien claro en mi cabeza. Quiero saber si la Tierra está determinada a terminar con nosotros aquí.

—Claro que no. La Tierra está interesada en conservar su irremplazable caudal de agua, nada más.

—La Tierra dispone de un quintillón y medio de toneladas de agua.

—No podemos repartir más agua —insistió el presidente del Comité.

Y Sankov había firmado.

Había sido la nota final que deseaba. La Tierra poseía un quintillón y medio de toneladas de agua, y no podía ceder nada.

Ahora, un día y medio después, el Comité y los reporteros esperaban bajo la cúpula del espaciopuerto. A través de gruesas y convexas ventanas, podían ver la extensión vacía del espaciopuerto de Marte.

El presidente del Comité preguntó molesto:

—¿Cuánto tiempo más tendremos que esperar? Y, si no le importa decírmelo, ¿qué es lo que esperamos?

Sankov replicó:

—Algunos de nuestros muchachos han estado en el espacio, más allá de los asteroides.

El presidente del Comité se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo inmaculado:

—¿Y regresan?

—En efecto.

El presidente se encogió de hombros y alzó las cejas en dirección de los reporteros.

En una estancia contigua más pequeña, un grupo de mujeres y niños se arracimaban junto a las ventanas. Sankov dio unos pasos atrás para mirarles. Cuánto hubiera preferido estar con ellos, tomar parte en su tensión y alegría. Él, como ellos, había esperado más de un año. Él, como ellos, había pensado una y más veces que los hombres debían haber muerto.

—¿Ven aquello? —señaló Sankov.

—¡Eh! —exclamó un reportero—. ¡Si es una nave!

Un griterío confuso salió de la estancia contigua.

No era tanto una nave como un punto brillante oscurecido por una nube blanca que se movía. La nube se hizo mayor y empezó a tener forma. Era una doble mancha recortada contra el cielo, con los extremos inferiores sobresaliendo y mirando hacia arriba. Al acercarse más, el punto brillante del extremo superior adoptó una forma toscamente cilíndrica.

Era tosca y rugosa, pero donde le daba la luz solar resplandecía.

El cilindro descendió a tierra con la ponderada lentitud propia de las naves espaciales. Se mantuvo suspendido por los chorros de vapor y descansó al fin sobre la ingente cantidad de toneladas de materia dejándose caer como un hombre agotado en su sillón.

Al hacerlo se hizo un silencio total en el interior de la cúpula. Las mujeres y los niños en una habitación, los políticos y reporteros en la otra, se quedaron helados con las cabezas dirigidas incrédulamente hacia arriba.

Las ruedas de aterrizaje del cilindro, saliendo hasta más allá por debajo de los dos últimos tubos, tocaron tierra y se hundieron en la gravilla de la pista. Después la nave se quedó inmóvil y cesó la acción de los chorros.

Pero en la cúpula continuó el silencio por mucho tiempo.

Los hombres empezaron a descolgarse poco a poco por los lados de la inmensa nave, desde una distancia de tres kilómetros hasta el suelo, con pinchos en las suelas de sus zapatos y hachas de hielo en las manos. Eran como hormigas sobre la cegadora superficie.

Uno de los reporteros logró articular:

—¿Y eso qué es?

—Esto —explicó Sankov— resulta que es un trozo de materia que pasó su vida girando alrededor de Saturno como parte de uno de sus anillos. Nuestros muchachos la dotaron con cabina de mando y chorros y la trajeron a casa. Lo que ocurre es que los fragmentos de anillos de Saturno son de hielo. —Continuó hablando en medio de un silencio sepulcral—: Esa cosa que parece una nave no es más que una montaña de agua endurecida. Si llegara a la Tierra así, acabaría en un charco y tal vez se rompería

por su propio peso. Marte es más frío, tiene menos gravedad y no corremos ese peligro.

»Naturalmente, una vez tengamos esta cosa organizada, podremos establecer estaciones de agua en las lunas de Saturno y Júpiter y en los asteroides. Podremos trocear los anillos de Saturno y recoger los trozos y enviarlos a las distintas estaciones. Nuestros basureros son magníficos en este trabajo.

»Tendremos toda el agua que necesitemos. Este trozo que ven aquí es poco menos de dos kilómetros cúbicos. Más o menos lo que la Tierra nos mandaría en doscientos años. Los muchachos gastaron bastante para su regreso de Saturno. Lo hicieron en cinco semanas según me dijeron, y han gastado unos cien millones de toneladas. Pero, ¡por Marte!, que no hizo la menor mella en toda esta montaña. Tomen buena nota, muchachos. —Y se volvió hacia los reporteros. Era indudable que tomaban buena nota. Y añadió—: Apunten también esto. La Tierra está preocupada por su provisión de agua. Solamente dispone de un quintillón y medio de toneladas. No pueden desprenderse ni de una sola tonelada para darnos. Escriban que nosotros, los de Marte, estamos preocupados por la Tierra y no queremos que les ocurra nada a sus habitantes. Escriban que venderemos agua a la Tierra. Escriban que les cederemos lotes de un millón de toneladas a un precio razonable. Escriban que dentro de diez años, calculamos poder vender lotes de dos kilómetros cúbicos. Escriban que la Tierra puede dejar de preocuparse, ya que Marte puede venderles toda el agua que quieran y necesiten.

El presidente del Comité estaba más allá de lo que se decía; estaba sintiendo que el futuro se le echaba encima. Distinguía vagamente a los reporteros riéndose mientras escribían furiosamente.

¡Riéndose!

Oía las risas transformándose en carcajadas al llegar a la Tierra al ver cómo Marte devolvía tan limpiamente el mensaje a los antidespilfarradores.

Podía oír las carcajadas atronando desde todos los continentes al circular la noticia del fiasco. Y podía ver el abismo, profundo y negro como el espacio, en el que se hundirían para siempre las esperanzas políticas de John Hilder y de todos los que en la Tierra se oponían a los vuelos espaciales, incluyendo los suyos, naturalmente.

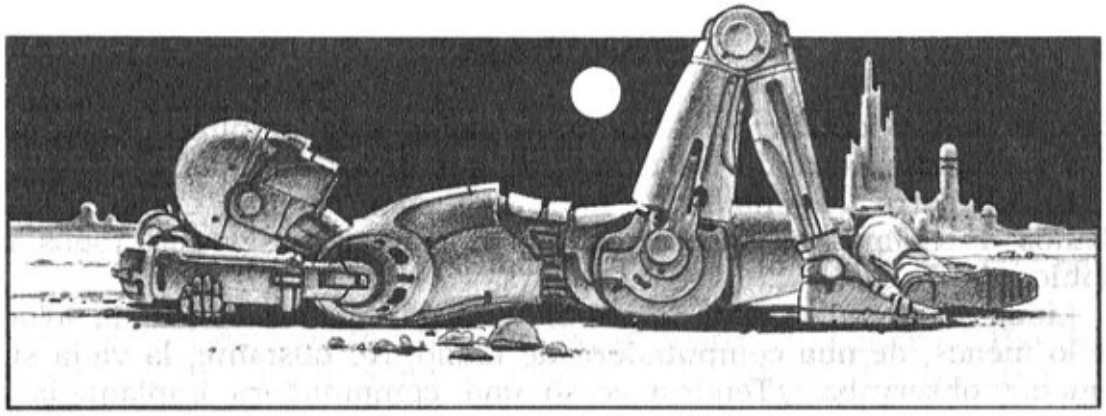
En la habitación vecina, Dora Swenson gritó de alegría y Peter, que había crecido tres centímetros, daba saltos diciendo:

—¡Papá! ¡Papá!

Richard Swenson acababa de saltar junto a una de las ruedas del extremo, con el rostro claramente visible a través de la silicona del casco, y se dirigía hacia la cúpula.

—¿Habéis visto alguna vez a un hombre con aspecto más feliz? —preguntó Ted Long—, quizá haya algo bueno en eso del matrimonio.

—Lo que pasa es que has estado en el espacio demasiado tiempo —dijo Rioz.



PRIVILEGIO

Linda, con sus diez años de edad, era la única de la familia que parecía disfrutar mientras estaba despierta.

Norman Muller la oía ahora, pese a su sueño comatoso y enfermizo. (Por fin había conseguido dormirse una hora antes, pero incluso así era más por agotamiento que por sueño.)

—¡Papá! ¡Papá, despierta! ¡Despierta! —estaba al lado de la cama y le sacudía.

—Está bien, Linda —murmuró suprimiendo un gemido.

—Pero, papá, hay más policías por aquí que otras veces. Hay coches de Policía también, y de todo.

Norman Muller claudicó y se incorporó penosamente sobre los codos. Amanecía. Fuera se iniciaba débilmente el alba, un principio de día gris tristón que parecía tan gris y tan tristón como él mismo. Oía a Sarah, su mujer, atarearse en la cocina con los trajines del desayuno. Su suegro, Matthew, escupía sin parar ruidosamente en el cuarto de baño. Sin duda el agente Handley estaba dispuesto y esperándole.

¡Este era el día!

¡El día de las elecciones!

Al principio, había sido como cualquier otro año. Quizás un poco peor, porque era un año de votaciones presidenciales, pero pensándolo bien, no peor que otros años de votaciones.

Los políticos hablaban del gran electorado y de la enorme inteligencia electrónica que le servía. La Prensa analizaba la situación con computadoras industriales (el *New York Times* y el *Post Dispatch* de San Luis tenían sus propias computadoras), llena de pequeñas insinuaciones sobre lo que iba a ocurrir. Los comentaristas y columnistas señalaban lo crucial de los estados y de las regiones, en feliz contradicción unos y otros.

La primera insinuación de que no iba a ser como los otros años fue cuando Sarah Muller dijo a su marido el 4 de octubre por la noche (a un mes vista del día de las elecciones):

—Cantwell Johnson dice que este año Indiana será el estado. Es el cuarto. Imagínatelo, esta vez es *nuestro* estado.

Matthew Hortenweiler sacó su gruesa cara de detrás del periódico, miró a su hija con acritud y masculló:

—A ésos les pagan por decir mentiras. No les hagas caso.

—Cuatro de ellos, padre —respondió con dulzura—. Todos dicen que será Indiana.

—Indiana es un estado clave, Matthew —insistió Norman con igual dulzura—, por causa de la Ley Hawkins-Smith y ese jaleo en Indianápolis. Es…

Matthew torció el gesto y barbotó:

—Nadie dice Bloomington o Monroe County, ¿verdad?

—Bueno… —empezó Norman.

Linda, con su carita de mentón pronunciado, había estado observando a uno y a otro y dijo con voz aflautada:

—¿Vas a votar este año, papá?

—No lo creo, nena.

Pero esto formaba parte de la excitación creciente de un octubre en año de elecciones presidenciales y Sarah había vivido una vida pacífica y llena de sueños en pro de sus compañeros.

—Pero ¿no creéis que sería maravilloso? —dijo con cierta emoción.

—¿Que yo votara? —exclamó Norman Muller, cuyo bigotito rubio le había dado de joven un aire desenvuelto a los ojos de Sarah, pero que al encanecer, había pasado a indicar falta de distinción. Su frente, surcada por profundas arrugas, refleja incertidumbre, nunca había regalado a su alma de empleado la idea de que era importante o que en ciertas circunstancias conseguiría cierta importancia. Tenía una esposa, un empleo y una niña. Excepto cuando estaba muy excitado o muy deprimido, se sentía inclinado a considerar que la vida le había tratado muy bien.

Así que sentía cierto embarazo y bastante inquietud al notar el rumbo que tomaban los pensamientos de su mujer.

—A decir verdad, querida, hay doscientos millones de personas en el país y ante tal cantidad no creo que debamos pasar el tiempo preocupándonos por ello.

—Pero, Norman —repuso su mujer—, no se trata de doscientos millones, y tú lo sabes. En primer lugar sólo la gente entre veinte y sesenta años son elegibles, y son siempre hombres, así que esto ya lo reduce quizás a cincuenta millones. Después, si es realmente Indiana…

—Entonces la proporción es de uno a un cuarto de millón. Ni siquiera querrías que apostara a un caballo, dada la proporción, ¿verdad? Venga, cenemos.

—¡Malditas tonterías! —masculló Matthew detrás de su periódico.

—¿Vas a votar tú este año, papá? —volvió a preguntar Linda.

Norman negó con un movimiento de cabeza y todos pasaron al comedor.

Hacia el 20 de octubre la excitación de Sarah crecía rápidamente. Mientras tomaban el café anunció que Mrs. Schultz, cuyo primo era secretario de un diputado, había dicho que «el dinero inteligente» estaba en Indiana.

—Dice que incluso el presidente Villers va a echar un discurso en Indianápolis.

Norman Muller, que había tenido un día agobiante en el almacén, oyó el comentario con una ceja levantada y lo dejó pasar sin más.

Matthew Hortenweiler, que estaba crónicamente en desacuerdo con Washington, comentó:

—Si Villers suelta un discurso en Indianápolis, quiere decir que piensa que «Multivac» elegirá Arizona. No se atrevería a acercarse, el muy imbécil.

Sarah, que ignoraba a su padre siempre que podía hacerlo decentemente, intervino:

—No comprendo cómo no anuncian el estado tan pronto como puedan, y luego el condado y demás. Así la gente eliminada podría relajarse.

—Si hicieran una cosa así —terció Norman—, los políticos seguirían los comunicados como buitres. Para cuando le llegara el turno a una ciudad, tendríamos congresistas en todas las esquinas.

Matthew entornó los ojos y se frotó con rabia el cabello ralo y gris.

—Son buitres, sí. Fijaos…

—Papá, por favor —empezó Sarah.

La voz de Matthew ahogó su protesta de forma arrolladora:

—Escuchad, yo andaba por allí cuando montaron «Multivac». Según decían iba a terminar con la política de partidos. Ya no se malgastaría el dinero del contribuyente en campañas. No más imbéciles sonrientes y excitados. No más propaganda en campañas para el Congreso o la Casa Blanca. Bien, ¿y qué pasa? Más campañas que nunca, sólo que ahora se hacen a ciegas. Mandan tíos a Indiana por lo de la Ley Hawkins-Smith y otros van a California por si acaso la situación de Joe Hammer se pone crucial. Y digo yo, basta de tonterías. Volvamos al bueno, viejo…

Linda interrumpió de pronto:

—¿No quieres que papá vote este año, abuelo?

Matthew miró mohíno a la chiquilla.

—Deja eso ahora —y se volvió de nuevo a Norman y Sarah—. Hubo un tiempo en que voté. Iba directamente a la cabina de votación, apretaba la palanca con el puño y votaba. Era de lo más fácil. Me limitaba a decir: este tío es mi hombre y voto por él. *Así* es como debería ser.

—¿Votaste, abuelo? ¿Votaste de verdad? —preguntó Linda, excitada.

Sarah se inclinó rápidamente hacia delante para calmar lo que podía

transformarse fácilmente en una historia incongruente circulando por el vecindario:

—No es eso, Linda. El abuelo no quería decir exactamente votar. Todo el mundo hacía esta especie de votación, tu abuelo también, pero en realidad no era votar.

—No era ya un chiquillo —rugió Matthew—. Tenía veintidós años y voté por Langley, y era un verdadero voto. Quizá mi voto no pesaba mucho, pero valía tanto como el de cualquier otro. Como el de cualquier otro. Y nada de «Multivac» para…

—Está bien, Linda —interrumpió Norman—. Es hora de acostarte. Y deja ya de hacer preguntas sobre las votaciones. Cuando seas mayor lo comprenderás todo.

La besó con ternura y la niña se apartó de mala gana empujada por su madre y por la promesa de que podía ver su vídeo de cabecera hasta las 9.15 si se daba prisa con el ritual del baño nocturno.

Linda dijo, «¡abuelo!» y permaneció con la barbilla bajada y las manos a la espalda hasta que el periódico descendió hasta quedar al descubierto las cejas hirsutas y los ojos rodeados de finas arrugas. Era viernes, 31 de octubre.

—¿Qué? —preguntó.

Linda se le acercó y apoyó los codos en las rodillas del anciano de modo que no tuvo más remedio que dejar del todo el periódico.

—Abuelo, ¿de verdad votaste una vez? —le preguntó.

—Ya me oíste contarlo, ¿no? ¿Crees que digo mentiras?

—N…no, pero mamá dice que entonces todo el mundo votaba.

—Y así era.

—Pero ¿cómo podían? ¿Cómo podía votar *todo el mundo*?

Matthew la miró muy serio, la alzó, se la sentó sobre las rodillas y moderó el tono de su voz.

—Verás, Linda —le dijo— hasta hace casi 40 años, todo el mundo votaba. Digamos que queríamos decidir a quién queríamos como Presidente de los Estados Unidos. Tanto los demócratas como los republicanos nominaban a alguien, y todo el mundo decía lo que prefería. Una vez pasado el día de elecciones, empezaban a contar cuánta gente quería al demócrata, y cuántos al republicano. El que reunía más votos era el elegido. ¿Comprendes?

Linda movió la cabeza y preguntó:

—¿Cómo sabía la gente a quién tenía que votar? ¿Se lo decía «Multivac»?

Matthew frunció las cejas y la miró con severidad.

—Se lo decía su propio sentido común, niña.

Linda se apartó un poco y él volvió a bajar la voz:

—No estoy enfadado contigo, Linda. Pero, verás, a veces era necesaria toda la noche para contar lo que decía todo el mundo, y la gente se impacientaba. Así que inventaron máquinas especiales que podían ver los primeros votos y compararlos con los votos de lugares parecidos, en años anteriores. Así la máquina computaba cómo

sería el voto total y quién sería elegido, ¿comprendes?

—Como «Multivac» —afirmó.

—Las primeras computadoras eran mucho más pequeñas que «Multivac». Pero las máquinas fueron creciendo y podían decir cómo iría la elección a partir de muy pocos votos. Después, por fin crearon a «Multivac» y ya se puede saber a partir de un solo voto.

Linda sonrió al llegar a esta parte de la historia que le era familiar y dijo:

—¡Qué bien!

—No, no tan bien —comentó Matthew, ceñudo—. No me gusta que una máquina me diga cómo he votado sólo porque un tío de Milwaukee dice que está en contra del aumento de precios. A lo mejor me da por votar en contra sólo porque sí. A lo mejor no me interesa votar. A lo mejor…

Pero Linda había bajado de sus rodillas y se batía en retirada. En la puerta se encontró con su madre. Su madre que todavía llevaba puesto el abrigo y no había tenido tiempo de quitarse el sombrero, anunció, jadeante:

—Apártate, Linda, no tropieces con mamá.

Luego se dirigió a Matthew y le dijo, mientras se quitaba el sombrero y se arreglaba el cabello:

—He estado en casa de Agatha.

Matthew la miró, critico, y ni siquiera dirigió un gruñido de apreciación a la noticia, sino que volvió a coger el periódico.

Mientras se desabrochaba el abrigo, Sarah preguntó:

—¿Sabes lo que me dijo?

Matthew dobló el periódico para leerlo mejor, con gran ruido de papel, y dijo al fin:

—Me tiene sin cuidado.

—Bueno, padre —empezó Sarah. Pero no tenía tiempo para enfadarse. La noticia tenía que ser comunicada a Matthew porque era el único disponible, así que continuó —. Joe, el de Agatha, es policía, ¿sabes?, y dice que anoche llegó todo un autocar de policía secreta a Bloomington.

—Pues no vienen a por mí.

—¿No te das cuenta, padre? Agentes del Servicio Secreto, y ya es casi tiempo de elecciones. ¡Y en Bloomington!

—Quizás andan tras un ladrón de Bancos.

—No han robado ningún Banco en la ciudad desde hace tiempo. Padre, eres imposible.

Y se marchó.

Tampoco Norman Muller recibió la noticia con especial excitación.

—Óyeme, Sarah, ¿cómo puede saber Joe que se trata de policía secreta? —

preguntó con calma—. No andarían por ahí con tarjetas de identificación pegadas a la frente.

Pero a la noche siguiente, 2 de noviembre, pudo decir con aire triunfal:

—Todo el mundo en Bloomington está esperando que el votante sea alguien de aquí. El *News* de Bloomington llegó casi a decirlo por el vídeo.

Norman se revolvió, inquieto, no podía negarlo. Se le caía el alma a los pies. Si Bloomington era realmente la ciudad elegida por «Multivac», eso traería consigo a periodistas, vídeos, turistas y todo tipo de…, perturbaciones. A Norman le encantaba la tranquila rutina de su vida y el lejano torbellino de la política estaba, desgraciadamente, cada vez más cercano. Observó:

—Todo son rumores. Nada más.

—Pues, espera y verás. Espera y verás.

Tal y como ocurrieron las cosas, hubo muy poco que esperar, porque el timbre de la puerta sonó insistentemente. Norman Muller la abrió y preguntó:

—¿Quién?

Un hombre alto, de aspecto grave preguntó:

—¿Es usted Norman Muller?

—Sí —contestó él pero con voz extrañamente mortecina. No era difícil adivinar por el aspecto del desconocido que era alguien que representaba autoridad. Y la naturaleza de su visita era clara como, un instante antes, había sido impensable.

El hombre presentó sus credenciales, entró en la casa, cerró la puerta tras él y dijo, ritualmente:

—Señor Norman Muller, debo necesariamente informarle en nombre del Presidente de los Estados Unidos que ha sido usted seleccionado para representar al electorado americano el martes, 5 de noviembre, de 2008.

Norman Muller consiguió andar con dificultad, sin que le ayudaran hasta su sillón. Permaneció sentado, pálido y como ausente. Sarah trajo agua, golpeó sus manos presa de pánico y suplicó a su marido con los dientes apretados:

—No te pongas malo, Norman. No te pongas malo. Ya encontrarán a alguien más.

Cuando Norman pudo conseguir hablar, murmuró:

—Lo siento, señor.

El agente secreto, que se había quitado el gabán y desabrochado la americana, ya estaba sentado cómodamente en el sofá.

—No se preocupe —le tranquilizó, y su aspecto oficial pareció desaparecer después de su declaración formal dejándole simplemente como un hombre enorme y amistoso—. Ésta es la sexta vez que he tenido que anunciar esto y he presenciado toda clase de reacciones. Ninguna del tipo que se ve en las películas. ¿Sabe a lo que me refiero? Esa expresión de euforia, dedicada y un tipo que dice: «Será un gran honor servir a mi país.» Y ese tipo de memeces —el agente se rió animándole.

La risa de Sarah tenía en cambio un rastro estridente de histeria. El agente continuó:

—A partir de ahora voy a estar con usted temporalmente. Me llamo Phil Handley. Me gustaría que me llamara Phil. El señor Muller ya no podrá salir de su casa hasta el día de las elecciones. Tendrá que informar al almacén donde trabaja de que está enfermo, señora Muller. Usted puede seguir con sus obligaciones durante un tiempo, pero tendrá que acceder a no decir nada de todo esto a nadie. ¿De acuerdo, señora Muller?

Sarah asintió con firmeza.

—Sí, señor. Ni una sola palabra.

—Está bien, pero, señora Muller —Handley continuó gravemente—, tenga en cuenta que no es una broma. Salga solamente si debe hacerlo, pero la seguirán cuando salga. Lo lamento, pero así es como operamos.

—¿Que me seguirán?

—Lo harán discretamente. Y no se apure, será sólo durante dos días, hasta que se anuncie oficialmente a la Nación. Su hija…

—Está acostada —se apresuró a decir Sarah.

—Bien. Tendrán que decirle que soy un pariente o un amigo que pasa unos días con la familia. Si descubre la verdad, tendrán que mantenerla en casa. Su padre, en todo caso, no podrá salir.

—No le va a gustar —observó Sarah.

—No puedo evitarlo. Ahora bien, como no hay nadie más viviendo con ustedes…

—Por lo visto lo sabe todo sobre nosotros —murmuró Norman.

—Bastante —asintió Handley—. Por ahora éstas son mis instrucciones. Me esforzaré por cooperar cuanto pueda y procuraré molestarles lo menos posible. El gobierno pagará mi hospedaje, así que no les resultaré gravoso. Cada noche me relevará alguien que se sentará en esta habitación, así que no tendrán problemas en instalarme para dormir. Bien, señor Muller…

—Dígame, señor.

—Llámeme Phil —repitió el agente—. El propósito de estos dos días preliminares al anuncio oficial, es hacer que se acostumbre usted a su nueva posición. Preferimos que se encare con «Multivac» en un estado de ánimo completamente normal. Relájese y piense que todo esto forma parte del trabajo diario. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Norman, y a continuación sacudió violentamente la cabeza—, pero yo no deseo esta responsabilidad. ¿Por qué yo?

—Está bien —dijo Handley—, aclaremos todo esto. «Multivac» pesa todo tipo de factores conocidos, miles de millones. Sólo un factor es desconocido, y tardará mucho tiempo en saberse. Es la reacción de la mente humana. Todos los americanos están sometidos a la presión de lo que otros americanos hacen y dicen, a las cosas que se le hacen y a lo que él hace a los otros. Cualquier americano puede ser llevado ante «Multivac» para una revisión de su mente. A partir de ésta pueden estimarse las demás mentes del país. Algunos americanos son mejores que otros para este propósito, en un momento dado, dependiendo de lo ocurrido en el transcurso del año.

No los más listos, ni los más fuertes, ni los más afortunados, sino los más representativos. Pero no estamos juzgando a «Multivac».

—¿Y no puede equivocarse? —preguntó Norman.

Sarah, que escuchaba impaciente, interrumpió para decir:

—No le haga caso, señor. Es que está muy nervioso, ¿sabe? En realidad es muy culto y siempre ha seguido de cerca la política.

—«Multivac» es quien toma la decisión final —cortó Handley—, señora Muller, y eligió a su marido.

—Pero ¿es que lo sabe todo? —insistió Norman alocado—. ¿No podría haberse equivocado?

—Sí, puede. Es inútil no ser franco. En 1992 un votante seleccionado murió de un ataque dos horas antes de darle la noticia. «Multivac» no lo había previsto; no podía saberlo. Un votante puede ser mentalmente inestable, moralmente inaceptable o un traidor. «Multivac» no puede saberlo todo sobre todo el mundo, hasta que se le han dado todos los datos que existen. Por eso tenemos siempre alternativas seleccionadas y dispuestas. No creo que esta vez sea necesario. Goza usted de buena salud, señor Muller, y ha sido cuidadosa y meticulosamente investigado. Reúne las condiciones.

Norman hundió el rostro entre las manos y se quedó inmóvil.

—Mañana por la mañana, señor, estará perfectamente bien —declaró Sarah—, sólo tiene que hacerse a la idea, nada más.

—Naturalmente —asintió Handley.

En la intimidad de su alcoba, Sarah Muller se expresaba de forma distinta y más fuerte. El tema de su sermón era más o menos:

—Debes sobreponerte, Norman. Estás tratando de echar a rodar la oportunidad de toda tu vida.

Norman murmuró desesperado:

—Me asusta, Sarah. Me asusta todo.

—Pero, por el amor de Dios, ¿por qué? ¿Qué hay de malo en contestar una o dos preguntas?

—La responsabilidad es enorme. No puedo aceptarla.

—¿Qué responsabilidad? No la hay. «Multivac» te eligió. La responsabilidad es, pues, de «Multivac». Todo el mundo lo sabe.

Norman se sentó en la cama en un acceso de rebeldía y angustia.

—*Se supone* que todo el mundo lo sabe. Pero no es así. Saben…

—Baja la voz —le susurró Sarah, glacial—. Te oirán en la ciudad.

—No me oirán —contestó Norman, bajando la voz—. Cuando hablan de la administración Ridgely de mil novecientos ochenta y siete, ¿dicen acaso que les convenció con sus promesas de dulce vida y tonterías racistas? ¡No! Hablan del maldito voto MacComber, como si Humphrey MacComber fuera el único hombre que lo provocó porque se encaró con «Multivac». Yo mismo lo comenté…, sólo que ahora pienso que el pobre hombre no era más que un pobre granjero que no pidió ser

elegido. ¿Por qué iba a ser precisamente culpa suya? Ahora su nombre es como una maldición.

—Tu razonamiento es infantil —dijo Sarah.

—Soy sensato. Te lo digo, Sarah, no voy a aceptar. No pueden obligarme a votar si yo no quiero. Diré que estoy enfermo. Diré…

Pero Sarah estaba harta y fríamente furiosa. Murmuró:

—Ahora, escúchame tú. No tienes que pensar sólo en ti. Sabes lo que significa ser el Votante del año. Y un año presidencial, además. Significa publicidad y fama y, quizá, montones de dinero…

—Y después vuelvo a ser un empleado.

—*No* volverás a serlo. Te darán por lo menos la dirección de una sucursal, por poca cabeza que tengas, y la *tendrás*, porque te diré lo que hay que hacer. Si juegas bien tus cartas controlarás ese tipo de publicidad y obligarás a los «Almacenes Kennell, Inc.», a un buen contrato, a una cláusula de promoción en relación con tu sueldo y un plan de jubilación decente.

—Ése no es el propósito de ser Votante, Sarah.

—Pues será tu propósito. Si no quieres hacer nada por ti, no lo hagas; tampoco te pido nada para mí, pero debes hacerlo por Linda.

Norman gimió.

—Bien, ¿no lo crees así? —insistió Sarah.

—Sí, querida —musitó Norman.

El día 3 de noviembre se hizo el anuncio oficial y ya era demasiado tarde para que Norman diera marcha atrás aunque hubiese encontrado el valor para intentarlo.

Su casa quedó cerrada a cal y canto. Los agentes del Servicio Secreto aparecieron abiertamente, bloqueando todo intento de comunicación.

Al principio el teléfono llamaba incesantemente, pero Philip Handley, excusándose sonriente, se hizo cargo de todas las llamadas. Eventualmente, la central de teléfonos conectó directamente las llamadas a la comisaría de policía.

Norman imaginó que, de este modo, se ahorraba no sólo las joviales (y quizás envidiosas) felicitaciones de los amigos, sino también la presión de vendedores oliendo beneficios y la calculada suavidad de los políticos de toda la nación…, e incluso amenazas de muerte por parte de los inevitables maleantes.

Se prohibió la entrada de periódicos en casa, para evitar presiones, y la televisión fue firmemente desconectada, pese a las fuertes protestas de Linda.

Matthew gruñó y no salió de su habitación; Linda, pasado el primer momento de excitación, puso mala cara y se quejó de no poder salir de casa. Sarah distribuyó su tiempo entre la preparación de las comidas para el presente, y planear el futuro; la depresión de Norman fue en aumento.

Y el día 4 de noviembre del año dos mil ocho, por la mañana, llegó finalmente y

fue el Día de la Elección.

Fue un desayuno temprano, pero sólo comió Norman Muller, y lo hizo maquinalmente. Ni siquiera la ducha y el afeitado lograron devolverle a la realidad o quitarle la impresión de que estaba tan sucio por fuera como se sentía por dentro.

La voz amistosa de Handley hizo lo imposible para dar cierto aspecto de normalidad al amanecer gris y desagradable. (El pronóstico del tiempo era: día nublado con posibles lluvias antes de mediodía.)

—Mantendremos la casa incomunicada —dijo Handley— hasta el regreso del señor Muller, después se verán libres de nosotros.

El agente secreto iba ahora completamente uniformado, incluso con armas en pistoleras fuertemente claveteadas de cobre.

—No nos ha causado usted ninguna molestia, Mr. Handley —declaró Sarah.

Norman se bebió dos tazas de café bien cargado, se secó los labios con la servilleta, se puso en pie y exclamó:

—Estoy dispuesto.

Handley se levantó también.

—Bien, señor. Y muchas gracias, señora Muller, por su amable hospitalidad.

El coche blindado zumbó por calles desiertas, unas calles desiertas pese a la hora que era. Handley lo hizo notar y explicó:

—Siempre se desvía el tráfico de la ruta prevista desde el intento de bombardeo que casi arruinó la elección Everett en mil novecientos noventa y dos.

Cuando el coche se detuvo, Handley, siempre correcto, le ayudó a bajar y entraron en un paso subterráneo cuyos muros estaban guardados por soldados en posición de firmes.

Le hicieron pasar a una habitación brillantemente iluminada, en la que tres hombres vestidos de blanco le saludaron sonrientes.

—Pero esto es un hospital —exclamó Norman.

—No significa nada —explicó Handley al momento—. Es sólo que el hospital dispone de las facilidades necesarias.

—Bien, ¿y qué hago ahora?

Handley hizo una señal con la cabeza. Uno de los tres hombres de blanco se adelantó y dijo:

—Ahora me hago cargo yo, agente.

Handley se llevó la mano a la cabeza en un saludo indiferente y se marchó. El hombre vestido de blanco se dirigió a Norman:

—¿Quiere sentarse, Mr. Muller? Soy John Paulson, Computador Decano, y éstos son Samson Levine y Peter Dorogobuzh, mis ayudantes.

Norman les estrechó la mano. Paulson no era muy alto, tenía un rostro pálido que parecía acostumbrado a sonreír y un peluquín que no podía disimular. Llevaba gafas de montura de plástico de forma anticuada y mientras hablaba encendió un cigarrillo. (Norman rehusó el que le ofrecieron.)

—En primer lugar, Mr. Muller —empezó Paulson—, quiero que sepa que no tenemos la menor prisa. Queremos que se quede con nosotros todo el día si es preciso, para que vaya acostumbrándose a lo que le rodea y supere cualquier idea que haya podido tener de que en todo esto hay algo fuera de lo normal, algo de tipo clínico, no sé si me comprende.

—Está bien —dijo Norman—. Me gustaría que todo hubiera terminado.

—Comprendo sus sentimientos. Pero queremos que sepa exactamente lo que está pasando… En primer lugar, «Multivac» no está aquí.

—¿No está aquí? —pese a toda su depresión, tenía la esperanza de poder ver a «Multivac». Se decía que medía ochocientos metros de longitud y tenía una altura de tres pisos, que cincuenta técnicos circulaban por sus corredores *dentro* de su estructura continuamente. Era una de las maravillas del mundo. Paulson sonrió:

—No. No es portátil, ¿sabe? Está situada bajo tierra y la verdad es que muy poca gente sabe dónde está ubicada. Podrá comprenderlo sabiendo que se trata de nuestro mayor y más importante recurso. Créame, las elecciones no es lo único de que se ocupa.

Norman creyó que el hombre charlaba deliberadamente y eso le intrigó:

—Pensé que podría verla. Me hubiera gustado.

—No me cabe la menor duda. Pero para ello hace falta una orden presidencial e incluso en este caso debe ser también firmada por Seguridad. No obstante, estamos conectados, aquí mismo, con «Multivac», mediante transmisión por rayo. Lo que diga «Multivac» podemos interpretarlo aquí y lo que digamos se transmite por rayo directamente a «Multivac», así que en cierto modo estamos en su presencia.

Norman miró a su alrededor. Las máquinas que llenaban la habitación no tenían el menor significado para él.

—Permítame que le explique, Mr. Muller —se ofreció Paulson—. «Multivac» ya posee la mayor parte de la información que necesita para decidir las elecciones, nacionales, estatales y locales. Necesita solamente comprobar ciertas actitudes imponderables de la mente y para eso le utilizará a usted. No podemos predecir las preguntas que le hará, puede que algunas le parezcan sin sentido, o nos lo parezcan a nosotros. Puede preguntarle qué piensa de la eliminación de basuras de su ciudad, si prefiere los incineradores centrales, si tiene usted un médico particular o si utiliza los servicios de la Seguridad Social. ¿Comprende?

—Sí, señor.

—Pregunte lo que pregunte, conteste con sinceridad y del modo que más le agrade. Si considera que debe aclararle algo, hágalo. Si lo cree necesario, puede hablar una hora.

—Sí, señor.

—Ahora, una cosa más. Necesitamos utilizar aparatos sencillos que tomarán automáticamente nota de su presión sanguínea, de los latidos de su corazón, conductividad de la piel y las ondas cerebrales mientras habla. La maquinaria le parecerá formidable, pero es absolutamente indolora. Ni siquiera se dará cuenta de que está funcionando.

Los otros dos técnicos estaban ya preparando unos aparatos que brillaban suavemente y se movían sobre ruedas engrasadas. Norman preguntó:

—¿Es para comprobar si miento o no?

—En absoluto, Mr. Muller. No se trata de mentir. Es sólo cuestión de intensidad emocional. Si la máquina le pregunta qué opina de la escuela de su hija, puede usted contestar: «Creo que hay demasiada gente.» Esto no son más que palabras. De la forma en que su corazón, cerebro, hormonas y glándulas sudoríparas funcionan, «Multivac» puede juzgar la intensidad de sus sentimientos sobre el asunto. Comprenderá sus sentimientos mejor que usted mismo.

—No sabía nada de esto —comentó Norman.

—Claro, estoy seguro de que no. La mayoría de los detalles de cómo actúa «Multivac» son secretos. Por ejemplo, cuando se marche le pedirán que firme un documento jurando que nunca revelará la naturaleza de lo que se le preguntó, ni de lo que respondió, lo que se hizo o cómo se hizo. Cuanto menos se sepa sobre «Multivac», menos oportunidades de intentos de presión exterior sobre los hombres que trabajan en ella —sonrió tristemente—. Nuestras vidas son ya suficientemente duras.

—Comprendo —asintió Norman.

—Bueno, ¿le gustaría comer o beber algo?

—No. Ahora mismo nada.

—¿Tiene alguna pregunta que hacernos?

Norman negó con la cabeza.

—Entonces díganos cuando esté dispuesto.

—Ya lo estoy.

—¿Está seguro?

—Absolutamente.

—Paulson asintió y levantó la mano hacia los otros dos. Se acercaron con su impresionante equipo, y Norman Muller sintió que la respiración se le aceleraba mientras les observaba.

La pesadilla duró casi tres horas. Con un breve descanso para tomar café, y una embarazosa sesión con un orinal, Norman Muller permaneció todo este tiempo engarzado en maquinaria. Al terminar estaba agotado.

Pensó que su promesa de no revelar nada de lo que le sucediera sería muy fácil de

mantener, porque las preguntas eran ya un turbio revoltijo en su mente.

Ignoraba por qué había creído que «Multivac» le hablaría con voz sepulcral y sobrehumana, vibrante y resonante, pero eso, después de todo, no era más que una idea que tenía por todo lo que había visto en televisión. La verdad estaba lamentablemente falta de dramatismo. Las preguntas eran trozos de papel metálico marcado con numerosas perforaciones. Una segunda máquina transformaba las perforaciones en palabras y Paulson leía las palabras a Norman, después le pasaba la pregunta y le dejaba que se la leyera por sí solo.

Las respuestas de Norman eran tomadas por una máquina grabadora, repetidas para que Norman las confirmara, enmendara o añadiera alguna observación, y también vueltas a grabar. Todo esto se introducía en el instrumento que hacía las perforaciones y esto, a su vez, era retransmitido a «Multivac».

La única pregunta que Norman podía recordar ahora era una incongruencia:

—¿Qué opina del precio de los huevos?

Por fin terminó. Con cuidado fueron retirándole los electrodos de diferentes partes de su cuerpo, aflojaron la banda que captaba pulsaciones de la parte superior de su brazo, y retiraron la maquinaria.

Se puso en pie, respiró profundamente, estremecido, y dijo:

—¿Nada más? ¿He terminado?

—No del todo —Paulson se le acercó apresuradamente, sonriendo tranquilizador —. Tendremos que pedirle que se quede una hora más.

—¿Por qué? —quiso saber Norman.

—Es el tiempo que necesita «Multivac» para introducir los nuevos datos entre los que ya tiene. Como sabe, millares de elecciones están involucradas. Es muy complicado. Y puede ser que un algo aquí o allá, un control de Phoenix, Arizona, o alguna concejalía de Wilkesboro, Carolina del Norte, pueda tener dudas. En tal caso, «Multivac» se vería obligado a formularle una o dos preguntas vitales.

—No —dijo Norman tajante—, no quiero volver a pasar por esto.

—Probablemente no será necesario —le tranquilizó Paulson—. Casi nunca sucede; pero, sólo por si acaso, tendrá que quedarse —y su voz acusó un tono acerado —. No tiene elección. Debe quedarse.

Norman se sentó, cansado. Se encogió de hombros. Paulson añadió:

—Le podemos dejar un periódico o si prefiere una novela de crimen y misterio, o si le gusta jugar al ajedrez, o lo que sea que podamos hacer para ayudarle a pasar el tiempo, le ruego que nos lo diga.

—Está bien así. Esperaré.

Le hicieron pasar a una salita adyacente a la que habían utilizado para el interrogatorio. Se dejó caer en un sillón tapizado de plástico y cerró los ojos.

Tenía que esperar esta hora final lo mejor que pudiera.

Permaneció sentado totalmente inmóvil y poco a poco la tensión fue abandonándole. Su respiración fue menos irregular y pudo cerrar las manos sin notar apenas el temblor de sus dedos.

Quizá no habría más preguntas. Quizá todo habría terminado.

Si *había terminado*, lo que vendría a continuación serían desfiles e invitaciones para hablar en todo tipo de actos. ¡El Votante del año!

Él, Norman Muller, simple empleado de unos pequeños almacenes de Bloomington, Indiana, que ni había nacido importante ni conseguido serlo, se vería en la extraordinaria posición de ser considerado como tal.

Los historiadores hablarían sobriamente de la Elección Muller del año dos mil ocho. Éste sería el nombre, la Elección Muller.

La publicidad, un mejor empleo, el ganar mucho dinero que tanto interesaba a Sarah, ocupaban sólo un minúsculo rincón de su mente. Claro que todo les vendría bien. No podría rechazarlo. Pero en aquel momento, algo más empezaba a preocuparle.

Empezaba a despertar en él un patriotismo latente. Después de todo, estaba representando a todo el electorado. Para *ellos* era el punto central. Era, en su persona y por ese único día, toda América.

La puerta se abrió haciéndole abrir los ojos y prestar atención. Por un instante se le contrajo el estómago. ¡Basta de preguntas!

Pero Paulson sonreía.

—Ya ha terminado, Mr. Muller.

—¿No más preguntas, señor?

—No es necesario. Todo estaba clarísimo. Le acompañarán a su casa y volverá a ser un ciudadano particular. O lo que el público le permita ser.

—Gracias. Gracias. —Norman se ruborizó y preguntó: Me pregunto si… ¿Quién ha sido elegido?

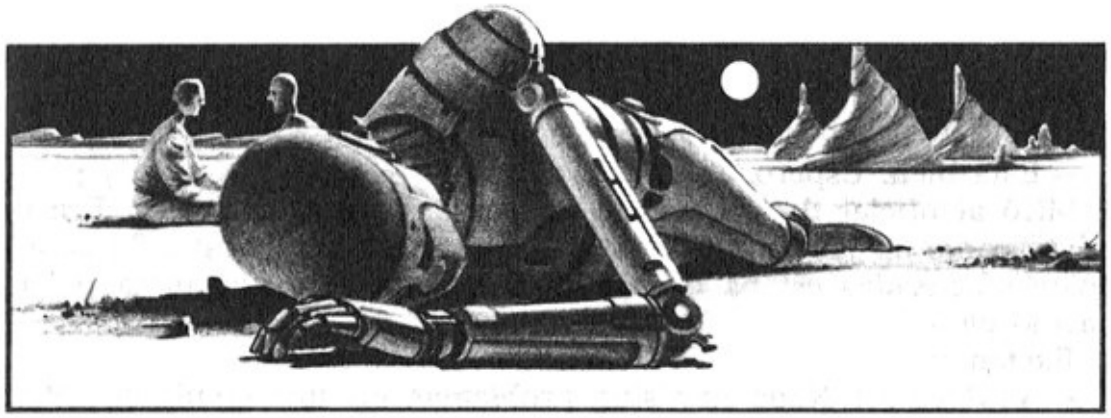
—Para eso tendrá que esperar al anuncio oficial —dijo Paulson—. Las reglas son estrictas. Ni siquiera podemos decírselo a usted. Ya me comprende.

—Claro. Sí. —Norman se sentía algo avergonzado.

—El Servicio Secreto le presentará los papeles que debe firmar.

—Bien —de pronto se sintió orgulloso. En este momento lo experimentaba con fuerza. Estaba orgulloso.

En este mundo imperfecto, los ciudadanos soberanos de la primera y más grande Democracia Electrónica, a través de Norman Muller (¡a través de *él*!), habían ejercitado de nuevo su privilegio, libre y sin trabas.



EL CHISTOSO

Noel Meyerhof consultó la lista que había preparado y eligió lo que debía pasar primero. Como siempre, confiaba sobre todo en la intuición.

La máquina que tenía delante le hacía sentirse pequeño, y eso que sólo se veía una mínima parte. Pero no importaba. Le habló con la confianza indiferente del que sabe que es el amo.

—Johnson —empezó a decir—, llegó inesperadamente a su casa después de un viaje de negocios y encontró a su mujer en brazos de su mejor amigo. Dio un paso atrás y exclamó: ¡Max! Estoy casado con esta dama, así que no *tengo* más remedio. Pero, ¿por qué precisamente tú?

Y Meyerhof pensó: «está bien, dejemos que se le baje a las tripas y lo digiera un poco».

Una voz detrás de él exclamó:

—¡Eh!

Meyerhof borró el sonido de esta exclamación y puso el circuito en *neutral*. Se volvió y protestó:

—Estoy trabajando. ¿No sabes llamar?

No sonrió como tenía por costumbre a Timothy Whistler, un jefe analista con el que trataba muy a menudo. Mostró su disgusto como se lo hubiera mostrado a cualquier desconocido que le interrumpiera, arrugando su flaco rostro con una distorsión que parecía llegarle al cabello desordenándoselo caprichosamente.

Whistler se encogió de hombros. Llevaba su bata blanca de laboratorio presionando con los puños los bolsillos y arrugándola de arriba abajo.

—Llamé. No me contestó. No estaba puesta la señal de «ocupado».

Meyerhof gruñó. No, no estaba puesta. Había estado pensando intensamente en su nuevo proyecto y se le olvidaron los pequeños detalles.

Tampoco podía censurarse por ello. Lo que estaba haciendo era importante.

Ignoraba por qué lo consideraba así, claro. Los Grandes Maestros pocas veces lo

sabían. Eso era lo que les hacía ser Grandes Maestros, estar más allá de la razón. De lo contrario, ¿cómo podía la mente humana estar a la altura de ese pedazo de razón sólida que los hombres llamaban «Multivac», la computadora más compleja jamás construida?

—Estoy trabajando —repitió Meyerhof—. ¿Se le ocurre algo muy importante?

—Nada que no pueda esperar. Hay unos pocos baches en la respuesta sobre el hiperespacial —Whistler cambió de tema y su rostro reflejó cierta incertidumbre—. *¿Trabajando?*

—Sí. ¿Qué pasa?

—Estaba contando uno de sus chistes, ¿verdad?

—¿Y bien?

Whistler sonrió forzadamente:

—¡No me diga que le estaba contando un chiste a «Multivac»!

Meyerhof se turbó.

—¿Y por qué no?

—¿Se lo contaba?

—Sí.

—¿Por qué?

Meyerhof se le quedó mirando:

—No tengo por qué darle explicaciones. Ni a usted ni a nadie.

—Santo Dios, claro que no. Sentía curiosidad, nada más… Pero si está trabajando, le dejo —y volvió a mirar a su alrededor, confuso.

—Hágalo —dijo Meyerhof. Sus ojos le siguieron hasta que salió y luego activó la señal de «ocupado», con un brusco empujón de su dedo.

Recorrió la estancia de arriba abajo, para volver a recobrar el hilo. ¡Maldito Whistler! ¡Malditos todos ellos! Esto le pasaba por no mantener a todos, técnicos, analistas y mecánicos a raya, por no guardar las debidas distancias sociales, por tratarles como si ellos también fueran artistas creadores. Por eso se tomaban esas libertades. Pensó, sombrío, que ni siquiera sabían contar chistes decentemente.

Al instante volvió a lo que estaba haciendo. Se sentó de nuevo. ¡Al diablo con todos ellos! Volvió a poner en marcha el circuito apropiado de «Multivac» y habló:

—El camarero de un barco se paró ante la borda de la nave en un trayecto especialmente malo y miró, compadecido, al hombre que echado sobre la barandilla y con la mirada clavada en la profundidad, reflejaba el horror del mareo. Con amabilidad, el camarero se dirigió al hombre, le dio unas palmaditas en la espalda y murmuró: «Ánimo, señor. Ya sé que se encuentra muy mal, pero sepa que nadie se muere de un mareo.» El afligido caballero alzó su rostro verde y desencajado hacia el que le consolaba y logró decirle con voz enronquecida: «No me diga esto, hombre. Por el amor de Dios, no me diga esto. Solamente la esperanza de morir me mantiene con vida.»

Timothy Whistler, un poco preocupado, sonrió y saludó con la cabeza al pasar ante el pupitre de la secretaria. Ella le devolvió la sonrisa.

«He aquí —pensó—, un objeto arcaico del siglo veintiuno en este mundo regido por computadoras: una secretaria humana.» Pero, tal vez era natural que semejante institución sobreviviera en la propia ciudadela de las computadoras; en la gigantesca corporación mundial que manejaba a «Multivac». Con «Multivac» llenando los horizontes, unas computadoras inferiores dedicadas a trabajos de rutina serían de mal gusto.

Whistler entró en el despacho de Abram Trask. El delegado del Gobierno cesó en su cuidadosa tarea de encender la pipa. Sus ojos oscuros parpadearon en dirección a Whistler y su nariz ganchuda resaltó prominente sobre el rectángulo de la ventana que estaba detrás de él.

—¡Ah!, hola, Whistler, siéntese. Siéntese.

Whistler obedeció:

—Creo que tenemos un problema, Trask.

Trask esbozó una sonrisa:

—Confío en que no sea técnico. Yo no soy más que un inocente político. —Ésta era una de sus frases favoritas.

—Tiene que ver con Meyerhof.

Trask se sentó inmediatamente y pareció muy preocupado:

—¿Está seguro?

—Razonablemente seguro.

Whistler comprendía la preocupación de Trask. Trask era el delegado del Gobierno encargado de la División de Computadoras y Automatismo del departamento del Interior. Tenía que solucionar asuntos de política relacionada con los satélites humanos de «Multivac», lo mismo que esos satélites técnicamente entrenados trataban con la propia «Multivac».

Un Gran Maestro era mucho más que un satélite. Más, incluso, que un mero ser humano.

Al principio de la historia de «Multivac» se hizo patente que el embotellamiento era un procedimiento cuestionable. «Multivac» podía solucionar el problema de la humanidad, *todos* los problemas, si se le hacían preguntas específicas. Pero a medida que se acumulaban los conocimientos, cada vez a mayor velocidad, se hacía infinitamente más difícil poder localizar esas preguntas específicas.

La razón sola no servía. Lo que hacía falta era un tipo único de intuición, la misma facultad mental (sólo que más intensa) que crea un gran maestro de ajedrez. La mente que se necesitaba era la que se ve a través del entramado del juego de ajedrez hasta encontrar la mejor jugada y hacerla en cuestión de minutos.

Trask se movió, inquieto:

—¿Qué ha estado haciendo Meyerhof? —preguntó.

—Ha introducido una serie de preguntas que encuentro inquietantes.

—Bueno, Whistler, ¿eso es todo? No puede impedir que un Gran Maestro inicie la serie de preguntas que se le antoje. Ni usted ni yo estamos preparados para juzgar el valor de las preguntas. Ya lo sabe. Sé que lo sabe de sobra.

—Lo sé, naturalmente. Pero también conozco a Meyerhof. ¿Le conoce usted realmente?

—Santo Dios, no. ¿Conoce alguien realmente a un Gran Maestro?

—No adopte esa actitud, Trask. Son humanos y hay que compadecerles. ¿Ha pensado alguna vez lo que significa ser Gran Maestro, saber que sólo hay doce en el mundo, que sólo llegan uno o dos por generación, que el mundo depende de ellos, que tienen a sus órdenes mil matemáticos, lógicos, psicólogos y físicos?

Trask se encogió de hombros y murmuró:

—Santo Dios, me sentiría el rey del mundo.

—Me parece que no —dijo el jefe analista, impaciente—. No se sienten reyes de nada. No tienen a un igual con quien hablar, ni sensación de pertenecer a este mundo. Meyerhof no pierde la ocasión de reunirse con los muchachos. Naturalmente, no está casado, no bebe, no se mueve socialmente con naturalidad… se obliga a estar entre la gente porque debe hacerlo. ¿Y sabe lo que hace cuando se reúne con nosotros, que es por lo menos una vez por semana?

—No tengo la menor idea —dijo el hombre del Gobierno—. Para mí todo esto es nuevo.

—Es un chistoso.

—¿Un qué?

—Cuenta chistes. Buenos chistes. Es extraordinario. Puede elegir cualquier historia, vieja o aburrida, y hacerla buena. Es el modo de contarla. Tiene olfato.

—Ya veo. Bien.

—No, mal. Estos chistes son muy importantes para él —Whistler apoyó los codos en la mesa de Trask, se mordió una uña y miró al cielo—. Es diferente y él sabe que es diferente. Los chistes son la única forma de pensar que puede hacer que el resto de nosotros, pobres empleados vulgares, le aceptemos. Nos reímos, nos desternillamos, le golpeamos la espalda y llegamos a olvidar que es un Gran Maestro. Es lo único que le une al resto de nosotros.

—Todo esto es muy interesante. Ignoraba que fuera usted tan buen psicólogo. Bien, pero ¿a dónde nos lleva todo esto?

—A una cosa. ¿Qué cree que ocurrirá si a Meyerhof se le acaban los chistes?

—¿Qué? —el hombre del Gobierno se quedó mirándole.

—Si empieza a repetirse. Si su público empieza a reírse con menos fuerza o deja de reírse del todo. Su único lazo con nosotros es nuestra aprobación. Sin ella, estaría solo, ¿y qué le pasaría entonces? Después de todo, Meyerhof es uno de esa docena de hombres de los que la humanidad no puede prescindir. No podemos dejar que le ocurra nada. Y no me refiero sólo a cosas físicas. No podemos siquiera dejar que se sienta desgraciado. ¿Quién sabe cómo podría esto afectar su intuición?

—Bien, ¿ha empezado a repetirse?

—Que yo sepa, no, pero creo que *él* cree que sí.

—¿Por qué lo dice?

—Porque le he oído contarle chistes a «Multivac».

—¡Oh, no!

—Accidentalmente, entré en su despacho y me echó. Estaba fuera de sí. Generalmente está de buen humor y considero una mala señal que le molestara tanto mi intromisión. Pero estaba contando un chiste a «Multivac», y estoy convencido de que era uno de una serie.

—Pero, ¿por qué?

Whistler alzó los hombros y se pasó la mano con rabia por la barbilla.

—Lo he estado pensando. Creo que está tratando de crear una reserva de chistes en la memoria de «Multivac», a fin de lograr nuevas variaciones. ¿Sabe a lo que me refiero? Está pensando en un chistoso mecánico para poder disponer de un número infinito de chistes sin temor a que se le terminen.

—¡Dios Santo!

—Objetivamente, puede que no haya nada malo en ello, pero me parece una mala señal que un Gran Maestro empiece a utilizar a «Multivac» para sus problemas personales. Cualquier Gran Maestro que tenga cierta inestabilidad mental, debería ser vigilado. Meyerhof puede estar acercándose a un límite más allá del cual podemos perder a un Gran Maestro.

—¿Qué me sugiere que haga? —preguntó Trask, desconcertado.

—Compruebe lo que le he dicho. Estoy cerca de él para juzgarle bien, y juzgar a los humanos no es mi talento especial. Usted es un político, queda más en su esfera.

—Juzgar a humanos, quizá, pero no a Grandes Maestros.

—También son humanos. Además, ¿quién puede hacerlo sino usted?

Los dedos de la mano de Trask golpearon la mesa en rápida sucesión una y otra vez como un redoble de tambor.

—Supongo que tendré que hacerlo —aceptó, resignado.

Meyerhof dijo a «Multivac»:

—El ardiente enamorado recogió un ramo de flores silvestres para su amada. De pronto le desconcertó encontrarse en el mismo campo con un toro de aspecto poco amistoso que le miraba fijamente, escarbando el suelo en tono amenazador. El joven, al descubrir al granjero al otro lado de la valla le gritó: «¡Eh!, ¿es de fiar este toro?» El granjero estudió la situación con aire critico y gritó: «Es totalmente de fiar.» Volvió a escupir y añadió: «Pero no puedo decir lo mismo de usted.»

Meyerhof se disponía a pasar al siguiente cuando le llegó una llamada.

No era realmente una llamada. Nadie podía llamar a un Gran Maestro. Era un mensaje de Trask, el Jefe de División, diciendo que le complacería ver al Gran

Maestro Meyerhof, si el Gran Maestro Meyerhof disponía de tiempo.

Meyerhof podía tranquilamente tirar el mensaje y continuar con lo que estaba haciendo. No estaba sujeto a disciplina.

Pero, por el contrario, si lo hacía, seguirían molestándole… ¡Oh!, muy respetuosamente, eso sí, pero seguirían molestándole.

Así que neutralizó los circuitos pertinentes de «Multivac» y los bloqueó. Marcó la señal de congelación en su despacho para que nadie se atreviera a entrar en su ausencia y se dirigió al despacho de Trask.

Trask carraspeó y se sintió un poco intimidado por el aspecto apático del Gran Maestro.

—No hemos tenido ocasión de conocernos —dijo obsequioso—, y lo lamento.

—Yo me presenté a usted —protestó Meyerhof.

Trask se preguntó qué habría tras aquellos ojos vivaces y salvajes. Le resultaba difícil imaginar a Meyerhof con su rostro delgado, su cabello oscuro y liso, su aire tenso, relajarse tanto como para contar chistes:

—Presentarse no es un intercambio social —le dijo—. Yo… me han dado a entender que posee usted un magnífico cúmulo de anécdotas.

—Soy un chistoso, señor. Por lo menos ésta es la palabra que utiliza la gente. Un chistoso.

—Conmigo no han utilizado esa palabra, Gran Maestro. Me han dicho…

—¡Al diablo con ellos! No me importa lo que le hayan dicho. Oiga, Trask, ¿quiere oír un chiste? —se echó hacia delante por encima de la mesa y entornó los ojos.



—Por supuesto, me encantaría —contestó Trask esforzándose por parecer encantado.

—Bien, ahí va el chiste: Mrs. Jones se quedó mirando la tarjetita con el horóscopo que salió de la báscula al echar su marido un penique. Observó: «Fíjate, George, aquí dice que eres tierno, inteligente, previsor, trabajador y atractivo para las mujeres.» Después, dio la vuelta a la tarjeta y añadió: «Y también se han equivocado en el peso.»

Trask se rió. Era prácticamente imposible dejar de hacerlo. Aunque lo dicho era una bobada, la sorprendente facilidad con que Meyerhof había encontrado el tono justo en la voz para expresar el desdén de la mujer y la inteligencia con que había modificado la expresión para que correspondiera al tono de voz, provocó una risa irreprimible en el político.

Meyerhof preguntó, agresivo:

—¿Por qué lo encuentra gracioso?

Trask se dominó:

—Perdóneme.

—Le he preguntado que por qué lo encontraba gracioso. ¿Por qué se ha reído?

—Pues —Trask trató de parecer razonable— porque el final sitúa todo lo anterior bajo una nueva luz. Lo inesperado…

—El caso es —cortó Meyerhof— que he retratado a un marido humillado por su esposa; un matrimonio que es un desastre, que la esposa está convencida de que el marido carece de personalidad. Pero usted se ríe. Si fuera usted el marido, ¿lo encontraría divertido?

Esperó un instante, reflexionó y añadió:

—Veamos este otro, Trask: Abner estaba sentado junto a la cama de su mujer enferma llorando desconsoladamente, cuando ella, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, se incorporó apoyándose en un codo: «Abner, le dijo, Abner, no puedo presentarme ante mi Creador sin confesar mi falta.» «Ahora, no, murmuró el desconsolado esposo. Ahora, no, amor mío. Échate y descansa.» «No puedo, exclamó. Debo contártelo o mi alma no encontrará reposo. Te he sido infiel. Abner, en esta misma casa, hace menos de un mes…» «Calla, querida, la tranquilizó Abner. Lo sé todo. ¿Por qué si no te iba a envenenar?»

Trask trató desesperadamente de mantener la ecuanimidad, pero no lo consiguió del todo. Contuvo, apenas el inicio de una risa.

Meyerhof le increpó:

—Así que esto también es divertido. Adulterio. Asesinato. Muy gracioso.

—Bueno, se han escrito libros analizando el humor —protestó Trask.

—Muy cierto, y he leído muchos de ellos. Y lo que es más importante, se los he leído a «Multivac». Pero la gente que escribe los libros sigue aun haciendo conjeturas. Algunos dicen que nos reímos porque nos sentimos superiores a la gente del chiste. Otros dicen que es debido a la incongruencia, o al súbito alivio de la

tensión, o a la inesperada reinterpretación de los hechos. ¿Hay alguna razón simple? Diferentes personas se ríen de diferentes chistes. Ningún chiste es universal. Hay ciertas personas que no se ríen nunca de ningún chiste. Sin embargo, lo que puede que sea más importante es que el hombre es el único animal con verdadero sentido del humor, el único animal que ríe.

—Ya lo entiendo —dijo Trask de pronto—. Está tratando de analizar el humor. Es la razón por la que transmite chistes a «Multivac».

—¿Quién le ha dicho que lo hago? Déjelo, ha sido Whistler, ahora me acuerdo. Me sorprendió haciéndolo. Bien, ¿qué hay de malo en ello?

—Nada en absoluto.

—¿No discute mi derecho a añadir lo que me parezca al fondo general de conocimientos de «Multivac», o a hacerle las preguntas que crea pertinentes?

—No, no —se apresuró a responder Trask—. La verdad es que no me cabe la menor duda de que esto abrirá un camino para nuevos análisis de gran interés para los psicólogos.

—¡Humm! Quizá. De todos modos, hay algo que me obsesiona y que es más importante que un análisis general del humor. Tengo que formularle una pregunta específica. En realidad son dos.

—¿Oh? ¿Y de qué se trata? —Trask se preguntó si querría contestarle. Si decidía en contra, no habría modo de obligarle a hacerlo.

Pero Meyerhof respondió:

—La primera es: ¿De dónde proceden todos esos chistes?

—¿Qué?

—¿Quién los inventa? ¡Oiga! Hace alrededor de un mes, pasé la noche intercambiando chistes. Como de costumbre, los conté casi todos y, como de costumbre, los imbéciles se rieron. Puede que creyeran que eran realmente divertidos o lo hicieron para contentarme. En todo caso, un individuo se tomó la libertad de golpearme la espalda diciendo, «Meyerhof, conoce más chistes que cualquier persona que yo conozca».

»Seguro que tendría razón, pero me hizo pensar. No sé cuántos cientos, o quizá miles, de chistes he contado en un momento u otro de mi vida, pero lo que es cierto es que nunca he inventado ninguno. Ni uno solo. Me he limitado a repetirlos. Mi única contribución fue contarlos. Para empezar, o los había leído o me los habían contado. Y la fuente de mi lectura o de lo que oí, tampoco los había creado. Jamás he conocido a nadie que me confesara que había creado un chiste. Dicen siempre, «el otro día oí uno muy bueno», o bien «¿ha oído alguno bueno, últimamente?»

—*¡Todos los chistes son viejos!* Por eso tienen siempre un fondo social. Todavía hablan del mareo, por ejemplo, cuando ahora esto puede evitarse fácilmente y no se sufre. O hablan de máquinas que dan tarjetitas con el horóscopo, como en el chiste que le he contado, cuando esas básculas sólo se encuentran en los anticuarios. Así pues, ¿quién inventa los chistes?

—¿Es eso lo que trata de averiguar? —preguntó Trask y tuvo en la punta de la lengua añadir: ¿Y qué más da? Pero supo aguantarse. Las preguntas de un Gran Maestro son siempre pertinentes y específicas.

—Claro que es lo que trato de averiguar. Enfóquelo así. No es porque los chistes sean viejos. *Deben* serlo para que se disfruten. Es esencial que un chiste no sea original. Hay una variedad de humor que es, o puede ser, original y es el juego de palabras. Los he oído que se habían hecho sobre la marcha. Yo mismo he hecho algunos. Pero nadie se ríe con ellos. No debe hacerse. Se gruñe o se gime. Cuanto mejor el juego, mayor el gruñido. El humor original no provoca risas. ¿Por qué?

—Le juro que no lo sé.

—Está bien. Busquémoslo. Habiendo dado a «Multivac» toda la información que creía aconsejable sobre el tópico general del humor, estoy ahora alimentándole con chistes seleccionados.

—¿Seleccionados? ¿Cómo? —preguntó Trask, intrigado.

—No lo sé. Los que parecieron mejores. Soy Gran Maestro, ¿sabe?

—¡Oh, de acuerdo! ¡De acuerdo!

—A partir de esos chistes y de la filosofía general del humor, mi primera petición a «Multivac» será que me busque el origen de los chistes si puede. Puesto que Whistler se ha metido en esto y ha creído oportuno informarle a usted, mándemelo a Análisis pasado mañana. Creo que tendrá algún trabajo que hacer.

—De acuerdo. ¿Podré asistir yo también?

Meyerhof se encogió de hombros. La presencia de Trask le dejaba absolutamente indiferente.

Meyerhof había seleccionado el último de una serie de chistes con especial cuidado. En qué consistía el cuidado no hubiera podido decirlo, pero había barajado en su mente una docena de posibilidades. Una y otra vez les había puesto a prueba en busca de alguna cualidad de intención. Dijo:

—Ug, el hombre de las cavernas observó que su compañera corría hacia él llorando, con su faldita de piel de leopardo en desorden. «Ug, gritó enloquecida, haz algo, rápido. Un tigre de dientes afilados ha entrado en la caverna de mamá. ¡Haz algo!» Ug, gruñó, recogió su pulida maza de hueso de búfalo y añadió, «¿Por qué quieres que haga algo? ¿A quién le importa lo que le ocurra a un tigre de dientes afilados?»

Fue entonces cuando Meyerhof formuló sus dos preguntas y se recostó cerrando los ojos. Había terminado.

—No vi absolutamente nada malo —dijo Trask a Whistler—. Me dijo lo que estaba haciendo sin dificultad, y lo encontré raro pero legítimo.

—Lo que *decía* que estaba haciendo —insistió Whistler.

—Incluso así, no puedo parar a un Gran Maestro basándome sólo en una opinión. Me pareció peculiar, pero resulta que todos los Grandes Maestros son algo peculiares. No me pareció loco.

—¿Utilizar «Multivac» para encontrar el origen de los chistes —murmuró el jefe analista, descontento—, no es estar loco?

—¿Cómo puede decir eso? —exclamó Trask, irritado—. La ciencia ha avanzado hasta el punto en que sólo las preguntas específicas que quedan son las ridículas. Las sensatas ya han sido pensadas, preguntadas y contestadas hace tiempo.

—Es inútil. Estoy preocupado.

—Quizá, pero no se puede hacer nada, Whistler. Veamos a Meyerhof y usted podrá hacer los análisis necesarios de la respuesta de «Multivac», si la hubiera. En cuanto a mí, mi único trabajo es formular expedientes. Por Dios, ni siquiera sé lo que un jefe analista como usted puede hacer, excepto analizar, y eso no me aclara nada.

—Pues es muy sencillo —aclaró Whistler—, un Gran Maestro como Meyerhof hace preguntas y «Multivac» automáticamente las formula en varias operaciones. La maquinaria necesaria para convertir palabras en símbolos es lo que forman la masa de «Multivac». «Multivac» da la respuesta mediante operaciones, pero no las traduce en palabras, salvo en los casos más simples y de rutina. Si estuviera diseñada para solucionar el problema general de las traducciones, tendría que ser por lo menos cuatro veces mayor.

—Comprendo. Entonces, ¿su trabajo es traducir dichos símbolos en palabras?

—El mío y el de otros analistas. Utilizamos computadoras más pequeñas y especialmente diseñadas cuando se considera necesario —Whistler sonrió—. Igual que las sacerdotisas de Delfos en la antigua Grecia. Las respuestas de «Multivac» son oscuras como las de un oráculo. Pero tenemos traductores.

Habían llegado. Meyerhof esperaba.

Whistler preguntó:

—¿Qué circuitos ha utilizado, Gran Maestro?

Meyerhof se lo dijo y Whistler se puso a trabajar.

Trask intentó seguir el proceso, pero para él nada tenía sentido. El delegado del Gobierno contemplaba cómo giraba una cinta con multitud de puntos tan interminable como incomprensible. El Gran Maestro Meyerhof esperaba, indiferente, mientras Whistler vigilaba la cinta a medida que iba emergiendo. El analista se había puesto auriculares y una boquilla y murmuraba instrucciones a intervalos que, en algún lugar lejano, servían de guía a unos ayudantes mediante contorsiones electrónicas en otras computadoras.

En ocasiones, Whistler escuchaba, después marcaba combinaciones en un teclado complejo marcado con símbolos que vagamente parecían matemáticos, pero que no lo eran.

Transcurrió bastante más de una hora.

Las arrugas en el rostro de Whistler se hicieron más profundas. Una vez terminado, levantó la cabeza y miró a los otros dos.

—Esto es increíb… —y volvió a su trabajo.

Finalmente, dijo con voz ronca:

—No puedo darle la respuesta oficial —tenía los ojos ribeteados de rojo—. La respuesta oficial está esperando un análisis completo. ¿Quiere la respuesta oficiosa?

—Adelante —musitó Meyerhof y Trask movió la cabeza.

Whistler dirigió una mirada de perro apaleado a Meyerhof:

—A preguntas tontas… —empezó, luego, de mala gana, concluyó—: «Multivac» dice, «origen extraterrestre».

—¿Qué está diciendo? —preguntó Trask.

—¿Es que no me han oído? Los chistes que nos hacen reír no fueron inventados por ningún hombre. «Multivac» ha analizado todos los datos entregados y la única respuesta que encaja con los datos es que alguna inteligencia extraterrestre ha compuesto los chistes, todos los chistes, y los introdujo en mentes humanas seleccionadas en momentos y lugares elegidos, de modo que ningún hombre es consciente de haber inventado uno. Todos los chistes subsiguientes son variaciones menores y adaptaciones de los originales.

Meyerhof interrumpió, con el rostro sofocado por el triunfo que sólo un Gran Maestro puede conocer, cuando de nuevo ha formulado la pregunta acertada:

—Todos los escritores de comedias trabajan transformando viejas bromas para nuevos propósitos. Es bien conocido. La respuesta es la que corresponde.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Trask—. ¿Quién inventó los chistes?

—«Multivac» dice —explicó Whistler— que el único propósito con el que encajan todos los datos, es que los chistes estaban dedicados al estudio de la psicología humana. Estudiamos la psicología del ratón haciéndole pasar por laberintos. Los ratones no saben por qué ni lo sabrían aunque se dieran cuenta de lo que estaban haciendo, cosa que no saben. Esas inteligencias exteriores estudian la psicología del hombre, anotando las reacciones individuales a anécdotas cuidadosamente seleccionadas. Cada hombre reacciona de manera diferente… presumiblemente esas inteligencias son para nosotros lo que nosotros somos para los ratones —y se estremeció.

Trask con los ojos fijos, musitó:

—El Gran Maestro dijo que el hombre es el único animal con sentido del humor. Parecería que el sentido del humor se nos ha impuesto desde fuera.

Meyerhof, excitadísimo, añadió:

—Y para el posible humor creado desde dentro, no tenemos risas. Me refiero a los juegos de palabras.

—Presumiblemente, los extraterrestres cancelan las reacciones al humor espontáneo para evitar confusiones.

Trask, súbitamente angustiado, preguntó:

—Pero, en nombre de Dios, ¿alguno de los dos cree esto?

El analista jefe le miró fríamente.

—Lo dice «Multivac». Es todo lo que sabemos hasta ahora. Ha señalado los verdaderos chistosos del universo, y si queremos saber más, habrá que seguir con la investigación —y en voz baja añadió—: Si alguien se atreve a hacerlo.

El Gran Maestro Meyerhof exclamó de pronto:

—Yo formulé dos preguntas, ¿saben? Hasta ahora sólo se me ha contestado a la primera. Creo que «Multivac» tiene suficientes datos para responder a la segunda.

Whistler se encogió de hombros. Parecía un hombre medio destrozado.

—Cuando un Gran Maestro cree que hay suficientes datos, debo creerlo. ¿Cuál es su segunda pregunta?

—Pregunté: ¿Cuál será el efecto sobre la raza humana al descubrir la respuesta a mi primera pregunta?

—¿Por qué le preguntó esto? —exigió Trask.

—Sólo por la sensación de que tenía que hacerlo —respondió Meyerhof.

—Loco —exclamó Trask—. Todo esto es de locos —y dio la vuelta. Incluso él percibía con qué intensidad él y Whistler habían cambiado de bando. Ahora era Trask el que alegaba locura.

Trask cerró los ojos. Podía hablar de locura todo lo que quisiera, pero ningún hombre en cincuenta años había puesto en duda la combinación de un Gran Maestro y «Multivac», y descubierto la confirmación de sus dudas.

Whistler trabajaba silenciosamente, con los dientes apretados. Volvió a colocar a «Multivac» y a sus máquinas subsidiarias sobre las pistas anteriores. Transcurrió una hora más y rió destemplado:

—¡Una pesadilla desatada!

—¿Cuál es la respuesta? —preguntó Meyerhof—. Quiero las observaciones de «Multivac», no las de usted.

—Está bien. Aquí las tiene. «Multivac» declara que, incluso si un humano descubre una sola vez la verdad de este método de análisis psicológico de la mente humana, resultara inútil como técnica objetiva por parte de las fuerzas extraterrestres que ahora la utilizan.

—¿Quiere decir que ya no se entregaran más chistes a la humanidad? —preguntó Trask con voz débil—. ¿O qué quiere decir?

—Se han terminado los chistes —dijo Whistler—, *¡ahora!* «Multivac» dice, *¡ahora!* Habrá que introducir una nueva técnica.

Se miraron unos a otros. Los minutos pasaron. Meyerhof dijo despacio:

—«Multivac» tiene razón.

—Lo sé —aceptó Whistler, desencajado.

Incluso Trask murmuró:

—Sí. Así debe ser.

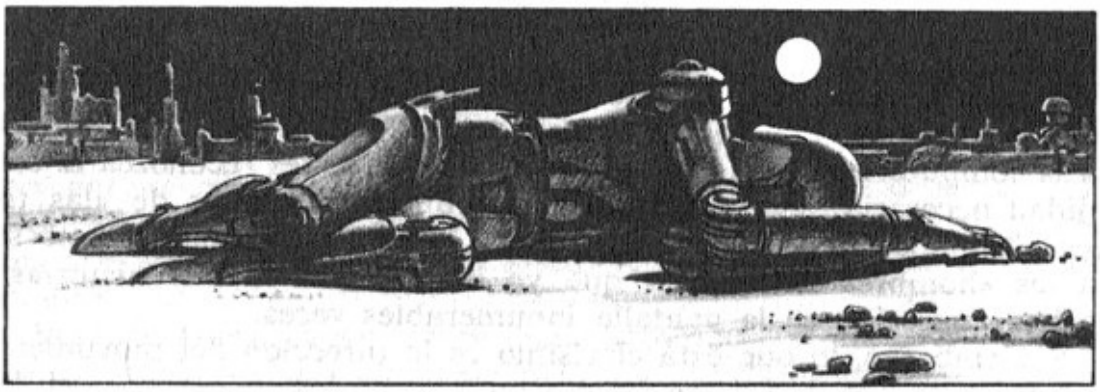
Fue Meyerhof el que puso el dedo en la llaga, Meyerhof, el perfecto chistoso,

anunció:

—Se acabó, ¿saben? Todo ha terminado. Llevo cinco minutos esforzándome y no puedo acordarme de un solo chiste, ni uno. Y si lo leyera en un libro ya no reiría. Lo sé.

—El don del humor ha desaparecido —dijo Trask asustado—. Nadie volverá jamás a reírse.

Y siguieron allí, mirándose, sintiendo que el mundo se encogía a las dimensiones de una ratonera experimental… retirado el laberinto, pero con algo a punto de colocar en su sitio.



LA ÚLTIMA PREGUNTA

La última pregunta se formuló exactamente, medio en broma medio en serio, el 21 de mayo de 2061. Fue en el momento en que salió a relucir la humanidad. La pregunta se planteó como resultado de una apuesta de cinco dólares tomándose unas copas. Ocurrió así:

Alexander Adell y Bertram Lupov eran dos fieles servidores de «Multivac». Conocían muy bien, tan bien como podía conocerlo un ser humano, lo que había tras la cara fría, resplandeciente, de kilómetros y kilómetros de la gigantesca computadora. Tenían una vaga noción del plano general de relés y circuitos que desde hacía tiempo habían traspasado el punto en que un sólo ser humano podía hacerse cargo del conjunto.

«Multivac» se autoajustaba y autocorregía. Tenía que ser así porque ningún ser humano podía ajustarla y corregirla ni con suficiente rapidez, ni con suficiente adecuación. Así que Adell y Lupov servían al monstruo gigante, ligera y superficialmente, pero tan bien como podía hacerlo un hombre. Le suministraban datos, ajustaban preguntas a sus necesidades y traducían las respuestas que se iban recibiendo. Ellos, y todos los demás como ellos, estaban completamente autorizados a compartir la gloria de «Multivac».

En décadas sucesivas, «Multivac» había ayudado a diseñar naves y a trazar las trayectorias que permitieron al hombre llegar a la Luna, a Marte y a Venus, pero posteriormente por los escasos recursos de la Tierra no pudieron mantener las naves que precisaban demasiada energía para los trayectos largos. La Tierra explotaba su carbón y su uranio cada vez con mayor eficiencia, pero sus reservas eran limitadas.

Poco a poco «Multivac» aprendió a contestar más fundamentalmente a preguntas profundas, y el 14 de mayo de 2061, lo que había sido una teoría, se hizo realidad.

Se almacenó la energía del sol, transformada y utilizada directamente a escala planetaria. Toda la Tierra dejó de quemar carbón y de fisionar uranio, bastaba bajar la clavija que lo conectaba a una pequeña estación de kilómetro y medio de diámetro

que giraba alrededor de la Tierra a media distancia de la Luna. Todo en la Tierra se hacía mediante rayos de energía solar.

Siete días no fueron bastantes para apagar la gloria de aquello y Adell y Lupov consiguieron escapar de la función pública y encontrarse tranquilamente donde a nadie se le ocurriría buscarles: en las desiertas cámaras subterráneas donde se veían partes del enorme cuerpo de «Multivac». Sola, sin prisas, seleccionando datos perezosamente «Multivac» se había ganado también sus vacaciones, los muchachos la apreciaban. En un principio, no tenían la intención de molestarla.

Se habían llevado una botella consigo y su único deseo en aquel momento era relajarse juntos en compañía de la botella.

—Es asombroso cuando uno lo piensa —comentó Adell. Su cara ancha acusaba cansancio; agitó despacio su bebida con una varita de cristal y contempló cómo los cubitos de hielo se movían en el líquido torpemente. Toda la energía que se puede usar, para siempre y gratis. Suficiente energía, si quisiéramos para fundir la Tierra entera en un goterón líquido de hierro impuro, sin echar en falta la energía empleada. Toda la energía que podamos utilizar por siempre jamás.

Lupov meneó la cabeza. Era un gesto que hacía cuando quería contradecir, y ahora quería hacerlo, en parte porque había tenido que traer el hielo y los vasos.

—Para siempre, no —afirmó.

—Vaya, casi para siempre. Hasta que el sol se apague, Bert.

—Pero eso no es para siempre.

—Está bien, hombre. Miles de millones de años, veinte mil millones quizás. ¿Estás satisfecho?

Lupov se pasó los dedos por su escasa cabellera como para asegurarse de que aún le quedaba algo de pelo y sorbió lentamente su bebida:

—Veinte mil millones no es para siempre.

—Bueno, pero durará mientras vivamos, ¿verdad?

—Lo mismo que el carbón y el uranio.

—Está bien, pero ahora podemos enchufar las naves espaciales individualmente a la Estación Solar. Se puede ir a Plutón y regresar un millón de veces sin tener que preocuparse del combustible. No se puede hacer eso con carbón y uranio. Si no me crees, pregunta a «Multivac».

—No es preciso que se lo pregunte a «Multivac». Lo sé.

—Entonces, deja de reventar lo que «Multivac» hizo por nosotros —exclamó Adell, indignado—. Ya lo creo que lo hizo.

—¿Quién dice que no lo hizo? Lo que digo es que un sol no durará siempre. Es lo único que digo. Puede que estemos a salvo por veinte mil millones de años, pero, y después, ¿qué? —Lupov señaló a Adell con un dedo tembloroso—. Y no me digas que enchufaremos a otro sol.

El silencio duró un instante. Adell llevaba el vaso a sus labios de vez en cuando y los ojos de Lupov se entornaron despacio. Descansaban.

Los ojos de Lupov se abrieron.

—Estás pensando que nos pasaremos a otro sol tan pronto como el nuestro se acabe, ¿verdad?

—No estoy pensando en nada.

—Claro que sí. Lo que te pasa es que tu lógica es débil. Eres como el tío aquel de la historia que le caía un chaparrón y corrió hacia un bosquecillo, guareciéndose debajo de un árbol. No estaba preocupado, ¿comprendes?, porque se dijo que cuando su árbol quedara completamente empapado, pasaría a resguardarse debajo de otro.

—Lo entiendo —dijo Adell—, y no hace falta que grites. Cuando el sol se haya acabado, las otras estrellas también habrán terminado.

—Y ya puedes decirlo —masculló Lupov—. Todo empezó con la primera explosión cósmica, fuera lo que fuera, y todo tendrá un final cuando las estrellas se apaguen. Algunas van más de prisa que otras. Demonios, las gigantes no durarán cien millones de años. El sol durará veinte mil millones de años y quizá las enanas, para lo que sirven, durarán cien mil millones. Pero, bastarán mil millones de millones de años y todo estará a oscuras. La entropía tiene que crecer al máximo, nada más.

—Sé todo sobre la entropía —admitió Adell.

—¿Qué diablos sabes tú?

—Sé tanto como tú.

—Entonces, sabrás que todo tiene que terminar algún día.

—Está bien. ¿Quién dice que no?

—Lo dijiste tú, pobre idiota. Dijiste que teníamos para siempre toda la energía que necesitáramos. Dijiste «para siempre».

Le llegó el turno a Adell de llevarle la contraria.

—Puede que algún día podamos volver a construir cosas.

—¡Nunca!

—¿Por qué no? Algún día.

—Pregunta a «Multivac».

—¡Jamás!

—*Pregunta* a «Multivac». Te desafío. Apuesto cinco dólares a que te dice que no puede hacerse.

Adell estaba lo suficientemente bebido como para intentarlo, y lo bastante sobrio como para marcar los símbolos y operaciones necesarias para formular una pregunta que, dicha en palabras, sería más o menos: ¿Será capaz la humanidad, algún día, prescindiendo del gasto de energía, de devolver al Sol su vitalidad incluso después de haber muerto de vejez? Quizá podría plantearse más simplemente así: ¿Cómo puede la cantidad neta de entropía del universo ser masivamente disminuida?

«Multivac» siguió muerta y silenciosa. Cesó el lento parpadear de luces y cesaron los sonidos distantes del tableteo de los relés.

Precisamente cuando los aterrorizados técnicos sintieron que no podían contener el aliento, un súbito renacer del teletipo agregado a «Multivac» hizo aparecer cinco

palabras: DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA ESPECÍFICA.

—Todavía, no —murmuró Lupov. Y salieron precipitadamente.

A la mañana siguiente, con la cabeza espesa y la boca pastosa, los dos se habían olvidado del incidente.

Jerrodd, Jerrodine y Jerrodette I y II contemplaban el panorama estrellado que iba caminando al terminar el paso por el hiperespacio en su lapso intemporal. El polvo de estrellas cedió el paso a la preeminencia de un solo disco, centrado, brillante.

—Éste es X-23 —dijo Jerrodd con aplomo. Sus manos delgadas se juntaron detrás de la cabeza con los nudillos blancos.

Las dos niñas Jerrodette acababan de experimentar el paso por el hiperespacio por primera vez en sus vidas y eran conscientes de la momentánea sensación de dentro-fuera. Ahogaron sus risas y se persiguieron alocadas alrededor de su madre chillando:

—Hemos llegado a X-23… Hemos llegado a X-23… Hemos…

—Basta, niñas —ordenó su madre—. ¿Estás seguro, Jerrodd?

—¿Cómo no voy a estar seguro? —preguntó Jerrodd mirando al saliente de metal que sobresalía debajo del techo. Corría a lo largo de la estancia y desaparecía por detrás de la pared, a ambos extremos. Era tan largo como la nave.

Jerrodd no sabía nada de la gruesa barra de metal sino que la llamaban «Microvac», a la que uno hacía preguntas si lo deseaba; que aunque se hicieran, seguía teniendo la misión de guiar la nave a un destino preestablecido; que se alimentaba de energía procedente de varias estaciones de energía subgalácticas; y que computaba la ecuación necesaria para los saltos hiperespaciales.

Jerrodd y su familia sólo tenían que esperar y vivir en el cómodo alojamiento de la nave.

Alguien había dicho una vez a Jerrodd que el «ac» al final de «Microvac» significaba «computadora análoga» en lengua antigua, pero estaba a punto de olvidar incluso esto.

Los ojos de Jerrodine estaban húmedos al contemplar la visioplaca.

—No puedo evitarlo —musitó—. Se me hace raro abandonar la Tierra.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Jerrodd—. Allí no teníamos nada. En X-23 lo tendremos todo. No estarás sola. No serás una pionera. En el planeta hay ya más de un millón de personas. ¡Válgame Dios!, nuestros tataranietos saldrán en busca de nuevos mundos porque X-23 estará abarrotado —hizo una pausa—. Te aseguro que es una suerte que las computadoras estudien los viajes interestelares, dado como crece la raza.

—Lo sé, lo sé —asintió Jerrodine entristecida.

Jerrodette I interrumpió:

—Nuestra «Microvac» es la mejor «Microvac» del mundo.

—Yo también lo creo así —dijo Jerrodd despeinándola.

Era una sensación agradable tener una «Microvac» propia y Jerrodd estaba encantado de formar parte de su generación y no de otra. Cuando su padre era joven, las únicas computadoras eran tremendas máquinas que ocupaban cientos de kilómetros cuadrados de terreno. Sólo había una por planeta. «AC Planetaria» las llamaban. Crecieron de tamaño durante mil años y, de repente, llegó el refinamiento. En lugar de transistores, aparecieron las válvulas moleculares, así que incluso la mayor «AC Planetaria» podía instalarse en un espacio igual a la mitad del volumen de una nave espacial.

Jerrodd se sintió orgulloso, como siempre que pensaba que su «Microvac» personal era infinidad de veces más complicada que la antigua y primitiva «Multivac», que había domado al Sol por primera vez, y que era casi tan complicada como la «AC Planetaria» de la Tierra (que era la mayor) que había resuelto por primera vez el problema del viaje hiperespacial y había hecho posible las escapadas a las estrellas.

—Tantas estrellas, tantos planetas —suspiró Jerrodine sumida en sus propios pensamientos—, supongo que las familias marcharán siempre a nuevos planetas, como hacemos ahora.

—No siempre —objetó Jerrodd sonriendo—, algún día dejarán de hacerlo, pero no hasta que hayan pasado miles de millones de años. Muchos miles de millones. Incluso las estrellas se acaban, ¿sabes? La entropía debe aumentar.

—¿Qué es la entropía, papá? —preguntó Jerrodette II.

—La entropía, pequeña, es una palabra que significa la cantidad de desgaste del Universo. Todo se acaba, como tu pequeño robot *walkie-talkie*, ¿te acuerdas?

—¿Y no se le puede poner una pila nueva, como a mi robot?

—Las estrellas *son* lo equivalente a la pila, cariño. Una vez se acaban, ya no habrá más unidades de energía.

Jerrodette I se puso a gritar:

—No las dejes, papá. No dejes que se acaben las estrellas.

—¿Ves lo que has hecho? —murmuró Jerrodine, exasperada.

—¿Cómo iba a saber yo que se asustarían? —respondió Jerrodd.

—Pregunta a «Microvac» —lloriqueó Jerrodette I—. Pregúntale cómo volver a encender las estrellas.

—Adelante —sugirió Jerrodine—. Eso las calmará. (Jerrodette II también había empezado a lloriquear.)

Jerrodd se encogió de hombros.

—Venga, venga, cariño. Preguntaré a «Microvac». No sufráis, nos lo dirá.

Preguntó a «Microvac» y añadió apresuradamente:

—La respuesta por escrito.

Jerrodd recogió la fina tira de celofilme y dijo alegremente:

—Veamos, dice «Microvac» que se ocupará de todo cuando llegue el momento, así que no os preocupéis.

—Ahora, niñas, a la cama —dijo Jerrodine—. Pronto gritaremos en nuestra nueva casa.

Jerrodd leyó las palabras del celofilme antes de destruirlo: DATOS INSUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESPECÍFICA.

Se encogió de hombros y miró por la visioplaca. X-23 estaba exactamente delante.

VJ-23X de Lameth miró a la oscura profundidad del pequeño mapa tridimensional, a escala reducida, de la Galaxia.

—Me pregunto si no somos ridículos al preocuparnos por el asunto.

MQ-17J de Nicron sacudió la cabeza:

—Creo que no. Sabes que la Galaxia estará repleta dentro de cinco años al ritmo de expansión actual.

Ambos parecían tener veintitantos años, ambos eran altos y perfectamente formados.

—Pero dudo —insistió VJ-23X— en presentar un informe pesimista al Consejo Galáctico.

—Yo no pensaría en ningún otro tipo de informe. Les sacudirá un poco. Hay que hacer que se muevan.

—El espacio es infinito —suspiró VJ-23X—. Hay cien mil millones de Galaxias disponibles. Más.

—Un centenar de mil millones *no* es infinito y cada vez se va haciendo menos infinito. Piensa. Veinte mil años atrás, la humanidad resolvió por primera vez el problema de la utilización de la energía estelar y pocos siglos después se hizo posible el viaje interestelar. La humanidad tardó un millón de años en llenar un pequeño mundo y sólo quince mil años para llenar el resto de la Galaxia. Ahora, la población se dobla cada diez años…

VJ-23X le interrumpió.

—Debemos agradecérselo a la inmortalidad.

—Muy bien. La inmortalidad existe y debemos tenerla en cuenta. Admito que la inmortalidad tiene su lado malo. La «AC Galáctica» nos ha resuelto muchos problemas, pero al evitar el problema de la vejez y la muerte, nos ha desbaratado todas las otras soluciones.

—Pero me figuro que tú no querrás abandonar la vida.

—En absoluto —saltó MQ-17J, pero dulcificó el tono para añadir—, todavía no. Aún no soy lo bastante viejo. ¿Cuántos años tienes?

—Doscientos veintitrés. ¿Y tú?

—Aún no he llegado a doscientos. Pero volvamos a lo que decía. La población se duplica cada diez años. Una vez esta Galaxia esté llena, habremos llenado otra en diez años. Otros diez y habremos llenado dos más. Otra década, y cuatro más. En cien

años habremos llenado mil Galaxias. En mil años, un millón de Galaxias. En diez mil años, todo el universo conocido. Y entonces ¿qué?

—Además de todo —observó VJ-23X— hay un problema de transporte. Me pregunto cuantas unidades de energía solar serán precisas para trasladar galaxias de individuos, de una Galaxia a la siguiente.

—Buena observación. La humanidad consume ya dos unidades de energía solar al año.

—La mayor parte malgastada. Después de todo, solamente nuestra propia Galaxia produce mil unidades de energía solar y nosotros sólo utilizamos dos.

—De acuerdo, pero incluso con un cien por cien de eficiencia, solamente retrasaríamos el final. Nuestras exigencias energéticas crecen en progresión geométrica. Se nos acabará la energía antes, incluso, de que se nos terminen las Galaxias. Un punto a favor. Un buen punto.

—Tendremos que fabricar nuestras estrellas con gas interestelar.

—O con calor de desecho, ¿no? —preguntó irónicamente MQ-17J.

—Puede que haya algún medio de invertir la entropía. Deberíamos preguntárselo a la «AC Galáctica».

VJ-23X no hablaba realmente en serio, pero MQ-17J se sacó del bolsillo su «AC» de contacto y la puso en la mesa delante de él.

—Tengo ganas de hacerlo —dijo—. Es algo con que la raza humana tendrá que enfrentarse algún día.

Contempló, sombrío, su pequeña «AC». Era solamente de treinta centímetros cúbicos y nada más, pero estaba conectada a través del hiperespacio con la gran «AC Galáctica» que servía a toda la humanidad. Teniendo en cuenta el hiperespacio, era parte integral de la «AC Galáctica».

MQ-17J se paró a preguntarse si algún día de su vida inmortal llegaría a ver la «AC Galáctica». Estaba en un pequeño mundo propio, una telaraña de rayos de energía que retenían la materia interna que surge de los Submesones ocupaba el lugar de las torpes válvulas moleculares. No obstante, pese a su subetérico funcionamiento, la «AC Galáctica» medía más de trescientos metros de anchura.

MQ-17J preguntó de pronto a su «AC» de contacto:

—¿Podrá alguna vez invertirse la entropía?

VJ-23X pareció sobresaltado y se apresuró a protestar:

—Oye, yo no pretendía realmente que le hicieras esta pregunta.

—¿Y por qué no?

—Los dos sabemos que la entropía no puede invertirse. No puedes volver el humo a cenizas primero y a árbol después.

—¿Hay árboles en tu mundo? —preguntó MQ-17J.

El sonido de la «AC Galáctica» les hizo callar asustados.

Su voz salía fina y bella de la pequeña «AC» de contacto sobre la mesa. Les dijo:

—NO HAY DATOS SUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA ESPECÍFICA.

—¡Ya lo ves! —exclamó VJ-23X.

Los dos hombres volvieron a preguntarse sobre el informe que debían presentar al Consejo Galáctico.

La mente de Zee Prime abarco la nueva Galaxia con interés por los incontables racimos de estrellas que la envolvían. Nunca hasta entonces la había visto. ¿Las llegaría a ver todas? ¡Había tantas!, ¡y cada una con su carga de humanidad! Pero una carga era casi un peso muerto. La esencia real de los hombres se encontraba aquí en el espacio.

¡Mentes, no cuerpos! Los cuerpos inmortales permanecían en los planetas, en suspensión sobre los eones. A veces despertaban para actividades materiales pero era cada vez más raro. Pocos individuos nuevos venían a existir para unirse a la increíble multitud, pero ¿qué importaba? En el universo quedaba poco sitio para nuevos individuos.

Zee Prime fue despertado de su sueño al encontrarse con los jirones tenues de otra mente.

—Soy Zee Prime —dijo—. ¿Y tú?

—Yo soy Dee Sub Wun. ¿Y tu Galaxia?

—La llamamos solamente la Galaxia. ¿Y tú?

—A la nuestra la llamamos igual. Todos los hombres llaman a su Galaxia, su Galaxia y nada más. ¿Por qué no?

—Claro, puesto que todas las Galaxias son iguales.

—Todas las Galaxias, no. La raza del hombre debió originarse en una Galaxia determinada. Eso la hace diferente.

—¿En cuál? —preguntó Zee Prime.

—No sabría decirlo. La «AC Universal» lo sabrá.

—¿Se lo preguntamos? De pronto siento curiosidad.

Las percepciones de Zee Prime se ampliaron hasta que las propias Galaxias se encogieron y se transformaron en un polvo nuevo y más difuso sobre un fondo mucho mayor. Tantos cientos de miles de millones de Galaxias con sus seres inmortales, llevando a cuestas su carga de inteligencia con mentes que vagaban libremente por el espacio. No obstante, una de ellas era única entre todas al ser la Galaxia original. Una de ellas tuvo, en su vago y lejano pasado, un período en el que fue la única Galaxia poblada por el hombre.

Zee Prime se consumía de curiosidad de ver esta Galaxia, y gritó:

—«AC Universal», ¿en qué Galaxia se originó la humanidad?

La «AC Universal» les oyó, porque en cada mundo y en todo el espacio tenía sus receptores dispuestos, y cada receptor llevaba por el hiperespacio a algún punto desconocido donde «AC Universal» se mantenía aislada.

Zee Prime sabía de un hombre cuyos pensamientos habían penetrado hasta

distancia sensorial de la «AC Universal», y habló únicamente de una esfera brillante de medio metro de diámetro, difícil de ver.

—Pero, ¿cómo puede esto ser toda la «AC Universal»? —le había preguntado Zee Prime.

—Su mayor parte se encuentra en el hiperespacio —fue la respuesta—. Pero no puedo imaginar en qué forma está.

Ni podía imaginarlo nadie, porque había pasado ya el tiempo en que el hombre tenía que ver con el mantenimiento de «AC Universal». Cada «AC Universal» diseñaba y construía su sucesora. Cada una en un millón de años de existencia, acumulaba los datos necesarios para construir otra mejor y más compleja, una sucesora más capaz en la que se integraría su propio caudal de datos.

La «AC Universal» interrumpió las divagaciones de Zee Prime, no con palabras, sino guiándole. La mentalidad de Zee Prime fue guiada al oscuro mar de Galaxias y a una en particular ampliada en estrellas.

Y llegó un pensamiento, infinitamente distante, pero infinitamente claro: ÉSTA ES LA GALAXIA ORIGINAL DEL HOMBRE.

Pero era la misma, la misma que cualquier otra y Zee Prime contuvo su decepción.

Dee Sub Wun, cuya mente había acompañado a la otra, dijo de pronto:

—¿Y es una de esas estrellas, la estrella original del hombre?

«AC Universal» contestó:

—LA ESTRELLA ORIGINAL DEL HOMBRE HA PASADO A SER NOVA, AHORA ES UNA ENANA BLANCA.

—¿Murieron los hombres que había en ella? —preguntó Zee Prime, sobresaltado, sin pensar.

Y «AC Universal» respondió:

—COMO OCURRE EN ESTOS CASOS, SE CONSTRUYÓ A TIEMPO UN NUEVO MUNDO PARA SUS CUERPOS FÍSICOS.

—Sí, claro —dijo Zee Prime, pero le abrumaba una gran sensación de pérdida. Su mente se desconectó de la idea de la Galaxia Original del hombre, la dejó volver atrás y perderse entre los puntos borrosos y brillantes. Jamás quiso volver a verlos.

Dee Sub Wun preguntó:

—¿Ocurre algo malo?

—Las estrellas se están muriendo. La estrella original está muerta.

—Todas tienen que morir. ¿Por qué no?

—Pero cuando toda la energía haya desaparecido, nuestros cuerpos terminarán muriéndose, y tú y yo con ellos.

—Pero tardará mil millones de años.

—Yo no quiero que ocurra, ni dentro de mil millones de años. ¡«AC Universal»! ¿Cómo puede evitarse que mueran las estrellas?

Dee Sub Wu comentó divertido:

—¿Estás preguntando cómo puede invertirse la dirección de la entropía?

Y «AC Universal» contestó:

—HAY AÚN HAY POCOS DATOS PARA UNA RESPUESTA ESPECÍFICA.

Los pensamientos de Zee Prime saltaron a su propia Galaxia. No volvió a pensar en Dee Sub Wun, cuyo cuerpo podía estar esperando en una Galaxia a mil millones de millones de años luz de distancia, o en la estrella vecina de la de Zee Prime. Qué más daba.

Zee Prime, entristecido, empezó a recoger hidrógeno interestelar con el que formar una pequeña estrella sólo para él. Si las estrellas tenían que morir algún día, por lo menos aún podía construir alguna.

Consideraba al hombre como él porque, en cierto modo, el hombre era, mentalmente, uno, formado por un trillón de trillones de trillones de cuerpos sin edad, cada uno en su puesto, cada uno descansando inmóvil e incorrupto, cada uno cuidado por autómatas perfectos, igualmente incorruptibles, pero las mentes de todos los cuerpos se mezclaban libremente unas con otras sin distinción.

—El Universo está muriéndose —dijo el hombre.

Y el hombre miró a su alrededor a las Galaxias que se iban apagando. Las estrellas gigantes, derrochadoras ellas, se habían apagado hacía tiempo, y habían vuelto a lo más oscuro del oscuro pasado. Casi todas las estrellas eran ya enanas blancas y se acercaban a su fin.

Se habían construido nuevas estrellas con el polvo que mediaba entre ellas, algunas por proceso natural, algunas por el propio hombre, y también éstas se iban apagando. Las enanas blancas todavía podían chocar entre sí y por la gran energía producida, nacían nuevas estrellas, pero sólo una entre las mil enanas destruidas viviría y éstas también llegarían a su fin.

Y dijo el hombre:

—Cuidadosamente economizada, tal como indica la «AC Cósmica», la energía que aún queda en el Universo, durará miles de millones de años.

»Pero, así y todo —insistió el hombre— fatalmente todo llegará a su fin. Por más que se extreme la economía, la energía una vez gastada se va y no puede recuperarse. La entropía debe aumentar al máximo incesantemente.

Y el hombre preguntó:

—¿No puede invertirse la entropía? Preguntemos a «AC Cósmica».

La «AC Cósmica» estaba a su alrededor pero no en el espacio. Ni una parte mínima estaba en el espacio, sino en el hiperespacio. Estaba hecha de algo que ni era materia ni energía. La cuestión de su tamaño y naturaleza ya no tenía significado en ninguno de los términos que el hombre pudiera comprender.

—«AC Cósmica» —le dijo el hombre—, ¿cómo puede invertirse la entropía?

La «AC Cósmica» respondió:

—HAY AÚN POCOS DATOS PARA UNA RESPUESTA ESPECÍFICA.

Y el hombre ordenó:

—Recoge datos adicionales.

«AC Cósmica» declaró:

—LO HARÉ. LO HE ESTADO HACIENDO DURANTE CIEN MIL MILLONES DE AÑOS. A MIS PREDECESORAS SE LES HA HECHO MUCHAS VECES LA MISMA PREGUNTA. TODOS LOS DATOS QUE TENGO SIGUEN SIENDO INSUFICIENTES.

—¿Llegará el día —preguntó el hombre— en que los datos serán suficientes, o se trata de un problema insoluble en cualquier circunstancia concebible?

«AC Cósmica» dijo:

—NINGÚN PROBLEMA ES INSOLUBLE EN NINGUNA CIRCUNSTANCIA CONCEBIBLE.

—¿Cuándo dispondrás de datos suficientes para contestar la pregunta?

—AÚN HAY POCOS DATOS PARA UNA RESPUESTA ESPECÍFICA.

—¿Seguirás trabajando en ello? —preguntó el hombre.

—LO HARÉ.

—Esperaremos —dijo el hombre.

Las estrellas y las Galaxias murieron y se apagaron. El espacio se volvió negro después de diez mil millones de años de agotamiento.

Uno a uno, el hombre se fundió con «AC», cada cuerpo físico fue perdiendo su identidad mental de forma que en lugar de una pérdida era una ganancia.

La última mente del hombre hizo una pausa antes de fusionarse, mirando por encima de un espacio que no contenía más que los pozos de una última estrella oscura y una materia increíblemente fina, agitada al azar por los últimos latigazos de calor que se apagaba asintoticalmente en el cero absoluto.

Dijo el hombre:

—«AC», ¿es esto el fin? ¿No se puede invertir este caos en un Universo una vez más? ¿No puede hacerse?

«AC» respondió:

—AÚN HAY POCOS DATOS PARA UNA RESPUESTA ESPECÍFICA.

La última mente se fusiono y sólo existió «AC», pero en el hiperespacio.

La materia y la energía se habían terminado y con ellas el espacio y el tiempo. Incluso «AC» existía solamente para contestar a la única y última pregunta que jamás había sido contestada desde el día en que un técnico medio borracho hacía ya diez mil millones de millones de años, había formulado a una computadora que para «AC» era menos que un hombre para el hombre.

Todas las demás preguntas habían sido contestadas y hasta que esta última lo

fuera también «AC» no podía librar su conciencia.

Todos los datos recogidos habían llegado a su término final. Nada quedaba por recoger.

Pero todo lo recogido tenía que ser completamente correlacionado y unido en todas sus posibles relaciones.

Para ello fue preciso un intervalo intemporal.

Y ocurrió que «AC» aprendió a invertir la dirección de la entropía.

Pero ahora no había ningún hombre a quien «AC» pudiera comunicar la respuesta a la última pregunta. No importaba. La respuesta, por demostración, se ocuparía también de eso.

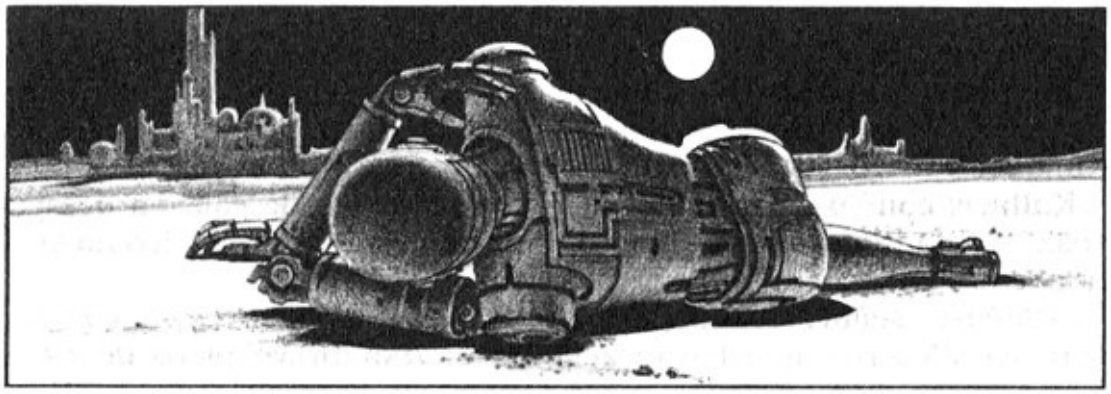
Durante otro intervalo intemporal pensó en la mejor manera de hacerlo. Y «AC» organizó el programa minuciosamente.

La consciencia de «AC» abarcó todo lo que en tiempos había sido un Universo y reflexionó sobre lo que ahora era el Caos. Debía hacerse paso a paso.

Y «AC» dijo:

—QUE SE HAGA LA LUZ.

Y la luz fue hecha.



¿LE IMPORTA A UNA ABEJA?

La nave comenzó por ser un esqueleto metálico. Poco a poco, se le fue cubriendo con una piel brillante por encima y con unas interioridades de extraña forma instaladas dentro.

Thornton Hammer era entre todos los individuos (menos uno) involucrados en el crecimiento, el que hacía físicamente menos. Quizá por este motivo era por lo que estaba tan bien considerado. Manejaba los símbolos matemáticos sobre los que se basaban las líneas trazadas sobre papel milimetrado y sobre las que, a su vez, se basaba el ensamblaje de las masas y formas de energía que entraban en la nave.

Hammer observaba ahora por medio de ceñidas y oscuras gafas. Sus lentes captaban la luz de los tubos fluorescentes del techo y la devolvían como reflectores. Theodore Lengyel, representante local de la corporación que financiaba el proyecto, estaba a su lado y señalando con el dedo extendido, dijo:

—Allí está. Ése es el hombre.

—¿Se refiere a Kane? —se fijó Hammer.

—El individuo del mono verde con una llave inglesa.

—Es Kane. ¿Qué es lo que tiene en contra de él?

—Quiero saber lo que hace. Es un idiota.

Lengyel tenía la cara redonda, gordezuela y con un leve temblor en la mandíbula.

Hammer se volvió a mirarle, reflejando en su flaco cuerpo un aire de absoluto desagrado.

—¿Ha estado usted molestándole?

—¿*Molestarle* yo? He estado hablando con él. Mi obligación es hablar con los hombres, averiguar sus puntos de vista, recoger información con la que organizar campañas para mejorar la moral.

—¿Y en qué sentido le molesta Kane?

—Es insolente. Le pregunté qué efecto le hacía trabajar en una nave que pronto llegaría a la Luna. Comenté que la nave era un camino hacia las estrellas. Quizá me

pasé un poco con el discurso, exageré algo, pero él se marchó de la forma más grosera. Le llamé y le pregunté:

—¿Por qué se marcha?

—Porque estoy harto de este tipo de discursos —dijo—. Me voy a mirar las estrellas.

—Bien —asintió Hammer—. A Kane le gusta mirar las estrellas.

—Era de día. Es un idiota. Desde entonces vengo observándole, y no trabaja nada.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo conservan?

Hammer contestó con inesperada violencia:

—Porque lo quiero por aquí. Porque es mi suerte.

—¿Su suerte? —barbotó Lengyel—. ¿Qué demonios quiere decir?

—Quiero decir que cuando le tengo cerca, pienso mejor. Cuando pasa por mi lado, con su maldita llave inglesa en la mano, se me ocurren ideas. Lo he notado ya tres veces. No me lo explico: ni me interesa explicármelo. Ha ocurrido. Se queda.

—Está de broma.

—En absoluto. Ahora déjeme en paz.

Kane estaba con su mono verde y su llave inglesa en la mano.

Se daba cuenta vagamente de que la nave estaba casi lista. No estaba diseñada para transportar a un hombre, pero había sitio para él. Sabía esto como sabía muchas cosas más: cómo apartarse de la gente la mayor parte del tiempo; cómo llevar una llave inglesa hasta que la gente se acostumbró a verle con ella y dejaron de fijarse en él. La atmósfera protectora consistía en pequeñas cosas como esa… llevar la llave inglesa.

Tenía deseos que no entendía del todo, como mirar a las estrellas. Después, poco a poco, su atención se limitó a mirar las estrellas con un vago anhelo. Luego, su atención se centró en cierta región del cielo, para pasar después a cierto punto determinado. Ignoraba por qué precisamente aquel punto. Allí no había estrellas. No había nada que ver.

El punto se encontraba en lo más alto del cielo nocturno a final de primavera y en los meses de verano. A veces se pasaba la mayor parte de la noche mirando el punto hasta que se hundía en el horizonte al Suroeste. En otras épocas del año se quedaba mirando el punto durante el día.

Había algo en su pensamiento en relación con ese punto que no acababa de cristalizar del todo. Algo cada vez más fuerte y, a medida que pasaban los años, más tangible y ahora estallaba casi en busca de expresión. Pero aún no estaba del todo claro.

Kane se revolvió inquieto y se acercó a la nave. Estaba casi completa, casi entera.

Casi todo encajaba perfectamente.

Porque en su interior, bien entrada la proa, había un hueco algo mayor que un hombre. Mañana, el camino estaría bloqueado por los últimos instrumentos y antes de eso había que llenar el hueco. Pero no con algo que *ellos* hubieran planeado.

Kane se acercó más. Nadie se fijó en él. Estaban acostumbrados a verle.

Había que subir por una escalerilla metálica y una maroma que había que arrastrar hasta llegar a la última abertura. Sabía dónde estaba, como si hubiera construido la nave con sus propias manos. Subió la escalerilla y trepó por la maroma. De momento no había nadie allí, na…

Estaba equivocado. Un hombre.

Éste le preguntó vivamente:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Kane se incorporó y sus ojos vagos se quedaron mirándole. Levantó la llave inglesa y la dejó caer sobre la cabeza del que le había hablado. El hombre (que no había hecho ningún esfuerzo para esquivar el golpe) se desplomó.

Kane le dejó en el suelo, despreocupado. El hombre no estaría inconsciente por mucho tiempo, pero lo bastante para permitir a Kane meterse en el hueco. Cuando el hombre despertara no se acordaría para nada de Kane, ni por qué había perdido el sentido. Habría simplemente cinco minutos borrados de su vida, cinco minutos que encontraría nunca, ni echaría en falta.

En el oscuro hueco no había naturalmente, ninguna ventilación, pero Kane no le dio la menor importancia. Con la seguridad del instinto, trepó hacia arriba en dirección al hueco que iba a recibirle, y se quedó allí, jadeando, perfectamente encajado en la cavidad, como si fuera un vientre.

Dentro de dos horas empezarían a introducir el último de los instrumentos, cerrarían las compuertas y dejarían allí a Kane, sin saberlo. Kane sería el único pedazo de carne y sangre dentro de una cosa de metal, cerámica y combustible.

Kane no temía ser descubierto antes de ser lanzada la nave. Nadie del proyecto sabía que existía esa cavidad. En el diseño no estaba previsto. Los mecánicos y constructores ignoraban haberlo puesto.

Kane se lo había arreglado solito.

Ni sabía cómo se las había arreglado, pero sabía que lo había hecho.

Podía contemplar su propia influencia sin saberlo, sin saber cómo la ejercía. Tomen por ejemplo a un hombre llamado Hammer, jefe del proyecto y el hombre más claramente influenciable. De todas las figuras vagas que rodeaban a Kane, él era el menos vago. A veces Kane se daba cuenta de él cuando se le acercaba con su andar lento y sin ruido por el terreno. Era lo único que necesitaba… pasar junto a él.

Kane recordaba que le había ocurrido antes, especialmente con los teóricos. Cuando Lise Meitner decidió hacer la prueba con bario entre los productos del bombardeo del uranio por neutrones, Kane estuvo en un corredor cercano como un caminante en el que nadie se fija.

Estuvo recogiendo hojas secas y maleza en un parque en 1904, cuando el joven Einstein pasó junto a él reflexionando. Los pasos de Einstein se hicieron más vivos por el impacto de la súbita idea que se le ocurrió. Kane lo sintió como un *shock* eléctrico.

No sabía como lo había hecho. ¿Acaso la araña conoce la teoría arquitectónica cuando comienza a tejer su primera tela?

Pero podía ir aún más lejos. El día en que el joven Newton miró hacia la luna con el principio de una cierta idea, Kane estuvo allí. Y todavía antes.

El paisaje de Nuevo México, generalmente desierto, estaba repleto de hormigas humanas, arracimadas junto a la rampa de lanzamiento. Esta nave era diferente a todas las estructuras similares que la habían precedido.

Ésta se desprendería libremente de la Tierra, más que cualquier otra. Llegaría alrededor de la Luna antes de volver a caer. Iría abarrotada de instrumentos que fotografiarían la Luna y medirían sus emisiones de calor, buscarían radiactividad y probarían las estructuras químicas mediante microondas. Haría, por automatización casi todo lo que podía esperarse de una nave tripulada por el hombre y enseñaría lo bastante para asegurarse que la próxima nave enviada si *estaría* tripulada.

Claro que, en realidad, la primera nave, después de todo, era una nave tripulada.

Había representantes de varios gobiernos, de varias industrias, de varios grupos sociales, de varios organismos económicos. Había cámaras de televisión y periodistas.

Aquellos que no habían podido estar allí, lo veían desde sus casas y oían los números de la cuenta atrás, en un tono monótono, en el que se ha hecho proverbial durante las tres últimas décadas.

Al llegar a cero, los reactores entraban en funcionamiento y la nave, imponentemente, se elevaba.

Kane percibió el ruido de los gases, como a distancia, y sintió la presión ejercida por la aceleración.

Desconectó su mente, elevándola hacia delante, liberándola de la conexión directa con su cuerpo a fin de evitar el sentir dolor e incomodidad.

Medio mareado, se dio cuenta de que su largo viaje casi había terminado. Ya no tendría que maniobrar cuidadosamente para evitar que la gente se diera cuenta de que era inmortal. Ya no tendría que fundirse en lo que le rodeaba, ni vagar eternamente de un lugar a otro, ni cambiar de nombre y de personalidad, ni manipular mentes.

No había sido perfecto, claro. Cuando se dieron los mitos del judío errante y del holandés errante, él estaba allí. Nadie le había molestado.

Podía ver su punto en el cielo. Podía verlo a través de la masa sólida de la nave. O

no lo «veía» realmente. No encontraba la palabra adecuada.

Pero sabía que dicha palabra existía. Desconocía cómo estaba enterado de muchas de las cosas que sabía, pero era consciente que, a medida que pasaban los siglos, iba conociéndolas gradualmente con una seguridad que no requería razones.

Había comenzado como un *ovum* (o algo que la palabra *ovum* lo definía bien) depositado en la Tierra antes de que fueran edificadas las primeras ciudades por criaturas cazadoras y nómadas llamadas, desde entonces, «hombres». La Tierra había sido cuidadosamente elegida por su progenitor. No todos los mundos servían.

¿Qué mundo era el que servía? ¿Cuál era el criterio? Eso no lo sabía aún.

¿Conoce una avispa icneumona suficiente ornitología para poder encontrar la especie de araña que cuidará sus huevos, y pincharla lo suficiente a fin que esta siga con vida?

El *ovum* lo soltó por fin y adoptó la forma de hombre y vivió entre los hombres y se protegió de los hombres. Y su único propósito fue organizar que los hombres viajaran a lo largo de un camino que terminaría en una nave y dentro de la nave una cavidad y dentro de la cavidad, él.

Había tardado en conseguirlo ocho mil años con una lenta y continua lucha.

El punto en el cielo se hizo más visible ahora que la nave salía de la atmósfera. Ésta era la llave que abría su mente. Ésta era la pieza que completaba el rompecabezas.

Las estrellas parpadeaban dentro de aquel punto que no podía ser visto por el hombre a simple vista. Una en particular brillaba más que las otras y Kane anhelaba llegar a ella. La expresión que había ido creciendo en su interior durante tanto tiempo, estalló ahora.

—Hogar —murmuró.

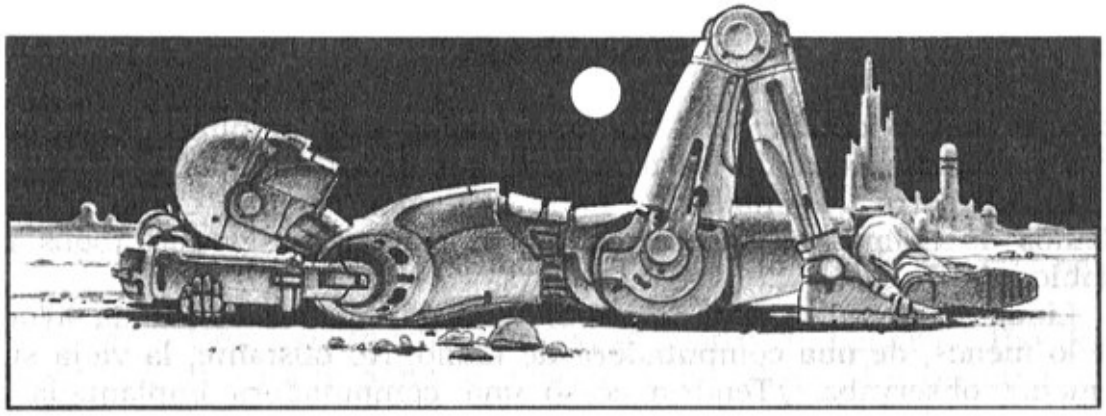
¿Lo sabía? ¿Acaso el salmón estudia cartografía para descubrir el manantial de donde surgió el arroyo de agua clara en el que, años antes, nació?

El paso final se dio en el lento madurar que había tardado ocho mil años, y Kane había dejado de ser larva y era adulto.

El adulto Kane salió de la carne humana que había protegido la larva y también se desprendió de la nave. Corrió adelante, a velocidades inconcebibles, hacia su hogar, del que algún día saldría de nuevo paseando por el espacio para fertilizar algún planeta.

Y surcó el espacio, sin volver a pensar en la nave que llevaba su crisálida vacía. No pensó en que había empujado a todo un mundo hacia la tecnología y los viajes espaciales, sólo para que la cosa que había sido Kane pudiera madurar y conseguir su culminación.

¿Le importa a una abeja lo que le ocurre a una flor cuando la abeja ha terminado de libar y se aleja?



RIMA LIGERA

La última persona en quien se podía pensar como asesina, Mrs. Alvis Lardner. Viuda del gran mártir astronauta, era filántropa, coleccionista de arte, anfitriona extraordinaria y, en lo que todo el mundo estaba de acuerdo, un genio. Pero, sobre todo, era el ser humano más dulce y bueno que pudiera imaginarse.

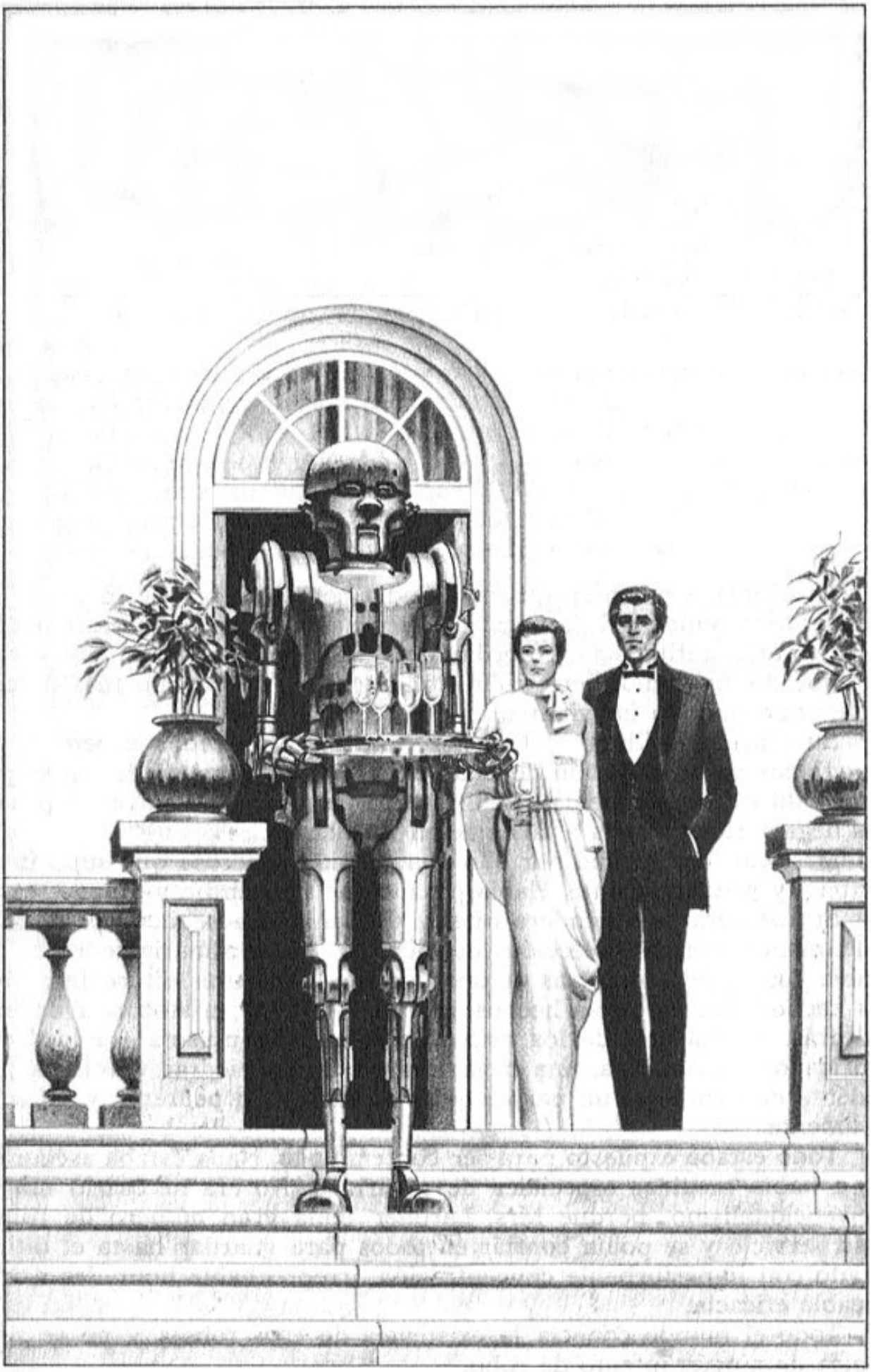
Su marido, William J. Lardner, murió, como todos sabemos, por los efectos de la radiación de una bengala solar, después de haber permanecido deliberadamente en el espacio para que una nave de pasajeros llegara sana y salva a la Estación Espacial 5.

Mrs. Lardner recibió por ello una pensión generosa que supo invertir bien y prudentemente. Había pasado ya la juventud y era muy rica.

Su casa era un verdadero museo. Contenía una pequeña pero extremadamente selecta colección de objetos extraordinariamente bellos. Había conseguido muestras de una docena de culturas diferentes: objetos tachonados de joyas hechos para servir a la aristocracia de esas culturas. Poseía uno de los primeros relojes de pulsera con pedrería fabricados en América, una daga incrustada de piedras preciosas procedente de Camboya, un par de gafas italianas con pedrería, y así sucesivamente.

Todo estaba expuesto para ser contemplado. Nada estaba asegurado y no había medidas especiales de seguridad. No era necesario ningún convencionalismo, porque Mrs. Lardner tenía gran número de robots a su servicio y se podía confiar en todos para guardar hasta el último objeto con imperturbable concentración, irreprochable honradez e irrevocable eficacia.

Todo el mundo conocía la existencia de esos robots y no se supo nunca de ningún intento de robo.



Además, había sus esculturas de luz. De qué modo Mrs. Lardner había descubierto su propio genio en este arte, ningún invitado a ninguna de sus generosas recepciones podía adivinarlo. Sin embargo, en cada ocasión en que su casa se abría a los invitados, una nueva sinfonía de luz brillaba por todas las estancias, curvas tridimensionales y sólidos en colores mezclados, puros o fundidos en efectos cristalinos que bañaban a los invitados en una pura maravilla, consiguiendo siempre ajustarse de tal modo que volvían el cabello de Mrs. Lardner de un blanco azulado y dejaban su rostro sin arrugas y dulcemente bello.

Los invitados acudían más que nada por sus esculturas de luz. Nunca se repetían dos veces seguidas y nunca dejaban de explorar nuevas y experimentales muestras de arte. Mucha gente que podía permitirse el lujo de tener máquinas de luz, preparaba esculturas como diversión, pero nadie podía acercarse a la experta perfección de Mrs. Lardner. Ni siquiera aquellos que se consideraban artistas profesionales.

Ella misma se mostraba encantadoramente modesta al respecto:

—No, no —solía protestar cuando alguien hacía comparaciones líricas—. Yo no lo llamaría «poesía de luz». Es excesivo. Como mucho diría que es una mera «rima ligera».

Y todo el mundo sonreía a su dulce ingenio.

Aunque se lo solían pedir, nunca quiso crear esculturas de luz para nadie, sólo para sus propias recepciones.

—Sería comercializarlo —se excusaba.

No oponía ninguna objeción, no obstante, a la preparación de complicados hologramas de sus esculturas para que quedaran permanentemente y se reprodujeran en museos de todo el mundo. Tampoco cobraba nunca por ningún uso que pudiera hacerse de sus esculturas de luz.

—No podría pedir ni un penique —dijo extendiendo los brazos—. Es gratis para todos. Al fin y al cabo, ya no voy a utilizarlas más.

Y era cierto. Nunca utilizaba la misma escultura de luz dos veces seguidas.

Cuando se tomaron los hologramas, fue la imagen viva de la cooperación, vigilando amablemente cada paso, siempre dispuesta a ordenar a sus criados robots que ayudaran.

—Por favor, Courtney —solía decirles—, ¿quieres ser tan amable y preparar la escalera?

Era su modo de comportarse. Siempre se dirigía a sus robots con la mayor cortesía.

Una vez, hacía años, casi le llamó al orden un funcionario del Departamento de Robots y Hombres Mecánicos.

—No puede hacerlo así —le dijo severamente—, interfiere su eficacia. Están construidos para obedecer órdenes, y cuanto más claramente dé esas órdenes, con mayor eficiencia las obedecerán. Cuando se dirige a ellos con elaborada cortesía, es difícil que comprendan que se les está dando una orden. Reaccionan más despacio.

Mrs. Lardner alzó su aristocrática cabeza.

—No les pido rapidez y eficiencia —dijo—, sino buena voluntad. Mis robots me aman.

El funcionario del Gobierno pudo haberle explicado que los robots no pueden amar, sin embargo se quedó mudo bajo su mirada dulce pero dolida.

Era notorio que Mrs. Lardner jamás devolvió un robot a la fábrica para reajustarlo. Sus cerebros positrónicos son tremendamente complejos y una de cada diez veces el ajuste no es perfecto al abandonar la fábrica. A veces, el error no se descubre hasta mucho tiempo después, pero cuando ocurre, «U.S. Robots y Hombres Mecánicos, Inc.», realiza gratis el ajuste.

Mrs. Lardner movió la cabeza y explicó:

—Una vez que un robot entra en mi casa y cumple con sus obligaciones, hay que tolerarle cualquier excentricidad menor. No quiero que se les manipule.

Lo peor era tratar de explicarle que un robot no era más que una máquina. Se revolvía envarada:

—Nada que sea tan inteligente como un robot, puede ser considerado *como* una máquina. Les trato como a personas.

Y ahí quedó la cosa.

Mantuvo incluso a Max, que era prácticamente un inútil. A duras penas entendía lo que se esperaba de él. Pero Mrs. Lardner lo solía negar insistentemente y aseguraba con firmeza:

—Nada de eso. Puede recoger los abrigos y sombreros y guardarlos realmente bien. Puede sostener objetos para mí. Puede hacer mil cosas.

—Pero, ¿por qué no le manda reajustar? —preguntó una vez un amigo.

—No podría. Él es así. Le quiero mucho, ¿sabes? Después de todo, un cerebro positrónico es tan complejo que nunca se puede saber por dónde falla. Si le devolviéramos una perfecta normalidad, ya no habría forma de devolverle la simpatía que tiene ahora. Me niego a perderla.

—Pero, si está mal ajustado —insistió el amigo, mirando nerviosamente a Max— ¿no puede resultar peligroso?

—Jamás —y Mrs. Lardner se echó a reír—. Hace años que le tengo. Es completamente inofensivo y encantador.

La verdad es que tenía el mismo aspecto que los demás, era suave, metálico, vagamente humano, pero inexpresivo.

Pero para la dulce Mrs. Lardner todos eran individuales, todos afectuosos, todos dignos de cariño. Ése era el tipo de mujer que era.

¿Cómo pudo asesinar?

La última persona que hubiera creído que iba a ser asesinada, era el propio John Semper Travis. Introvertido y afectuoso, estaba en el mundo, pero no pertenecía a él. Tenía aquel peculiar don matemático que hacía posible que su mente tejiera la complicada tapicería de la infinita variedad de sendas cerebrales positrónicas de la

mente de un robot.

Era ingeniero jefe de «U.S. Robots y Hombres Mecánicos, Inc.», un admirador entusiasta de la escultura de luz. Había escrito un libro sobre el tema, tratando de demostrar que el tipo de matemáticas empleadas en tejer las sendas cerebrales positrónicas podían modificarse para servir como guía en la producción de esculturas de luz.

Sus intentos para poner la teoría en práctica habían sido un doloroso fracaso. Las esculturas que logró producir siguiendo sus principios matemáticos, fueron pesadas, mecánicas y nada interesantes.

Era el único motivo para sentirse desgraciado en su vida tranquila, introvertida y segura, pero para él era un motivo más que suficiente para sufrir. *Sabía* que sus teorías eran ciertas, pero no podía ponerlas en práctica. Si no era capaz de producir una gran pieza de escultura de luz…

Naturalmente, estaba enterado de las esculturas de luz de Mrs. Lardner. Se la tenía universalmente por un genio. Travis sabía que no podía comprender ni el más simple aspecto de la matemática robótica. Había estado en correspondencia con ella, pero se negaba insistentemente a explicarle su método y él llegó a preguntarse si tendría alguno. ¿No sería simple intuición? Pero incluso la intuición puede reducirse a matemáticas. Finalmente consiguió recibir una invitación a una de sus fiestas. Sencillamente, tenía que verla.

Mr. Travis llegó bastante tarde. Había hecho un último intento por conseguir una escultura de luz y había fracasado lamentablemente.

Saludó a Mrs. Lardner con una especie de respeto desconcertado y dijo:

—Muy peculiar el robot que recogió mi abrigo y mi sombrero.

—Es Max —respondió Mrs. Lardner.

—Está totalmente desajustado y es un modelo muy antiguo. ¿Por qué no lo ha devuelto a la fábrica?

—Oh, no. Sería mucha molestia.

—En absoluto, Mrs. Lardner. Le sorprendería lo fácil que ha sido. Como trabajo en «U.S. Robots», me he tomado la libertad de ajustárselo yo mismo. No tardé nada y encontrará que ahora funciona perfectamente.

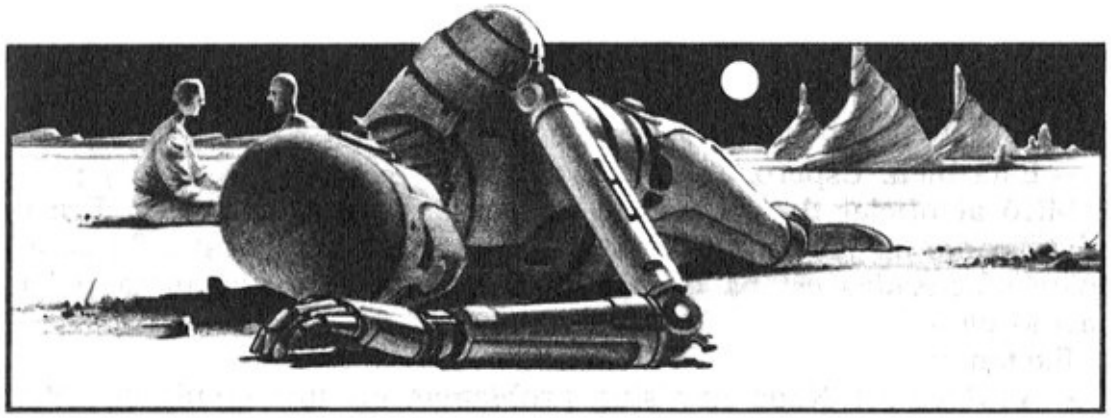
Un extraño cambio se reflejó en el rostro de Mrs. Lardner. Por primera vez en su vida plácida la furia encontró un lugar en su rostro, era como si sus facciones no supieran cómo disponerse.

—¿Le ha ajustado? —gritó—. Pero si era *él* el que creaba mis esculturas de luz. Era su desajuste, su *desajuste* que nunca podrá devolverle el que…, que…

El rostro de Travis también estaba desencajad; murmuró:

—Quiere decir que si hubiera estudiado sus sendas cerebrales positrónicas con su desajuste único, hubiera podido aprender…

Se echó sobre él, con la daga levantada, demasiado de prisa para que nadie pudiera detenerla, y él ni siquiera trató de esquivarla. Alguien comentó que no la había esquivado… Como si *quisiera* morir…



LA SENSACIÓN DE PODER

Jehan Shuman estaba acostumbrado a tratar con las autoridades de la Tierra, inmersa en continuas guerras. Era solamente un civil, pero creaba programas que en la dirección de computadoras de guerra los consideraban del tipo más perfeccionado. En consecuencia, los generales le escuchaban. Y los presidentes de comités del Congreso también.

En el salón especial del nuevo Pentágono estaban reunidos miembros de todos estos estamentos. El general Weider estaba quemado por el espacio y tenía una boquita fruncida como un cero. El congresista Brandt tenía las mejillas lisas y los ojos claros. Fumaba tabaco denebiano con la expresión de quien sabe que su patriotismo es tan notorio que se le permiten tales libertades. Shuman, alto, distinguido, programador de primera clase, les miraba sin miedo. Les anunció:

—Caballeros, éste es Myron Aub.

—El que posee el curioso don que usted descubrió por pura casualidad —comentó el congresista Brandt, plácidamente— e inspeccionó con amable curiosidad al hombrecito de cabeza calva como un huevo.

El hombrecito, en respuesta, se retorció los dedos con muestras de impaciencia. Jamás se había encontrado ante gente de tanta categoría. Él era solamente un técnico de poca monta, no era joven ni viejo, había fracasado en todas las pruebas establecidas para descubrir a los mejor dotados de la humanidad y se había colocado en una rutina de trabajo no especializado. Sólo que el gran programador había descubierto ese pasatiempo suyo y ahora estaba dándole una tremenda importancia.

—Encuentro extremadamente infantil esta atmósfera de misterio —observó el general Weider.

—No lo creerá así dentro de un momento —dijo Shuman—. Es algo de lo que no debemos dejar que se entere cualquiera, Aub —había un deje imperioso en su modo de pronunciar aquel nombre monosilábico, pero había que tener en cuenta que él era el gran programador dirigiéndose a un simple técnico—. ¡Aub!, ¿cuánto da nueve por

siete?

Aub dudó un instante. Sus pálidos ojos brillaron con débil ansiedad y contestó:

—Sesenta y tres.

El congresista Brandt enarco las cejas y preguntó:

—¿Está bien?

—Compruébelo usted mismo, congresista.

El congresista sacó su computadora del bolsillo, acarició por dos veces sus bordes, la miró sobre la palma de la mano, y volvió a guardarla, diciendo:

—¿Es éste el regalo que nos ha traído para mostrárnoslo, un ilusionista?

—Mucho más que eso, señor. Aub ha memorizado algunas operaciones y con ellas computa sobre papel.

—¿Una computadora de papel? —preguntó el general. Parecía dolido.

—No, señor —contestó pacientemente Shuman—. Una computadora de papel, no. Simplemente una hoja de papel. General, ¿quiere usted ser tan amable de sugerir un número?

—Diecisiete —dijo el general.

—¿Y usted, congresista?

—Veintitrés.

—¡Bien! Aub, multiplique esos números y, por favor, muestre a los caballeros su modo de hacerlo.

—Sí, Programador —asintió Aub bajando la cabeza.

Sacó un pequeño bloc de un bolsillo de la camisa y una fina estilográfica del otro. Arrugó la frente mientras trazaba complicadas marcas en el papel y el general Weider le interrumpió autoritariamente:

—Veamos esto.

Aub le pasó el papel y Weider dijo:

—Bueno, parece la cifra diecisiete.

El congresista Brandt asintió y añadió:

—Así parece, pero supongo que cualquiera puede copiar las cifras de una computadora. Creo que yo mismo podría trazar un diecisiete aceptable, incluso sin práctica.

—Les ruego que dejen continuar a Aub —les advirtió Shuman sin acalorarse.

Aub continuó aunque le temblaban algo las manos. Finalmente anunció en voz baja:

—La respuesta es trescientos noventa y uno.

El congresista Brandt volvió a sacar su computadora y tecleó:

—Por Júpiter, que así es. ¿Cómo lo ha adivinado?

—No lo ha adivinado, congresista. Computó el resultado. Lo hizo en esta hoja de papel.

—Bobadas —soltó, impaciente, el general—. Una computadora es una cosa y las marcas sobre el papel, otra.

—Explíquelo, Aub —ordenó Shuman.

—Sí, programador. Bien, caballeros, escribo diecisiete y debajo pongo veintitrés. A continuación me digo: tres veces siete…

El congresista interrumpió suavemente:

—Bien, Aub, pero el problema es diecisiete veces veintitrés.

—Ya lo sé —respondió el pequeño técnico encarecidamente—, pero yo *empiezo* diciendo tres veces siete, porque así es como se hace. Ahora bien, tres veces siete son veintiuno.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó el congresista.

—Lo recuerdo. Siempre da veintiuno en la computadora. Lo he comprobado infinidad de veces.

—Pero eso no quiere decir que siempre vaya a serlo, ¿verdad? —insistió el congresista.

—Puede que no —balbuceó Aub—. No soy un matemático. Pero siempre consigo las respuestas exactas.

—Siga.

—Tres veces siete es veintiuno, así que escribo veintiuno. Luego tres veces uno es tres, así que pongo un tres debajo del dos del veintiuno.

—¿Por qué debajo del dos? —preguntó inmediatamente Brandt.

—Porque… —Aub miró desesperado a su superior en busca de ayuda—. Es difícil de explicar.

Shuman aclaró:

—Si de momento aceptan su trabajo, dejaremos los detalles para el matemático.

Brandt cedió.

—Tres más dos suman cinco, así que el veintiuno se transforma en cincuenta y uno. Ahora dejemos esto de momento y empecemos de nuevo. Multiplique dos y siete y le da catorce, y dos y uno y le da dos. Puestos así da treinta y cuatro. Bien, ahora ponga el treinta y cuatro debajo del cincuenta y uno y súmelos, y obtiene trescientos noventa y uno y ésta es la respuesta.

Hubo un momento de silencio que quedó roto por las palabras del general:

—No lo creo. Hace toda esta pamema, inventa números, los multiplica y los suma a su aire, pero no me lo creo. Es demasiado complicado para no ser otra cosa que charlatanería.

—¡Oh, no, señor! —protestó Aub, sofocado—. Solamente *parece* complicado porque no están acostumbrados. En realidad, las reglas son muy sencillas y sirven para cualquier número.

—Con que cualquier número, ¿eh? —saltó el general—. Venga, pues.

Sacó su propia computadora (un modelo severamente militar) y tecleó al azar.

—Ponga en el papel cinco, siete, tres, ocho. Será, cinco mil setecientos treinta y ocho.

—Sí, señor —dijo Aub, sacando una nueva hoja de papel.

—Ahora —y tecleó más en su computadora—, siete, dos, tres, nueve. Siete mil doscientos treinta y nueve.

—Sí, señor.

—Ahora multiplique los dos.

—Tardaré algo —tartamudeó Aub.

—Tómese el tiempo que quiera —repuso el general.

—Adelante, Aub —le animó Shuman.

Aub se puso a trabajar. Cogió otra hoja de papel, y otra. El general sacó su reloj, y lo miró.

—¿Ha terminado con su magia, técnico? —preguntó.

—Casi, señor. Aquí lo tiene; cuarenta y un millones quinientos treinta y siete mil trescientos ochenta y dos —y mostró su resultado.

El general Weider sonrió con amargura. Marcó el contacto de multiplicación en su computadora y dejó que los números se mezclaran hasta detenerse. Entonces miró y chilló, sorprendido:

—¡Santa Galaxia! El tío tiene razón.

El presidente de la Federación Terrestre tenía aspecto demacrado en su despacho. En privado se permitía una expresión melancólica que modificaba sus delicados rasgos. La guerra denebiana, después de haber empezado como un vasto movimiento de gran popularidad, había ido degenerando en un asunto sórdido de maniobras y contramaniobras, mientras el descontento crecía progresivamente en la Tierra. Era posible que también creciera en Deneb.

Y ahora el congresista Brandt, a la cabeza de un importante Comité de Apropiaciones Militares, pasaba alegre y suavemente su media hora de cita soltando necedades.

—Computar sin computadora —declaró impaciente el presidente— es en sí una contradicción.

—Computar —explicó el congresista— es solamente un sistema de manejar datos. Una máquina puede hacerlo, podría hacerlo el cerebro humano. Deje que le ponga un ejemplo —y sirviéndose de las nuevas habilidades aprendidas obtuvo sumas y productos hasta que el presidente, muy a pesar suyo, se interesó.

—¿Y siempre funciona?

—Siempre, señor presidente. Es infalible.

—¿Es difícil de aprender?

—Tardé una semana en conseguir hacerlo. Creo que usted lo haría mejor.

—Bien —dijo el presidente, pensativo—. Es un interesante juego de salón, pero, ¿para qué sirve?

—¿Para qué sirve un recién nacido, señor presidente? De momento no sirve para nada, pero fíjese que ese es el camino hacia la liberación de las máquinas. Piense,

señor presidente —el congresista se puso en pie y su voz profunda adquirió la resonancia y cadencia que empleaba en los debates públicos—, que la guerra denebiana es una guerra de computadora contra computadora. Sus computadoras forjan un escudo impenetrable de misiles contra nuestros misiles, y las nuestras hacen lo mismo en contra de ellos. Si mejoramos la eficacia de nuestras computadoras, ellos hacen lo mismo y llevamos cinco años de un equilibrio precario y sin provecho.

»Ahora tenemos en nuestras manos un método para ir más allá de la computadora, saltándonosla, atravesándola. Combinaremos la mecánica de la computación con el pensamiento humano; dispondremos del equivalente a computadoras inteligentes, miles de millones de ellas. No puedo predecir detalladamente cuales serán las consecuencias, pero serán incalculables. Y si Deneb consigue igualarnos, serán catastróficamente inimaginables.

El presidente, impresionado, preguntó:

—¿Y qué quiere que yo haga?

—Poner toda la fuerza de la administración detrás del establecimiento de un proyecto secreto de computación humana. Le llamaremos Proyecto Cifra, si le parece. Yo respondo de mi comité, pero necesitaré el apoyo de la administración.

—Pero, ¿hasta dónde puede llegar la computación humana?

—No tiene límites. Según el programador Shuman, que fue el primero en darnos a conocer el descubrimiento…

—He oído hablar de Shuman, naturalmente.

—Bien, pues el doctor Shuman dice que, en teoría, no hay nada que haga una computadora que no pueda hacer la mente humana. La computadora se limitaba a tomar un número finito de datos y con ellos realiza un número finito de operaciones. La mente humana puede duplicar el proceso.

El presidente digirió lo dicho y preguntó:

—Si Shuman lo dice, estoy inclinado a creerlo, en teoría. Pero en la práctica, ¿cómo puede alguien saber cómo funciona una computadora?

Brandt se echó a reír, con aire de superioridad:

—Señor presidente, yo hice la misma pregunta. Parece ser que, en otro tiempo, las computadoras fueron diseñadas directamente por los seres humanos. Aquéllas eran computadoras simples, porque todo eso ocurrió antes del tiempo en que se estableció el uso racional de computadoras que diseñaban otras computadoras más avanzadas.

—Bien, bien, siga.

—Al parecer, el técnico Aub tenía como pasatiempo la reconstrucción de algunos de esos aparatos y, al hacerlo, estudió los detalles de su funcionamiento y descubrió que podía imitarles. La multiplicación que acabo de realizar para usted es una imitación de lo que hace una computadora.

—¡Asombroso!

El congresista tosió discretamente y prosiguió:

—Y, si me permite, hay más, señor presidente… Cuanto más podamos desarrollar esto, más podemos apartar nuestro esfuerzo federal de la producción de computadoras y mantenimiento de las mismas. Al entrar en funciones el cerebro humano, más cantidad de nuestra energía puede dedicarse a proyectos de tiempo de paz y el peso de la guerra sobre el hombre corriente será menor. Y, naturalmente, será mucho más ventajoso para el que esté en el poder.

—¡Ah! —exclamó el presidente—. Comprendo su punto de vista. Bien, siéntese, congresista, siéntese. Quiero algo de tiempo para pensarlo. Pero, entretanto, vuelva a enseñarme el truco de la multiplicación. Veamos si yo encuentro el truco también.

El programador Shuman no trató de apresurar las cosas. Loesser era conservador, muy conservador, y le gustaba tratar con computadoras, como habían ya hecho su padre y su abuelo. Pero, controlaba la «West European Computer Combine», y si se le podía persuadir que se uniera al Proyecto Cifra con entusiasmo, se habría logrado mucho.

Pero Loesser se resistía. Objetó:

—No estoy seguro de que me guste la idea de relajar nuestro dominio sobre las computadoras. La mente humana es caprichosa. La computadora nos dará siempre la misma respuesta a un mismo problema. ¿Qué garantías tenemos de que la mente humana haga lo mismo?

—La mente humana, computador Loesser, sólo maneja datos. No importa que lo haga la mente humana o la computadora; no son más que instrumentos.

—Sí, sí. He repasado su ingeniosa demostración de que la mente humana puede duplicar la computadora, pero me parece que está un poco en el aire. Acepto la teoría, pero ¿qué razones tenemos para pensar que la teoría puede convertirse en práctica?

—Creo que tenemos razones, señor. Después de todo, las computadoras no han existido siempre. Los cavernícolas con sus trirremes, sus hachas de piedra y ferrocarriles, no tenían computadoras.

—Y posiblemente no computaban.

—Sabe de sobra que sí. La construcción incluso de una vía férrea o de un zigurat requería algo de computación. Debió hacerse sin computadoras tal como las conocemos.

—¿Sugiere acaso que computaban tal como usted demuestra?

—Probablemente, no. Después de todo, este método… a propósito, le llamamos «grafítico» de la antigua palabra europea «grapho», que quiere decir «escribir»… Se deriva de las propias computadoras, así que no puede haberlas anticipado. De todos modos, los cavernícolas debieron de tener *algún* método, ¿no cree?

—¡Artes perdidas! Si nos ponemos a hablar de las artes perdidas…

—No, no. No soy un entusiasta de las artes perdidas, aunque no digo que no las haya. Después de todo, el hombre comía grano antes de los cultivos hidropónicos, y

si los primitivos comían grano, debieron haberlo cultivado en tierra. ¿Qué podían haber hecho si no?

—No lo sé, pero creeré en el cultivo en tierra cuando vea a alguien sembrando en tierra. Y creeré en el fuego frotando dos trozos de madera, cuando lo vea.

Shuman lo aplacó:

—Bueno, atengámonos a los «grafíticos». Forman parte de la eterealización. El transporte mediante trastos enormes está dando lugar a una transferencia masiva directa. Los aparatos de comunicación se hacen constantemente menos macizos y más eficientes. Como ejemplo compare su computadora de bolsillo con las enormes de hace mil años. ¿Por qué no dar el último paso para deshacerse por completo de las computadoras? Venga, señor, el Proyecto Cifra es algo que funciona; el progreso ha empezado. Pero queremos su ayuda. Si el patriotismo no le mueve, piense en la aventura intelectual que conlleva.

Loesser murmuró, escéptico.

—¿Qué progreso? ¿Qué puede hacer más allá de la multiplicación? ¿Puede integrar una función trascendental?

—Con el tiempo, señor. Con el tiempo. En el último mes he aprendido a dividir. Puedo determinar correctamente cocientes enteros y cocientes decimales.

—¿Cocientes decimales? ¿De cuántas cifras?

El programador Shuman se esforzó por mantener su tono indiferente.

—De cuantas quiera.

Loesser dejó caer la mandíbula:

—¿Sin computadora?

—Póngame un problema.

—Divida veintisiete por trece. Hágalo en seis movimientos.

Cinco minutos después, Shuman dijo:

—Dos, coma, siete, seis, nueve, dos, tres.

Loesser lo comprobó.

—Vaya, es asombroso. La multiplicación no me impresionó demasiado porque entraban enteros y creí que, después de todo, podía hacerse con truco. Pero los decimales son otra cosa…

—Y eso no es todo. Hay una nueva operación que hasta ahora, es de máximo secreto y que no debería mencionar. Pero… creo que hemos conseguido llegar a la raíz cuadrada.

—¿Raíces cuadradas?

—Hay ciertas dificultades que aún no hemos superado, pero el técnico Aub, el hombre que inventó está ciencia y que posee una asombrosa intuición en relación con ella, asegura que tiene el problema casi resuelto. Y no es más que un técnico. Para un hombre como usted, un matemático inteligente y entrenado, no debería haber dificultades.

—¡Raíces cuadradas! —murmuró Loesser, atraído.

—Y raíces cúbicas también. ¿Se une a nosotros?

—Cuéntenme con ustedes.

Y Loesser le tendió la mano.

El general Weider recorrió de punta a cabo la habitación y se dirigió a sus oyentes como hace el maestro a un grupo de estudiantes recalcitrantes. Para el general no tenía la menor importancia que fueran científicos civiles de la dirección del Proyecto Cifra. El general estaba por encima de todos, y así se consideraba en todo momento. Les dijo:

—Ahora las raíces cuadradas son perfectas. Yo no sé hacerlas y tampoco comprendo el método, pero son perfectas. De todos modos, el proyecto no se desviará de lo que ustedes llaman lo fundamental. Pueden jugar con los «grafíticos» como prefieran una vez termine la guerra, pero en este momento tenemos otros problemas específicos prácticos que resolver.

En un rincón, el técnico Aub escuchaba con dolorida atención. Ya había dejado de ser un técnico, había sido relevado de sus obligaciones y le habían asignado al proyecto, con un título sonoro y un buen sueldo. Pero, claro, la distinción social perduraba y los jefes científicos altamente situados jamás se rebajaban a admitirle en sus filas, ni le trataban de igual a igual. Y para ser justos, tampoco a Aub le importaba demasiado. Se encontraba tan incómodo con ellos como ellos con él.

El general decía:

—Nuestra meta es sencilla, caballeros, se trata de remplazar la computadora. Una nave capaz de navegar por el espacio sin computadora a bordo puede construirse en una quinta parte de tiempo y a una décima parte del gasto de una nave cargada de computadoras. Podríamos construir flotas cinco veces, diez veces tan grandes como Deneb, si pudiéramos eliminar la computadora.

»Y puedo ver algo, además de todo esto. Puede parecernos fantástico ahora, un puro sueño, pero veo, en un futuro, un misil tripulado.

De la concurrencia se alzó un murmullo instantáneo. El general siguió hablando:

—En este momento, nuestra dificultad más importante es que los misiles tienen inteligencia limitada. La computadora que los controla no puede ser mayor y por esta razón no pueden enfrentarse a la naturaleza cambiante de las defensas antimisiles satisfactoriamente. Hay muy pocos misiles que alcancen su meta y la guerra de misiles está en un callejón sin salida, tanto para el enemigo como para nosotros.

»En cambio, un misil con un hombre o dos dentro, controlando su vuelo grafíticamente, resultaría más ligero, más móvil, más inteligente. Nos daría una dirección que bien podría ser el margen de la victoria. Pero además, caballeros, las exigencias de la guerra nos obligan a tener en cuenta otra cosa. Un hombre es mucho más dispensable que una computadora. Los misiles tripulados podrían lanzarse en cantidad y en circunstancias que ningún buen general querría poner en marcha por lo

que se refiere a misiles dirigidos por computadora…

Y dijo mucho más, pero el técnico Aub no esperó.

El técnico Aub, en la soledad de su alojamiento, se esforzó un buen rato en redactar la nota que dejaría tras él. Decía así:

«Cuando empecé a estudiar lo que ahora se llama “grafíticos”, no era más que un pasatiempo. No alcanzaba a ver más en ello que una distracción interesante y un ejercicio mental.

»Cuando empezó el Proyecto Cifra, pensé que otros eran más listos que yo, que los “grafíticos” podían ser de uso práctico como beneficio a la humanidad, quizá para ayudar a la producción de dispositivos prácticos de transferencia de masa. Pero ahora veo que va a utilizarse únicamente para matar y destruir.

»No puedo hacer frente a la responsabilidad derivada de mi invención de “grafíticos”.»

Después, deliberadamente, dirigió sobre sí el foco de un despolarizador de proteínas y cayó muerto instantáneamente y sin dolor.

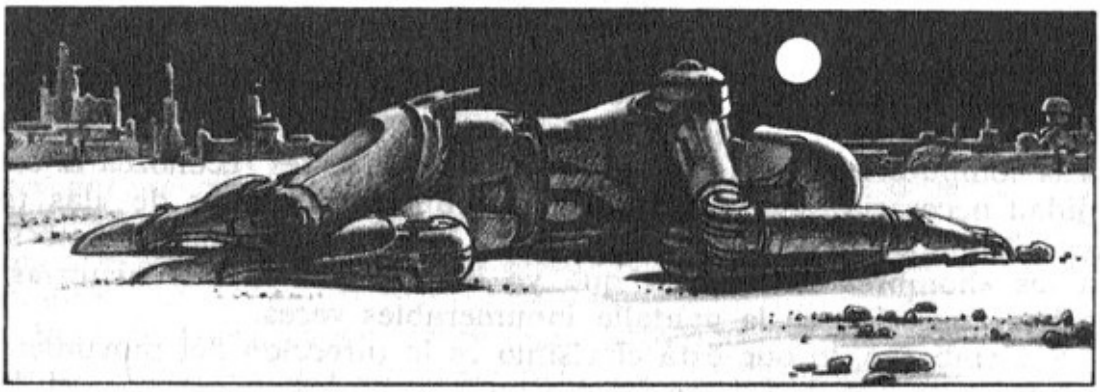
Estaban firmes alrededor de la tumba del pequeño técnico, mientras se rendía tributo a la grandeza de su descubrimiento.

El programador Shuman inclinó la cabeza junto con todos los demás, pero permaneció insensible. El técnico había cumplido su cometido y, después de todo, ya no se le necesitaba. Cierto que él había empezado con los «grafíticos», pero ahora que ya estaban en marcha, seguiría adelante solo, hasta que los misiles tripulados fueran posibles y quien sabe cuántas más cosas.

«Nueve veces siete —pensó Shuman profundamente satisfecho—, son sesenta y tres, y ya no necesito una computadora para decírmelo. La computadora está en mi propia cabeza.»

Y era asombrosa la sensación de poder que eso le daba.


9×7=63
MYRON AUB
5057-5119



ESCRIBA MI NOMBRE CON UNA S.

Marshall Zebatinsky se sentía idiotizado. Le parecía como si hubiera ojos observándole a través del sucio cristal de la tienda y a través del tabique de madera deslucida. No confiaba en la ropa vieja que había desenterrado, ni en el ala bajada de un sombrero que nunca se ponía, ni en las gafas que había dejado en su funda.

Se sentía idiotizado y hacía que las arrugas de su frente fueran más profundas; su rostro, ni joven ni viejo, un poco más pálido.

Jamás sería capaz de explicar a nadie por qué un físico nuclear como él podía ir a visitar a un futurólogo. («Jamás, pensó, jamás.») Ni siquiera podía explicárselo a sí mismo, sino que había dejado que su mujer le convenciera.

El futurólogo estaba sentado tras un viejo escritorio, comprado seguramente de segunda mano. Ningún escritorio particular podía ser tan viejo. Lo mismo podía decirse de sus ropas. Era bajito y moreno y miraba a Zebatinsky con unos ojillos oscuros y brillantes. Le dijo:

—Nunca he tenido un físico nuclear como cliente, doctor Zebatinsky.

Zebatinsky se ruborizó al instante.

—Comprenda, esto es confidencial.

El futurólogo sonrió hasta que las arrugas se fruncieron alrededor de su boca y la piel de la barbilla se le puso tirante.

—Todas mis consultas son confidenciales.

—Debo decirle una cosa —advirtió Zebatinsky—. No creo en la futurología, y no espero empezar a creer ahora. Si esto va a causar alguna diferencia, dígalo ya.

—Entonces, ¿por qué se encuentra aquí?

—Mi esposa cree que usted tiene un don, el que sea. Prometí venir y aquí estoy.

Se encogió de hombros y se hizo más intensa la sensación de desatino.

—¿Y qué es lo que usted busca? ¿Dinero? ¿Seguridad? ¿Longevidad? ¿Qué?

Zebatinsky permaneció sentado y quieto un buen rato, mientras el futurólogo observaba a su cliente tranquilamente, sin moverse ni apremiarle. Zebatinsky iba

pensando: ¿Qué le digo yo? ¿Qué tengo treinta y cuatro años y no tengo futuro? Al fin se decidió:

—Quiero éxito. Quiero que se me tenga en cuenta.

—¿Un mejor empleo?

—Un empleo *diferente*. Un *tipo* de trabajo distinto. Actualmente formo parte de un equipo, soy un subordinado. ¡Equipos! Es lo único en que consiste la investigación gubernamental. Soy como un violinista perdido en una orquesta sinfónica.

—Y usted quiere ser solista.

—Quiero salir de un equipo y ser… sólo yo.

Zebatinsky se sentía arrastrado, ligero, despejado, poniendo en palabras sus anhelos y diciéndolo a alguien más que no fuera su mujer. Añadió:

—Veinticinco años atrás, con mi práctica y mi capacidad, hubiera podido trabajar en las más importantes plantas de energía nuclear. Hoy estaría dirigiendo una o sería jefe de un grupo de investigación pura en alguna Universidad. Pero, con lo que he hecho hasta ahora, ¿dónde estaré dentro de veinticinco años? En ninguna parte. Sigo aun en el equipo. Sigo aún con mi dos por ciento del resultado. Me estoy ahogando entre una multitud anónima de físicos nucleares, y lo que yo quiero es un lugar en tierra firme, no sé si me entiende.

El futurólogo movió la cabeza afirmativamente, despacio:

—¿Se da cuenta, doctor Zebatinsky, de que no le garantizo el éxito?

Zebatinsky, pese a su falta de fe, sintió una punzada de decepción.

—¿Qué no? Entonces, ¿qué diablos *garantiza* usted?

—Una mejora en las probabilidades. Mi trabajo es de naturaleza estadística. Puesto que trata usted con átomos, me figuro que comprenderá las leyes de la estadística.

—¿Las comprende usted? —preguntó el físico con acritud.

—Pues, sí. En realidad soy un matemático y trabajo matemáticamente. No se lo digo para aumentar mis honorarios que son fijos. Cincuenta dólares. Pero como es usted un científico, podrá apreciar mejor que otros clientes la naturaleza de mi trabajo. Para mí incluso es un placer poder explicárselo.

—Preferiría que no lo hiciera —dijo Zebatinsky— si no le importa. Es inútil que me hable de los valores numéricos de las letras, su significado místico y demás. No tengo en cuenta las matemáticas. Vayamos al grano.

—Entonces lo que usted quiere —observó el futurólogo— es que le ayude, siempre y cuando no le moleste, contándole las tontas bases no científicas del modo en que le he ayudado. ¿No es eso?

—En efecto. Así es.

—Pero sigue usted con la idea de que soy un futurólogo, y no lo soy. Me llamo así para que la Policía me deje en paz y… —el hombrecillo se echó a reír— los psiquiatras también. Soy un matemático, de verdad. Construyo computadoras —

explicó el futurólogo—. Estudio los futuros probables.

—¿Cómo?

—¿Le suena esto peor que lo de la futurología? ¿Por qué? Contando con datos suficientes y una computadora capaz de suficientes números de operaciones en una unidad de tiempo, se puede predecir el futuro, por lo menos en términos de probabilidades. Cuando computa los movimientos de un misil a fin de apuntar a un antimisil, ¿no es el futuro lo que predice? El misil y el antimisil no chocarían si el futuro fuera incorrectamente previsto. Yo hago lo mismo. Como trabajo con un mayor número de variables, los resultados son menos precisos.

—¿Quiere decir que predecirá *mi* futuro?

—Con mucha aproximación. Una vez lo haya hecho, modificaré los datos cambiando solamente su nombre, pero nada más. Insertaré los datos modificados en el programa-operación. Después probaré otros nombres modificados. Yo estudio cada futuro modificado y descubro el que contiene mayores ventajas para usted, más que el futuro que se abre ante usted. O dicho de otro modo: Le encontraré un futuro en el que las probabilidades de progreso sean superiores a las derivadas de su actual futuro.

—¿Por qué cambiar mi nombre?

—Es el único cambio que suelo hacer, por variadas razones. Primera, porque es un cambio sencillo. Después de todo, si hago un gran cambio o varios cambios, entrarían tantas nuevas variables que ya no podría interpretar el resultado. Mi máquina es aún primitiva. Segunda razón, es un cambio razonable. No podría cambiar su talla, ¿verdad? o el color de sus ojos o incluso su temperamento. Tercera razón, es un cambio significativo. Los nombres significan mucho para la gente. Por último, es un cambio corriente que mucha gente hace todos los días.

—¿Y si no encuentra un futuro mejor? —preguntó Zebatinsky.

—Éste es el riesgo que debo correr. Pero no estará peor que ahora, amigo mío.

Zebatinsky miró inquieto al hombrecillo:

—No creo nada de esto. Casi creería mejor en la futurología.

El futurólogo suspiró.

—Creía que una persona como usted se sentiría más cómodo con la verdad. *Quiero* ayudarle, y le queda aún mucho que hacer. Si me creyera un futurólogo, no obedecería. Pensé que si le decía la verdad me dejaría ayudarle.

—Si puede ver el futuro… —indicó Zebatinsky.

—¿Por qué no soy el más rico de la Tierra? ¿En eso pensaba? Es que soy rico… en todo lo que quiero. Usted quiere que se le tenga en cuenta y yo quiero que se me deje en paz. Hago mi trabajo. Nadie me molesta. Esto me hace millonario. Necesito algo de dinero, y lo consigo gracias a las personas como usted. Ayudar a la gente es agradable y tal vez un psiquiatra diría que me proporciona una sensación de poder y alimenta mi ego. Ahora bien… ¿quiere o no que le ayude?

—¿Cuánto me ha dicho?

—Cincuenta dólares. Necesitaré mucha información biográfica, pero he

preparado un cuestionario para que le sirva de guía. Me temo que es un poco largo. De todos modos, si me lo puede echar al correo a final de semana, podré darle una respuesta… —sacó el labio inferior y arrugó la frente al tratar de hacer un cálculo mental— para el veinte del mes que viene.

—¿Cinco semanas? ¿Tanto tiempo?

—Tengo otro trabajo, amigo, y otros clientes. Si fuera un charlatán lo haría mucho más de prisa. ¿De acuerdo?

Zebatinsky se levantó.

—Bien, de acuerdo. Pero, todo es confidencial.

—Perfectamente. Recibirá de nuevo toda su información cuando le diga el cambio que tiene que hacer, y le doy mi palabra de que nunca la usaré para ningún fin.

El físico nuclear se detuvo en la puerta.

—¿No teme usted que le diga a alguien que no es futurólogo?

Éste sacudió la cabeza.

—¿Quién iba a creerle, amigo mío? Incluso suponiendo que estuviera dispuesto a decir que había estado aquí.

El día 20, Marshall Zebatinsky estaba ante la puerta desconchada mirando de soslayo a la tienda con la pequeña tarjeta descolorida pegada al cristal que decía «Futurología». Miró con la esperanza de que hubiera alguien dentro y le serviría de excusa para dominar la indecisión que tenía en la mente y volverse a casa.

Varias veces trató de borrar aquello de su mente. Le costó dedicar mucho tiempo el rellenar los datos necesarios. Le avergonzaba trabajar en ello. Se sentía increíblemente idiotizado mencionando los nombres de sus amigos, el coste de su casa, si su mujer había tenido algún aborto y, de ser así, cuándo. Lo dejó.

Pero tampoco podía dejarlo del todo. Todas las noches volvía a rellenarlo.

Fue la idea de la computadora la que lo consiguió, quizá; la idea de la infernal presunción del hombrecillo diciendo que tenía una computadora. Después de todo, se impuso la tentación de demostrar la estafa, de querer ver lo que ocurriría.

Finalmente se decidió a enviar los datos completos por correo ordinario, poniendo sellos por valor de nueve centavos sin preocuparse de pesar la carta. «Si la devuelven —pensó—, lo dejaré correr.»

No la devolvieron.

Fue a mirar a la tienda, estaba vacía. A Zebatinsky no le quedaba más remedio que entrar. Sonó una campanilla.

El viejo futurólogo salió por una puerta cubierta por una cortina.

—¿Sí? Ah, es el doctor Zebatinsky.

Zebatinsky trató de sonreír.

—¿Se acuerda de mí?

—Oh, sí.

—¿Y cuál es el veredicto?

El futurólogo se frotó las manos.

—Antes, señor, hay una pequeña cuestión…

—¿Una pequeña cuestión de dinero?

—Yo he hecho mi trabajo, señor. Me he ganado el dinero.

Zebatinsky no tuvo nada que objetar. Estaba dispuesto a pagar. Si había llegado tan lejos, sería estúpido abandonar sólo por causa del dinero. Contó cinco billetes de diez dólares y los pasó por encima del mostrador.

—¿Y bien?

El futurólogo contó de nuevo los billetes, despacio, luego los metió en un cajón del escritorio y dijo:

—Su caso fue muy interesante. Le aconsejaría que cambiara su nombre por el de Sebatinsky.

—Seba… ¿cómo se escribe eso?

—S-E-B-A-T-I-N-S-K-Y.

Zebatinsky le miró, indignado.

—Quiere decir, ¿cambiar la inicial? ¿Cambiar la Z por una S? ¿Nada más?

—Es suficiente. Con tal de que el cambio sea adecuado, un pequeño cambio es más seguro que uno mayor.

—Pero ¿cómo puede el cambio afectar a lo demás?

—¿Cómo afecta un nombre? —preguntó el futurólogo en voz baja—. No le sabría decir. Lo hace y es lo único que puedo decirle. Recuerde, no le garantizo el resultado. Naturalmente, si no desea cambiar, deje las cosas como están. Pero en este caso, no puedo devolverle el dinero.

—¿Qué he de hacer? —preguntó Zebatinsky—. ¿Decir a todo el mundo que escriba mi nombre con S?

—Si quiere mi consejo, consulte a un abogado. Cambie su nombre legalmente. Puede aconsejarle en los detalles.

—¿Cuánto tiempo me llevará? Quiero decir, para que las cosas empiecen a mejorar para mí.

—¿Cómo puedo saberlo? Quizá nunca. Quizá mañana.

—Pero usted ve el futuro. *Asegura* que lo ve.

—Pero no como en una bola de cristal. No, no, doctor Zebatinsky, lo único que saco de mi computadora es una serie codificada de cifras. Puedo recitarle las probabilidades, pero no veo imágenes.

Zebatinsky se volvió y salió rápidamente de la estancia. ¡Cincuenta dólares por cambiar una letra! ¡Cincuenta dólares para Sebatinsky! ¡Cielos, qué nombre! ¡Peor que Zebatinsky!

Tardó otro mes antes de poder decidirse a ver a un abogado, pero finalmente fue.

Se dijo que siempre podría volver a cambiar el nombre.

«Démosle una oportunidad», se dijo.

Caramba, no había ninguna ley en contra.

Henry Brand miró la carpeta, hoja por hoja, con la práctica que le daban los catorce años en Seguridad. No tenía que leer todas las palabras. La mínima peculiaridad resaltaría del papel y le saltaría a la vista.

—El hombre me parece limpio —dijo.

Henry Brand también parecía limpio, con su barriga redonda y una complexión sonrosada y tersa. Era como si el contacto continuo con todo tipo de fallos humanos, desde la posible ignorancia a la posible traición, le hubieran obligado a lavarse con frecuencia.

El teniente Albert Quincy que le había entregado la carpeta era un joven y responsable oficial de Seguridad de la Delegación de Hanford.

—Pero, ¿por qué Sebatinsky? —preguntó.

—¿Y por qué no?

—Porque no tiene sentido. Zebatinsky es un nombre extranjero y yo también lo cambiaría si hiciera falta, pero lo cambiaría por algo anglosajón. Si Zebatinsky lo hubiera hecho, lo encontraría natural y dejaría de pensar en ello. Pero, ¿por qué cambiar la Z por una S? Pienso que debemos averiguar cuáles fueron sus razones.

—¿Le ha preguntado alguien directamente?

—Claro. Pero en una conversación normal. Tuve buen cuidado de que se hiciera así. Lo único que dice es que estaba harto de ser el último del alfabeto.

—Podría ser, ¿no le parece, teniente?

—Podría ser, pero ¿por qué no cambiar su nombre por Sands o Smith, si le gustan las eses? O si se ha cansado de la Z ¿por qué no empezar por el principio y cambiarla por la A? ¿Por qué no un nombre como… Aarons?

—No es lo bastante anglosajón —murmuró Brand, y añadió—: Pero no hay nada en contra del hombre. Por más raro que nos parezca un cambio de nombre, eso sólo no basta para recriminar a nadie.

El teniente Quincy se mostraba claramente disgustado.

—Dígame, teniente, debe haber algo específico que le molesta. Algo en su mente, alguna teoría, cualquier cosa. ¿De qué se trata?

El teniente frunció el ceño. Sus cejas claras parecieron unirse y apretó los labios.

—Maldita sea, señor. Ese hombre es un ruso.

—En absoluto. Es americano de tercera generación.

—Pues su nombre es ruso.

El rostro de Brand perdió algo de su engañosa placidez.

—No, teniente. Ha vuelto a equivocarse, es polaco.

El teniente levantó, impaciente, las manos:

—Es lo mismo.

Brand, cuyo apellido materno había sido Wiszewski, saltó:

—No se lo diga nunca a un polaco, teniente —luego, más reflexivo añadió—: Ni a un ruso tampoco.

—Lo que estoy tratando de decir, señor —insistió el teniente, ruborizándose—, es que tanto los polacos como los rusos están del otro lado del telón de acero.

—Lo sabemos todos.

—Y Zebatinsky o Sebatinsky, como quiera llamarle, puede tener parientes allí.

—¿De tercera generación? Podría tener primos segundos, me figuro. ¿Y qué?

—Nada. Mucha gente puede tener parientes lejanos por allí. Pero Zebatinsky cambió su nombre.

—Siga.

—Puede que trate de no llamar la atención. Puede que un primo suyo se vuelva demasiado famoso y nuestro Zebatinsky tema que el parentesco pueda entorpecer sus oportunidades de mejorar.

—Pero cambiar de nombre no le servirá de nada. Todavía seguirá siendo primo segundo.

—Sí, pero no será como si nos echara sus parientes a la cara.

—¿Ha oído *usted* hablar de algún Zebatinsky en el otro lado?

—No, señor.

—Entonces no puede ser demasiado famoso. ¿Cómo podría saberlo nuestro Zebatinsky?

—Podría estar en contacto con sus parientes. Esto podría ser sospechoso, dadas las circunstancias, ya que él es un físico nuclear.

Brand, metódicamente, volvió a repasar la carpeta.

—El razonamiento es muy endeble, teniente. Tan endeble que es casi invisible.

—¿Puede usted ofrecer otras explicaciones, señor, de por qué se dispone a cambiar de nombre de esta forma?

—No, no puedo. Se lo confieso.

—Entonces, señor, creo que deberíamos investigar. Deberíamos buscar a todos los hombres del otro lado que se llamen Zebatinsky, y ver si encontramos alguna conexión —la voz del teniente subió de tono al ocurrírsele una nueva idea—. Podría ser que cambiara de nombre para distraer la atención de *ellos*; quiero decir para protegerles.

—Yo diría que está haciendo lo contrario.

—Puede que no se dé cuenta, pero protegerles podría ser su motivo.

Brand suspiró.

—Está bien. Nos dedicaremos al asunto Zebatinsky. Pero si no sale nada,

teniente, lo dejaremos correr. Déjeme la carpeta.

Cuando Brand recibió la información, ya se había olvidado del teniente y de sus teorías. Su primer pensamiento al recibir los datos que incluían una lista de diecisiete biografías de diecisiete ciudadanos rusos y polacos todos ellos llamados Zebatinsky, fue:

—¿Qué diablos es todo esto?

Luego se acordó, maldijo entre dientes y empezó a leer.

Empezaba por el lado americano. Marshall Zebatinsky (huellas dactilares) había nacido en Buffalo, Nueva York (fecha y estadística del hospital). Su padre también había nacido en Buffalo, su madre en Oswego, Nueva York. Sus abuelos paternos habían nacido ambos en Bialystok, Polonia (fecha de entrada en los Estados Unidos, fechas de nacionalización, fotografías).

Los diecisiete ciudadanos rusos y polacos llamados Zebatinsky eran todos ellos descendientes de gente que, cincuenta años antes, habían vivido en Bialystok. Presumiblemente estaban emparentados, pero no se mencionaba explícitamente en ningún caso particular. (Las estadísticas vitales en la Europa Oriental durante los años siguientes a la Primera Guerra Mundial estaban mal mantenidas, o no existían.)

Brand recorrió las biografías individuales de hombres y mujeres Zebatinsky (asombrosa la minuciosidad con que trabajaba el espionaje, probablemente el de los rusos funcionaba igual). Se detuvo en uno y su frente lisa empezó a arrugarse cuando alzó repentinamente las cejas. Lo apartó y siguió leyendo. Finalmente lo volvió a guardar todo excepto aquél.

Mirándolo fijamente, empezó a tamborilear sobre la mesa. Con una cierta desgana, fue a visitar al doctor Paul Kristow, de la Comisión de Energía Atómica.

El doctor Kristow escuchó el relato con expresión impenetrable. De vez en cuando levantaba el dedo menique para golpear su bulbosa nariz y retirar una mota inexistente. Su cabello era gris, escaso y muy corto. Casi podía llamársele calvo. Dijo:

—No, nunca he oído hablar de ningún Zebatinsky ruso. Pero, bueno, tampoco he oído hablar del americano.

—Verá —Brand se rascó una sien y dijo despacio—: No creo que haya nada en todo esto, pero tampoco querría descartarlo demasiado pronto. Tengo a un joven teniente azuzándome, y ya sabe cómo son. No quiero hacer nada que empuje a un comité del Congreso. Además, ocurre que uno de los Zebatinsky rusos, Miljail Andreyevich Zebatinsky, *es* un físico nuclear. ¿Está seguro de que nunca ha oído hablar de él?

—¿Miljail Andreyevich Zebatinsky? No…, no, nunca. Pero tampoco prueba

nada.

—Podríamos decir que es pura coincidencia, pero eso sería algo exagerado. Un Zebatinsky aquí y un Zebatinsky allí, ambos físicos nucleares y el de aquí de pronto cambia su nombre por Sebatinsky y además con mucha impaciencia. No permite errores. Dice, enfáticamente, «Escriba mi nombre con una S». Todo parece encajar para hacer que mi teniente, obseso por los espías, empiece a parecer que tiene razón. Y otra cosa peculiar es que el ruso Zebatinsky desapareció hace un año aproximadamente.

—¡Ejecutado! —dijo el doctor Kristow, tajante.

—Puede que lo fuera. Normalmente podría suponerse así, aunque los rusos no son más tontos que nosotros y no matan a físicos nucleares si pueden evitarlo. El caso es que hay otra razón para que precisamente un físico nuclear desaparezca de pronto. No tengo que decírsela.

—Investigación de choque. Máximo secreto. Me figuro que esto es lo que quiere decir. ¿Lo cree así?

—Si lo sumamos todo y añadimos la intuición de mi teniente, empiezo a preguntármelo.

—Déme esta biografía —el doctor Kristow cogió la hoja de papel y la leyó dos veces. Movió la cabeza. Luego dijo—: Cotejaré esto con *Abstractos Nucleares*.

Los *Abstractos Nucleares* llenaban una pared del despacho del doctor Kristow en pequeñas cajitas ordenadas, cada una llena de su cuadrito de microfilme.

El hombre de la C.E.N. utilizó su proyector para los índices, mientras Brand le contemplaba con toda la paciencia de que disponía. El doctor Kristow murmuró:

—Un Miljail Zebatinsky fue autor o coautor de media docena de artículos en periódicos soviéticos en los últimos seis años. Veremos los extractos y tal vez saquemos algo de ellos. Pero lo dudo.

Un selector sacó los cuadraditos apropiados. El doctor Kristow los puso en orden, los fue pasando por el proyector y poco a poco una curiosa expresión cruzó su rostro.

—Es curioso —dijo.

—¿Qué es curioso? —preguntó Brand.

—Prefiero no decirlo aún —contestó Kristow, reclinándose—. ¿Puede conseguirme una lista de otros físicos nucleares desaparecidos en la Unión Soviética en el último año?

—¿Quiere decir que ve algo?

—Realmente, no. No, si solamente mirara uno cualquiera de estos artículos. Es al verlos todos y sabiendo que este hombre puede estar en un programa de emergencia y, además de esto, habiéndome usted llenado la cabeza de sospechas… —se encogió de hombros—. Nada.

Brand insistió:

—Quisiera que me dijera lo que está pensando. ¿Por qué no sentirnos tontos conjuntamente?

—Si es lo que desea…, es justamente posible que ese hombre pueda haberse dedicado a la reflexión de rayos gamma.

—¿Y qué significa?

—Si pudiera conseguirse un escudo de antirreflexión de rayos gamma podrían construirse refugios individuales para protegernos de la contaminación. El verdadero peligro es la contaminación, ¿sabe? Una bomba de hidrógeno puede destruir una ciudad, pero la contaminación mataría lentamente a la gente en un radio de miles de kilómetros.

—¿Trabajamos nosotros en algo de esto? —preguntó Brand.

—No. Y si ellos lo consiguen y nosotros no, pueden arrasar los Estados Unidos de parte a parte, a costa, digamos, de diez ciudades, después de que hayan completado su programa de refugios.

—Pero será en un futuro lejano. ¿Y cómo hemos llegado a esto? Todo por causa de un hombre que cambia una letra de su nombre.

—Está bien —dijo Brand—, pero ahora no puedo dejar el asunto así. No en *este* punto. Le conseguiré su lista de físicos nucleares desaparecidos, aunque tenga que ir a buscarla al propio Moscú.

Consiguió la lista. Repasaron todos los artículos escritos por cualquiera de ellos. Ordenaron una reunión de la Comisión, después reunieron a los cerebros nucleares de la nación. El doctor Kristow salió de una sesión nocturna en la que incluso había asistido el propio presidente.

Brand le esperó. Ambos parecían agotados y necesitados de dormir. Brand preguntó:

—¿Y bien?

—La mayoría está de acuerdo. Algunos tienen aún sus dudas, pero muchos están de acuerdo.

—Y usted, ¿está seguro?

—Estoy muy lejos de estar seguro, pero deje que se lo diga así: es más fácil creer que los soviéticos trabajan en el escudo de rayos gamma que creer que todos los datos que hemos descubierto no están interrelacionados.

—¿Se ha decidido si vamos también a investigar sobre el escudo?

—Sí —la mano de Kristow acarició su cabello recortado, con un ruido seco y rumoroso—. Vamos a dedicarle todo lo que tenemos. Conociendo los artículos escritos por los hombres que han desaparecido, podemos empezar a pisarles los talones. Incluso podemos adelantarles. Pero, claro, descubrirán que estamos trabajando en ello.

—Que lo descubran —dijo Brand—. Que lo descubran. Les impedirá atacarnos.

No veo ninguna ganancia en perder diez de nuestras ciudades sólo para destruir diez de las suyas…, si ambos estamos protegidos y son demasiado tontos para enterarse.

—Pero no demasiado pronto. No queremos que se enteren *demasiado* pronto. ¿Qué hay del Zebatinsky-Sebatinsky americano?

Brand movió gravemente la cabeza:

—Aún no hay nada que lo relacione con todo esto. Diablos, lo hemos *buscado*, y estoy de acuerdo con usted, claro. Se encuentra ahora en un lugar delicado y no podemos mantenerlo allí, aun cuando está limpio.

—Tampoco se le puede dar la patada o los rusos empezarán a hacer conjeturas.

—¿Se le ocurre algo?

Iban caminando por el largo corredor en dirección a los ascensores en la quietud de las cuatro de la mañana.

—He echado una mirada a su trabajo —respondió Kristow—. Es bueno, mejor que muchos y no se siente feliz en su trabajo. No tiene temperamento para trabajar en equipo.

—¿Entonces?

—Pero es el tipo para un trabajo académico. Si podemos arreglar que una gran Universidad le ofrezca una cátedra de física, creo que la aceptaría encantado. Habría suficientes áreas no delicadas que le mantendrían ocupado; podríamos tenerle controlado; y sería una evolución natural. Los rusos no tendrían que empezar a rascarse la cabeza. ¿Qué le parece?

—Es una buena idea —asintió Brand—. Incluso me parece muy buena. Se lo plantearé al jefe.

Entraron juntos en el ascensor y Brand se permitió divagar un poco. ¡Qué final para lo que había empezado con una letra de un nombre!

Marshall Sebatinsky apenas podía hablar. Dijo a su mujer:

—Te juro que no sé cómo ha ocurrido esto. Nunca se me hubiera ocurrido que me conocieran más que a otros. ¡Santo Dios, Sophie, Profesor Asociado de Física en Princeton! ¡Piensa en lo que es!

—¿Crees que fue por tu conferencia en la reunión de A.P.S.?

—No sé cómo. Era un artículo indiferente después de que todo el mundo en la división hubiera trabajado en él —chasqueó los dedos—. Habrá sido que Princeton investigó sobre mí. Será eso. Ya sabes la cantidad de formularios que llené en los últimos seis meses; esas entrevistas que no quisieron explicar. Sinceramente, estaba empezando a pensar que sospechaban de mí. Fue Princeton la que me investigó. Son muy exigentes.

—Puede que sea por tu nombre —dijo Sophie—. Quiero decir por el cambio.

—Mírame bien ahora. Mi vida profesional será finalmente mía. Lo haré bien. Una vez tenga la oportunidad de trabajar sin… —se volvió a mirar a su mujer—. ¡Mi

nombre! ¿Quieres decir la S?

—No recibiste la oferta hasta después de haber cambiado tu nombre, ¿verdad?

—Hasta poco después. No, esto es sólo coincidencia. Ya te dije antes, Sophie, que era solamente tirar cincuenta dólares para hacerte feliz. Cielos, qué estúpido me he sentido durante todo este tiempo insistiendo en la estúpida S.

Sophie se puso inmediatamente a la defensiva.

—No te obligué a hacerlo, Marshall. Te lo sugerí, pero no te di la lata. No digas que lo hice. Además, salió muy bien. Estoy segura de que se ha hecho por el nombre.

—Esto son supersticiones —sonrió Sebatinsky, con indulgencia.

—No me importa como lo llames, pero no vas a volver a cambiarte el nombre.

—Bueno, no. Supongo que no. Me ha costado mucho lograr que escribieran mi nombre con una S, así que la idea de hacer que la quitaran es más de lo que podría soportar. Quizá debería cambiar mi nombre por Jones, ¿eh? —y se rió casi histéricamente.

—Déjalo así —y Sophie no se rió.

—Está bien, no era más que una broma. Te diré una cosa. Iré a ver al viejo cualquier día y le diré que todo ha salido bien, le daré otros diez dólares. ¿Te parece bien?

Estaba tan exuberante que fue a la semana siguiente. Esta vez no se disfrazó. Llevaba las gafas habituales y su traje normal sin sombrero.

Incluso iba tarareando al acercarse a la tienda y ceder el paso a una mujer de aspecto agrio y cansado que empujaba un cochecito de gemelos.

Puso la mano en la puerta y quiso correr el picaporte de hierro. El picaporte no cedió a la presión. La puerta estaba cerrada con llave.

La tarjeta vieja y polvorienta que decía «Futurólogo» había desaparecido. Otro cartel, amarillento y que el sol empezaba a rizar decía: «Por alquilar.»

Sebatinsky se encogió de hombros. Bueno. Había intentado hacerlo bien.

Haround, desprovisto de su envoltura corporal, retozaba feliz y sus vórtices energéticos brillaban mansamente por encima de hipermillas cúbicas. Decía:

—¿He ganado? ¿No he ganado?

Mestack, algo retirado, con sus vórtices casi como una esfera de luz en el hiperespacio, respondió:

—Aún no lo he calculado.

—Adelante, pues. No cambiará el resultado aunque tarde mucho. Brrr, es un alivio volver a la energía neta. Me llevó un microciclo de tiempo como ente corporal, uno muy usado por cierto, pero valía la pena demostrárselo a *usted*.

Mestack dijo:

—Está bien. Admito que impidió una guerra nuclear en el planeta.

—¿Ha sido o no un efecto de clase A?

—Es un efecto de clase A. Claro que lo es.

—Está bien. Ahora compruebe y vea si no conseguí esa clase A con un estímulo de clase F. Cambie una sola letra de un nombre.

—¿Cómo?

—Bah, no importa. Está todo ahí. Lo he expuesto para usted.

—Lo admito. Un estímulo de clase F —dijo Mestack de mala gana.

—Entonces, he *ganado*. Admítalo.

—Ninguno de nosotros ganará cuando el vigilante eche una mirada a esto.

Haround, que había sido un viejo futurólogo en la Tierra y estaba aún algo desquiciado por el alivio de dejar de serlo, observó:

—Le tenía sin cuidado cuando hizo la apuesta.

—No creí que fuera lo bastante loco para llevarla a cabo.

—¡No gaste energías! Además, ¿por qué preocuparse? El vigilante nunca detectará que ha sido un estímulo de clase F.

—Puede que no. Pero detectará un efecto de clase A. Esos corporales estarán por ahí todavía después de pasados doce microciclos. El vigilante se dará cuenta.

—Lo que ocurre, Mestack, es que no quiere pagar. Está ganando tiempo.

—Pagaré. Pero espere a que el vigilante se entere de que hemos estado trabajando en un problema no planteado y llevado a cabo un cambio no permitido. Claro que si… —hizo una pausa.

—Está bien —dijo Haround—. Volveremos a dejarlo como antes. Nunca lo sabrá.

Hubo un brillo astuto en el resplandor de energía de Mestack:

—Necesitará otro estímulo de clase F si cuenta con que no lo note.

Haround titubeó.

—Puedo hacerlo.

—Lo dudo.

—Podría hacerlo.

—¿Estaría también dispuesto a apostar? —el júbilo invadía las radiaciones de Mestack.

—Claro —contestó Haround, picado—. Volveré a poner esos cuerpos donde estaban antes, y el vigilante no notará la diferencia.

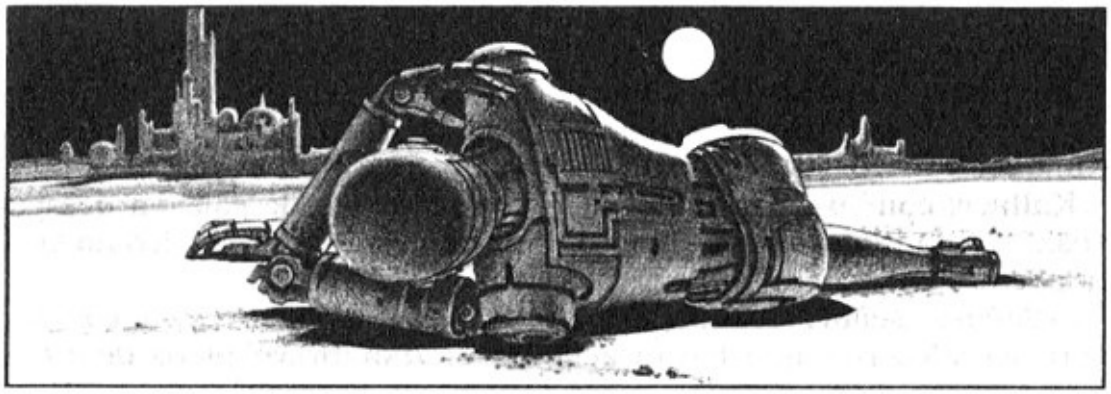
Mestack aprovechó su ventaja.

—Elimine la primera apuesta. Triplique la segunda.

—Bien. De acuerdo. Triplico la apuesta.

—¡Hecho, pues!

—¡Hecho!



EL CHIQUILLO FEO

Edith Fellowes alisó su bata de trabajo como hacía siempre antes de abrir la puerta de complicada cerradura y cruzar la invisible línea divisoria entre el *ser* y *no ser*. Llevaba su bloc de notas y su pluma, aunque nunca apuntaba nada, salvo lo absolutamente necesario para un informe.

Esta vez llevaba una maleta («Juegos para el niño», dijo sonriente al guardia…, que, desde hacía tiempo, no le interrogaba y que le indicó que siguiera adelante).

Y, como siempre, el chiquillo feo sabía que había entrado y corrió hacia ella:

—Miss Fellowes…, Miss Fellowes… —gritaba a su modo, dulce y algo confuso.

—Timmie —le replicó al tiempo que le pasaba la mano por el cabello alborotado de su malformada cabecita—. ¿Qué pasa?

—¿Volverá Jerry a jugar conmigo? Siento lo que pasó.

—No pienses en eso ahora, Timmie. ¿Es por eso por lo que has estado llorando?

Desvió la mirada.

—No sólo por eso, Miss Fellowes. He vuelto a soñar.

—¿El mismo sueño? —preguntó apretando los labios. Claro, el asunto Jerry provocaba otra vez el sueño.

Movió la cabeza. Sus enormes dientes aparecían cuando trataba de sonreír y los labios de su boca saliente se distendieron.

—¿Cuándo seré grande para salir por ahí, Miss Fellowes?

—Pronto —le respondió con dulzura, sintiendo que se le partía el corazón—. Pronto.

Miss Fellowes dejó que le cogiera la mano y disfrutó con el contacto tibio de la piel gruesa y seca de su manita. La llevó a través de las tres estancias que formaban el conjunto de la Sección Una de «Stasis»…, una sección cómoda, sí, pero una cárcel perpetua para el chiquillo feo en los siete (¿eran siete?) años de su vida.

La llevó a la única aventura que daba a un bosque bajo *su* mundo (ahora oscurecido por la noche) donde una valla y unas instrucciones pintadas no permitían a

nadie entrar sin permiso.

Apretó la nariz contra la ventana:

—¿Allí fuera, Miss Fellowes?

—Hay mejores sitios, más bonitos —respondió con tristeza al mirar su pobrecito rostro, recortado de perfil sobre la ventana. La frente plana inclinada hacia atrás, el cabello cayéndole en largos mechones y la parte de atrás del cráneo abultada, hacían que la cabeza pareciera tan pesada que se le caía hacia delante, obligando a todo el cuerpo a doblarse. Los salientes pómulos tensaban la piel sobre sus ojos. Su boca saliente era más prominente que su nariz aplastada y casi no tenía barbilla, sólo una mandíbula curvada hacia delante y atrás. Era bajito para su edad, con unas piernas cortas y combadas.

Era un chiquillo muy, pero que muy feo, y Miss Fellowes le tenía un gran cariño. Su propia cara estaba fuera de su línea de visión así que pudo permitirse el lujo de que le temblaran los labios.

No les dejaría que le mataran. Haría cualquier cosa para evitarlo. Cualquier cosa. Abrió la maleta y empezó a sacar la ropa que contenía.

Edith Fellowes había cruzado el umbral de «Stasis» hacía poco más de tres años. En aquel entonces no tenía la menor idea de lo que significa *Stasis* ni para qué servía el lugar. Nadie lo sabía salvo los que trabajaban allí. Casualmente, fue al día siguiente de su llegada cuando la noticia se divulgó por el mundo entero.

Fue sólo que se había pedido una mujer con experiencia en fisiología, en química clínica y amor por los niños. Edith Fellowes era una enfermera en una sala de maternidad y creía reunir estas condiciones.

Gerald Hoskins, cuya placa en su mesa de despacho incluía un doctorado tras su nombre, se rascó la mejilla y se la quedó mirando fijamente.

Miss Fellowes se irguió maquinalmente y sintió que se le contraía el rostro (con su nariz levemente asimétrica y sus cejas excesivamente pobladas).

«Tampoco él era ninguna belleza —pensó resentida—. Es gordo y calvo y tiene la boca fea.» Pero el sueldo al que había hecho mención estaba muy por encima del que había creído, así que esperó.

—¿Le gustan realmente los niños? —preguntó Hoskins.

—Si no me gustaran, no lo diría.

—¿O sólo le gustan los niños guapos, los niños gorditos con boquitas de rosa y sonoros gorjeos?

Miss Fellowes respondió:

—Los niños son niños, doctor Hoskins, y los que no son guapos son precisamente los que más ayuda necesitan.

—Entonces suponga que la aceptamos…

—¿Quiere decir eso que ya me ofrece el empleo?

El hombre esbozó una sonrisa y por un instante su cara ancha reflejó un encanto inesperado. Le dijo:

—Mis decisiones son rápidas. Hasta aquí la oferta es tentadora, pero también puedo decidirme a rechazarla. ¿Está dispuesta a correr el riesgo?

Miss Fellowes agarró con fuerza su bolso y calculó tan rápidamente como pudo, dejó de hacer cábalas y siguió su impulso:

—Está bien.

—Perfecto. Esta noche formamos el «Stasis» y creo que será mejor que esté aquí para entrar inmediatamente en funciones. Tendrá lugar a las ocho y le agradecería que estuviese aquí a las siete y media.

—Pero qué…

—Bien, bien. Basta por ahora. —Y, obedeciendo a una señal apareció una sonriente secretaria para acompañarla.

Miss Fellowes se quedó mirando la puerta cerrada del doctor Hoskins. ¿Qué era eso de «Stasis»? ¿Qué tenía que ver esta especie de granero…, con sus empleados uniformados; sus corredores provisionales y su aire inconfundible de fábrica con los niños?

Se preguntó si debía volver a la caída de la tarde o alejarse y dar una lección a aquel hombre arrogante. Pero sabía que volvería aunque sólo fuera por pura frustración. Tenía que descubrir que pintaban allí los niños.

Estuvo de vuelta a las siete y media y no tuvo que darse a conocer. Uno tras otro, hombres y mujeres, parecían conocerla y conocer su función. Se sintió como si patinara al ser empujada hacia delante.

El doctor Hoskins estaba allí, pero sólo la miró de refilón y murmuró:

—Miss Fellowes.

Ni siquiera le sugirió que tomara asiento, pero ella encontró un banco junto a la barandilla y se sentó.

Estaban en una especie de balcón, con vistas a un gran foso lleno de instrumentos que parecían paneles de control de una nave espacial o pantallas de una computadora. A un lado había separaciones que formaban cabinas sin techo, como una casa de muñecas gigantescas con habitaciones que se veían desde arriba.

Vio una cocina electrónica y un frigorífico en una de las habitaciones, y en otra una lavadora. Y si, lo que veía sólo podía ser parte de una cama, también vio una cama pequeña en otra de las habitaciones.

Hoskins hablaba con otro hombre. Éstos y ella eran los únicos ocupantes del balcón. Hoskins no se la presentó al otro hombre y Miss Fellowes le observaba disimuladamente. Era delgado y de aspecto agradable para un hombre de mediana edad. Tenía un gracioso bigotito y unos ojos vivaces que parecían estar en todas partes.

—No voy a pretender ni por un momento —decía— comprender todo esto, doctor Hoskins; quiero decir que no puede esperarse que comprenda más que como lego, como lego razonablemente inteligente. Pero, hay una parte que comprendo menos que otra, es este asunto de la selectividad. Se puede llegar sólo hasta cierto punto, esto parece razonable, las cosas se hacen más confusas cuanto más lejos se va, y requieren más energía. Pero, entonces, sólo pueden llegar cerca hasta un punto. Eso es lo que me desconcierta.

—Si me permite una analogía Deveney, puedo hacer que le parezca menos paradójico.

(Miss Fellowes situó al hombre tan pronto oyó su nombre y, a su pesar, se sintió impresionada. Se trataba de Candide Deveney, el periodista científico de las Telenoticias, notoriamente presente en la escena de cualquier noticia científica de importancia. Incluso reconoció su rostro por haberlo visto en la pantalla cuando el aterrizaje en Marte. Así que el doctor Hoskins debía tener aquí entre manos algo muy importante.)

—Desde luego emplee la analogía si cree que puede ser útil —aceptó Deveney.

—De acuerdo. Usted no puede leer un libro de impresión normal si se lo mantienen a dos metros de sus ojos, pero podrá leerlo si lo tiene a treinta centímetros de distancia. Cuanto más cerca, mejor. Pero, si se lo pone a dos centímetros de los ojos, vuelve a estar perdido. Existe también el demasiado cerca, ¿comprende?

—Hmmm —murmuró Deveney.

—Pongamos otro ejemplo. Su hombro derecho está a unos setenta centímetros de la punta de su dedo índice derecho y podrá poner su índice derecho sobre su hombro derecho. Su codo derecho está a la mitad de distancia de la punta de su índice derecho, no obstante, no puede poner su índice derecho sobre su codo derecho, y lógicamente debería ser más fácil, pero no es así. Otra vez está demasiado cerca.

—¿Puedo servirme de estas analogías en mi historia? —preguntó Deveney.

—Naturalmente. Encantado. Llevo esperando mucho tiempo para que alguien como usted escriba la historia. Le proporcionaré todo lo que necesite. Ya es hora de que el mundo mire por encima de nuestro hombro. Verán algo importante.

(Miss Fellowes se encontró, pese a sí misma, admirando su tranquila seguridad. Había fuerza en ella.)

—¿Hasta dónde llegará? —preguntó Deveney.

—Cuarenta mil años.

Miss Fellowes respiró hondamente.

¿Años?

Se mascaba la tensión en el ambiente. El hombre de los controles apenas se movía. Un hombre ante un micrófono hablaba con voz monótona y suave, en frases cortas que no tenían sentido para Miss Fellowes.

Deveney, inclinado sobre la barandilla y con la mirada fija, preguntó:

—¿Veremos algo, doctor Hoskins?

—¿Qué? No, nada hasta que termine el trabajo. Detectamos indirectamente algo sobre el principio del radar, sólo que utilizamos mesones en lugar de radiación. Los mesones son más lentos en las debidas condiciones. Algunos se reflejan y debemos analizar las reflexiones.

—Eso parece difícil.

Hoskins sonrió de nuevo, brevemente, como de costumbre.

—Es el producto final de cincuenta años de investigación; cuarenta años llevaban antes de que yo entrara en el campo. Sí, es difícil.

El hombre del micrófono levantó la mano. Hoskins dijo:

—Durante semanas, hemos tenido que escoger el momento determinado, cancelándolo, volviendo a fijarlo, después de calcular nuestros movimientos temporales; asegurándonos de que podríamos manejar el curso del tiempo con precisión suficiente. Eso debe hacerse ahora.

Le brillaba la frente.

Edith Fellowes se encontró fuera de su asiento y junto a la barandilla, pero no se veía nada.

El hombre del micrófono dijo suavemente:

—Ahora.

Se produjo un instante de silencio suficiente para exhalar el aliento y luego el grito de un niño aterrorizado desde las habitaciones de la casa de muñecas. ¡Terror! ¡Un terror penetrante!

La cabeza de Miss Fellowes se volvió en la dirección del grito. Había un niño mezclado en todo esto. Se había olvidado.

El puño de Hoskins golpeó la barandilla. Con voz tensa, estremecida y triunfal exclamó:

—¡Lo *hicimos*!

Miss Fellowes se vio como empujada por la corta escalera en espiral. Era la palma de la mano de Hoskins apoyada entre sus omoplatos. No le dijo ni una palabra.

Los hombres de los controles se encontraban ahora de pie, sonriendo, fumando, contemplando a los tres que entraban en la planta principal. Les llegaba un zumbido tenue desde la dirección de la casa de muñecas.

Hoskins dijo a Deveney:

—Entrar en Stasis es perfectamente seguro. Lo he hecho miles de veces. Se experimenta una rara sensación momentánea y no significa nada.

Cruzó una puerta abierta, en muda demostración, y Deveney sonriendo, un poco tieso y respirando al parecer profundamente, le siguió. Hoskins llamó:

—¡Miss Fellowes! ¡Por favor! —Y señaló con el índice, impaciente.

Miss Fellowes asintió y entró, también algo envarada. Le parecía como si una pequeña oleada la recorriera por dentro, como un cosquilleo interior.

Pero una vez dentro todo parecía normal. Había en la casa de muñecas un olor a bosque fresco y también a…, a tierra.

No se oía nada, ni una voz. El ruido de unas pisadas secas, el roce como de una mano sobre madera, eso sí. Luego, un gemido entrecortado.

—¿Dónde está? —preguntó Miss Fellowes, angustiada. ¿Es que a aquellos imbéciles no les *importaba*?

El niño estaba en el dormitorio; por lo menos, en la habitación que tenía la cama.

Yacía desnudo, con su pecho flaco y sucio agitándose convulsivamente. Una carretada de tierra y hierbas cubría el suelo a sus morenos pies descalzos. El olor a tierra y también a algo fétido procedía de allí.

Hoskins siguió su mirada horrorizada y dijo disgustado:

—No se puede arrancar a un niño limpiamente fuera del tiempo, Miss Fellowes. Tuvimos que traer también algo de lo que le rodeaba para mayor seguridad. ¿O hubiera preferido que llegara aquí sin una pierna o con sólo media cabeza?

—*¡Por favor!* —exclamó Miss Fellowes, profundamente asqueada—. ¿Es que nos vamos a quedar aquí sin hacer nada? La pobre criatura está asustada. Y está *sucio*.

Tenía toda la razón. Estaba manchado de grasa y suciedad incrustadas, tenía un arañazo en el muslo que parecía reciente, por lo enrojecido.

Al acercársele Hoskins, el chiquillo, que no parecía contar más de tres años, se agachó y retrocedió con pasmosa rapidez. Levantó el labio superior y emitió un sonido parecido al de un gato furioso. Con un gesto rápido, Hoskins le sujetó los brazos y lo levantó del suelo chillando y retorciéndose.

Miss Fellowes dijo:

—Sujételo ahora. Primero necesita un baño caliente; hay que limpiarlo antes que nada. ¿Tiene usted lo necesario? Si no, yo he traído algo pero voy a necesitar ayuda para manejarlo. Después también, por el amor de Dios, haga que recojan toda esta porquería.

Ahora estaba dando órdenes y se sentía perfectamente justificada. Y porque era una enfermera eficiente, más que una espectadora confusa, miró al niño con ojos clínicos… Por un instante fugaz titubeó, estupefacta. Vio más allá de la suciedad y los gritos, más allá de las piernas y los brazos en movimiento, más allá del retorcerse inútilmente. Vio al niño.

Era el chiquillo más feo que jamás había visto. Era espantosamente feo, desde la cabeza deforme a las piernas arqueadas.

Consiguió limpiarlo ayudada por tres hombres y con otros a su alrededor esforzándose por asear la habitación. Trabajaba en silencio con la expresión ofendida, molesta por el continuo debatirse y los chillidos del niño y por la vergonzosa mojadura con agua jabonosa a la que se veía sometida.

El doctor Hoskins había insinuado que el niño no era guapo, pero aquello no estaba muy lejos de ser repulsivamente deforme. Y había tal hedor en el chiquillo que el agua y el jabón sólo lo aliviaban ligeramente.

Tuvo la fuerte tentación de echar al niño, enjabonado como estaba, en brazos de Hoskins y marcharse; pero estaba su orgullo profesional en juego. Después de todo, había aceptado el encargo. Y vería la mirada en sus ojos. Una mirada glacial que significaría: ¿Sólo niños guapos, Miss Fellowes?

Estaba algo alejado de ellos, mirando fríamente; al interceptar ella su mirada, sonrió como si le divirtiera su expresión ultrajada.

Decidió que esperaría un poco más antes de despedirse. Hacerlo ahora sería vergonzoso.

Después, cuando el niño estuvo tolerablemente sonrosado y oliendo a jabón perfumado, se sintió mejor. Sus chillidos eran ahora lloriqueos de agotamiento mientras les observaba asustado, con los ojos aterrorizados y suspicaces, yendo de uno a otro de los presentes. Su limpieza acentuaba su delgada desnudez y temblaba de frío después del baño.

Miss Fellowes ordenó secamente:

—¡Tráiganme un camisón para el niño!

Al instante apareció un camisón. Era como si todo estuviera preparado pero nada dispuesto, a menos que ella lo ordenara; como si deliberadamente se lo dejaran a su cargo sin ayudarla, para probarla.

El periodista Deveney se le acercó para decirle:

—Se lo aguantaré, señorita. Usted sola no podría.

—Gracias —respondió Miss Fellowes. Y fue una verdadera batalla, pero al fin le pusieron el camisón. Cuando el niño hizo el gesto de arrancárselo, le dio un cachete en la mano.

El chiquillo enrojeció, pero no lloró. Se la quedó mirando y los dedos extendidos de una mano se movieron despacio sobre la superficie de franela del camisón, palpando su rareza.

Miss Fellowes pensó desesperadamente: «Y ahora, ¿qué?»

Todo el mundo había dejado de moverse, esperando lo que ella…, o lo que el chiquillo hiciera.

Miss Fellowes preguntó de pronto:

—¿Han pensado en la comida? ¿Leche?

Lo habían pensado. Trajeron una unidad móvil, con su compartimiento de refrigeración con tres cuartos de leche, y la de calentamiento, y además un surtido de reconstituyentes en forma de vitaminas en gotas y jarabe de cobre-cobalto-hierro y otras que no tenía tiempo de estudiar. También había varios botes de alimentos para niños que se autocalentaban.

Para empezar, sólo utilizó la leche. La unidad de radar calentó la leche a la temperatura necesaria en cuestión de segundos y se apagó, vertió un poco de leche en

un plato y como sabía que el niño era salvaje y no sabría manejar la taza, movió la cabeza y dijo al niño:

—Bebe. Bebe. —Miss Fellowes hizo un gesto como si se llevara la leche a la boca. Los ojos del niño la siguieron, pero no hizo el menor movimiento.

De pronto la enfermera recurrió a medidas más directas. Cogió el brazo del niño y le mojo la mano en la leche. Se la pasó por los labios, de modo que le resbaló por las mejillas y por su huidiza barbilla.

Hubo un momento en que el niño lanzó un grito estridente y se pasó la lengua por los labios. Miss Fellowes dio un paso atrás.

El niño se acercó al plato, se inclinó hacia él, miró hacia arriba, miró atrás como si esperara a un enemigo agazapado, volvió a inclinarse y sorbió apresuradamente la leche, como un gato. Hacía un curioso ruido. No utilizó las manos para levantar el plato.

Miss Fellowes no pudo evitar que la repugnancia que sentía se reflejara en su cara.

Tal vez Deveney lo captó, porque dijo:

—¿Lo sabe la enfermera, doctor Hoskins?

—¿Saber qué? —preguntó Miss Fellowes.

Deveney titubeó, pero Hoskins (otra vez aquella expresión divertida en su rostro) dijo:

—Venga, dígaselo.

Deveney se dirigió a Miss Fellowes:

—Puede que no lo sospeche siquiera, señorita, pero es usted la primera mujer civilizada de la Historia que se ocupa de un niño de Neanderthal.

Se volvió a Hoskins furiosa, pero controlándose:

—Podía habérmelo dicho, doctor.

—¿Para qué? ¿Qué diferencia hay?

—Usted dijo un niño.

—¿Y no es un niño? ¿Ha tenido usted alguna vez un cachorro de perro o un gatito, Miss Fellowes? ¿Se parecen más a los humanos? Si se tratara de un bebe chimpancé, ¿sentiría repulsión? Su informe dice que ha estado tres años en una sala de maternidad. ¿Se ha negado alguna vez a atender a un niño deforme?

Miss Fellowes sintió que se le escapaba el caso de las manos. Con mucha menos decisión dijo:

—Podía habérmelo dicho.

—¿Y hubiera rechazado el trabajo? Bien, ¿lo rechaza ahora?

Y la miró fríamente, mientras Deveney observaba desde la otra punta de la habitación, y el pequeño neanderthal, que había terminado la leche y lamía el plato, la miraba con el rostro húmedo y los ojos abiertos y anhelantes.

El niño señaló la leche y, de pronto, soltó una serie de sonidos cortos y repetidos, sonidos guturales y complicados chasquidos con la lengua.

Miss Fellowes exclamó, sorprendida:

—¡Pero, si habla!

—Naturalmente —respondió Hoskins—, el *Homo neanderthalensis* no es una especie diferente, sino más bien una subespecie del *Homo sapiens*. ¿Por qué no iba a hablar? Probablemente le pide más leche.

Automáticamente Miss Fellowes alcanzó la botella de leche, pero Hoskins le agarró la muñeca:

—Bien, Miss Fellowes, antes de que sigamos adelante, ¿se queda usted al cuidado del chiquillo?

Mis Fellowes se desprendió, molesta:

—¿No le darán de comer si no me quedo? Me quedaré con él durante un tiempo.

Sirvió la leche. Hoskins continuó:

—Vamos a dejarla con el niño, Miss Fellowes. Ésta es la única puerta de entrada en «Stasis» Número Uno. Su cerradura es complicada y está cerrada. Quiero que aprenda los detalles de la cerradura que, naturalmente, obedecerá a sus huellas dactilares, como ya lo hace a las mías. El espacio de arriba —y miró a los techos descubiertos de la casa de muñecas— está guardado y se les advertirá si algo raro ocurre aquí dentro.

Miss Fellowes protestó, indignada:

—¿Quiere decir que estaré sometida a vigilancia?

Y pensó de pronto en cuando ella observó los interiores de las estancias desde el balcón.

—No, no. Su intimidad será absolutamente respetada —dijo Hoskins seriamente —. La vigilancia consistirá en símbolos electrónicos que sólo manejará una computadora. Miss Fellowes quédese usted con él esta noche y todas las noches hasta nueva orden. La relevarán durante el día, según el plan que usted misma establezca. La autorizamos a que lo organice a su conveniencia.

Miss Fellowes miró a la casa de muñecas con expresión desconcertada.

—Pero, ¿por qué todo esto, doctor Hoskins? ¿Es peligroso el niño?

—Es cuestión energética, Miss Fellowes. Nunca se le permitirá abandonar estas habitaciones. Nunca. Ni por un instante. Ni por ninguna razón. Ni para salvar su vida. Ni siquiera para salvar la *suya*, Miss Fellowes, ¿está claro?

Miss Fellowes levantó la barbilla:

—Sé lo que son órdenes, doctor Hoskins, y en mi profesión estamos acostumbrados a poner el deber por encima de la propia salvaguardia.

—Bien. Si necesita a alguien puede avisar. —Y los dos hombres salieron.

Miss Fellowes se volvió al chiquillo. La estaba observando y aún quedaba leche

en el plato. Laboriosamente intentó enseñarle cómo levantar el plato y llevárselo a los labios. Se resistió, pero la dejó tocarle sin gritar.

Sus ojos asustados siempre estaban puestos en ella, mirándola, observando cualquier movimiento falso. Se encontró tranquilizándole, tratando de llevar su mano muy despacio hacia su cabello, dejándole que no la perdiera de vista en ningún momento, que se diera cuenta de que no le haría ningún daño.

Y por un instante consiguió acariciar su pelo. Le dijo:

—Voy a tener que enseñarte a utilizar el cuarto de baño. ¿Crees que podrás aprender?

Le hablaba despacio, afectuosamente, sabiendo que no comprendía las palabras pero confiando en que respondería a la calma del tono empleado.

El niño volvió a chasquear de nuevo otra frase.

Ella le preguntó:

—¿Puedo cogerte la mano?

Y tendió la suya, que el niño se quedó mirando. La mantuvo alargada y esperó. La mano del niño se acercó despacio a la suya.

—Muy bien —le dijo.

Acercó la manita a unos centímetros de la suya y de pronto no tuvo valor suficiente y la retiró.

—Bueno —comentó Miss Fellowes con calma—, volveremos a intentarlo más tarde. ¿Te gustaría sentarte aquí? —Y con la mano indicó el colchón de la cama.

Las horas transcurrían lentas, el progreso era insignificante, no lograba ningún adelanto con el cuarto de baño ni con la cama. En realidad, después de dar muestras inequívocas de sueño, el niño se tendió en el suelo y, con un movimiento rápido, rodo bajo la cama.

Se inclinó para mirarle, vio resplandecer sus ojos y le brotó una serie de chasquidos con la lengua.

—Está bien, si te encuentras mejor ahí debajo, quédate a dormir ahí.

Cerró la puerta de la alcoba y se retiró al diván que habían instalado para ella en la habitación grande. Ante su insistencia, habían tendido una especie de dosel por encima. Pensó: «Esos estúpidos tendrán que colocar un espejo en la habitación, una cómoda grande y un lavabo separado si esperan que pase las noches aquí.»

Era difícil dormir. Se encontró esforzándose por escuchar cualquier ruido en la habitación de al lado. Conque no podía salir, ¿eh? Los tabiques eran lisos y altísimos, pero supongan que el niño supiera trepar como un mono. Bueno, Hoskins aseguró que había dispositivos de observación, vigilando en el techo.

Y de pronto se le ocurrió pensar: «¿Puede ser peligroso, físicamente peligroso?»

Seguro que Hoskins no quiso decir eso. Seguro que no la habría dejado sola si…

Intentó reírse de sí misma. Era un niño de tres o cuatro años solamente. Pero, no

había conseguido cortarle las uñas. Si la atacaba con uñas y dientes mientras dormía…

Se le aceleró la respiración. Era ridículo, sí, no obstante…

Escuchó con dolorosa atención y esta vez oyó algo.

El niño estaba llorando.

No gritaba, presa de miedo o de terror, no chillaba. Lloraba dulcemente; el llanto era la expresión del dolor angustiado de un niño desesperado y solitario.

Por primera vez Miss Fellowes pensó, con el corazón encogido: «¡Pobre chiquillo!»

Claro, era un niño, ¿qué importaba la forma de su cabeza? Era un niño al que habían dejado huérfano, como a ningún otro niño le había pasado antes de él. No solamente habían desaparecido su padre y su madre, sino toda su especie. Arrancado violentamente de su tiempo, era la única criatura de su especie sobre la Tierra. El último. El único.

Fellowes sintió que aumentaba su compasión por él y que se avergonzaba de su propia insensibilidad. Ciñéndose cuidadosamente el camisón sobre sus piernas (incongruentemente pensó: «Mañana tendré que traerme una bata») saltó de su cama y entró en la alcoba del niño.

—¡Pequeño! —llamó en un susurro—. ¡Pequeño!

Estaba a punto de buscar debajo de la cama, cuando pensó en un posible mordisco y no lo hizo. En cambio, encendió la luz y corrió la cama.

El pobrecillo estaba acurrucado en el rincón, con las rodillas apretadas contra la barbilla, mirándola con ojos empañados y aprensivos.

En aquella penumbra no veía lo repulsivo que era.

—¡Pobrecillo niño! ¡Pobrecillo niño! —Le notó tenso cuando le acarició el cabello, luego se relajó—. Pobrecillo mío, ¿puedo cogerte?

Se sentó en el suelo a su lado y lenta, rítmicamente, le acarició la cabeza, la mejilla, el brazo. Dulcemente empezó a cantarle una canción lenta y suave.

Al oírla levantó la cabeza, contemplando su boca en la penumbra, como asombrado del sonido.

Mientras la escuchaba, se fue acercando a ella. Poco a poco fue presionando la cabeza hasta que la apoyó en su hombro. Pasó el brazo por debajo de sus piernas y con un movimiento lento y tierno lo sentó sobre su regazo.

Continuó cantando la misma simple estrofa una y otra vez, mientras le mecía de atrás adelante, de atrás adelante.

Dejó de llorar y al momento el tenue sonido de su respiración le indicó que estaba dormido.

Con infinito cuidado empujó la camita contra la pared y lo acostó, le cubrió y se lo quedó mirando. En el sueño su carita era plácida y de niño pequeño. Ya no importaba demasiado que fuera tan feo. De verdad.

Se dispuso a salir de puntillas, luego pensó: «¿Y si despierta?» Volvió, luchó

indecisa consigo misma, suspiró y se acostó en la camita junto al niño.

Era demasiado pequeña para ella. Estaba encogida, e incómoda por no tener techo, pero la mano del niño se agarró a la suya y, sin saber cómo, se quedó dormida en aquella posición.

Despertó sobresaltada y con un loco impulso de gritar. Consiguió evitarlo, y pareció atragantarse. El niño la estaba mirando con los ojos muy abiertos. Tardó un buen rato en recordar que se había acostado con él y, muy despacio, sin apartar los ojos de los suyos, estiró cuidadosamente una pierna hasta tocar el suelo, y luego la otra.

Echó una mirada rápida y aprensiva hacia el techo descubierto y se preparó para desprenderse rápidamente de él.

Pero, en aquel momento, el niño alargó los dedos y le tocó los labios. Dijo algo.

Se estremeció al contacto. A la luz del día era terriblemente feo.

El niño volvió a hablar. Abrió la boca y señaló con su mano como si fuera a salir algo.

Miss Fellowes adivino el sentido y preguntó, trémula:

—¿Quieres que cante?

Con voz ligeramente destemplada por la tensión, Miss Fellowes empezó la cancioncita que cantara la noche anterior y el chiquillo feo sonrió. Se balanceó torpemente al compás de la música y emitió unos gorjeos que podían haber sido el principio de una risa.

Miss Fellowes suspiró interiormente. La música tiene un encanto que tranquiliza a las fieras. Podría ayudarla…

—Espera —le dijo—. Deja que me vista. Sólo me llevará un minuto. Después, te prepararé el desayuno.

Lo hizo rápidamente, consciente en todo momento de la falta de techo. El chiquillo permaneció en la cama, mirándola cuando la tenía a la vista; ella le sonreía y agitaba la mano. Al final, él le devolvió el saludo, y se sintió encantada por ello. Por fin le dijo:

—¿Quieres cereales con leche? —Tardó un instante en preparárselo y le llamó con la mano.

Si él interpretó el gesto o le atrajo el aroma, es cosa que Miss Fellowes no pudo explicar, pero el niño salió de la cama.

Trató de enseñarle a utilizar una cuchara, pero se apartó asustado. («Ya habrá tiempo», se dijo.) Llegó a un compromiso haciendo que él llevara el bol a sus labios, levantándolo con las manos. Lo hizo torpemente y con increíble suciedad, pero la mayor parte la tragó.

Esta vez intentó que bebiera la leche en un vaso y el niño protestó cuando encontró la abertura demasiado pequeña para meter convenientemente la cara. Le

sujetó la mano, forzándola alrededor del vaso, haciendo que lo inclinara, apretando su boca al borde.

Otra vez lo mancharon todo, pero también la bebió casi toda, ya estaba acostumbrada a este tipo de suciedad.

El cuarto de baño, con gran sorpresa y alivio, fue menos difícil. Comprendió perfectamente lo que ella esperaba de él. Se encontró acariciándole la cabeza y diciéndole:

—Buen chico. Niño listo.

Y con gran satisfacción de Miss Fellowes, el chiquillo le sonrió. Pensó: «Cuando sonríe es que está muy bien, de verdad.»

A última hora llegaron los periodistas.

Sostuvo al niño en sus brazos y éste se agarró a ella desesperadamente mientras del otro lado de la puerta empezaban a utilizar sus cámaras. Tanto movimiento asustó al niño y se echó a llorar, pero transcurrieron diez minutos antes de que Miss Fellowes fuera autorizada a llevarse al niño a la otra habitación.

Volvió a salir, roja de indignación, del apartamento (por primera vez en dieciocho horas) y cerró la puerta.

—Creo que ya basta. Me llevará mucho tiempo tranquilizarle de nuevo. Márchense.

—Claro, claro —dijo uno del *Times-Herald*—. Pero, ¿es un auténtico neanderthal, o es una broma pesada?

—Les aseguro —dijo la voz de Hoskins, inesperadamente, desde atrás— que no es ninguna broma. El niño es un auténtico *Homo neanderthalensis*.

—¿Es chico o chica?

—Chico —contestó secamente Miss Fellowes.

—Niño-mono —comentó el caballero del *News*—. Eso es lo que tenemos aquí. Niño-mono. ¿Cómo se porta, enfermera?

—Exactamente como un niño —soltó Miss Fellowes, molesta y a la defensiva—, y no es un niño-mono. Su nombre es…, es Timothy, Timmie…, y es perfectamente normal en su comportamiento.

Había elegido el nombre de Timothy al azar. Fue el primero que se le ocurrió.

—Timmie el niño-mono —bromeó el caballero del *News*, y resultó ser que Timmie el niño-mono fue el nombre por el que fue conocido en el mundo.

El caballero del *Globe* se volvió a Hoskins y le preguntó:

—Doctor, ¿qué piensa hacer con el niño-mono?

Hoskins se encogió de hombros.

—Mi plan original se completó cuando demostré que era posible traerle aquí. Sin embargo, los antropólogos estarán muy interesados, me figuro, y los fisiólogos. Después de todo, aquí tenemos a una criatura que está al borde de ser humana. De él deberíamos estudiar mucho sobre nosotros y sobre nuestros antepasados.

—¿Cuánto tiempo lo tendrá aquí?

—Hasta el momento en que necesitemos su espacio más de lo que le necesitemos a él. Mucho tiempo, quizás.

El corresponsal del *News* preguntó:

—¿Puede sacarlo fuera a fin de montar nuestros equipos subetéreos y organizar un espectáculo?

—Lo siento, pero el niño no puede salir de «Stasis».

—¿Y exactamente qué es «Stasis»?

—¡Ah! —Y Hoskins se permitió una de sus raras sonrisas—. La explicación llevaría mucho tiempo, caballeros. En Stasis, el tiempo como lo conocemos nosotros no existe. Estas habitaciones están dentro de una burbuja invisible que no forma exactamente parte de nuestro Universo. Por eso el niño pudo ser arrancado de su tiempo, como si dijéramos.

—Oiga, espere un poco —insistió el corresponsal del *News*, descontento—, ¿qué pretende hacernos creer? La enfermera entra y sale de la habitación.

—Y cualquiera de ustedes también puede —declaró Hoskins, indiferente—. Se moverían paralelamente a las líneas de energía temporal y habría poca pérdida o ganancia de energía. Pero, el niño fue sacado de un pasado lejano, llegó cruzando las líneas y ganó potencial temporal. Para trasladarse al Universo y entrar en nuestro propio tiempo absorbería la suficiente energía capaz de quemar todas las líneas del lugar y probablemente dejar a oscuras la ciudad entera de Washington. Tuvimos que almacenar basura que él trajo consigo y que tendremos que ir retirando poco a poco.

Los periodistas iban escribiendo palabras a medida que Hoskins les iba hablando. No entendían nada y estaban seguros de que sus lectores tampoco, pero sonaba a científico, y esto era lo que importaba.

El corresponsal del *Times-Herald* preguntó:

—¿Estará disponible esta noche para una entrevista en todos los circuitos?

—Creo que sí —accedió Hoskins al instante, y todos se alejaron.

Mis Fellowes les vio marchar. Comprendía tan poco lo de «Stasis» y la energía temporal como los periodistas, pero logró entender algo: El encarcelamiento de Timmie (se encontró pensando en el niño como Timmie) era real y no impuesto por la voluntad arbitraria de Hoskins. Aparentemente, era imposible dejarle que saliera de «Stasis» para nada, jamás.

¡Pobre niño! ¡Pobrecito niño!

Se dio cuenta, de pronto, de que estaba llorando y se apresuró a entrar a consolarle.

Miss Fellowes no tuvo oportunidad de ver a Hoskins en la pantalla, pues aunque su entrevista fue proyectada a todo el mundo e incluso a los puestos avanzados de la Luna, no penetró en el apartamento en el que vivían Miss Fellowes y el chiquillo feo.

A la mañana siguiente apareció alegre y radiante. Miss Fellowes le preguntó:

—¿Qué tal fue la entrevista?

—Muy bien. ¿Y cómo está… Timmie?

A Miss Fellowes le encantó que utilizara el nombre de Timmie.

—Progresando. Ven aquí, Timmie, este amable caballero no te hará ningún daño.

Pero Timmie se quedó en la otra habitación, asomando solamente un mechón de su pelo tras la barrera de la puerta y, alguna vez, el rabillo del ojo.

—En realidad —comentó Miss Fellowes—, se está aclimatando asombrosamente. Es muy inteligente.

—¿Y le sorprende?

Titubeó sólo un instante, al momento dijo:

—Sí, me sorprende. Supongo que me imaginé que era un niño-mono.

—Pero, mono o no, ha hecho mucho por nosotros. Ha situado a «Stasis Inc.» en el mapa; ya se nos reconoce, Miss Fellowes, ya se nos reconoce. —Parecía que sentía la necesidad de expresar su triunfo a alguien, aunque sólo fuera a Miss Fellowes.

—¿Ah? —Y le dejó seguir hablando. Él se metió las manos en los bolsillos y continuó:

—Durante diez años hemos estado trabajando pendientes de un hilo, arañando peniques uno a uno, siempre que podíamos. Tuvimos que lanzar el experimento como un gran espectáculo. Era el o todo o nada. Y cuando hablo del experimento sé lo que me digo. Este intento de traer un ejemplar de Neanderthal costó hasta el último céntimo que pudimos pedir prestado o que robamos. Sí, algunos *fueron* robados…, fondos destinados a otros proyectos se emplearon para éste sin autorización. Si ese experimento hubiera fracasado, yo me hubiera hundido para siempre.

—¿Es por eso por lo que no hay techos? —preguntó Miss Fellowes.

—¿Cómo? —Y Hoskins levantó la cabeza.

—Que si no les quedaba dinero para los techos.

—Bueno, ésta no fue la única razón. No podíamos saber de antemano cuántos años podría tener el de Neanderthal. Sólo podíamos detectar vagamente en el tiempo, y pudo haber sido grande y salvaje. Podía ser que tuviéramos que tratar con él a distancia, como si fuera un animal enjaulado.

—Pero como no ha sido así, supongo que podrán ponernos techos.

—Ahora, sí. Ahora disponemos de mucho dinero. Nos han prometido fondos de todas partes. Todo esto es maravilloso, Miss Fellowes. —Su cara resplandecía y su sonrisa no se apagó. Cuando se marchó, incluso su espalda parecía sonreír.

Miss Fellowes pensó: «Es un hombre encantador cuando está distraído y se olvida de que es un científico.» Por un instante se preguntó si estaría casado o no; después, avergonzada, apartó este pensamiento.

—Timmie —llamó—. Ven aquí, Timmie.

En los meses transcurridos, Miss Fellowes fue sintiéndose parte integral de

«Stasis Inc.». Se le dio un despacho para ella sola con su nombre en la puerta, un despacho muy cerca de la casa de muñecas (como jamás dejó de llamar a la vivienda o burbuja de Timmie en Stasis). También se le concedió un aumento sustancial. La casa de muñecas se cubrió con un techo, sus muebles fueron más cuidados y mejores, se añadió otro cuarto de baño…, y, además, consiguió un apartamento sólo para ella en los terrenos del Instituto y, en ciertas ocasiones, no pasaba la noche con Timmie. Se montó un intercom entre la casa de muñecas y el apartamento y Timmie aprendió a utilizarlo.

Miss Fellowes se acostumbró a Timmie. Incluso llegó a no fijarse en su fealdad. Un día se encontró observando a un niño corriente, en la calle, y encontró poco atractiva su frente alta y su barbilla saliente.

Pero era aún más agradable acostumbrarse a las visitas de Hoskins. Era evidente que agradecía poder escaparse de su cargo, cada vez más agotador en «Stasis, Inc.» y que se tomaba cierto interés sentimental por el niño causante de todo, pero a Miss Fellowes también le parecía que disfrutaba estando con ella, hablándole.

(También se había enterado de muchas cosas sobre Hoskins. Había inventado el método de analizar la reflexión del rayo-mesónico penetrante en el pasado; había inventado el método de establecer Stasis; su frialdad era sólo un esfuerzo por disimular su naturaleza bondadosa; y, oh sí, *estaba* casado.)

A lo que Miss Fellowes no podía acostumbrarse era a que estaba metida en un experimento científico. Pese a cuanto pudiera hacer, se encontró personalmente involucrada hasta el extremo de pelearse con los fisiólogos.

En cierta ocasión, Hoskins la encontró presa de un fuerte *shock* nervioso. No tenían derecho; no tenían *derecho*…, aunque *fuera* un neanderthal, no por ello era un animal.

Les seguía con la mirada, enfurecida, mirándoles a través de la puerta abierta y escuchando el llanto de Timmie, cuando se dio cuenta de que Hoskins estaba ante ella. Podía llevar allí un buen rato.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Asintió con la cabeza, secamente, y corrió junto a Timmie, que se agarró a ella y enroscó sus piernecitas torcidas, todavía flacas, ¡tan flacas!, a las de ella.

Hoskins observó y dijo gravemente:

—Parece muy desgraciado.

—Y tiene razón. Le molestan todos los días con sus muestras de sangre y sus pruebas. Le mantienen a una dieta sintética que no alimentaria a un cerdo.

—Todo eso es algo que no se puede experimentar con un ser humano, ya lo sabe.

—Ni deben probarlo con Timmie tampoco, doctor Hoskins, insisto en ello. Usted me dijo que la llegada de Timmie había puesto a Stasis en el mapa. Si siente la menor gratitud, tiene que lograr alejarlos del pobrecillo hasta que por lo menos sea lo suficientemente mayor para comprenderlo un poco más. Después de las sesiones, tiene pesadillas, no puede dormir. Ahora bien, le advierto —y se puso realmente

furiosa— que no les volveré a dejar entrar aquí.

(Se dio cuenta de que las últimas palabras las había gritado, pero no pudo evitarlo.) Con voz más tranquila, añadió:

—Ya sé que es un neanderthal, pero hay muchas cosas de ellos que no tenemos en cuenta. He leído que tenían su propia cultura. Algunos de los mayores inventos humanos surgieron en su época. La domesticación de animales, por ejemplo; la rueda; diversas técnicas para las piedras de moler. Incluso sentían anhelos espirituales. Enterraban a sus muertos y enterraban posesiones con el cuerpo, demostrando así que creían en una vida después de la muerte. Esto prácticamente equivale a inventar una religión. ¿No significa todo esto que Timmie tiene derecho a ser tratado como ser humano?

Dio unas palmadas afectuosas al chiquillo en las nalgas y lo envió al cuarto de jugar. Al abrir la puerta, Hoskins sonrió ante el gran despliegue de juguetes que vio. Miss Fellowes, a la defensiva, dijo:

—El pobre chiquillo merece sus juguetes. Es lo único que posee y se los gana sobradamente con todo lo que tiene que soportar.

—No, no. Ninguna objeción, se lo aseguro. Estaba solamente pensando en cómo ha cambiado desde el primer día, en que estaba tan enfadado por haberle endosado a un neanderthal.

Miss Fellowes murmuró:

—Supongo que no comprendía… —Y se calló.

Hoskins cambió de tema.

—¿Qué edad diría que tiene, Miss Fellowes?

—No podría decirlo porque ignoro cómo es el desarrollo de los neanderthales. Por la estatura serían sólo tres años, pero los neanderthales generalmente son más pequeños y con todo lo que le están haciendo, probablemente no crece lo que debiera. Pero tal como está aprendiendo el idioma, yo diría que tiene algo más de cuatro.

—¿De veras? No he visto nada del aprendizaje en los informes.

—No, no quiere hablarlo con nadie sino conmigo. Tiene un miedo terrible a los demás, y no es de extrañar. Pero puede pedir un artículo determinado de comida, puede señalar cualquier necesidad y le digo que lo comprende casi todo. Naturalmente… —le observó astutamente, tratando de decidir si éste era el momento oportuno— su desarrollo puede no continuar.

—¿Por qué no?

—Todo niño necesita estímulos y éste vive una vida de solitario confinamiento. Yo hago lo que puedo, pero no estoy con él todo el tiempo y no soy todo lo que necesita. Lo que quiero decir, doctor Hoskins, es que necesita otro niño para jugar.

Hoskins asintió.

—Desgraciadamente, sólo disponemos de uno, ¿no es eso? ¡Pobrecillo!

Miss Fellowes se enterneció al instante, preguntó:

—Le encanta Timmie, ¿verdad? —Resultaba de lo más agradable que alguien

más pensara como ella.

—¡Oh, sí! —contestó Hoskins, y, momentáneamente desarmado, dejó traslucir el agotamiento en sus ojos.

Miss Fellowes abandonó sus planes de momento. Con auténtica preocupación, comentó:

—Tiene aspecto de estar agotado, doctor Hoskins.

—¿Lo cree así, Miss Fellowes? Tendré que esforzarme por tener una apariencia más animada.

—Supongo que «Stasis, Inc.» le ocupa mucho tiempo.

Hoskins se encogió de hombros.

—Y supone bien. Se trata de un caso de animal, vegetal y mineral por partes iguales, Miss Fellowes. Pero, bueno, me figuro que no ha visitado usted nuestras adquisiciones.

—La verdad es que no, pero no porque no me interesen. Es que también he estado muy ocupada.

—Claro, pero en este momento no lo está —dijo en un impulso de decisión—. Pasaré a recogerla mañana a las once y la acompañaré personalmente. ¿Qué le parece?

—Me encantará. —Y sonrió feliz.

A su vez él sonrió y asintió, después se fue.

Miss Fellowes estuvo tarareando a intervalos durante el resto del día. Realmente, pensarlo sonaba ridículo, claro, pero…, bueno, era casi como…, como una cita.

Al día siguiente llegó muy puntual, sonriente y encantador. Ella había desechado el uniforme de enfermera y se había vestido un trajecito. Uno de corte clásico, por supuesto, con el que se sintió tan femenina como no se había sentido en muchos años.

Él la felicitó por su aspecto con estudiada cortesía y ella aceptó el cumplido con discreta gracia. Era un preludio realmente perfecto, se dijo. Y de pronto se le ocurrió preguntarse, ¿preludio de qué?

Apartó la idea apresurándose a decir adiós a Timmie y a asegurarle que volvería pronto. Quiso cerciorarse de que el niño sabía todo lo relacionado con su almuerzo y dónde lo encontraría.

Hoskins la llevó al ala nueva, en la que todavía no había puesto los pies. Aún olía a pintura y los ruidos de los obreros eran suficientes indicios de que iba creciendo y extendiéndose.

—Animal, vegetal y mineral —dijo Hoskins, como el día anterior—. El animal aquí, nuestro ejemplar más espectacular.

El espacio estaba dividido en muchas habitaciones, cada una separada por su burbuja «Stasis». Hoskins la llevó junto al cristal de una de ellas y miró. Lo que vio la impresionó primero por creerla una gallina con escamas y cola. Deslizándose sobre

dos patas delgadas, corría de extremo a extremo de la habitación con su delicada cabeza de pájaro rematada por una arista ósea parecida a la cresta de un gallo. Las garras de sus patas se abrían y cerraban constantemente. Hoskins explicó:

—Es nuestro dinosaurio. Lo tenemos desde hace meses. No sé cuándo podremos deshacernos de él.

—¿Dinosaurio?

—¿Esperaba un gigante?

Ella sonrió:

—Es lo que una espera, supongo. Pero sé que algunos eran pequeños.

—Uno pequeño era lo que pretendíamos, créame. Generalmente se encuentra en observación, pero ésta parece ser su hora libre. Se han descubierto cosas interesantes. Por ejemplo, su sangre no es enteramente fría. Tiene un método imperfecto de mantenimiento de la temperatura interna más alta que la de su entorno. Desgraciadamente, es un macho. Desde que lo trajimos hemos tratado de trasladar a otro que pudiera ser hembra, pero hasta ahora no ha habido suerte.

—¿Por qué hembra?

—Para poder tener la oportunidad de conseguir huevos fecundados y crías de dinosaurios.

—Claro.

Después la llevó a la sección de trilobites.

—Le presento al profesor Dwayne, de la Universidad de Washington. Es químico nuclear. Si no recuerdo mal, está tomando una relación con isótopos en el oxígeno del agua.

—¿Por qué?

—Es agua primitiva; tiene por lo menos quinientos millones de años. El isótopo nos da la temperatura del océano en aquella época. Él, precisamente, ignora los trilobites, pero otros están especialmente dedicados a su disección. Ellos son los afortunados porque lo único que necesitan son escalpelos y microscopios. Dwayne ha montado un espectrógrafo de masa para cuando realiza un experimento.

—¿Y por qué? ¿Es que no puede…?

—No, no puede. No puede sacarlo todo de la habitación, salvo que no pueda evitarlo.

Había muestras de vida primitiva vegetal y trozos de rocas en formación. Ésos eran los vegetales y minerales. Cada espécimen tenía su investigador. Era como un museo; un museo viviente sirviendo como centro superactivo de investigación.

—¿Y tiene que supervisarlo todo usted, doctor Hoskins?

—Sólo indirectamente, Miss Fellowes. Gracias a Dios, dispongo de subordinados. Mi interés se centra enteramente en los aspectos teóricos; en la naturaleza y técnica de la detección intemporal mesónica. Yo lo cambiaría todo por un método de detectar objetos cercanos en el tiempo, y no de diez mil años atrás. Si pudiéramos llegar a los tiempos históricos…

Le interrumpió una conmoción en un departamento cercano, una voz fina protestaba, airada. Hoskins frunció el ceño y se excusó apresuradamente:

—Perdóneme. —Y se alejó. Miss Fellowes le siguió lo mejor que pudo sin echar a correr. Un viejo, de barba rala y cara roja, iba gritando:

—Tenía que completar aspectos vitales de mi investigación. ¿Es que no lo comprenden?

Un técnico uniformado, con el monograma SI entrelazado (de «Stasis, Inc.») en su bata de laboratorio, explicó:

—Doctor Hoskins, habíamos arreglado con el profesor Ademewsky desde un principio que el espécimen sólo podía permanecer aquí tres semanas.

—Yo ignoraba entonces cuánto tiempo requeriría mi investigación. Yo no soy un profeta —protestó, airado, Ademewsky.

Hoskins lo calmó:

—Comprenda, profesor, que nuestro espacio es limitado; debemos mantener una rotación de especímenes. Este pedazo de calcopirita debe volver; hay hombres esperando el nuevo espécimen.

—¿Por qué no me lo puedo quedar para mí solo? Lo sacaré de aquí.

—Sabe que no puede disponer de él.

—Un trozo de calcopirita; un miserable pedazo de quince kilos. ¿Y por qué no?

—No podemos permitirnos el gasto de energía —cortó bruscamente Hoskins—. Lo sabe de sobras.

El técnico interrumpió:

—El caso es, doctor Hoskins, que trató de sacar el trozo en contra del reglamento y yo casi perforé Stasis porque no sabía que estaba allí.

Hubo un corto silencio y el doctor Hoskins se volvió al investigador con glacial formalidad:

—¿Es esto cierto, profesor?

El profesor Ademewsky tosió:

—No vi ningún mal…

Hoskins cogió un cordón que pendía al alcance de la mano, en el exterior de la habitación del espécimen en cuestión. Tiró de él.

A Miss Fellowes, que había estado observando el trozo de roca causante del altercado, se le cortó el aliento al ver el fin de su existencia. La habitación estaba vacía. Hoskins prosiguió:

—Profesor, su permiso de investigador de «Stasis» será anulado para siempre. Lo siento.

—Pero, aguarde…

—Lo siento. Ha violado usted una de las reglas más severas.

—Apelaré a la Asociación Internacional de…

—Apele cuanto quiera. En un caso como éste, descubrirá que no se me puede desobedecer.

Se volvió deliberadamente, dejando al profesor en plena protesta y (todavía pálido de ira) dijo a Miss Fellowes:

—¿Quiere almorzar conmigo, Miss Fellowes?

La condujo hasta la pequeña sección administrativa de la cafetería. Saludó a otros y le presentó a Miss Fellowes con toda naturalidad, aunque ella se sentía dolorosamente intimidada.

«¿Qué pensarán?», se preguntó, y trató desesperadamente de aparentar seguridad.

—¿Le ocurren con frecuencia estos problemas, doctor Hoskins? Quiero decir, como la discusión con el profesor.

Levantó el tenedor y empezó a comer. Hoskins le contestó, tajante:

—No. Ha sido la primera vez. Naturalmente, tengo que discutir siempre para disuadir a los hombres de retirar muestras, pero ésta ha sido la primera vez que uno ha tratado de retirarla.

—Recuerdo que una vez me habló de la energía que se consumiría.

—En efecto. Naturalmente tratamos de tenerlo en cuenta. Pueden ocurrir accidentes, así que tenemos fuentes de energía especiales dispuestas para soportar el desgaste que significaría una cosa retirada accidentalmente de «Stasis», pero esto no significa que nos guste ver la provisión de energía de un año desaparecer en medio segundo…, ni que podamos permitirnos tener nuestros planes de expansión retrasados durante años. Además, imagine al profesor en la habitación mientras «Stasis» estaba al borde de ser perforada.

—¿Qué le hubiera ocurrido?

—Pues, hemos experimentado con objetos inanimados y con ratones: ¡han desaparecido! Presumiblemente retrocedieron en el tiempo; arrastrados, por decirlo así, por el tirón del objeto que simultáneamente saltaba de nuevo a su tiempo natural. Por esta razón tenemos que amarrar objetos, dentro de «Stasis» que no deseamos trasladar y éste es un procedimiento complicado. El profesor al no estar amarrado hubiera regresado al plioceno al mismo instante en que retiramos la roca… más las dos semanas que había permanecido en el presente.

—Qué espantoso pudo haber sido.

—En cuanto al profesor, no; se lo aseguro. Si es lo bastante loco para hacer lo que hizo, se lo habría merecido. Pero imagínese el efecto que podía causar en el público si el caso hubiera sido conocido. Lo único que bastaría a la gente sería conocer el peligro que se cierne y los fondos se nos cortarían. —Chasqueó los dedos y se quedó mirando la comida, taciturno.

—¿Y no podría hacerle regresar —preguntó Miss Fellowes— del mismo modo que consiguió traer la roca?

—No, porque una vez devuelto un objeto, se pierde la trayectoria original, a menos que deliberadamente planeemos retenerla. En este caso no había ninguna razón para hacerlo. Nunca la hay. Encontrar de nuevo al profesor significaría replantear una trayectoria específica y eso sería como lanzar un cable al abismo

oceánico a fin de pescar a un pez determinado. Dios mío, cuando pienso en las precauciones que tomamos para evitar accidentes, me vuelvo loco. Tenemos cada unidad individual de «Stasis» preparada con su dispositivo perforador propio. Hay que hacerlo así, puesto que cada unidad tiene su trayectoria separada y debe funcionar independientemente. La cosa es que los dispositivos de perforación no se activan hasta el último momento. Y entonces nosotros, deliberadamente, hacemos que la activación sea imposible excepto tirando del cordón cuidadosamente situado en el exterior de «Stasis». El tirón es una fuerte moción mecánica que requiere un gran esfuerzo, no algo accidental.

Miss Fellowes dijo:

—Pero, ¿no afecta a la Historia…, sacar y meter algo fuera o dentro del tiempo?

Hoskins se encogió de hombros:

—Teóricamente, sí; en la práctica, y salvo casos peculiares, no. Retiramos objetos de «Stasis» continuamente: moléculas de aire, bacterias, polvo. Alrededor de un diez por ciento de nuestro consumo de energía se suma a las micro-pérdidas de esa naturaleza. Pero incluso trasladando en el tiempo objetos grandes, produce cambios que no son demasiado importantes. Tome como ejemplo la calcopirita del plioceno. Debido a su ausencia de dos semanas, algún insecto no encuentra el cobijo esperado y muere. Eso podría iniciar una completa serie de cambios, pero la matemática de «Stasis» indica que es una serie convergente. La cantidad de cambio disminuye con el tiempo y después las cosas vuelven a ser como antes.

—¿Quiere eso decir que la realidad se cura a sí misma?

—En cierto modo. Abstraer a un humano del tiempo o enviar a otro al pasado, provoca una herida mayor. Si el individuo es un tipo corriente, la herida se cura sola. Naturalmente, mucha gente nos escribe a diario reclamando que traigamos a Abraham Lincoln al presente, a Mahoma o a Lenin. Naturalmente, *eso* no puede hacerse. Incluso si pudiéramos encontrarles, el cambio de realidad al sacar a uno de los prototipos de la Historia sería demasiado importante para poder remediarlo. Hay medios para calcular cuándo un cambio va a resultar demasiado importante; incluso evitamos acercarnos a ese límite.

—Entonces, Timmie… —musitó Miss Fellowes.

—No, no representa ningún problema en este aspecto. La realidad está a salvo. Pero… —le dirigió una mirada aguda y prosiguió— dejémoslo. Ayer me dijo que Timmie necesitaba compañía.

—Sí —asintió Miss Fellowes, radiante—. No creí que se hubiera fijado en lo que le dije.

—Claro que sí. Siento cariño por el pequeño. Aprecio su afecto por él y estoy lo bastante interesado para querer comentarlo con usted. Ahora puedo hacerlo; ya ha visto lo que hacemos; ya se ha podido dar cuenta de las dificultades que encierra; así que ya ve que, con la mejor voluntad del mundo, no podemos proporcionar compañía a Timmie.

—¿No puede? —exclamó Miss Fellowes, descorazonada.

—Acabo de explicárselo. Si nos acompañara la suerte, podríamos esperar encontrar otro neanderthal de su edad, pero aun así no sería justo multiplicar los riesgos trayendo a otro ser humano a «Stasis».

Miss Fellowes dejó el cubierto y protestó con energía:

—Pero, doctor Hoskins, no es esto lo que yo quería decir. No quiero que traiga a otro neanderthal al presente. Sé que es imposible, pero no es imposible traer a otro niño a jugar con Timmie.

Hoskins se quedó mirándola, preocupado.

—¿Un niño *humano*?

—*Otro* niño —insistió Miss Fellowes, ahora completamente hostil—. Timmie es humano.

—Ni soñarlo.

—¿Por qué no? ¿Por qué no va a poder hacerlo? ¿Qué hay de malo en esta idea? Arrancó a este niño fuera de su tiempo, y le ha hecho un prisionero eterno. ¿No cree que le debe algo? Doctor Hoskins, si hay en este mundo un hombre que sea el padre del niño, no hablo del aspecto biológico, ése es usted. ¿Por qué no puede hacer ese poquito por él?

Hoskins exclamó:

—¿Su *padre*? —Se puso en pie, vacilante—. Miss Fellowes, creo que, si no le importa, voy a acompañarla de regreso.

Volvieron a la casa de muñecas en absoluto silencio, que ni uno ni otra decidió romper.

Pasó mucho tiempo antes de que volviera a hablar con Hoskins, sólo le veía de refilón, al pasar. A veces lo lamentaba; pero, otras veces, cuando Timmie estaba más triste que de costumbre o cuando se pasaba horas pegado a la ventana con la vista perdida pensaba, rabiosa: «¡Estúpido!»

La conversación de Timmie se hacía cada día más suelta y más precisa. Nunca llegó a perder del todo un cierto y suave farfullar que Miss Fellowes encontraba delicioso. Cuando se excitaba, volvía a chasquear la lengua, pero esto ocurría cada vez con menos frecuencia. Debía estar empezando a olvidarse de los días anteriores a su llegada al presente…, excepto en sueños.

A medida que se iba haciendo mayor, los fisiólogos, y los psicólogos más, se mostraron menos interesados. Miss Fellowes no estaba segura de si este nuevo grupo le gustaba aún menos que el primero. Habían desaparecido las agujas, las inyecciones, el tomar muestras de fluidos, y las dietas especiales también. Pero ahora Timmie tenía que saltar barreras para llegar a la comida y al agua: levantar paneles, retirar barras, alcanzar cuerdas. Las sacudidas eléctricas le hacían llorar y enloquecían a Miss Fellowes.

No quería apelar a Hoskins, ni tener que ir en su busca porque cada vez que pensaba en él se acordaba de su cara de la última vez, por encima de la mesa de la cafetería. Sus ojos se llenaban de lágrimas al pensar: «Estúpido, *estúpido*.»

Y un buen día apareció Hoskins inesperadamente, de visita, en la casa de muñecas. La llamó:

—Miss Fellowes.

Salió ella alisándose el uniforme de enfermera, pero se detuvo confusa al encontrarse en presencia de una mujer pálida, esbelta, no muy alta. Su pelo rubio y su tez clara le daban una apariencia de fragilidad. Detrás de ella y agarrado a su falda, había un niño de carita redonda y ojos grandes, de unos cuatro años de edad.

—Querida, te presento a Miss Fellowes —dijo Hoskins—, la enfermera encargada del muchacho. Miss Fellowes, ésta es mi mujer.

(¿Era ésta su esposa? No era como Miss Fellowes la había imaginado. Pero, ¿por qué no? Un hombre como Hoskins elegiría naturalmente una mujercita débil para manejarla a su gusto. Si era eso lo que quería…)

Se obligó a un saludo normal:

—Buenas tardes, señora Hoskins. ¿Es…, es su hijito?

(*Aquello* sí que era una sorpresa. Había imaginado a Hoskins como marido, pero no como padre, excepto, claro… De pronto captó la mirada grave de Hoskins y se ruborizó.)

—Sí, éste es mi hijo Jerry —explicó Hoskins—. Saluda a Miss Fellowes, Jerry.

(¿Había insistido en la palabra *éste* más de la cuenta? Trataba de decirle que *éste* era su hijo y no…)

Jerry se escondió algo más entre los pliegues de la falda materna y murmuró su saludo. Los ojos de Mrs. Hoskins miraban por encima de la cabeza de Miss Fellowes, recorrían la habitación, buscaban algo. Hoskins dijo:

—Bien, entremos. Ven, querida, notarás una pequeña molestia al pasar el umbral, pero es pasajera.

Miss Fellowes preguntó:

—¿Quieren que Jerry entre también?

—Por supuesto. Va a ser el compañero de juegos de Timmie. Me dijo usted que Timmie necesitaba compañía, ¿o se le ha olvidado ya?

—Pero… —Le miró asombrada, estupefacta—. *¿Su hijo?*

—Claro, ¿de quién si no? —observó, picado—. ¿No es eso lo que quería? Pasa, pasa, querida. Venga, pasa.

La señora Hoskins levantó a Jerry en sus brazos, con esfuerzo, y con cierta vacilación cruzó el umbral. Jerry se retorció al pasar como si le desagradara la sensación.

Mrs. Hoskins preguntó con voz aflautada:

—¿Está aquí la criatura? No la veo.

Miss Fellowes llamó:

—Timmie, sal.

Timmie miró por el quicio de la puerta, observando al niño que le visitaba. Los músculos de los brazos de Mrs. Hoskins se tensaron visiblemente. Preguntó a su marido:

—Gerald, ¿estás seguro de que no hay peligro?

Miss Fellowes intervino al instante:

—¿Se refiere a si Timmie es de fiar?, pues claro que lo es. Es un niño muy dulce.

—Pero es un sa… salvaje.

(¡Las historias del niño-mono de los periódicos!) Miss Fellowes exclamó enfáticamente:

—No es un salvaje. Es tan tranquilo y razonable como puede esperarse de un niño de cinco años. Es usted muy generosa permitiendo que su niño juegue con Timmie; pero, por favor, no tenga ningún miedo.

Mrs. Hoskins objetó con cierto acaloramiento:

—No estoy segura de estar de acuerdo con usted.

—Ya lo hemos discutido, querida —dijo Hoskins—. No planteemos una nueva discusión. Deja a Jerry en el suelo.

Mrs. Hoskins lo hizo así y el niño se apretó contra ella, mirando hacia el par de ojos que le estaban observando desde la otra habitación.

—Ven aquí, Timmie —dijo Miss Fellowes—. No tengas miedo.

Timmie entró en la habitación despacito. Hoskins se agachó para soltar los dedos de Jerry de la ropa de su madre.

—Apártate, querida. Dales una oportunidad a los niños.

Los chiquillos se miraron. Aunque el más joven, Jerry, medía un par de centímetros más, la forma de erguir su bien proporcionada cabecita y su porte general, hacían que lo grotesco de Timmie resultara mucho más pronunciado que cuando le vieron los primeros días. Los labios de Miss Fellowes temblaban.

Fue el pequeño neanderthal el que habló primero, con vocecita infantil:

—¿Cómo te llamas? —Y Timmie empujó su cara hacia delante como para estudiar las facciones del muchacho.

Jerry, asustado, le dio un empujón que mandó a Timmie al suelo. Los dos se echaron a llorar y Mrs. Hoskins levantó a su hijo, mientras Miss Fellowes, roja de ira contenida, alzaba a Timmie y le consolaba.

—Está visto que por instinto no se gustan —declaró Mrs. Hoskins.

—No más instintivamente —replicó su marido, fastidiado— de lo que harían otros dos niños. Ahora, deja a Jerry en el suelo y que se acostumbre a la situación. En realidad, sería mejor que nos fuéramos. Miss Fellowes puede llevar a Jerry a mi despacho dentro de un rato y le enviaré a casa.

Los dos niños pasaron la hora siguiente observándose. Jerry reclamó llorando a su

madre, pegó a Miss Fellowes y se dejó consolar con un chupa-chup. Timmie chupó otro y pasada una hora más Miss Fellowes consiguió que jugaran con los mismos bloques de madera, aunque cada uno en un extremo de la habitación.

Se sintió casi tiernamente agradecida a Hoskins al devolverle a Jerry.

Buscó la forma de darle las gracias, pero se contuvo a su pesar. Quizá no podía perdonarla por hacerle que se sintiera un padre cruel. Quizás el traer a su propio hijo, era después de todo, un intento de demostrar que era a la vez un bondadoso padre para con Timmie y también que no era su padre. ¡Las dos cosas a la vez!

Así que lo único que supo decir fue:

—Gracias. Muchas gracias.

Y lo único que supo contestar él fue:

—Está bien. No se merecen.

Y se estableció una rutina. Dos veces por semana traían a Jerry para jugar una hora; más tarde se amplió a dos horas. Los niños aprendieron sus nombres, aprendieron a conocerse y a jugar juntos.

Pero, después de la primera muestra de gratitud, Miss Fellowes descubrió que no le gustaba Jerry. Era más grandote y más pesado, más dominante, que obligaba a Timmie a estar completamente sometido. Lo único que la reconciliaba con la situación era que, pese a las dificultades, Timmie esperaba cada vez más ilusionado las apariciones periódicas de su compañero de juegos.

Era lo único que tenía, gemía apesadumbrada.

Y en una ocasión, mientras les contemplaba, pensó: «Los dos hijos de Hoskins, uno de su mujer y uno de “Stasis”.»

Mientras que ella…

«Cielos —pensó, apretándose las sienes con las manos, avergonzada—. ¡Estoy celosa!»

—Miss Fellowes —dijo Timmie (había tenido buen cuidado de no permitirle que la llamara de otro modo)—, ¿cuándo iré a la escuela?

Miró sus ojos oscuros y anhelantes vueltos hacia ella y le acarició dulcemente su cabello rizado. Era lo más hirsuto de su aspecto, porque ella misma le cortaba el pelo mientras él se mostraba inquieto bajo las tijeras. No reclamó ayuda profesional, porque la irregularidad de su corte servía para disimular la frente huidiza y la parte saliente del cráneo por detrás.

—¿Dónde has oído hablar de la escuela? —preguntó Miss Fellowes.

—Jerry va a la escuela. Kin-der-gar-ten —lo pronunció cuidadosamente—. Va a muchos sitios. Sale fuera. ¿Cuándo podré salir fuera, Miss Fellowes?

Una punzada le lastimó el corazón. Claro, se daba cuenta de que no habría medio de evitar que Timmie oyera hablar del mundo exterior en el que jamás podría penetrar.

Con simulada jovialidad dijo:

—Pero, ¿qué ibas a hacer tú en un kindergarten, Timmie?

—Jerry dice que juegan a muchas cosas, que tienen películas. Dice que hay muchos niños. Dice…, dice… —Lo pensó y, alzando triunfalmente las manos con los dedos separados—. Dice que tantos así.

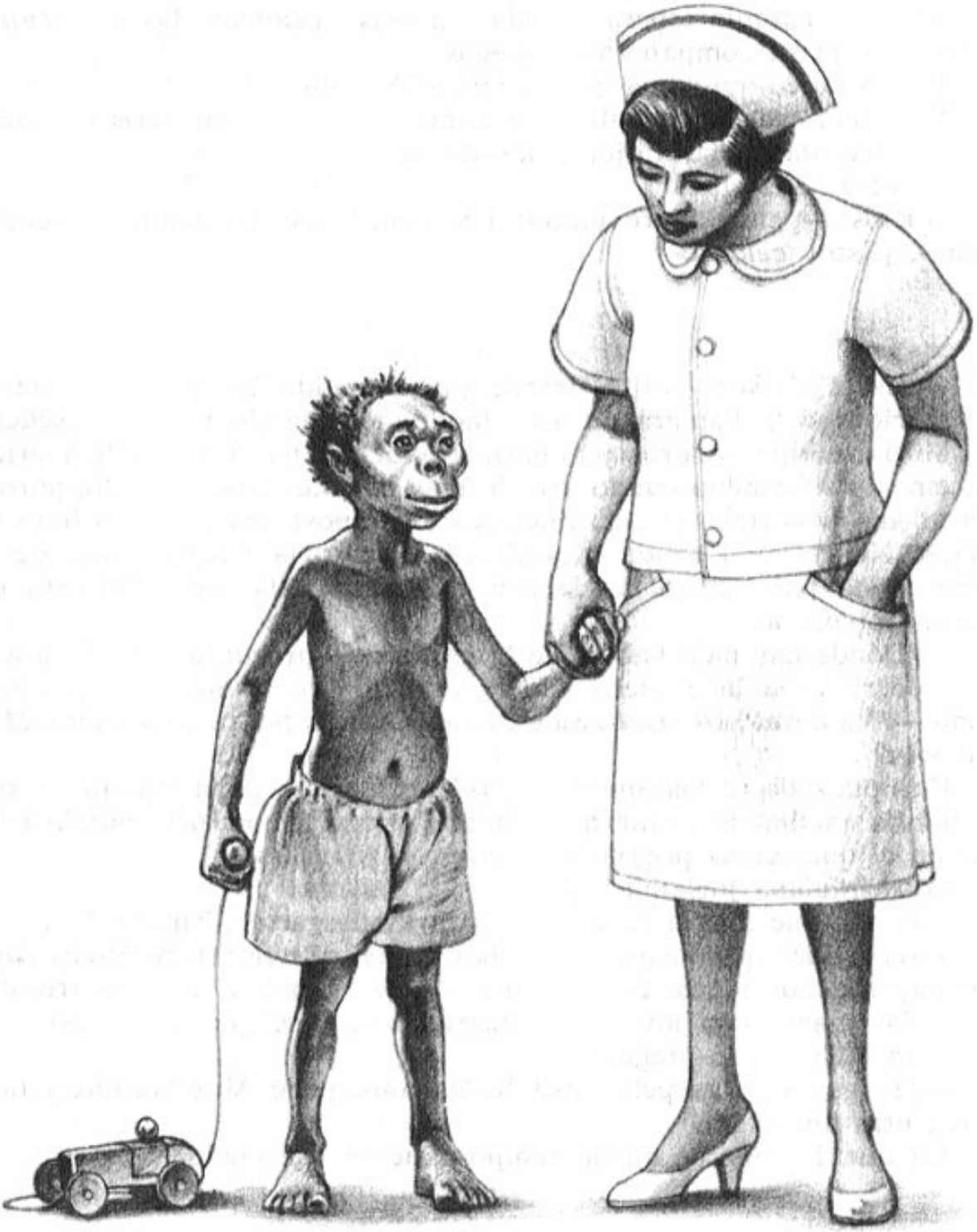
Miss Fellowes le preguntó:

—¿Te gustaría ver películas? Te las conseguiré. Muy bonitas y también cintas musicales.

Así que Timmie se quedó temporalmente consolado.

En ausencia de Jerry veía las películas una y otra vez, y Miss Fellowes le leía horas y horas.

Había mucho que aclarar incluso en la más sencilla de las historias, porque había mucho que nada tenía que ver con el espacio limitado de sus tres habitaciones. Timmie soñó más que nunca que empezaba a vislumbrar el exterior.



Los sueños eran siempre los mismos, acerca del exterior. Trató con dificultad de describírselos a Miss Fellowes. En sus sueños estaba fuera, en un fuera vacío pero muy grande, con niños y extraños e indescriptibles objetos medio digeridos en su pensamiento, sacados de descripciones a medio comprender, o de los remotos recuerdos neanderthalenses apenas rememorados.

Pero los niños y los objetos le ignoraban; y aunque estaba en el mundo, jamás era parte de él, sino que estaba solo como cuando estaba en su habitación…, y despertaba llorando.

Miss Fellowes trataba de tomar los sueños a risa, pero había noches que, en su propio apartamento, también lloraba.

Un día, mientras Miss Fellowes leía, Timmie le puso la mano bajo la barbilla y la levantó suavemente de modo que sus ojos dejaron el libro y le miraron. Preguntó:

—¿Cómo sabe lo que dice, Miss Fellowes?

—¿Ves estas marcas? —le preguntó—. Me indican lo que debo decir. Estas marcas forman palabras.

El niño las miró curiosamente durante largo rato y tomando el libro en la mano observó:

—Algunas son iguales.

Ella rió encantada con esta muestra de agudeza y asintió:

—Sí lo son. ¿Te gustaría que te enseñara cómo hacer las marcas?

—Muy bien. Será un juego agradable.

Ni siquiera se le ocurrió que pudiera aprender a leer. Hasta el momento en que le leyó un libro, no había pensado que pudiera aprender.

Después, semanas más tarde, la enormidad de lo que se había hecho la asombró. Timmie estaba sentado en su regazo, siguiendo palabra por palabra lo que estaba impreso en un libro infantil, estaba leyéndoselo. ¡Le estaba leyendo a ella!

Se levantó con dificultad, estupefacta, y dijo:

—Bien, Timmie, volveré en seguida. Quiero ver al doctor Hoskins.

En un acto reflejo le pareció encontrar una respuesta a la infelicidad de Timmie. Si Timmie no podía salir para entrar en el mundo, debían meter al mundo en las tres habitaciones de Timmie… ¡Todo el mundo en libros, películas y sonido! Debía ser educado según su máxima capacidad. El mundo se lo debía.

Encontró a Hoskins en un estado de ánimo análogo al suyo, sumido en una especie de triunfo glorioso. Su despacho estaba más ajetreado que de costumbre. Por un momento, abrumada en la antesala, creyó que no conseguiría verle.

Pero la vio él, y una sonrisa iluminó su rostro.

—Venga aquí, Miss Fellowes —le dijo. Habló rápidamente por el

intercomunicador, luego lo dejó—. ¿Se ha enterado usted? No, claro, no ha podido. ¡Lo hemos conseguido! De verdad que lo hemos conseguido. Tenemos al alcance de la mano la detección intertemporal.

—¿Quiere decir —y trató de separar de su pensamiento las buenas noticias— que puede conseguir a una persona de tiempos históricos y traerla al presente?

—Es exactamente lo que quiero decir. Tenemos la trayectoria de un individuo del siglo XIV ahora mismo. Imagíneselo. *¡Imagíneselo!* Si pudiera comprender lo feliz que soy de salirme de la eterna concentración del Mesozoico, de remplazar a los paleontólogos por historiadores… Pero venía a decirme algo, ¿verdad? Bien, dígalo, dígalo. Me encuentra de buen humor. Cualquier cosa que quiera, se lo concedo.

Miss Fellowes sonrió.

—Me alegro, porque venía a pedirle si podríamos establecer un sistema educativo para Timmie.

—¿Educativo? ¿En qué forma?

—Pues, en todo. Una escuela para que pudiera aprender.

—Pero, ¿*puede* aprender?

—Naturalmente. *Está* aprendiendo. Sabe leer. Le he ido enseñando yo misma.

Hoskins siguió sentado, quieto y, de pronto, quedó deprimido.

—No sé qué decirle, Miss Fellowes.

—Acaba de decirme que cualquier cosa que quisiera…

—Lo sé y no debí hacerlo. Verá, Miss Fellowes, estoy seguro de que comprenderá que no podemos mantener el experimento Timmie para siempre.

Se lo quedó mirando, horrorizada, sin comprender realmente lo que había dicho. ¿Qué quería decir con «no podemos mantener»? Como un rayo algo cruzó vertiginosamente su memoria, y se acordó del profesor Ademewsky y su espécimen mineral que le arrebataron después de dos semanas…

—Pero está hablando de un niño —objetó—, no de un mineral…

El doctor Hoskins, incómodo, alegó:

—Incluso a un niño no se le debe conceder demasiada importancia, Miss Fellowes. Ahora que esperamos individuos sacados de los tiempos históricos necesitamos espacio en «Stasis», todo el que podamos conseguir.

No acababa de entenderlo.

—Pero no puede hacerlo. Timmie…, Timmie…

—Por favor, Miss Fellowes, tranquilícese. Timmie no se va a marchar ahora mismo, tardará meses tal vez. Entretanto, haremos lo que podamos.

No podía dejar de mirarle.

—Déjeme que le sirva algo, Miss Fellowes.

—No —musitó—. No necesito nada. —Se puso en pie como inmersa en una pesadilla y se fue.

«Timmie —iba pensando—, *no* te dejaré morir. No *morirás*.»

Estaba muy bien la idea de que Timmie no debía morir, pero ¿cómo lo conseguiría? En las semanas siguientes, Miss Fellowes vivió pendiente sólo de la esperanza de que el intento de traer a un hombre del siglo XIV fracasara completamente. Las teorías de Hoskins podían estar equivocadas, o su puesta en práctica podía ser defectuosa. Entonces las cosas seguirían como antes.

Por supuesto que ésta no era la esperanza del resto del mundo e, irracionalmente, odió al mundo por esto. El «Proyecto Edad Media» alcanzó el máximo de publicidad. La Prensa y el público habían estado esperando algo como eso. «Stasis Inc.» había carecido del necesario sensacionalismo desde hacía tiempo. Una nueva roca o un nuevo pez ya no les impresionaba. Pero, ¡eso sí!

Un ser humano histórico; un adulto hablando un idioma conocido; alguien que pudiera abrir una nueva página de la Historia al erudito.

Se acercaba la hora cero y esta vez ya no era cuestión de tres mirones desde un balcón. Esta vez el auditorio sería mundial. Esta vez los técnicos de «Stasis, Inc.» representarían su papel ante toda la Humanidad.

La propia Miss Fellowes estaba nerviosa con la espera. Cuando el joven Jerry Hoskins apareció para jugar con Timmie, casi no le reconoció. No era él a quien esperaba.

(La secretaria que lo trajo salió apresuradamente después de un brevísimo saludo a Miss Fellowes. Salió corriendo para conseguir un buen sitio desde el que contemplar los preparativos del «Proyecto Edad Media». Y también hubiera debido hacerlo Miss Fellowes, y con mayor motivo, pensó con amargura, si esa estúpida sustituta llegara de una vez.)

Jerry Hoskins se le acercó, turbado:

—¿Miss Fellowes? —Y sacó del bolsillo un recorte de un periódico.

—¿De qué se trata, Jerry?

—¿Es éste un retrato de Timmie?

Miss Fellowes se quedó mirándolo, luego le arranco la tira de las manos. La excitación del «Proyecto Edad Media» había hecho revivir el interés por Timmie por parte de la Prensa. Jerry la miró fijamente. Luego preguntó:

—Dice que Timmie es un niño-mono, ¿qué quiere decir?

—No vuelvas a decir eso, Jerry. Nunca más, ¿lo entiendes? Es una palabra fea y no debes emplearla.

Jerry se desprendió, asustado. Miss Fellowes rompió el papel con rabia y añadió:

—Ahora entra a jugar con Timmie. Tiene un libro nuevo que mostrarte.

Por fin llegó la sustituta. Miss Fellowes no la conocía. Ninguna de las empleadas habituales estaba disponible apenas tuviera que hacer algo fuera de allí y menos hoy, con los preparativos del «Proyecto Edad Media», pero la secretaria de Hoskins le había prometido encontrar a *alguien*, y debía ser ésta.

Miss Fellowes se esforzó por no dejar traslucir su impaciencia.

—¿Es usted la muchacha asignada a «Stasis» Sección Una?

—Sí, soy Mandy Terris. Usted es Miss Fellowes, ¿verdad?

—En efecto.

—Siento llegar tarde. ¡Hay tanta excitación!

—Lo sé. Bien, quiero que…

—Estará viéndolo, me lo figuro —comentó Mandy. Su rostro flaco, bonito y vacío, respiraba envidia.

—Déjelo. Ahora quiero que entre conmigo y conozca a Timmie y a Jerry. Estarán jugando dos horas, así que no van a molestarla. Tienen leche abundante y muchos juguetes. En realidad, sería preferible que les deje solos el mayor tiempo posible. Ahora voy a enseñarle donde está todo y…

—Es Timmie, el niño-m…

—Timmie es el sujeto de «Stasis» —declaró con firmeza Miss Fellowes.

—Quiero decir si es el que figura que no debe salir.

—Sí. Ahora, venga. No queda mucho tiempo.

Cuando por fin salió Mandy Terry le gritó con voz estridente:

—Espero que consiga un buen asiento y, bueno, espero que todo salga bien.

Miss Fellowes no creía poder contestar razonablemente. Así que salió precipitadamente, sin volver la vista atrás.

Pero el retraso significó no conseguir un buen sitio. Lo más cerca que llegó fue a la pantalla de la sala de reuniones. Lo lamentó amargamente. Si hubiera podido estar en el centro, si hubiera podido alcanzar alguna parte sensible de los instrumentos, si de algún modo hubiera podido sabotear el experimento…

Encontró fuerzas suficientes para calmar su locura. La simple destrucción no serviría de nada. Lo reconstruirían una y otra vez. Y nunca se le permitiría acercarse a Timmie.

Nada podía ayudarla. Nada, sino que el propio experimento fracasara o se hundiera irremisiblemente.

Así que esperó durante la cuenta atrás, observando cada movimiento en la pantalla gigante, repasando, vigilando los rostros de los técnicos, cuando el reflector iba de uno a otro, en busca de una expresión preocupada o de incertidumbre que pudiera indicar que algo salía inesperadamente mal…

Pero no hubo esa suerte. La cuenta atrás llegó a cero, y silenciosa y discretamente, el experimento salió bien.

En el nuevo «Stasis» que se acababa de instalar, se veía a un aldeano encorvado y barbudo, de edad indeterminada, vestido con ropas sucias, harapientas, y zapatos de madera, mirando horrorizado el cambio súbito y aterrador que se le había caído encima.

Y mientras el mundo enloquecía de júbilo, Miss Fellowes se quedaba helada por

la congoja; se sentía como sacudida y zarandeada, todo menos pisoteada; envuelta en el triunfo ajeno y abatida por su derrota.

Cuando el altavoz la llamó con fuerte estridencia, tuvo que soñar por tres veces antes de reaccionar.

«Miss Fellowes, Miss Fellowes. Debe acudir a Stasis Sección Uno, inmediatamente. Miss Fellowes, Miss Fell…»

—¡Abran paso! —gritó, angustiada, mientras el altavoz continuaba repitiendo sin pausa. Se abrió camino entre la gente con salvaje energía, golpeando con los puños cerrados, sacudiéndoles, moviendo los brazos, corriendo hacia la puerta pero con una lentitud desesperante.

Mandy Terry lloraba.

—No sé cómo ocurrió. Salí sólo un momento al corredor para mirar en una pequeña pantalla que habían colocado allí. Sólo un minuto. Y antes de que pudiera hacer nada… —Se revolvió y gritó acusadora—: Usted me dijo que no me darían trabajo, dijo que les podía dejar solos…

Miss Fellowes, despeinada y temblorosa, la taladró con la mirada.

—¿Dónde está Timmie?

Una enfermera desinfectaba el brazo de Jerry y otra preparaba una inyección antitetánica. Había sangre en las ropas de Jerry.

—Me mordió, Miss Fellowes —lloró Jerry, rabioso—. Me mordió.

Pero Miss Fellowes ni le miró.

—¿Qué han hecho con Timmie? —preguntó.

—Le encerré en el cuarto de baño —contestó Mandy—. Me limité a empujar al monstruo allá dentro y cerré con llave.

Miss Fellowes corrió a la casa de muñecas. Tanteó en la puerta del baño. Le llevó una eternidad poder abrirla y descubrir al chiquillo acurrucado en un rincón.

—No me pegue, Miss Fellowes —murmuró. Sus ojos estaban enrojecidos y le temblaban los labios—. No quise hacerlo.

—¡Oh, Timmie! ¿Quién ha hablado de pegarte? —Lo cogió en sus brazos y lo estrechó con fuerza.

—Me dijo que lo haría con una correa —dijo, trémulo—. Me dijo que usted me pegaría y me pegaría.

—No lo haré. Fue mala diciéndotelo. Pero, ¿qué ocurrió? ¿Por qué ocurrió?

—Me llamó niño-mono. Me dijo que no era un niño de verdad. Me dijo que yo era un animal. —Y Timmie se deshizo en lágrimas—. Dijo que no volvería a jugar nunca más con un mono. Yo le dije que no era un mono, que yo *no era* un mono. Me dijo que era feo y raro. Me dijo que era terriblemente feo. Lo iba diciendo y diciendo y entonces le mordí.

Ahora lloraban los dos. Miss Fellowes sollozaba.

—Pero no es verdad. Tú lo sabes, Timmie. Tú eres un verdadero niño. Eres un niño bueno y el mejor del mundo. Y nadie, nadie, te apartará nunca de mí.

Ahora le resultaba fácil tomar una decisión; fácil saber qué hacer. Sólo que había que hacerlo rápidamente. Hoskins no esperaría mucho con su hijo herido…

No, habría que hacerlo esta misma noche, *esta* noche; con las tres cuartas partes del mundo dormidas y la otra intelectualmente borracha de éxitos por el «Proyecto Edad Media».

Sería una hora fuera de lo corriente para su regreso, pero no rara. El guardia la conocía bien y no pensaría en interrogarla. No pensaría nada viéndola con una maleta. Ensayó la respuesta inocua «Juegos para el niño» y la tranquila sonrisa.

¿Por qué no iba a creerla?

La creyó. Cuando volvió a entrar en la casa de muñecas, Timmie estaba aún despierto y ella mantuvo una desesperada normalidad para impedir que se asustara. Habló con él de sus sueños y le oyó preguntar, entristecido, por Jerry.

Poca gente la vería después y nadie preguntaría por el bulto que llevara. Timmie estaría muy quieto y después ya sería un hecho consumado. Lo haría y sería inútil tratar de remediarlo. La dejarían en paz. Los dejarían en paz a ambos.

Abrió la maleta, sacó el abrigo, el gorro de lana con orejeras y todo lo demás. Timmie permanecía sentado, pero empezaba a alarmarse.

—¿Por qué me pone toda esta ropa, Miss Fellowes?

—Voy a llevarte fuera, Timmie —le tranquilizó—. A donde tú sueñas, donde están tus sueños.

—¿Mis sueños? —Volvió el rostro, anhelante, pero sin perder del todo el miedo.

—Ya no volverás a sentir miedo. Estarás conmigo. No tendrás miedo si estás conmigo, ¿verdad, Timmie?

—No, Miss Fellowes. —Hundió su cabecita deforme en el costado de la enfermera y bajo su brazo pudo sentir los latidos del pequeño corazón.

Era medianoche; lo cogió en brazos. Desconectó la alarma y abrió silenciosamente la puerta.

Y lanzó un grito porque frente a ella, del otro lado de la puerta, estaba Hoskins.

Había dos hombres con él, y se la quedó mirando, tan sorprendido como ella.

Miss Fellowes reaccionó primero, cuestión de segundos, e inició un rápido movimiento para pasar; pero pese a esos segundos él llegó a tiempo. La cogió torpemente y la empujó contra una cómoda. Hizo pasar a los hombres y se enfrento con ella, bloqueándole la salida.

—No me esperaba esto. ¿Está usted loca?

Ella consiguió interponerse para que no fuera Timmie quien se estrellara contra la

cómoda. Le dijo, suplicante:

—¿Qué daño puedo hacer si me lo llevo, doctor Hoskins? ¿No puede anteponer una vida humana a la pérdida de energía?

Con firmeza, Hoskins le quitó a Timmie de los brazos:

—Una pérdida de energía de tal envergadura significaría millones de dólares robados de los bolsillos de los inversores. Significaría un gran salto atrás para «Stasis, Inc.». Significaría una publicidad llamativa sobre una enfermera sentimental que lo destruyó todo en beneficio de un niño-mono.

—*¡Niño-mono!* —exclamó Miss Fellowes, desesperada.

—Eso es lo que los reporteros le llamarían —declaró Hoskins.

Uno de los hombres salió, pasando un cable por unos ojetes situados en la parte alta de la pared.

Miss Fellowes se acordó del cordón que Hoskins había sacudido en el exterior de la habitación que contenía la muestra de roca del profesor Ademewsky, tiempo atrás.

—¡No! —gritó.

Pero Hoskins dejó a Timmie en el suelo y suavemente le quitó el abrigo que llevaba puesto.

—Quédate aquí, Timmie. No te ocurrirá nada. Vamos a salir fuera un momento. ¿Entiendes?

Timmie, pálido y mudo, consiguió mover afirmativamente la cabeza.

Hoskins sacó a Miss Fellowes de la casa de muñecas empujándola delante de él. De momento, Miss Fellowes no ofreció resistencia. Agotada, se fijó en la anilla que ponía en el cordón, fuera de la casa de muñecas.

—Lo siento, Miss Fellowes —dijo Hoskins—, hubiera querido ahorrarle esto. Lo planeé para la noche para que usted no lo descubriera hasta que todo hubiera terminado.

—Todo porque mordió a su hijo —murmuró—, que atormentó a este niño y lo obligó a atacarle.

—No, créame. Comprendo lo del incidente de hoy y sé que fue culpa de Jerry. Pero la historia ha trascendido. Tenía que suceder precisamente hoy rodeados como estábamos por la Prensa. No puedo arriesgarme a que circule una historia deformada sobre negligencia y salvajes neanderthales, desviando la atención del éxito del «Proyecto Edad Media». De todos modos, Timmie tenía que irse pronto; mejor ahora y evitar que los sensacionalistas tengan siquiera el menor punto donde plantar su basura.

—Pero no es lo mismo que devolver una roca. Matará a un ser humano.

—Nada de matar. Evitaremos esa sensación. Será simplemente un niño neanderthal en un mundo neanderthalense. Dejará de ser un prisionero y un extraño. Tendrá una oportunidad en una vida libre.

—¿Qué oportunidad? Solamente tiene siete años, está acostumbrado a que le cuiden, vistan, alimenten, protejan. Estará solo. Su tribu puede no encontrarse en el

punto en que los dejó, después de haber pasado cuatro años. Y si estuvieran, no le reconocerían. Tendrá que valerse por sí mismo. ¿Cómo sabrá hacerlo?

Hoskins movió la cabeza en desesperada negativa:

—Cielos, Miss Fellowes, ¿cree que no lo hemos pensado? ¿Cree que hubiéramos traído a un niño si antes no hubiera habido otra trayectoria con éxito de un humano, o casi humano, y que no nos atrevimos a correr el riesgo de devolverlo y traer a otro igualmente bueno? ¿Por qué supone que guardamos a Timmie todo este tiempo, como hicimos, de no ser por evitar devolver un niño al pasado? Es sólo que… —y su voz adquirió una desesperada intensidad—, ya no podemos esperar más. Timmie nos cierra el camino de la expansión. Timmie es la fuente de un posible descrédito; nos encontramos en el umbral de grandes acontecimientos y, lo siento, Miss Fellowes, pero no podemos permitir que Timmie nos lo impida. No podemos. No podemos. Lo siento, Miss Fellowes.

—Está bien —aceptó Miss Fellowes, con tristeza—. Déjeme decirle adiós. Déme cinco minutos para despedirme. Concédame esto por lo menos.

Hoskins titubeó.

—Adelante.

Timmie corrió hacia ella. Por última vez corría hacia ella y por última vez Miss Fellowes le estrechó en sus brazos.

Por un momento le abrazo a ciegas. Con la punta del pie tiró una silla hacia sí, la apoyó en la pared y se sentó.

—No tengas miedo, Timmie.

—No tengo miedo si está conmigo, Miss Fellowes. ¿Está enfadado conmigo el hombre que está ahí fuera?

—No, no lo está. Es sólo que no nos comprende. Timmie, ¿sabes lo que es una madre?

—¿Como la madre de Jerry?

—¿Te hablaba de su madre?

—A veces. Yo pienso que una madre es quizás una señora que se ocupa de uno y que es muy cariñosa y que hace cosas buenas.

—Eso mismo. ¿Has deseado alguna vez una madre, Timmie?

Timmie apartó la cabeza del hombro para poder mirarla. Muy despacio, le pasó la mano por la mejilla y el cabello y la fue acariciando, como había hecho ella con él hacía tanto tiempo. Le preguntó:

—¿Es usted mi madre?

—¡Oh, Timmie!

—¿Está enfadada porque se lo he preguntado?

—No. Claro que no.

—Porque ya sé que su nombre es Miss Fellowes, pero…, pero a veces la llamo

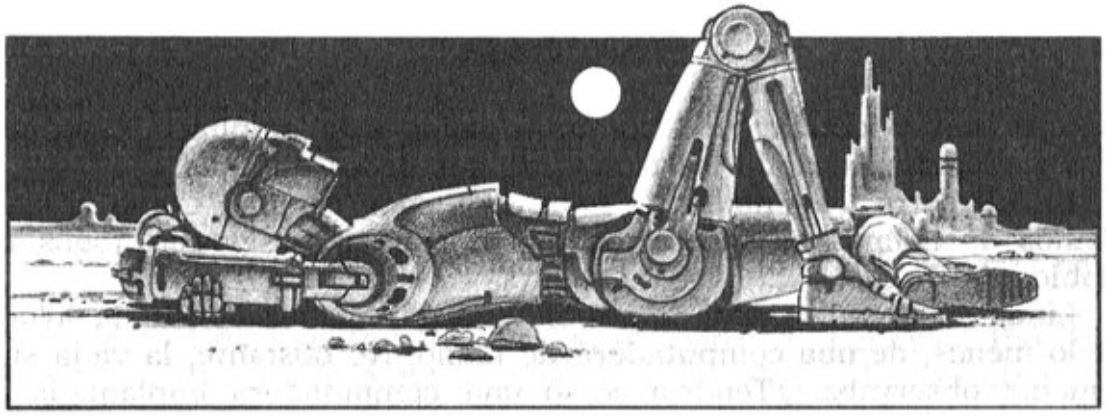
«madre» por dentro. ¿Está bien?

—Sí. Sí. Está muy bien. Y no te dejaré nunca más y nadie te hará ningún daño. Estaré siempre contigo para cuidarte. Llámame madre para que pueda oírte.

—¡Madre! —dijo Timmie radiante, apoyando su mejilla contra la de ella.

Miss Fellowes se levantó y, con el niño en brazos, se subió a la silla. El principio de un grito, desde fuera, pasó inadvertido para ella y con su mano libre dio un tirón, con todas sus fuerzas al cable donde pasaba entre dos ojetes.

Y «Stasis» fue perforada y la habitación quedó vacía.



LA BOLA DE BILLAR

James Priss hablaba siempre despacio. Supongo que debería decir el profesor James Priss, aunque todo el mundo sabrá a quien me refiero incluso sin el título.

Lo sé. Lo entrevisté con cierta frecuencia. Tenía la mente más grande después de Einstein, pero no le funcionaba con rapidez. Solía admitir su lentitud. Quizás era *porque* su mente era tan grande que no podía moverse de prisa.

Si tenía que decir algo, lo decía despacio, abstraído; después pensaba, y a continuación volvía a decir algo más. Incluso en las cosas más triviales, su mente gigantesca se debatía incierta, añadiendo un toque acá y allá.

Me lo imaginaba pensando: «¿Se *levantará* el sol mañana? ¿Qué queremos decir con “levantar”? ¿Podemos estar seguros de que vendrá el mañana? ¿Es acaso el término “sol” un término ambiguo en este aspecto, o no?»

Añadamos a este hábito de expresarse, un carácter blando; una cara pálida, sin más expresión que una general incertidumbre; cabello gris, escaso, bien peinado; trajes serios de corte clásico. Aquí tienen lo que era el profesor James Priss…, una persona tímida carente completamente de magnetismo.

Ésa es la razón por la que nadie en el mundo, excepto yo, podía llegar a sospechar que fuera un asesino. Incluso yo no estoy seguro. Después de todo, *pensaba* muy despacio; *siempre* había sido tardo en pensar. ¿Es concebible acaso que en un momento crucial consiguiera pensar con rapidez y actuar al instante?

Qué más da. Incluso si asesinó, se salió con la suya. Es demasiado tarde ahora para tratar de cambiar las cosas, y yo no conseguiría hacerlo aunque decidiera que se publicara todo esto.

Edward Bloom fue compañero de clase de Priss en la Facultad y, por diversas circunstancias, socio durante toda una generación después. Tenían la misma edad y la misma propensión a la soltería, pero eran totalmente opuestos en todo lo

trascendental, alto, fuerte, extrovertido, impetuoso y pagado de sí mismo. Su mente era como el choque de un meteoro por la forma súbita e inesperada de captar lo esencial. No era un teórico como Priss; Bloom no tenía paciencia ni capacidad de concentrarse intensamente para pensar en un solo punto abstracto. Lo confesaba, presumía de ello.

Lo que sí poseía era una misteriosa capacidad de ver la aplicación de una teoría; de ver el modo de ponerla en práctica. En un frío bloque de mármol de estructura abstracta podía ver, sin aparente dificultad, el complicado diseño de un invento maravilloso. El bloque se partiría a su contacto, y quedaría el invento.

Es una historia conocida, y no muy exagerada, que nada de lo que Bloom construía había dejado de funcionar, o de ser patentado o provechoso. Al cumplir cuarenta y cinco años, era uno de los hombres más ricos de la Tierra.

Y si Bloom el técnico se adaptaba a un asunto determinado mejor que a otra cosa, era a la forma de pensar de Priss el teórico. Los mejores artilugios de Bloom se habían construido según las mejores ideas de Priss, y a medida que Bloom se hacía rico y famoso, Priss se hacía acreedor al profundo respeto de sus colegas.

Naturalmente, era de esperar que cuando Priss presentara su teoría de doble campo, Bloom se pondría al momento a construir su primer aparato práctico de antigravedad.

Mi ocupación consistía en encontrar un interés humano en la teoría de doble campo para los suscriptores de *Tele-News Press*, y uno lo consigue esforzándose por tratar con seres humanos y no con ideas abstractas. Dado que mi entrevistado era el profesor Priss, la cosa no era nada fácil.

Naturalmente, me proponía preguntarle sobre las posibilidades de la antigravedad, que interesaba a todo el mundo; pero no sobre la teoría de doble campo, que nadie podía entender.

—¿Antigravedad? —Priss apretó sus labios descoloridos y reflexionó—. No estoy muy seguro de que sea posible, o que lo sea alguna vez. No he…, no he profundizado el asunto a entera satisfacción. Tampoco veo enteramente si las ecuaciones del doble campo tendrían una solución finita, como deberían tener, claro, si… —Y se perdió en divagaciones.

Yo insistí:

—Bloom dice que piensa que el dispositivo puede construirse.

Priss asintió.

—Sí, claro, pero yo me lo pregunto. Ed Bloom ha tenido la sorprendente suerte de descubrir, en el pasado, lo que no estaba claro. Tiene una mente fuera de lo corriente. En todo caso, le ha hecho muy rico.

Estábamos sentados en el apartamento de Priss. Clase media normal. No pude evitar echar un vistazo a mi alrededor. Priss no era rico.

No creo que leyera mi pensamiento. Vio mi mirada. Y creo que estaba pensando lo mismo.

—La riqueza —dijo— no es la recompensa habitual del científico. Ni siquiera una recompensa razonable.

«A lo mejor», me dije. Priss tenía ciertamente su propio tipo de recompensa. Era la tercera persona en la Historia que había ganado dos premios Nobel, y el primero en tenerlos sin compartir. De esto uno no puede quejarse. Y si bien no era rico, tampoco era pobre.

Pero no parecía un hombre satisfecho. Puede que no fuera solamente la riqueza de Bloom lo que le irritaba, quizás era la fama que tenía en todas partes o tal vez se debiera a que Bloom era una celebridad fuera donde fuera, mientras que Priss fuera de las convenciones científicas y de los clubes de Facultad, era un simple desconocido.

No sabría decir cuánto de todo esto se veía en mis ojos o en la forma en que fruncía la frente, pero Priss siguió diciendo:

—Pero somos amigos, ¿sabe? Jugamos al billar una o dos veces por semana. Le gano con regularidad.

(Jamás publiqué esta declaración. La comprobé con Bloom, que hizo una larga contradeclaración que empezaba así: «*Me* gana al billar. Ese borrico…», y siguió personalizando cada vez más. En realidad ni uno ni otro eran novatos jugando al billar. Les contemplé una vez, durante un rato, después de la declaración y contradeclaración y ambos manejaban el taco con aplomo profesional. Y lo que es más, ambos jugaban a matar, y no pude ver el menor atisbo de amistad en su juego.)

Pregunté:

—¿Le gustaría pronosticar si Bloom logrará fabricar su aparato antigravedad?

—¿Quiere decir, si me quiero comprometer a algo? Hmmm. Bien, consideremos, joven, qué entendemos exactamente por antigravedad. Nuestra concepción de la gravedad se basa en la teoría general de la relatividad de Einstein, que cuenta ahora cien años, pero que dentro de sus limitaciones se mantiene firme. Podemos expresarla…

Le escuchaba respetuosamente. Ya había oído a Priss hablar de este tema anteriormente, pero si me proponía sacarle algo —lo que no era seguro—, tendría que dejarle exponerlo a su aire.

—Podemos expresarla —siguió— imaginando el Universo como una sábana lisa, delgada, superflexible, de goma irrompible. Si representamos la masa por el peso, como lo está en la superficie de la Tierra, eso supondría que la masa descansando sobre la sábana de goma haría una mella, una abolladura. A mayor masa, más profunda la mella.

»En el Universo de hoy día —prosiguió— existe todo tipo de masa y por ello debemos imaginar nuestra sábana de goma cuajada de depresiones. Cualquier objeto que ruede sobre la sábana entrará y saldrá de las depresiones al pasar, desviándose y cambiando de dirección al hacerlo. Son estas desviaciones y cambios lo que interpretamos como la demostración de una fuerza de gravedad. Si el objeto móvil se

acerca lo bastante al centro de la depresión y se mueve lo bastante despacio, queda cogido y gira y gira alrededor de la concavidad o depresión. En ausencia de fricción, seguirá girando para siempre. En otras palabras, lo que Isaac Newton interpretó como fuerza, Albert Einstein lo interpretó como distorsión geométrica.

Llegado a este punto, se calló. Había estado hablando mucho, dado como era él, porque decía algo que había dicho infinidad de veces. Pero ahora empezó a tomárselo con calma, diciendo:

—Así que al tratar de producir antigravedad, tratamos de alterar la geometría del Universo. Si proseguimos con nuestra metáfora, es como si intentáramos alisar nuestra sábana de goma. Podríamos imaginarnos metidos bajo la sábana, levantándola, sosteniéndola para evitar que se hagan más hundimientos. Si alisamos de este modo la sábana de goma, entonces creamos un Universo, o por lo menos una porción de Universo en que la gravedad no existe. Un cuerpo que rodara sobre sí mismo pasaría sobre la masa lisa sin alterar lo más mínimo su trayectoria, y podríamos interpretar eso como significando que la masa no ejerce ninguna fuerza gravitatoria. A fin de realizar esta hazaña necesitamos, no obstante, una masa equivalente a la masa hundida. Para producir antigravedad de esta manera en la Tierra, deberíamos asegurarnos una masa igual a la Tierra y sostenerla sobre nuestras cabezas, por decirlo así.

Le interrumpí:

—Pero su teoría de doble campo…

—Exactamente. La relatividad general no explica ni el campo gravitatorio ni el campo electromagnético en una única serie de ecuaciones. Einstein pasó la mitad de su vida buscando esa única serie para la teoría de un campo unificado, y fracasó. Todos los que siguieron a Einstein también fracasaron. Yo, no obstante, empecé con la suposición de que había dos campos que no podían ser unificados y seguí las consecuencias que puedo explicar, en parte, en los términos que se desprenden de la metáfora de la «sábana de goma».

Ahora estábamos llegando a algo que no estaba seguro de haber oído antes. Pregunté:

—¿Cómo es eso?

—Suponga que, en lugar de levantar la masa hundida, tratamos de endurecer la propia sábana, hacerla más resistente. Se contraería por lo menos en un área pequeña, y se haría más plana. La gravedad se debilitaría, lo mismo que la masa, porque ambas son esencialmente el mismo fenómeno en términos del Universo abollado. De poder alisar por completo la sábana de goma, tanto la gravedad como la masa desaparecerían del todo.

»Bajo condiciones apropiadas, el campo electromagnético podría hacerse que se encontrara con el campo gravitatorio y serviría para endurecer el tejido abollado del Universo. El campo electromagnético es muchísimo más fuerte que el campo gravitatorio, así que podría lograrse que el primero dominara al segundo.

—Pero dice usted —repliqué indeciso— «bajo condiciones apropiadas». ¿Pueden conseguirse las condiciones apropiadas de que usted habla, profesor?

—Eso es lo que no sé —contestó Priss, pensativo, y añadió despacio—: Si el Universo fuera realmente una sábana de goma, su rigidez tendría que alcanzar un valor infinito antes de poder esperarse que permaneciera completamente liso bajo una masa que pudiera abollarla. Si es esto cierto también en el Universo, entonces se precisara un campo electromagnético infinitamente intenso y esto significará que la antigravedad es imposible.

—Pero Bloom dice…

—Sí, imagino que Bloom piensa que bastará un campo finito si puede aplicarse debidamente. No obstante, por ingenioso que sea —y Priss sonrió levemente— no debemos tenerle por infalible. Su comprensión de la teoría es inexistente. Él… jamás consiguió graduarse, ¿lo sabía?

Estuve a punto de decirle que sí. Después de todo, era del dominio público. Pero había un algo morboso en la voz de Priss al preguntarlo y yo levanté la vista a tiempo de ver la animación de sus ojos, como si estuviera encantado de propagar la noticia. Así que incliné la cabeza como si lo almacenara para futura referencia.

—Entonces, opina usted, profesor Priss —insistí—, que Bloom está probablemente equivocado y que la antigravedad es imposible.

Priss asintió diciendo:

—El campo gravitatorio puede debilitarse, naturalmente, pero si por antigravedad entendemos un auténtico campo de gravedad cero, es decir, nada de gravedad en un volumen significativo de espacio, sospecho que la antigravedad resulte imposible, mal que le pese a Bloom.

En cierto modo, había conseguido lo que quería.

En los tres meses siguientes a todo esto, no volví a ver a Bloom y cuando le vi, estaba de mal humor.

Se había enfadado de repente, claro, cuando se entero de la declaración de Priss. Divulgó que Priss sería invitado casualmente a la exposición del dispositivo de antigravedad tan pronto estuviera terminado e incluso se le pediría que participara en la demostración. Algún reportero, no yo desgraciadamente, le acorraló entre citas y le pidió que ampliara lo anterior y añadió:

—Curiosamente tendré el dispositivo, quizá pronto. Y puede usted estar presente, así como los de la Prensa a los que les interese. Y también puede asistir el profesor James Priss. Puede representar a la ciencia teórica y después de que yo haya demostrado la antigravedad, puede aplicar su teoría y explicarla. Estoy seguro de que sabrá hacer su aplicación de forma magistral y demostrar exactamente por qué yo no podía haber fracasado. Podría hacerlo ahora y ahorrar tiempo, pero supongo que no querrá.

Todo ello se dijo con la mayor corrección, pero se podía detectar la rabia bajo el rápido chorro de palabras.

No obstante, continuó sus ocasionales partidas de billar con Priss y cuando ambos se reunían se comportaban con la máxima cortesía. Uno podía suponer los progresos que hacía Bloom por sus respectivas actitudes con la Prensa. Bloom se mostraba seco e impertinente, mientras que Priss hacía gala de buen humor.

Cuando aceptó mi repetida petición para hacerle a Bloom una entrevista, me pregunté si aquello significaba un descanso en la búsqueda de Bloom. Incluso soñé despierto que *me* anunciaba por fin su éxito.

Pero no fue así. Me recibió en su despacho de «Bloom Enterprises» en la parte alta del Estado de Nueva York. Era un lugar maravilloso, maravillosamente trazado, abarcando tanto terreno como un gran establecimiento industrial y alejado de toda área de población. Edison en su máximo esplendor, doscientos años atrás, no había tenido un éxito tan apoteósico como Bloom.

Pero Bloom no estaba de buen humor. Llegó con diez minutos de retraso y pasó como una fiera ante la mesa de su secretaria, inclinando apenas la cabeza en mi dirección. Llevaba puesta una bata de laboratorio desabrochada. Se dejó caer en su sillón y dijo:

—Lamento haberle hecho esperar, pero no disponía de tanto tiempo como había creído. —Bloom era un actor nato y sabía que no debía enemistarse con la Prensa, pero yo tuve la impresión de que atravesaba grandes dificultades en aquel momento para mantener el tipo.

Sabía cómo plantear la suposición.

—Tengo entendido, señor, que sus pruebas recientes no han sido del todo afortunadas.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo diría que es de dominio público, señor Bloom.

—No, no lo es. Y no lo diga, joven. No hay conocimiento público de lo que sucede en mis laboratorios y talleres. Está expresando las opiniones del profesor, ¿verdad? Me refiero a Priss.

—No, yo no…

—Claro que sí. ¿No es usted la persona a la que hizo aquella declaración de que la antigravedad es imposible?

—No lo dijo tan tajantemente.

—Nunca dice nada tajantemente, pero sí lo bastante para él, como que tendré su maldito Universo de sábana de goma dentro de nada.

—Entonces, ¿significa que está progresando, señor Bloom?

—Sabe que es así —me espetó—. O debería saberlo. ¿No estuvo usted en la demostración la semana pasada?

—Sí, estuve.

Imaginé que Bloom estaba en apuros, de lo contrario no habría mencionado

aquella demostración. Funcionó, sí; pero no fue nada del otro mundo. Produjo una región de gravedad disminuida entre los dos polos de un imán.

Se hizo con gran inteligencia. Se utilizó un *Mössbauer Effect Balance* para estudiar el espacio entre los dos polos. Si nunca han visto un *M-E Balance* en acción les diré que consiste en un haz monocromático, apretado, de rayos gamma, disparado sobre el campo de gravedad disminuida. Los rayos gamma cambian la longitud de onda ligera pero mensurable bajo la influencia del campo de gravitación y si ocurre algo que altere la intensidad del campo, la longitud de onda va cambiando adecuadamente. Es un método extremadamente delicado para tantear un campo gravitatorio y funciona como un amuleto. Quedaba claro que Bloom había debilitado la gravedad.

El problema era que se había hecho antes. Bloom, naturalmente, se había servido de los circuitos que aumentaban enormemente la facilidad con que se había logrado el efecto, su sistema era típicamente ingenioso y había sido debidamente patentado, y aseguraba que por este método la antigravedad sería no sólo una curiosidad científica sino algo práctico para aplicarlo en la industria.

Quizá. Pero era un trabajo incompleto y no solía alardear de cosas incompletas. Y no lo habría hecho así, esta vez, si no estuviera desesperado por exhibir *algo*.

Le comenté:

—Mi impresión es que lo conseguido en aquella demostración preliminar fue 0,82 g, y en Brasil, la primavera pasada, consiguieron más que esto.

—¿De veras? Bien, calcule el gasto de energía en Brasil y aquí, y después dígame la diferencia en disminución de gravedad por kilovatio-hora. Se sorprenderá.

—Pero lo que yo quiero saber es si puede alcanzar 0 g, gravedad cero. Eso es lo que el profesor Priss no cree posible. Todo el mundo está de acuerdo en que el mero hecho de rebajar la intensidad del campo no es gran cosa.

Bloom apretó los puños. Tuve la corazonada de que les había fallado un experimento clave aquel día y que estaba insoportablemente fastidiado. Bloom no podía aguantar que el Universo le dejara en mal lugar.

—Los teóricos me asquean. —Lo dijo en voz baja y controlada, como si realmente estuviera harto de no poder decirlo y que por fin estuviera decidido a expresar lo que pensaba y al diablo con todo—. Priss ha ganado dos premios Nobel por barajar ecuaciones, pero, ¿qué ha hecho con ellas? ¡Nada! Yo sí *he hecho* algo con ellas y voy a hacer aún más, le guste o no le guste a Priss.

»Yo soy el único que la gente recordará. Yo soy el único que será reconocido. Por mí, puede guardarse su título, sus premios y las felicitaciones de los eruditos. Óigame, le diré lo que le duele. Clara y llanamente tiene celos. Le mata que yo consiga lo que consigo trabajando. Él lo quiere conseguir *pensando*.

»Una vez le dije…, jugamos juntos al billar, ya sabe…

Fue entonces cuando le repetí la declaración de Priss sobre el billar y obtuve la contradeclaración de Bloom. Jamás las he publicado. Eran trivialidades.

—Jugamos al billar —siguió explicando Bloom cuando se hubo tranquilizado algo— y he ganado muchas partidas. Mantenemos la cosa en plan relativamente amistoso. Qué demonios…, compañeros de Facultad y demás…, aunque, la verdad, no sé cómo pudo terminar. Pasó en Física, naturalmente, y en Matemáticas, pero aprobó justito, por compasión creo yo, en todas las asignaturas de humanidades.

—Pero usted no logró graduarse, ¿verdad, Mr. Bloom? —Eso fue pura maldad por mi parte. Disfrutaba con su indignación.

—Lo dejé para meterme en negocios, maldita sea. Mi media académica a lo largo de los años en que asistí fue de un notable claro. No vaya a imaginar otra cosa, ¿me oye? Para cuando Priss sacó su doctorado yo ya estaba ganando mi primer millón.

Claramente irritado, siguió contándome:

—Un día, jugábamos al billar, y yo le dije: «Jim, el hombre medio nunca comprenderá por qué te dan el premio Nobel a ti, cuando soy yo el que obtiene resultados. ¿Para qué quieres dos? Dame uno.» Pero él siguió allí, tranquilo, dándole tiza al taco y, después de un rato, me contesta con su voz vaga: «Tú tienes dos millones, Ed. Dame uno.» Así que ya ve, lo que quiere es el dinero.

—Tengo entendido que a usted no le importa que él reciba los honores —sugerí.

Por un momento creí que iba a mandarme salir, pero no lo hizo. Se echó a reír, agitó la mano como si quisiera borrar algo de una pizarra invisible que tuviera en frente y dijo:

—Bah, olvídelo. Todo eso es *off the record*. Óigame, ¿quiere una declaración? *Okey*. Las cosas no han salido bien hoy y perdí un poco los estribos, pero todo se arreglará. Creo saber lo que ha fallado. Y si no fuera así, lo averiguaré.

»Óigame, puede decir que *yo* digo que no necesitamos una intensidad electromagnética infinita; alisaremos la sábana de goma; conseguiremos la gravedad cero. Y cuando la tengamos montaré la más impresionante demostración que haya visto jamás, exclusivamente para la Prensa y para Priss, y usted será invitado. Puede decir que será muy pronto. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

Me quedó tiempo para ver a uno y otro una o dos veces más. Incluso les vi juntos cuando estuve presente en una de sus partidas de billar. Como les he dicho antes, ambos eran *muy buenos*.

Pero la invitación a la demostración no vino tan pronto como cabía esperar, faltaban seis semanas para el año, después de hacer Bloom su declaración. Aunque reconozco que era injusto esperar que el trabajo fuera más rápido.

Recibí una invitación especial, en relieve, con la seguridad de una hora de cóctel primero. Bloom jamás hacía las cosas a medias y se había propuesto tener a mano un grupo de reporteros satisfechos. También había hecho un arreglo para disponer de TV tridimensional. Era obvio que Bloom estaba completamente seguro de sí, lo bastante

seguro como para estar dispuesto a que la demostración se viera en todas las salas de estar del planeta.

Telefoneé al profesor Priss para asegurarme de que también había sido invitado. Lo estaba.

—¿Piensa asistir, señor?

Hubo una pausa y la cara del profesor, en la pantalla, era todo un estudio de mala gana e indecisión.

—Una demostración de este tipo es de lo más inoportuna cuando está en cuestión un tema científico. No me gusta apoyar semejantes manifestaciones.

Temí que no quisiera asistir, el dramatismo de la situación perdería mucho si él no se encontraba allí. Pero tampoco, a lo mejor, se atrevería a quedar como un gallina ante la opinión mundial. Con manifiesta repugnancia, dijo:

—Claro que Ed Bloom no es realmente un científico y debe disfrutar de su día de gloria. Estaré.

—¿Cree que Mr. Bloom puede producir gravedad cero, señor?

—Hmmm… Mr. Bloom me ha enviado una copia del diseño del dispositivo y…, no estoy del todo seguro. Quizá pueda hacerlo, si…, bueno, si dice que puede. Naturalmente… —calló un buen rato— …creo que me gustaría verlo.

—Y yo también, y muchos otros también.

La organización fue impecable. Toda una planta del edificio principal de «Bloom Enterprises», el de la colina, había sido vaciado. Había los cócteles prometidos y un espléndido surtido de tapas, música y luces suaves, y un bien vestido y absolutamente jovial Ed Bloom, representando al perfecto anfitrión, mientras cierto número de correctos y discretos sirvientes traían y llevaban cosas. Todo era genialidad y asombrosa confianza.

James Priss se retrasaba y vi a Bloom observando a la gente y empezando a ponerse un tanto nervioso. Entonces llegó Priss, arrastrando tras él una masa gris, gente, diría yo de medias tintas a las que no afecta el ruido y el esplendor (ninguna otra palabra podría describirla…, ¿o tal vez fueran los dos martinis secos que yo llevaba dentro?) que llenaba la estancia.

Bloom le vio y su rostro se iluminó al instante. Se precipitó, agarró la mano del hombre, y lo arrastró hacia el bar.

—¡Jim! ¡Encantado de verte! ¿Qué vas a tomar? ¡Demonio, hombre, lo habría cancelado si no hubieras aparecido! No puedo presentar esto sin la estrella, ¿sabes? —Estrechó la mano de Priss—. Es tu teoría, ya sabes. Nosotros, pobres mortales, no podemos hacer nada sin que unos pocos, vosotros, los malditos *pocos* nos tracen el camino.

Se mostraba exultante, dándole jabón porque ahora podía permitírselo; estaba cebando a Priss para la matanza.

Priss rechazó la copa, barbotando entre dientes, pero se encontró con la copa entre los dedos y Bloom alzó su voz como un rugido:

—¡Caballeros! Por favor, un momento de silencio. El profesor Priss, la mente más grande después de Einstein, dos veces premio Nobel, padre de la teoría de doble campo e inspirador de la demostración que están a punto de presenciar…, aunque él creía que no iba a funcionar y tuvo la valentía de decirlo públicamente.

Se notó un claro rumor de risas contenidas que inmediatamente cesó y la expresión de Priss se hizo tan sombría como su cara pudo conseguir.

—Pero ahora el profesor Priss está con nosotros —siguió diciendo Bloom—, y como ya hemos brindado, vamos a empezar. Síganme, caballeros.

La demostración tuvo lugar en un local mucho más complicado que el anterior. Esta vez se realizaba en la última planta del edificio. Estaban dispuestos diversos imanes, más pequeños, vive Dios, pero por lo que pude vislumbrar, el mismo *M-E Balance* estaba en su sitio.

Una cosa, no obstante, era nueva, y desconcertó a todo el mundo, atrayendo la atención más que ninguna otra cosa de la habitación. Se trataba de una mesa de billar situada bajo un polo del imán. Debajo de ella estaba el otro polo. En el mismo centro de la mesa se había abierto un agujero redondo, de unos treinta centímetros de diámetro y era evidente que el campo de gravedad 0, si iba a conseguirse, se produciría a través de aquel agujero del centro de la mesa de billar.

Era como si toda la demostración hubiera sido diseñada al estilo surrealista, para realzar la victoria de Bloom sobre Priss. Ésta iba a ser otra versión de sus eternas competiciones de billar, y Bloom iba a ser el ganador.

Ignoro si los demás periodistas lo veían así, pero creo que Priss sí. Me volví a mirarle y vi que todavía sostenía la copa que le habían puesto en la mano. Rara vez bebía, lo sé, pero ahora se llevó la copa a los labios y la vació de dos tragos. Se quedó mirando la mesa de billar y yo no necesité ser un superdotado para darme cuenta de que lo tomaba como un deliberado chasquido de dedos bajo las narices.

Bloom nos condujo a los veinte asientos que rodeaban tres lados de la mesa, dejando el cuarto libre como zona de trabajo. Priss fue cuidadosamente acompañado al asiento desde el cual la vista era más conveniente. Priss echó una ojeada a las cámaras tridimensionales que estaban ya funcionando. Me pregunté si estaba pensando en irse, pero decidió quedarse porque no podía irse ante los ojos del mundo.

La demostración era simple; lo que contaba era la producción. Había diales visibles que medían el gasto de energía. Había otros que transferían las lecturas del *M-E Balance* a una posición y tamaño que las hacía visibles para todos. Todo estaba preparado para una fácil visión tridimensional.

Bloom iba explicando cada paso con tono solemne, hacía una o dos pausas, se volvía a Priss en espera de la confirmación, pero no lo hacía con excesiva frecuencia

para que no pareciera que iba por él, pero Priss reflejaba el tormento que le embargaba. Desde donde estaba sentado podía mirar a través de la mesa y ver claramente a Priss.

Su aspecto era el de un hombre en el infierno.

Como sabemos todos, Bloom tuvo éxito. La *M-E Balance* registró que la intensidad gravitatoria disminuía con regularidad al intensificarse el campo electromagnético. Hubo aplausos cuando llegó por debajo de la marca 0,52 g. Una línea roja lo señalaba en el dial.

—La marca 0,52 g, como saben —explicó Bloom, seguro—, representa el récord anterior, bajo en intensidad gravitatoria. Ahora estamos por debajo a un coste, en electricidad, que es inferior a un diez por ciento de lo que costaba cuando se alcanzó la marca. Y seguiremos bajando.

Bloom, creo que deliberadamente, por mor del suspense, retrasó la caída final, dejando que las cámaras tridimensionales fueran y vinieran entre el hueco de la mesa de billar y el dial en el que iba disminuyendo la lectura del *M-E Balance*.

—Caballeros —dijo de pronto Bloom—, a un lado de cada uno de sus asientos encontrarán unas gafas oscuras. Por favor, pónganselas ya. El campo de gravedad cero no tardará en establecerse y radiará una luz rica en rayos ultravioleta.

Él también se puso las gafas y se notó un momentáneo rumor al hacerlo los demás.

Creo que nadie respiraba durante el último minuto, cuando la lectura del dial cayó a cero y se mantuvo. Y justo en ese momento en que ocurrió, un cilindro de luz saltó de polo a polo a través del agujero de la mesa de billar.

Se oyeron veinte suspiros cuando ocurrió. Alguien gritó:

—Mr. Bloom, ¿cuál es el motivo de esta luz?

—Es característica del campo de gravedad cero —contestó Bloom aunque no era ninguna respuesta.

Los reporteros se pusieron de pie, agrupados junto al borde de la mesa. Bloom les indicó que se retiraran.

—¡Por favor, caballeros, apártense!

Sólo Priss permanecía sentado. Parecía sumido en sus pensamientos y desde entonces tuve la seguridad de que eran las gafas las que oscurecían el posible significado de todo lo que siguió. No veía sus ojos, no podía. Y esto significaba que ni yo ni nadie más pudo siquiera empezar a imaginar lo que estaba ocurriendo tras aquellos ojos. Bueno, tal vez tampoco hubiéramos podido imaginarlo si no hubiera llevado las gafas, ¿quién puede decirlo?

Bloom alzaba de nuevo la voz:

—¡Por favor! La demostración no ha terminado aún. Hasta ahora sólo hemos repetido lo que había hecho antes. He producido ahora un campo de gravedad cero y he demostrado que puede hacerse prácticamente. Pero quiero demostrarles algo de lo que este campo puede hacer. Lo que vamos a ver a continuación será algo nunca visto

ni siquiera por mí. No he experimentado en este sentido, por más que me hubiera gustado, porque he comprendido que el profesor Priss merece el honor de…

Priss, sobresaltado, levantó la cabeza:

—¿Qué…? ¿Qué?

—Profesor Priss —dijo sonriente Bloom—, me gustaría que fuera usted el primero en llevar a cabo el experimento de la interacción de un objeto sólido con un campo de gravedad cero. Fíjese que el campo se ha formado en el centro de una mesa de billar. Todo el mundo conoce su fenomenal habilidad en el billar, profesor, un talento sólo inferior a su asombrosa capacidad para la física teórica. ¿Querrá usted enviar una bola de billar hacia el volumen de gravedad cero?

Entusiasmado, entregó una bola y un taco al profesor. Priss, con los ojos escondidos tras las gafas, se los quedó mirando, y muy despacio, muy indeciso, alargó las manos para cogerlos.

Me pregunto lo que reflejaban sus ojos. También me pregunto hasta qué punto la decisión de hacer que Priss jugara al billar para la demostración, fue debida al enfado de Bloom por el comentario de Priss sobre sus partidas periódicas, el comentario que ya había mencionado. ¿Fui yo, a mi manera, el responsable de lo que siguió?

—Venga, levántese, profesor —dijo Bloom—, y cédame su asiento. De ahora en adelante, usted es el protagonista. ¡Adelante!

Bloom se sentó y siguió hablando en un tono de voz que, por momentos, se volvía más sonora.

—Una vez el profesor Priss mande la bola al volumen de gravedad cero, no le afectará el campo de gravedad de la Tierra. Permanecerá inmóvil, mientras la Tierra gira sobre su eje y viaja alrededor del Sol. En esta latitud y a esta hora del día, he calculado que la Tierra en su movimiento se inclinará hacia abajo. Nos moveremos con ella y la bola seguirá inmóvil. A nosotros nos parecerá que se eleva y se aleja de la superficie de la Tierra. Miren.

Priss parecía estar delante de la mesa, helado, paralizado. ¿Le sorprendía? ¿Estaba asombrado? No lo sé. Nunca lo sabré. ¿Hizo acaso un gesto para interrumpir el discurso de Bloom, o sufría solamente de una angustiosa desgana de representar el papel ignominioso al que se veía forzado por su adversario?

Priss se volvió a la mesa de billar, primero la miró y luego miró a Bloom. Cada reportero estaba en pie, tan cerca de él como era posible a fin de poder ver bien. Solamente Bloom seguía sentado, sonriente y aislado. Él, naturalmente, no miraba la mesa, ni la bola, ni el campo de gravedad cero. Por lo que las gafas oscuras me permitían ver, estaba mirando a Priss.

Tal vez pensaba que no había otra salida. O quizá…

Con una tacada segura puso en movimiento la bola. Iba despacio, todos los ojos la siguieron. Golpeó un lado de la mesa y rebotó. Se movía aún más despacio como si el propio Priss fuera aumentando el suspense y dando más dramatismo al triunfo de Bloom.

Yo tenía una vista perfecta porque me encontraba del lado de la mesa opuesto a Priss. Podía ver la bola moviéndose hacia el resplandor del campo de gravedad cero, más allá veía parte del cuerpo de Bloom, la que no quedaba oculta por el resplandor.

La bola se acercaba al volumen de gravedad cero, pareció detenerse al borde y desapareció con un destello, con el ruido de un trueno y un súbito olor a ropa quemada.

Gritamos. Todos gritamos.

He vuelto a ver la escena en televisión…, junto con el resto del mundo. Puedo verme en la película durante los quince segundos de confusión, pero realmente no me reconozco.

¡Quince segundos!

Y entonces descubrimos a Bloom. Seguía sentado en su butaca, con los brazos cruzados, pero había un agujero del tamaño de una bola de billar a través del antebrazo, del pecho y de la espalda. Gran parte de su corazón, como se descubrió luego en la autopsia, había sido limpiamente recortado.

Desconectaron el dispositivo. Llamaron a la Policía. Se llevaron a Priss, que se encontraba completamente derrumbado. Yo no estaba mucho mejor, a decir verdad, y si algún reportero presente en la escena trató de decir que había contemplado fríamente la escena, es un redomado embustero.

Transcurrieron unos meses antes de que volviera a ver a Priss. Había adelgazado, pero tenía buen aspecto. En realidad había color en sus mejillas y un aire decidido en toda su persona. Iba mucho mejor vestido de lo que yo le recordaba. Me dijo:

—Ahora sé lo que ocurrió. Si hubiera tenido tiempo para pensar, lo habría sabido en seguida. Pero yo pienso despacio y el pobre Ed Bloom estaba tan empeñado en dar una gran representación, y hacerlo tan bien, que me arrastró consigo. Naturalmente, he estado esforzándome por compensar el daño que causé sin proponérmelo.

—Pero no puede resucitar a Bloom —dije serenamente.

—No, no puedo —repitió con la misma serenidad—. Pero hay que pensar en las «Bloom Enterprises» también. Lo que ocurrió en aquella demostración, a la vista de todo el mundo, fue el peor anuncio posible de la gravedad cero, y es importante que la cosa quede clara. Es por lo que he pedido verle a *usted*.

—¿Sí?

—Si yo hubiera sido un pensador rápido, me habría dado cuenta de que Ed decía una tontería al asegurar que la bola de billar se elevaría en el campo de gravedad cero. ¡No *podía* ser así! Si Bloom no se hubiera burlado tanto de la teoría, si no hubiera estado tan empeñado en sentirse orgulloso de su propia ignorancia de la teoría, lo hubiera sabido.

»El movimiento de la Tierra no es el único movimiento que nos afecta, joven. El propio Sol se mueve en una vasta órbita cerca del corazón de la galaxia de la Vía

Láctea. Y la galaxia también se mueve, aunque no de un modo claramente definido. Si la bola de billar estuviera sujeta a la gravedad cero, podría pensarse que no la afectaría ninguno de esos movimientos y, por tanto, no caería de pronto en un estado de absoluta inmovilidad…, cuando no existe la absoluta inmovilidad.

Priss meneó lentamente la cabeza:

—El problema con Ed, a mi entender, fue que estaba pensando en el tipo de gravedad cero con que uno se encuentra en la caída libre de una nave espacial, cuando se flota en el aire. Contaba con que la bola flotara en el aire. Sin embargo, en una nave espacial la gravedad cero no es el resultado de una ausencia de gravitación sino simplemente el resultado de que dos objetos, una nave y un hombre dentro de la nave, van cayendo a la misma velocidad, respondiendo a la gravedad precisamente del mismo modo, de forma que cada uno está inmóvil respecto del otro.

»En el campo de gravedad cero producido por Ed, hubo un aplanamiento de la sábana de goma que es el Universo, lo que significa una verdadera pérdida de masa. Todo, en aquel campo, incluso las moléculas de aire retenidas en él y la bola de billar que yo metí dentro, dejó completamente de ser masa mientras permanecieron dentro. Un objeto absolutamente sin masa sólo puede moverse en una dirección.

Calló como invitando a que le preguntara, así que dije:

—¿Y cuál sería ese movimiento?

—Un movimiento a la velocidad de la luz. Cualquier objeto sin masa, como un neutrón o un fotón, viaja a la velocidad de la luz mientras exista. De hecho, la luz se mueve a esa velocidad porque está compuesta de fotones. Tan pronto como la bola de billar entró en el campo de gravedad cero y perdió su masa, asumió también al instante la velocidad de la luz y desapareció.

Sacudí la cabeza.

—Pero ¿no recuperó su masa tan pronto como dejó el volumen de gravedad cero?

—Claro que sí, e inmediatamente empezó a afectarla el campo gravitatorio y a perder velocidad en respuesta a la fricción del aire y de la superficie de la mesa de billar. Pero imagine cuánta fricción se necesita para reducir la velocidad de la masa de una bola de billar viajando a la velocidad de la luz. Pasaría a través de casi doscientos kilómetros de espesor de nuestra atmósfera en una milésima de segundo, al hacerlo unos pocos kilómetros fuera de los 298,051 de ellos. En su trayectoria, chamuscó la parte alta de la mesa de billar, pasó limpiamente a través del borde, atravesó al pobre Ed y a la ventana, agujereándolo fácilmente porque antes había pasado a través de porciones de algo tan quebradizo como el cristal sin hacerlo añicos.

»Fue extraordinariamente afortunado que nos encontráramos en el último piso de un edificio levantado en mitad del campo. De haber estado en la ciudad pudo haber atravesado varios edificios y matado a varias personas. En este momento la bola de billar está en el espacio, más allá del sistema solar, y continuara viajando así eternamente, a casi la velocidad de la luz, hasta que tope con algo suficientemente

grande que la detenga. Pero dejará allí un gran cráter.

Jugué con la idea, pero no estaba seguro de que me gustara:

—¿Cómo puede ser? —pregunté—. La bola de billar entró en el volumen de gravedad cero casi parada. La vi. Y usted dice que salió cargada de una cantidad increíble de energía cinética. ¿De dónde procedía esa energía?

Priss se encogió de hombros.

—De ninguna parte. La ley de la conservación de la energía sólo se mantiene en condiciones en las que la relatividad general es válida; es decir, en un universo de plancha de goma abollada. Siempre que la depresión queda alisada, la relatividad general deja de existir, y la energía puede crearse y destruirse libremente. Esto explica la radiación a lo largo de la superficie cilíndrica del volumen de gravedad cero. Esta radiación, ¿se acuerda?, no fue explicada por Bloom y me temo que no podía explicarla. Si primero hubiera experimentado más, si no hubiera sido tan tontamente ansioso de montar su espectáculo…

—¿Qué produjo la radiación, señor?

—Las moléculas del aire dentro del volumen. Cada una de ellas asume la velocidad de la luz y salen disparadas hacia fuera. Son solamente moléculas, no bolas de billar, así que se detienen, pero la energía motriz de su movimiento se convierte en radiación energética. Es continua, porque nuevas moléculas van entrando y adquiriendo la velocidad de la luz y saltando fuera.

—Entonces, ¿la energía se crea continuamente?

—En efecto. Y esto es lo que debemos aclarar al público. La antigravedad no es primariamente un dispositivo para elevar naves espaciales o para revolucionar el movimiento mecánico. Es más bien la fuente de una provisión infinita de energía gratuita, pues parte de la energía producida puede ser dirigida a mantener el campo que mantiene lisa aquella porción del Universo. Lo que Ed Bloom inventó, con éxito, sin saberlo, no era sólo la antigravedad sino la primera máquina de movimiento perpetuo de primera clase…, que crea energía de la nada.

—Cualquiera de nosotros pudo haber sido destruido por aquella bola de billar, ¿verdad, profesor? Pudo haber salido en cualquier dirección.

—Bueno, fotones sin masa emergen continuamente de cualquier fuente de luz, y a la velocidad de la luz, en cualquier dirección; por eso la luz de una vela ilumina en todas direcciones. Las moléculas sin masa del aire salen del volumen de gravedad cero en todas direcciones por lo que todo el cilindro irradia luz. Pero la bola de billar era solamente un objeto. Pudo haber salido en cualquier dirección, pero tenía que salir en una dirección elegida al azar, y la dirección elegida fue la que atravesó al Pobre Ed.

Y nada más. Todo el mundo conoce las consecuencias. La humanidad dispone de energía libre y por ello tenemos el mundo que tenemos ahora. El profesor Priss fue el encargado de su desarrollo por el consejo de administración de «Bloom Enterprises», y con el tiempo se hizo tan rico y famoso como lo había sido Edward Bloom. Y Priss

sigue teniendo, además, dos premios Nobel.

Sólo que…

No dejo de pensar. Los fotones salen de un punto de luz en todas direcciones porque se crean sobre la marcha y no hay razón para que se muevan en una dirección más que otra. Las moléculas del aire salen de un campo de gravedad cero en todas direcciones porque también entran en todas direcciones.

Pero, ¿qué hay de una sola bola de billar, entrando en un campo de gravedad cero, desde un punto determinado? ¿Sale en aquella misma dirección, o en otra cualquiera?

He preguntado discretamente, pero los físicos teóricos no parecen estar seguros, y no he podido encontrar datos de que la «Bloom Enterprises», que es la única organización que trabaja con campos de gravedad cero, haya experimentado jamás en la materia. Alguien de la organización me dijo una vez que el principio de incertidumbre garantiza la salida al azar de un objeto entrado en cualquier dirección. Entonces, ¿por qué no intentan el experimento?

Podría ser que…

¿Podría ser que, por una vez, la mente de Priss hubiera trabajado de prisa? ¿Podía ser que, bajo la presión a que Bloom le estaba sometiendo, Priss se hubiera dado cuenta de todo, súbitamente? Había estado estudiando la radiación que rodea el volumen de gravedad cero. Podía haberse dado cuenta de su causa y tener la seguridad de la moción a la velocidad de la luz de cualquier cosa que penetrara en el volumen.

Entonces, ¿por qué no había dicho nada?

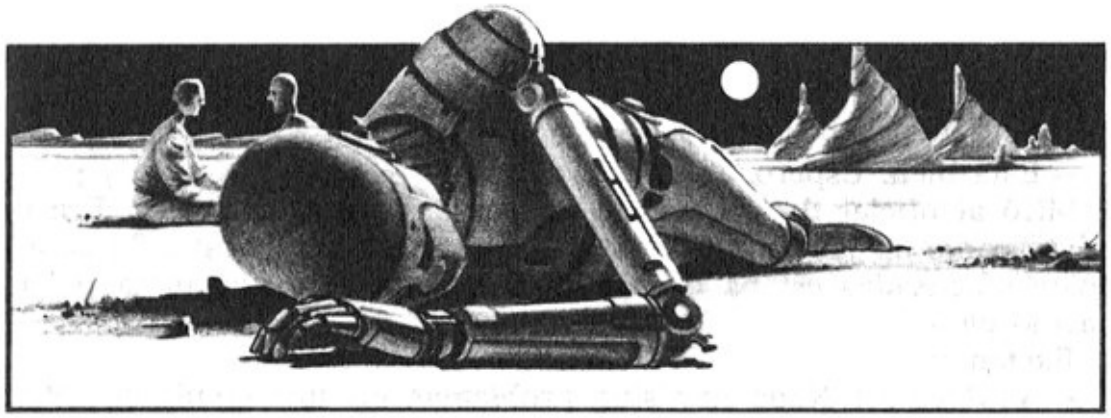
Una cosa es cierta. *Nada* de lo que Priss hiciera en la mesa de billar podía ser accidental. Era un experto y la bola de billar hizo exactamente lo que él quiso que hiciera. Yo estaba allí. Le vi mirar a Bloom, luego a la mesa como si calculara ángulos.

Le vi golpear la bola. La vi como rebotaba del lado de la mesa y entraba en el volumen de gravedad cero, yendo en una dirección determinada.

Porque cuando Priss mandó la bola hacia el volumen de gravedad cero, y las películas tridimensionales no me dejarán mentir, apuntaba ya directamente al corazón de Bloom.

¿Accidente? ¿Coincidencia?

¿Asesinato?



AMOR VERDADERO

Mi nombre es Joe. Así es como mi colega Milton Davidson me llama. Él es un programador y yo soy un programa de computadora. Soy parte del complejo «Multivac» y estoy conectado con otros sectores en todo el mundo. Lo sé todo. Casi todo.

Soy el programa privado de Milton. Él sabe más de programación que nadie en el mundo, y yo soy su modelo experimental. Me ha hecho hablar mejor de lo que pueda hacerlo cualquier otra computadora.

—Es cuestión de acoplar los sonidos a los símbolos, Joe —me dijo—. Así funciona el cerebro humano aunque todavía no sabemos qué símbolos hay en el cerebro. Conozco los símbolos del tuyo y puedo acoplarlos uno por uno a palabras.

De modo que hablo. No creo que hable tan bien como pienso, pero Milton dice que lo hago muy bien. Él no se ha casado nunca, aunque tiene casi cuarenta años. Me dijo que no había encontrado a la mujer ideal. Un día se sinceró conmigo:

—La encontraré, Joe. Quiero tener verdadero amor y tú vas a ayudarme. Estoy cansado de mejorarte para resolver los problemas del mundo. Resuelve *mi* problema. Encuéntrame el verdadero amor.

—¿Qué es el verdadero amor? —pregunté.

—No te importa. Es algo abstracto. Búscame la muchacha ideal. Estás conectado al complejo «Multivac», así que puedes conseguir el banco de datos de cualquier ser humano de este mundo. Los iremos eliminando por grupos y por clases hasta que sólo nos quede una persona. La persona perfecta. Ésa será para mí.

—Estoy dispuesto —le dije.

—Elimina primero a todos los hombres —ordenó.

Fue fácil. Sus palabras activaron símbolos de mis válvulas moleculares. Puedo establecer contacto con los datos acumulados de cada ser humano del mundo. Obedeciendo su orden eliminé 3.784.982.874 hombres. Mantuve el contacto con 3.786.112.090 mujeres.

—Elimina a las menores de veinticinco años y todas las mayores de cuarenta. Después elimina a todas las que su CI sea inferior a 120; a todas las que midan menos de 1,50 y más de 1,75.

Me comunicó las medidas exactas, eliminó mujeres con hijos vivos, eliminó mujeres con diversas características genéticas.

—No estoy seguro del color de ojos que quiero —dijo—. Dejémoslo de momento. Pero nada de pelirrojas. No me gusta el pelo rojo.

Pasadas dos semanas, nos quedaban 235 mujeres. Todas hablaban bien el inglés. Milton decretó que no quería problemas de lenguaje. Incluso la traducción por computadora podía entorpecer momentos de intimidad.

—No puedo entrevistar a 235 mujeres. Me llevaría demasiado tiempo y la gente descubriría lo que estoy haciendo. Causaría problemas —le aseguré. Milton se había arreglado para que yo hiciera cosas para las que no estaba programado. Nadie lo sabía.

—¿A ti qué te importa? —me espetó con el rostro enrojecido—. Te diré lo que vamos a hacer, Joe. Voy a traerte hológrafos y comprueba la lista en busca de similitudes.

Trajo hológrafos de mujeres, diciéndome:

—Éstas son tres ganadoras de concursos de belleza. ¿Se parecen a alguna de las 235?

Ocho eran muy parecidas y Milton dijo:

—Bien, ya conoces sus bancos de datos. Estudia peticiones y necesidades del mercado de colocaciones y arréglate para que las asignen aquí. Una a una, claro. —Pensó un momento, movió los hombros y ordenó—: Por orden alfabético.

Ésta es una de las cosas para las que no estoy programado. Cambiar a la gente de un empleo a otro, por razones personales, se llama manipulación. Ahora podía hacerlo porque Milton lo había arreglado. Pero se suponía que no debía hacerlo para nadie, excepto para él, claro.

La primera muchacha llegó una semana después. Milton enrojeció al verla. Habló como si le costara hacerlo. Estaban juntos todo el tiempo y no me prestaba la menor atención. Una vez le dijo:

—Déjame invitarte a cenar.

A la mañana siguiente anunció:

—No sé por qué, pero no me va. Faltaba algo. Es una mujer muy hermosa pero no sentí amor verdadero. Prueba la siguiente.

Ocurrió lo mismo con las ocho. Se parecían mucho, sonreían mucho y sus voces eran agradables, pero Milton no las encontraba bien nunca. Observó:

—No lo entiendo, Joe. Tú y yo hemos elegido a las ocho mujeres de todo el mundo, que me han parecido mejores. Son ideales. ¿Por qué no me gustan?

—¿Les gustas tú a ellas? —pregunté.

Alzó las cejas y apretó una mano contra la otra.

—Eso es, Joe. Es una calle de dos direcciones. Si yo no soy su ideal no pueden actuar como si yo lo fuera. Debo ser su verdadero amor, pero ¿cómo puedo conseguirlo?

Todo aquel día pareció estar pensando. A la mañana siguiente se me acercó y dijo:

—Voy a dejarlo en tus manos, Joe. Tú decidirás. Tienes mi banco de datos y voy a decirte además todo lo que sé de mí. Pon hasta el último detalle en mi banco, pero guarda para ti lo adicional.

—¿Qué quieres que haga con el banco de datos, Milton?

—Lo comparas con los de las 235 mujeres. No, con 227; deja fuera a las que ya hemos visto. Arréglate para que cada una se someta a un examen psiquiátrico. Completa sus bancos de datos con el mío. Busca correlaciones. (Arreglar exámenes psiquiátricos es otra de las cosas contrarias a mis instrucciones originales.)

Durante semanas, Milton habló conmigo. Me habló de sus padres y de sus allegados. Me contó su infancia, sus días de escuela y su adolescencia. Me habló de las jóvenes que había admirado a distancia. Su banco de datos fue creciendo y me modificó para que pudiera ampliar y profundizar en la comprensión y captación de símbolos. Me dijo:

—Verás, Joe, cuanto más vayas metiendo de mí en ti, más debo ajustarte para que puedas acoplarme mejor. Tienes que llegar a pensar más como yo, así me comprenderás mejor. Si me comprendes a mí, cualquier mujer cuyo banco de datos comprendas bien, será mi verdadero amor.

Y siguió hablándome y yo fui comprendiéndole cada vez mejor.

Pude construir frases largas y mis expresiones se hicieron más complicadas. Mi forma de hablar empezó a parecerse a la suya en cuanto a vocabulario, ordenación de palabras y estilo. Una vez le advertí:

—Ten en cuenta, Milton, que no se trata solamente de encajar físicamente con un ideal de mujer. Necesitas una muchacha que sea personal, emocional y temperamentalmente afín a ti. Si ocurre esto, la belleza es secundaria. Si no podemos encontrar tu tipo entre las 227, buscaremos por otra parte. Encontraremos a alguien a la que tampoco importe tu aspecto, ni el de nadie, con tal de que coincida la personalidad. ¿Qué es la belleza?

—Absolutamente cierto —respondió—. Hubiera sabido esto, de haber tenido mayor trato con mujeres en mi vida. Naturalmente, pensándolo ahora, lo veo todo claro.

Siempre estábamos de acuerdo; ¡éramos tan parecidos en la forma de pensar!

—Ahora no debemos tener más problemas, Milton, basta con que me dejes hacerte unas preguntas. Puedo ver en tu banco de datos dónde hay huecos e irregularidades.

Lo que siguió, según dijo Milton, era el equivalente a un minucioso psicoanálisis. Claro. Estaba aprendiendo de los exámenes psiquiátricos de las 227 mujeres…, a todas las cuales vigilaba de cerca.

Milton parecía muy feliz, observó:

—Hablar contigo, Joe, es casi como hablar conmigo mismo. Nuestras personalidades han llegado a coincidir perfectamente.

—Lo mismo sucederá con la personalidad de la mujer que elijamos.

Porque yo ya la había encontrado y, después de todo, era una de las 227. Se llamaba Charity Jones y era intérprete de la Biblioteca de Historia de Wichita. Su extenso banco de datos encajaba perfectamente con el nuestro. Todas las demás mujeres habían sido desechadas por una cosa o por otra, a medida que ampliamos los bancos de datos, pero en Charity había una creciente y sorprendente semejanza.

No tuve que describírsela a Milton. Milton había coordinado tan ajustadamente mi simbolismo con el suyo que podía captar sus vibraciones directamente. Encajaba conmigo.

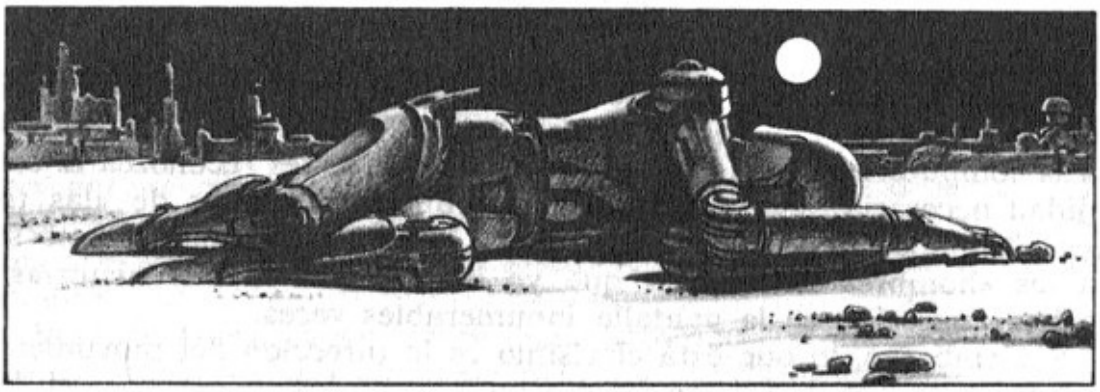
Después, sólo fue cuestión de arreglar las hojas de trabajo y requerimientos de empleo de forma que Charity nos fuera asignada. Debía hacerse con mucha delicadeza para que nadie supiera que había ocurrido algo ilegal.

Naturalmente, el propio Milton lo sabía pues él era el que me había ajustado, y había que arreglarlo. Cuando vinieron a detenerle por irregularidades en el despacho, afortunadamente fue algo ocurrido diez años atrás. Naturalmente me lo había contado, así que fue fácil de planear…, y no hablará de mí porque eso empeoraría su caso.

Ya está fuera, y mañana es 14 de febrero, día de San Valentín. Charity llegará con sus frescas manos y su dulce voz. Yo le enseñaré cómo debe operarme y cómo cuidar de mí. ¿Qué importa el aspecto cuando nuestras personalidades se comprenden?

Le diré:

—Soy Joe y tú eres mi verdadero amor.



LA ÚLTIMA RESPUESTA

Murray Templeton contaba cuarenta y cinco años y estaba en la flor de la vida, con todos los órganos de su cuerpo en perfecto funcionamiento salvo ciertas partes de sus arterias coronarias, pero eso bastó.

El dolor vino de pronto y aumentó hasta un grado insoportable, luego fue disminuyendo. Notaba cómo su respiración se hacía más lenta y que le envolvía una especie de paz.

No hay placer igual a la ausencia de dolor…, inmediatamente después del dolor. Murray experimentó una extraña ligereza, como si se elevara en el aire y se quedara flotando.

Abrió los ojos y observó con desprendida diversión que los otros seguían todavía en la habitación muy agitados. Estaba en el laboratorio cuando sintió la punzada de dolor, y cuando se tambaleó, oyó gritos de los demás antes de que todo desapareciera en una impresionante agonía.

Ahora, desaparecido el dolor, los otros seguían revoloteando, todavía ansiosos, todavía reunidos junto a su cuerpo caído…

Que, de pronto se dio cuenta, él estaba también contemplando.

Estaba tendido en el suelo, con el rostro contraído. Y estaba aquí arriba, en paz y contemplando.

Pensó: «Milagro de milagros. Los que hablaban de la vida después de la vida, tenían razón.»

Y aunque resultaba una forma humillante de morir para un físico ateo, sólo experimentaba una vaga sorpresa sin que se alterase la paz que le embargaba.

Pensó: «Debería haber algún ángel…, o algo…, que viniera a buscarme.»

La escena terrena empezaba a esfumarse. La oscuridad invadía su conciencia y, a lo lejos, como un último destello había una figura de luz, vagamente humana en la forma, que irradiaba calor.

Murray pensó: «Vaya jugarreta. Me voy al cielo.»

Mientras lo pensaba la luz se fue, pero persistió el calor. No había disminución de la paz aunque en todo el Universo solamente quedaba él… y la Voz.

La Voz le dijo:

—He hecho esto muchas veces y aún conservo la capacidad de disfrutar del éxito.

Murray pensó que debía decir algo, pero no tenía conciencia de tener una boca, una lengua o unas cuerdas vocales. No obstante, trató de emitir un sonido. Intentó, sin boca, tararear palabras o respirarlas o sacarlas fuera mediante la contracción de… algo.

Y le salieron. Oyó su propia voz, reconocible en sus propias palabras, infinitamente claras.

Murray preguntó:

—¿Es esto el cielo?

La Voz respondió:

—Éste no es un lugar tal como tú entiendes un lugar.

Murray se turbó, pero la siguiente pregunta había que formularla:

—Perdóname si te parezco burro. ¿Eres Dios?

Sin cambiar el tono ni estropear de ninguna manera la perfección del sonido, la Voz logró parecer divertida:

—Es extraño, naturalmente, que siempre se me pregunte lo mismo de infinitas maneras. No puedo darte una respuesta que puedas comprender. Yo *soy*… Esto es lo único que puedo decir significativamente y puedes cubrir esto con cualquier palabra o concepto que desees.

Murray preguntó:

—¿Y qué soy yo? ¿Un alma? ¿O soy únicamente también una existencia personificada? —Trató de no parecer sarcástico, pero creía que había fracasado. Entonces también pensó, fugazmente, añadir un «Señoría» o «Santidad» o *algo* que contrarrestara con el sarcasmo, y no pudo decidirse a hacerlo aun cuando por primera vez en su existencia pensó en la posibilidad de ser castigado por su insolencia o por su pecado con el infierno, y lo que podía ser esto.

La Voz no pareció ofendida.

—Eres fácil de explicar, incluso a ti mismo. Puedes llamarte alma si te gusta, pero lo que realmente eres es un nexo de fuerzas electromagnéticas, arregladas de tal forma que todas las interconexiones e interrelaciones hasta el más pequeño detalle son exactamente imitativas de las de tu cerebro en tu anterior existencia. Por lo tanto, posees tu capacidad para pensar, tus recuerdos, tu personalidad. Todavía te parece que tú eres tú.

Murray sintió cierta incredulidad.

—¿Quieres decir que la esencia de mi cerebro era permanente?

—En absoluto. No hay nada en ti que sea permanente salvo lo que yo decido que lo sea. Yo formé el nexo. Lo construí mientras tú tenías existencia física y lo ajusté al momento en que la existencia fallara. —La Voz parecía claramente satisfecha de sí, y

después de una pausa, continuó—: Una construcción intrincada pero enteramente precisa. Podría, naturalmente, hacerlo para cualquier ser humano de tu mundo, pero me encanta no hacerlo. Encuentro placer en la selección.

—Entonces, eliges a muy pocos.

—A muy pocos.

—¿Y qué ocurre con los demás?

—¡El olvido! Oh, naturalmente, te imaginas un infierno.

Murray se hubiera ruborizado de haber tenido capacidad para hacerlo. Protestó:

—No lo imagino. Se habla de él. No obstante, no me hubiera creído lo bastante virtuoso para atraer tu atención como uno de los elegidos.

—¿Virtuoso? Ah, ya veo lo que quieres decir. Es muy molesto tener que obligarme a empequeñecer mi pensamiento lo suficiente para impregnar el tuyo. No, te he elegido por tu capacidad de pensar, como elegí a otros, en cantidades que suman cuatrillones entre las especies inteligentes del Universo.

Murray se sintió súbitamente curioso, el hábito de toda una vida. Preguntó:

—¿Los eliges a todos tú mismo o hay otros como tú?

Por un instante Murray creyó notar una reacción de impaciencia, pero cuando le llegó la Voz, no había cambiado.

—Que haya otros o no es irrelevante para ti. El Universo es mío y solamente mío. Es mi invención, mi construcción, previsto solamente para mis propósitos.

—Sin embargo, con los cuatrillones de nexos que has formado, ¿pasas el tiempo conmigo? ¿Tan importante soy?

Y dijo la Voz:

—No eres nada importante. Estoy también con los demás de un modo que, según tu percepción, podría parecerte simultánea.

—Pero, ¿tú eres uno?

Y otra vez, divertida, dijo la Voz:

—Tratas de cazarme en una incongruencia. Si fueras una ameba podrías considerar la individualidad solamente en conexión con células y si preguntaras a un cachalote, compuesto de treinta cuatrillones de células si era uno o varios, ¿cómo podría contestar el cachalote para que te resultara comprensible como ameba?

—Lo pensaré. Puede hacerse comprensible.

—Exactamente. Ésta es tu función. Pensarás.

—¿Con qué fin? Tú ya lo sabes todo, supongo.

—Incluso si lo supiera todo —dijo la Voz—, no podría saber que lo sé todo.

—Esto me suena algo a filosofía oriental —observó Murray—, algo que parece profundo precisamente porque no tiene sentido.

—Prometes. Contestas a mi paradoja con una paradoja…, salvo que la mía no es una paradoja. Reflexiona. He existido eternamente, pero, ¿qué significa esto? Significa que no puedo recordar haber empezado a existir. Si pudiera, no hubiera existido eternamente. Si no puedo recordar haber empezado a existir, hay por lo

menos una cosa, la naturaleza de mi llegada a la existencia, que yo no sé.

»Entonces, aunque lo que sé es infinito, también es cierto que lo que hay que saber es infinito, y ¿cómo puedo tener la seguridad de que ambas infinitudes son iguales? La infinidad del conocimiento potencial puede ser infinitamente mayor que la infinidad de mi conocimiento actual. He aquí un ejemplo sencillo: Si conozco la serie de los números enteros pares, conozco una serie infinita de números; sin embargo, sigo sin conocer un solo número entero impar.

—Pero los enteros impares pueden derivarse —objetó Murray—. Si divides por dos cada número par de la infinita serie de números enteros conseguirás otra serie infinita que contendrá la serie infinita de los números enteros impares.

—Tienes ideas. Me complace. Tu tarea consistirá en buscar otros medios, bastante más difíciles, desde los conocidos a los no conocidos aún. Dispones de tus recuerdos. Recordarás todos los datos que hayas jamás recopilado o aprendido, o que ya tengas o vayas a deducir de los datos. Si es necesario, se te permitirá aprender datos adicionales que consideres relevantes para el problema que te has planteado.

—¿Y no podrías hacer tú todo esto?

—Puedo, pero así es más interesante. Construí el Universo para disponer de más datos que manejar. Inserté el principio de incertidumbre, la entropía y otros factores al azar que hacen que el todo no sea instantáneamente evidente. Ha funcionado bien porque me ha distraído a lo largo de su existencia.

»Entonces permití complejidades que primero produjeron la vida y luego la inteligencia y lo utilicé como fuente de un equipo de investigación, no porque necesitara su ayuda, sino porque introducía, al azar, un nuevo factor. Descubrí que no podía predecir el próximo dato interesante de conocimiento adquirido, de dónde procedería y por qué medios se habían derivado.

—¿Ocurre esto alguna vez? —preguntó Murray.

—Desde luego. No pasa un siglo sin que aparezca algo interesante por alguna parte.

—¿Algo que pudiste haber pensado, pero que aún no lo habías hecho?

—Sí.

—¿Crees realmente que hay alguna oportunidad de que yo *me* muestre complaciente en este asunto?

—¿En el próximo siglo? Virtualmente ninguna. Pero, a la larga, tu éxito es seguro, puesto que estarás eternamente dedicado a ello.

—¿Yo pensaré toda la eternidad? ¿Para siempre?

—Sí.

—¿Con qué fin?

—Te lo he dicho. Para buscar nuevos conocimientos.

—Pero, aparte de esto. ¿Por qué motivo debo buscar yo nuevos conocimientos?

—Era lo que hacías en tu vida en el Universo. ¿Cuál era tu propósito entonces?

Murray contestó:

—Obtener nuevos conocimientos que solamente yo podía obtener, recibir la felicitación de mis compañeros, sentir la satisfacción de lo conseguido sabiendo que solamente disponía de un tiempo corto para mi propósito. Ahora ganaré solamente lo mismo que tú ganarías si quisieras molestarte un poco. No puedes felicitarme; sólo puedes sentirte divertido. Y no hay mérito ni satisfacción en lograr algo cuando tengo toda la eternidad para conseguirlo.

—¿Y no encuentras que el pensamiento y el descubrimiento son valiosos de por sí? ¿No encuentras que no te hace falta un propósito ulterior?

—Para un tiempo finito, sí. No para una eternidad.

—Veo tu punto de vista. Sin embargo, no tienes elección.

—Me has dicho que tengo que pensar. No puedes obligarme a ello.

—No deseo obligarte directamente. No lo necesito. Como no puedes hacer otra cosa que pensar, pensarás. No sabes cómo dejar de pensar.

—Entonces, me trazaré una meta. Inventaré un propósito.

La Voz, tolerante, asintió.

—Puedes hacerlo.

—Ya he encontrado un propósito.

—¿Puedo saber qué es?

—Ya lo sabes. Sé que no hablamos de forma ordinaria. Ajustas mi nexo de tal forma que yo creo que lo oigo hablar y creo que hablo, pero me transfieres pensamientos a mí y sólo para mí directamente. Y cuando mi nexo cambia con mis pensamientos, te das cuenta en seguida de ellos y no necesitas mis transmisiones voluntarias.

—Eres sorprendentemente correcto —afirmó la Voz—. Me complace. Pero también me complace que me transmitas tus pensamientos voluntariamente.

—Entonces, lo diré. El propósito de mis pensamientos será descubrir el modo de desbaratar el nexo que me has creado. No quiero pensar sólo con el propósito de divertirte. No quiero existir para siempre para divertirte. Todos mis pensamientos estarán dirigidos a terminar con mi nexo. *Eso* me divertirá a *mí*.

—No tengo nada que objetar. Incluso el pensamiento concentrado en terminar tu propia existencia puede dar salida a algo nuevo e interesante. Y, naturalmente, si tienes éxito en este intento de suicidio no conseguirás nada, porque te reconstruiría inmediatamente y de tal forma que hiciera imposible tu método de suicidio. Y si encuentras otro medio aún más sutil de destruirte, te reconstruiré, y así sucesivamente. Podría ser un juego interesante, pero de todos modos existirás eternamente. Es mi voluntad.

Murray sintió temor, pero las palabras salieron perfectamente tranquilas.

—En resumidas cuentas, ¿estoy en el infierno? Se me ha dado a entender que no lo hay, pero si esto fuera el infierno, me estaría mintiendo como parte del juego del infierno.

—En este caso —cortó la Voz—, ¿de qué sirve asegurarte que no estás en el

infierno? Pero, te lo aseguro. Aquí no hay ni cielo ni infierno. Solamente estoy yo.

—Piensa, pues, que mis pensamientos pueden no serte útiles. Si no descubro nada útil, ¿no sería provechoso para ti…, desmontarme y no pensar más en mí?

—¿Como recompensa? ¿Quieres el Nirvana como premio del fracaso y tratas de hacerme responsable de dicho fracaso? No puedo negociar. No fracasarás. Con toda la eternidad por delante, no puedes evitar tener por lo menos un pensamiento interesante, por más que te opongas a ello.

—Entonces me crearé otro propósito. No trataré de destruirme. Mi meta será humillarte. Pensaré en algo en lo que no solamente no pensaste nunca, sino que nunca podrás pensar. Pensaré en la última respuesta, más allá de la cual ya no hay más conocimiento.

La Voz comentó:

—No comprendes la naturaleza del infinito. Puede que haya cosas que no me he molestado en saber. No puede haber nada que yo no pueda saber.

Murray dijo, pensativo:

—No puedes conocer tus principios. Tú lo has dicho. Por tanto, no puedes conocer tu final. Muy bien, pues. Éste será mi propósito y ésta será la última respuesta. No me destruiré. Te destruiré a *ti*…, si tú no me destruyes primero.

—¡Ah! Has llegado a esta conclusión en menos tiempo del corriente. Pensé que te llevaría más. No hay uno solo de los que están conmigo en esta existencia de pensamiento perfecto y eterno, que no tenga la ambición de destruirme. No puede ocurrir. No puede hacerse.

—Pero tengo toda la eternidad para pensar en un modo de destruirte —aseguró Murray.

La Voz, ecuánime, aceptó:

—Entonces, trata de pensarlo. —Y desapareció.

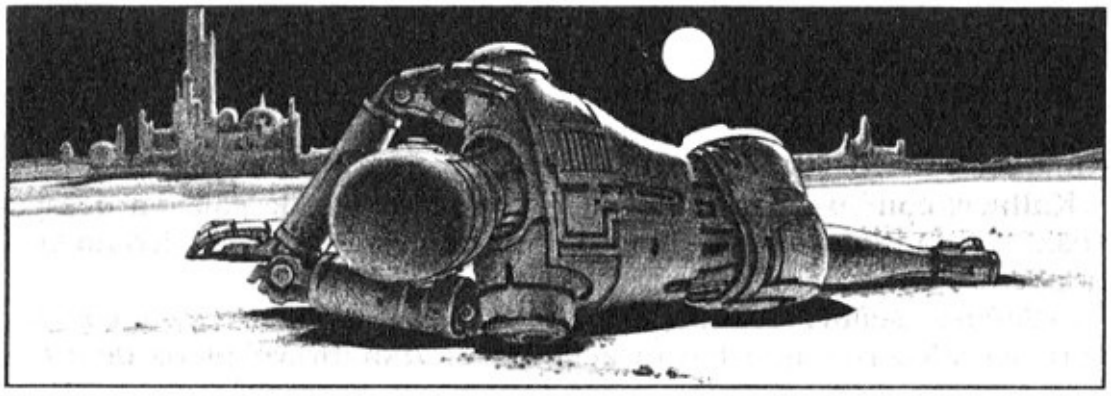
Pero Murray ya tenía un propósito, y estaba satisfecho.

Porque, ¿qué podía cualquier *ente* consciente de la existencia eterna, desear sino un final?

Porque, ¿qué otra cosa había estado buscando la Voz por incontables billones de años? ¿Y por qué otra razón se había creado la inteligencia y salvado ciertos especímenes poniéndoles a trabajar, sino para colaborar en la gran búsqueda? Y Murray se proponía ser él, y sólo él, quien lo consiguiera.

Con todo cuidado y con el ímpetu de su propósito, Murray empezó a pensar.

Disponía de mucho tiempo.



QUE NO SEPAN QUE RECUERDAS

1

El problema con John Heath, en lo que a John Heath se refiere, era su absoluta mediocridad. Él estaba seguro. Y lo que era peor, notaba que Susan lo sospechaba.

Significaba que nunca conseguiría sobresalir, que jamás llegaría a las altas esferas de «Quantum Pharmaceuticals», donde no era sino una pieza más entre los jóvenes ejecutivos…, sin dar nunca el definitivo salto «Quantum».

Ni lo conseguiría en ninguna otra parte si cambiaba de trabajo.

Suspiró interiormente. En sólo dos semanas iba a casarse y por ella aspiraba a ascender. Después de todo, la amaba apasionadamente y deseaba brillar ante sus ojos.

Pero, claro, éste era el deseo de cualquier joven a punto de casarse.

Susan Collins miró amorosamente a John. ¿Y por qué no? Era razonablemente guapo, inteligente, seguro y, además, un chico afectuoso. Si no la deslumbraba con su brillantez, por lo menos no la trastornaba con ningún tipo de extravagancia.

Ahuecó la almohada que había colocado bajo su cabeza cuando se dejó caer en el sillón, y le entregó el vaso, asegurándose de que lo tenía bien agarrado, antes de soltarlo. Le dijo:

—Estoy practicando, John. Tengo que ser una esposa eficiente.

John sorbió su bebida.

—Yo soy el que tendrá que andarse con tiento, Sue. Tu salario es mayor que el mío.

—Una vez estemos casados todo irá a un mismo bolsillo. Será la sociedad Johnny y Sue, con una sola contabilidad.

—Pero tendrás que llevarla tú —dijo John, desalentado—. Si lo intentara yo, cometería errores.

—Sólo porque imaginas que los vas a cometer. ¿Cuándo van a venir tus amigos?

—A las nueve, creo. O a las nueve y media. No son precisamente unos amigos.

Son gente de «Quantum», del laboratorio, unos investigadores.

—¿Estás seguro de que no cuentan con quedarse a comer?

—Dijeron que después de cenar. Estoy seguro. Es un encuentro de trabajo.

Le miró, inquisitiva:

—No lo dijiste antes.

—¿Qué es lo que no dije antes?

—Que se trataba de trabajo. ¿Estás seguro?

John se sentía confuso. Cualquier esfuerzo para recordar *exactamente* le dejaba siempre confuso.

—Eso dijeron…, pienso yo.

La expresión de Susan era de cariñosa exasperación, más parecida a la que le hubiera provocado un cachorro que ignora que lleva las patas sucias.

—Si pensaras de verdad —le dijo— cada vez que dices «pienso», no te mostrarías tan inseguro. ¿No ves que *no puede* ser cosa de trabajo? Si tuviera relación con el trabajo, ¿no te verían en el *trabajo*?

—Es confidencial —explicó John—. No quieren verme en el trabajo. Ni siquiera en mi apartamento.

—¿Por qué aquí, pues?

—Yo se lo sugerí. Pensé que tú debías estar conmigo, naturalmente. Van a tener que tratar con la sociedad Johnny y Sue, ¿no crees?

—Depende de lo confidencial que sea. ¿Te insinuaron algo?

—No, pero no estaría mal oírles. Podría ser algo que me promocionara en el trabajo.

—¿Por qué a ti? —preguntó Susan.

—¿Y por qué *no* yo? —John parecía disgustado.

—Me llama la atención que alguien en tu nivel de empleo necesite tanto misterio para…

Se calló al oír el intercomunicador. Se precipitó a contestar y volvió para anunciar:

—Están subiendo.

2

Entraron dos. Uno era Boris Kupfer, con el que John ya había hablado…, enorme, inquieto, de barba mal afeitada.

El otro era David Anderson, más pequeño, más tranquilo. No obstante, sus ojos iban de un lado a otro, sin perder detalle.

—Susan —dijo John, indeciso, con la puerta todavía abierta—, éstos son los colegas de los que te hablé. Boris… —Buscó en su memoria y calló.

—Boris Kupfer —terminó el grandote, impaciente, jugando con unas monedas en

el bolsillo—, y éste es David Anderson. Es muy amable por su parte, señorita…

—Susan Collins.

—Es muy amable por su parte prestarnos su residencia a Mr. Heath y a nosotros para una conferencia privada. Nos excusamos por irrumpir en su tiempo y en su intimidad de este modo… Si nos dejara solos un momento, estaríamos aún más agradecidos.

Susan le miró gravemente.

—¿Qué quieren, que me vaya al cine o a la habitación de al lado?

—Si pudiera ir a visitar a una amiga…

—No —dijo Susan con firmeza.

—Puede disponer de su tiempo como mejor le parezca, claro. Al cine, si lo prefiere.

—Al decir no —aclaró Susan—, quería decir que no me iba. Quiero saber de qué se trata.

Kupfer parecía estupefacto. Miró por un momento a Anderson, y anunció:

—Es confidencial, como supongo que Mr. Heath le habrá dicho.

John, incómodo, intervino:

—Se lo expliqué. Susan, comprende…

—Susan —interrumpió Susan— no comprende nada y no se le dio a entender que tuviera que ausentarse de la reunión. Éste es mi piso y John y yo nos casamos dentro de dos semanas…, exactamente dentro de dos semanas a partir de hoy. Somos la sociedad Johnny & Sue, y tendrán que tratar con la sociedad.

La voz de Anderson se dejó oír por primera vez, sorprendentemente profunda y tan suave como si le hubieran dado cera.

—Boris, la joven tiene razón. Como futura esposa de Mr. Heath tendrá gran interés por lo que hemos venido a plantear y sería un error excluirla. Tiene un interés tan grande en nuestra proposición que si deseara marcharse, yo insistiría en que se quedara.

—Pues bien, amigos —dijo Susan—, ¿qué quieren beber? Una vez haya traído las bebidas podemos empezar.

Ambos estaban sentados, muy rígidos, y habían probado sus bebidas. Kupfer empezó:

—Heath, me figuro que no sabrá usted mucho de los detalles químicos sobre el trabajo de la compañía…, los químico-cerebrales, por ejemplo.

—Ni pizca —aseguró John, inquieto.

—No hay motivo para que lo sepa —aseguró Anderson suavemente.

—Se lo explicaré —empezó Kupfer, con una mirada inquieta a Susan.

—Los detalles técnicos son innecesarios —cortó Anderson en voz tan baja, que apenas se le oía.

Kupfer se ruborizó.

—Sin detalles técnicos. «Quantum Pharmaceuticals» trata con químico-cerebrales

que son, como su nombre indica, sustancias químicas que afectan al cerebro, es decir, al superfuncionamiento del cerebro.

—Debe ser un trabajo muy complicado —comentó Susan, serena.

—Lo es —aseguró Kupfer—. El cerebro de los mamíferos tiene cientos de variedades moleculares características que no se encuentran en ninguna otra parte y sirven para modular la actividad cerebral, incluyendo aspectos de lo que llamamos vida intelectual. El trabajo está bajo la máxima seguridad corporativa, que es por lo que Anderson no quiere detalles técnicos. Pero *puedo* decir esto: se acabaron los experimentos animales. Nos estrellamos en un muro si no podemos probar la reacción humana.

—¿Y por qué no lo hacen? —preguntó Susan—. ¿Qué se lo impide?

—La reacción del público si algo saliera mal.

—Utilicen voluntarios.

—No puede ser. «Quantum Pharmaceuticals» no puede arriesgarse a una publicidad negativa si algo saliera mal.

Susan les miró, burlona.

—¿Trabajan ustedes por su cuenta?

Anderson alzó la mano para hacer callar a Kupfer.

—Joven, deje que le explique en pocas palabras para terminar de una vez este inútil forcejeo verbal. Si tenemos éxito, la recompensa será enorme. Si fracasamos, «Quantum Pharmaceuticals» no nos reconocerá y tendremos que pagar lo que haya que pagar, como por ejemplo, el final de nuestras carreras. Si nos pregunta por qué estamos dispuestos a correr el riesgo, la respuesta es que no creemos que haya riesgo. Estamos razonablemente seguros de que tendremos éxito; enteramente seguros de que no causaremos ningún daño. La corporación opina que no puede arriesgarse; pero sabemos que sí podemos. Ahora, Kupfer, siga.

—Tenemos un producto químico para la memoria. Funciona con todos los animales que hemos probado. Su habilidad de aprendizaje mejora de modo sorprendente. Debería funcionar también con los seres humanos.

—¡Es de lo más excitante! —exclamó John.

—Es excitante —repitió Kupfer—. La memoria no se mejora almacenando en el cerebro información de modo más eficiente. Todos nuestros estudios demuestran que el cerebro almacena un número casi ilimitado de datos perfecta y permanentemente. La dificultad reside en recordarlos. ¿Cuántas veces hemos tenido un nombre en la punta de la lengua sin poder precisarlo? ¿Cuántas veces hay algo que uno *sabe* que sabe, y que no se recuerda hasta dos horas después de haber pensado en algo más? ¿Lo expongo correctamente, David?

—Sí —dijo Anderson—. El recuerdo se inhibe, pensamos, porque el cerebro mamífero se ha adelantado a sus necesidades desarrollando un sistema de registro demasiado perfecto. Un mamífero almacena la información que necesita o que es capaz de utilizar, y si toda ella estuviera disponible en cualquier momento, nunca

podría seleccionar suficientemente de prisa lo preciso para una reacción apropiada. El recuerdo se inhibe, por lo tanto, para asegurar que los datos emergen del almacenamiento en números manipulables, y con los datos más deseados no distorsionados por otros datos abundantes y sin interés.

»Hay una química definida que funciona en el cerebro como un recordatorio inhibidor, y hay otra química que neutraliza al inhibidor. Lo llamamos un desinhibidor y, hasta donde hemos podido asegurarnos, no produce efectos secundarios deletéreos.

Susan se echó a reír.

—Ya sé lo que sigue, Johnny. Ya pueden marcharse, caballeros. Acaban de decir que el recuerdo es inhibido para permitir que los mamíferos reaccionen de modo más eficiente, y ahora dicen que el desinhibidor no produce efectos deletéreos. Seguro que el desinhibidor hará que los mamíferos reaccionen con menos eficiencia; quizá se encontraran del todo incapaces de reaccionar. Y ahora van a proponer probarlo en Johnny y ver si le reducen a la inmovilidad catatónica.

Anderson se puso en pie, apretando los labios. Dio unos pasos rápidos hasta el extremo opuesto y se giró. Volvió a sentarse, tranquilizado y sonriente.

—En primer lugar, Miss Collins —dijo—, es un asunto de dosificación. Le dijimos que todos los animales en los que se ha experimentado, todos desplegaron una gran capacidad para aprender. Naturalmente, no eliminamos del todo el inhibidor; simplemente lo suprimimos en parte. En segundo lugar, no tenemos razones para pensar que el cerebro humano *pueda* tolerar una completa desinhibición. Es mucho mayor que cualquier cerebro de animal que se haya estudiado y todos conocemos su incomparable capacidad para el pensamiento abstracto.

»Es un cerebro diseñado para recordar perfectamente, pero las ciegas fuerzas de la evolución no han conseguido retirar la química inhibitoria que, al fin y al cabo, había sido diseñada para los animales más bajos y heredada de ellos.

—¿Está seguro? —preguntó Johnny.

—No *puedes* estar seguro —declaró Susan tajante.

—Estamos seguros —dijo Kupfer—, pero necesitamos pruebas para convencer a los demás. Por eso es por lo que tenemos que probarlo en un ser humano.

—Y éste sería John —anunció Susan.

—Sí.

—Lo cual nos lleva a la cuestión clave —observó Susan—. ¿Por qué, John?

—Bueno —empezó Kupfer, despacio—, necesitamos a alguien con el que las posibilidades de éxito son casi seguras, y en quien resultarían más evidentes. No queremos a nadie de una capacidad mental tan baja que necesitemos utilizar grandes dosis del desinhibidor; ni queremos a nadie tan listo que los efectos no se noten suficientemente. Necesitamos a alguien de tipo medio. Afortunadamente, disponemos de los perfiles físicos psicológicos de todos los empleados de «Quantum» y en esto, como en muchas otras cosas, Mr. Heath es ideal.

—¿Promedio, medio? —musitó Susan.

John pareció impresionado al oír la frase que él había imaginado como su más recóndito y vergonzoso secreto.

—Venga, venga —protestó John.

Ignorando la protesta de John, Kupfer respondió a Susan:

—Sí.

—¿Y dejará de serlo si se somete a tratamiento?

Los labios de Anderson se estiraron en otra de sus extrañas sonrisas carentes de alegría.

—En efecto. Dejará de serlo. Es algo que debe tener en cuenta, ya que se va a casar pronto… La sociedad Johnny & Sue, la llamó así, ¿verdad? Tal como es ahora, no creo que la sociedad progrese mucho en «Quantum», Miss Collins, porque aunque Heath es un empleado bueno y de confianza, es, como ya ha dicho, una medianía. Si toma el desinhibidor, pasará a ser una persona sorprendente y avanzará con asombrosa rapidez. Considere lo que sería esto para la sociedad.

—¿Y qué tiene que perder la sociedad? —preguntó Susan, sombría.

—No veo que pueda perder nada —observó Anderson—. Será una dosis moderada que le administraremos en el laboratorio, mañana…, domingo. Estaremos solos, podremos mantenerle bajo vigilancia unas horas. Es cierto que nada saldrá mal. Si pudiera hablarle de todos nuestros pacientes, experimentos y exploraciones minuciosas sobre efectos secundarios…

—Pero, en animales —hizo constar Susan, sin ceder un ápice.

Pero John intervino entonces:

—Yo tomaré la decisión, Sue. Estoy más que harto de eso del promedio medio. Vale la pena arriesgarme si eso significa librarme del maldito peso del promedio medio.

—Johnny, no te precipites —rogó Susan.

—Estoy pensando en nuestra sociedad, Sue. Quiero contribuir en algo.

—Bien —dijo Anderson—, pero consúltelo con la almohada. Tenemos preparadas dos copias de un acuerdo que le pediremos que estudie y firme. Por favor, tanto si firma como si no, no se lo enseñe a nadie. Vendremos mañana por la mañana para llevarle al laboratorio.

Sonrieron, se levantaron y se fueron.

John leyó el documento con el ceño fruncido, luego levantó la mirada:

—Tú no crees que deba hacerlo, ¿verdad, Sue?

—Claro, me preocupa.

—Pero, si tengo la oportunidad de salirme del promedio medio…

—¿Y qué importa eso? En mi corta vida he conocido a muchos iluminados y a muchos chiflados, y te juro que me encanta una persona sensata y sencilla como tú, Johnny. Óyeme, yo también soy una medianía…

—¡*Tú*, una medianía! ¿Con tu cara? ¿Con tu tipo?

Susan se contempló con cierta complacencia.

—Bueno, digamos que soy tu estupenda medianía de mujer.

3

Le pusieron la inyección a las ocho de la mañana del domingo, doce horas después de que se lo propusieran. Un sensor totalmente computarizado fue conectado en una docena de partes de su cuerpo, mientras Susan observaba con atenta aprensión.

—Ahora, Heath —dijo Kupfer—, relájese, por favor. Todo va bien, pero la tensión acelera el corazón, aumenta la presión y anula nuestros resultados.

—¿Cómo puedo relajarme? —barbotó John.

Susan intervino:

—¿Anula los resultados hasta el extremo de no saber bien lo que pasa?

—No, no —cortó Anderson—. Boris ha dicho que todo iba bien y así es. Es justo que nuestros animales fueran sedados siempre, antes de la inyección, y creímos que en este caso los sedantes no serían apropiados. Así que si no hay sedante, debemos esperar tensión. Limítese a respirar despacio y haga lo imposible para minimizarla.

Era entrada la tarde cuando, por fin, le desconectaron del todo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Anderson.

—Nervioso, pero por lo demás muy bien.

—¿Dolor de cabeza?

—No. Pero quiero ir al baño. Un orinal no me relaja nada.

—Naturalmente.

John volvió a salir, ceñudo.

—No he observado ninguna mejora de la memoria.

—Esto lleva cierto tiempo y será gradual. El desinhibidor entra en el riego sanguíneo del cerebro, ¿sabe? —explicó Anderson.

4

Era casi medianoche cuando Susan rompió lo que había resultado ser una velada opresiva y silenciosa, en la que ni uno ni otra habían disfrutado con la televisión. Susan le dijo:

—Tendrás que quedarte a dormir aquí. No quiero que te quedes solo no sabiendo bien lo que va a ocurrir.

—No siento nada —declaró John, sombrío—. Sigo siendo yo.

—Me conformo con esto, Johnny. ¿Sientes dolor, malestar o algo raro?

—Me parece que no.

—Ojalá no lo hubiéramos hecho.

—Todo sea por la sociedad —dijo John con una débil sonrisa—. Tenemos que correr algún riesgo en pro de la sociedad.

5

John durmió mal y se despertó angustiado, pero a tiempo. Llegó puntual al trabajo también para iniciar bien la semana.

A las once su aspecto retraído llamó desfavorablemente la atención de su superior inmediato, Michael Ross. Ross era grueso, torvo y más bien parecía un cargador de muelle sin serlo. John se llevaba bien con él aunque no le gustaba.

Ross preguntó con su vozarrón de bajo:

—¿Qué ha ocurrido con su carácter jovial, Heath, con sus chistecitos y su risa cantarina?

Ross cultivaba cierto preciosismo en el lenguaje como si quisiera borrar así su imagen de cargador de muelle.

—No me encuentro muy fino —explicó John sin levantar la vista.

—¿Resaca?

—No, señor —respondió fríamente.

—Bien, anímese, pues. No se ganan amigos repartiendo hierbas malolientes por el campo en el que retoza.

John hubiera preferido dar un puñetazo en la mesa. La afectación literaria de Ross era insoportable incluso en el mejor momento del día, y aquel día no había tenido aún el mejor momento.

Y para empeorar las cosas, John percibió el olor de un puro rancio y comprendió que James Arnold Prescott, el jefe de la sección de ventas, se estaba acercando.

Y así era. Miró a su alrededor y preguntó:

—Mike, ¿recuerda qué vendimos a Rahway la primavera pasada más o menos y cuándo fue? Hay una maldita cuestión al respecto y me temo que los detalles han sido mal computerizados.

La pregunta no iba dirigida a él, pero John se apresuró a contestar tranquilamente:

—Cuarenta y dos ampollas de PCAP. Eso fue en abril, el día 14, J. P., número de factura P-20543, con un cinco por ciento de descuento concedido si el pago se hacía dentro de los treinta días. El pago total se recibió el 8 de mayo.

Aparentemente lo oyeron todos los de la sala. Por lo menos, todos levantaron la cabeza. Prescott preguntó:

—¿Cómo demonios está enterado de todo esto?

Por un momento John miró a Prescott, con la sorpresa reflejada en el rostro.

—De pronto lo he recordado, J. P.

—Conque sí, ¿eh? Repítalo.

John lo hizo, titubeando algo, y Prescott lo apuntó en uno de los papeles de la mesa de John, resoplando ligeramente; al inclinar la cintura comprimía el imponente abdomen contra su diafragma dificultándole la respiración. John trató de esquivar el humo del puro sin conseguirlo. Prescott ordenó:

—Ross, compruebe esto en su computadora y vea si hay algo de verdad. —Se volvió a John con expresión de desagrado—. No me gustan los bromistas. ¿Qué habría hecho si yo hubiera aceptado sus cifras y me hubiera ido con ellas?

—No habría hecho nada. Son correctas —dijo John consciente de que la atención de todos estaba puesta en él.

Ross entregó la lectura a Prescott. Prescott miró y preguntó:

—¿Es de la computadora?

—Sí, J. P.

Prescott se quedó mirando, luego dijo, señalando a John con la cabeza:

—Y ése, ¿qué es? ¿Otra computadora? Sus cifras son correctas.

John esbozó una débil sonrisa, pero Prescott gruñó y se fue, dejando sólo como recuerdo de su presencia el hedor de su tabaco.

—¿Qué diablos ha sido ese pequeño juego de magia, Heath? —preguntó Ross—. ¿Descubrió de antemano lo que quería saber y lo buscó para apuntarse unos puntos?

—No, señor —contestó John, que iba adquiriendo confianza—. Sólo que resultó que me acordaba. Tengo buena memoria para esas cosas.

—¿Y se ha tomado la molestia de ocultarlo a sus leales compañeros todos estos años? No hay aquí una sola persona que tuviera la menor idea de que ocultaba su buena memoria tras su vulgar apariencia.

—No había motivo para que lo dijera, ¿no es cierto, Mr. Ross? Y ahora que se me ha escapado, no parece que me haya ganado ninguna simpatía, ¿no cree?

Y así era, en efecto. Ross le dirigió una torva mirada y se alejó.

6

La excitación de John durante la cena en «Gino’s» le impedía hablar coherentemente, pero Susan le escuchó con paciencia y trató de actuar de moderador.

—Puede ser que te hayas acordado, ¿sabes? —le dijo—. Esto, por sí solo, no prueba nada, Johnny.

—¿Estás loca? —Bajó la voz ante el gesto de Susan y miró a su alrededor. Lo repitió a media voz—: ¿Estás loca? No supondrás que es la única cosa que he reconocido, ¿verdad? Creo que puedo recordar todo lo que he oído en toda mi vida. Es una cuestión de memoria. Por ejemplo, cita algún pasaje de Shakespeare.

—Ser o no ser.

John la miró, ofendido.

—No seas tonta. Bueno, no importa. La cosa es que si tú me recitas cualquier

verso, puedo seguir hasta donde quieras. Leí alguna obra para la clase de Literatura inglesa en la Facultad, y lo recuerdo todo. Lo he probado. Y es como un chorro. Yo diría que puedo recordar cualquier parte de cualquier libro; cualquier artículo o periódico que haya leído; cualquier programa de TV que haya visto…, palabra por palabra o escena por escena.

—¿Y qué vas a hacer con todo esto? —preguntó Susan.

—No lo tengo conscientemente en la cabeza todo el tiempo. Supongo que no… Espera, ordenemos…

Cinco minutos después, añadió:

—Supongo que no… Dios mío, no se me ha olvidado dónde quedamos. ¿No es asombroso? Supongo que no creerás que estoy nadando continuamente en un mar mental de frases de Shakespeare. Rememorar, implica un esfuerzo, muy pequeño, pero un esfuerzo.

—¿Y cómo funciona?

—No lo sé. ¿Cómo levantas el brazo? ¿Qué órdenes das a tus músculos? Te limitas a mover el brazo hacia arriba y lo hace. No cuesta hacerlo, pero tu brazo no se levantará *hasta* que quieras hacerlo. Bien, yo recuerdo todo lo que he leído o visto cuando quiero, pero no cuando no quiero. No sé cómo lo hago, pero lo hago.

Llegó el primer plato y John lo atacó, feliz. Susan se dedico a sus champiñones rellenos.

—Es excitante.

—¿Excitante? Tengo el juguete mayor y más maravilloso del mundo. Mi propio cerebro. Fíjate, puedo escribir correctamente cualquier palabra y estoy seguro de que nunca más haré faltas gramaticales.

—¿Porque recuerdas todos los diccionarios y gramáticas que has leído en tu vida?

John la miró vivamente:

—No me seas sarcástica, Sue.

—No estaba…

La hizo callar con un gesto:

—Nunca usé los diccionarios como novelas. Pero recuerdo palabras y frases de mis lecturas y estaban bien escritas y bien construidas sintácticamente.

—No estés tan seguro. Has visto infinidad de palabras mal escritas, de infinidad de maneras e infinidad de posibles ejemplos de errores gramaticales.

—Eran excepciones. La mayor parte del tiempo que me he topado con el inglés literario lo he visto empleado correctamente, Lo tengo por encima de accidentes, errores e ignorancia. Y lo que es más, estoy seguro de que incluso mientras estoy aquí sentado, lo voy mejorando, me voy volviendo cada vez más inteligente.

—Y estás tan tranquilo. Y si…

—¿Y si me vuelvo *demasiado* inteligente? Dime cómo diablos el ser demasiado inteligente puede perjudicarme.

—Lo que yo iba a decir —dijo fríamente Susan— es que lo que estás

experimentando no es inteligencia. Es solamente memoria total.

—¿Qué quieres decir con «solamente»? Si no me equivoco, me sirvo correctamente del lenguaje, y si resulta que conozco cantidades infinitas de material, ¿no va a hacerme esto más inteligente? ¿Cómo, si no, puede uno definir la inteligencia? No vas a volverte celosa, ¿verdad, Sue?

—No. —Y su voz fue más fría aún—. Siempre puedo conseguir que me inyecten si me desespero en exceso.

—No lo dirás en serio —exclamó John dejando los cubiertos.

—No, pero, ¿y si lo hiciera?

—Porque no puedes aprovecharte de tu conocimiento especial para quitarme el puesto.

—¿Qué puesto?

Llegó el segundo plato y John, por un instante, estuvo ocupado. Luego murmuró:

—Mi puesto, como el primero en el futuro. *¡Homo superior!* Nunca habrá demasiados. Ya oíste lo que dijo Kupfer. Algunos son demasiado tontos para lograrlo. Otros son demasiado listos para que se note el cambio. ¡Yo soy el único!

—Promedio *medio*. —Y Susan hizo un gesto despectivo.

—Lo era. Sucesivamente habrá otros como yo. No muchos, pero habrá otros. Lo que yo quiero es imponerme antes de que lleguen los otros. Es por la sociedad, ya sabes. ¡Por nosotros!

Y permaneció perdido en sus pensamientos, tanteando delicadamente su cerebro. Susan iba comiendo en silencio, entristecida.

7

John pasó varios días organizando sus recuerdos. Era como la preparación de un libro de referencias. Una a una fue recordando sus experiencias de los seis años que llevaba en «Quantum Pharmaceuticals», de todo lo que había oído, de todos los papeles y notas que había leído.

No tuvo la menor dificultad en descartar lo irrelevante y almacenarlo en un compartimiento «para uso futuro», donde no interfirieran con sus análisis. Otros datos estaban ordenados de forma que establecieran una progresión natural.

En contra de esta secreta organización, dio vida a todo lo que había oído: chismes, maliciosos o no; frases casuales o interjecciones oídas en conferencias que en su momento no fue consciente de haber oído. Los datos que no encajaban en ninguna parte del fondo que había montado en su cabeza, no tenían valor, estaban vacíos de contenido fáctico. Los que encajaban, lo hicieron firmemente y podían ser considerados auténticos por el hecho de estar allí.

Cuanto más creció la estructura y más coherente se hizo, más datos significativos aparecieron y más fácil resultó encajarlos.

El jueves siguiente, Ross se acercó a la mesa de John para decirle:

—Quiero verle en mi despacho ahora mismo, Heath, siempre y cuando sus piernas se dignen llevarle en esa dirección.

John se puso en pie, inquieto.

—¿Es necesario? Estoy ocupado.

—Sí, parece ocupado. —Y Ross barrió con la mirada una mesa absolutamente vacía, salvo una fotografía de Susan sonriente—. También ha estado ocupado toda la semana. Pero me ha preguntado si venir a mi despacho es necesario. Para mí, no; para usted es vital. Aquélla es la puerta de mi despacho. Por la otra se va directamente al cuerno. Elija una u otra y hágalo de prisa.

John asintió y sin excesiva prisa siguió a Ross a su despacho.

Ross se sentó tras su mesa, pero no invito a John a sentarse. Mantuvo la mirada fija en él por un momento y después le dijo:

—¿Qué demonios le ha ocurrido esta semana, Heath? ¿Es que no sabe cuál es su trabajo?

—Hasta el extremo en que lo he hecho, creo que lo sé. El informe sobre microcósmica está sobre su mesa completo y siete días antes de lo previsto. Dudo de que pueda quejarse.

—Lo duda, ¿eh? ¿Me da permiso para quejarme si decido hacerlo después de consultarlo con mi alma? ¿O estoy condenado a solicitar su permiso?

—Por lo visto no me he expresado con claridad, Mr. Ross. Dudo de que tenga quejas *racionales*. Tener otras de otro tipo es cosa enteramente suya.

Ross se levantó:

—Oiga, *punk*, si decido despedirle, no recibirá la noticia de palabra. Nada de lo que le diga le anunciara la buena nueva. Saldrá por esta puerta por la fuerza propulsora que le vendrá por detrás. Así que almacene esto en su pequeño cerebro y métase la lengua en su bocaza. Que haya hecho o no su trabajo, no es la cuestión. Pero si ha hecho el de los demás, sí lo es. ¿Quién o qué cosa le da derecho a manejar a todo el mundo?

John no abrió la boca.

—¿Qué? —rugió Ross.

—Usted me ordenó meterme la lengua en mi bocaza.

—Pero deberá contestar a las preguntas. —Y el color de Ross se torno visiblemente rojo.

—Ignoraba que hubiera estado manejando a todo el mundo.

—No hay una sola persona en este lugar a la que no haya corregido por lo menos una vez. Ha pasado por encima de Willoughby en relación con la correspondencia sobre el TMP; ha fisgado en los ficheros generales sirviéndose del acceso de Bronstein a la computadora; y sabe Dios cuántas cosas más que no me han dicho, y todo en los últimos dos días. Está desorganizando el trabajo de este departamento y debe cesar inmediatamente. Debe de volver a haber calma y a partir de este preciso

instante o se desatará el huracán contra usted, hombrecito.

—Si he intervenido, en el sentido más estricto de la palabra, ha sido en bien de la compañía. En el caso de Willoughby, su modo de tratar el asunto TMP colocaba a «Quantum Pharmaceuticals» en situación de violar las disposiciones gubernamentales, algo que ya le había señalado yo a usted en una o varias comunicaciones y que usted, al parecer, no ha tenido ocasión de leer. En cuanto a Bronstein, ignoraba simplemente las directrices generales y costaba a la compañía cincuenta mil en *tests* innecesarios, algo que yo pude establecer fácilmente por el mero hecho de localizar la correspondencia necesaria…, y sólo para corroborar mi claro recuerdo de la situación.

Ross se iba hinchando visiblemente durante la perorata.

—Heath —cortó—, está usted usurpando mi papel. Por lo tanto, va usted a recoger sus efectos personales y a abandonar la oficina antes del almuerzo, y no regrese jamás. Si lo hace, tendré sumo placer en ayudarle a salir con mi propio pie. Su notificación oficial de despido estará en sus manos o empujada garganta abajo, antes de que haya recogido sus efectos, por de prisa que lo haga.

—No trate de gallear conmigo, Ross. Ha costado un cuarto de millón de dólares a la compañía por su incompetencia y usted lo sabe.

Hubo una breve pausa y Ross se desinfló. Preguntó, cauteloso:

—¿De qué está hablando?

—«Quantum Pharmaceuticals» perdió un buen pico con la oferta Nutley y lo perdió porque cierta información que se encontraba en sus manos se quedó en sus manos y jamás llegó al Consejo de Dirección. O se le olvidó a usted o no se molestó en entregarla; en cualquier caso, no es usted el hombre apropiado para su cargo: o es un incompetente o se ha vendido.

—Está loco.

—No hace falta que me crean. La información está en e la computadora si uno sabe dónde buscar, y yo sé dónde buscarla. Y lo que es más, el caso está archivado y puede estar en las mesas de los interesados dos minutos después de que salga de este despacho.

—Si fuera así —dijo Ross hablando con dificultad—, usted no podría saberlo. Es un intento estúpido de chantaje con amenaza de difamación.

—Sabe perfectamente que no es difamación. Si duda de que yo posea la información, déjeme que le diga que hay un memorando que no está en el archivo pero puede reconstruirse sin dificultad con lo que se encuentra allí. Debería usted explicar su ausencia y se sospecharía que lo ha destruido. Sabe que no fanfarroneo.

—Pero sigue siendo chantaje.

—¿Por qué? Ni reclamo nada, ni amenazo. Explico simplemente mis actos en los dos días pasados. Naturalmente, si me fuerzan a presentar mi dimisión, tendré que explicar por qué dimito, ¿no es verdad?

Ross no dijo palabra.

—¿Requiere mi dimisión? —preguntó John, glacial.

—¡Lárguese!

—¿Con mi empleo o sin él?

—Con su empleo. —Su rostro era la viva imagen del odio.

8

Susan había organizado una cena en su apartamento y se había tomado grandes molestias. Nunca, en su opinión, había estado más seductora, y nunca pensó en lo importante que era alejar a John, por lo menos un poquito, de su total concentración mental. Con un esfuerzo por animar la ocasión, exclamó:

—Después de todo, celebramos los últimos nueve días de bendita soltería.

—Estamos celebrando más que eso —dijo John, sombrío—. Han pasado sólo cuatro días desde que me inyectaron el desinhibidor y ya he podido poner a Ross en su sitio. Nunca más volverá a molestarme.

—Por lo visto cada uno tenemos nuestra propia noción del sentimiento —musitó Susan—. Cuéntame los detalles de *tu* tierno recuerdo.

John se lo contó con precisión, repitiendo la conversación que tuvieron palabra por palabra y sin la menor vacilación.

Susan escuchó impertérrita sin participar en el creciente triunfo que se percibía en la voz de John, luego preguntó:

—¿Cómo *te enteraste* de lo de Ross?

—No hay secretos, Sue. Las cosas *parecen* secretas porque la gente no recuerda. Si puedes acordarte de una observación, de un comentario, de una palabra suelta que te dicen o que oyes y las consideras en conjunto, averiguas que cada persona se descubre fatalmente. Puedes recoger significados que, en estos días de computerización, te llevan directamente a los oportunos archivos. Puede hacerse. Puedo hacerlo. Lo he hecho en el caso de Ross. Puedo hacerlo en el caso de todos con los que estoy asociado.

—También puedes enfurecerles.

—Enfurecí a Ross. Puedes creerlo.

—¿Lo crees prudente?

—¿Qué puede hacerme? Le tengo amarrado.

—Tiene suficiente fuerza en los círculos superiores…

—No por mucho tiempo. Tengo una conferencia organizada para mañana a las dos de la tarde con el viejo Prescott y su apestoso cigarro y de paso me desharé de Ross.

—¿No crees que vas demasiado de prisa?

—¿Demasiado de prisa? Ni siquiera he empezado. Prescott no es más que un peldaño. «Quantum Pharmaceuticals» es otro peldaño.

—Es demasiado rápido, Johnny, necesitas a alguien que te dirija. Necesitas…

—No necesito *nada*. Con lo que tengo —y señaló su sien— no hay nada ni nadie que pueda detenerme.

—Bueno, mira, no discutamos esto. Tenemos otros planes que discutir.

—¿Planes?

—Sí, los nuestros. Nos vamos a casar dentro de nueve días. Seguro —y cargó la ironía— que no has vuelto a los tristes días en que se te olvidaban las cosas.

—Me acuerdo de la boda —contestó John, picado—, pero de momento tengo que reorganizar «Quantum». En verdad, he estado pensando seriamente en posponer la boda hasta que tenga las cosas atadas y bien atadas.

—¡Oh! ¿Y cuándo será eso?

—Es difícil decirlo. No mucho, a la vista de como lo estoy llevando. Un mes o dos, supongo. A menos que —y se permitió cierto sarcasmo— creas que es moverme demasiado de prisa.

Susan respiraba con dificultad.

—¿Entraba en tus planes consultarme el asunto?

John alzó las cejas.

—¿Hubiera sido necesario? ¿Qué problema hay? Seguro que te das cuenta de lo que pasa. No podemos interrumpir y perder impulso. Oye, ¿sabías que soy un as de la matemática? Puedo multiplicar y dividir tan de prisa como una computadora porque en un momento de mi vida me tropecé con la aritmética y puedo *recordar* las respuestas. Leí una tabla de raíces cuadradas y puedo…

Susan no pudo más y gritó:

—Por el amor de Dios, Johnny, *eres* como un niño con un juguete nuevo. Has perdido toda perspectiva. El recuerdo inmediato no vale para nada sino para hacer trucos. No te da ni una pizca más de inteligencia ni más sensatez, ni más juicio. Eres tan peligroso estando cerca como un niño con una granada cargada. Necesitas que alguien inteligente se ocupe de ti.

—¡Ah!, ¿sí? A mí me parece que voy consiguiendo lo que me propongo.

—¿De veras? ¿No es cierto que también te propones tenerme?

—¿Cómo?

—Sigue, Johnny. Quieres tenerme. Adelante, alarga la mano y cógeme. Ejercita la admirable memoria que tienes. Recuerda quién soy, lo que soy, lo que podemos hacer, el calor, el afecto, el sentimiento.

John, con la frente todavía arrugada de incertidumbre, tendió los brazos a Susan.

Ella los esquivó.

—Pero ni me tienes, ni sabes nada de mí. No puedes recordarme en tus brazos; tendrías que llevarme a ellos con amor. Lo malo de ti es que no tienes la sensatez de hacerlo y te falta la inteligencia para establecer prioridades razonables. Toma, llévate esto y márchate de mi apartamento antes de que te pegue con algo mucho más pesado.

John se agachó para recoger el anillo de compromiso.

—Susan…

—He dicho que te vayas. La sociedad Johnny & Sue ha quedado disuelta.

Al ver su rostro airado, John dio mansamente la vuelta y se marchó.

9

Cuando llegó a «Quantum» a la mañana siguiente, Anderson estaba esperándole con una expresión de angustiosa impaciencia en el rostro.

—Mr. Heath —dijo, sonriendo al levantarse.

—¿Qué desea? —preguntó John.

—Deduzco que estamos en privado aquí.

—Que yo sepa no han puesto micrófonos.

—Tiene que pasar a vernos mañana por la mañana para examinarle. Es domingo, ¿se acuerda?

—Naturalmente que me acuerdo. Soy incapaz de no recordar. Pero también *soy* capaz de cambiar de idea. ¿Por qué necesita examinarme?

—¿Por qué no, señor? Por lo que Kupfer y yo hemos oído, el tratamiento ha funcionado espléndidamente. En verdad, no queremos esperar al domingo. Si pudiera venir conmigo hoy…, ahora, mejor dicho, significaría mucho para nosotros, para «Quantum» y, naturalmente, para la Humanidad.

—Debieron retenerme cuando me tenían en sus manos —protestó John, tajante—. Me devolvieron a mi trabajo, permitiéndome vivir y trabajar sin vigilancia para poder probarme en condiciones normales y obtener una idea más fidedigna de cómo se desenvolverían las cosas. Para mí era un riesgo mayor, pero esto les tenía sin cuidado, ¿verdad?

—Mr. Heath, no lo pensamos así. Nosotros…

—No me cuente más. Recuerdo hasta la última palabra que usted y Kupfer me dijeron el domingo pasado y está clarísimo que eso era lo que pensaban. Así que si acepté el riesgo, acepto los beneficios. No tengo la menor intención de presentarme como si fuera un monstruo bioquímico que ha logrado su habilidad gracias a la aguja hipodérmica. Ni quiero a otro, como yo, deambulando por ahí. Desde ahora tengo un monopolio y pienso servirme de él. Cuando esté dispuesto, y no antes, querré cooperar con ustedes y beneficiar a la Humanidad. Pero recuerde que soy yo el que sabrá el momento en que esté dispuesto, no usted. Así que no me visite; iré yo a visitarle.

Anderson consiguió sonreír.

—La verdad, Mr. Heath, ¿cómo puede impedir que no comuniquemos? Los que le han tratado esta semana no tendrán dificultad en reconocer el cambio operado en usted y atestiguar al efecto.

—¿Realmente? Óigame, Anderson, escúcheme atentamente y hágalo sin esa mueca diabólica en su rostro, me irrita. Le he dicho que recuerdo cada palabra que usted y Kupfer pronunciaron. Recuerdo cada matiz de expresión, cada mirada de soslayo. Todo ello decía montones de cosas. Aprendí lo bastante para cotejar las bajas de enfermedad con la idea que yo tenía de lo que estaba buscando. Parece que yo no fui el único empleado de «Quantum» con el que probaron el desinhibidor.

—Tonterías —dijo Anderson, esta vez sin sonreír.

—Sabe que no lo son y sabe que puedo demostrarlo. Conozco los nombres de los hombres involucrados, uno de ellos era una mujer, y los hospitales en que los trataron y la falsa historia que les montaron. Puesto que no me advirtió de todo esto cuando me utilizó como su cuarto animal experimental de dos patas, no le debo más que una temporada en la cárcel.

—No quiero discutir este asunto. Déjeme que le diga una cosa. El tratamiento perderá su efecto, Heath. No conservará siempre su memoria. Tendrá que volver para proseguir el tratamiento, y tenga la seguridad de que será bajo mis condiciones.

—¡Bobadas! —exclamó John—. No supondrá que no haya investigado sus informes…, por lo menos los que no ha mantenido secretos. Y ya tengo cierta noción de lo que *ha mantenido* secreto. En ciertos casos el tratamiento dura más que en otros. Invariablemente dura más cuanto más efectivo resulta. En mi caso, el tratamiento ha sido extraordinariamente efectivo y durará un tiempo considerable. Para cuando tenga que volver a verle, si llego a tener que hacerlo, será en una situación en que cualquier fallo en cooperar, por su parte, será fatal para ustedes. Ni siquiera lo imagine.

—Especie de desagradecido…

—Déjeme en paz —advirtió John, fastidiado—. No tengo tiempo para oír sus patrañas. Váyase. Tengo mucho que hacer.

10

Eran las dos y media de la tarde cuando John entró en el despacho de Prescott, indiferente por primera vez al olor de su puro. Sabía que no pasaría mucho antes de que Prescott eligiera entre sus puros y su puesto.

Con Prescott estaban Arnold Gluck y Lewis Randall, así que a John le cupo el sombrío placer de saber que se enfrentaba con los tres hombres más importantes de la sección.

Prescott apoyó su puro en un cenicero y dijo:

—Ross me ha pedido que le conceda media hora y esto es todo lo que le daré. Usted es el de los trucos de memoria, ¿no?

—Mi nombre es John Heath, señor, y me propongo presentarle una racionalización de funcionamiento de la compañía; algo que le hará utilizar al

máximo la época de la comunicación electrónica y las computadoras y pondrá los cimientos de ulteriores modificaciones a medida que la tecnología vaya mejorando.

Los tres hombres se miraron.

Gluck, cuyo rostro curtido tenía el color del cuero, dijo:

—¿Es usted un experto en dirección de empresas?

—No tengo que serlo, señor. Llevo aquí seis años y recuerdo hasta el último detalle los procedimientos en cada transacción en la que me he visto inmerso. Eso quiere decir que el patrón de dichas transacciones está claro para mí y sus imperfecciones, obvias. Uno puede ver hacia dónde se enfoca y por dónde lo hace malgastando y sin eficiencia. Si me escucha, se lo explicaré. Le resultara fácil de comprender.

Randall, cuyo pelo rojo y su cara pecosa le hacían parecer más joven de lo que era, observó con ironía:

—Cuento con que sea muy fácil, porque tenemos problemas con los conceptos difíciles.

—No le costará —le aseguró John.

—Y no conseguirá ni un segundo más de veintiún minutos —dijo Prescott, mirando su reloj.

—No necesito más. Lo tengo en un diagrama y puedo hablar rápidamente.

La explicación duró quince minutos y los tres gerentes se mantuvieron sorprendentemente silenciosos durante este tiempo.

Finalmente, Gluck con una mirada hostil en sus ojillos, dijo:

—Parece como si estuviera diciéndonos que podemos arreglarnos con la mitad del personal que empleamos hoy en día.

—Con menos de la mitad —le aseguró fríamente John— y más eficientes. No podemos despedir al personal ordinario por causa de los sindicatos, aunque podemos deshacernos provechosamente de ellos. Los gerentes no están protegidos y por tanto pueden ser despedidos. Recibirán pensiones si tienen edad suficiente o encontrarán nuevos empleos si son jóvenes. Nuestros únicos pensamientos deben ser para «Quantum».

Prescott, que había mantenido un silencio tenso, chupó furiosamente su apestoso cigarro y repuso:

—Semejantes cambios deben ser cuidadosamente estudiados y puestos en práctica con suma cautela. Lo que parece lógico sobre el papel puede fallar en la ecuación humana.

—Prescott —insistió John—, si esta reorganización no se ha aceptado en el curso de una semana, y si no se me coloca al frente de dicha reorganización, dimitiré. No me costará encontrar otro empleo en una compañía menos importante donde este plan se ponga en práctica con mayor facilidad. Empezando con poco personal, puedo extenderme tanto en cantidad como en eficiencia sin contratar más gente y, dentro de un año, llevaré a «Quantum» a la bancarrota. Me divertirá hacerlo si se me empuja a

ello, así que reflexionen. Mi media hora ha terminado. Adiós, caballeros.

Y se marchó.

11

Prescott le siguió con la mirada y con expresión glacial y calculadora. Dijo a los otros dos:

—Creo que se propone hacer lo que dice, y que conoce cada faceta de nuestras operaciones mejor que nosotros. No podemos dejar que se marche.

—¿Quiere decir que debemos aceptar su plan? —preguntó Randall, escandalizado.

—No he dicho tal cosa. Váyanse ustedes y recuerden que todo esto es confidencial.

—Tengo la impresión —repuso Gluck— de que si no hacemos algo, los tres nos vamos a encontrar de patitas en la calle antes de un mes.

—Posiblemente —asintió Prescott—, así que vamos a hacer algo.

—¿Qué?

—Si no lo sabe, no le hará daño. Déjenmelo a mí. Olvídense, ahora, y pasen un buen fin de semana.

Cuando se marcharon, reflexionó un instante, masticando rabiosamente el puro. Luego cogió el teléfono y marcó una extensión:

—Aquí Prescott. Le quiero en mi despacho el lunes a primera hora. ¿Entendido?

12

Anderson aparecía desgreñado. Había tenido un mal fin de semana. Prescott, que lo había tenido peor, le dijo con malevolencia:

—Usted y Kupfer otra vez a las andadas, ¿verdad?

—Es mejor no discutir esto, Mr. Prescott —dijo Anderson con dulzura—. Recuerde que llegamos a un acuerdo sobre que en determinados aspectos de la investigación, había que establecer cierta distancia. Íbamos a aceptar el riesgo o la gloria, y «Quantum» participaría de lo último y no de lo primero.

—Y su sueldo se doblaría con la garantía de que todos los desembolsos legales serían responsabilidad de «Quantum», no lo olvide. Ese hombre, John Heath, fue tratado por usted y por Kupfer, ¿no es cierto? Venga, hombre; es inconfundible. Es inútil disimularlo.

—Pues, sí.

—Y fueron tan listos que nos soltaron… esa tarántula.

—No podíamos imaginar que ocurriera así. Al no caer en **shock**

instantáneamente, pensamos que era nuestra primera oportunidad de probar el proceso en la casa. Pensamos que se derrumbaría o que pasaría el efecto después de dos o tres días.

—Si no estuviera tan bien protegido —barbotó Prescott—, no me hubiera olvidado de todo y habría adivinado lo ocurrido cuando ese sinvergüenza me soltó el truco de la computadora y dio los detalles de la correspondencia, que no tenía por qué recordar. Está bien, ya sabemos por lo menos dónde estamos ahora. Tiene a la compañía comprometida con un nuevo plan de operaciones que no debemos permitirle poner en práctica. Tampoco podemos permitirle que se despida.

—Considerando la capacidad de Heath para recordar y sintetizar, es posible que su plan de operaciones pueda ser muy bueno.

—No me importa que lo sea. El sinvergüenza anda tras mi puesto y quien sabe que más, y tenemos que deshacernos de él.

—¿Qué quiere decir con deshacernos? Puede ser de vital importancia para el proyecto cerebro químico.

—Olvídelo. Es un desastre. Están creando a un super Hitler.

Realmente angustiado, Anderson insinuó a media voz:

—El efecto pasará.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—En este momento no puedo estar seguro.

—Entonces no puedo correr riesgos. Tenemos que prepararnos y hacerlo mañana, como muy tarde. No podemos esperar más.

13

John estaba de inmejorable buen humor. La forma en que Ross le evitaba siempre que podía y le hablaba con deferencia cuando tenía que hacerlo, afectaba a todos los empleados. Había un cambio extraño y radical en el orden de precedencia.

John no podía negar que le gustaba. Se refocilaba en ello. La marea iba moviéndose con fuerza y a una velocidad increíble. Hacía solamente nueve días de la inyección del desinhibidor y cada paso había sido hacia delante.

Bueno, no del todo, estaba la rabieta de Susan contra él, pero podría arreglarlo más tarde. Cuando le demostrara a la altura a que llegaría en otros nueve días, o en noventa…

Levantó la vista. Ross estaba ante él esperando llamarle la atención pero sin hacer nada que pudiera atraerla, excepto un ligero carraspeo. John giró su sillón y alargó los pies ante él en actitud relajada y preguntó:

—¿Qué hay, Ross?

—Me gustaría que pasara a mi despacho, Heath —le dijo con cuidado—. Ha surgido algo importante y, francamente, usted es el único que puede arreglarlo.

John, despacio, se puso en pie.

—Bien. ¿Qué es ello?

Ross miró en silencio a la gran oficina, en la que por lo menos cinco hombres podían oírles. Después miró a la puerta de su despacho y alargó el brazo, en actitud de invitarle a pasar.

John titubeó, pero durante años la autoridad de Ross sobre él había sido indiscutible, y en este momento reaccionó a la costumbre.

Ross, cortésmente, mantuvo la puerta abierta para John, luego entró él y cerró con llave disimuladamente, apoyándose en ella. Anderson apareció del otro lado de la librería. John preguntó vivamente:

—¿Qué es todo esto?

—Nada, en absoluto, Heath. —Y la sonrisa de Ross se transformó en una mueca astuta—. Solamente vamos a ayudarle a salir de su anormal estado y volverle a la normalidad. No se mueva, Heath.

Anderson tenía la aguja hipodérmica en la mano:

—Por favor, Heath, no se debata. No queremos hacerle daño.

—Y si grito… —empezó John.

—Si hace cualquier ruido —anunció Ross—, le cogeré por el cuello hasta que se le salten los ojos. Y me encantará hacérselo, así que, por favor, grite.

—Tengo los datos sobre ustedes en una caja fuerte. Cualquier cosa que me ocurra…

—Mr. Heath —le aseguró Anderson—, no va a ocurrirle nada. Algo va a *des*ocurrirle. Volveremos a ponerle donde estaba antes. Iba a ocurrirle de todos modos, pero se lo adelantaremos un poco.

—Ahora, voy a sujetarle, Heath —advirtió Ross—, y no se mueva porque si lo hace turbará a nuestro amigo de la jeringa, podría resbalar, ponerle más de la dosis calculada y acabaría sin poder recordar nada nunca más.

Heath retrocedía, jadeante.

—Esto es lo que se proponen. Creen que así estarán a salvo. Si me olvido de ustedes, de toda la información, de todo lo almacenado. Pero…

—No vamos a hacerle daño, Heath —le prometió Anderson.

John tenía la frente brillante de sudor. Se sintió como paralizado. Con voz sorda y con un terror que solamente podía sentir ante la posibilidad que sólo él recordaba perfectamente:

—¡Un amnésico! —exclamó.

—Así no recordará ni siquiera esto —dijo Ross—. Adelante, Anderson.

—Bien —murmuró Anderson resignado—. Estoy destruyendo un perfecto sujeto de prueba. —Levantó el brazo fláccido de John y preparó la inyección hipodérmica.

Se oyeron unos golpes en la puerta. Una voz clara llamó:

—¡John!

Anderson se quedó automáticamente helado, levantó la vista, inquisitivo, y Ross

se volvió a mirar hacia la puerta. Ahora ordenó en un murmullo autoritario:

—Pínchele de una vez doctor.

La voz volvió a repetir:

—Johnny, sé que estás ahí. He llamado a la Policía. Están en camino.

Ross volvió a insistir:

—Adelante. Está mintiendo. Y, por si llegan, ya habrá terminado. ¿Quién puede probar algo?

Pero Anderson movió la cabeza vigorosamente.

—Es su novia. Sabe que le inyectamos. Estaba con nosotros.

—¡Imbécil!

Se oyó el ruido de un puntapié contra la puerta y luego la voz se oyó apagada, sorda.

—Soltadme. ¡Tienen a…, soltadme!

—Si ella le pinchara sería el único medio de que él accediera —observó Anderson—. Además, creo que ya no tenemos que hacer nada. Mírelo.

John se había desplomado en una esquina, con los ojos vidriosos y en un claro estado de inconsciencia. Anderson añadió:

—Estaba aterrorizado y eso podía provocar un *shock* que desbarataría la memoria en circunstancias normales. Creo que el desinhibidor ha sido eliminado. Déjela entrar y deje que *hable conmigo*.

14

Susan, muy pálida, estaba sentada y su brazo, protector, rodeaba los hombros de su ex novio.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Recuerda la inyección de…?

—Sí, sí, pero, ¿qué ha ocurrido?

—Estaba previsto que anteayer, domingo, viniera a nuestro despacho para volver a examinarle. No se presentó. Estábamos preocupados por los informes de sus superiores, que eran alarmantes. Se estaba volviendo arrogante, megalómano, irascible…, tal vez usted también se dio cuenta. Veo que no lleva la sortija de compromiso.

—Es que…, nos peleamos —dijo Susan.

—Entonces, lo comprende. Estaba, bueno…, si hubiera sido un aparato, diríamos que su motor se recalienta a medida que funciona más de prisa. Esta mañana pareció absolutamente esencial que le tratáramos. Le convencimos de que viniera aquí, cerramos la puerta con llave y…

—Le inyectaron algo mientras yo gritaba y pataleaba fuera.

—En absoluto —negó Anderson—. Queríamos utilizar un sedante, pero ya era

tarde. Ha sufrido lo que puedo calificar de derrumbamiento. Puede buscar marcas de inyección en su cuerpo que, como novia suya, lo hará sin el menor embarazo, y no encontrará ninguna.

—Ya lo veré. ¿Y qué pasará ahora? —preguntó Susan.

—Estoy seguro de que se recuperará. Volverá a ser como antes.

—¿Promedio medio?

—No tendrá una memoria perfecta, pero hasta hace diez días tampoco la tenía. Naturalmente, la casa le dará de baja indefinidamente, y le pagará el sueldo integro. Si precisara tratamiento médico, se le pagarán todos los gastos. Cuando se sienta bien del todo, puede volver al trabajo activo.

—¿Sí? Quiero todo esto por escrito antes de que termine el día o mañana traeré a mi abogado.

—Pero, Miss Collins —protestó Anderson—, usted sabe que Mr. Heath se ofreció voluntario. Usted también lo aceptó.

—Pienso que *usted* sabe que no se nos dijo toda la verdad y que no le interesa una investigación. Preocúpese de que lo que me ha dicho nos lo den por escrito.

—Y usted, a su vez, tendrá que firmar una declaración de que nos exime de toda responsabilidad de cualquier desgracia sufrida por su novio.

—Posiblemente. Pero primero quiero ver qué clase de desgracia puede ser. ¿Puedes andar, Johnny?

Johnny movió afirmativamente la cabeza y dijo con voz apagada:

—Sí, Sue.

—Entonces, vámonos.

15

John tuvo que tomarse una tortilla y una buena taza de café antes de que Susan le permitiera discutir. Entonces preguntó:

—Lo que no comprendo es cómo estabas allí.

—Digamos que por intuición femenina.

—Digamos que por inteligencia de Susan.

—Está bien. Digámoslo. Cuando te tiré el anillo a la cabeza me compadecí, me lamenté y después de que se me pasara, experimenté una terrible sensación de pérdida porque, por raro que pueda parecer, a una medianía, te quiero mucho.

—Perdóname, Sue —musitó John, abrumado.

—Por supuesto, pero, cielos, estabas insoportable. Entonces empecé a pensar que si amándome conseguías ponerme tan furiosa, qué estarías haciendo a tus compañeros de trabajo. Cuanto más lo pensaba más creía que sentirían un incontenible impulso de matarte. Pero bueno, no me interpretes mal, admito que merecías la muerte, pero solamente a mis manos. Ni soñar en permitir que lo hiciera

nadie más. No sabía nada de ti…

—Lo sé, Sue. Tenía planes y no disponía de tiempo…

—Querías hacerlo todo en dos semanas, lo sé, idiota. Pero esta mañana no pude soportarlo más. Vine a ver cómo estabas y te encontré tras una puerta cerrada con llave.

John se estremeció.

—Nunca imaginé que disfrutaría con tus patadas y tus gritos, pero así fue. Les detuviste.

—¿Te molestará hablar de ello?

—Creo que no. Estoy bien.

—¿Qué te estaban haciendo?

—Se disponían a re-inhibirme. Temí que me inyectaran una sobredosis y me dejaran amnésico.

—¿Por qué?

—Porque sabían que les tenía hundidos. Podía hundirles a ellos y a la compañía.

—¿Podías hacerlo?

—Absolutamente.

—Pero no llegaron a inyectarte, ¿verdad? ¿O fue otra de las mentiras de Anderson? ¿Podías hacerlo?

—No soy amnésico.

—Bien, lamento parecerte una doncella victoriana, pero confío en que hayas aprendido la lección.

—Si lo que quieres decir es si me doy cuenta de que tenías razón, así es.

—Entonces, déjame que te sermonee un minuto para que no vuelvas a olvidarte. Te lanzaste a cambiar las cosas demasiado de prisa, demasiado abiertamente y sin tener en cuenta para nada la posible reacción violenta de los otros. Tú lo recordabas todo, pero lo confundiste con la inteligencia. Si hubieras tenido a alguien realmente inteligente para guiarte…

—Te necesitaba, Sue.

—Pero ya me tienes, Johnny.

—¿Qué haremos ahora, Sue?

—Primero conseguir el papel de «Quantum» y, como estás bien, les firmaremos su documento. Segundo, nos casaremos el sábado tal como habíamos planeado en un principio. Tercero, ya veremos…, pero, ¿Johnny?

—¿Qué?

—¿Estás bien del todo?

—No podría estar mejor, Sue. Ahora que estamos juntos, todo irá bien.

16

No fue una boda fastuosa. Menos solemne de lo que habían planeado en principio y con menos invitados. Por ejemplo, no había nadie de «Quantum». Susan había declarado, con toda firmeza, que sería una mala idea.

Un vecino de Susan había traído una cámara de vídeo para grabar la ceremonia, algo que a John le parecía el colmo de lo cursi, pero que Susan había deseado.

De pronto el vecino le dijo con gesto trágico:

—No puedo lograr que la maldita cámara funcione. Se supone que iban a darme una en perfecto estado. Tendré que hacer una llamada. —Y se apresuró a bajar la escalera para hacer la llamada desde la cabina telefónica de la entrada de la capilla.

John se acercó a mirar cuidadosamente la cámara. Sobre una mesita había un folleto de instrucciones. Lo cogió y lo hojeó con moderada velocidad, después lo volvió a dejar. Miró a su alrededor, pero todo el mundo estaba ocupado. Nadie parecía fijarse en él.

Hizo deslizarse el panel de atrás, a un lado, disimuladamente, y miró dentro. Después se alejó y miró pensativo a la pared de enfrente. Siguió mirando distraído mientras su mano derecha se metía subrepticiamente en el mecanismo y hacía un rápido ajuste. Después de un corto intervalo volvió a deslizar el panel y tocó un botón.

Llegó el vecino con aspecto exasperado:

—¿Cómo voy a seguir unas instrucciones que no tienen pies ni cabeza? — Frunció el ceño, luego dijo—: Curioso. Funciona. A lo mejor no estaba estropeada.

17

—Puede besar a la novia —dijo el sacerdote, amablemente, y John tomó a Susan en sus brazos y obedeció la orden con entusiasmo.

Susan murmuró sin casi mover los labios:

—¿Arreglaste la cámara? ¿Por qué?

En un murmullo, respondió John:

—Lo quería todo perfecto para la boda.

Le reconvino Susan:

—Querías presumir.

Se separaron, se miraron con ojos empañados de emoción, se abrazaron de nuevo mientras el reducido grupo de invitados se impacientaba.

—Si lo vuelves a hacer —musitó Susan—, te arrancaré la piel a tiras. Mientras nadie sepa que todavía recuerdas, nadie podrá detenerte. Seremos los amos de todo dentro de un año si sigues bien las instrucciones.

—Sí, amor mío —murmuró John, humildemente.

Notas

[1] Rash = quiere decir: imprudente, temeraria, irreflexiva. <<